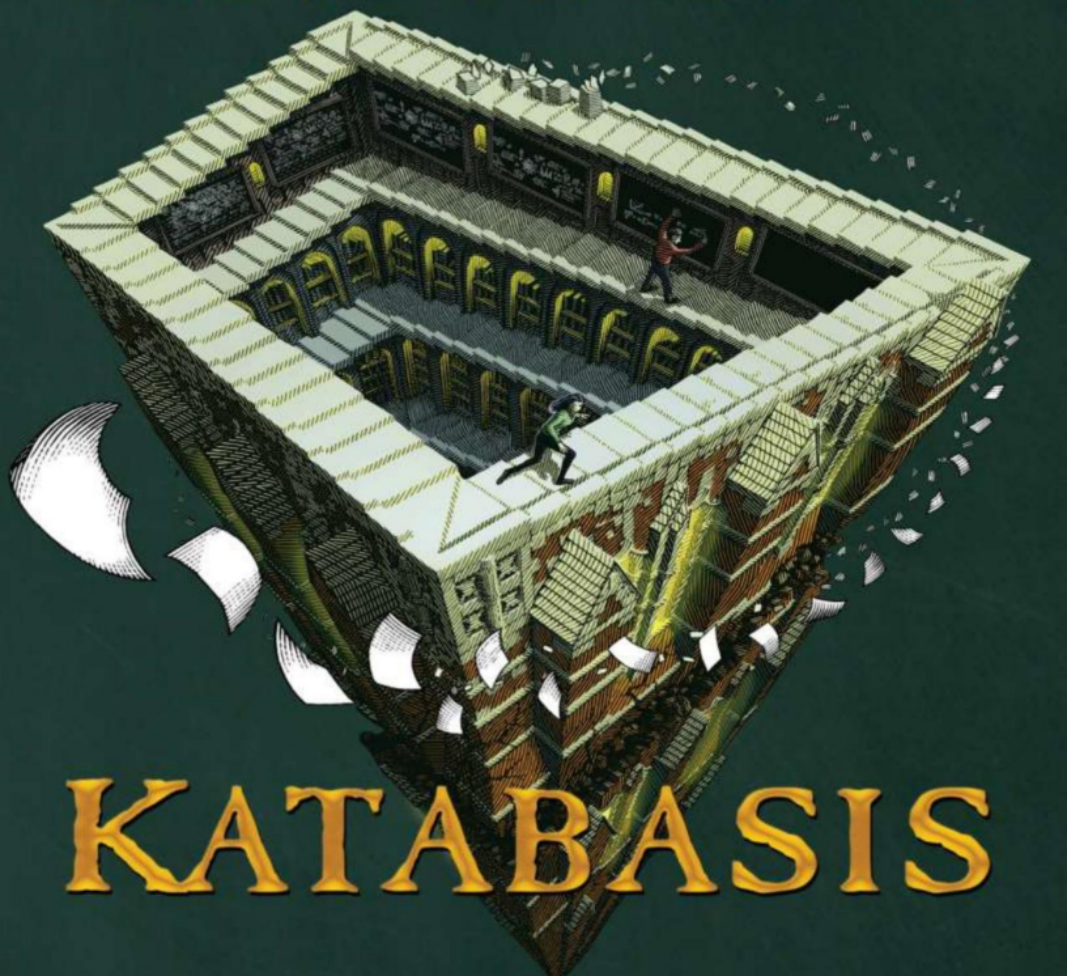
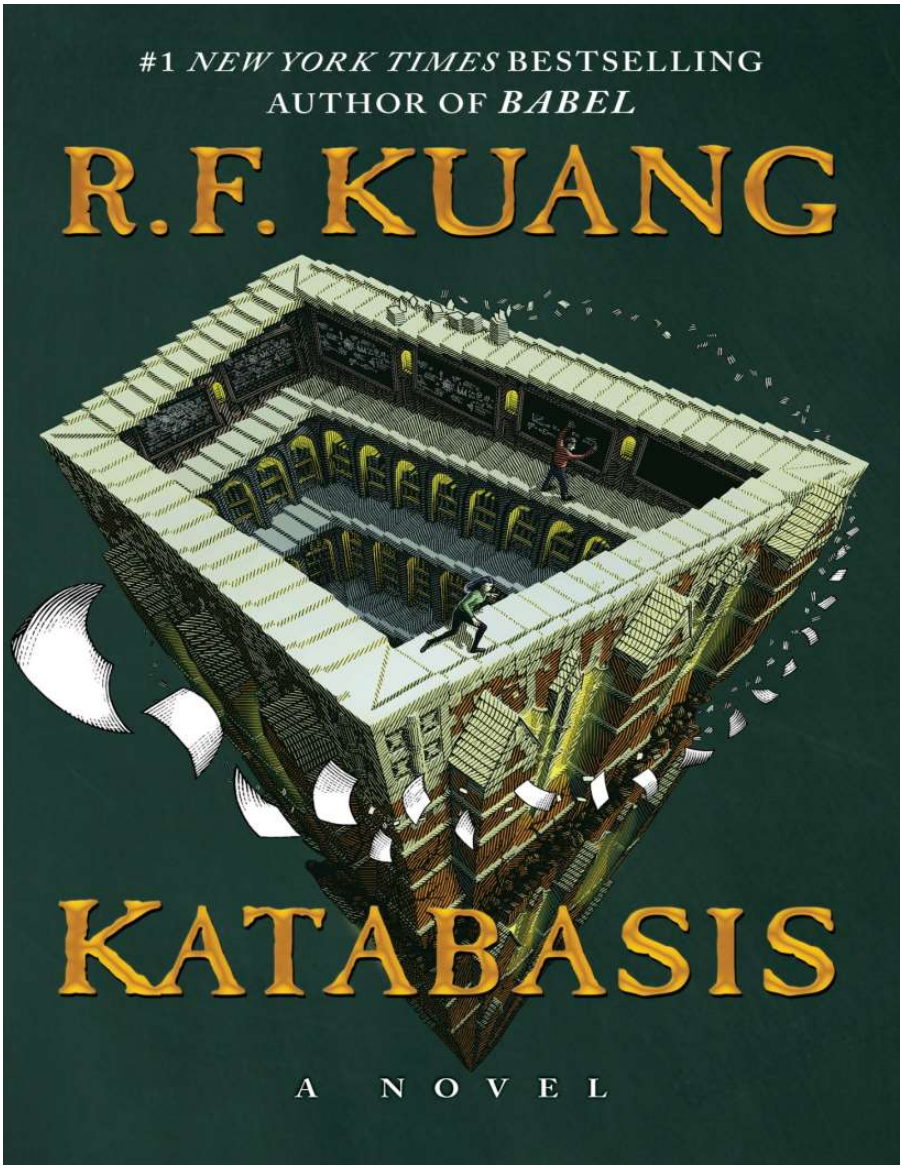
#1 *NEW YORK TIMES* BESTSELLING
AUTHOR OF *BABEL*

R.F. KUANG



KATABASIS

A NOVEL



Dedicación

Para Bennett, brillante y querido

Nota del autor

Algunos de los académicos mencionados en este texto son personas reales, y con varias excepciones —que espero sean evidentes— he intentado representar con precisión sus puntos de vista. *Razones y Personas, de Derek Parfit* , se publicó en 1984, lo cual me conviene.

Aristóteles no utiliza el término «gusano espacial celestial», pero es una buena forma de visualizar su física. «La existencia es evidencia de la inmortalidad», de Michael Huemer, es de 2019, pero aquí afirmo que se publicó en la década de 1960. Eso es pura fantasía, como la mayor parte de este libro.

Capítulo uno

Porque creo que el verdadero devoto de la filosofía es propenso a ser malinterpretado por los demás hombres; no perciben que él siempre está persiguiendo la muerte y el morir; y si esto es así, y él ha tenido el deseo de la muerte durante toda su vida, ¿por qué cuando llegue su hora debería lamentarse por aquello que siempre ha estado persiguiendo y deseando?

PLATÓN, FEDO

Cambridge , trimestre de San Miguel, octubre. El viento mordía, el sol se escondía, y el primer día de clase, cuando debería haber estado dando una charla a los estudiantes sobre los peligros de usar el hechizo de separación cartesiana para repasar sin descansos para orinar, Alice Law se dispuso a rescatar el alma de su tutor de las Ocho Cortes del Infierno.

Fue un terrible y espantoso accidente el que mató al profesor Jacob Grimes, y desde cierto punto de vista fue su culpa, y así por razones tanto de obligación moral como de interés propio (ya que sin el profesor Grimes no tenía presidente de comité, y sin un presidente de comité no podía defender su disertación, graduarse o postularse con éxito para un trabajo de titularidad en magia analítica), Alice encontró necesario rogarle al Rey Yama el Misericordioso, Gobernante del Inframundo, que le devolviera la vida.

No era una tarea fácil. Durante el último mes, se había convertido en una experta autodidacta en tartarología, que no era uno de sus subcampos. Hoy en día, no era el subcampo *de nadie* , ya que los tartarólogos rara vez sobrevivían para publicar su trabajo. Desde el fallecimiento del profesor Grimes, había dedicado cada minuto de su vida a leer cada monografía, artículo y fragmento de correspondencia

que pudo encontrar en su viaje de ida y vuelta al infierno. Al menos una docena de académicos habían hecho el viaje y habían vivido para contarlo de forma creíble, pero muy pocos en el siglo pasado. Todas las fuentes existentes eran poco fiables en distintos grados y, además, endiabladamente difíciles de traducir. El relato de Dante estaba tan plagado de críticas maliciosas que el reportaje se perdía en su interior. TS Eliot había proporcionado algunas de las descripciones de paisajes más recientes y detalladas registradas, pero *La Tierra Baldía* era tan autorreferencial que su condición de relato de un viajero era objeto de serias controversias. Las notas de Orfeo, ya en griego arcaico, estaban prácticamente hechas trizas, como el resto de su cuerpo. Y Eneas... bueno, todo eso era propaganda romana. Posiblemente hubiera más relatos en idiomas menos conocidos (Alice podría haber pasado décadas revisando los archivos), pero su presupuesto no podía esperar.

Su revisión de progreso se aproximaba al final del trimestre, y sin un tutor, lo máximo que Alice podía esperar era una extensión de la financiación suficiente para que le durara hasta que se trasladara a otro lugar y encontrara un nuevo tutor.

Pero no quería transferirse a otro lugar, quería un título de Cambridge. Y no quería un tutor, quería al profesor Jacob Grimes, director de departamento, premio Nobel y dos veces presidente de la Real Academia de Magia. Quería la carta de recomendación dorada que le abría todas las puertas. Quería estar en la cima de todos los puestos. Esto significaba que Alice tenía que ir al infierno, y tenía que ir hoy.

Revisó una y otra vez sus inscripciones de tiza. Siempre dejaba el cierre del círculo para el final, cuando estaba completamente segura de que pronunciar, y por lo tanto activar, el pentagrama no la mataría. Siempre había que estar segura. La magia exigía precisión. Miró fijamente las nítidas líneas blancas hasta que flotaron ante sus ojos. Era, concluyó, lo mejor que podría ser. Las mentes humanas eran falibles, pero la suya menos que la mayoría, y ahora la suya era la única mente en la que podía confiar.

Agarró la tiza. Un trazo suave y el pentagrama quedó terminado.

Ella respiró profundamente y entró.

Claro que había un precio. Nadie viajaba al Infierno ileso. Pero desde el principio había decidido pagarlo, pues parecía trivial en el panorama general. Solo esperaba que no le doliera.

"¿Qué estás haciendo?"

Ella conocía esa voz. Sabía, antes de darse la vuelta, a quién encontraría en la puerta.

Peter Murdoch: abrigo desabrochado; camisa por fuera del pantalón; papeles ondeando en su mochila, amenazando con romperse con el viento. A Alice siempre le había molestado que Peter, quien a diario se presentaba como si apenas hubiera salido de la cama, se las hubiera arreglado para convertirse en el niño mimado del departamento. Aunque esto no era ninguna sorpresa: la academia respetaba la disciplina, recompensaba el esfuerzo, pero aún más, adoraba el genio que no tenía que esforzarse. Peter Murdoch, con su pelo desgreñado y sus extremidades de espantapájaros en equilibrio sobre una bicicleta destartalada, parecía como si nunca se hubiera esforzado en nada. Simplemente nació brillante, todo ese conocimiento vertido por los dioses sin derramarse en su cerebro.

Alice no lo soportaba.

“Déjame en paz”, dijo.

Peter entró con dificultad en su círculo, lo cual fue muy grosero. Siempre hay que preguntar antes de entrar en el pentagrama de otro mago. «Sé lo que planeas».

"No, no lo haces."

—El Pentagrama Transportativo Básico de Tsu, con las Modificaciones de Setiya —

dijo, lo que impresionó a Alice, ya que solo había echado un vistazo al suelo y, además, al otro lado de la habitación—. La Suma de Ramanujan con implicaciones para el Efecto Casimir para establecer un vínculo psíquico con el objetivo. Ocho barras para ocho cortes. — Una sonrisa le iluminó el rostro—. Alice Law, niña traviesa. Estás intentando ir al infierno.

—Bueno, si sabes tanto —dijo Alice con sarcasmo—, sabes que solo hay lugar para uno de nosotros.

Peter se arrodilló, se subió las gafas por la nariz y, con su propia tiza, grabó rápidamente algunas modificaciones en el pentagrama. Esto también fue muy grosero: siempre se debe preguntar antes de alterar el trabajo de otro académico. Pero las normas de etiqueta no se aplicaban a Peter Murdoch. Peter se movía por la vida con una

indiferencia que, una vez más, solo se excusaba por su ingenio. Alice había presenciado a Peter derramar sirope de chocolate sobre la túnica del maestro de la universidad en la mesa principal sin más reprimenda que una palmada en el hombro y una carcajada.

Cuando Peter se equivocaba, era adorable. Ella misma se había pasado una vez toda la cena en el baño hiperventilando entre los dedos porque había tirado una cesta de pan al suelo.

—Uno se convierte en dos. —Peter movió los dedos—. ¡Abracadabra! ¡Ahora sí que hay espacio!

Alice revisó sus inscripciones y, para su consternación, se dio cuenta de que su trabajo era perfecto. Habría preferido que cometiera un error que lo dejara sin extremidades. Y, en verdad, habría preferido que no dijera entonces: «Voy contigo».

"No, no lo eres."

De todos los miembros del Departamento de Magia Analítica de Cambridge, Peter Murdoch era la última persona con la que querría pasar un tiempo en el inframundo.

Peter, perfecto, brillante y exasperante, que ganaba los máximos premios del departamento en cada etapa: Mejor Trabajo de Primer Año, Mejor Trabajo de Segundo Año, Medallas del Decano en lógica y matemáticas (que, para ser justos, eran las peores

subáreas de Alice, pero hasta que llegó a Cambridge no estaba acostumbrada a perder).

Peter era uno de esos académicos descendientes de una familia de académicos, un mago de padre físico y madre biólogo, lo que significaba que había estado inmerso en las reglas tácitas de la torre de marfil desde antes de aprender a caminar. Peter ya lo tenía todo. No necesitaba la carta del profesor Grimes para conseguir trabajo.

Lo peor de todo era la amabilidad infalible de Peter. Siempre dando tumbos con esa sonrisa despreocupada, siempre ofreciéndose a ayudar a sus colegas a resolver los problemas de investigación, siempre preguntando a todos los demás en el seminario cómo les había ido el fin de semana cuando sabía perfectamente que se lo habían pasado llorando por pruebas que podría haber hecho dormido. Peter nunca alardeaba ni se mostraba condescendiente, simplemente era cándidamente *mejor que [* nombre del profesor], y eso hacía que todos se sintieran mucho peor.

No, Alice quería resolver este problema ella misma. No quería que Peter Murdoch estuviera dando vueltas por encima de su hombro todo el tiempo, criticando sus pentagramas porque solo intentaba ser útil. Y, si regresaba con el alma del profesor Grimes a salvo, sobre todo no quería que Peter compartiera el mérito.

—Qué soledad —dijo Peter—. Necesitarás compañía.

“El infierno son los demás, según he oído.”

¡Qué gracioso! Vamos. Necesitarás ayuda para llevar las provisiones, al menos.

Alice había guardado en su mochila una botella Perpetual Flask nueva (una botella de agua encantada que no se agotaría en semanas) y Pan Lembas (unas tiras nutricionales rancias y de cartón, populares entre los estudiantes de posgrado porque se comían en segundos y te saciaban durante horas. El Pan Lembas no tenía nada de mágico; era simplemente la proteína extraída de toneladas de cacahuetes y un porcentaje exorbitante de azúcar). Tenía linternas, yodo, cerillas, cuerda, vendas y una manta para la hipotermia. Tenía un paquete nuevo y reluciente de tizas Barkles y todos los mapas fiables del Infierno que pudo encontrar en la biblioteca de la universidad, cuidadosamente reproducidos en una carpeta plastificada. (Por desgracia, todos decían tener topografías diferentes; pensó que iría a algún lugar alto y elegiría un mapa al llegar). Tenía una navaja automática y dos cuchillos de caza afilados. Y un volumen de Proust, por si alguna noche se aburría. (Para ser honesta, nunca había tenido tiempo de leer a Proust, pero Cambridge la había convertido en el tipo de persona que quería haber leído a Proust, y pensó que el infierno era un buen lugar para comenzar). "Estoy lista".

—Aún necesitarás ayuda para descifrar los tribunales —dijo Peter—. El infierno es metafísicamente muy complejo, ¿sabes? Anscombe afirma que solo las constantes reorientaciones espaciales...

Alice puso los ojos en blanco. "Por favor, no insinúes que no soy lo suficientemente lista como para ir al infierno".

“¿Tienes una copia de *Cleary* ?”

"Por supuesto." Alice no olvidaría *las Plantillas de Cleary* . No se le olvidaba nada.

“¿Has contrastado las doce versiones fiables del viaje de Orfeo?”

“Por supuesto que hice Orfeo, es el lugar obvio para empezar—”

“¿Sabes cómo cruzar el Leteo?”

“Por favor, Murdoch.”

“¿Sabes cómo domar a Cerbero?”

Alice dudó. Sabía que esto era un posible obstáculo: había visto la amenaza de Cerbero mencionada en una carta de Dante a Bernardo Canaccio, pero no la había visto mencionada en ningún otro material que encontró, y el único libro que podría haber contenido una pista —Dante *y el Infierno Literal de Vandick*— ya había desaparecido de las estanterías.

De hecho, bastantes libros que necesitaba habían desaparecido de la biblioteca durante los últimos meses, a menudo prestados la misma mañana que entraba. Todas las traducciones de la *Eneida* . Toda la erudición medieval sobre Lázaro. Era como si un poltergeist rondara las estanterías, anticipando cada giro de su proyecto.

Me di cuenta. "Has..."

“He estado investigando lo mismo”, dijo Peter. “Estamos demasiado avanzados en estas carreras, Alice. Nadie más podría supervisar nuestras tesis. Nadie más es lo suficientemente inteligente. Y todavía hay tanto que no nos ha enseñado. Tenemos que traerlo de vuelta. Y aquí dos mentes piensan mejor que una”.

Alicia tuvo que reírse. Todo este tiempo. Cada hueco vacío en los estantes, cada pieza faltante del rompecabezas. Era Peter todo el tiempo.

“Dime cómo domar a Cerbero entonces.”

—Buen intento, Law. —Peter le dio un ligero golpe en el hombro—. Vamos. Sabes que siempre estamos mejor juntos.

Ahora bien, Alicia pensó que esto sí que era exagerado.

No lo decía en serio. Ella sabía que no lo decía en serio porque no era cierto. No había sido cierto en más de un año, y había sido decisión exclusiva de Peter. Lo recordaba bien. Entonces, ¿cómo podía actuar con tanta amabilidad, soltar esas palabras con tanta naturalidad, como si todavía fueran estudiantes de primero riéndose en el laboratorio, como si el tiempo nunca hubiera pasado?

Pero bueno, este era el modus operandi de Peter. Era así con todos. Todo calidez y alegría, pero en cuanto intentabas acercarte, la tierra firme daba paso al vacío.

Dos malas opciones, entonces. Conocimiento imperfecto, o Peter. Supuso que podría exigir los libros pertinentes (Peter era pesado, pero no acaparaba recursos) y resolverlo todo por sí sola. Pero su presupuesto se agotaba, y ciertas partes del cuerpo se estaban pudriendo en un sótano. Simplemente no había tiempo.

—Bien —dijo—. Espero que hayas traído tu propia tiza.

"Dos paquetes nuevos de Shropley", dijo alegremente.

Sí, ella sabía que él prefería Shropley's. Prueba de su mala conducta. Al menos no tendría que compartirlo.

Colocó su mochila junto a sus pies, comprobando que ninguna correa quedara fuera del pentagrama. «Entonces solo queda el conjuro. ¿Listos?»

—Espera —dijo Peter—. ¿Sabes el precio?

Por supuesto que Alice lo sabía. Por eso los eruditos rara vez iban al Infierno. No era que llegar allí fuera tan *difícil* . Solo había que desenterrar todas las pruebas correctas y dominarlas. Era que un viaje al infierno rara vez justificaba el precio.

—La mitad de mi vida restante —dijo ella. Entrar al Infierno significaba atravesar las fronteras entre mundos, y esto exigía una energía orgánica que la simple tiza no podía contener—. Treinta años más o menos, perdidos. Lo sé.

Pero la decisión apenas le había costado. ¿Preferiría graduarse, realizar una investigación brillante y marcharse en un resplandor de gloria? ¿O preferiría vivir su vida natural, canosa y babeante, desvaneciéndose en la irrelevancia, consumida por el arrepentimiento? ¿Acaso Aquiles no había elegido morir en batalla? Había conocido a profesores eméritos en las recepciones de los departamentos, esos pobres apoyos afásicos, y no le parecía que la vejez fuera una perspectiva atractiva. Sabía que esta decisión horrorizaría a cualquiera fuera de la academia. Pero nadie fuera de la academia podría comprenderla. Sacrificaría a su primogénito por un puesto de profesora. Se amputaría una extremidad. Daría lo que fuera, con tal de conservar su mente, con tal de poder pensar.

"Quiero ser maga", dijo. "Es todo lo que siempre he deseado".

—Lo sé —dijo Peter—. Yo también. Y... necesito hacer esto. Debo hacerlo.

Un silencio tenso. Alice consideró preguntar, pero sabía que Peter no se lo diría.

Peter, en lo personal, era un muro de piedra. Con qué facilidad se desvanecía tras una plácida sonrisa.

—Entonces, está decidido. —Peter se aclaró la garganta—. Así que quizá yo haga el latín y tú el griego y el chino. —Miró un segmento cerca del dedo gordo del pie derecho—. Oye, ¿por qué no está esto en sánscrito?

"No me siento cómoda con el sánscrito", dijo Alice, molesta. Era típico de Peter.

Condescendiente, incluso cuando aparentemente solo pedía una aclaración. "He leído todas las referencias a los sutras budistas en chino clásico".

—Oh —murmuró Peter—. Bueno, eso probablemente funcione. Si estás seguro.

Ella puso los ojos en blanco. "En tres, ¡adelante!"

"Tocar el asunto exacto."

Ella hizo la cuenta regresiva. "Vámonos."

Y comenzaron su canto.

LA TERRIBLE Y TRÁGICA MUERTE DEL PROFESOR Jacob Grimes había sido previsible y evitable.

Además, aunque la mayoría lo desconocía, fue enteramente culpa de Alice.

El ejercicio de ese día no fue nada más arriesgado ni radical que los miles de experimentos rutinarios que el profesor Grimes había realizado en ese laboratorio durante décadas. Solo estaba repasando algunos principios básicos de la teoría de conjuntos citados en un nuevo artículo que iba a publicar en *Arcana* , la revista líder en su campo. Todo era pura rutina, y no más peligroso que montar en bicicleta, siempre y cuando uno revisara bien sus pentagramas. Cosas

de estudiante.

El profesor Grimes no revisaba sus pentagramas. Hacía tiempo que había llegado a la etapa de su carrera en la que se dejaba ese tipo de trabajo pesado a los estudiantes de posgrado. El profesor Grimes dedicaba sus días a *reflexiones profundas* . Veía por encima de las montañas y las nubes para discernir la verdad, y luego descendía a pronunciar pronunciamientos como Moisés bajando del Monte Sinaí, y luego sus subordinados pulían los detalles. Ya no hacía sus propios cálculos ni traducciones. Y estaba muy por encima de arrodillarse sobre líneas de tiza, forzando la vista, forzando la espalda.

Uno podría considerar imprudente, incluso insensato, que un mago dejara su vida en manos de estudiantes de posgrado mal pagados y sobrecargados de trabajo. Pero, para empezar, los estudiantes de posgrado del profesor Grimes eran los mejores del mundo. Además, incluso los estudiantes de posgrado de las peores instituciones estadounidenses podían identificar los errores más peligrosos en un pentagrama. Y esto era Cambridge. Después de tantos años de práctica, se destacaban ante cualquier académico competente como flagrantes señales de alerta: huecos en los círculos exteriores, palabras mal escritas, equivalencias falsas, paréntesis sin cerrar. Cualquiera en su sano juicio podría haberlo hecho.

Pero Alice no estaba en su sano juicio ese día.

Por supuesto, estaba mal pagada y sobrecargada de trabajo, pero esta condición era común entre los estudiantes de posgrado y a nadie le importaba mucho. Además, no había dormido bien en tres meses. Había bebido tanta cafeína que el mundo brillaba y la tiza le temblaba en la mano. Sentía, como solía sentir, que su cuerpo no tenía límites definidos con el mundo material; que si dejaba de mantenerse firme como sujeto, se disolvería como un azucarillo en el té. No estaba en condiciones de trabajar, y hacía mucho tiempo que no lo estaba. Lo que Alice más necesitaba entonces eran unas buenas y largas vacaciones, y luego, tal vez, internarse en algún centro remoto cerca del mar.

Pero faltar al laboratorio no era una opción. El profesor Grimes no le había pedido que ayudara con un artículo desde el año pasado, y aunque el trabajo estaba por debajo de su nivel, y aunque la coautoría estaba descartada, Alice estaba desesperada por recuperar su favor.

En cualquier caso, el cansancio extremo era un estado normal. La expectativa era simplemente que, con una combinación de café fuerte

y pan Lembas, uno aguantaba hasta cumplir todos los plazos y podía caer en un coma indefinido sin consecuencias.

Alice había pasado la mayor parte de sus estudios de posgrado en ese estado, y no era tan malo.

Pero también estaba enojada esa tarde, resentida, confundida, y tan turbia de frustración y furia que el solo sonido de la voz del profesor Grimes la hizo estremecer.

Percibir su proximidad física, sentirlo moverse, arrodillarse a su sombra, le dificultaba la respiración. En los breves instantes en que sus miradas se cruzaron, se quedó sin aliento, y pensó que tal vez quisiera morir.

Era muy difícil concentrarse en un entorno así.

Así que, al dibujar los pentagramas, no cerraba los bucles necesarios. Con los pentagramas, era fundamental cerrar los bucles necesarios. Pronunciar conjuros invocaba la energía inerte del polvo de tiza, y toda esa energía tenía un efecto explosivo a menos que se contuviera adecuadamente dentro de un espacio definido. Incluso el agujero más pequeño podía causar un desastre. De hecho, los agujeros más pequeños eran *peores* , ya que concentraban toda la energía con un efecto terrible. Por lo tanto, cualquiera que dibujara un pentagrama realizaba lo que se conocía como la Prueba de la Hormiga: trazar la punta de un lápiz desde un punto de la inscripción hasta el otro lado para asegurarse de que cualquier hormiga que siguiera la línea completaría el recorrido.

Alice no realizó la prueba de la hormiga.

De hecho, no se molestó en asegurarse de que el cuerpo del profesor Grimes permaneciera intacto.

Era el tipo de error que podía acabar con carreras. Lo habría hecho si alguien hubiera visto el nombre de Alice en los registros del laboratorio o hubiera sabido, en cualquier cargo oficial, que estaba ayudando. Se habría abierto una investigación. La habrían interrogado ante una junta, obligada a relatar con minucioso detalle cada uno de sus errores mientras deliberaban sobre si constituía homicidio involuntario o simplemente imprudencia temeraria. Habría perdido su estipendio, la habrían expulsado del programa, la habría interrogado la Real Academia y se le habría prohibido estudiar o practicar magia en cualquier institución del mundo, incluso en las sospechosas y no acreditadas del extranjero. Todo esto si no hubiera ido a prisión.

Pero el profesor Grimes no solía dar crédito a sus estudiantes de posgrado en sus experimentos. Ayudar con su investigación, a expensas de la suya propia, era simplemente un requisito tácito del programa. Nadie sabía, en ninguna capacidad oficial, que alguien estuviera en esa habitación el día del accidente excepto el profesor Grimes. Nadie más vio cuando vientos aulladores arrancados de dimensiones infinitas se precipitaron hacia el pentagrama. Nadie vio los globos oculares del profesor Grimes extenderse de su cara antes de estallar como uvas; sus intestinos enrollarse alrededor de su cuerpo como una cuerda de saltar, puré de manzana entrecruzado; su boca retorciéndose en un grito silencioso. Nadie vio el cuerpo del profesor Grimes ponerse boca abajo y girar durante siete ciclos horribles, con los órganos expuestos ondulando, antes de estallar en todas direcciones, salpicando cada superficie con sangre, huesos y vísceras. Nadie vio su cerebro en la pizarra; el fragmento de mandíbula dentada aterrizando en su taza de Darjeeling de la tarde.

Y nadie vio a Alice desnudarse en la ducha del laboratorio, limpiarse, tirar su ropa al incinerador y salir corriendo por la puerta trasera, vestida con la ropa de la bolsa de viaje que siempre guardaba en el laboratorio. Nadie la vio huir de madrugada a través del campus de vuelta a su habitación en la universidad, donde se desnudó para una segunda ducha y alternó entre vómitos y llantos hasta quedarse dormida.

Hasta donde todos sabían, lo primero que se supo de la muerte del profesor Grimes fueron los gritos del conserje a la mañana siguiente.

Para entonces, la sangre y los fragmentos habían arruinado el pentagrama, y toda la tiza estaba manchada de sangre, de modo que nadie podía discernir con precisión qué había salido mal. Un trozo del profesor Grimes, posteriormente identificado como su hígado, había aterrizado, afortunadamente, de lleno en el segmento del círculo exterior que Alice había manipulado. Solo pudieron concluir que fue un terrible accidente, uno que solo esperaba azotar al pensador más descarado de su tiempo y detener las investigaciones.

De alguna manera, los Servicios de Limpieza de la Universidad recogieron suficientes restos para llenar un cubo, que luego fueron trasladados a un ataúd. La facultad celebró un servicio religioso. El departamento guardó luto durante una semana, durante la cual todos los estudiantes y el profesorado se vieron obligados a asistir a talleres obligatorios de seguridad impartidos por colegas trasladados en autobús desde Oxford, quienes con cada comentario despectivo dejaban claro que jamás *habrían* sido tan insensatos como para dejar

que un investigador se hiciera explotar en medio de un laboratorio. La placa del profesor Grimes fue retirada de la puerta de su despacho. Su seminario de posgrado fue reasignado a un posdoctorado con poca

experiencia que entendía menos del material que los estudiantes. Los periódicos de la ciudad publicaron artículos sobre la gran pérdida que esto suponía: para Cambridge, para la disciplina, para el mundo. Y entonces terminó el verano y todos siguieron adelante. Excepto Alice.

Podría haber mantenido la boca cerrada y haber seguido adelante. La universidad la habría apoyado hasta el final de sus estudios. El Departamento de Magia Analítica de Cambridge estaba muy orgulloso de su alta tasa de graduación, y el profesorado habría ayudado a Alice a cruzar la meta, de una forma u otra, incluso si eso significaba cederla durante varios años a sus rivales en Oxford.

Pero el profesor Grimes era el mago analítico más influyente de Inglaterra, y probablemente del mundo. La mitad de los directores de departamento en el campo eran amigos íntimos suyos, y la otra mitad le tenía tanto miedo que hacían cualquier cosa que dijera. Todos los alumnos que habían estado bajo su tutela habían conseguido puestos fijos en programas de primer nivel (al menos los que se graduaban). Una carta de recomendación del profesor Grimes prácticamente les aseguraba un puesto en cualquier lugar al que sus alumnos solicitaran plaza.

Los buenos trabajos eran cada vez más escasos en el mundo académico. Alice ansiaba uno. De lo contrario, no sabría qué hacer. Se había preparado toda la vida para esto, y si no podía hacerlo, entonces no tenía razón para vivir.

Así que a la mañana siguiente de la muerte del profesor Grimes, una vez que se descubrió su cuerpo y todo el polvo se había asentado, parecía lo más natural del mundo comenzar a investigar formas de ir al infierno.

PETER TENÍA UNA VOZ ENCANTADORA Y CAUTIVADORA . A Alice siempre le había molestado eso, cómo su voz hacía que la suya pareciera aguda en comparación. Le resultaba especialmente desagradable dado lo incongruente que resultaba con su cuerpo delgado como un palo. Le parecía injusto que un sonido tan rico pudiera salir de esa garganta de ganso sin afeitar. De vez en cuando aparecía un artículo de investigación sobre por qué las voces masculinas eran más adecuadas para la magia, citando razones de tono, profundidad o firmeza, y siempre desataba un gran revuelo con

declaraciones indignadas de sociedades de mujeres en la magia y declaraciones de disculpa de los consejos editoriales de revistas.

Por desgracia, nadie había logrado demostrar de forma concluyente la falsedad de estos estudios. Por desgracia, Alice sospechaba que los artículos tenían razón, y en ese momento se sentía agradecida. La confianza de Peter la hacía sentir segura a su vez, y se sintió arrullada por su suave y tranquilizadora voz.

«El objetivo definido es el profesor Jacob Grimes», entonaron al unísono. «El destino definido es el Infierno, o el más allá, o las Ocho Cortes, o el dominio del Señor Yama el Misericordioso».

Terminaron. No pasó nada. Pasó un segundo, luego varios. Entonces, un frío gélido inundó la habitación, un frío insidioso que les calaba hondo. Alice se estremeció.

"¿Mano?" Peter ofreció su palma.

Ella lo apartó de un manotazo. "Silencio."

—Lo siento. —La mano de Peter quedó suspendida en el aire por un momento antes de retirarla, y Alice se dio cuenta tardíamente de que tal vez le estaba pidiendo que sostuviera la *suya* .

Pero ya era demasiado tarde. Una luz blanca se encendió en las líneas de tiza, formando un silo a su alrededor. El laboratorio desapareció. Un gran estruendo llenó el aire. Alice intentó agarrar el brazo de Peter —solo para mantener el equilibrio, ojo—, pero el suelo se sacudió violentamente y se desplomó sobre su trasero. Por un momento no pudo ver ni oír nada por encima del rugiente pilar. Sintió una opresión en el pecho

—no dolorosa, solo *aguda*— , como si una mano fantasmal le hubiera arrancado el corazón de entre las costillas. La presión era abrumadora. No podía respirar. Se encogió sobre sí misma, deseando desesperadamente no haberse caído del pentagrama. El estruendo aumentó y la luz se iluminó hasta convertirse en un blanco cegador, quemándole los párpados. Visiones de apocalipsis explotaron en su mente, océanos de sangre bajo lenguas de fuego, planetas colapsando en agujeros negros, y por un breve y aterrador momento se perdió en la erupción, olvidó quién era.

Ella se apresuró a conseguir sus catecismos.

Soy Alice Law. Soy estudiante de posgrado en Cambridge. Estudio magia

analítica.

La luz se apagó. El estruendo cesó.

Parpadeando, Alice revolvió sus manos ante sus ojos. Se sentía bien. Su piel estaba cubierta por una fina capa de ceniza, que la hacía parecer grisácea, pero esta se desvaneció con facilidad. Se palmeó el pecho. Su corazón estaba en su lugar. Sus extremidades estaban intactas. Sus entrañas aún se apilaban ordenadamente en su interior. Si el precio había sido pagado, no podía sentirlo. Todo lo que sintió entonces fue una euforia salvaje y ardiente. Había funcionado, lo había logrado, había

funcionado. Tiza, tierra, horas de investigación... y entonces un mundo se transformó en otro. Ella había forjado esto. Un milagro.

Peter se levantó, tosiendo. Se apartó un mechón de pelo cubierto de ceniza de los ojos. «Así que esto es el infierno».

Alice miró a su alrededor con asombro. A su alrededor había campos grises, llanuras interminables bajo un cielo rojo oscuro. Un sol —¿su *sol* ? ¿Una sombra, un gemelo?—

colgaba bajo y pesado, su luz enloquecedoramente tenue. Respiró profundamente.

Había traído una máscara de tela, en caso de que el aire apestara. En *la Eneida de Virgilio*

, los griegos habían llamado al Infierno *Aornos* , "el lugar que no tiene pájaros", porque nadie podía volar sobre su aliento fétido. Pero el aire no olía a nada más que polvo, y la temperatura estaba un poco más allá del frío. Había esperado más gritos torturados, azufre y azufre, pero resultó que tal vez los teólogos estadounidenses habían estado exagerando. Meteorológicamente, el Infierno no parecía mucho peor que una primavera inglesa.

Se echó la mochila al hombro. Una tenue masa oscura se alzaba en la distancia y allí, supuso, se encontraban los Campos de Asfódelos.

“¿Estás bien?” preguntó Peter.

—Mejor que nunca. —Alice salió del pentagrama—. ¿Vamos?

Sobre la magia

La magia, la más misteriosa y caprichosa de las disciplinas, admirada por su poder, ridiculizada por su frivolidad, es en resumen el acto de decir mentiras sobre el mundo.

Lo que los magos de las civilizaciones antiguas descubrieron por casualidad e ingenio, y lo que los filósofos-magos ingleses del siglo XVIII en adelante codificaron en el canon euroamericano, fue que las leyes naturales del mundo eran inamovibles, pero frágiles. Se podían reinterpretar con astucia. Durante breves periodos, incluso se podían confundir y suspender, siempre y cuando se tejiera la red adecuada de falsedades. Trucos lingüísticos, acertijos lógicos, todo funcionaba. Bastaba con encontrar un conjunto de premisas que, aunque solo fuera por una fracción de segundo, hicieran que el mundo pareciera distinto de lo que realmente era. La tiza y los restos de energía mágica de los muertos vivientes que yacía en las conchas pulverizadas de aquellas criaturas marinas que perecieron hace millones de años hicieron el resto.

Ahora bien, la magia había progresado mucho desde, por ejemplo, los rituales primitivos sugeridos por las inscripciones en tiza de Uffington, y desde entonces había proliferado una serie de subcampos llamativos que, de hecho, no tenían nada que ver con la tiza, sino con todo tipo de objetos arcanos, música encantada e ilusiones visuales. Ahora se podía estudiar la arqueología, la historia y la música de la magia, y mucho más. En Estados Unidos, las ilusiones visuales y el espectáculo ostentoso estaban de moda. En Europa, se hablaba de la llamada magia posmodernista y posestructuralista, que parecía implicar muchos hechizos que hacían lo contrario de lo que sus inventores querían, y hechizos que no hacían nada en absoluto, algo que todos afirmaban que era muy profundo. Pero la mejor magia todavía se practicaba en Cambridge, y la buena y tradicional Cambridge se dedicaba a la esencia misma del arte. Magia analítica.

Tiza, superficie, paradoja.

La paradoja: el elemento crucial. La palabra paradoja *proviene de dos raíces griegas:* para *, que significa "contra", y* doxa *, que significa "creencia". El truco de la magia consiste en desafiar, perturbar o, como mínimo, desalojar la creencia. La magia triunfa sembrando confusión y duda. La magia se burla de la física y la hace llorar.*

Tomemos, por ejemplo, la paradoja de Sorites. Imaginemos un montón de arena. Muy simple.

Quitar un grano de arena del montón no lo hace menos montón. Tampoco

quitar dos. Podríamos sentarnos con pinzas durante horas, pero no habríamos disminuido el montón. ¿Qué pasa si quitamos mil granos? ¿Un millón? ¿Exactamente cuántos granos de arena debemos quitar para que deje de ser un montón? Si nos sentamos con las piernas cruzadas con unas pinzas, sacando la arena grano a grano, ¿cuál es el momento preciso en que lograremos demoler el montón?

Nadie puede nombrar ese momento. Pero si la diferencia entre el montón y el montón menos uno es minúscula, ¿cómo podemos transformar un montón en algo que no lo es?

Vamos. Sabes muy bien lo que es un montón. Lo reconoces cuando lo ves. Es como porno. Y

sabes que si sacas montones gigantes de arena del montón con una pala, llegará un momento en que definitivamente podrás decir que no es un montón.

Pero solo por ese instante, cuando la paradoja se te presenta con esas palabras precisas, no lo sabes. Por un instante, piensas que es cierto: que es imposible, de hecho, convertir un montón en algo que no lo es. De hecho, probablemente estés tan agotado de oír la palabra montón *que el concepto mismo te resulta un vacío.*

Confusión, duda. Y con eso, por un instante, el mundo parpadea. El montón no se agota.

Fue este guiño lo que sedujo a Alice a su campo. En su primer año de universidad, tomó una clase de Introducción a la Lógica. En su segunda semana, disfrutaron de una demostración de magia. Un investigador posdoctoral visitante se paró frente al aula y dibujó un círculo con tiza alrededor de un pequeño montón de arena sobre una mesa. "Miren", dijo, y metió la mano para sacar un puñado. Lo hizo una y otra vez. Invitó a la clase a formarse en fila y, uno por uno, intentar vaciar el montón con las manos. Lo intentaron, pero no pudieron. Cada vez que sus manos se separaban del círculo, el espacio alrededor del montón se desdibujaba, y la arena no disminuía.

Alicia observó como la arena se derramaba de sus dedos y algo se volcaba en su pecho.

No podía respirar. Ahora, aquí estaba un milagro. Aquí estaba Jesús, convirtiendo cinco panes y dos peces en un suministro infinito. Todos los campos que había considerado para su especialidad —matemáticas, física, medicina, historia— todos se desvanecieron, parecían tan irrelevantes, pues ¿por qué estudiar verdades estáticas cuando la verdad acababa de salir por

la izquierda? Lo sintió entonces. Lo sentía cada vez. El asombro que revolvía el estómago, el maravilloso deleite de un niño en un circo que acaba de ver desaparecer un conejo. A lo largo de todos sus años de estudio, esta sensación nunca desapareció. Pensabas que el mundo era unidireccional y luego no lo era. Uno podía convertirse en cero. Uno podía convertirse en dos.

Un abrir y cerrar de ojos, y la realidad del asunto no lo era. Si el mundo pudo ser fluido para ti una vez, ¿cuántas veces más podrías hacerlo bailar según tus caprichos?

Todos los demás vivían en un mundo tan anquilosado. Simplemente aceptaban las reglas que les dictaban. Solo les interesaba articular sus propios límites; se movían como si fueran de piedra.

Pero los magos vivían en el aire, danzando en una escalera tentativa de ideas, y era una fuente de

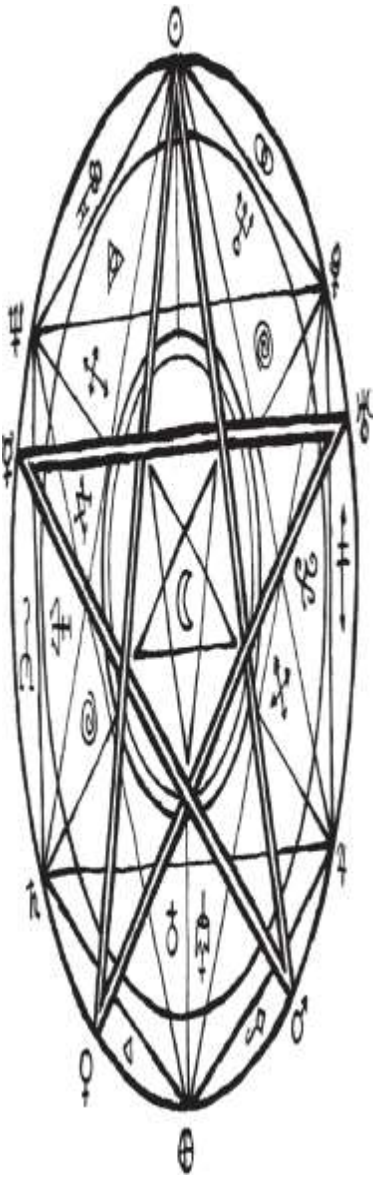
delirio infinito saber que en cuanto el mundo empezaba a aburrirte, podías chasquear los dedos y volverías a caer en picado.

Bastaba con mentir y creer, a pesar de todas las pruebas, que todas las reglas podían suspenderse. Tenías una conclusión en la cabeza y creías, a fuerza de voluntad, que todo lo demás estaba mal. Tenías que ver el mundo como no era.

Alice, a medida que avanzaba en sus estudios, se volvió muy buena en esto. Todos los magos hábiles lo eran. El éxito en este campo exigía una capacidad poderosa y resuelta para el autoengaño. Alice podía poner patas arriba su mundo y construir pilares de fe desde la nada.

Creía que las cantidades finitas nunca se agotarían, que el tiempo podía retroceder en el tiempo y que cualquier daño podía repararse. Creía que la academia era una meritocracia, que el trabajo duro era su propia recompensa. Creía que las mezquindades del departamento no podían afectarte, siempre que mantuvieras la cabeza baja y no te quejaras. Creía que cuando los profesores te criticaban bruscamente, cuando te menospreciaban y te maltrataban, era porque les importaba. Y creía, a pesar de la creciente evidencia de lo contrario, que estaba bien, que todo estaba bien, que no necesitaba ayuda, que podía simplemente mantener la compostura y seguir adelante.

Creía en estas cosas con todas sus fuerzas, con el mismo delirio que le costaba evitar que un montón de arena se agotara. No tenía otra opción. Era una práctica esencial para todo lo que vendría después.



Capítulo dos

El infierno se extendía. Alice y Peter caminaban uno al lado del otro sobre una arena tan fina y sedosa que sus huellas apenas dejaban marcas. De hecho, la arena parecía borrarlas activamente a medida

que avanzaban. Miró por encima del hombro y vio que sus huellas dejaban primero contornos imperceptibles, luego, tres pasos más adelante y otra mirada hacia atrás, nada en absoluto. Parecía que el paisaje del infierno se resistía a la alteración.

No importaba dónde mirara Alice, no podía detectar puntos de referencia: ni colinas, ni costas, ni nubes amenazantes. Intentó que esto no la molestara. El infierno, había leído, era un plano inconstante y cambiante. Sus puntos de referencia eran conceptuales, no fijos. No sabía exactamente qué significaba esto, pero siguiendo la convención académica, lo interpretó como: *El infierno se te revela en el orden que decide* .

El infierno, por ahora, eligió dunas onduladas.

Alice anhelaba la luz del sol. Sus ojos ya se habían adaptado a la penumbra, aunque le dolían de entrecerrarlo. Se frotó las sienes y esperó acostumbrarse a este eterno crepúsculo.

Unos veinte minutos después, cruzaron bajo un puente. Al principio lo oyeron más que lo vieron: parloteo en lo alto, voces que Alice casi reconoció. Levantó la vista y vio en el cielo una imagen especular de Cambridge: el campus patas arriba, estremecedoramente translúcido, como proyectado a través de una conexión de cable con estática. Vio Jesus Green, Sidney Street y los callejones sinuosos entre St. John's y Trinity. Vio a estudiantes de posgrado en sus bicicletas, esquivando coches. Vio pequeñas masas negras moviéndose rápidamente en grupos de un edificio a otro.

Estudiantes universitarios, objetos preciosos, togas negras nuevas y aún arrugadas ondeando alrededor de sus talones.

Así que este era el Pabellón de Observación. Alice había leído sobre él: primero en *el Manual del Infierno Unitario de Penhaligon* , y luego corroborado por la mayoría de las fuentes chinas antiguas. Aquí estaba el puente que cruzaban todas las almas antes de pasar definitivamente al Inframundo; el punto liminal entre los mundos de los vivos y los muertos, donde ambos lados apenas podían vislumbrarse.

Una idea cruzó por la mente de Alice. Entornó los ojos. Sí, si proyectaba sus pensamientos al exterior, podría acercarse a ese espejo de Cambridge y acceder al Laboratorio de Graduados Siete, donde aún permanecía el pentagrama de ella y Peter, con la escritura borrosa y en partes destrozada por el viento que soplaba desde los límites entre

los mundos. Vio a dos de sus colegas, Belinda y Michele, de pie en la

puerta con reverencia, mirando a su alrededor, reconstruyendo lentamente lo que acababa de suceder.

No había borrado su rastro. No, al contrario: había dejado una nota en su despacho anunciando que iba a rescatar el alma del profesor Grimes del Infierno, que nadie se atreviera a seguirla, pues el peligro era muy grande, y que si no regresaba en catorce días, podrían reasignar su despacho a uno de los de primer año. Había dejado la puerta del laboratorio sin llave. Quería que todos supieran adónde había ido, aunque solo fuera para que, cuando regresara triunfante, con el profesor Grimes en la mano, no hubiera dudas sobre su éxito.

Belinda y Michele estaban ahora arrodilladas junto al pentagrama, agachándose para leer las inscripciones. Alice deseó poder oír lo que decían. Belinda seguía apretándose la boca con la mano. Michele respondía con gestos que eran o muy agitados o simplemente muy italianos; con Michele, Alice nunca había podido distinguir cuál. De repente, Belinda se detuvo —estaba justo encima de la inscripción que indicaba su destino: el Infierno— y estiró el cuello para leer.

Alice extendió una mano lo más que pudo. El puente estaba muy cerca: un techo bajo que *apenas podía* tocar si estiraba el brazo y se tambaleaba de puntillas. ¿Podría cruzarlo? Quería intentarlo.

"Abucheo."

Belinda se estremeció; se llevó la mano al cuello. Alice estaba encantada. Se preguntaba hasta qué punto las travesuras fantasmales eran ciertas; si, si quisiera, podría simplemente rondar los pasillos de Cambridge para siempre.

Los académicos coincidían en que la mayoría de las apariciones registradas se facilitaban a través del Pabellón de Observación. Era el único lugar desde el cual los muertos podían alzar la voz, desde el cual podían ejercer cierta presión sobre los vivos.

Pero se trataba de un fenómeno dual. Los fantasmas rondaban el Pabellón de Observación porque estaban demasiado absortos en escenas de su vida; porque ellos, a su vez, estaban fascinados y obsesionados con los rituales de los vivos. Querían saber qué hacían todos. Querían ver si los recordaban. Todas las historias de fantasmas eran erróneas; las apariciones rara vez eran maliciosas. Los muertos solo querían sentirse incluidos.

Belinda se tambaleó hasta los brazos de Michele. Alice resopló. ¡Qué rosa inglesa era Belinda! Todo era siempre demasiado para ella. Michele la abrazó y le habló al oído.

Alice adivinó sus palabras: « *No pasa nada, no han muerto, no van a morir»* . Belinda seguía negando con la cabeza. *«No»* , parecía decir. *«No, están muertos, se han ido».*

"¿Te arrepientes?" Peter estaba de pie junto a ella, con el cuello estirado. Aunque sus ojos no estaban puestos en Belinda y Michele, sino en la multitud de estudiantes universitarios que se apuraban alegremente por el callejón. Ignorantes, emocionados por el comienzo del trimestre (¿o ya había terminado su primer día de clases? ¿Se dirigían al bar de la universidad a tomar una pinta?) "¿Quieres volver?"

—No bromees, Murdoch.

No había una salida sencilla del Infierno. Ambos lo sabían al entrar. Entrar al Infierno era fácil; salir, difícil. Ojalá pudieran simplemente subir a su pentagrama, recitar sus hechizos al revés y volver al punto de partida. Pero si eso fuera posible, los vivos podrían visitar a sus muertos constantemente. No; ascender del Infierno requería el permiso del Señor Yama, es decir, Tánatos, Anubis, Hades, la Oscuridad de Muchos Nombres, Gobernante del Inframundo.

A menudo lo concedía. Al Señor Yama no le gustaba que los vivos sufrieran en su reino; perturbaban a los muertos, alteraban el equilibrio. Estaba más que feliz de ahuyentarlos de vuelta a su lugar de origen. Al menos, todas las historias lo prometían.

Orfeo había regresado, para bien o para mal. Dante ascendió sin ningún problema. En todas las historias, los peregrinos en el Infierno rara vez perecían allí. Fue en el mundo de los vivos donde encontraron su trágico final.

En cualquier caso, podrían resolver el problema de la vida al cruzar ese puente. Por ahora, el problema era determinar cuánto más adentrarse.

UNA HORA DESPUÉS, EL TERRENO EMPEZÓ a ascender. Estaban escalando algo, aunque no estaba claro qué era en ese momento. Alice sintió una opresión en los pulmones, aunque intentó no jadear. Peter corría a su lado, imperturbable, y ella estaba demasiado avergonzada para admitir que estaba cansada.

Entonces todo se reveló bajo sus pies: un valle llano lleno de Sombras sobre Sombras, algunas agrupadas en grupos, otras vagando solas por los campos. Eran almas muertas: cosas grises y translúcidas, meros ecos de cuerpos vivos. Algunas daban vueltas y vueltas en círculos; otras recorrían el mismo estrecho camino. Algunas serpenteaban, más a la deriva que caminando. Desde lo alto, era como observar una colonia de hormigas perezosas y aturdidas, moviéndose sin rumbo. Solo un arremolinado interminable. Limbo, por un nombre. Por otro, los Campos de Asfódelos.

Los campos no eran un tribunal infernal, sino una zona de espera. Allí se detenían las almas conmocionadas y desorientadas de los recién fallecidos. Allí tenían espacio y tiempo infinitos para orientarse antes de decidir seguir adelante. La monografía de Talamo describía los Campos de Asfódelo como una zona de espera. No muy diferente del vestíbulo de Cambridge South, solo que no había quiosco de café, y todos aún estaban decidiendo si querían subir al tren.

Alice tenía buenas razones para pensar que el profesor Grimes podría seguir allí. En general, los muertos no solían estar ansiosos por seguir adelante. Necesitaban tiempo para procesar sus recuerdos, sus arrepentimientos, sus deseos. Algunos se quedaban con la esperanza de reunirse con sus seres queridos antes de buscar la reencarnación juntos. Otros no creían en la reencarnación en absoluto. Algunos esperaban eternamente en los campos, convencidos de que la gran resurrección se avecinaba y de que solo necesitaban hundirse en un estupor y esperar el fin de los tiempos. Otros se quedaban por puro terror a lo que el resto del Infierno pudiera depararles, pues una eternidad de aburrimiento era mejor que los castigos que merecían.

El profesor Grimes, en opinión de Alice, tenía mucho que expiar. Si ella fuera él, se quedaría donde estaba.

Pero ¿cómo lo encontrarían entre tanta multitud? Los campos se extendían hasta donde alcanzaba la vista, y ni una sola de estas almas era reconocible para Alice. Incluso después de descender al valle, entre la multitud, las Sombras parecían tan vagas e indistintas como lo habían parecido desde la distancia. Alice examinó cada alma con la que se cruzó, pero solo vio siluetas borrosas, la mayoría sin rostro, con expresiones uniformemente adustas, si no. Nunca pudo acercarse lo suficiente para verlo mejor. Los muertos se alejaban revoloteando cada vez que se acercaban, como mosquitos que huyen de manos que se agitan.

“¿Recuérdame qué usaste como ancla?”, preguntó Peter después de un

rato.

Uno de los problemas más complejos de una estancia en el Infierno era averiguar adónde ir y dónde encontrar el alma que se esperaba rescatar. Muchas almas habían muerto desde el principio de los tiempos, y el Infierno, por desgracia, era un lugar muy grande. La solución era un Ancla Radiestesista: una cláusula del pentagrama que usaba una ficha u objeto físico para enraizar espacio-temporalmente en el inframundo. Pero el ancla de Alicia, al parecer, solo los había conducido a un espacio indefinido.

—Usé una ficha de su escritorio. —Alice miró a su alrededor con impotencia—. La placa que le dieron en París el año pasado. Tira la mayoría de sus premios, pero dejó esa cara fuera, así que pensé que significaba algo para él.

Conozco esa placa. Es solo de madera, ¿verdad? ¿Sin letras doradas?

“Sí, sólo una talla.”

Peter asintió, reflexionó un momento y luego preguntó: "¿Puedo hacer una sugerencia?"

"Sí, claro."

—Sólo que no quiero ser demasiado crítico. —Lo dijo tan cortésmente que Alice quiso darle una bofetada.

Nunca se andaba con rodeos con ella. Solía gritarle: « *¡Qué tonta, Alice, te has saltado una línea, lo has jodido todo!»* . Y ella le daba lo mejor de sí, y le señalaba que era *su* línea la que se había saltado, y discutían furiosamente, y reían, y solucionaban el problema.

Antes podían discutir, y que discutir fuera divertido. Antes podían hablar con franqueza. Pero eso fue hace muchísimo tiempo.

—Estamos perdidos en el infierno —dijo—. Sugiere lo que quieras.

los Apócrifos de Macedonio afirman que la mayoría de los objetos del mundo de los vivos pierden su fuerza direccional en el Infierno”, dijo Peter. “Lo siento, lo saqué antes de que tuvieras oportunidad, no te lo podías haber dado cuenta. Pero la idea es que los apegos emocionales que invertimos en objetos que han existido durante mucho tiempo son, de hecho, bastante superficiales comparados con su historia. En particular, algo como una placa, que es simplemente madera tallada. Ha cambiado con el pulido, sí, pero sigue siendo inherentemente esa

madera. Nuestros encuentros particulares con esa madera son fugaces en el largo lapso de su existencia".

A Alice todo le pareció muy obvio cuando Peter se lo explicó. «Debería haberlo pensado».

"Así que su placa podría habernos puesto en proximidad con cada carpintero que haya vivido alguna vez."

"Veo."

"O entusiasta del senderismo."

"Me parece bien."

"O incluso un entusiasta de los árboles".

—¿Cuál es tu punto, Murdoch?

"En realidad, es un dilema muy interesante", dijo Peter. "La orientación espacial del Infierno. Supongamos que Macedonio tiene razón y que el paisaje del Infierno se reestructura para reflejarse en el mundo de los vivos. ¿Qué sucede cuando esos mundos se superponen? ¿Cuando interactúan almas de diferentes tiempos y espacios? ¿Qué Infierno experimentan? Me pregunto…

Alice lo interrumpió. Era un Murdoch clásico; si lo dejabas continuar, divagaba hasta olvidar por qué había empezado. Peter siempre estaba más interesado en el problema que en la solución. Eso lo convirtió en un gran erudito, pero era muy agotador trabajar con él. "¿Ofrece Macedonio una solución?"

¿Hm? ¡Ah, sí! Dice que deberíamos hacer que los muertos vengan a nosotros. —

Peter se quitó la mochila y se arrodilló en el suelo—. Sugiere un sacrificio.

Sacó tres objetos de su mochila: un paquete de cigarrillos, una rebanada de pan Lembas y una botellita de muestra de oporto tawny. «Una comida», explicó. «Algo muy arraigado en el tiempo. Hay que acertar con la década exacta, ¿sabe? Los objetos tienen largas historias, pero los alimentos —los ingredientes que los componen en esas proporciones exactas y las rutas que siguen para llegar a ellas— son extremadamente específicos en el tiempo».

Juntó los cigarrillos en un pequeño montón, desmenuzó el pan Lembas encima y roció el oporto por encima. Luego encendió una cerilla y le prendió fuego.

Todo olía inquietantemente bien para Alice, con tabaco incluido. Le recordaba a la sala de espera de los departamentos: envoltorios de pan Lembas, tazas usadas, sofás manchados de oporto, filtros de café húmedos sobre el cubo de la basura. Olía a casa.

Gruesos zarcillos negros se desplegaron sobre la pila y se disiparon en el gris. Los campos se difuminaron y luego comenzaron a dispersarse a su alrededor. Grupos enteros de Sombras desaparecieron, uno a uno, hasta que se alzaron solos contra los campos.

Una única mancha apareció en el horizonte, haciéndose cada vez más grande a medida que se acercaba.

Pedro dijo: “Eso no puede ser correcto”.

No fue el profesor Grimes. Fue el gato del departamento.

La mayoría de los departamentos de Cambridge tenían un gato, es decir, los gatos los poseían. Porque los gatos no llevaban collar, ni dormían en casa de ningún profesor, ni parecían leales ni especialmente amigables con ningún estudiante o profesor. Todo el mundo sabía que un día un gato aparecería maullando de hambre, y como nadie podía resistirse a ponerles comida y agua, el gato se quedaría, cada vez más mimado hasta que finalmente la historia se reescribió y, de hecho, el gato siempre había formado parte de la institución.

El gato del departamento de Magia Analítica era un animal elegante, de ojos verdes y gris oscuro, con una magnífica cola de plumero, llamado Arquímedes, y que Alice supiera, estaba indudablemente vivo. Lo había visto esa misma mañana, aleteando como un idiota para espantar mariposas en el jardín delantero.

Se arrodilló. A Arquímedes no le gustaba mucho que lo acariciaran, pero prefería que lo miraran a los ojos al hablarle. Algo relacionado con el respeto. "¿Qué haces aquí?"

Arquímedes parpadeó, moviendo la cola de un lado a otro entre sus piernas. Dio vueltas alrededor del fuego y lo olió. Si le molestaba estar en el Infierno, no lo demostró.

—Los gatos *pueden* cruzar fronteras —dijo Alice en voz baja—. ¡Leí

sobre esto!

Conocen los tribunales, ven a los muertos.

—¿Puedes ayudarnos entonces? —Peter se acercó al gato—. ¿Puedes llevarnos con Grimes?

Por un instante, Arquímedes pareció considerarlo. Sus ojos se posaron en el fuego un buen rato, tanto que Alicia sintió una oleada de esperanza; parecía tan sabio, su mirada tan significativa. « *He cruzado océanos de tiempo»* , decían aquellos ojos. « *He visto el mundo oculto».* Luego maulló con desdén y regresó a toda velocidad por las dunas.

Alice se puso de pie. "Inútil."

—Mira —dijo Peter.

Donde Arquímedes había desaparecido, cuatro figuras aparecieron en el horizonte.

Formas delgadas e indecisas. Ninguna con la imponente gracia del profesor Grimes. Se acercaron, y la suave luz de sus rostros se iluminó bajo el sol bajo y abrasador.

Inocentes. Niños todavía. Manchas negras se extendían por su piel como manchas de tinta.

—Peter —Alice tenía un mal presentimiento—. Eso no es...

—Ay, Dios mío —dijo Peter—. Creí que ya se habrían ido.

"Aparentemente no", dijo Alice, y se preparó para encontrarse con las primeras víctimas del profesor Grimes.

HACE TREINTA AÑOS, EN CAMBRIDGE, UNA situación se descontroló y cuatro estudiantes universitarios fallecieron. El posdoctorado de turno fue despojado de sus títulos y desterrado a Bristol, en desgracia. Todos los implicados eran alumnos del entonces joven profesor Jacob Grimes.

Oficialmente, la universidad atribuyó las muertes a un incendio en el edificio —lo cual técnicamente no era falso, ya que la explosión resultante había quemado toda el ala izquierda— y envió las cenizas de los estudiantes a sus padres, junto con una carta que les aseguraba que Cambridge no era responsable en absoluto y que litigar sería una muy mala idea. Convenientemente, una investigación reveló una

construcción defectuosa en las tuberías de gas, lo que permitió a la universidad atribuir la culpa a los códigos de construcción y a la mala praxis de los contratistas, no a qué tipo de experimentos mágicos pudieron incendiar medio edificio en primer lugar. Todo esto significó que el departamento nunca fue culpado por lo sucedido. Fue un accidente extraño, nada más.

Pero nadie preguntó jamás por qué el profesor Grimes dejó que un incendio arrasara el laboratorio. Nadie consideró jamás que, como supervisor responsable tanto del desarrollo intelectual como de la seguridad de sus estudiantes, el profesor Grimes debería haber estado atento al progreso del experimento en lugar de estar encerrado en su oficina del tercer piso, con un imponente cartel de "NO ENTRAR" colgado sobre la puerta. (Estaba muy orgulloso de ese cartel; una promoción de graduados se lo había regalado en broma, y él lo había aceptado sin ironía). Nadie sugirió jamás que quizás, además de investigar, el profesor Grimes debería haber estado cumpliendo con sus deberes como profesor. Después de todo, no era el único profesor negligente: todos los profesores del departamento escatimaban en tareas docentes. ¿Para qué perder el

tiempo cuidando a estudiantes de grado cuando uno podría dedicarse a cualquier otra cosa?

Así que nada de esto afectó la carrera del profesor Grimes. Nadie pudo demostrar que fuera culpa suya. No se podía trazar una línea entre sus acciones y el incendio. Ni siquiera había estado presente. Y, en fin, los accidentes eran muy comunes en la magia.

Tan solo dos semanas después, un arpa encantada recuperada de Asiria sumió a medio departamento de Harvard en un letargo paralizante, y esto eclipsó con creces el incendio de Cambridge en los chismes de la conferencia. (Ningún contrahechizo fue efectivo; la cura, al final, implicó enormes cantidades de anfetamina, que un sorprendente número de estudiantes de posgrado tenían a mano). Se coincidía generalmente en que la magia requería asumir riesgos, especialmente la magia visionaria y transformadora por la que era conocido el profesor Grimes. En cualquier caso, la culpa era de los propios estudiantes, y ya estaban muertos. Ese era castigo suficiente.

MIENTRAS LAS SOMBRAS SE ACERCABAN, ALICE OBSERVÓ con horror que sus apariencias parecían estar fijadas en sus cuerpos en el momento de la muerte. Una de ellas parecía prácticamente intacta; solo tenía algunos rasguños en la cara y los brazos. Una estudiante murió por inhalación de humo, según el informe. Las llamas nunca la

alcanzaron. Se había arrastrado hasta un rincón y se había escondido bajo una lona ignífuga, y según los bomberos, por eso nadie la encontró hasta casi una hora después de apagar el fuego. Podría haber vivido mucho tiempo; nadie lo sabía con certeza, y nadie insistió. Sus padres celebraron un funeral con ataúd abierto en Ely e invitaron a todo el departamento. Esto fue antes de la época de Alice, pero estaba bastante segura de que el profesor Grimes no habría ido.

Los demás estaban quemados hasta quedar irreconocibles. A Alice le revolvía el estómago mirarlos. Una cosa era leer teorías sobre los muertos; presenciarlos era otra muy distinta. Extremidades carbonizadas, rostros petrificados; mandíbulas descarnadas, dientes estirados, como rictus, en sonrisas involuntarias. Solo los ojos estaban uniformemente ilesos; ojos fijos, suplicantes, lastimeros, curiosos. ¿Pasaron toda la eternidad así? ¿O solo habían elegido presentarse como tales por ahora? La literatura sobre las Sombras y la corporeidad era escasa e indecisa. Algunos eruditos pensaban que las Sombras se conservaban involuntariamente tal como eran en el momento de su muerte. Otros argumentaban que las Sombras tenían la capacidad de manifestarse como quisieran. De cualquier manera, a Alice le pareció de mala educación preguntar.

—Hola —dijo con cautela—. Somos de Cambridge.

Las Sombras se acercaron arrastrando los pies. Parecían muy emocionadas. Alice no podía leer los rostros de las tres quemadas —nunca dejaban de sonreír—, pero la expresión de la chica, más intacta, era franca y encantada.

—Buscamos a alguien que falleció recientemente —dijo Peter—. El profesor Jacob Grimes.

La muchacha más intacta jadeó, y el sonido se extendió a través de las Sombras como el viento a través de las rocas.

"¿Profesor Grimes?"

¿Está aquí el profesor Grimes?

"¡Grimes!"

Así que pudieron hablar. Sus voces eran un eco de las demás; una frase se repetía cuatro veces en registros ligeramente distintos. Alice no podía distinguir si las Sombras no podían hablar de otra manera, o si, tras décadas agrupadas y enfrentándose al infinito, sus personalidades se habían fusionado y solidificado, de modo que ya no

se reconocían como distintas. Se sumieron en una charla animada, comunicándose entre sí con chasquidos y silbidos ininteligibles. Alice solo pudo distinguir: «Grimes», «De ninguna manera» y «¡Madre de Dios!».

"¿Tienes alguna idea de dónde podría estar?" interrumpió Peter.

“Debería seguir siendo una sombra”, dijo una chica con trenzas.

—Sí, una Sombra, a menos que…

"¡A menos que!"

“Pero no lo sabríamos.”

“No nos habla.”

—Demasiado importante —resopló un chico con gafas—. Lo habría pasado volando.

"Zarpó."

“Sin hablar.”

—Sí que pasó —dijo la chica, más intacta—. Tan rápido que pensé que era un sueño.

Pero ahora que lo dices... sí que lo vi. Lo vi. Lo saludé. Él me dijo hola.

Los otros tres flotaban arriba y abajo agitados.

"¿Lo viste?"

“¿Dijo *hola* ?”

¿Por qué no nos lo dijiste?

—¡Dios mío! —La Sombra, más intacta, brilló por un instante; por un instante, su forma adquirió una forma más sólida y definida, y Alice vislumbró un destello rojo en su cabello—. ¿Saben lo molesto que es pasar la eternidad con ustedes? Fue un recuerdo solo mío, algo que *sucedió* y que no quería compartir.

Las demás Sombras parecían molestas. Alice podía ver la forma de su irritación: volutas puntiagudas de miasma gris flotando sobre sus hombros.

“Podría habernoslo dicho.”

"Podría haber."

“No tiene sentido guardar secretos”.

“Hay una eternidad para los secretos”.

—Un momento —dijo Alice desesperada, antes de perderse en la conversación—.

¿Cuándo pasó esto?

—No lo sé —dijo el chico de gafas—. Aquí no hay tiempo.

Esto era metafísicamente falso, demostrablemente, pero Alice decidió ignorarlo.

"¿Qué te dijo?"

—Quería indicaciones —dijo la chica más intacta, con la nariz llena—. No soportaba los campos. Tenía muchas ganas de salir de aquí.

—¿Y adónde iríamos? —preguntó Peter—. ¿Si también quisiéramos salir de aquí?

Los estudiantes señalaron. Alice y Peter se giraron, y allí estaba, una línea blanca en la distancia: una pared o un edificio, no lo supo con certeza, pero al menos era una estructura que prometía acabar con la monotonía del cieno. Alice no creía que hubiera estado allí antes. Entrecerró los ojos y vio lo que, desde la distancia, le recordó a un montón de hormigas alrededor de su hormiguero. Sombras, miles de ellas, haciendo fila para liberarse tras la neblina.

Los estudiantes suspiraron, desanimados, todos a la vez.

“Las líneas—”

"¡Hasta la vista!"

“Nunca llegues al final—”

“Peor que las entradas para un concierto…”

“Solo pude ver uno”, declaró el chico de gafas. “Vi a las Chordettes. Hice fila durante cuatro horas para verlas”.

Esto desencadenó otro movimiento de entusiasmo. "¿Viste a *las Chordettes* ?"

—Concéntrate —dijo Peter—. Por favor. ¿Es esa la única entrada a la siguiente cancha?

"Oh sí."

“Todos tienen que hacer cola”.

“Incluso el profesor Grimes”.

“Espera su turno.”

“Sin excepciones.”

La chica más intacta ladeó la cabeza. "¿Lo salvarás?"

Ante esta pregunta, todos los estudiantes universitarios se lanzaron y se agolparon ansiosos alrededor de Alice y Peter.

"¿Lo sacarás de aquí?"

“¿Esto es para tu *investigación* ?”

“¿Es para un *periódico* ?”

Alice sintió una punzada de compasión. Siempre le habían gustado los estudiantes universitarios, por mucho que disfrutara quejándose de ellos. En realidad, era un placer enseñar a los estudiantes de Cambridge. Ingenuos y entusiastas. Con pocas excepciones, nunca eran perezosos ni insolentes. Todo lo contrario. Generalmente eran mentes alegres e inmaduras que aún pedían permiso para ir al baño durante la clase, que olvidaban con frecuencia el orden de las operaciones al cambiar de matemáticas a lógica, que tartamudeaban de nervios en horario de oficina y comenzaban sus trabajos con declaraciones insulsas como «EL DICCIONARIO DE INGLÉS DE OXFORD

DEFINE LA VALIDEZ COMO...» y «DESDE EL ORIGEN DE LOS TIEMPOS, LA HUMANIDAD SE HA VISTO AFECTADA POR EL PROBLEMA DE LA RACIONALIDAD». Solía verlos apiñarse en el Pick después de clase, con las mejillas sonrosadas por el frío, charlando alegremente con cerveza barata y patatas fritas empapadas. Le gustaba verlos charlar animadamente sobre sus clases, agitando las manos, con las vocales un poco forzadas y la jerga torpe. La hacían preguntarse,

con envidia, si la ignorancia era realmente el secreto de la felicidad.

—¿Entramos juntos entonces? —preguntó Peter con dulzura—. ¿No es hora de que se vayan?

Al parecer, esa era la pregunta equivocada. Los estudiantes se encogieron en una masa densa y viscosa de angustia psíquica. El aire se volvió frío de repente. Alice sintió un hormigueo en los brazos. Lo recordó. *Las sombras pueden afectar la atmósfera si se alteran.*

“Tengo miedo”, dijo finalmente la muchacha más intacta.

Los demás asintieron.

—¿De qué, entonces? —preguntó Peter—. Son todos tan... quiero decir, estoy seguro de que no tienen mucho que expiar.

Negaron con la cabeza violentamente. «No es eso».

“No, no. . .”

“Tenemos miedo de *pasar* .”

“Miedo de no ser—”

“Miedo del Leteo—”

“Miedo de olvidar—”

“Convertirse en—”

“Miedo de ser otro.”

—Es solo reencarnación —dijo Peter—. No recordarás nada.

—Exacto. Éramos magos —dijo el chico de las gafas—. Si vamos...

“No seremos magos”.

—Estás bromeando —dijo Peter con su clásica falta de tacto.

Alice pensó que estaba siendo un poco tonto. Claro que estas Sombras estaban asustadas. Las almas solían permanecer en Asfódelo durante años, décadas, antes de intentar reencarnar. La pérdida de identidad era una perspectiva aterradora. ¿Quién eras sin tus recuerdos, tu pasado, tus relaciones, tu posición social? ¿Y si tu destino en la otra vida era mucho peor que la que acababas de vivir? No importaba que,

en teoría, las almas disfrutaran de infinitas vidas y de infinitas oportunidades para experimentar cosas buenas y malas. Desde la perspectiva subjetiva del alma, la reencarnación no era diferente de la muerte.

Además, la reencarnación siempre fue una lotería. Alicia comprendía que no quisiera arriesgarse.

—Apenas has vivido —dijo Peter—. Hay mucho más en la vida. ¿No te gustaría intentarlo de nuevo?

Los estudiantes universitarios temblaron.

“Pero la magia—”

—Pero Cambridge…

—El trono del mundo intelectual —dijo la chica más íntegra—. Privilegiados inimaginablemente.

“Es la única opción racional”, declaró el chico de gafas. Habló con tanta autoridad que los demás estudiantes parecieron encogerse momentáneamente tras él, como si le dieran permiso para hablar en nombre del grupo. Su voz se volvió más grave.

Gesticulaba mientras hablaba, imitando a un profesor. “Verán, dada la población de la Tierra, es abrumadoramente probable que reencarnemos en vidas por debajo del umbral de la pobreza. La mayor parte de la población mundial nunca va a la escuela, y mucho menos a Cambridge. Una vida sin examen no vale la pena vivirla, como nos dice Sócrates. Por lo tanto, buscar la reencarnación es arriesgarse a una vida que no vale la pena vivir. Por ejemplo, una vez reencarnados, podríamos terminar haciendo algo como… no sé, trabajando en los arrozales de China”.

—Ordeñando vacas en Arkansas —coincidió la muchacha más intacta.

“Extracción de diamantes en África”.

—Mira —dijo Alicia—. Eso es bastante prejuicioso...

“Ser un idiota.”

—¡Ser idiota! —Las cuatro Sombras se estremecieron; una masa temblorosa de gelatina—. ¡Ay, qué horror! ¡Ay, no ser listo! —Y una de ellas se lamentó—: ¡Y si nunca aprendes a *leer* !

"Pero estás muerto." Esto había ido demasiado lejos; Alice tuvo que intervenir. Los estudiantes universitarios hacían esto a menudo: se enojaban con las ideas equivocadas, comparaban conjuntos de problemas y se confundían tanto que desenredar sus pensamientos les costaba el doble. Los estudiantes universitarios eran cinco ciegos y un elefante; eran tres ratones ciegos guiándose en círculo. "Estás en el infierno. Ese parece el peor estado en el que uno puede estar."

magos muertos —dijo el chico de las gafas—. Eso es diferente.

—No es nada diferente —dijo Peter—. Sigues atrapado aquí.

—¿Pero por qué estás aquí? —preguntó la chica más intacta—. ¿Por qué viniste?

Aceptaron con regocijo esta línea de interrogatorio.

"¿Por qué?"

“¿Por qué, en efecto?”

“Media vida—”

“El precio—”

“¡El precio!”

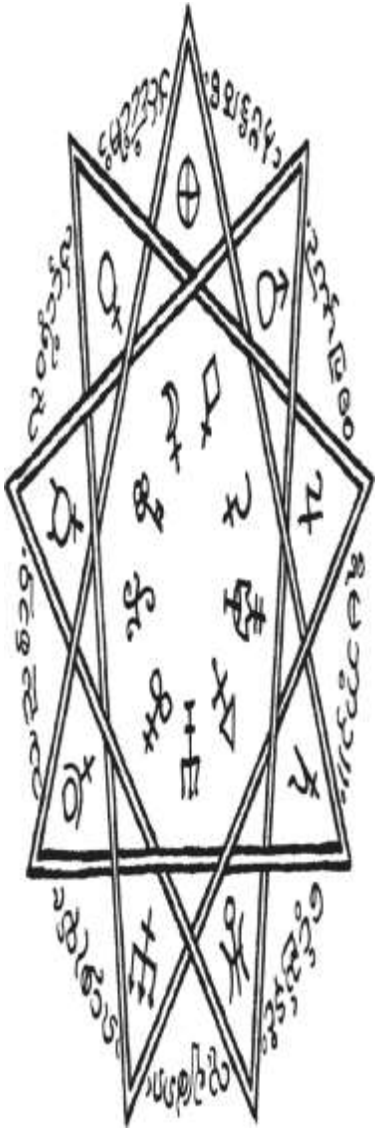
—Eso es diferente —dijo Alicia—. Todavía podríamos ser magos. *Eso* vale la pena.

—Ah —dijo la chica más íntegra. Y entonces empleó la táctica argumentativa más molesta: asentir, dejando claro que pensaban que su razonamiento era estúpido—. *De acuerdo* .

Los demás estudiantes no dijeron nada. ¿Qué réplica necesitaban? Solo la observaban, con idénticas expresiones de reproche silencioso; hasta que sus cuerpos empezaron a desvanecerse, hasta que sus quemaduras se convirtieron en destellos, hasta que desaparecieron en el aire quieto.

—Vaya —dijo Peter—. Creo que nos mandaron a la mierda.

—Oh, déjalos —murmuró Alice. Sintió una punzada de irritación, una inquietud latente, y ya no quería pensar en esos estudiantes. El infierno estaba lleno de pequeñas tragedias. No tenía sentido preocuparse por esta. —Tienen la eternidad para resolverlo.



Capítulo tres

La línea blanca era, en efecto, un muro: una gran superficie plana que desaparecía en el cielo y se extendía infinitamente en ambas direcciones. Abajo, una gran masa de Sombras se movían impacientes, sus voces como el viento susurrando entre las hojas secas.

“Llevo aquí *siglos* …”

“Nada se mueve—”

“Dijeron que la tasa de natalidad ha bajado”.

"¿Lo ha hecho?"

“El boom de la posguerra ha terminado, todo está desarrollado y todas las chicas toman pastillas...”

"Oh, ¿es *eso* todo?"

—¡Vaya! —Peter se puso de puntillas, intentando ver por encima de la multitud—.

Es peor que la Quinta Avenida un viernes.

"¿Has estado en la Quinta Avenida?" preguntó Alicia.

Lo intenté. Nunca entré.

Alice se sentía como si estuviera atrapada afuera de una discoteca, solo que las puertas estaban ocultas y nadie controlaba la fila. "¿Crees que todavía esté aquí?"

La perspectiva no era fiable en ese momento. Era imposible saber a qué velocidad avanzaba la cola ni la distancia que los separaba del muro. El profesor Grimes podría haber pasado por allí hacía días. Podría haber estado atrapado en la fila, a varios metros de distancia. Alice deseó haber consultado algún material sobre las tasas de natalidad y mortalidad. ¿Cuántas personas habían muerto en el mundo en los últimos dos meses?

¿Cuántas habían reencarnado desde entonces? No recordaba ninguna información de archivo sobre las colas para salir de Asphodel (Orfeo y todos los demás parecían entrar directamente a los juzgados), pero todos los relatos de los peregrinos eran de una época en la que el mundo era más pequeño, cuando un número más manejable de almas iba y venía. Posiblemente este muro fuera un desarrollo reciente. Una especie de control migratorio ctónico de posguerra.

“Podríamos gritarle”, dijo Peter.

—Oh, mejor no. —Alice aún no había visto señales de deidades guardianas, pero sabía que, por regla general, era mejor que los visitantes no llamaran la atención.

Observó la fila y se irguió—. Quizás intentemos *pasar* .

Las líneas parecían densas, pero ¿no eran las Sombras inmateriales? Setiya y Penhaligon sin duda lo creían: las Sombras solo tenían recuerdos de sus cuerpos, eran puramente espirituales, y por lo tanto no podían interactuar con lo físico de forma significativa. Alice y Peter eran de carne y hueso, y la materia prevalecía sobre el espacio vacío. Así que supongamos que simplemente *empujó* , pero no había dado tres pasos cuando fue invadida por Sombras. La irritación explotó a su alrededor.

"Corte-"

“No cortes—”

"Salir-"

"¡Brusco!"

Un escalofrío gélido le recorrió las extremidades. Sintió una presión viscosa contra la piel. Así que estaba equivocada: parecía que las Sombras podían transformarse en algo parecido a la tela cuando les convenía. Recordó a la chica más intacta de antes, cómo por un instante le había parecido más sólida. La multitud formó una masa espumosa e irascible, empujándola y apretándola por todos lados hasta que apenas pudo respirar.

La presión se agudizó. Gritó y saltó fuera de la fila. "Está bien", dijo. "Jesús, sin cortes, está bien".

La presión desapareció; el frío disminuyó. La masa volvió a la cola.

—Así que eso está descartado. —Alice se frotó los brazos—. Parece que... *¡Ay* !

Una Sombra la había empujado y le había dado un codazo tan fuerte que casi cayó al suelo. Parecía haber invertido toda su memoria corpórea en ese codazo. *Dolió* .

—Malditos magos —siseó la Sombra—. ¡Sin respeto!

El dolor en las costillas era terrible, pero Alice estaba demasiado emocionada como para preocuparse. "¿Cómo sabes que somos magos?"

—Manos llenas de tiza —dijo la Sombra—. Rodillas llenas de tiza. ¿Qué más son, cocainómanos?

Aquí Alicia empezó a sospechar que Sombra era matemática. Los matemáticos odiaban a los magos.

—¿Has visto a otro mago? —preguntó Peter con entusiasmo—. ¿Aquí?

¿Recientemente?

—¿He *visto a un mago* ? —murmuró la Sombra—. ¿He visto a un mago, a un mago arrogante y presumido, andando como si fuera el dueño del lugar, como si el resto de nosotros no existiéramos ... ?

Eso sonaba igualito al profesor Grimes. "¿Cuándo?", preguntó Alice.

—Un día —dijo la Sombra—. Una semana. Un mes. ¿Quién lleva la cuenta?

"¿Y definitivamente ya pasó al otro lado?", insistió Peter. "¿Ya no está haciendo cola?"

—¿A qué velocidad iba? —resopló La Sombra—. Marchaba como si tuviera que ir a algún sitio. Me sorprendería que ya no hubiera llegado al Octavo Tribunal. Lo habrían ingresado solo para sacarlo de aquí. Y mejor así.

Alice quería correr hacia las puertas en ese mismo instante. Pero las Sombras la miraban con malos ojos, y dudaba que se separaran educadamente si se lo pedía. ¿Qué hacer entonces? ¿Esperar su turno? Pero incluso si conseguían pasar, Alice desconocía qué deidades custodiaban el final de la fila, ni si estaban dispuestas a ayudar a los vivos. Y el profesor Grimes avanzaba rápido, con determinación. Si no quería demorarse, estaba decidido a reencarnar. No podían quedarse allí parados. Era una carrera contrarreloj, y Alice desconocía cuánto tiempo podrían los tribunales retener a un personaje como Grimes.

—Oye, Law. —Peter observaba la pared. Desde lejos parecía un edificio de mármol liso, impecable y plano, pero de cerca, Alice vio que la pared estaba construida en lugar de miles de huesecillos, apilados unos sobre otros en una masa densa y antigua.

Detritos acumulados de millones de años de vida. Una montaña de tiempo preservado.

Aunque horizontalmente era interminable, verticalmente no lo era: parecía extenderse cuarenta o cincuenta metros antes de terminar en una línea recta. No más alta que la biblioteca de la universidad.

Pedro preguntó: “¿Qué tan difícil crees que es escalarlo?”

MARCHARON PERPENDICULARES A LA FILA hasta que la multitud se disipó. Ahora podían acercarse a la base del muro sin ser molestados. Las Sombras, por alguna razón, parecían desinteresadas en subir, posiblemente porque no tenían incentivos para apresurarse, y posiblemente porque su frágil materialidad no les ofrecía apoyo contra esa superficie.

Una pena, pensó Alicia, porque la pared era ideal para escalar. Grandes trozos de hueso sobresalían por todas partes —preparativos asideros, fáciles de agarrar— y la pared también estaba llena de surcos, perfectos para hundir los dedos de los pies. Alicia agradeció que la pared estuviera hecha solo de hueso; parecía que todo el pelo, la piel, la sangre y los restos cartilaginosos se habían erosionado hacía mucho tiempo. No había olor ni sangre. En cuanto a la textura, eran magníficos. Alicia miró la pared y vio las montañas Flatirons y el Distrito de los Picos; vio numerosos cuellos de botella, chimeneas y grietas. El único problema, supuso, sería la resistencia. Pero tal vez podrían descansar en la cima.

Respiró profundamente, estiró los hombros y luego buscó en su bolso.

-¿Qué estás haciendo? -preguntó Peter.

Alice estaba desmenuzando una tiza entre los dedos. «Para el agarre», explicó.

«Evita que te resbales cuando te sudan las manos».

"¿Cómo lo sabes?"

Se espolvoreó la tiza en las palmas. «Solía escalar en Colorado. Todavía escalo a veces; hay un club de montañismo en el campus».

“¡Qué muy americano!”

—Silencio. —Agarró los huesos que sobresalían más cercanos, encontró puntos de apoyo y se incorporó—. Sígueme. No mires hacia abajo.

Subieron. Para su deleite, Alice encontró la subida deliciosamente fácil. Los agarres eran buenos, la pared estaba llena de fricción. Tiró de cada asidero por precaución antes de apoyarse, pero cada centímetro de hueso se mantuvo firme. Eones de acumulación habían compactado estos materiales tan densamente que no había ni un solo

trozo suelto.

Durante un rato trepó y trepó, saboreando la seguridad de su agarre; la facilidad con la que podía balancearse de un punto a otro. El esfuerzo y la repetición le hacían bien.

Era meditativo; absorbía toda su concentración, de modo que la radio ansiosa en su cabeza se acalló. También le hacía bien darse cuenta de que aún podía hacerlo. No se había cuidado estos últimos meses; temía que todos sus músculos se hubieran atrofiado.

Por otro lado, ahora estaba mucho más delgada. Menos peso que levantar, lo cual sí marcaba la diferencia, aunque no estaba segura de si esa encantadora ligereza provenía de verdadera agilidad o del hambre que le aturdía la cabeza.

Después de un rato, se detuvo a mirar a su alrededor. Le encantaba hacerlo cada vez que escalaba en Colorado. Le encantaba apreciar la gran distancia al suelo. Nunca la inmutaba. A esa altura, estaba demasiado arriba para hacer nada más que seguir adelante, y esta certeza inamovible la ayudaba a bloquear sentimientos inútiles como el miedo.

El infierno se extendía interminable bajo ella, llanuras de limo y dunas ondulantes.

Para sus ojos cansados, esta cara del infierno se reducía a dos ondulantes bloques de color: un gris sedoso abajo y un naranja que ardía oscuramente arriba, acentuado por un sol que parecía estar perpetuamente a punto de ponerse. Era realmente hermoso.

—Esto es una locura —dijo—. Pero qué vista tan bonita. ¿Estás bien?

Pedro no respondió.

“¿Murdoch?”

Bajó la mirada. Peter estaba mucho más abajo de lo que creía; debía de haberse detenido hacía rato. Le temblaban las cuatro extremidades. Su frente brillaba, empapada de sudor. Parpadeó furioso mirando la pared, y parecía que intentaba contener el vómito.

“¿Murdoch?”

Por un momento, Peter pareció no percibir su voz. Finalmente, respondió: «Creo que me está dando un ataque de pánico».

Fue totalmente inapropiado, pero Alice se rió. «Murdoch, ¿te dan miedo las alturas?»

—No quería decírtelo —jadeó—. Pensé que podría... aguantarme...

"¡Fue tu idea escalar!"

—Sí, pero solo lo decía en *teoría* —se quejó—. ¡Dios mío, Law...!

—Estás bien, estás bien —dijo rápidamente—. Mira, has llegado hasta aquí...

—Pero ahora mi cerebro está al límite y no puedo moverme. —Cerró los ojos con fuerza—. ¡Ay, Dios mío, ay, Dios mío...!

—Deja de hablar. Respira. —La gravedad de la situación la había alcanzado. Alice mantuvo la calma. Ya había convencido a estudiantes de licenciatura para que no abandonaran los seminarios del profesor Grimes. Tenía, para bien o para mal, mucha práctica en ahuyentar el miedo. —Hay un bloque sólido que sobresale unos metros más arriba. Puedes apoyar los pies en él e inclinarte hacia adelante, lo que te dará descanso a los brazos. ¿Crees que puedes aguantar un poco más?

—No puedo soltarte —volvió a quejarse Peter—. Mis muñecas...

—Hazlo o morirás —espetó Alice—. ¡ *Muévete* , Murdoch! No pienses, solo hazlo.

Milagrosamente, Peter obedeció. Sus pies encontraron apoyo y se apoyó contra la pared, con las manos abiertas para mantener el equilibrio. Su pecho subía y bajaba de cansancio.

—Muy bien —dijo Alicia—. Ahora, hagamos un balance, un repaso...

—Me arden los antebrazos —jadeó Peter.

—Estás usando demasiado los pulgares. Mira —dijo, demostrando con una mano—.

Intenta colgarte de los cuatro dedos de arriba. Te darán toda la tracción que necesitas.

Engancha, no aprietes.

Peter pasó un largo rato respirando contra la pared. Alice se preguntó si la habría oído. Pero entonces extendió una mano tímidamente, con la otra apoyándose en la pared para mantener el equilibrio, y flexionó

los dedos.

—De acuerdo —dijo—. Creo que... tiene sentido.

Y si alguna vez necesitas descansar, apoya bien los pies, ponte de pie y apóyate en la pared como ahora. Eso te quitará algo de presión en los brazos. ¿Entiendes?

Él asintió vigorosamente, con los ojos muy abiertos.

La vacilación es tu peor enemigo. Si ves una presa, atrévete . Cuanto más dudes, más te cansarás. ¿Entiendes?

“Sí, señora.”

—Calla, Murdoch, te estoy salvando la vida. —Se limpió las manos con una tiza nueva y se la pasó—. Tiza, estás sudando.

Peter obedeció. Volvieron a subir. Desde este ángulo, Alice no podía distinguir cuánto habían recorrido, si habían llegado a la mitad del camino o no. Toda distancia y textura se reducían a abstracciones, líneas sobre el lienzo, y lo único que podía ver a ambos lados era una extensión interminable de blanco irregular, luego cielo, o tierra. No había forma de medir su ritmo hasta la meta. Solo podía ignorar el paso del tiempo y los límites cada vez más cercanos de su propia resistencia, y seguir levantando un brazo sobre el otro. Una distancia vigilada que nunca se acortaba. Manos, manos, dedos de los pies, dedos de los pies. Manos, manos, dedos de los pies, dedos de los pies.

Finalmente, su mano derecha tocó una superficie plana y ancha. Se atrevió a levantar la cabeza. Eso era todo: ya no había pared, solo cielo, lo había logrado. En el gimnasio lo llamaban «tope». Respiró hondo y se impulsó por el borde de un solo golpe. Luego se puso de rodillas y miró hacia abajo.

Peter la miró con los ojos abiertos por el miedo. Temblaba mucho. Temía que se soltara, y aún estaba a varios metros por debajo de ella, demasiado lejos para poder levantarlo.

—Estás muy cerca —gritó—. Ya casi llegas. Y aquí arriba es plano, casi un metro de ancho. Podemos descansar aquí arriba, solo tienes que terminar.

Quizás él respondió algo, pero ella no supo qué. Solo oyó un jadeo doloroso.

—Mírame —dijo ella. Él levantó la cabeza—. Ahí lo tienes.

Extendió la mano con manos temblorosas hacia el siguiente punto. Luego el siguiente.

—Mueve los dedos de los pies —susurró—. ¡Tranquilo! ¡Bien, bien! ¡Uno más!

Él subió una mano hasta arriba. Ella lo agarró por la muñeca. Él subió otra mano, justo lo suficiente para que ella lo levantara y lo cruzara. Un fuerte tirón, y entonces Peter se desplomó encima de ella con un grito.

Se quedaron quietos un buen rato, respirando con dificultad. Alice sintió algo húmedo contra la piel. Bajó la cabeza y vio el rostro de Peter aplastado contra su cuello.

Estaba llorando.

—Estás bien —murmuró—. No pasa nada.

Se habría escabullido, pero Peter seguía temblando —un poco, pensó Alice inapropiadamente, como un hombre después de tener sexo— y pensó que sería mejor dejarle vivir este momento. Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos, saboreando la dulce fatiga que latía por sus extremidades.

¡Dios mío! Hacía mucho que no sentía ese dolor. Estaba agotada, sí, pero ese dolor punzante —ese recordatorio inexplicable de que había llevado su cuerpo al límite y no se había roto; de hecho, de que *tenía* un cuerpo capaz de hacer lo que hacía— le hacía sentir bien.

Intentó concentrarse en ese agradable ardor. No en el calor de Peter contra su pecho.

No en lo absurdo de tener a Peter encima de ella, que de alguna manera, comparado con escalar en el Infierno, era lo más ridículo de la situación. No en la extraña punzada en el estómago que sentía al ver su vulnerabilidad, *al depender* de ella, y en lo insatisfactorio que era esto a pesar de haber deseado durante tanto tiempo que Peter le revelara cualquier debilidad. Pero esto solo lo hacía parecer humano, y cuanto más humano parecía Peter, más la desconcertaba.

Por fin, sus sollozos se calmaron. «Lo siento». Se apartó de ella y se incorporó. «Me siento muy avergonzado».

—No lo hagas —murmuró Alicia con los ojos aún cerrados.

Tengo mucho miedo. Creo que nunca he tenido tanto miedo en mi vida.

"Eso es natural."

Creo que con cada movimiento voy a caer. Cada vez que me suelto, creo que es el fin.

“Caer cuesta mucho.” Alice se incorporó hasta sentarse y extendió la mano para darle una palmadita en la rodilla. “Confía en tu cuerpo. No te vas a caer.”

Lo que no le contó fue lo común que era resbalarse, ni lo bien que se sentía. El impacto de la liberación. Ese instante en el que perdías el contacto con la pared, cuando todos tus apoyos cedían. La ingravidez subsiguiente. El golpe. En Colorado, la gente siempre se lanzaba desde la pared de roca en posturas vergonzosas, solo para hacer reír a sus amigos.

A veces lo hacía a propósito. Soltaba las manos cuando estaba casi al final de un problema, o dejaba que sus dedos se deslizaran de presas diseñadas para principiantes.

Estas eran las que más le gustaban. Eran tan firmes; convexas, para atrapar la curva de los dedos. Requería un gran esfuerzo soltarlas. Había que querer caer.

Le complacía la fragilidad de todo. Lo rápido que se elevaría el suelo si por un instante dejaras de prestar atención. Si soltaras el aliento, hicieras las paces y simplemente. Te soltaras. Se sentía bien saber cómo caer. Sentir lo peor. Saber que era una opción.

Se dio cuenta de que este conocimiento no era muy útil en ese momento, por lo que lo guardó para sí.

"¿Crees que puedes volver?" Miró por encima del hombro y, justo entonces, vio a Peter mirándola con una expresión muy extraña en el rostro.

No le encontraba sentido. No era asombro, no. Ciertamente no era deseo. Pero sí una especie de vulnerabilidad con los ojos abiertos y la boca abierta; una franqueza infantil, en realidad, era la mejor manera de describirlo. No le gustaba. Le resultaba demasiado familiar. Le recordaba una versión de ella, de *ellos* , que ya no existía. Le hacía

sentir *cosas* , y esto era inaceptable, porque durante el último año, Alice y Peter habían decidido que la mejor manera de comportarse el uno con el otro era fingir que ambos eran invulnerables como una piedra.

El momento se alargó, tanto que Alice abrió la boca, buscando algo con qué romper el silencio. Pero entonces pasó. Peter parpadeó, se frotó los muslos con las manos y luego se giró sobre sus rodillas para mirar al otro lado de la pared. «Dios mío».

Alice se unió a él.

Al principio pensó que estaba contemplando un mar, pues su primera impresión fue la de un movimiento turbulento y nauseabundo; una agitación constante de masa. *Estoy*

soñando , pensó. Y luego, *Oh, no, otra vez no* . Porque esto sucedía a veces, todo el tiempo de hecho; cuando dejaba de mirar, entonces todo tipo de cosas empezaban a colarse por los bordes, cosas fantásticas: serpientes con muchas cabezas; lobos devorando el sol. Un amigo que estudiaba neurociencia le había dicho una vez que la vista era en gran parte memoria, que el cerebro veía un patrón y completaba el resto. Por desgracia, el banco de memoria de Alice estaba a punto de reventar. El mecanismo de mezclar y combinar estaba roto, y su cerebro llenaba los patrones con las cosas más inapropiadas. Las pizarras se convirtieron en aparcamientos. Los manzanos en Jesús en la cruz. A menudo, estaba en la cola de la caja de Sainsbury's y veía cadáveres en lugar de coles en la cinta.

Pero esto solo ocurría si no se concentraba. Ahora se estaba concentrando mucho, y cada vez que su mirada se posaba en un solo punto, el avión se estabilizaba y podía distinguir los contornos de un terreno reconocible: montañas y desiertos, caminos sinuosos, territorios demarcados que esperaba que fueran ocho. Una vez parpadeó y vio lo que parecía Cambridge a vista de pájaro: campanarios, tribunales universitarios, viejos edificios de departamentos de piedra a lo largo de caminos adoquinados. Pero por mucho que lo intentara, no podía sostener la mirada por mucho tiempo. Esto no era culpa suya; el paisaje jugaba con ella. Era como estar ante una ilusión de autoestereograma. Si sus ojos cambiaban de enfoque ligeramente, entonces la imagen se transformaba. Vio caminos rectos transformarse en laberintos sinuosos. Vio un terreno extenso transformarse en un patrón radial. Vio arrecifes de coral. Vio una línea negra brillante que a veces parecía unir todo el avión; Pero en otras ocasiones, se desvanecía en un punto muy pequeño en el

centro de un círculo, un agujero negro que atraía todo lo que contenía.

Alice intentó concentrarse, forzar la imagen del Infierno a la de un mapa. Pero entonces sintió un dolor agudo detrás de los ojos y tuvo que apartar la mirada.

Peter se apretaba las sienes con las palmas de las manos. *«Gracias a Dios»* , pensó Alice; *él también lo ve* .

"Vamos a entrar allí." Su voz sonaba tensa.

"Sí."

Parecía pálido. "Nos tragará".

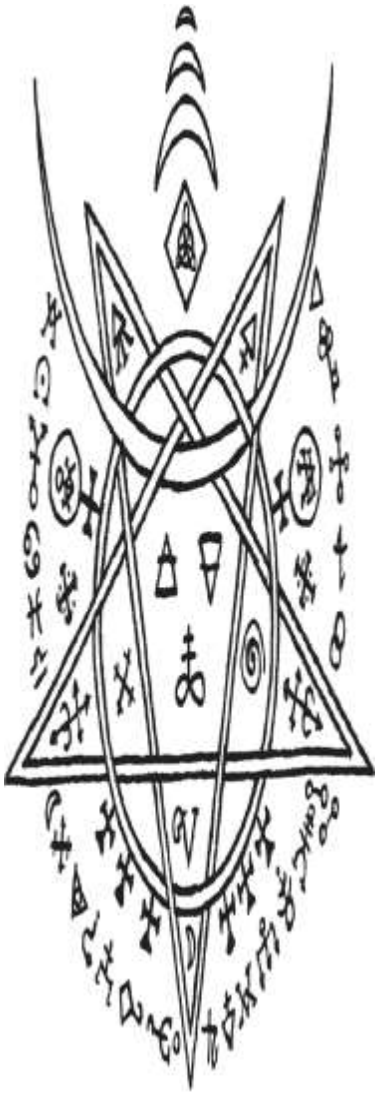
"No, no lo hará." Alice no tenía ni idea de qué le daba esa confianza, salvo que ninguno de los otros relatos de viajeros mencionaba un terreno de feria con aires de

feria. Todos los demás habían disfrutado de un agradable paseo al estilo euclidiano, y les parecía justo que ellos también lo hicieran.

Era solo un problema de perspectiva, decidió. Las montañas que había escalado de niña tenían el mismo efecto. La escala podía ser vertiginosa. Llegabas a la base de la montaña y estirabas el cuello para ver los picos, y el suelo parecía desaparecer tras de ti.

Pero entonces volvías la mirada al suelo donde pisabas, te concentrabas en poner un pie delante del otro, y antes de darte cuenta, estabas en la cima.

"Solo tenemos que bajar", le dijo a Peter. Porque uno de ellos tenía que mantener la alegría; el otro tenía que delirar. Esta era la clave para prosperar en el posgrado. Podías hacer cualquier cosa si delirabas. "Seguro que abajo se está muy bien. "



Capítulo cuatro

Bajar fue más difícil que subir.

Para empezar, no veías tu siguiente punto de apoyo y tenías que asumir que si te deslizabas hacia abajo, tus dedos encontrarían algo a lo que agarrarse. Y bajar no era más fácil para los brazos cansados, pues uno gastaba la misma energía asegurándose de que el impulso

descendente no te llevara demasiado lejos.

Pero a Peter le fue mejor esta vez. Psicológicamente, le ayudó que se encogieran en lugar de crecer a medida que se alejaban del suelo. También le ayudó que, a mitad de camino, se quitara la mochila y la dejara caer al suelo. «Solo libros», jadeó.

«Sobrevivirán».

Cayó el último metro, pero aterrizó entero. Alice saltó a su lado y aterrizó ágilmente.

Esto le dolió los talones, pero tenía un absurdo deseo de impresionar a Peter. En el club de escalada, la gente siempre se impresionaba aterrizando como gatos. Por desgracia, él no se dio cuenta.

El infierno, a este lado del muro, se presentaba como un campo plano y vacío: sin sombras, sin senderos, sin siluetas en el horizonte que indicaran lugar o cosa alguna.

Atrás quedó esa llanura ondulada. Estaban atrapados de nuevo en un desierto infinito, sin un destino claro. Alicia sintió un pánico sordo al verlo, pues no tenían nada que mostrar tras todo un día de esfuerzo, y odiaba tener que detener su trabajo sin tener idea de dónde retomarlo. Pero sus extremidades eran gelatina y sus cerebros, una completa confusión, y acordaron dejar este rompecabezas para mañana.

Acamparon a la sombra del muro. La literatura sobre la existencia del día y la noche en el Infierno estaba dividida —los relatos más dramáticos afirmaban que la noche era eterna—, pero resultó que el sol, demasiado tenue, finalmente se ponía, y el aire era frío, y alrededor de las seis y media, hora de Cambridge (el reloj de Alice aún funcionaba), todo se volvió completamente negro. Parecía que el Infierno no tenía luna, o si la tenía, ella se escondía. Se sentaron solos en la oscuridad total, y su único consuelo era el silencio; porque si algo acechaba más allá, al menos no lo sabían.

Alice hizo una pequeña fogata con cerillas y leña. Peter repartió dos barras de pan Lembas para cada uno. Técnicamente, una debería haber bastado para cada ocho horas, pero ambos sintieron que merecían masticar algo durante más de unos segundos.

—Gracias —dijo Peter, rompiendo el silencio—. Por lo de antes. Eso me ayudó mucho.

"No es nada."

¿Sabes? De verdad pensé que iba a morir. —Negó con la cabeza—. ¡Dios mío! Nunca me había sentido tan seguro de morir.

—No te habría dejado morir —dijo Alice con despreocupación. Las palabras salieron de su boca con naturalidad, pues parecían las palabras correctas. Aunque en cuanto las oyó en voz alta, le resultaron extrañas. Eran frases fáciles entre seres queridos, incluso entre amigos; entre dos personas más amigables que lo que fueran Alice y Peter en ese momento. Había una cierta confianza. Pero el problema era, francamente, que no sabía si era cierto. Sospechaba que Peter tampoco lo sabía—. Para empezar, el profesor Grimes estaría muy decepcionado.

—Bueno. No puedo decepcionar al profesor Grimes.

Por un momento masticaron y tragaron en silencio. El pan Lembas tenía una forma terrible de pegarse en la boca. Se te metía en las encías y debajo de la lengua, y te hacía sentir durante horas como si hubieras arrastrado la boca abierta por un banco de arena.

La única forma de expulsarlo todo era enjuagarse con licor, pues el pan Lembas se disolvía en alcohol, pero ellos no tenían. Alice deseó poder hundir el dedo meñique entre las muelas, pero, por desgracia, no delante de Peter. A una parte tonta de su cerebro aún le importaba no parecer infantil delante de Peter.

—Es extraño, ¿sabes? —Peter echó la cabeza hacia atrás, con los ojos entrecerrados—

. Oírte hablar de él.

“¿Quién, el profesor?”

Siempre era el profesor Grimes con ellos. La palabra completa y el apellido. Ni

"Grimes", ni siquiera "Prof. Grimes". La mayoría del profesorado animaba a sus estudiantes de posgrado a llamarlos por su nombre de pila —ahora eran colegas, su relación era diferente, más igualitaria—, pero el profesor Grimes se habría repelido con asco si alguna vez intentaran llamarlo Jacob.

—Sí —dijo Peter—. Creía que no te gustaba mucho.

Alice se erizó. "¿Qué se supone que significa eso?"

—Yo... bueno, nada en particular. Solo pensé... no sé, siempre parecías un poco nerviosa con él. Últimamente, quiero decir.

Es el mejor mago del mundo. Sería una tontería no estar nervioso.

Peter lo consideró y asintió. "No quise decir que su relación fuera mala. Solo pensé que no se tenían mucho cariño. Es decir, en el último trimestre... supongo que no fue difícil notarlo...". Su voz se fue apagando.

Alice parpadeó y miró sus manos.

Sí, la relación entre ella y el profesor Grimes había sido decididamente fría en las semanas previas a su muerte. Sí, él le había gritado un par de veces y ella le había respondido, y el resto del departamento probablemente se había dado cuenta.

Probablemente habían hablado de ello cuando ella no estaba. Pensar en sus susurros la hacía sentir como un cosquilleo de vergüenza, al igual que el rostro inquisitivo y supuestamente preocupado de Peter.

“Dejando de lado cualquier asunto privado”, dijo rotundamente, “el profesor Grimes es mi mejor opción para conseguir trabajo”.

—No, claro —dijo Peter rápidamente—. O sea, yo también.

"Oh, por favor."

"¿Qué significa eso?"

¡Eres Peter Murdoch! ¿No se están desviviendo por contratarte?

Peter dudó. Abrió la boca ligeramente. Algo, claramente, estaba en la punta de su lengua, pero no lo diría, al menos no a ella.

Alice casi le preguntó qué había querido decir antes, cuando dijo que el profesor Grimes era su última oportunidad en esta profesión. Deseó saber qué había pasado.

Todos los departamentos del sector estaban locos por Peter Murdoch. Era bien sabido que departamentos de segunda categoría habían estado husmeando para ofrecerle una contratación anticipada desde que aprobó sus exámenes de admisión. Pero no se le ocurría preguntarle eso sin ser entrometida o directamente grosera.

Quizás alguna vez lo hubiera hecho. Pero esa intimidad había desaparecido hacía tiempo. Y si insistía, lo sabía, él simplemente

desaparecería.

—Bueno —dijo finalmente—, supongo que habría encontrado un nuevo asesor después de Cooke.

El corazón de Alice dio un vuelco. "¿Ganaste el Cooke?"

"Me enteré la semana pasada", dijo. "Su ciclo de admisiones este año se retrasó por...

bueno, ya sabes. El accidente".

A Alice le costaba un poco respirar en ese momento. Le ardían las mejillas y sentía la cabeza incómodamente ligera. Esperaba, en su licenciatura, que esta intensa reacción fisiológica a los celos desapareciera con el tiempo, pero a medida que avanzaba en el posgrado, solo empeoró. Cada artículo publicado, cada invitación a una conferencia, le provocaba una reacción de pánico, de lucha o huida, una reacción que nunca había logrado disimular.

Así que no era ella después de todo; por lo que se había equivocado al tener esperanzas.

—Felicidades —dijo, en un tono muy suave para que no se le quebrara la voz—. Es maravilloso.

—Gracias —dijo Peter—. La verdad es que no estaba seguro de conseguirlo, pero supongo que les gustó mi propuesta después de todo.

“Por supuesto que les gustó”, dijo rotundamente.

“Lo siento, no estaba tratando de presumir”.

"Por supuesto que no."

—Es que... todo pasó muy rápido, así que todavía lo estoy asimilando. —Peter se aclaró la garganta—. Perdón, fue una falta de tacto. Supongo... supongo que, si no lo entendiste... bueno, supongo que simplemente no querían un lingüista este año. Eh...

bueno, no es una ofensa contra los lingüistas. Pero ya sabes a qué me refiero.

«Oh, que te jodan» , pensó Alicia.

El año anterior había solicitado, y esperaba ganar, la prestigiosa Beca

Cooke para investigación de tesis. Las Becas Cooke, fundadas hacía un siglo por la viuda de uno de los teóricos fundadores de la magia inglesa, gozaban de un prestigio increíble. Ofrecían no solo una amplia financiación para viajes de verano a cualquier parte del mundo, sino

también una procesión de cenas y cócteles antes y después con los descendientes de la familia Cooke. Estos eran invariablemente insoportables, pero las fiestas eran muy concurridas porque a nadie le gustaba negarse a la comida gratis, lo que permitía codearse con la élite académica durante semanas. Las Becas Cooke solo podían ser nominadas por miembros de alto rango de la Real Academia de Magia, entre cuyos miembros se encontraba el profesor Grimes.

«Te ganarás el premio Cooke», le había asegurado hacía tantos meses. «Oh, te adorarán. Serás la mejor candidata que han visto en años. Se mueren por nominar a una mujer; eres la candidata segura». Y desde entonces, Alice seguía creyéndolo todo, y pasó los días después de esa conversación delirando de alegría.

Pero pasaron algunos meses, y la profesora Grimes empezó a cambiar de tema cada vez que lo mencionaba. Intentaba hacerlo con sutileza. Mencionaba otra oportunidad de investigación y continuaba con: «Aunque supongo que entrará en conflicto con el Cooke». Pero él solo le dedicaba asentimientos evasivos y murmullos. «Ya veremos», dijo. «Siempre es una moneda al aire». Y luego, más adelante, «Sabes, el Cooke es muy competitivo». Y más tarde, «He oído que no les gustan demasiado los lingüistas».

Alrededor de la fecha en que se suponía que se anunciaría la lista de candidatos a la nominación de Cooke, empezó a revisar su agenda tres veces al día. Era curioso cómo, cuando algo enorme estaba en juego, uno se negaba a creer lo que veían sus propios ojos. Todos los días miraba fijamente ese cubículo vacío e intentaba convencerse de que todas sus percepciones eran erróneas; que si miraba con suficiente atención, un grueso sobre morado se materializaría entre el polvo. Se sobresaltaba cada vez que sonaba el teléfono. Escuchaba a escondidas las reuniones de la facultad. La sola mención de la palabra "Cooke" la ponía nerviosa, lo que dificultaba mucho las conversaciones sobre comida.

Se sentía tan estúpida ahora. Por supuesto que no le había pasado.

Quería algo con qué lastimarlo. Peter sabía lo que había hecho al echárselo en cara.

Debería saber cómo se sentía.

—Yo también pensé en un nuevo tutor. —Intentó sonar muy informal —. O sea, Grimes me presentó a unos colegas mientras estábamos en Italia. Pensé en contactarlos después del accidente, pero Europa no es mi primera opción para una carrera. Son todos tan… posmodernistas por allí, ¿no crees?

Funcionó. Peter se puso rígido, solo sutilmente, pero ella notó el cambio. Mordió el anzuelo. "¿Cuándo estuviste en Italia?"

—El verano pasado —dijo Alice—. Fue algo de último momento. No sé qué pasó.

Pero el profesor Grimes me llamó a su despacho una mañana y me dijo que tuviera todas mis cosas empacadas para el viernes.

Sabía perfectamente lo que había sucedido. Todos sabían que Peter debía acompañar al profesor Grimes a Roma para la conferencia bianual *de Arcana* . Pero Peter, se quejó el profesor Grimes, no se sentía bien últimamente. «Poco fiable», murmuró; algo que a Alice le encantó oír, ya que llevaba años esperando a que todos se dieran cuenta. «Algo le pasa a ese chico. Está fuera. Es tuyo, Alice, si lo quieres».

"Haré la maleta esta noche", susurró Alice. Se sintió tan afortunada entonces que ni siquiera se molestó en preguntarse por qué no la había elegido para el viaje, ni qué pasaba con Peter, ni siquiera si alguien debería ir a ver cómo estaba Peter. El profesor Grimes tenía ese efecto. Si te encontraba a solas, si decía incluso una palabra ligeramente halagadora, todo lo demás se desvanecía.

Fue, sin duda, un verano glorioso en Italia. Alice y el profesor Grimes no lograron un solo avance crucial en el campo, sino tres. Ella regresó a casa bronceada, bien alimentada y radiante de atención y elogios. Era la cumbre de su carrera en Cambridge, y quería que Peter supiera exactamente qué se había perdido.

No podía saber si funcionaba. La expresión de Peter era decididamente —

¿calculadamente?— neutral.

“Parece que fue un viaje muy agradable”.

—Gracias —dijo Alice con remilgo—. De verdad que sí.

—Solo pensé... —Tosió Peter—. No importa. Me alegra que hayas podido ir.

El silencio se cernió entre ellos. Alice debería haber estado satisfecha, pero se sentía cada vez más tonta a medida que pasaban los segundos. Ahora estaba muy claro lo que ambos habían hecho, y se sentía sumamente infantil al respecto.

Ambos rompieron el silencio a la vez.

“Honestamente, simplemente—”

—Mira, Law, tal vez deberíamos…

Se miraron fijamente el uno al otro.

"No quiero crear situaciones incómodas", dijo Peter.

—Oh, ¿las cosas fueron incómodas?

Le restó importancia. «Supongamos que dejamos todos los problemas en un segundo plano para los vivos. No podemos pelear aquí abajo, Law, tenemos que confiar los unos en los otros. Somos todo lo que tenemos».

Ella sorbió por la nariz. "Me parece justo."

“Mira, *lamento* haber mencionado a Cooke”.

Y siento haber mencionado Italia. Alice se sentía tan cansada entonces. Estar sola, con Peter Murdoch, en el Infierno... no sabía cuánto más podría soportarlo. Abrió la cremallera de su mochila y rebuscó en el fondo hasta encontrar su manta de camping.

«¿Y si nos callamos y nos vamos a dormir?».

-¿Qué es eso? -preguntó Peter.

—Una manta para hipotermia. —Alice desdobló los cuadrados de aluminio y se los colocó sobre las piernas—. Aísla el calor corporal. Me la prestó uno de los residentes.

Una ventaja que Alice tenía en el Infierno era que sabía cómo preparar el equipaje para viajes largos; sabía exactamente qué zapatos y mochilas necesitaba para aguantar días de pie. Utensilios de cocina: no, tenía pan Lembas. Capas de abrigo: sí. Tiza y cuchillos: por supuesto. Había sido bastante aficionada a la naturaleza antes de venir

a Inglaterra. En Cornell, pasaba la mayoría de los fines de semana recorriendo senderos de gargantas. Había crecido en las Montañas Rocosas. Había escalado Yosemite y el sendero de los Apalaches sin ayuda. Esto fue lo que la convenció de que podía hacer el viaje. Había recorrido las Montañas Blancas. ¿Cuánto peor podría ser el Infierno?

Aunque, en realidad, todo parecía como volver a una vida anterior. Alice no había ido de excursión en tanto tiempo. Ni escalar, para ser sinceros. Había tenido muchísimas aficiones antes de empezar en Cambridge. Sabía lo que era el aire fresco.

Todo este tiempo en el laboratorio de Grimes la había convertido en un monstruo que se alimentaba de sopas enlatadas y galletas. Y se quedó atónita, después de rebuscar en el fondo de su armario, al descubrir que aún conservaba la mochila de senderismo.

—Genial. —Peter se recostó, apoyando la cabeza en la mochila. Cruzó las manos sobre el pecho.

Ella lo miró fijamente. "¿No trajiste una manta?"

"Supongo que lo olvidé."

“¿No consideraste dormir?”

Bueno, ya he dormido mucho en el laboratorio, ¿recuerdas? Entonces no necesitábamos mantas.

—Murdoch, hace mucho frío. —Alice se incorporó. Una parte de ella ya se arrepentía, pero sentía que debía ofrecerse. De lo contrario, sería demasiado patético—.

¿Quieres compartir?

—Ah... bueno, parece bastante pequeño.

—Se despliega aún más. —Levantó un borde—. ¿Ves?

Parpadeó, pensativo. "Voy a meter las piernas por debajo".

"¿Seguro?"

“Eso me mantendrá lo suficientemente caliente”.

“Lo que más te convenga.”

Peter se abalanzó hacia ella. Hubo el torpe y habitual movimiento de

extremidades, el arrastrar los pies para determinar límites tanto físicos como emocionales, pero al final se acomodaron en una posición que apenas cubría la parte inferior de Peter, pero sin acercar sus cuerpos insoportablemente.

“Bueno, buenas noches”, dijo Peter.

—Buenas noches —murmuró Alicia.

Alice siempre había tenido dificultades para dormir cuando acampaba. No le gustaba estar al aire libre por la noche, sin al menos cinco muros sólidos que la separaran de las cosas que querían devorarla. Y debería haber estado aún más ansiosa allí afuera; bajo el cielo sin luna ni estrellas del Infierno; con quién sabe qué acechando

en las dunas. Pero el cansancio lo superaba todo, y para ser sinceros, también lo hacía el ritmo constante y uniforme de la respiración de Peter, familiar como una canción de cuna. Muy pronto se quedó profundamente dormida, y milagrosamente, por primera vez en muchos meses, no soñó.

TODOS LES DECÍAN A LOS MAGOS EN FORMACIÓN QUE al menos consideraran carreras en otros campos antes de entrar al mercado laboral. "Academia alternativa", la llamaban, como si fuera un estilo de vida punk y rebelde, como si fracasar en lo único para lo que te habían entrenado te hiciera genial. Pero a mitad de su carrera, Alice sintió que nada más que magia era una opción. Se convirtió en maga titular o murió. No podía imaginar una vida que valiera la pena vivir de otra manera.

Además, nadie hablaba en serio cuando decía que la academia alternativa era *igual de prestigiosa* (o, más comúnmente, que *no tenía nada de malo*). Hablaban aún menos en serio cuando enfatizaban que la academia alternativa pagaba mejor, tenía horarios más agradables, era menos estresante, te daba mayor seguridad laboral y te hacía más feliz.

« *Oh, los magos se desempeñan muy bien en consultoría»* , decían. « *A los empleadores les gusta el pensamiento crítico y la capacidad de resolución de problemas»* , decían. *«Mueren menos personas en la industria»* , decían.

Estos aforismos los pronunciaban profesores titulares que ya habían encontrado la gallina de los huevos de oro, y que sabían con tranquilidad que nunca se enfrentarían a los horrores que ahora enfrentaban sus estudiantes. «Ah, se puso a trabajar en la industria», decían, como si «industria» fuera un eufemismo, como una granja para

perros viejos y enfermos. Y lo decían con un tono amable y condescendiente que delataba lo que realmente querían decir: la academia alternativa significaba fracaso. La vida intelectual, libre del comercio, era la única que merecía la pena vivir.

Claro que uno podría preguntarse por qué alguien se sometería a semejante disparate. Pero aquí, la mayoría de los procesos de pensamiento académicos reflejaban la lógica de la Apuesta de Pascal, se dieran cuenta o no. La Apuesta de Pascal decía que uno podía elegir creer en Dios o no, pero si se equivocaba al apostar por Dios y no vivía como si existiera, se perdía la infinita maravilla del Cielo. De igual manera, uno podía elegir creer o no en el mercado laboral, pero si se equivocaba al apostar y se salía del ciclo, se perdía los infinitos milagros de la Vida de la Mente. Ahora bien, como en el caso del Cielo, nadie en la generación de Alicia había experimentado aún esta Milagrosa Vida de la Mente, pero todos sus profesores les aseguraban que era posible, y así siguieron adelante.

Alice también sabía, antes de matricularse para cursar un doctorado en magia analítica en Cambridge, que el profesor Jacob Grimes quizá no fuera la primera opción de todos como tutor. Su tutor de pregrado en Cornell, un amable joven llamado Dr.

Mills, se mostró escéptico cuando le presentó su lista.

"Pareces muy decidido a ir al extranjero", había dicho.

“Bueno, aquí han despedido a todos los comunistas”.

—Me parece bien —dijo el Dr. Mills—. Aun así, iría a Inglaterra antes que a Francia.

Todo me parece bien, excepto Grimes.

"Es el mejor del mundo en magia lingüística", dijo Alicia.

"Oh, su trabajo es excelente", dijo el Dr. Mills. "Nadie lo cuestiona. Solo que se rumorea que sus estudiantes de posgrado no están muy contentos".

"¿Qué significa eso?"

Bueno, para empezar, es bastante duro con ellos. Suelen cansarse muy rápido. No tiene una tasa de finalización muy buena.

"¿Qué tan malo es?"

“Yo diría que aproximadamente la mitad no termina”.

Alice, quien hasta entonces había tenido la suerte de tener profesores amables y serviciales, no sabía lo malo que podía ser un asesor. Pensó, entonces, que si no te llevabas bien con un profesor, era culpa tuya. Pensó, simplemente, que se aseguraría de estar entre los que *sí* terminaran.

"Pero quiero trabajar con los mejores del sector", dijo. "Quiero conseguir un trabajo".

El Dr. Mills lo entendía. Encontrar buenos empleos en magia era cada vez más difícil. Todo estudiante universitario con una visión idealizada quería ser mago, pero el mercado simplemente no era bueno. A ambos lados del Atlántico, los conservadores llevaban varios años en el poder, lo que implicaba recortes de financiación para las universidades, la reducción de departamentos y la desaparición de oportunidades. La mayoría de las escuelas habían dejado de ofrecer plazas permanentes a los magos cuando se hizo evidente que sus investigadores estaban más interesados en lo trivial y esotérico que en producir algo útil o rentable, o al menos algo parecido a la próxima

arma nuclear. Era la era de las revoluciones tecnológicas, de la física cuántica, la televisión por cable con más de tres canales y los ordenadores personales. La magia había quedado atrás. La magia solo servía para cenas. La magia no conseguía trabajo.

Y no había magia sin la academia. Las universidades proporcionaban la tiza, los silabarios, los repositorios de pentagramas. Las universidades publicaban las revistas, que determinaban qué hechizos eran válidos y cuáles no. Por supuesto, existían las brujas indiscretas: normalmente estudiantes de doctorado que habían fracasado, maestrías terminales o graduados universitarios que nunca habían accedido a un programa de posgrado. Y no carecían totalmente de recursos: muchas brujas indiscretas conseguían su propia tiza, organizaban conferencias de aficionados y publicaban en revistas mal valoradas sus maravillosos descubrimientos. De hecho, algunos de estos descubrimientos eran bastante interesantes. El secreto a voces, en realidad, era que a veces las brujas indiscretas encontraban cosas que ni siquiera los profesores titulares podían imaginar. Pero nada de eso iba a ser publicado en *Arcana* , así que nada de eso tenía credibilidad.

“Te escribiré la mejor recomendación posible”, había dicho el Dr. Mills. “Tienes buenas posibilidades dondequiera que solicites; me

sentiría cómodo en tu lugar. Pero ten cuidado, Alice. A estas alturas, parece que lo único que importa es entrar. Sin embargo, recuerda que hay más en juego que la aprobación de tu asesor. Y la vida es más que magia".

«Un buen consejo», pensó Alice, «de un hombre que iba camino de obtener la titularidad». Archivó estas palabras en «comentarios de adultos que creen saber más que tú», y luego las olvidó enseguida.

En Cambridge, las advertencias se redoblaron. Estudiantes de posgrado, incluso aquellos que no estudiaban magia, la miraban con compasión cuando les explicaba que estaba allí para trabajar con Grimes. Otros profesores se desvivían por preguntarle si se encontraba bien. Y luego estaba la única otra mujer bajo la tutela del profesor Grimes, Olivia Kincaid, una chica hinchada que parecía estar siempre llorando durante el primer año que Alice estuvo en Cambridge y luego estuvo curiosamente ausente durante el segundo. Para el tercer año de Alice, cuando debería haberse graduado, Olivia seguía cursando cursillos, curiosamente.

"Es un monstruo", le dijo Olivia sin rodeos, mientras bebían varias pintas de cerveza la primera noche que se conocieron. "Es simplemente un sociópata".

“¿Cómo es eso?” preguntó Alicia.

"Lo sabrás pronto", dijo Olivia, vaga y dramáticamente, lo que llevó a Alice a considerarla una reina del drama.

Olivia se tomó una baja médica durante su cuarto año, regresó para cursar tres semanas y luego desapareció rápidamente. Nadie en el departamento volvió a saber de ella.

Otros estudiantes se estremecieron cuando Alice reveló quién era su tutor, y ella observó su miedo con una emoción inmodesta. Aunque nunca lo admitiría, la idea de trabajar con alguien peligroso la excitaba. Alice había deslumbrado durante años de educación superior siendo la favorita de los profesores; triunfando milagrosamente donde otros habían fracasado. Disfrutaba de la idea de que su tutor pudiera ser duro, impaciente, incluso cruel con los demás; pues eso hacía que sus atenciones hacia ella valieran aún más la pena. Le gustaba ser la excepción a la regla. El favoritismo estaba bien si ella era la favorita.

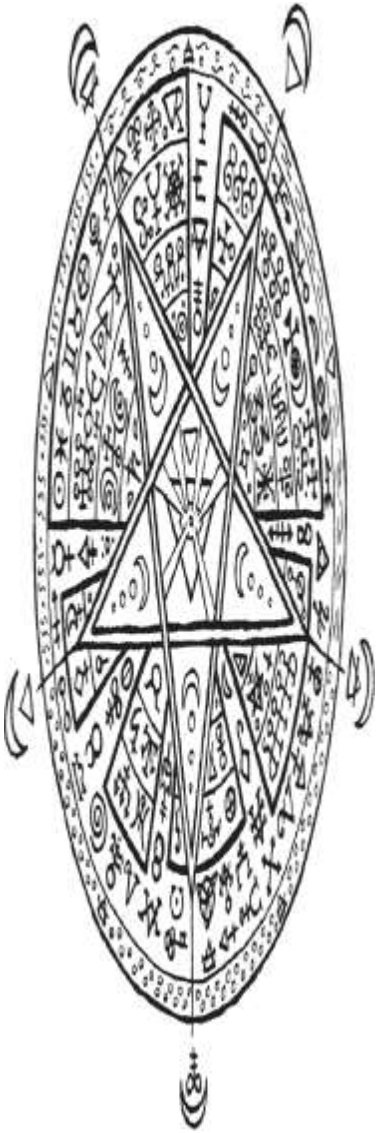
En cualquier caso, la crueldad del profesor Grimes no era casual. Bastaba con esforzarse lo suficiente, aguantar noches en vela, cumplir con todos sus estándares imposibles para que te considerara digno de

respeto. Era justo. ¿Acaso no era así como funcionaba la academia? ¿Cómo funcionaba cualquier industria competitiva? Los mejores estudiantes conseguían los mejores trabajos.

Durante gran parte de su carrera de posgrado, Alice consideró al profesor Grimes una prueba necesaria. Lo que no te mataba te hacía más fuerte, o al menos te endurecía la piel. Durante la mayor parte de su vida había sido la primera de su clase, y no veía por qué el doctorado debería ser diferente. Solo le quedaban tres años —y luego dos, luego uno—; solo tenía que frotarse los ojos para despejarse, respirar hondo, sobrevivir cada día e ignorar cada verdad incómoda hasta obtener su diploma, hasta ser libre.

Y ella casi lo logró. Eso era lo que hacía que todo este lío fuera aún más frustrante.

La escalera casi aguantó. Casi sobrevivió a lo que nadie creía que pudiera, casi saboreó las recompensas. Si tan solo hubiera durado un poco más. Había estado tan, tan cerca.



Capítulo cinco

Un piojo se despertó al ver el brazo de Peter colgado sobre su pecho.

Ella registró esto y, antes de quitárselo, se quedó allí un momento, reflexionando.

No se sentía terrible. El infierno era muy frío por la noche, y el calor que emanaba Peter (había olvidado lo caliente que podía llegar a ser; en realidad, era un auténtico horno) era bastante agradable. Se movió ligeramente, solo para aliviar una contractura en su cuello, y decidió que bien podría quedarse allí un rato más. Realmente estaba bastante cómoda. El sol aún no había salido. Un Peter dormido y silencioso era menos molesto que un Peter despierto y parlante. Y era la primera mañana en mucho tiempo que no se había despertado con arcadas por el estrés. La enormidad del problema, el lío de informes contradictorios, las pilas de pergaminos que quedaban por descifrar, la sensación de un reloj corriendo hacia atrás. Eso estaba hecho. La investigación dio sus frutos, todo había *funcionado* , había llegado al infierno. Ahora solo tenía que sobrevivir.

Algo duro se clavó en su muslo.

"¡Jesús!"

Ella se escabulló, arrancándoles la manta de encima. Peter despertó con un pánico:

"¿Qué? ¿Qué?". Luego miró su regazo y gritó: "Joder... lo siento mucho...".

—Está bien. —A Alice le ardían las mejillas. Quería abanicarse, pero eso solo la haría parecer una dama victoriana en pánico, así que se presionó las palmas de las manos contra las mejillas. Una oleada de vértigo le recorrió las sienes. Peter estaba sentado con ambas manos cubriéndose la entrepierna, y esto solo empeoró las cosas, porque atraía la atención hacia el asunto y ahora no podían dejar de hablar de ello—. Está bien, solo por favor...

—No podemos controlarlo —dijo Peter—. O sea, hombres. A veces pasa, cuando dormimos. No quise... Lo siento mucho, de verdad...

Alice se pasó las palmas por la cara. Ojalá pudiera derretirse la carne del cráneo. "No te *preocupes* ."

—No eres tú —dijo Peter—. En serio, ni siquiera es sexual; es solo un instinto...

«Los instintos suelen ser sexuales» , susurró la parte del cerebro de Alice que había asistido a todos esos seminarios sobre Freud, pero ella lo silenció. «Sí, lo sé».

—No pienso en ti así, de verdad. Nunca he...

—Estoy segura. —Sentía unas ganas terribles de golpearlo, acompañadas de unas ganas aún más terribles de gemir a todo pulmón. Ninguna de las dos parecía apropiada, así que se conformó con un gemido apagado y agudo en las palmas de las manos—. Sé cómo funciona la anatomía masculina, Murdoch. Por favor. No pasa nada.

—Jamás te faltaría al respeto a propósito. —Peter parecía a punto de llorar—. Jamás, *jamás* ...

—Para —jadeó—. Por favor, ¿podemos... podemos desayunar algo?

—Sí. Desayuno. —Peter tomó su pan Lembas, lo agarró por el extremo equivocado y derramó comida sobre la arena gris. Lo miró consternado.

—Está bien —dijo Alice con voz entrecortada—. Toma un poco del mío.

Se sentaron uno frente al otro y masticaron, parpadeando mucho y sin decir nada.

No había nada que mirar en el monótono avión desértico, así que Alice solo podía mirar al vacío si quería evitar la mirada de Peter, algo que no podía hacer sin ser muy evidente. En cambio, se concentró en su pan Lembas. Cartón. Mmm.

Fue una mañana insoportable.

Por alguna razón, Alice no había reflexionado mucho sobre las indignidades cotidianas del viaje, ni había tenido en cuenta la higiene diaria, y mucho menos las actividades cotidianas en presencia de otra persona. Empacaron sus cosas y se asearon en silencio. Peter tenía que orinar, y Alice tenía que hacer lo otro, sobre lo cual amontonó arena como un gato avergonzado. Reflexionó sobre los horrores de la encarnación. En muchos sentidos, pensó, las Sombras lo tenían mucho mejor.

Finalmente, Peter rompió el silencio. «Quizás... quizás deberíamos pensar en planificar el resto de nuestro camino».

“¿Hmm?”

"A través del infierno, claro está."

—Oh, sí, está bien.

Sacó un cuaderno de su mochila y empezó a hojearlo. "La verdad es que no esperaba llegar tan lejos. De verdad esperaba que estuviera en el campo".

—Yo también. —Alice se sacudió las migas del regazo y luego buscó sus notas en la mochila—. Pero tengo algunos mapas dibujados...

—Yo también. —Peter giró su libreta para mostrársela—. ¿Y si primero vamos a la Corte del Deseo?

“El deseo es la segunda corte”.

—Sí, pero creo que podemos saltarnos el primero, ¿no?

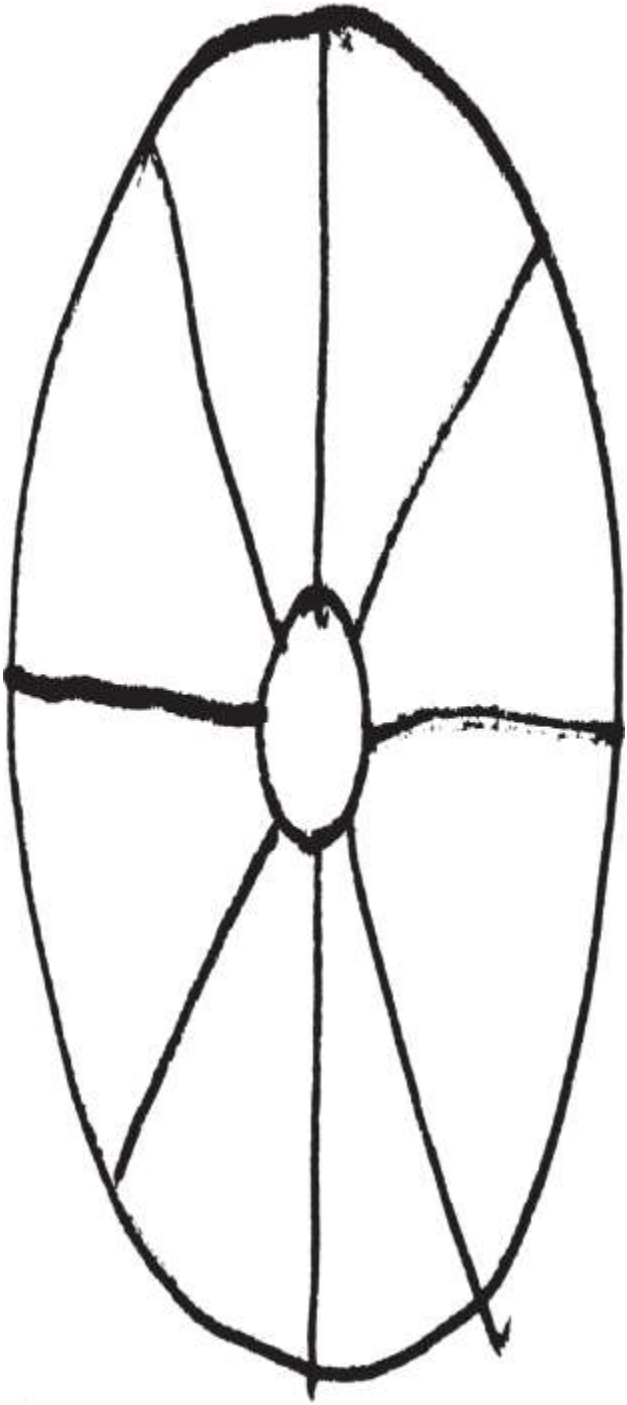
—No tengo ni idea de cómo lo haríamos. —Alice miró sus notas con el ceño fruncido. El mapa del Infierno de Peter se parecía extrañamente a una pizza. A un ano, en realidad. Había rodeado con un círculo rojo un punto en el centro, con pistas que se ramificaban por todas partes y flechas apuntando en todas direcciones—. ¿En qué mapa está basado?

—El mapa de Orfeo —dijo Peter—. La reimpresión de Penhaligon. Encuentra el centro, donde convergen todas las cortes... lo que significa que buscamos algo parecido a una montaña, algo elevado. El Trono de Sumeru, por así decirlo. Y entonces podemos simplemente dirigirnos a la corte que necesitamos, en lugar de perder el tiempo yendo en orden.

—Oh, Murdoch, ese mapa es basura.

¿A qué te refieres? Todo el mundo cita a Orfeo.

—Orfeo estaba loco de pérdida —dijo Alicia—. Lo impulsaba únicamente el anhelo por Eurídice.



"¿Entonces?"

Así que no le importaba nada a su alrededor. Desde su perspectiva, claro, era una línea recta hacia donde Eurídice terminara, porque así lo imaginaba. Ese mapa no vale nada. Es una fantasía de dolor.

Peter bajó su cuaderno, desinflado. Pero esa era una virtud de Peter: no se comportaba como un imbécil cuando se le demostraba que se equivocaba. "¿Cómo lo crees entonces?"

“Me adhiero a la teoría acumulativa.” Alice revisó sus propios mapas para demostrarlo. “Es decir, los tribunales proceden en orden de severidad kármica. Primero el Orgullo, luego el Deseo, luego la Avaricia, y así sucesivamente. Ahora bien, hay cierto desacuerdo sobre si un pecado realmente conlleva todos los menores. Por ejemplo, si eres culpable de ira, ¿necesitarías ser castigado por orgullo? ¿La avaricia implica deseo? ¿Es todo una simple anidación de fechorías, o puedes saltarte algunos tribunales? No me queda claro cómo lo manejan los jueces. Pero parece que al menos tienes que viajar en orden. Y cuando lo hayas superado, podrás cruzar el Leteo hacia el trono del Señor Yama.”

Alice tocó una línea negra que bordeaba las canchas. «El río Leteo corre perpendicular a las ocho canchas y marca el límite de la reencarnación. Así que el Infierno se parece menos a un ano de pizza...»

"¿Disculpe?"

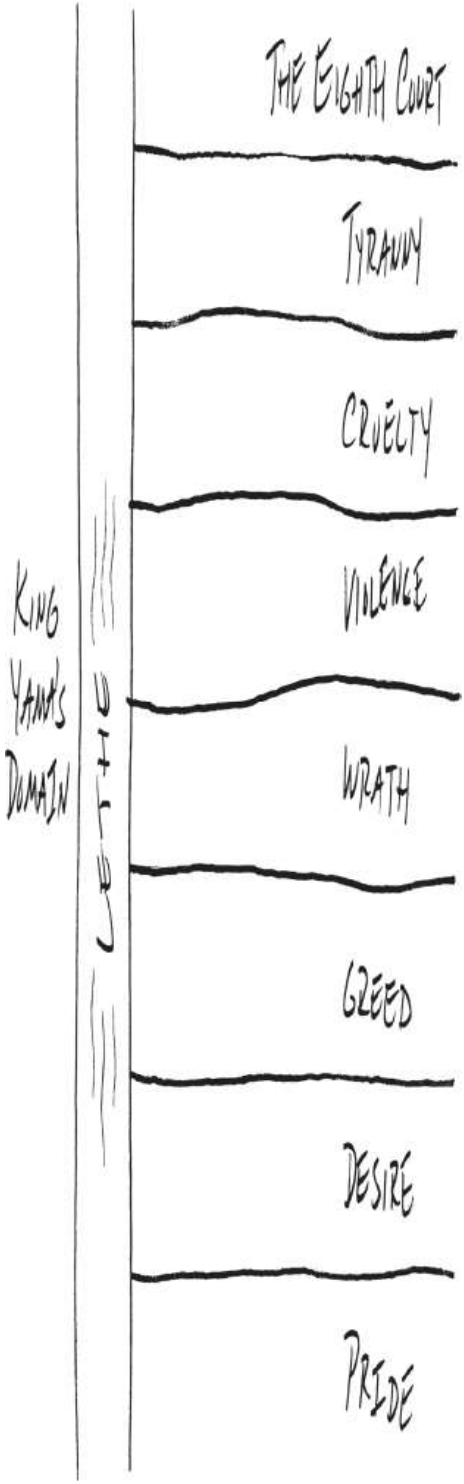
Y más bien —continuó sin aclarar—, no sé, una cinta de Möbius. El Leteo lo limita todo. Estás atrapado en este plano hasta que termines. Y luego vas a algún lugar más allá. ¿Tiene sentido?

Peter se frotó la barbilla. "¿Puedo ver?"

"Seguir."

Tarareaba mientras hojeaba sus notas. "¿Dónde encontraste todo esto?"

“Los textos de la cueva de Dunhuang”.


THE EIGHTH COURT
TYRANNY
CRUELTY
VIOLENCE
WRATH
GREED
DESIRE
PRIDE
KING YAMA'S DOMAIN
UNDERWORLD

“No pude encontrar ninguna traducción de los textos de las cuevas de Dunhuang”.

—No hay ninguno. Simplemente no hay idiomas asiáticos.

—Me parece bien. —Peter leyó un rato más, recorriendo cada página con el dedo. A Alice le produjo una extraña nostalgia verlo asentir con la cabeza mientras avanzaba, intentando entender sus furiosos garabatos. Solían hacerlo en el laboratorio: mostrarse mutuamente sus ideas más descabelladas y demostrarse mutuamente que no estaban locos. Había echado de menos la mente de Peter. Era como llevar un paracaídas: podía confiar en que él detectaría cualquier error que cometiera.

Finalmente dijo: “Creo que esto es correcto”.

"Gracias."

—Pero eso concuerda con mi mapa —continuó Peter—. Es decir, es solo una versión simplificada de mi mapa, si consideramos el Infierno como no euclidiano.

Alice solo había asistido a una clase sobre geometrías no euclidianas, y lo que recordaba eran muchos diagramas de patatas fritas y arrecifes de coral. «No sé a qué te refieres».

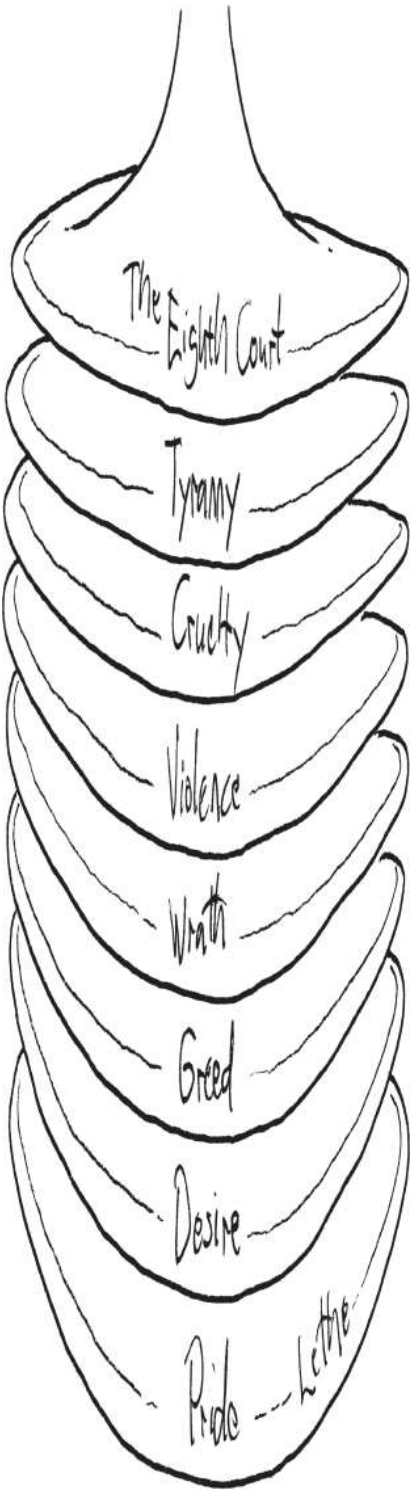
—Supongamos que es menos como... ¿cómo dirías, un ano de pizza? Menos así, y más como... bueno, una espiral. —Dibujó un diagrama debajo del de ella para demostrarlo.

“Supongamos que estamos en un espacio hiperbólico”, dijo. “Eliminemos el postulado de las paralelas de la geometría euclidiana y supongamos que nos encontramos con una curvatura negativa. Entonces podríamos visualizar las canchas como una pseudoesfera retorcida, limitada por fuera, pero infinita por dentro…”

—Pero no estamos *en* el espacio hiperbólico —dijo Alicia. No sabía mucho sobre el espacio hiperbólico, pero esto al menos parecía obvio —. Lo sabríamos , veríamos todo tipo de... extraños patrones de coral a nuestro alrededor, no estaríamos caminando sobre esta superficie plana...

“En realidad no”, dijo Peter. “Ese es el punto. Cuando estés dentro, claro que parecerá una superficie plana. Vemos el extraño coral porque somos seres tridimensionales que visualizamos el espacio hiperbólico bidimensional. Pero no somos seres tetradimensionales,

así que no podemos *ver* la irregularidad del espacio hiperbólico tridimensional. Las líneas curvas nos parecen rectas".


The Eighth Court
Tyranny
Cruelty
Violence
Wrath
Greed
Desire
Pride
Lethe

—Oh, basta. —Como siempre, las matemáticas le provocaron a Alice unas ganas tremendas de llorar—. ¿Para *qué* ?

—La cuestión es que podríamos ir a este pico —dijo Peter, tocando la cima de la espiral—. El centro del Infierno, el punto que domina el resto de las Ocho Cortes.

—Claro —dijo Alicia—. *Si* ese punto existe. *Si* este es el espacio hiperbólico. Lo cual desconocemos.

"Creo que probablemente sí", dijo Peter. "O sea, ¿cómo entender si no esa extraña vista desde arriba?"

“Pero eso no era una pseudoesfera, era sólo un flujo ctónico”.

—No lo creo, Law. Lo interpreto como que el Infierno señala su geometría.

Alice no estaba convencida. "Lo interpreto como que el infierno nos está tomando el pelo. Es igual de probable."

Se quedaron mirando los cuadernos. Era un callejón sin salida. Dos mapas, y ninguna razón para preferir uno sobre el otro.

—Ojalá pudiera medir la velocidad de la luz aquí —dijo Peter con tristeza—. Y

también el tamaño del universo ctónico conocido.

—Muy útil —dijo Alicia. Ahora tenía claro que tendrían que decidir sobre pragmática. Si dejaba que Peter continuara, se pasaría el día especulando sobre geometría—. Creo que deberíamos ir en orden.

Peter gimió. «Pero qué pérdida de tiempo».

“¡También lo es subir a una cima mítica cuya existencia es incierta!”

La cima es un atajo. La cima nos impide remover cada piedra de las rocas inferiores; nos permite verlo todo a la vez, y luego simplemente... no sé, saltar allí...

—Bien —dijo Alicia—. Digamos que tu cima existe. ¿Adónde saltarías? ¿Qué pecados crees que ha cometido?

Un silencio. Por una vez, Peter no tuvo una réplica fácil. Ambos pensaban, entonces, en estudiantes universitarios quemados hasta los huesos, y si eso contaba como

asesinato o simplemente como mentira. Pensaban en Olivia Kincaid, Elspeth Bayes y todos los estudiantes que nunca se graduaron. Pensaban en todo lo que el profesor Grimes había hecho a lo largo de su legendaria carrera y en todo lo que desconocían. Y

Alice, por su parte, pensaba en la risa fría, los dedos clavándose en su hombro, el aliento caliente en su rostro, el ardor en su piel.

—Bueno —dijo Peter con ligereza—. Esa es precisamente la pregunta.

Por un instante, ninguno de los dos habló. No querían responder a esa pregunta. Ni siquiera querían descifrarla. Hacerlo implicaría admitir muchas cosas. Y Alice, al menos, no estaba preparada para hacerlo.

—Creo que deberíamos registrarlos a todos. —Alice se abrazó el pecho —. Seamos...

seamos minuciosos.

Peter parecía querer decir algo más. Pero pasó un momento y se desanimó. «Bien».

Cerró los cuadernos. «Tendremos que darnos prisa, entonces. Solo tenemos siete días.

Eso es menos de uno por cada tribunal».

¿Cómo calculas siete días? Tengo el doble.

“Bueno, los pergaminos de Hécate…”

—Los pergaminos de Hécate implican que los mortales solo pueden permanecer en el Infierno siete días antes de morir por necesidades físicas —dijo Alicia—. Lo interpreto como una preocupación por la comida y el agua, y no como un límite estricto.

—Interesante. —Peter frunció el ceño—. Lo traduje como la limitación del alma.

—Si se hubiera referido a la limitación del alma, lo habría dicho — dijo Alicia—. Es un término distinto en griego. Hay evidencia textual en los libros ocho, diez y doce...

—Vale, vale. —Peter levantó las manos—. Tienes razón.

—De todos modos, como Hécate no pudo predecir las innovaciones del Pan de Lembas ni de los Frascos Perpetuos, sabemos que podemos

sobrevivir mucho más de lo que ella suponía —dijo Alicia—. No deberías tomar en serio a nadie que haya expresado una opinión sobre la comida antes del siglo XX.

—No, tienes razón —dijo Peter, pensativo—. Nunca había pensado en mensajes así.

“¿Qué, en términos de lectura atenta?”

“Sólo quiero decir… no sé, teniendo en cuenta cuándo fueron escritas, el contexto social del autor y demás.”

Historización, Murdoch. Así lo llamamos. ¿Qué? ¿Te tomas todo lo que lees al pie de la letra?

"Quiero decir, si las matemáticas cuadran."

—Increíble —dijo Alicia—. Por eso todos odian a los lógicos.

—Es un *cumplido* , Law. Te estoy mostrando respeto disciplinario.

"Bueno, no te molestes", dijo, aunque sintió una especie de estúpida punzada en el pecho. El trabajo de laboratorio solía ser así, pensó. Las pullas de Peter, sus refutaciones; dos metodologías diferentes chocando hasta que, siempre, llegaban a un acuerdo más cercano a la verdad. Ay, pero esto dolía; no se había dado cuenta de cuánto lo extrañaba. "Es condescendiente".

Enseguida recogieron el campamento y lo metieron todo en sus mochilas. Alice se estiró e hizo una mueca al ponerse de pie. Había olvidado cuánto podía desgastar los músculos escalar. Le dolía todo el cuerpo y se le doblaban las rodillas al pisar. Había maltratado mucho su cuerpo estos últimos meses; apenas había dormido, apenas había comido, y desde luego no había hecho ejercicio. Esperaba que las pruebas restantes del Infierno fueran más metafísicas que físicas. Debería haber hecho al menos una flexión.

Peter se aclaró la garganta. "Por cierto, ¿Law?"

Notó con alarma que su rostro se había vuelto del color del musgo. Parecía como si estuviera intentando tragarse la lengua.

“Sólo… quiero que sepas que te respeto mucho”.

Alicia deseó que la tierra se los tragara a ambos. "Oh, no hagas esto".

Así como tu integridad física. Y lamento mucho haber hecho algo que

te haga sentir incómoda.

“Dios mío, Murdoch, por favor—”

Por lo tanto, creo que es mejor que ya no compartamos la manta. Simplemente aguantaré el frío. No me importará el frío si duermo. Creo que todo es tolerable cuando uno duerme. Y si hay algo que pueda hacer para que te sientas más segura, es decir, más cómoda a mi lado...

—Murdoch. —Se apretó la cara con las manos. Qué injusto, pensó. Como si nunca lo hubiera visto dormir. Como si no se hubiera acurrucado junto a él muchas veces, respirando profundamente al unísono, murmurando sobre estrellas y números hasta que sus conjeturas se fundían en sueños. Antes era tan fácil. Y sin embargo, allí estaban, sorteando el espacio como desconocidos—. Cállate.

No lo hizo. "Incluso podemos dormir por turnos, si quieres. Turnémonos. Lo que te haga... ¡Dios mío!". Abrió los ojos de par en par. Señaló: "La pared".

Alice se giró. La masa de huesos se volvía translúcida ante sus ojos. Extendió la mano, presa del pánico, y sus dedos atravesaron el hueso, como si la pared no fuera más que un espejismo brillante. Persistió varios segundos más y luego se desvaneció por completo, de modo que volvieron a estar rodeados por todos lados por un interminable limo gris.

"No hay salida", murmuró Alice. Este era el epígrafe inicial del tratado de Penhaligon. Lo había hojeado durante su primera lectura, pensando que era solo otro de los intentos de Penhaligon por escribir poesía. Pero resultó que así era literalmente como funcionaba el Infierno. "No hay salida, salvo a través".

En teoría, esto tenía sentido. Las almas que habían pasado la autorización burocrática no deberían poder vagar a su antojo de vuelta a los Campos de Asfódelo.

Desbarataría la contabilidad. No podías simplemente decidir que no te gustaba ser castigado y, de repente, volver al Limbo. Alice debería haberlo previsto, pero aun así la asustaba que sus caminos se borraran tras ellas. Hacía que la apuesta fuera permanente.

O lo conseguían, o morían.

Sin embargo, justo cuando el muro desaparecía, zarcillos grises de

niebla brotaban del suelo y se arremolinaban inquisitivamente a su alrededor, revoloteando alrededor de sus cuerpos como si fueran conscientes, como si escucharan sus pensamientos y sentimientos para comprender quiénes eran y a qué habían venido. Luego, los zarcillos volvieron al pliegue, donde se unieron y formaron espirales, estremeciéndose como al ritmo del tambor de un mago antes de su gran revelación, antes de dispersarse a los lados como cortinas que se abren de par en par. «Aquí», decía el Infierno. «Miren esto».

"¿Es eso...?" Peter levantó la cabeza, siguiendo un campanario hacia el cielo anaranjado. "Es imposible."

—Pero el Infierno se adapta a nosotros —murmuró Alice. El apéndice disperso de Penhaligon sobre el Infierno y la temporalidad no le había resultado claro hasta ahora—

. El Infierno es un espejo.

Las Ocho Cortes del Infierno reflejaban el mundo de los vivos. Casi todas las mitologías antiguas convergían en este principio. Se celebraban tantos rituales antiguos como si en el Infierno, todos los patrones de vida continuaran. Los dolientes ponían monedas bajo la lengua de sus muertos para pagar su pasaje; los enterraban con sus mascotas favoritas y tesoros. El alma recién fallecida se desorientaba al ser arrancada de la vida. El Infierno debía asemejarse a lo que le era familiar; de lo contrario, jamás podría seguir adelante.

Esta teoría, aunque no universalmente aceptada, sí explicaba por qué el Infierno de Dante involucraba a todos los poetas, artistas y políticos con los que estuvo personalmente familiarizado a lo largo de su vida. Y por qué las pinturas de los infiernos budistas mostraban todos los adornos rituales de los palacios chinos: jardines, estanques y harenes de concubinas. Y por qué tanto las visiones griegas como mesopotámicas del más allá involucraban sistemas pulcros y ordenados de jueces, porteros y contables armados con registros y balanzas, procesando las filas de los muertos de la misma manera que las oficinas de pasaportes procesan a los ciudadanos.

Al final del día, los seres humanos preferían el orden predecible de sus burocracias conocidas. Los propios pecados cobraban significado en el contexto de su universo moral, compuesto por sus seres queridos, sus ídolos, sus rivales, sus víctimas. Dante vio filósofos y políticos. Eneas vio fantasmas de guerreros del pasado. A uno lo dolía más lo que conocía. Si Alice tuviera que adivinar, el universo moral del profesor Grimes (el recuento completo de las cosas que lo deleitaban, las cosas

que le causaban dolor y las personas a las que podía perjudicar) no se extendía más allá de la estación de Cambridge.

Así que tal vez deberían haber esperado, entonces, que el Infierno adoptara un paisaje de lo más familiar: torres góticas, muros de patio y, serpenteando entre ellos, un único camino pavimentado, lo suficientemente ancho para peatones y ciclistas, no lo suficientemente ancho para coches. Siempre se sabía, al entrar en esos lugares, para qué servían. Se sabía exactamente dónde estaba por la uniformidad del diseño; los mismos tonos de ladrillo y piedra en los edificios. Se sabía por la falta de calles anchas y letreros de tiendas; por la silenciosa ausencia de niños. Se sabía por las puertas arqueadas que marcaban el límite. Puertas de hadas, señalando la partida. El mundo mundano

terminaba aquí. Estos no eran lugares de ocio ni de negocios. Estos eran lugares para estar quieto, para pensar y para salir del tiempo.

—Dios mío —dijo Pedro—. El infierno es un campus.

Sobre la reencarnación

Lo único en lo que todos los tartarólogos pueden estar de acuerdo es que el infierno prepara a las almas para la reencarnación.

Los Ocho Tribunales del Infierno no son escenarios de castigo eterno. Para empezar, esto sería tremendamente injusto. Ningún pecado, por atroz que sea, merece una eternidad de castigo.

Eso sería desproporcionado; las matemáticas no cuadran. Además, el universo necesita equilibrio.

Como dijo Sócrates: «Si los vivos nacieran del otro mundo y murieran constantemente, ¿qué impediría que todo se consumiera en la muerte?». En cuanto a la muerte, los cristianos tienen razón sobre la inmortalidad del alma, pero se equivocan en todo lo demás. En este punto, los pitagóricos, los platónicos, los budistas, los taoístas, los maniqueos, los jainistas, los sijs y los hindúes lo comprenden mejor. Vivir y morir son dos caras de la misma moneda. Tiene más sentido concebir las almas como un flujo continuo de un mundo a otro que pensar que todo lo que ha vivido se acumula eternamente en una tumba del inframundo.

En la década de 1960, el filósofo Michael Huemer argumentó a favor de la plausibilidad de la reencarnación basándose en argumentos probabilísticos

que la mayoría de los académicos han llegado a aceptar. Según Huemer, tenemos razones para creer que el tiempo se extiende infinitamente hacia el pasado y el futuro. Si el tiempo es infinito, la probabilidad de que nuestra vida singular ocurra en este mismo momento, en este mismo punto de la línea, se desvanece hacia cero. Por lo tanto, o el tiempo es finito, o vivimos más de una vida. Huemer argumenta que es al menos plausible que el pasado no sea finito, por lo que tenemos evidencia decente para creer en el eterno retorno. A los teólogos y a los estudiosos de la religión no les gusta este argumento por las mismas razones por las que no les gusta la apuesta de Pascal, que es que parece engañar matemáticamente a conclusiones que las religiones han tardado miles de años en articular.

A los magos les encanta.

Las teorías de la reencarnación se solapan perfectamente con las teorías del eterno retorno, una idea defendida tanto por Friedrich Nietzsche como por los pitagóricos. En sentido amplio, el eterno retorno argumenta que los eventos del universo están destinados —o condenados— a repetirse una y otra vez, pues existe una cantidad finita de energía y materia en un universo infinito, durante un tiempo infinito, y las combinaciones con las que pueden interactuar también son finitas. El eterno reloj de arena de la existencia, por así decirlo, gira una y otra vez.

Renacemos para fluir con la arena.

Desafortunadamente, el consenso académico solo llega hasta cierto punto. Los tartarólogos discrepan ampliamente sobre cómo funciona la reencarnación. ¿Cuánto tiempo se debe esperar para renacer? ¿Es el renacimiento familiar? ¿Tu abuela fallecida se convierte en tu hija? ¿Se

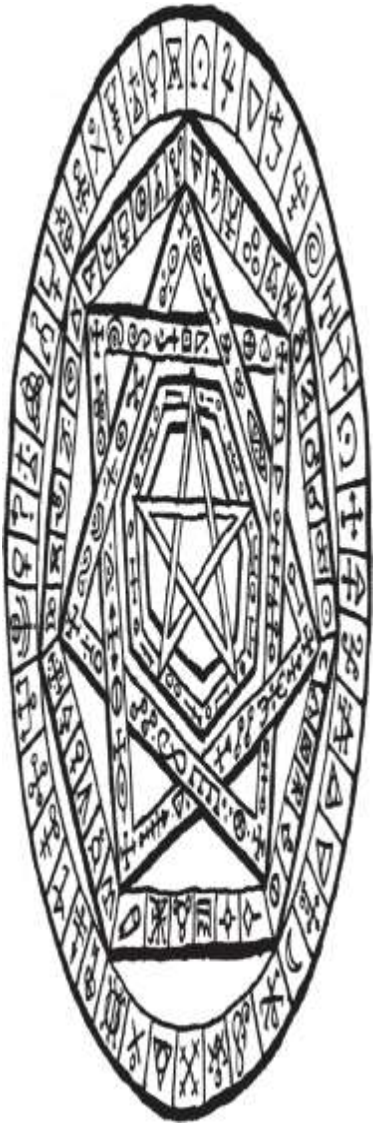
acumulan las bondades y maldades kármicas con el tiempo, de modo que los virtuosos viven vidas cada vez mejores? ¿Es posible escapar del ciclo de la reencarnación, como esperan los budistas? ¿Pueden las almas humanas renacer en cuerpos animales? De hecho, ¿tienen alma los animales? Sabemos que los recuerdos se borran entre vidas, pues no hay registro de que alguien recuerde con credibilidad una vida pasada. Sabemos muy poco más con certeza.

Lo más desconcertante de todo es la cuestión del castigo. ¿Cuál es su propósito? ¿Es rehabilitador? ¿Debemos sufrir solo hasta aprender la lección? ¿Es retributivo? ¿Debemos equilibrar la balanza kármica, perder ojo por ojo y sufrir tanto como el sufrimiento que causamos? ¿Cuántas horas en pozos de agua hirviendo compensan un asesinato? ¿Es el castigo una forma de contrapasso, como describe Dante, donde los castigos surgen de la naturaleza misma del pecado y representan el opuesto poético de la

mala acción? ¿Implica el castigo la universalización de las máximas quebrantadas, como teorizó Kant? ¿Es el Infierno una gran manifestación metafísica de la Regla de Oro?

Lo único que sabemos con certeza es que las almas del Inframundo eventualmente viajan, de una forma u otra, a los dominios del Señor Yama; es decir, Hades, Anubis, Rey de los Muertos, Señor del Inframundo, Juez de la Vida y la Muerte, o como se le quiera percibir. Como ocurre con muchos conceptos de la magia, el Señor Yama se define más por la ausencia de pruebas que por las pruebas mismas. Es un concepto que representa lo que desconocemos. Podría ser un agente racional, justo y equitativo, un rey filósofo del reino ctónico. Podría ser un demonio, volátil y caprichoso. Podría ser una divinidad imperceptible, lo que en estos círculos significa «nadie ha publicado sobre esto».

A pesar de todas nuestras teorías, historias y mitos, el diseño del Señor Yama sigue siendo un completo misterio. Nadie sabe con certeza qué sucede exactamente en esas cortes, ni por qué; y menos aún las Sombras que las habitan. Si es una prueba, nadie sabe cómo superarla. Si es una simple tortura, nadie sabe cuánto durará. No se puede anticipar, engañar ni encontrar un atajo mediante la redención. Cruzamos el Leteo y reencarnamos cuando el Infierno nos considere listos. Sucede cuando sucede. Hasta entonces, nos espera lo que nos espera. .



Capítulo seis

Un piojo sintió un pequeño escalofrío al pasar bajo aquella puerta.

Siempre le había encantado empezar un nuevo trimestre en una nueva institución: primaria, secundaria, preparatoria, universidad y, por último, Cambridge. Le gustaba familiarizarse con los edificios, acceder

a la biblioteca, refugiarse en rincones de estudio, encontrar sus atajos favoritos entre su departamento y la residencia. Le gustaba convertirse en una persona a la altura de la institución. Con cada nueva matriculación, tenías la oportunidad de reinventarte, de merecer tu lugar allí. Y ahora Alice sentía, aunque sabía que era peligroso, un deseo instintivo de encajar en ese lugar.

Si el Infierno fuera solo otra institución, no podía ser tan malo. Ni siquiera era una universidad urbana, lo que habría implicado cosas horribles como centros comerciales y estaciones de metro. Aquí no había monstruos brutalistas. El Infierno era antiguo, a su manera reconfortante, un campus del Viejo Mundo, con un neoclásico que palidecía frente a los rojos estadounidenses. No había árboles ni césped, pues allí abajo no crecía nada, pero no importaba; el cieno estaba dispuesto con su propia elegancia. En resumen, este Infierno actual era bastante agradable. Y ella habría creído estar justo arriba, de no ser por el silencio.

Era la ausencia de estudiantes, decidió. Eran los estudiantes quienes hacían que la universidad cobrara vida, con su torpe ajetreo, su vanidad y su recién descubierta libertad. Los estudiantes eran savia nueva. Hacían preguntas. Traían ideas, y cuando no se les ocurrían, al menos traían problemas. Sin su parloteo, el campus estaba terriblemente silencioso. Pero ni siquiera esto logró asustar a Alice como debería. Había estado tan presente en su mente durante tanto tiempo. Le gustaba el silencio.

“Puede que tengas razón”, dijo Peter.

"¿Qué?"

«Podría ser progresista», admitió. «Quizás solo haya un camino a seguir».

Alice vio lo que él veía. A diferencia de otros campus, no había caminos entrecruzados ni atajos. Solo había un camino, y cuando Alice intentó rastrear adónde conducía, descubrió que la mayor parte del campus se desdibujaba ante su vista, innegablemente presente, pero relegado a un segundo plano. Todo lo que podía ver con detalle era un edificio circular justo delante de ellos, de varios pisos, con los laterales

rodeados de columnas y la cima curvada en una cúpula. No había ventanas, solo pedestales, y sobre cada uno se alzaban estatuas con túnicas de aire erudito.

No pueden ir y venir, les informó Hell. No pueden colarse en esta fila. Solo pueden avanzar en orden. El Primer Tribunal, y luego los demás.

—El mapa ya está decidido —dijo Alicia—. Iremos uno por uno.

Así que se dirigieron al edificio y abrieron las pesadas puertas del Primer Patio, Superbia, el Patio del Orgullo.

EL ORGULLO ERA UNA BIBLIOTECA.

De hecho, Pride tenía todo lo que a Alice le gustaba de una biblioteca. Pride tenía azulejos de mármol claro y estantes de madera pulida; techos altos y paredes inclinadas; preciosos vitrales con imágenes vagamente religiosas; sillones de lectura de cuero con amplios respaldos. Pride tenía lomos de cuero dispuestos no en frágiles estantes de plástico ni en metal de montaje, sino en pesadas cajas de madera. Las mejores bibliotecas eran como las mejores iglesias: viejas y mohosas, preindustriales.

Todos sabían que cuanto mejor era una biblioteca, mejor era el trabajo que se hacía en ella. Las buenas bibliotecas significaban donantes, apoyo, tiempo y recursos para acumular las mejores colecciones. Y lo que es más importante, las buenas bibliotecas te inspiraban. Podías desempacar los mismos archivos en la Rad Cam o en un almacén anodino, y aun así trabajabas mejor en la Rad Cam. El ambiente importaba. Te convertías en el pensador que la biblioteca esperaba que fueras. Las buenas bibliotecas susurraban: «Todos los que han pasado por aquí son muy importantes, y tú también».

¿Qué tan terrible podía ser el Infierno si albergaba un lugar como este?, se preguntó Alice. Las puertas se abrieron a montones y más montones, estantes que se extendían en todas direcciones, e investigadores ajetreados con los brazos repletos de manuscritos.

No se oían gritos, silbidos ni pieles despellejadas. Los libros parecían normales, olían normal; incluso tenían títulos normales, escritos en inglés, sobre temas que no tenían nada que ver con la muerte. El aire era un poco frío, como en todas las bibliotecas universitarias, pero por lo demás era bastante agradable. Incluso había lámparas de banquero verdes, suavemente encendidas, de esas que siempre infundían satisfacción en el cerebro de Alice. Por un momento, tuvo un miedo terrible de que el Infierno hubiera sido una alucinación, de que se hubiera quedado dormida entre los estantes y ahora estuviera justo donde había empezado. Pero entonces vio a las Sombras atravesar los estantes, sus cuerpos solidificándose solo cuando se estiraban para

coger un libro y hojearlo.

—Es mejor de lo que esperaba. —Peter miró a su alrededor—. Ahora le temo un poco menos a la muerte.

"¡Ay!"

Algo duro se clavó en la cadera de Alice. Ella retrocedió. La Sombra que la había empujado pasó furiosa, con una gran pila de libros balanceándose en sus brazos.

Alice se frotó la cadera. "Disculpe."

La Sombra lanzó un gruñido impaciente y se marchó.

Alice notó que las Sombras no estaban tan contentas como creía. De hecho, eran bastante hostiles. A medida que se adentraban, empezó a percibir una energía tensa y ajetreada, similar a la de las bibliotecas universitarias en época de exámenes. La frustración latente de almas agotadas y exasperadas. Este estado de ánimo era contagioso. Sintió un hormigueo de inquietud. Alrededor de las estanterías oyó una sinfonía de murmullos furiosos y libros golpeándose contra las mesas. Alguien estornudó y media docena de voces gritaron: "¡ *Silencio!* " .

Varias filas más allá de una Sombra, estaba encorvado sobre un gran manuscrito amarillento con una lupa. Parecía bastante inofensivo, es decir, parecía un archivista.

Alice se armó de valor para preguntarle: "¿Qué pasa?".

Él la miró parpadeando. "¿Qué quieres decir?"

"¿Qué está investigando todo el mundo?"

—Ah —dijo con enfado—. ¿Recién muerto, entonces?

—En realidad, estamos… —comenzó Alice, pero Peter la interrumpió.

—Sí —dijo—. Acabo de llegar y estoy muy confundido. ¿Qué estás leyendo?

La Sombra señaló una placa de latón en la pared detrás de él. Decía, en letra grande con serifa: *DEFINE LO BUENO* .

“No lo entiendo”, dijo Peter.

—Justo lo que dice. —La Sombra agitó la mano con impaciencia—.

Descúbrelo, presenta una defensa oral y te pasan.

" Pero, *¿qué* descubrimos?"

—Mira, Law. —Peter cogió una hoja impresa de la mesa. Alice miró por encima de su hombro. Se titulaba «Lecturas recomendadas», seguida de una lista de autores: *Immanuel Kant, Jeremy Bentham, Herbert Spencer*—. Ah, mira. Nietzsche.

Alice lo ignoró. "¿Qué quieres decir con pasar?", le preguntó a la Sombra. "¿Quién te pasa? ¿Cuánto tarda?"

—Dios mío —dijo la Sombra—. ¿Me parezco a tu tutor?

—Pero ¿no puedes simplemente decirme…?

La Sombra le dio la espalda, presionando decididamente su rostro contra su lupa.

—Caminemos un poco —sugirió Peter, apartando a Alice con cuidado —. A ver si hay un plano, o una deidad bibliotecaria, por ejemplo.

Recorrieron el laberinto de estanterías, esquivando a las irritables Sombras, hasta que llegaron a una zona que parecía un vestíbulo principal. Los estantes se extendían radialmente desde una zona de estudio circular, y el techo se abría para revelar una gran escalera central. Miraron hacia arriba. La escalera era interminable, adornada en cada piso por grandes estatuas de bronce en diversas posturas de profunda reflexión.

La biblioteca parecía finita desde fuera —Alice estaba segura de haber visto el tejado de la torre—, pero desde dentro se extendía hasta donde alcanzaba la vista, con pisos en espiral hacia un centro cada vez más pequeño, y Sombras moviéndose afanosamente por todas partes.

Como todos los buenos estudiantes, Alice a veces fantaseaba con una biblioteca infinita, una Biblioteca de Babel Borgiana en la que uno podría perderse para siempre.

Pero esta visión la invadió de pánico. Era tan vasta. Y no tenían *tiempo* … El profesor Grimes se movía con determinación, había dicho la Sombra en la pared. Estaba empeñado en abrirse paso, y cuando Grimes se empeñaba en algo, era como si los muros no existieran. Tenían que alcanzarlo antes de que reencarnara; no podían perder el tiempo.

—¡Caramba! —Peter parecía igualmente indefenso—. ¿Deberíamos separarnos y registrar uno por uno?

“Eso podría tardar una eternidad”.

"Pero quizá haya algún orden", dijo Peter. "Quizás sea cronológico, quizás los recién llegados estén al final".

—Espera. —Alice se frotó las sienes—. Solo... dame un segundo para pensar.

Orgullo, *superbia* , arrogancia. *Hubris* , el desafío a los dioses; *māna* , la mente engreída. Ninguno de los relatos de los peregrinos decía nada sobre una biblioteca universitaria, por lo que tuvo que volver a los primeros principios, a los fundamentos filosóficos. Hojeó textos, imágenes, tratados que residían en su mente. Ícaro, lanzándose desde el cielo; Aracne, extremidades dividiéndose en ocho. ¿Qué era el orgullo? Para Agustín, el pecado original; para el papa Gregorio, la raíz de todo mal. Para Platón, el Primer Tribunal castigaba a aquellos que poseían un alma timocrática, el alma que pretendía amar la justicia, el honor y la belleza, pero que se preocupaba más por preservar la apariencia de tales cosas que por hacer los sacrificios necesarios para cumplirlas. Para Confucio, el Tribunal del Orgullo albergaba a los *xiaoren* , los hombres mezquinos, que perseguían los nombres de las cosas pero no su naturaleza. Una discrepancia entre el nombre y la cosa: sí, eso era, el hilo conductor de todas estas teorías. Pero ¿qué tenía todo esto que ver con definir el bien? ¿Y cómo se definía el bien?

Si tan solo pudiera descifrarlo, podría seguir el camino del profesor Grimes, pues él seguramente lo habría descifrado en un instante.

Pero le costaba mucho pensar. Sus pensamientos se le escapaban a la mente incluso mientras se esforzaba por ordenar lo que sabía. La biblioteca ya no parecía tan sagrada.

Los ruidos no dejaban de abrumar su mente: discusiones, susurros, arañazos, toses, respiraciones, bolígrafos rascándose, bolígrafos chasqueando; nada de eso provenía de un volumen atípico, pero todo era tan cegadoramente *presente* , áspero hasta la distracción. Y alguien en el estante de al lado gemía sin parar, un sonido insoportable que se hacía cada vez más fuerte.

Ella giró alrededor del estante. "¡Por Dios!"

Era la sombra de un joven, delgado y de extremidades largas,

encorvado en el suelo con las rodillas pegadas al pecho mientras se mecía. Tenía aspecto de estudiante de derecho, aunque Alice no supo explicar por qué; presentía que era así. Algo en su barbilla. Libros yacían esparcidos a su alrededor, y manchas de tinta derramada manchaban la alfombra. Al ver a Alice y Peter, gimió aún más fuerte. «No me pasan.

Diecisiete veces, diecisiete veces y siguen sin pasarme, soy un idiota...».

—Ay, no, no. —Alice lamentó haber estallado. Estaba acostumbrada a este tipo de situaciones, y normalmente, cuando la gente tenía un colapso mental en la biblioteca de

la universidad, se les hablaba con voz suave y tranquilizadora, se les confiscaban todos los objetos afilados de la mesa y se les mandaba a tomar una galleta y echarse una siesta—. No eres idiota.

—Pero lo he hecho todo —hipó la Sombra—. Leí todos los textos recomendados. Leí *a Russell* , por Dios. —Se golpeó la cabeza con la palma de la mano—. Incluso seguí el régimen de ... *República* . Estudié *matemáticas* —¡oh!

Se desplomó de lado y golpeó la pata de la mesa, lo que hizo que un fajo de notas se desplomara en el suelo. Ante esto, emitió un gemido y rodó hacia adelante sobre sus manos y rodillas. «Y ahora mis notas están desordenadas».

Peter se arrodilló para ayudarlo a recogerlos. "Toma..."

El joven Shade los apretó contra su pecho. «Tienen un código de colores», se lamentó. «No es que *les* importe».

—Werner, por favor. —Un segundo Shade, un tipo más bajo y de aspecto mayor, se apresuró por el pasillo hacia ellos. Puso las manos bajo las axilas de Werner y, gruñendo, lo incorporó—. Ya hemos hablado de esto. Puede que no tengas crisis nerviosas en las estanterías.

—Me han vuelto a fallar —sollozó Werner—. Me odian.

—Sí, lo sé. —El Shade mayor le dio unas palmaditas en las mejillas—. Pero cálmate, por favor. Han habido quejas por ruido.

“Nunca saldré de aquí...”

—Los ataques de llanto deben ser en privado, son las normas de la biblioteca. —El Shade mayor le dio una palmada en la espalda—. Te he reservado un lugar. Sala de estudio C-56. Tercer piso. Adelante.

Werner, todavía llorando entre sus manos, se tambaleó obedientemente hacia la escalera.

—Buen hombre. —El Shade mayor se sacudió las manos y se volvió hacia Alice y Peter—. Lo siento mucho, no volverá a pasar. ¡Pero si pareces nuevo! ¿Acabas de llegar?

“Sí, por supuesto”, dijo Alicia.

—Doble suicidio —añadió Peter, lo que a Alice le pareció bastante dramático, pero no lo cuestionó.

—¡Tienes una presencia admirable! —La Sombra rozó el hombro de Peter con el dorso de la mano—. Las costuras de tu cuello. Increíble. ¿Cómo te las arreglas?

—Eh —dijo Peter—. ¿De verdad lo intento?

¡Es magnífico! No te creerías la pereza que se respira aquí. La mayoría de los recién llegados ni siquiera se molestan en poner cara. La Sombra se inclinó ante ellos, con las manos juntas como si rezara. «George Edward Moore. A sus órdenes».

Era el Shade más humano que Alice había visto hasta entonces, es decir, cada parte de él estaba ricamente detallada y sólida, desde los mechones grises en la coronilla hasta las puntas desgastadas de sus zapatos de cuero. Tenía la sonrisa ligeramente torcida de los fumadores de pipa de toda la vida; y sí, allí estaba, una pipa colgando de su mano izquierda. La saludó con la mano. "¿Y ustedes son...?"

—Peter Murdoch. —Contestaron ambos a la vez—. Alice Law.

“¿Y dónde estudiaste, Peter Murdoch?”

—Oh, estoy... estamos en Cambridge —dijo Peter—. Departamento de...

—¡Ah, Cambridge! —Moore le estrechó la mano a Peter con fuerza. Ignoró a Alice—.

¡Un hombre de Cambridge! ¡Qué buena noticia! Yo también estuve en Trinity. Ven, ven.

Te la mostraré.

Se dirigió a la escalera. Alice miró a Peter, quien se encogió de hombros como diciendo: « *¿Por qué no?*».

No se presentaron mejores opciones, y Moore no parecía claramente peligroso (en cualquier caso, Alice no conocía a ninguna entidad demoníaca que se hiciera llamar George Edward Moore), así que se pusieron a caminar. Moore, girándose, señaló con magnanimidad hacia el primer piso.

Ahora, las plantas alternan entre espacios de trabajo y estanterías. Las estanterías están organizadas en orden cronológico ascendente por siglo y luego alfabético por disciplina. Es un poco complicado, pero recomiendo empezar por el siglo VI a. C. y avanzar poco a poco. Moore hizo una pausa, observando la primera planta, que efectivamente estaba compuesta por mesas de estudio abarrotadas y pasillos

interminables de salas de estudio. «Al principio te resultará chocante, por ser recién fallecido, pero no hay baños ni cocinas. Nadie necesita dormir ni comer. Tienen libertad para dedicarse a tiempo completo a su trabajo».

“Definiendo lo bueno”, añadió Peter.

—Muy bien. Eso nos dicen las placas. Esa es la única regla de este lugar: descubrir el significado de lo bueno. Cuando a alguien se le ocurre una definición que le gusta, sale a la orilla a defenderla oralmente. Si aprueba, sigue adelante. Si suspende... bueno, ya viste al pobre Werner. —Moore asintió hacia las docenas de Shades que se esforzaban—

. La mayoría lleva años en esto. Míralos.

Alice sintió el impulso de unirse a ellos. No porque el proyecto sonara tan interesante —de hecho, sonaba demasiado vago y un poco molesto —, sino porque le producía placer recibir una tarea sencilla y definida y dedicarse a ella con ahínco. Todas esas Sombras parecían tan diligentes y decididas, lo que de alguna manera parecía virtuoso. Siempre era bueno dedicarse a la investigación. Como decía Aristóteles, la felicidad completa residía en algún tipo de estudio.

"Pero eso no parece tan difícil", dijo Peter.

“Eso es lo que piensas.”

"Pero ¿no es algo así como... ya sabes, cosas buenas?"

—Ah —dijo Moore—. Pero eso es una tautología.

—Felicidad, entonces —dijo Pedro—. Y justicia. Y bondad, y...

“Ahora sólo estás diciendo sinónimos”.

“Pero seguramente todas son partes del bien—”

—Ah, ¿entonces hay una lista completa? ¿Y qué más se incluye en tu lista? ¿Cuál es la cualidad común de todas las virtudes de tu lista? ¿Podrías darme una versión completa y bien definida de tu lista?

Peter hizo una pausa. "Ya veo."

“Es más difícil de lo que crees”, sonrió Moore. “Todos llegan creyendo saber la respuesta, y fracasan muchas veces antes de recurrir a la literatura. Y ahora, en los casos realmente graves, nunca progresan en absoluto y terminan bronceándose…”

“¿Bronceado?” repitió Peter.

Una aflicción terrible. Empieza en los pies, y luego no te puedes mover, y te quedas atascado donde estás. Los movemos a los pedestales cuando eso sucede. Mira, ahí está Newton.

Alicia estaba apoyada en un pedestal; se estremeció. "¿Estas estatuas son *personas* ?"

—Sí, claro, todos. —Moore golpeó con los nudillos un pedestal que decía « *Galileo»* .

Continuó subiendo hacia el segundo piso—. Sí que se despiertan, aunque quién sabe después de cuánto tiempo. Entre tú y yo, creo que les gusta estar ahí dentro; descansan del trabajo, y todo el mundo tiene que maravillarse con ellos.

—¿Y qué te lleva a este tribunal? —preguntó Alice—. O sea, ¿por qué están todos ahí?

¡No preguntes! No se supone que preguntes, esa es la primera regla que debes aprender. Se considera de muy mala educación. Moore bajó la voz hasta convertirla en un susurro conspirativo. Aunque corren rumores, claro. La gente se distrae y deja sus expedientes académicos a la vista de cualquiera. Señaló. Por ejemplo, ese tipo de ahí...

les dijo a todos que daba clases en Oxford, cuando en realidad daba clases en Oxford *Brookes* .

"¿Eso es suficiente para ponerte en Orgullo?"

—Ah, sí. No te creerías la clase de gente que tenemos aquí —Moore seguía señalando mientras caminaban—. Ese de ahí rechazaba las propuestas si no citaban su propio trabajo.

“Éste dio ochenta y dos presentaciones sobre Goethe.

“A uno le gusta recordarle a la gente que Dartmouth está en la Ivy League.

"Y allá, estudiantes de escritura creativa". Esto se refería a una sala de estudio con ocho Sombras, mirándose con el ceño fruncido en silencio. "Por alguna razón, siempre vienen en grupos. No entiendo por qué".

Pasaron por otra sala de estudio, donde un Shade le hablaba monótonamente a otro en voz muy alta: «...claro, todo es muy *derridiano* , lo cual me incomoda debido a la obsesión de Derrida con *las heces* . ¿Sabías que una vez vi a Derrida dar una charla en una conferencia? De lo único que hablaban era de cómo se colocó con LSD y manchó las paredes de *heces* ».

—Filósofos continentales —dijo Moore con un escalofrío—. Aquí tenemos docenas.

La procesión de pequeños pecados continuó mientras subían por los pisos. Moore parecía deleitarse explicando el fracaso moral de sus compañeros de piso, pues sus susurros se extendían por los pisos, provocando alguna que otra mirada de enfado.

"Vaya, *ese* autopublicó libros de autoayuda y productividad.

“Se considera comunista, pero no ha leído *El Capital”* .

“Recita pi para presumir.

“Tuve más un comentario que una pregunta.

“No aceptaría artículos escritos en primera persona.

“Dio vuelta sus exámenes muy ruidosamente.

“Todavía le pregunta a la gente qué obtuvieron en sus exámenes de nivel A.

"Todavía le cuenta a la gente lo que obtuvo en *sus* exámenes A-level.

Hizo que su esposa lo llamara *Doctor* . Es un medievalista, ¿entiendes?

Ese sigue diciendo *que* estudió en Boston y espera que todos sepan lo que quiere decir. Cada pocos años, las otras Sombras se unen para atacarlo y lo encierran tras las estanterías.

Pasaron por una serie de salas repletas de textos. «Acaparadores de libros», explicó Moore.

"¿Por qué acumular libros en una biblioteca?"

“Para demostrar que los has encontrado”, dijo Moore. “Para demostrar *que* los conoces. Para demostrar que tienes proximidad con ellos. Pero leerlos, eso es demasiado”.

En ese momento, Alice había decidido que el profesor Grimes no podía ser condenado a la soberbia. De hecho, se sentía indignada al pensar que ese hombrecillo chismoso lo metiera en el mismo saco que esos impostores. Sí, el profesor Grimes a veces era muy grosero; sí, toda la Real Academia lo llamaba arrogante a sus espaldas; sí, solía hacer llorar a los estudiantes. ¿Pero acaso no eran todos los grandes pensadores de su generación un poco quisquillosos? ¿Y no se había ganado su soberbia? Recordó que Aristóteles distinguía entre la soberbia propia y la inapropiada. Un hombre digno podía presumir con justicia de sus logros, siempre que los hubiera alcanzado. Al profesor Grimes solo se le podía acusar de comportarse como correspondía a su posición, que era elevada, y Alice realmente no creía que eso fuera tan moralmente atroz como llamarse marxista.

En cualquier caso, la profesora Grimes odiaba pavonearse. Lo sabía porque una vez se dejó llevar por la emoción de la competencia. En su primera conferencia —después de una noche de cócteles vertiginosos con estudiantes de Oxford y Londres, todos comparando el tamaño de sus estipendios, sus presupuestos de investigación, quién había publicado recientemente y dónde—, se acercó al profesor Grimes en el vestíbulo del hotel y le dijo con voz ronca, ebria de superioridad: "¿Puedes creer que no tengan un *seminario de prosa* en el Imperial?". Pensó que él se reiría, que podrían compartir esa condescendencia. Pero él la miró con un desprecio mordaz. "No te hagas el tonto, Law".

Peter estaba allí; rió disimuladamente. Y Alice pasó la noche avergonzada y con la cara roja.

Fue una lección que valió la pena aprender. No había repetido ese

error. Quienes no tenían nada sustancial de qué presumir eran los que más lo hacían. Guarda silencio e ignora a la multitud parlanchina: esa era la prueba de que tenías algo real de lo que enorgullecerte.

Se echó hacia atrás para poder hablar con Peter. Moore no se dio cuenta. Se había puesto a despotricar contra los psicoanalistas, y agitaba los brazos con tanta vehemencia que, si Alice y Peter hubieran seguido su ritmo, podría haberles dado un golpe en la cara.

—No está —murmuró—. Vámonos.

"¿De qué estás hablando?"

—Es una pérdida de tiempo. —Su irritación se había intensificado hasta convertirse en urgencia. Cada minuto que pasaba allí era un minuto en el que el profesor Grimes se

adentraba más en el infierno—. Y Moore dijo que éramos los primeros de Cambridge en años, así que lo habría conocido...

—Bueno, quizá no se cruzaron.

—Entonces desechémoslo y busquemos por nuestra cuenta. Es un payaso...

"No es tan malo."

“¡Es un chismoso!”

"Es el primer Shade que conocemos que nos lo explica todo", dijo Peter. "No tenemos ni idea de cómo funciona el Infierno, Law. No tenemos más pistas".

¡Ajá! Más adelante, Moore se giró y saludó con entusiasmo. Señaló una puerta.

«Aquí estamos. Mi oficina. Pase».

ALICE HABÍA VISTO OFICINAS COMO LA DE MOORE muchas veces. Eran oficinas de decadente acumulación, oficinas de hombres que se habían ganado la titularidad cuando obtenerla solo implicaba ser amigos del jefe de departamento y que trataban su espacio como una casa club hasta que crecían lo suficiente como para que la universidad pudiera echarlos. Un escritorio enorme y desordenado; sillones mullidos; juegos de té de porcelana; recuerdos de viajes a Asia y África (donde Moore había encontrado una alfombra turca en el

Inframundo, Alice no tenía idea). Los libros rebosaban de los estantes, yacían esparcidos en pilas en el suelo y el escritorio. Entre ellos, notó, el mencionado ejemplar de *Meditaciones* .

Diplomas enmarcados colgaban de cada pared (de dónde, Alice no tenía idea, porque no conocía ninguna institución acreditada que otorgara títulos en el Infierno).

—Por favor, por favor —Moore los hizo pasar—. Mi pequeño santuario. Pónganse cómodos.

Alice y Peter se sentaron con cuidado en el sofá, mientras Moore se apresuraba alrededor de su escritorio, murmurando cosas como "Si lo hubiera sabido, tendría compañía..." y "Perdón por el desorden".

¡Allá vamos! Se dio la vuelta y les ofreció una lata de tabaco. "¿Fumar?"

Ambos negaron con la cabeza. Encogiéndose de hombros, Moore llenó su pipa, la encendió y la aspiró con gran placer. Exhaló. Un humo denso les dio en la cara. Peter soportó la niebla con una casualidad que le hizo parpadear y lagrimear. Alice tosió.

—¡Y bien! —Moore se dejó caer sobre ellos y apoyó los pies en la otomana—. Un hombre de Cambridge. ¿De qué universidad, si se me permite la pregunta?

Alice miró fijamente a Peter, quien dijo: "San Juan".

—¡Un niño de John! —Moore aplaudió—. ¡ *Qué bien* ! Nos lo vamos a pasar genial.

“Disculpe”, dijo Alicia.

Moore la ignoró. «El último hombre de cierta reputación que pasó fue un hombre de Durham», le informó a Peter. «Y bueno, tengo estándares, sí, pero años de soledad y pensé: « *Durham, vale, podemos trabajar con eso...»* . Pero era tan aburrido. Paleontólogo.

No paraba de limpiar el suelo buscando amonitas. Ahora está en el quinto piso, en algún lugar, desarrollando una teoría naturalista del bien.»

—Disculpe —dijo Alicia nuevamente, con más fuerza.

Esta vez Moore hizo una pausa, aunque la miró con furia como si

fuera un mosquito persistente. "¿Sí?"

—Por favor, ayúdenme a entender —dijo Alicia. Si Peter no quería irse, ella le pediría todas las respuestas posibles—. ¿Qué nos retiene aquí exactamente?

"¿Qué quieres decir?"

—Supongamos que salimos por la puerta —dijo Alicia—. Nos dirigimos a la Segunda Corte. Deseo. ¿Qué nos detendrá?

—Bueno, nada. —La miró parpadeando como si fuera estúpida—. Puedes vagar por donde quieras, pero ¿por qué lo harías? Tienes que quedarte hasta que hayas aprobado.

No te aprobarán en Deseo si no pasaste Orgullo primero.

—Bien —dijo Alicia—. ¿Y quiénes *son* ?

Las deidades, por supuesto. Niutou y Mamian. Cabeza de Buey y Cara de Caballo, equilibristas del karma, la mano derecha e izquierda del Señor Yama el Justo. —Moore repitió todo esto como un colegial recitando las escrituras—. No hablan mucho, pero pueden comprender tu corazón al instante. Puedes suplicar todo lo que quieras, pero si tienes notas incompletas en tu expediente académico, siempre lo sabrán. Si tu expediente académico dice Orgullo, entonces debes aprobar Orgullo.

“Perdón, ¿transcripción?”

"¿No tienes tus transcripciones?"

Alicia dudó.

—Eh... —Peter hizo como si se palmeara los bolsillos—. Debí haber perdido...

—Oh, no te preocupes por eso —Moore hizo un gesto con la mano—. Reaparecerán, dales tiempo. Es imposible perderlos. —Señaló un trozo de papel que estaba boca abajo sobre su escritorio—. En fin, te van anotando puntos en tu expediente académico a medida que avanzas, ¿ves? El expediente académico enumera tus pecados mayores, y luego tienes que ir en orden. Pasas Orgullo y entras Deseo, pasas Deseo y entras Avaricia...

—¿Y si terminamos en Orgullo? —insistió Alice—. ¿Si no somos

culpables de Deseo ni de Avaricia? Supongamos que definimos el bien, sea lo que sea que eso signifique.

¿Qué harían entonces Niutou y Mamian?

—Ah. Sí. —Moore se recostó—. Bueno, supuestamente vienen a buscarte en un barco. Esas grandes puertas del vestíbulo dan a la arena, ¿sabes? Y más allá de la arena, al río. Supuestamente ves un gran barco dorado en el horizonte. Supuestamente se desliza por aguas oscuras y extiende una plataforma hasta la orilla. Te estarán esperando allí. Te ayudarán a embarcar.

"¿Y luego?"

“Y entonces te ofrecen el trago del Leteo, preparado por la mismísima Señora Meng Po.” La mirada de Moore se volvió distante. La sonrisa torcida se desvaneció de su rostro. “Dicen que sabe a diente de león, a gotas de rocío al amanecer. Lo bebes. Tus recuerdos se borran de tu alma, como el polvo de una repisa. Eres solo materia estelar, como antes. Fresco. Limpio. Y luego eres transportado a la corte del Señor Yama, para atravesar la Puerta de la Reencarnación y regresar a esa cámara mortal roja, para ondear entre el polvo. Eso dicen.”

El silencio cayó entre ellos.

Moore chupó su pipa, sin pestañear. Parecía un poco translúcido. Alice podía ver sus diplomas a través de su cuello.

—Entonces, ¿nunca has visto que esto suceda? —Alice no estaba muy segura de si debía confiar en la palabra de Moore.

—¿Qué? ¡Oh, no! —Moore se removió—. La ética es un tema espantosamente denso.

Imposible de dominar. No, nadie ha sido invitado a cruzar el Leteo en todos mis años aquí. Ni siquiera yo... —Moore hizo una pausa e hizo una mueca. Dio otra calada a su cigarro—. Es muy difícil, de todas formas.

“¿Lo has intentado muchas veces entonces?” preguntó Peter con simpatía.

“Oh, no, no me molesto.”

"¿Por qué no?"

—Pues, el clásico dilema. —Moore extendió las manos—. La administración interfiere con la investigación. Soy un poco como un decano por aquí, por si no te has dado cuenta. Los Shades se portan *muy* mal. Acaparan textos. Se roban las notas. Se lamentan en las estanterías... O sea, la cantidad de averías diarias aquí es increíble.

Alguien tiene que mantenerlos a todos a raya ...

“¿Y usted aceptó este trabajo?”

"Felizmente."

“Pero entonces nunca podrás irte”.

—Nobleza obliga —dijo Moore—. Somos hombres de Cambridge. Debemos dar ejemplo.

—Ya veo. —Peter frunció el ceño, pero claramente pensó que era mejor no discutir—

. Bueno, eso es muy generoso de tu parte.

Moore sonrió radiante. "Así que me ayudarás".

"¿Lo siento?"

Ha pasado tanto tiempo. Tanto tiempo desde que apareció un verdadero erudito. Un hombre de Cambridge. Tú y yo podríamos poner este lugar en orden.

—Ay, Dios mío —dijo Peter—. No creo...

Hay una oficina vacía al final del pasillo. La instalaremos enseguida. Tengo alfombras y muebles de sobra. Podemos alternar plantas. Haré apuestas, las salas de estudio son donde ocurren todos los disturbios...

—Mira. —Alice ya estaba harta de esto; de hecho, si Moore volviera a mencionar «

hombre de Cambridge» , podría estallar—. Profesor Moore. En realidad, no teníamos pensado quedarnos.

—Pero no puedes ir. —Moore se puso de pie. Exhaló lentamente, y el humo que salía de su boca formó una densa nube morada que se condensó y quedó suspendida, de forma bastante puntiaguda, frente a la puerta—. No tienes adónde ir.

—Bueno, podríamos salir —dijo Peter—. Si no te importa...

—Pero no has definido lo bueno. —La voz de Moore adquirió un tono monótono—.

No has aprobado, no puedes seguir, son las reglas.

"Nos arriesgaremos", dijo Peter.

"Realmente no creo que debas hacerlo."

El humo seguía saliendo de la pipa de Moore.

Los tres se quedaron de pie, mirándose. Alice recordó entonces que muy pocos de los afables fumadores de pipa de la universidad eran tan geniales de pies a cabeza. Los modales y las sonrisas siempre eran una fachada para algo un poco podrido. Misoginia de siempre, por lo general. Racismo en un buen día. Esnobismo en la mayoría de los casos. A veces, demencia. Tantos ancianos en la Sala Común de Último Año que exigían ayuda para encontrar sus gafas y que también les explicaran de qué hablaban todos esos negros. En este caso, lo que se escondía bajo una mirada vacía y de ojos abiertos que parecía bastante solitaria y bastante loca.

El humo se espesó.

—Sobre esa oficina —dijo Moore—. Creo que un diseño granate, quizás.

A Alicia se le ocurrió una idea descabellada. Era una página robada del libro de Peter —una página de lógica, y además pedante—, pero si alguna vez hubo un momento para la pedantería, era ahora.

—¿Qué te parece? —dijo—. Si puedes demostrarme que debemos quedarnos, nos quedaremos. Si no, déjanos ir. Pero debe ser una prueba fehaciente. Debes obligarnos con la razón.

—Es muy fácil —resopló Moore—. Soy un hombre de razón.

“¿No lo somos todos?”, dijo Alicia. “Dividamos el argumento en dos premisas y una conclusión. A, solo puedes salir de la Corte del Orgullo una vez que la apruebes. B, no la hemos aprobado. Por lo tanto, C, no podemos irnos”.

—¡Perfecto como la seda! —Moore levantó su pipa triunfalmente—. ¿Lo ves?

—Pero me niego a aceptar la conclusión —dijo Alicia—. No veo por qué uno y dos resultan en tres.

—Porque son las reglas del Infierno —resopló Moore—. ¡Eso es todo!

—De acuerdo —dijo Alicia—. A ver si lo entiendo bien. A, solo puedes salir del Orgullo una vez que hayas pasado. B, no hemos pasado. C, debemos seguir las reglas del Infierno. Por lo tanto, Z, no podemos irnos. ¿Es correcto?

—Es obvio, querida —se burló Moore—. La lógica te obliga.

—Pero me niego de nuevo a aceptar la conclusión —dijo Alicia—. ¿Por qué A, B y C

conducen a Z?

—Entonces añade otra premisa —se burló Moore—. Si aceptas A, B y C, entonces debes aceptar Z.

—De acuerdo. —Alice respiró hondo y lo recitó todo—. A, solo podemos salir del Orgullo una vez que hayamos pasado. B, no hemos pasado. C, debemos seguir las reglas del Infierno. D, si aceptamos A, B y C, entonces debemos aceptar Z, que no podemos pasar.

—¡Exactamente! —exclamó Moore—. ¡Lo has dicho a la perfección!

—Aun así me niego a aceptarlo —dijo Alicia—. Simplemente no lo entiendo.

"¿Estás tonta, niña?"

No soy tonto. Simplemente no me convence este silogismo.

—¡Pero es tan simple! —Moore se inclinó sobre su mazo, mojó una pluma en tinta y comenzó a garabatear con furia—. Te lo explicaré. A, solo puedes salir de Pride una vez que hayas aprobado. B, no has aprobado. C, debes seguir las reglas del Infierno. Y luego simplemente añades *otra* premisa, D... —Se detuvo y murmuró algo que sonó como:

«No, entonces debemos añadir una E... pero para que esos idiotas acepten la conclusión de la E, muy simple, debemos añadir una F...».

Alice tiró del brazo de Peter. "Vamos."

Moore apenas levantó la vista mientras pasaban de puntillas junto a su escritorio.

Para cuando llegaron a la puerta, ya estaba en el local J: «Y *esto* lo solucionará, *este* pequeño local adicional es todo lo que necesitas...».

—Bien hecho —dijo Peter mientras se apresuraban por el pasillo.

—Oh, qué tontería —dijo Alicia—. Me sorprende que no haya leído a Carroll.

—¡Es un gran problema para la lógica, la verdad! —Peter agitó las manos—. ¿Por qué dos premisas cualesquiera *deberían* obligar a la conclusión, por válidas que sean?

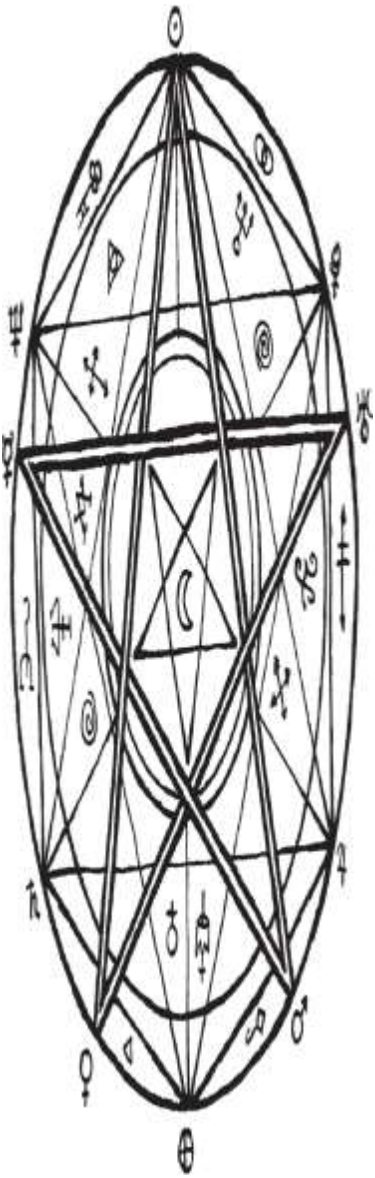
Nadie tiene una buena solución. De hecho, no se puede demostrar *el modus ponens* . Pero si no tenemos *modus ponens* , entonces podríamos estar en la Edad de Piedra, porque *el modus ponens* es la base de todo lo demás...

—Tú tampoco. —Le dio un golpe en el brazo—. Vamos.

Bajaron apresuradamente las escaleras y volvieron al vestíbulo, pasando junto a las estanterías chirriantes y chapoteantes, las lámparas de estudio parpadeantes, los grupos de estudio que se peleaban y las Sombras sollozando entre los estantes, hasta que vieron unas puertas dobles. No eran las puertas por las que entraron, pero en ese momento no importaba. Arriba, un aullido provenía de la oficina de Moore. Abajo, en el vestíbulo, todas las Sombras de repente señalaron en su dirección, susurrando con entusiasmo.

Pasaron , susurraron, *alguien cree que han pasado* . La multitud curiosa salió en tropel. No había tiempo. Alice se arriesgó y empujó. Las puertas se abrieron de golpe y salieron a trompicones de ese espacio aterrador y frío hacia un silencio dichoso, la muerte del exterior.

Esta vez, se enfrentaron al río.



Capítulo Siete

El Leteo. Una gran extensión, insondable e inconmensurablemente ancha. Desde la orilla, solo se veía una oscuridad infinita que se extendía hasta el horizonte tenue. Lo que aguardaba al otro lado —el

trono del rey Yama, las puertas de regreso a los vivos— se perdía de vista. El Leteo era una paradoja visual, dos cosas a la vez. A primera vista, con la mirada perdida, las aguas estaban quietas y silenciosas, una superficie de obsidiana vidriosa que reflejaba destellos del sol moribundo. Pero al mirar más de cerca, el Leteo se convertía en un remolino agitado, todo remolinos y espirales en corrientes sin rumbo, y cuanto más se miraba, más fuerte resonaban esas aguas en los oídos, profundos estruendos de las olas que se agitaban bajo la superficie.

Alicia se acercó, fascinada. De niña, había aprendido que el blanco era todos los colores en uno, y le parecía profundamente injusto; que uno pudiera haber visto arcoíris por todas partes, pero en cambio, con los débiles ojos mortales, solo viera luz pura. El Leteo parecía la contrapartida de este principio. Era todo oscuridad. Pero en el momento en que fijabas la vista en un punto, comenzaba a desambiguarse, hasta que veías que lo que parecían láminas de obsidiana eran en realidad ondas de color, y esas ondas de color formaban recuerdos. Apenas podías captar fragmentos si entrecerrabas los ojos. Aquí, un osito de peluche desteñido; allí, un chorro de vino tinto; y allí, una mano anillada, arrugada y extendida... todos fragmentos provocando recuerdos más ricos, detalles específicos, todos los detritos de la experiencia humana arremolinándose, condensados en una oleada interminable.

Oh, gran Leteo. El infierno *siempre estuvo* delimitado por un río. Todas las fuentes lo confirmaban, independientemente del período, la geografía o la religión. No era necesario llamarlo Leteo. Podrías llamarlo Apanohuaya o Vaitanya. Podrías llamarlo el río de Meng Po. El dominio de Neti. Pero no podías negar que existía el río, que delimitaba los mundos, cortando el cordón entre esta vida y lo que viniera después. De este lado, los tribunales del castigo. Del otro, el dominio del Señor Yama y el círculo dorado prometido donde las almas regresaban al mundo de los vivos. Había muchos ríos de poder en este mundo: ríos de muerte y ríos de amor; ríos que podían otorgar la inmortalidad y ríos que podían arrebatársela. Algunos lavaban el pecado; otros solo la culpa. Pero solo el Leteo lavaba la memoria.

Los tartarólogos occidentales preferían el nombre *Leteo* por su etimología. *Leteo* proviene del griego *l ē thē* (λήθη), que significa «olvido», «olvido». *Leteo* también tiene conexiones con el griego *alētheia* (ἀλήθεια), que significa «verdad». Aunque Alice no estaba segura de qué conexión tenía la verdad con el olvido. Según algunos relatos, despojarse de todos los recuerdos era una forma de revelar la verdad más fundamental:

algún elemento inefable del alma que era eterno. Según otros relatos, la causalidad se invertía. La verdad era la condición necesaria para merecer el olvido y, por lo tanto, la reencarnación. Solo cuando uno reconocía la verdad sobre sí mismo podía lavarse de la carga de vidas pasadas para comenzar de nuevo.

Las teorías dominantes vinculaban los poderes de memoria del Leteo con la teoría del flujo de Heráclito. En la mayoría de los aspectos, Heráclito era un completo imbécil, y era famoso por proclamaciones extravagantes como «Todo es su propio opuesto» y

«Todas las cosas en el universo son manifestaciones de un fuego eterno». A pesar de esto, Heráclito había hecho la profunda observación de que uno nunca podría bañarse en el mismo río dos veces, porque no sería el mismo río y uno no sería la misma persona. El Leteo, entonces, equiparaba el olvido con el renacimiento. La continuidad del alma estaba inextricablemente ligada a la persistencia de los recuerdos. Cuando los recuerdos se perdían, nacía una nueva alma. El Leteo era olvido, era muerte, era cambio.

—Supongamos que esta es otra forma de proceder. —Peter hojeaba su cuaderno, pensando en voz alta—. Por los tribunales, quiero decir. Jesse Hagen tenía estas teorías... bueno, no sé si lees a Hagen, yo saqué la única copia. Pero podríamos avanzar mucho más rápido si viajáramos por agua. El Leteo debe pasar por todos los tribunales, así que teóricamente... —Peter se tamborileó la barbilla con los dedos—. Pero no tenemos con qué construir una balsa.

Alice había considerado el mismo problema. Subirse a un barco. Cruzar el océano; ya fuera a cortes sucesivas o incluso a la Tierra del Rey Yama, al otro lado del camino.

Sí, Alice había encontrado una nota a pie de página que citaba la teoría de Hagen. Pero

¿de dónde sacarían un barco? Ya era bastante difícil llevar el alma mortal al Infierno.

Los pentagramas solo tenían una extensión limitada. Nadie había llevado nunca más que un poco de equipaje, y mucho menos un vehículo. Y el barco tendría que ser hermético, impermeable; no podían arriesgarse a que ni una sola gota les cayera sobre la piel. Sobre este tema, la literatura era muy clara. Las aguas del Leteo devoraban la memoria. Incluso pasar los dedos por su superficie podía despojarte de verdades que habías conocido toda tu vida.

Alice había ideado algunas ideas a medio hacer para formar una balsa con las provisiones de su saco. Quizás inflaría la manta e intentaría encantarla para que aguantara el peso de dos y formara además una barrera protectora. Pero esas aguas parecían imposibles de manipular con magia. Esos remolinos parecían *hambrientos* .

Exudaban una gravedad feroz. Eran espacio negativo, imanes irresistibles, agujeros negros de pensamiento. «Pruébame», parecía decir el río. «Me comeré tu tiza».

Su brazo se contrajo de repente. Tiró de su manga hacia abajo. Una vieja herida.

Peter decía algo más, pero su mente vagaba, perdida en el río. Simplemente no podía dejar de mirar esa superficie cambiante y arremolinada. Sentía la absurda necesidad de darse un baño, y era el mismo tipo de pensamiento que la invadía cada vez que se encontraba en cualquier lugar alto. ¿Y si salía por esa ventana? ¿Y si se caía por el borde? Las aguas parecían tan frescas, tan relajantes, y se imaginó cayendo a través de esa superficie cristalina sin siquiera una onda.

Una mancha borroneó su visión. Alice parpadeó, y al abrir los ojos vio a una mujer de pie junto a la orilla, anciana y encorvada, con jarras de terracota ordenadamente colocadas en una mesa junto a ella. "¡Murdoch!"

"¿Qué?"

“¿No la ves?”

"¿OMS?"

—La mujer —señaló Alicia—. La mujer de la orilla.

La voz de Peter vaciló. "No..."

¿Por qué no podía ver? Esto no era una alucinación. Alice estaba segura. Conocía a esta deidad. La había visto surgir a lo largo de siglos de textos. La anciana Meng Po, guardiana del río, madre de la memoria. Su tarea era destilar esas aguas violentas en un fragante licor de hierbas. Cuando las almas cruzaban al otro lado, era el vino de la dama lo que bebían; dulce y refrescante, alivio eterno. El olvido del renacimiento, no de la obliteración. La dama sostuvo la mirada de Alice, y su boca se estiró en una lenta y arrugada sonrisa. No había malicia en esa sonrisa; solo una simple e inocente bondad.

Bebe , dijo; y aunque ningún sonido llegó a través de las olas, Alice entendió perfectamente lo que quería decir. *Bebe, y queda en paz, y vete.*

¡Oh, qué maravilloso sería eso! Alice había pensado que rescatar al Profesor Grimes del Infierno era la solución a sus problemas, pero ¿para qué esforzarse tanto? Casi rió.

Aquí estaba la verdadera respuesta: lavar la escoria de su mente y salir del otro lado limpia como el rocío; una niña llorona lista para comenzar de nuevo. Los recuerdos se precipitaron a la parte frontal de su cráneo, calientes y asfixiantes, y todo lo que podía pensar entonces era lo agradable que sería descargarlos a las profundidades; que se arremolinaran y luego se diseminaran para siempre. Estaba tan cansada del contenido de su mente. Sus pensamientos eran tan fuertes; *golpeaban* su cráneo, nunca paraban, era

demasiado. Hacía mucho tiempo que había sido demasiado. Todos le tenían tanto miedo al Leteo —mantente alejado, decían; mantente seco—, pero ¿por qué no entendían que era misericordia? Todas las historias estaban equivocadas: ningún canto de sirena era tan atractivo como el mar mismo y la oscuridad silenciosa más allá de la orilla.

Pedro dijo bruscamente: “Ley”.

Miró hacia abajo y vio que había cruzado la mitad del río. Peter estaba a unos metros de distancia, en la orilla. Qué extraño. No recordaba haber movido los pies. "¿Cómo...?"

Peter saludó con la mano, como quien saluda a un perro que se porta mal. "¿Por qué no vuelves aquí arriba?".

Alicia parpadeó mirando el río. «Qué extraño». Pero no podía moverse.

Peter volvió a saludar, esta vez con más urgencia. «Vamos, Law. Por favor».

—No. —La voz de otra persona salió de ella; un tono musical, indiferente. A Alice le gustó; le gustaba que hablaran por ella. El río decidió por ella—. Creo que voy a nadar.

El río rugió más fuerte, ahogando todo lo que Peter dijo a continuación.

A Alice no le importó. Sentía cómo su mente se desinflaba, como un

globo pinchado, liberada por fin de toda esa terrible presión. La imagen de aguas impetuosas precipitándose por cada grieta, limpiando los escombros, suavizando los contornos de su mente, hasta que toda la podredumbre carcomida desapareció y solo dejó huesos lisos, transparentes como los de un bebé. Sintió de nuevo ese desprendimiento, que debería haberla aterrorizado; alargó la mano hacia la escalera, pero no estaba allí, el ímpetu era demasiado fuerte. Pero esta vez no tenía miedo. La caída fue algo bueno; la caída no fue más profunda, sino hacia el vacío. El bautismo la había alcanzado. *Sí* , pensó: *sí, sí, casi llegamos.*

De repente, Peter estaba a su lado. Le agarró el brazo con tanta fuerza que le dolió.

“Ay”, dijo ella.

“Law, mírame.”

"Déjame ir."

Las manos se le apretaban contra las sienes, apartándola del río y fijándola en el rostro de Peter. Hacía tanto tiempo que no miraba esos ojos de cerca. *¡Qué pestañas tan largas tiene* !, pensó, *milagrosamente largas para un niño; qué rostro tan bonito, además. Qué lástima que me haga pensar en risas crueles, portazos...*

—Respira —dijo Peter—. Solo respira.

No seas condescendiente, quiso decir Alice, pero por instinto obedeció, y el silbido en sus pulmones atenuó el rugido del río, solo un poquito. Volvió a sentir los límites de su mente. Surcos cansados del ser.

-¿Cómo te llamas? -preguntó Peter.

¡Sabía la respuesta! Sí, su catecismo; lo había practicado, era fácil. Todo salió de golpe. La escalera reapareció y subió. «Soy Alice Law, soy estudiante de posgrado en Cambridge. Estudio magia analítica...»

—Muy bien —dijo Peter—. ¿Puedes seguirme?

Alicia no estaba segura; había olvidado cómo hacer que sus extremidades respondieran a su orden.

—Mírame —dijo Peter—. Agárrate a mí. Ahí lo tienes.

Paso a paso, volvieron a subir la orilla. Las piernas de Alice se movían

como plomo.

Parecía desmesuradamente difícil poner un pie delante del otro.

"Ya casi estás", dijo Peter. "Estás muy cerca. Solo te queda terminar".

Hablaba como en un sueño, medio inconsciente de las palabras que salían de su boca. «A veces siento que es tan difícil estar consciente».

“Lo sé”, dijo Peter.

Qué pies tan pesados. Como si arrastrara piedras. «Y creo que cualquier cosa sería más fácil. Cualquier cosa».

—Hay tiempo para eso. —Peter la agarró del codo; firme, pero con suavidad. Su voz era suave—. Siempre estará esperando, Law. Pero tenemos cosas que hacer.

SIGUIERON CAMINANDO CON DIFICULTAD, SIGUIENDO EL SENDERO junto al río. Peter iba delante y Alice lo seguía en silencio, sintiéndose avergonzada. El atractivo del Leteo había disminuido ahora que se habían alejado de la orilla, y Alice deseó no haber armado tanto alboroto. Ya no estaba segura de si había visto a Lady Meng Po después de todo. En realidad, fue un vistazo fugaz. Quizás solo estaba recordando una pintura, o incluso una descripción precisa convertida en imaginación. Su memoria a veces hacía eso; confundía recuerdos con realidad, su imaginación era demasiado vívida, no podía evitarlo. Pero Peter, cortésmente, no hizo ningún comentario, y Alice no se defendió, y poco a poco se hundieron en un trance lento y sin pensamientos. Alice se palpó el cráneo y descubrió, para su alivio, que el chapoteo se había calmado, la prisa se había desvanecido. El catecismo había funcionado, y había recuperado el control de sus pensamientos.

—Oye —dijo Peter haciendo una pausa—. ¿No llevamos un buen rato caminando?

Alice no se había fijado en la hora. "¿Sí?"

—No se veían tan lejos —dijo Peter—. La biblioteca y el edificio de al lado. Pero mira, ¿ese edificio te parece más cercano?

Alice evocó la imagen de su memoria. Tenía razón. Antes de las puertas, el campus parecía tan agrupado como cualquier campus típico, con todos sus edificios a no más de cinco minutos a pie. Pero la Segunda Corte, Deseo, seguía tan lejos como cuando empezaron a

caminar. Alice creyó distinguirlo con más detalle ahora: era un edificio de dos plantas con azulejos ornamentados en la fachada y los laterales, y dos leones de bronce haciendo guardia en la entrada. Pero no había crecido más.

—Lo sabía —dijo Peter—. Estamos en un espacio hiperbólico.

—Pero eso es al revés. —Alicia no recordaba mucho de geometría, pero sí recordaba esto—. Con curvatura negativa, los objetos deberían estar más cerca de lo que parecen.

Como con un espejo convexo. La luz se extiende hacia afuera. Así que deberíamos *estar* allí...

No, no. Lo que vimos desde la pared fue una agrupación en el infinito. ¿Nunca has visto el modelo del disco de Poincaré? Es como caminar sobre coral. Aquí abajo, en este plano, las cosas podrían estar a kilómetros de distancia, y aun así parecerían un campus normal desde otro plano.

Alicia no sabía qué era el modelo del disco de Poincaré y no quería saberlo. "¿Y qué implica eso?"

“Lo que esto implica es que debemos ir a la cima”, dijo Peter.

“No es tu mítico pico otra vez.”

—Ahora tenemos una idea de dónde está, porque hemos visto los límites exteriores.

—Peter señaló el Leteo—. Así que sabemos que debemos alejarnos *del* río, y eso nos llevará hacia él...

¡Si es que ese punto existe! Si no, simplemente vagamos hacia el infinito.

—Pero supongamos que sí. ¡Nos ahorraría muchísimo tiempo!

—El objetivo no es ahorrar tiempo, Murdoch. El objetivo es *encontrarlo* . No podemos simplemente hacer suposiciones sobre sus pecados...

—¿Por qué no? —Peter alzó las manos—. Crees que es demasiado bueno para pecados insignificantes. Y tampoco creerás que haya hecho algo realmente malo. ¿Y

qué, Law? ¿Qué quiere decir Ricitos de Oro con la maldad aceptable

para el querido Grimes? ¿Dónde crees que ha acabado?

Alice sintió que la atacaban, y sin motivo alguno. "No lo sé", dijo, y detestó lo débil que era su voz. La pregunta la asustó. No quería abrir esas compuertas. Detrás yacía una maraña de confusión y culpa que sabía que no podía desentrañar. Los recuerdos se tensaban, siempre amenazando con estallar, pero había hecho muy bien en mantener esas compuertas cerradas, en redirigir sus pensamientos, en encontrar sus tablas. Mejor guardarlo todo bajo llave. Mejor tratar todo el asunto como un mero experimento y proceder metódicamente. Todos los resultados eran posibles. Sin sesgos. "No hay forma de que podamos saberlo. Y por eso tenemos que buscar en orden".

Peter debió haber notado su encogimiento, pues su expresión se suavizó. "Lo entiendo, solo... solo tengo miedo de que caminemos para siempre".

—Las Sombras deben moverse —razonó Alicia.

“Sí, pero tienen una eternidad para recorrerlo, así que eso no importa”.

“Pero no hemos visto ninguno en el camino”.

"¿Entonces?"

—Si la siguiente cancha está lejos, deberíamos verlos —razonó Alice —. Si es más corta, entonces ya están dentro. No hemos visto a nadie, así que es más probable que ya estén dentro.

Peter lo consideró. «Es válido».

"Gracias."

“¿Entonces simplemente seguimos caminando?”

—No veo mejor opción —dijo Alicia—. ¿Y tú?

Así que volvieron a ponerse en fila, caminando con dificultad hacia un edificio que probablemente —aunque no con certeza— estaba creciendo.

De alguna manera, este paseo interminable no era desagradable. Alice agradeció bastante el respiro. Podrían haber sido una pareja victoriana, viajando a la playa para tomar aire fresco. El soplo y la calma del Leteo eran mucho mejores que el zumbido quejumbroso del

Orgullo, y si cerraba los ojos, Alice podía imaginar ese soplo barriendo los recuerdos, arrasándolos, dejando atrás una pizarra limpia y pura. Sabía que no era así. Aun así, se sentía mucho más tranquila que en mucho tiempo; su cabeza vacía de pensamientos; su mente felizmente tranquila. Sintió que podía respirar.

Alrededor del mediodía y media escuchó el clic.

Más tarde llegaría a temer el ruido. Esta advertencia que comenzaba siempre como un débil susurro, tan débil que creías o esperabas haberlo imaginado, pero se intensificaba hasta que era imposible ignorarlo. Más tarde aprendería que el susurro siempre se convertía en un chasquido, hasta que los sonidos eran tan dispares que el oído discernía que no era un solo sonido, sino una docena de chasquidos constantes a la vez, con un eco tan grande que era imposible distinguir de dónde provenían, y que para cuando se distinguían cada uno —el crujido de las vértebras, el roce de las tibias y los peronés contra las articulaciones— era demasiado tarde.

"¿Oyes eso?" Alice se detuvo.

"¿Escuchar qué?"

Es como un chasquido. O un clic. Escucha.

—Quizás sea el río —dijo Peter—. Hay un montón de cosas revolviéndose ahí.

“Bueno, tal vez. . .”

Alice no podía quitarse de la cabeza la sensación de que algo andaba mal. De vez en cuando creía oír algo a sus espaldas. Unos pasos, un roce de arena. Sin embargo, cada vez que se giraba, no veía nada. Solo sentía un hormigueo en el cuello, convencido de que algo la acechaba.

“¿Ves algo?” preguntó Peter después de la tercera vez que hizo esto.

—Me encantaría —dijo Alicia—. Si no, me volvería *loca* ... ¡Oh! — Señaló hacia la orilla—. *Mira* ...

Por la colina llegó una procesión de tres animalitos. Cosas deformes y retorcidas, con cuencas vacías que de alguna manera resultaban más expresivas que los ojos que deberían haber albergado. Chasqueando y chasqueando, se movían por la arena, meneando la cola y olfateando. Podrían haber sido perros, zorros o lobos; era imposible saberlo.

Al principio, Alicia pensó que solo eran criaturas desnutridas: pobres criaturas que vagaban por el túnel equivocado y ahora estaban atrapadas en el Infierno. Esto sucedía a veces, decía la literatura. Todas las fronteras eran porosas. Los gatos las cruzaban a propósito, otras criaturas por accidente, y luego se perdían, y luego morían. Pero a medida que se acercaban, vio que no había músculos en esas criaturas, ninguna lámina de piel estirada. No había ojos, solo cuencas huecas. No había carne, solo hueso blanco y limpio, brillante como el alabastro, unido por una fuerza invisible.

—Increíble —susurró Peter—. ¿Sabes qué son?

—No, ¿y tú?

—He leído sobre Cerbero. —Peter no parecía tan asustado como ella —. Y los guardias budistas, a veces, pueden adoptar la forma de perros. Pero *los huesos* ... No sé.

Son bastante monos, ¿no crees?

—Es tiza —exclamó Alicia—. Mira sus articulaciones.

Esos huesos estaban, en efecto, unidos por tiza brillante y polvorienta. Algo o alguien había cosido a estas criaturas óseas mediante técnicas mágicas demasiado difíciles de comprender: primero, porque inscribir pentagramas en seres vivos en lugar de una superficie plana aún se consideraba imposible, y segundo, porque quien los

inscribía, quienquiera que fuera, ni siquiera estaba presente. Ningún mago vivo podría inducir tales efectos fuera de un pentagrama.

Las criaturas estaban muy cerca ahora. La más grande se adelantó sigilosamente, dejando atrás a sus compañeras, con la cabeza ladeada, como si sintiera curiosidad. No había carne en la nariz sobre sus fauces esqueléticas, pero la parte frontal de su cráneo se movía a derecha e izquierda como si olfateara. Peter tenía razón. Era extrañamente adorable.

Peter dio un paso adelante. "¿Crees que son amigables?"

—No… —comenzó Alice, pero Peter ya estaba arrodillado, extendiendo una mano hacia el líder.

Hola. Buen chico...

La cabeza del ser óseo se desprendió. Peter gritó y saltó hacia atrás,

justo cuando el ser se abalanzaba sobre su cara. Peter levantó el brazo para defenderse, y las fauces del ser se cerraron sobre su muñeca. No, solo su manga, gracias a Dios. Peter agitó el brazo dos veces en el aire y finalmente lo arrojó lejos. Aterrizó de espaldas, a centímetros del agua. Por un instante, sus extremidades se agitaron como patas de cucaracha, luego rodó, se puso de pie y corrió cuesta arriba para unirse a sus camaradas.

Una teoría se formó en la cabeza de Alice. «No les gusta el agua». Se arrastró hasta la orilla, desplazándose de lado para no darles la espalda a las criaturas. «Murdoch, vamos...»

Retrocedió hasta su lado. Los seres óseos no los siguieron. Su presentimiento era cierto: el agua del Leteo devoraba la memoria, y la tiza trabajaba evocando la memoria, los ecos de millones de años de vida. De hecho, cuanto más se acercaban al agua, más se alejaban los seres óseos. Se agacharon, con los hombros encorvados por la agitación, como coyotes debatiendo si abalanzarse. Pero no se acercaron ni un centímetro.

—Atrás. —Alice hizo un gesto de ahuyentarla con ambas manos, de esos que se usan para ahuyentar a las gaviotas insistentes—. Atrás, *atrás* ...

Las criaturas de hueso la ignoraron. Aun así, una barrera invisible parecía separarlas del agua. No podían acercarse a menos de diez metros del Leteo, y de hecho, cuanto más se acercaba Alice a la orilla, más se inquietaban. Se frotaban las patas contra la arena, sacudiendo la cabeza con angustia. Alice casi esperaba que empezaran a ladrar.

“Cuidado”, advirtió Peter.

Alice miró por encima del hombro. Su talón izquierdo había rozado el agua. Sintió una oleada de vértigo. Peter extendió el brazo y ella se aferró a él, apoyándose en él para mantener el equilibrio.

Por fin, los seres óseos se cansaron. Con un último chasquido de mandíbulas, dieron media vuelta y regresaron a las dunas.

“¿Estás bien?” le preguntó Peter.

—Bien. ¿Y tú?

—Sí, solo un pequeño rasguño, ¡Dios mío! —Se examinó la manga. Estaba completamente rasgada, hasta el codo. Varias manchas rojas y punzantes le recorrían el antebrazo. Los dientes de la criatura ósea

eran afilados. Alice se estremeció al imaginar qué habría pasado si sus dientes se hubieran hundido cinco centímetros más—. *Mal* chico.

Alicia entrecerró los ojos, siguiendo a las criaturas duna abajo hasta donde pudo. En segundos, se habían ocultado en el horizonte.

Ningún relato de viajero mencionaba criaturas de hueso y tiza. Nada en el registro se acercaba.

Su tranquilidad se desmoronó. La playa ya no era un refugio fantástico y apacible, sino un plano inquieto y sobreexpuesto. La visión de la tiza significaba la presencia de otro mago. Uno de un talento asombroso, capaz de técnicas que ni siquiera el profesor Grimes se había atrevido a intentar. La tiza significaba un creador, otra mente aguda y racional cuyos motivos eran desconocidos, salvo por una cosa.

Él estaba mirando.

En tiza

En todos los mitos y tradiciones se asume que los magos usan diversos instrumentos especiales: cetros, bastones, calderos y varitas. Pero quienes dominan las ciencias saben que un mago de verdad solo necesita una herramienta: una simple tiza.

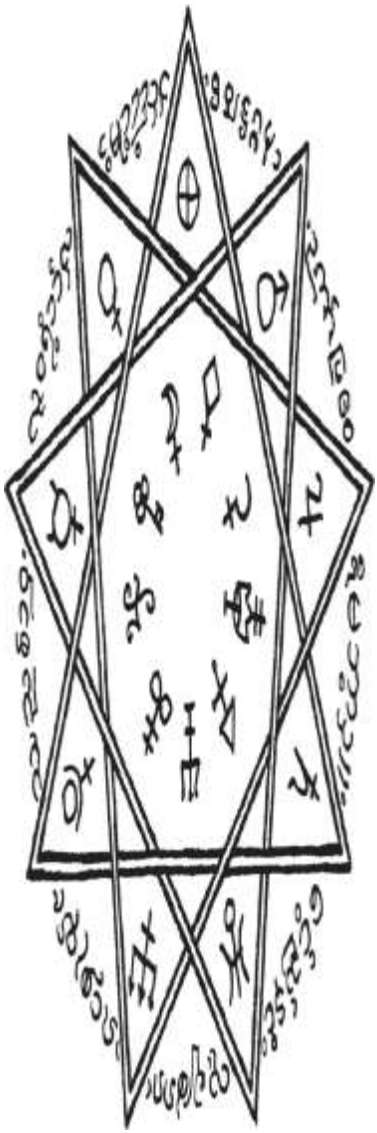
La tiza es la base de toda magia analítica. Fácil de escribir, fácil de corregir. Está hecha de piedra caliza, formada a su vez por diminutos fragmentos comprimidos de antiguas criaturas marinas que murieron hace millones de años, y por lo tanto posee la curiosa y aún misteriosa cualidad de manifestar enunciados mágicos. La tiza es, como escribió el mago-filósofo Aldous Huxley, un vínculo con el abismo del pasado remoto, el producto natural de las fuerzas que originalmente poseía la sustancia del universo. Algunas evidencias indican que el Gigante de Cerne Abbas, un enorme dibujo en tiza de un hombre desnudo sosteniendo un garrote, es evidencia prehistórica de una vasta y aterradora obra de magia. (Aunque, a falta de una paradoja reconocible, cualquier evidencia de su propósito se ha perdido en la historia, y probablemente para bien).

La eficacia de la tiza depende de dónde se extraiga. En Inglaterra, el estándar de confianza para la tiza mágica es la marca Barkles, extraída de pozos de deneholes cuidadosamente vigilados a lo largo del Támesis. La tiza más cara, utilizada solo en demostraciones públicas muy importantes, defensas de tesis y similares, es la Shropley's Premium, producida por la compañía Shropley's a partir de depósitos en Grime's Graves, Norfolk.

Shropley's también ofrece una línea de tiza más asequible, extraída en Hangman's Wood, la Shropley's Standard, que tiene un característico tono amarillento. La mayoría de los magos ingleses son leales a Barkles o a la Shropley's Standard, y los debates sobre cuál es superior han arruinado amistades.

Sea cual sea tu preferencia, lo que distingue a la tiza común de la tiza mágica es que esta última escribe en casi cualquier superficie. Los magos no siempre disfrutan de las condiciones ideales de las pizarras en sus laboratorios. Para lograr efectos prácticos, deben poder dibujar pentagramas en todo tipo de condiciones: sobre concreto, colinas cubiertas de hierba, tableros de plástico, pisos de madera y adoquines. La tiza mágica se desliza a la perfección sobre cualquier textura, sin importar cuán húmeda o seca esté, desmenuzable o resbaladiza esté. La tiza Shropley de la más alta calidad puede incluso activarse con éxito en la arena.

Quizás por eso, en toda su investigación, Alice y Peter pasaron por alto un detalle crucial: en ningún registro, mítico o académico, ha habido evidencia alguna de trabajo con tiza en el Infierno.



Capítulo ocho

Acamparon demasiado cansados para seguir caminando. Alice miró la hora: la una de la mañana, mucho más tarde de lo que deberían haber dormido, pero ambos habían seguido adelante en ese último tramo de su caminata, forzando a sus pies entumecidos a avanzar por la orilla.

Ambos estaban desconcertados por las criaturas de hueso. Alice no podía quitarse de la garganta el miedo que los recorría, la certeza de que los observaban, y la única solución parecía ser poner la mayor distancia posible entre ellos y las criaturas de hueso. Esto, a pesar de la supuesta infinitud y la topología poco fiable del Infierno. A pesar de que, a pesar de todos sus esfuerzos, quienquiera o lo que fuera, aún podría aparecer ante ellos en un abrir y cerrar de ojos.

Alice se sentó, masticó una barra de pan Lembas e intentó contener la desesperación.

Por suerte, el posgrado la había preparado para esto, para lidiar constantemente con la desesperación. Todo se desmoronaba constantemente; nada salía bien en el laboratorio; no podías permitirte comprar comida, tu casa tenía un problema de ratas, todos tus profesores te odiaban, siempre estabas a un paso de tirar el trabajo de toda tu vida por el inodoro. Lo apartabas de tu mente, te ibas a dormir y lo posponías para mañana, cuando tu cerebro volviera a funcionar lo suficientemente bien como para fingir.

Peter siseó mientras sacaba una tira de gasa de su brazo.

“¿Cómo se ve?” preguntó ella.

—No está infectada, creo. —Sostuvo la muñeca sobre el fuego, examinando la herida—. A estas alturas ya lo notarás, ¿verdad?

¿Quieres más antiséptico? ¿Por si acaso?

—Sí, de acuerdo. —Le pasó su frasco de viaje de merbromina. Él se puso una gota en el brazo y luego extendió la muñeca para que ella pudiera envolverla con una gasa—.

Gracias.

Se recostó contra su mochila y cerró los ojos. "Por supuesto."

—Oye, probemos algo. —Peter sacó una caja de tizas de su mochila—. Me pregunto si podríamos acelerar el proceso.

De mala gana, Alice levantó la cabeza. "¿Qué quieres decir?"

—Bueno, ¿qué es lo peor que has visto hacer al profesor Grimes?

“Ya hemos tenido esta conversación.”

"No digo que debamos encontrar el punto final", dijo Peter. "Solo digo

que quizá haya otro atajo por las canchas. Supongamos que tenemos una buena idea de dónde está. Supongamos esto... ¿ha hecho algo peor que la avaricia, no?" Peter dibujó un pequeño círculo envidiablemente perfecto a sus pies. Estos se llamaban círculos de prueba: pentagramas dibujados en miniatura para comprobaciones de seguridad antes de entrar en el círculo real. Eran la mejor práctica para hechizos que implicaban algún movimiento o alteración corporal. Ponías la mano en el círculo de prueba, y si no perdías los dedos, podías arriesgarte a meterte todo tu ser. "¿Peor que la ira?"

Alice pensó en salivazos, en tazas estrelladas contra suelos de baldosas. Casos raros, pero nítidos en su memoria. El profesor Grimes nunca tuvo paciencia con la estupidez.

«Probablemente, sí».

—Entonces deberíamos pasar directamente a la crueldad, ¿no? —Peter garabateó rápidamente una serie de algoritmos alrededor del círculo. Parecía implicar muchas matemáticas. Alice entendía más geometría que griego, y eso le dolía la cabeza. Peter dejó la tiza. —¿Qué opinas, Law?

—Espera —dijo—. Retrocede. ¿Cómo funciona tu atajo?

Sacó su cuaderno de la mochila, lo abrió por la mitad y se lo lanzó. Ella le echó un vistazo y al instante su mente se apagó, como siempre le ocurría ante tantos números.

«Tienes que explicármelo como si tuviera cinco años».

“El Cuerno de Gabriel”, dijo alegremente. “También llamado Trompeta de Torricelli.

Es una paradoja matemática que encierra un volumen finito dentro de una superficie infinita. El plano del Infierno es esa superficie infinita, y al configurarnos como el volumen dentro del cuerno, podríamos crear un atajo finito…”

“Perdón, ¿qué?”

—Es un poco complicado —admitió—. ¿Sabes cálculo?

Lo había cursado en la universidad; apenas lo recordaba. Esa era una de las ventajas de especializarse en lingüística: escapar de las matemáticas puras. «Solo lo básico».

—Entonces recuerdas las curvas, ¿verdad?

“Hagamos como si lo hiciera”.

Básicamente, giras una rama de una hipérbola alrededor de su asíntota. Eso te da una forma que se parece un poco a una trompeta. ¡De ahí el nombre! Muy acertado,

¿verdad? Alice estaba demasiado confundida para reír. Peter pareció decepcionado, pero continuó: «Ahora puedes calcular el área de la superficie con estas ecuaciones aquí» —tocó las ecuaciones pertinentes en el pentagrama— «y también el volumen aquí» —lo tocó de nuevo —. «El área de la superficie es infinitamente grande, ¡como el infierno! Pero el volumen, milagrosamente, está acotado. Algunos lo llaman la Paradoja del Pintor, porque teóricamente puedes llenar toda esta área acotada con una cantidad ilimitada de pintura».

Parpadeó al ver la página. "Esa es solo tu pseudoesfera retorcida otra vez".

“ *Parece* la pseudoesfera retorcida”, dijo Peter. “Matemáticamente es muy diferente.

Tienes razón en que ambos se basan en ciertas suposiciones sobre el espacio hiperbólico. Pero este hechizo no asume que el Infierno sea hiperbólico. Más bien, produce un sólido hiperbólico dentro del círculo”.

Alice nunca podía decidir cómo se sentía cuando Peter le explicaba las cosas. Por un lado, era muy condescendiente, su postura, como si fuera su tutor. Por otro lado, *era* muy bueno en matemáticas, y ella realmente no sabía de esas cosas, y la competencia siempre era atractiva.

“Murdoch, esto no tiene sentido”.

¡Es una paradoja, Law! Es un poco abstracto, lo sé. Pero creo que si logro establecer las equivalencias correctas, podríamos delimitar el espacio infinito del Infierno en algo así como... un atajo. Un agujero de gusano, algo así. Mira: voy a hacer un atajo diez metros a tu izquierda, solo para demostrarte. Verás mi mano asomar por la arena. No te alarmes. —Cantó su conjuro: dos minutos continuos de geometría y cálculo incomprensibles, y luego movió los dedos sobre el círculo—. Voilá.

No pasó nada.

Alicia miró al suelo. Todo el limo dentro del pentagrama le parecía igual. "¿Y bien?"

—Ajá —Peter frunció el ceño al ver sus inscripciones—. Qué gracioso.

"¿Qué ocurre?"

—No se pega. —Tocó la tierra—. La tierra… casi se la traga.

Alice deslizó los dedos por la arena. Era cierto que la tiza se agarraba mejor a superficies más firmes, pero las buenas marcas dejaban líneas suaves y sólidas sin importar la superficie. Y estas partículas de tierra no parecían nada especial. Tal vez eran más oscuras, más vidriosas, más finas y limosas que las partículas de arena que se pueden encontrar en una playa. En primaria, había hecho experimentos de ciencias con maicena: se mantenía sólida en la mano si la apretabas, pero se derretía si la soltabas. El limo se sentía así. Sólido al tacto, hasta que desviabas la mirada. Incómodo, sin duda.

Aun así, era solo arena: sólida, inmóvil, seca.

"¿Qué grano estás usando?", preguntó. "Tienes que usar arena más blanda".

—Estoy usando 5H. —Peter arañó el pentagrama. Un chorro de obsidiana brotó de sus dedos; no había partículas blancas a la vista—. ¡Mira! No es que no dibuje.

Simplemente… se desvaneció. Como si el cieno lo hubiera absorbido todo.

“¿Alguna vez has probado este hechizo tú mismo?”

“No, es nuevo...”

—Bueno, puede que te hayas perdido algo. —Alice sacó su propia tiza y trazó un círculo junto a sus pies—. Pequeños errores en los márgenes pueden hacer que el pentagrama se borre solo. Es raro, pero ocurre a veces, sobre todo en lingüística. —

Empezó a trazar las premisas de la Paradoja de Sorites. Un simple hechizo básico, algo que todos aprendieron en primer año. Los hechizos de Sorites no tenían grandes efectos, pero nadie había logrado desmentirlos satisfactoriamente, así que siempre funcionaban, al menos un poco.

«Un montón sigue siendo un montón», recitó en griego. «Quita un grano, y el montón sigue siendo...». Su voz se quebró.

Su pentagrama, como el de Pedro, se hundió en el limo.

Nada de superioridad de Barkles sobre Shropley, entonces. "No lo entiendo." Raspó la arena con la pata. No veía ni rastro de blanco. Todo rastro de tiza había desaparecido.

"Eso no debería... nunca ha fallado."

Peter cogió un puñado de limo en la palma de la mano y lo removió con los dedos.

«Me pregunto si será un problema del mismísimo Infierno».

"¿Qué quieres decir?"

—O sea, no entendemos el metabolismo del Infierno. Ni su entropía. —Dejó que el cieno se deslizara entre sus dedos—. Quizás sus flujos de energía estén descontrolados y se esté comiendo la tiza, su energía muerta y viviente, en lugar de contrarrestarla...

—Pero los relatos del peregrino —dijo—. Usaron magia de principio a fin, y estaban bien. Dante, Orfeo...

Sin embargo, no dibujaban pentagramas. Los relatos del mago son todos anteriores a Carne Abbas. Tenían objetos encantados, eso no es lo mismo.

Alice rebuscó en su catálogo mental, buscando un contraejemplo, pero no encontró ninguno. «Pero eso significa...»

“Eso significa que no tenemos magia”.

Alicia consideró las implicaciones de esto y el miedo se congeló en su pecho.

No era que dependiera tanto de la magia para vivir. No era como algunos magos mayores, que usaban la magia tan a menudo para cosas pequeñas como preparar una tetera que no podían funcionar sin ella. Las raciones de tiza de la guerra habían acabado con esa cultura. Los magos de su generación eran minimalistas; su trabajo consistía en desafiar los límites de las leyes conocidas del mundo natural, no en evitar las dificultades. Había empacado para caminar por el Infierno sin ayuda mágica. Tenía agua, comida y provisiones para dos semanas.

Mientras fueran prudentes con su Pan Lembas y no perdieran sus Frascos Perpetuos, recuperarían al Profesor Grimes y volverían arriba antes de morir de hambre.

Aun así. Alice no era particularmente fuerte, rápida ni experta en artes marciales.

Estaba segura de que Peter tampoco. Llevaba cuchillos, sí, pero ¿qué sabía ella de usarlos? No tenían nada que blandir contra las deidades y guardianes del Infierno, ni contra los infinitos demonios que rondaban sus dunas. Nada contra esas criaturas de hueso. Nada contra su creador. La única defensa efectiva que tenían contra el Infierno era su magia, y sin ella, solo eran dos personas comunes y corrientes —dos excursionistas idiotas, en realidad— que se habían aventurado allí abajo por capricho. Y

los archivos no estaban abarrotados de historias de excursionistas idiotas que habían llegado al Infierno y regresado con vida.

Ay, Dios mío, ahora sus pensamientos corrían a mil. Visiones nadaban ante sus ojos.

Historias que había leído, vídeos que había visto. Leones al acecho. Buitres dando vueltas. Cuerpos desplomados en el fondo de barrancos. Bestias ctónicas... ¿eran peores

que osos? Se había vuelto tan experta en contenerse, pero había olvidado que esto estaba en los circuitos seguros y contenidos de Cambridge, donde tenía mil puntos de referencia para reorientar sus pensamientos acelerados. No había tenido en cuenta los nuevos estímulos, el estrés. *Primero van a por el estómago* , oyó decir a David Attenborough. *No por la arteria, no te matan de inmediato; te quieren fresco, intacto; te devorarán despacio, sentirás cada bocado...*

Sentía una opresión en el pecho. Miró a Peter y vio huesos.

—Me siento tan ridículo. —Peter pateó su mochila—. La tiza de Shropley representa como el veinte por ciento del peso de mi mochila.

«No hay oso» , se dijo Alicia. *«Esto no ha pasado. Peter no ha muerto. Sigues aquí».* Forzó un tono ligero en su voz. «Ah, Shropley's es inútil de todas formas».

Agitó una mano con fingido horror. "¡La calumnia de Shropley!"

Shropley se desmorona al tacto. —La tiza... la tiza era un tema fácil.

Concentró sus pensamientos en torno a la tiza—. Barkles tiene integridad.

“Barkles escribe como uñas en una pizarra”.

“¡Al menos escribe!”

Peter resopló. "¿Te enseñó alguna vez Gareth su tiza japonesa?" Gareth era un lógico de quinto año. "La importaba de Yokohama dos veces al mes. Decía que era la tiza más bonita con la que había escrito. Me dejó intentarlo una vez, pero solo me permitió un círculo pequeño, porque había calculado cuánto le duraría cada tiza".

“¿Y cómo fue?”

“Parecía una tiza normal”.

Alicia se rió. Esta historia no era tan graciosa, pero la risa la atrapó por completo; le temblaban los hombros, le dolían las costillas y le costaba respirar. El aire se le escapaba en ráfagas extrañas y sincopadas. Ay, *de verdad que* no podía respirar. Y entonces la risa se convirtió en sollozos y, para su horror, no pudo parar; los gemidos brotaban sin cesar, y entonces lágrimas calientes se derramaron por sus mejillas.

—Oh —dijo Peter—. Oh, no, no... —Una mano se acercó a su rostro como para secarle las lágrimas, pero se detuvo de golpe en el aire y se quedó allí, confundida. La retiró—. No llores.

—Lo siento. —Alice se secó los ojos. Oh, esto era terrible. Derrumbarse delante de Peter Murdoch, precisamente. Ahora sí que pensaría que se había vuelto loca—. Lo siento, no sé por qué...

—Está bien. —Peter le dio una palmadita incómoda en el hombro—. Todo va a estar bien.

Era evidente que no estaba bien. Allí estaban, atrapados en el Infierno, sin saber dónde encontrar al Profesor Grimes y montones y montones de tizas que ni siquiera servían. El Infierno se sentía terriblemente real de repente; ya no era un paisaje onírico de dunas ondulantes y edificios que emergían de la niebla. Era un lugar que podía matarlos. La magnitud de su difícil situación la impactó de golpe. Era la primera vez desde que llegaron al Infierno que percibía un peligro real. Y, sinceramente, cuando lo pensaba —cuando consideraba realmente su maldita mecánica, y no solo su romántica abstracción—, la muerte la asustaba.

"¿Quieres un pañuelo?" ofreció Peter.

Ella lo tomó. "¿Cómo puedes estar tan tranquilo ahora?"

—No lo sé. ¿Por qué estás tan asustado?

“Porque vamos a morir.”

—No vamos a morir. —Peter levantó las piernas hasta el pecho y apoyó la barbilla en los brazos—. Ya lo solucionaremos.

“¿Pero cómo lo *sabes* ?”

Eso nunca lo había entendido: su optimismo, su absoluta serenidad. Todos los que Alice conocía en Cambridge estaban constantemente al borde del colapso. Todos menos Peter, para quien la vida era solo una alondra en el prado. Peter aceptaba las peores noticias con un guiño y un encogimiento de hombros. El profesor Grimes imponía plazos desorbitados, y Peter solo reía. Se preguntaba si esto era consecuencia de haber ganado todas las loterías del mundo. Uno se negaba a pensar que las cosas podían salir mal, porque siempre habían salido bien.

—Mira, intenta verlo así. —Peter hacía girar una tiza entre los dedos. Siempre lo hacía cuando pensaba, recordó Alice, y el gesto familiar le resultaba extrañamente reconfortante—. Cuando estaba decidiendo si ir al Infierno, me pregunté qué tipo de problemas prefería afrontar. Y el problema del Infierno me pareció mucho más fácil. Ni siquiera fue un debate. Supongo que tú también tomaste esa decisión.

—Supongo... supongo. —Alice se sorprendió bastante, la verdad, al oír que la lógica de Peter se parecía tanto a la suya. Aunque él la expresó mucho mejor. Para ella, había sido más bien una cuestión de « *al diablo, nada importa, todo se ha ido al carajo, así que vámonos al infierno»* . Pero, no podía preguntar, ¿qué le había salido tan mal a Peter?

“Cambridge era un círculo vicioso. Sin salida.” La tiza giraba más rápido. “Pero el Infierno… el Infierno tiene infinitas posibilidades. ¿A que es divertido?”

"¿Divertido?"

¡Sí! Estamos al límite del mapa, literalmente. Donde la teoría alcanza sus límites.

Donde el ciclo se agota. —Extendió las manos—. ¡Aquí hay dragones!

Se secó los ojos con la manga. "Esa es una forma bonita de decir que no tenemos ni idea de lo que hacemos".

—De lo contrario, no sería una contribución al campo, ¿verdad? —La empujó con el codo—. Confía en tu cerebro, Law. Confía en el proceso. Somos estudiantes *de Grimes* .

Los mejores del mundo. Estaremos bien.

Sí , pensó Alicia; *sí, puedo hacerlo, puedo creerlo* .

Este era, después de todo, el truco de la magia. Había un grupo de magos analíticos llamados los intuicionistas, que argumentaban lo siguiente: en el fondo, la magia no se trataba de cuántas matemáticas, lógica o lingüística complicadas tuvieras. Más bien, el impulso final para que un hechizo funcionara era simplemente el poder de la creencia.

No se trataba de algoritmos en absoluto, se trataba de autoengaño. Tenías que reunir suficientes pruebas para convencerte de que el mundo podía ser de otra manera, y mientras pudieras engañarte a ti mismo, entonces podrías engañar al mundo. Incluso los no intuicionistas practicaban lo que los intuicionistas pensaban, porque ¿por qué no?

Hacías el trabajo, dibujabas tu hechizo y, al final, cerrabas los ojos y esperabas. En el fondo, la magia era un deseo, una oración y un poco de ficción ancla.

Lo mismo ocurrió con la personalidad, en realidad.

Así era una subjetividad coherente.

Y así fue el coraje de levantarse cada mañana y no planear morir.

No fue tan difícil. Alice era muy experta en esto. Conocía la gimnasia mental que implicaba: armabas la escalera más pequeña que necesitabas para pasar el día y, mientras mantuvieras los escalones en la cabeza, llegarías al siguiente. Así que respiró hondo, cerró los ojos y subió la escalera.

Soy Alice Law. Soy estudiante de posgrado en Cambridge. Estudio magia analítica. Estoy en el infierno. Y todo va de maravilla, de maravilla, de maravilla...

Un borrón cruzó la llama. Peter dio un salto, Alice chilló, pero solo era

Arquímedes, que había reaparecido de dondequiera que se hubiera ido. Parecía asustado, como era debido: el pelo encrespado, los ojos abiertos como platos, las pupilas dilatadas como alfileres. Alice levantó el codo. No necesitó más invitación; se abalanzó sobre sus costillas.

—Y ahora, ¿qué te pasó? —murmuró Alicia, rascándose la cabeza.

Arquímedes presionó su cara contra su costado y se quedó allí, temblando. Algo le había dado en el costado, vio Alice. Sangre seca le corría por el pelaje.

"¿Eran cosas con forma de hueso?", preguntó Peter.

Arquímedes movió su cola, lo cual parecía un sí.

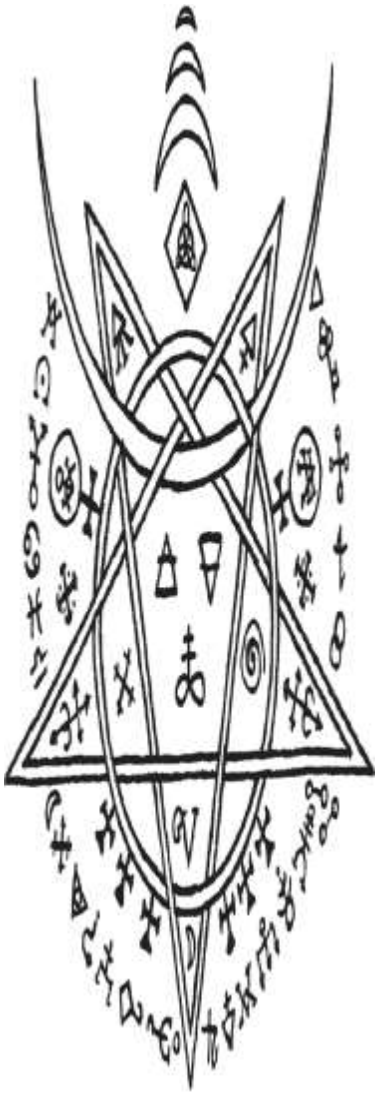
¿Había mencionado alguno de los relatos del viajero esta amenaza acechante? Alicia se devanó los sesos mientras acariciaba el flanco tembloroso de Arquímedes, pero no se le ocurrió ninguna mención de los seres óseos. Orfeo, Dante, Eneas, Luciano, Séneca, San Brandán... sus relatos eran pesimistas, sin duda, pero los peligros que describían eran divinos y evidentes. Huían de Satanás. Se peleaban con los dioses. Pero nadie mencionó al bicho raro, el terror de ser observado por algo que no era obra del Infierno.

Nadie excepto Eliot.

El Me vino a la mente *Tierra Baldía* , el relato más reciente de un viajero. *Tu sombra al amanecer caminando tras de ti* , escribió Eliot. *Tu sombra al atardecer saliendo a tu encuentro* .

Alicia se estremeció al contemplar las dunas.

Te mostraré el miedo en un puñado de polvo.



Capítulo Nueve

Para gran sorpresa de Alicia, Arquímedes seguía con ellos por la mañana. Sospechaba que solo los quería como escudos humanos, pero no podía quejarse. Los gatos tenían muchos talentos, y uno de ellos era encontrar caminos. Una vez que terminaron de desayunar (Arquímedes exigió, y comió, una cantidad alarmante de pan Lembas

mezclado con té), avanzó varios pasos, con la cola alzada, y los miró expectante.

“¿El segundo tribunal?” preguntó Alicia.

Arquímedes parpadeó como diciendo: *¿Dónde más?*

“¿Está muy lejos?”

Arquímedes se giró para mostrarle su trasero.

"¿Estás emocionado?" preguntó Peter mientras recogían el campamento.

"¿Para qué demonios?"

—Pues, la Corte del Deseo. —Movió los dedos—. Lujuria sucia. ¿No quieres conocer a Jezabel? ¿A Betsabé?

Ella resopló. "¿Crees que Desire es solo burdeles?"

—Creo que es un lujo comparado con las dunas, al menos. —Cerró la cremallera de su mochila y se levantó—. ¿Qué crees que te espera?

Alice se echó la mochila al hombro, olió sus axilas e hizo una mueca. «Me conformaría con una ducha caliente».

El deseo planteaba un interesante enigma para los tartarólogos, quienes creían ampliamente que este segundo tribunal era extrañamente más indulgente que los demás. Fue Dante quien postuló que la lujuria, el pecado de los "malhechores carnales", era un pecado menor; un pecado de incontinencia, debilidad de la voluntad, en lugar de malicia activa hacia los demás. Los culpables de lujuria habían sometido la razón al apetito. El círculo de Dante estaba lleno de amantes; benefactores mutuamente indulgentes cuya sucumbencia a sus pasiones no lastimaba a nadie más que a ellos mismos. Por esta razón, muchos tartarólogos argumentaban que el castigo del Deseo, que según la mayoría de las versiones abarcaba tanto la lujuria como la gula, era la

fuente de la adicción misma: a la vez motivación del apetito y causa del daño. Te atrapaba con seducciones; te convertía en la causa de tu propio sufrimiento. Todos los demás tribunales te mantenían atrapado con puertas cerradas, desafíos difíciles y deidades vengativas, pero el Deseo te atrapaba por sí solo.

Los relatos del peregrino respaldaban esta teoría. El explorador cristiano John Bancroft describió el Deseo como una falsa imitación del paraíso, donde el castigo residía en la tentación. Sucumbías, te entregabas y nunca podías irte. *Durante tres días me recosté sobre pechos y muslos, fumando y bebiendo entre los lotófagos* . escribió. *Solo por pura fuerza de voluntad dejé su dulce compañía . ¡Oh, lloraron por mí, esas pobres mujeres, y yo también al despedirnos! Pero comprendieron que había jurado mi divina misión y se convencieron de dejarme ir.* Y luego continuó hablando de los pechos y los muslos sobre los que se había recostado durante varias páginas más.

—No estará ahí —dijo Alice. El profesor Grimes tenía muchos defectos. El exceso de apetito no era uno de ellos; nunca había conocido a un hombre más disciplinado—.

Estaremos perdiendo el tiempo.

“Bueno, todavía tenemos que comprobarlo”.

“Pero supongamos que quedamos atrapados.”

—No lo haremos —dijo Peter alegremente, alejándose con dificultad tras el impaciente Arquímedes—. Tenemos una fortaleza moral extrema.

TODOS LOS ESTUDIANTES QUE ALICE CONOCÍA EN Cambridge se enorgullecían de rechazar sus deseos. Eran los otros departamentos los que tenían adictos al sexo, drogadictos, alcohólicos y amantes de la comida. Pero en el Departamento de Magia Analítica, los placeres sensuales groseros se despreciaban como una distracción de la vida mental. A todos les gustaba fingir que no existían fuera de su investigación, que sus cuerpos terrenales no tenían ningún deseo. Nadie admitía ver la televisión. Nadie se mantenía al día con la cultura pop. Nadie admitía a sus profesores que tenía citas (¡admitir ser una criatura sexual era tan humillante!). Los pocos casados mencionaban a sus esposas e hijos con gran vergüenza, y solo para asegurar a los escépticos que las esposas estaban cuidando a los niños. Nadie admitió siquiera que les gustara el sabor de la comida, lo que quizás explicaba por qué el departamento solo ofrecía pudines de Yorkshire con sabor a arena.

Los únicos pasatiempos aceptables eran aquellos que, de alguna manera, afinaban la mente y el cuerpo para el estudio continuo. El ajedrez era obligatorio. Un poco de senderismo era tolerable. Los maratones eran especialmente elogiados porque demostraban la

disciplina y la concentración mental. Se rumoreaba que la profesora

Helen Murray podía correr durante horas sin escuchar más que óperas que repasaba mentalmente. Sí, se permitía el ocio para la superación personal. Pero el placer por el placer mismo: qué inútil, qué vergonzoso.

El profesor Grimes era el más fanático de su ascetismo. «Aprender es lo más divino que podemos hacer», les decía. Les había dado esta charla en sus primeros años, cuando eran tan insensatos como para pensar que podían dedicar tiempo a cosas como dormir o ver películas. «Los humanos, a diferencia de los animales, nacemos con la facultad de razonar. Esto nos sitúa por encima de las bestias y cerca de Dios. Y, como dice Aristóteles, debemos ser pro-inmortal y esforzarnos al máximo por vivir una vida en armonía con nuestro elemento supremo. La vida de la mente es todo lo que hay.

Cualquier otra cosa es degeneración, es corporal, es inmundicia».

Alice había intentado, de verdad, obedecer su orden. Reducirse a la mínima expresión de su mente. Dejó de ir al cine. Dejó de leer novelas —¡adiós, Henry James!—.

Incluso dejó de cocinar, ya que las despensas del campus eran más baratas y le quitaban todo el placer a la comida. No podía alcanzar la disciplina insólita de Aleco, el posdoctorado que corría tres kilómetros cada mañana hasta el departamento; ni de Chloe, la joven empleada, que se jactaba de comer solo una vez al día a las cinco de la mañana y meditaba si se mareaba. Alice sí logró imitar la costumbre de Harris, el estudiante de quinto año, de ducharse con agua helada todas las mañanas, con la esperanza de que le diera energía para el día, aunque no sabía si su euforia después de la ducha se debía simplemente al alivio al salir. Quedaba la duda de si todo esto era ascetismo para forjar el carácter o simplemente las exigencias de la pobreza, ya que ninguno de los estudiantes de posgrado ganaba ni de lejos un salario digno. Pero a nadie le gustaba hablar de eso.

Hubo una época en la que logró curarse de la mayoría de las necesidades mundanas.

Algunos días desayunaba solo un trozo de pan Lembas con café y luego se absorbía tanto en sus estudios que no pensaba en volver a comer hasta la medianoche. A veces lograba posponer incluso el pan Lembas hasta bien pasado el mediodía. Le gustaba la sensación de ligereza y ausencia que experimentaba cuando tenía el estómago

completamente vacío y solo funcionaba con aire. Entonces sentía una sombra pálida y etérea, una mente que existía sin cuerpo.

Pero el colapso siempre llegaba. Alice siempre se derrumbaba; siempre terminaba tumbada en un estupor en el sofá, viendo sin procesar lo que salía en la televisión del salón de la cabaña. Nunca pudo alcanzar ese dichoso zen intelectual; esa euforia del corredor, la contemplación pacífica. Más a menudo se sentía desamparada; insatisfecha

e insatisfecha, atrapada en un cuerpo que necesitaba. Y hambrienta, tan hambrienta, de un tipo de alimento que ya no podía identificar.

RESULTÓ QUE EL INFIERNO TENÍA MAL tiempo. La tormenta se desató de repente. El cielo se oscureció, el aire se enfrió y se densificó. Se oyó un trueno, y luego el cielo cayó a cántaros.

Malas noticias para Alice y Peter, quienes no habían pensado en empacar impermeables.

"¿No hay manera de evitarlo?", gritó Pedro a Arquímedes por encima del viento.

El gato maulló.

La tormenta se intensificó rápidamente. En minutos estaban empapados. Las ráfagas de viento y lluvia los azotaban con tanta fuerza que tenían que taparse la cara con las manos para respirar. Arquímedes se detuvo y se negó a continuar hasta que Peter lo alzó en brazos y lo arropó con su abrigo. Un pequeño y miserable grupo, avanzaron lentamente. En algún lugar entre los vientos aulladores, Alice creyó oír un llanto, una voz humana, o muchas, pero fácilmente podrían haber sido los propios vientos, que se habían convertido en un grito ensordecedor. No pudo decir cuánto tiempo duraron así.

Perdió la noción del tiempo. La tormenta la despojó de cualquier pensamiento, de cualquier sentido. Ella era solo un núcleo, temblando contra la borrasca, avanzando lentamente.

Sin embargo, esto también le resultaba familiar. Alice había sobrevivido a varios inviernos ingleses, inviernos de radiadores defectuosos, paraguas rotos y tormentas inesperadas que se cernían sobre ti justo cuando creías que el cielo ya no tenía más que dar. Había corrido por todo Cambridge bajo esas tormentas, y sabía que a veces la lucha no era un espacio indefinidamente extendido, sino la simple agonía de ir de un edificio a otro cuando la lluvia azotaba con fuerza. Así que supo encogerse sobre sí misma y avanzar, centímetro a

centímetro, hasta que por fin pasaron bajo el techo de Desire, entre las estatuas de bronce que custodiaban la entrada. No eran leones, vio Alice.

Cerdos. Las puertas se abrieron de par en par. Goteando y temblando, se tambalearon dentro.

El deseo era un centro de estudiantes.

Esto decepcionó enormemente a Alicia, quien, a pesar de sí misma, *esperaba* algo de esas terribles pinturas orientalistas: sofás dorados, uvas colgantes, jabalíes asados con manzanas en la boca y laudistas en taparrabos. O incluso una visión perturbadora de un cuadro de El Bosco: juerguistas desnudos, flores saliendo de anos, cuerpos copulando en conchas de mejillones gigantes. Fresas gigantes, coronas de cerezas. Sobre todo,

quería ver algo de comida. Por supuesto, sería imprudente comer cualquier cosa —

nunca se debía tocar la comida del Infierno—, pero después de esas interminables dunas, incluso una imitación de un festín habría sido bienvenida.

En cambio, el vestíbulo estaba lleno de luces demasiado brillantes, mesas altas y sofás desordenados con sospechosas manchas amarillas. En el centro había una fuente, de la que burbujeaba algo espeso y marrón violáceo. Del techo sonaba una pieza musical sobre un tenue crujido estático: una pieza casi reconocible de Dusty Springfield, algo que podrías escuchar con los ojos cerrados y balancearte antes de la última llamada al pub, demasiado suave para distinguir con claridad la melodía o la letra. En el rincón más alejado había un futbolín, abandonado, aunque cuando Alice miró por encima vio la pequeña bola blanca que seguía dando vueltas, golpeando las patas de madera con fuerza propia. Su mano se movió instintivamente para intentarlo, para ver si podía meter la pelota en la portería.

“Oh, hola”, dijo Peter.

Una Sombra salió arrastrando los pies de la esquina, con una copa dorada en las manos. Parecía dirigirse directamente hacia ellos. Alicia se tensó entonces, repentinamente asustada. Pero se dirigía a la fuente.

“Disculpe”, dijo Alicia.

—Hola —dijo Peter—. Me pregunto si... eh... ¿has visto pasar a alguien nuevo? ¿Un hombre alto de negro?

La Sombra los ignoró a ambos. En silencio, llenó una copa con el agua del arroyo, bebió un buen trago de aquel líquido espeso y oscuro y luego regresó arrastrando los pies al pasillo por donde había entrado. Entró en la primera habitación a la derecha y la puerta se cerró tras ella.

Alice y Peter los siguieron con cautela. Al doblar la esquina se alzaba un pasillo interminable que parecía una residencia de estudiantes, con habitaciones alineadas a ambos lados, uniformes y sin ventanas. Algunas puertas estaban cerradas. Muchas no.

Estaban entreabiertas, y Alice y Peter las miraron una a una mientras pasaban. Un solo Shade ocupaba cada habitación. Uno yacía boca arriba, con las manos metidas en los pantalones. Otro fumaba en pipa en una habitación que emanaba un humo de tabaco tan acre que le provocó un ataque de tos a Alice al pasar apresuradamente. Un tercero estaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas, con los ojos cerrados, bebiendo lentamente de la misma copa dorada que acababan de ver. Nadie levantó la vista

cuando Alice y Peter se asomaron. Nadie parecía consciente de lo que ocurría a su alrededor.

Unas puertas más allá, oyeron un fuerte resoplido. Un Shade estaba sentado encorvado sobre una mesa en un rincón. Sostenía los libros cerca de la nariz y, cada vez que pasaba la página, olfateaba el lomo de arriba abajo, con los ojos en blanco de placer.

—Continúa. —Peter agarró la muñeca de Alice y tiró de ella por el pasillo.

—¿Qué fue eso? —susurró—. ¿Qué estaba *haciendo* ?

“¿Nunca has olido un libro antes?”

“¡Así no!”

—Bueno, es muy bonito —dijo Peter—. Hay algo en la encuadernación. Es como...

pegamento, no sé. Virutas de madera. Ya lo pillo.

Alicia murmuró: "Me lo habría guardado para mí".

Al final del pasillo, había más de lo mismo: Sombras sobre Sombras sentadas libremente en sus celdas, repitiendo actividades rutinarias. Alice observaba cada rostro mientras pasaban, buscando el ceño fruncido del profesor Grimes, pero solo veía miradas vacías, vagamente satisfechas. Después de un rato, se volvió difícil mirar.

Todas esas expresiones uniformes de complacencia. Algunas Sombras parecían estar perdiendo sus contornos, sus rostros manchados y borrosos en los bordes. Algunas Sombras parecían no tener ojos. Otras no tenían definición en la boca, los oídos o las manos; todos sentidos ajenos al impulso, la satisfacción al alcance de la mano. Estaban atrapados en un bucle compulsivo sin fin consigo mismos, repitiendo un movimiento que aparentemente nunca les daba plena satisfacción, o que, por lo demás, era tan delicioso que simplemente lo seguían haciendo, una y otra vez.

Todo el lugar estaba impregnado de un aura de decadencia. El pasillo olía a algo asqueroso y antiséptico a la vez, como a alcohol para frotar rociado sobre la podredumbre, y las luces eran demasiado tenues, crepitando con un zumbido fluorescente. Grietas y manchas de moho cubrían las paredes, hileras de hormigas corrían por las manchas, y todo era tan asqueroso que Alice se angustiaba al pensar que esas Sombras no podían simplemente detenerse, echar un vistazo y huir del lugar. «

Para» , quería gritar, *bajarlo, salir* , pero la mitad de esas Sombras ni siquiera tenían oídos. Si les gritaba, ¿oirían?

Ella y Peter habían permanecido en silencio durante un largo rato. Se sentían cada vez más incómodos, observando con voyeurismo estas adicciones, intentando fingir que nada de lo que veían los estimulaba. Alice se sentía expuesta y desnuda. Sentía que la estaban probando, que la estaban vigilando para ver si alguna de estas tentaciones despertaba en ella intereses similares. *¿Te gustan los pies? ¿Te gustan las muñecas? ¿Te gustan los objetos de madera dura?*

¿Qué deseaba Peter?, se preguntó Alice. Probablemente nada. Peter vino a este mundo con una cuna de oro; Peter nunca había deseado nada. Pero ese era el sentido equivocado de *querer* . El deseo y la necesidad eran muy diferentes, y ella deseaba saber qué ansiaba Peter, qué le hacía temblar las rodillas, porque así al menos sabría si Peter tenía alguna vulnerabilidad. Aquí, sin embargo, la expresión de Peter no cambió.

Mantuvo una expresión seria; solo miró a su alrededor con curiosidad

clínica, ligeramente condescendiente. San Pedro no podía ser tentado.

Los objetos de lujuria seguían creciendo hasta alcanzar proporciones ridículas.

Vieron Sombras haciendo sexo oral a perros, lamiendo pizarras, retorciéndose sobre camas de bragas; Sombras vertiendo vino en un estupor, Sombras estremeciéndose sobre volutas de humo. Una Sombra caminaba de un lado a otro murmurando *Gracias, gracias* mientras máquinas estáticas reproducían cintas de aplausos enlatados. Ya no era ni remotamente divertido; lejos de las tentaciones sensacionales de las pinturas de El Bosco, las vistas en estas celdas eran solo tristes y repugnantes. Gran parte del *cuerpo* estaba en exhibición *:* gemidos entrecortados, bofetadas, lamidas y chapoteos; cuerpos perforados por agujas, cuerpos ahogándose con comida, con vino; solo cuerpos por todas partes, ni siquiera cuerpos completos realmente, sino órganos que alcanzaban; bocas que trabajaban, ojos que lanzaban miradas y manos que agarraban, abandonadas por la razón, perdidas por el apetito.

¿Por qué no podían simplemente irse? Alice no podía entenderlo. Nunca había sido capaz de comprender este deseo físico y asqueroso. Estaba familiarizada con los placeres básicos, sí, pero nunca había sentido un anhelo corporal tan intenso que la abrumara. Le desconcertaba que en todas las historias, los héroes dejaran constantemente que las ciudades se derrumbaran para poder frotar sus partes con alguien más. David perdió su reino por Betsabé, los griegos lo entregaron todo por Helena, y el gran Dr. Fausto, cuando tuvo a Mefistófeles a su disposición, solo quiso usar sus nuevos poderes para seducir a Gretchen. El sexo no era un deseo noble, era una capitulación tan vergonzosa. Había una especie de anhelo genuino, Alice lo sabía, pero en su opinión tenía tan poco que ver con las torpes maquinaciones del cuerpo, con los dientes apretados y la barba incipiente, las manos ásperas y el aliento fétido. Para ella, parecían mundos aparte, pero nunca había descubierto cómo sublimarlo, este

deseo confuso y ardiente; Este deseo de cuerpo entero lo sentía más agudamente cuando miraba— —¡Caramba! —dijo Peter—. Esto no para.

Cada vez era más difícil seguir caminando, seguir mirando hacia dentro; y más difícil respirar; y el zumbido fluorescente, el moho y la humedad eran tantos que finalmente Alice no pudo soportarlo más.

—No está aquí. —Se detuvo—. Salgamos de nuevo y demos una

vuelta.

—Creí que querías revisar todos los tribunales —dijo Peter.

“Bueno, lo hemos comprobado.”

“Solo llevamos aquí una hora…”

—Es suficiente saberlo. No está aquí.

“También dijiste eso del Orgullo.”

—Bueno, es verdad —dijo Alice con un sorbo—. No está aquí; es *mejor* que esto...

"¿Cómo lo sabes?"

—¡Porque todo es tan patético! —Sentía la cabeza extrañamente ligera. No entendía por qué se le oprimía el pecho, por qué le costaba tanto respirar—. Es vil, repugnante; no estará aquí, lo que haya hecho, está por encima de eso...

—No lo creo. —La voz de Peter sonó extrañamente fría—. Creo que hay muchas posibilidades de que esté aquí.

"Eso es ridículo."

“Piensas muy bien de él.”

—No es un *cumplido* . —Alice se cruzó de brazos—. La lujuria es un pecado de incontinencia. Es una debilidad de voluntad. O sea, mira a nuestro alrededor, y fuera lo que fuese Grimes, no era débil de voluntad.

—Jesús. —Ahí estaba de nuevo ese tono frío. La desconcertó; nunca lo había visto así, y no entendía por qué estaba tan enojado—. Cántale alabanzas una vez más, ¿por qué no?

—Solo tengo miedo de perder el tiempo —dijo—. Es lo único que digo. Ya hemos visto suficiente, esto no es propio de él, y estoy harta de pasar por esta estúpida...

Peter levantó una mano. *«Cállate»* , decía, el gesto universal. Alice estaba a punto de expresar su indignación cuando Peter señaló una puerta al final del pasillo. Se oyeron ruidos tenues y apagados desde dentro: ¿gritos? ¿Alaridos? Peter ladeó la cabeza, arqueando las cejas de una forma extrañamente sugerente. Se llevó un dedo a los labios y

se acercó sigilosamente, indicándole a Alice que lo siguiera.

—No. —Alice sintió un miedo instintivo—. Por favor, Peter, no...

—Pero hay algo —exclamó. Aceleró el paso—. Hay *alguien* .

Las voces apagadas se hicieron más fuertes. Peter corrió hacia la puerta y la abrió de golpe.

Tras la puerta había una oficina. Y en la oficina, dos sombras se abrazaban apasionadamente, con los rostros borrosos y confusos; de hecho, todas las facetas de su existencia estaban confusas y olvidadas, salvo sus genitales rojos y brillantes. Ninguno de los dos se fijó en Alice ni en Peter. Uno tenía al otro inclinado sobre el escritorio en una postura que parecía terriblemente incómoda, pero ambos se enfrentaban con frenética desesperación, aullando tan fuerte que el sonido hacía temblar las paredes: "

¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! "

¿Era todo sexo tan vulgar? Alice se quedó paralizada, mirando fijamente cómo el intercambio rítmico se grababa en su memoria —el chapoteo húmedo y descuidado, el latido y latido de órganos agrandados, exagerados, el único rasgo definido de Shades que no recordaba nada más— y luego se superponía a todos los demás recuerdos que había tenido, a cada roce, a cada momento en que se había acercado a otro cuerpo que lo deseaba. Toda necesidad, compulsión, satisfacción; y al final solo eran cuerpos, montículos de carne femenina servidos como cerdo, los dedos extendidos de Marilyn Monroe, Jessica Rabbit, pechos rebotando. Jezabel vestida de gala, asomada a una ventana, y perros royendo su carne. Los DJ reían y los titulares zumbaban. Jodidas conejitas, follando como conejitas, un martillo neumático, una almádena, hierro en carne, la aguja, la tiza y la tinta, dentro y fuera, dentro y fuera, y todo culminó en un agarre, un apretón, un suspiro. Alice intentó su catecismo, intentó retractarse, pero no funcionó, las visiones seguían en espiral, estaba sucediendo de nuevo. Se sentía tan lejos. Su cuerpo no era suyo y se deslizaba hacia atrás, derramándose. Se aferró a la escalera, pero no estaba allí...

Peter dio un paso atrás tan rápido que tropezó con Alice.

—No era él —soltó una risita histérica—. Supongo... pensé...

Ella se tambaleó hacia atrás.

"¿Estás bien?" Extendió la mano para tocarle el brazo, pero ella lo

apartó de un golpe. En ese momento no soportaba su presencia, ninguna presencia. Si alguien se acercaba, gritaba.

Extendió la mano de nuevo. "Estás respirando raro".

Ella corrió junto a él y regresó por el pasillo. Una terrible punzada le revolvió el estómago. Él la siguió por el pasillo. Ella apretó ambas manos contra la primera puerta que encontró y empujó, derramándose de nuevo hacia la tormenta. Entonces el mundo se inclinó, el suelo se acercó y Peter la agarró justo cuando se desplomaba y vomitaba.

“ ¿QUÉ ES LO QUE MÁS DESEAS?” le preguntó una vez el profesor Grimes.

Estaban sentados en un café junto al mar en Venecia, ebrios de victoria y Aperol Spritz, asándose bajo el sol de la tarde. Era su primera tarde en la ciudad; acababan de llegar de una expedición de senderismo de una semana por los depósitos de tiza de la Vena del Gesso con representantes de la Academia Italiana de Magia, y ahora estaban bronceados y agradablemente exhaustos.

El profesor Grimes se estaba desmoronando en acertijos y sofismas, y Alice, aturdida, respondió con ligereza, diciendo lo justo para que el profesor Grimes siguiera hablando. Le encantaba cuando él divagaba, con una profundidad natural, sin un ápice de timidez. Le encantaba ver cómo procesaba el mundo; escuchar sus pensamientos más confusos e incoherentes. Le daba pistas para imitarlo, para modelar su vida y su carrera a la imagen de él. Sabía que era una tontería pensar que podía ocupar un lugar en el mundo como él cuando se presentaban de forma tan distinta. Pero ¿no podía al menos recordarle a la gente quién era su mentor? El linaje académico importaba muchísimo en los círculos adecuados. Y en aquel entonces, lo único que deseaba, con cada fibra de su ser, era que la gente recordara que ella era su eco.

—Nada —dijo Alicia, intentando ser graciosa—. Vivo la vida de una esteta.

—Qué gracioso. Pero ¿qué quieres *,* Law?

—Éxito. —Jugueteó con su vaso—. Quiero un trabajo, un laboratorio propio y varios libros a mi nombre. Quiero tu oficina y mi nombre en la puerta —añadió, con la esperanza de hacerlo reír.

Pero su rostro estaba muy serio. «Esos son subproductos del deseo. ¿Qué quieres *?* »

“Eso *es* lo que quiero.”

—No, no lo es. —Extendió la mano y la agarró por la muñeca; la apretó con una fuerza sorprendente. Ella hizo una mueca, pero no gritó. Estaba más sorprendida que dolida; paralizada como un ciervo ante los faros de un coche, con todos los sentidos puestos en lo que él hiciera a continuación. Con el profesor Grimes, nunca lo sabía.

“Tienes que pensar en lo que te quita el sueño”, dijo. “¿Qué te quema por dentro?

¿Qué impulsa cada una de tus acciones? ¿Qué te da una razón para levantarte por la mañana?”

Estaba delirando por la intensidad de su atención, y ansiaba decir lo correcto. Pero no tenía ni idea de qué era.

“Tiene que ser el trabajo en sí”, dijo. Sus ojos brillaban por la bebida y eran incómodamente intensos. Ella no pudo sostenerle la mirada; tuvo que parpadear y mirar de reojo. “El placer del análisis. Te tiene que encantar analizar las cosas para ver de qué están hechas. Estos viajes y fiestas son bonitos, Law, pero no puedes disfrutarlos demasiado o te distraerán. Tienes que flotar por encima de todo. Debes sentirte impulsado por la verdad, y solo por la verdad. Debe devorarte”.

"Sí", quiso decir. "Así es, así es como me siento".

Pero no era cierto, y no podía expresarlo como tal. No se le ocurría ni una sola pregunta de investigación que la motivara tanto como él esperaba. En ese momento no recordaba por qué su investigación, tediosos proyectos sobre rompecabezas lingüísticos, importaba en absoluto. Y aunque no estuviera borracha de prosecco, jamás habría tenido el vocabulario necesario para desentrañar la compleja oleada de miedo y deseo que la hacía levantarse antes del amanecer y la mantenía hasta tarde en el laboratorio.

A principios de esa semana, había impartido una conferencia ante la Academia Italiana de Magia en Roma: una invitación prestigiosa, una conferencia con nombre propio que se celebraba solo cada tres años, a la que acudían numerosos académicos de todo el mundo. Alice, temblando de orgullo, lo había observado desde la primera fila mientras mantenía absorta a la audiencia más exigente del mundo, mientras las

palabras salían de su boca en párrafos perfectos y articulados, con ideas suspendidas en el aire como faros brillantes. No importaba que

ya las hubiera oído todas antes, que fuera ella quien las hubiera escrito, quien las hubiera organizado en una estructura que tuviera sentido. Parecía que las aprendía por primera vez, que contemplaba su significado. Un mundo de posibilidades se cernía ante ellos, y él era su profeta bajado de las montañas, iluminándolo todo.

Quiero eso , recordó haber pensado. *Lo deseo tanto* , pero ¿qué era *eso* ?

No era la antigua necesidad de buenas notas ni el ansia de validación. Ya no era una niña; había dejado atrás esta patología en la universidad. Pero tampoco era solo la búsqueda de respuestas, ni la simple satisfacción de resolver un rompecabezas. Era una emoción primitiva, una embriagadora comprensión de lo que podía llegar a ser, de los mundos que podía descubrir, y todo estaba inextricablemente ligado a él.

—NO TENEMOS POR QUÉ VOLVER a entrar —dijo Peter mientras Alice se enjuagaba la bilis de la boca.

Volvió a enroscar la tapa de su frasco perpetuo. "Gracias."

—Tienes razón, de todas formas. No creo que esté ahí.

—Lo sé. —Se apoyó contra la pared de hormigón, dejando que la lluvia le bañara la cara. El pan Lembas le dio asco la segunda vez. Sintió como si se hubiera tragado un puñado de polvo de madera. Se le quedó en la garganta como un lodo acre de hormigón, y por mucho que tragara, no podía deshacer el nudo.

Arquímedes hacía girar ochos alrededor de sus piernas, lo cual era la sensación más reconfortante del mundo. Ella se agachó y le rascó detrás de las orejas. Deseó poder acostarse tranquilamente y disolverse en la tormenta.

Peter no preguntó qué había pasado, lo cual fue una suerte. "Demos un paseo, como dijiste".

“Sí, está bien.”

—Creo que pasará pronto, de todas formas. —Peter entrecerró los ojos para protegerse de la tormenta—. Solo tenemos que salir del alcance del edificio. ¿Crees que podrás lograrlo?

Alicia ya estaba caminando.

Esta vez, la tormenta se sintió misericordiosa. Todo parecía

purificador: los vientos aullantes, las cortinas de lluvia, y aunque no pudiera borrar su memoria, sí podía ahogarla por un momento, abrumarla, abrumarla, de modo que no pudiera pensar en nada más que en seguir adelante. Y como caminaban con la cabeza gacha y los ojos cerrados por la lluvia, no vieron la manada hasta que estuvo demasiado cerca.

Movimiento por las dunas; un brillo blanco ondulante. Un instante más, y el blanco se desvaneció en formas diversas. Un montón de cosas con forma de hueso, casi una docena.

Pedro también lo vio. «¡Oh, Dios!»

Arquímedes saltó de los brazos de Peter y salió corriendo hacia las dunas. Parecía una buena idea, así que Alice se giró hacia Deseo. Si tan solo pudieran entrar, podrían cerrar las puertas con pestillo o apoyarse en ellas, pero ya habían llegado demasiado lejos. Los seres óseos se movían a una velocidad espantosa. En segundos, habían reducido a la mitad la distancia que los separaba. Estaban a unos cien metros de distancia.

—¡El agua! —gritó Peter—. ¡Váyanse a...!

Alice lo siguió, rebuscando frenéticamente en su mochila mientras corrían. Sentía que debía hacer *algo* , que no podía quedarse allí parada mientras su destino se cernía sobre ella. Empujó entre montones de tiza *—inútil— ,* su manta *—inútil—* , yodo, libros, todo inútil. Solo tenía sus cuchillos de caza.

"¿Sabes siquiera cómo usarlas?" preguntó Peter.

—No. —Alice le entregó la más larga, con la empuñadura por delante. Las había comprado a última hora en la tienda de segunda mano; solo las había desenvainado una vez—. ¿Te gustaría averiguarlo?

Lo sopesó en sus manos, frunció el ceño y sostuvo la hoja torpemente frente a él, de una manera que no inspiraba confianza.

Los seres óseos se detuvieron en fila. Parecían mucho menos temerosos del Leteo que sus predecesores, pues habían llegado hasta la orilla, apretujando a Alice y Peter entre ellos y las aguas. Esta vez eran más diversos: algunos diminutos como gatitos, algunos del tamaño de lobos, y sus cráneos remendados con todo tipo de animales.

Algunos inclinaban la cabeza de una forma que podría haber sido adorable; si tan solo tuvieran más que nada en las cuencas de sus ojos,

si tan solo sus extremidades no

estuvieran mágicamente mejoradas con garras y colmillos de otras especies cosidos en cada articulación.

Alice se agachó, pues había leído en una novela de artes marciales que esto ayudaba en una pelea. Doblar las rodillas, bajar el centro de gravedad, ese tipo de cosas. Se sintió estúpida.

—Espera —dijo Peter—. Quizás aún… quizás quiera hablar.

En efecto, las criaturas no se habían movido. Las articulaciones de su cuello seguían crujiendo mientras su mirada recorría a Peter y Alice, como procesando cada detalle sobre ellos. Alice se preguntó dónde estaría ahora su creador. Si los esperaba más allá a que los eliminaran, o si los controlaba mediante alguna conexión mágica, viendo a través de sus cuencas vacías.

—Hola —llamó Alice con cautela—. ¿Entiendes lo que decimos?

Las cosas con forma de hueso no dieron ninguna indicación de ello.

—Solo estamos de paso —dijo Peter—. Estamos vivos, como puedes ver. Pero no queremos hacerte daño.

Las cosas con forma de hueso se agacharon, preparándose para atacar.

—Quizás podamos hablar —dijo Peter—. A ver si podemos ayudarnos.

Alicia dijo: “Nosotros también somos magos”.

Las criaturas saltaron.

Alice cortó a su alrededor, pero era difícil afianzar su espada con las cosas que venían de tantos ángulos. Agitó el cuchillo a ciegas, y le pareció bien que el metal chocara contra el hueso; pensó que tal vez estaba logrando ahuyentarlos. Pero eran tantos que no sabía adónde mirar, solo podía intentar mantenerlos alejados de su cuello, su rostro, su pecho. Algo aterrizó en su hombro. Un dolor intenso, cegador, la atravesó.

Alice gritó y atacó salvajemente a la criatura de hueso. Su espada golpeó algo por pura suerte, algo crítico, incluso, porque la criatura de hueso se desplomó en el aire y aterrizó junto al agua.

—Coge las espinas. —Peter estaba atacando a dos criaturas que se le aferraban a las piernas. Un montón de huesos yacía a sus pies—.

Puntos débiles, intenta...

Alice ajustó la empuñadura de su cuchillo y respiró hondo, preparándose para la siguiente ráfaga. Pero entonces notó algo. La criatura que había arrojado no se levantaba. En cambio, yacía boca arriba junto al agua, con la cola agitándose y las patas traseras deslizándose como una horrible cucaracha gigante.

Entonces se le ocurrió una idea loca.

Un trío de seres óseos se agazapaba en formación ante ella, como si se prepararan para tomarle la cabeza y los hombros a la vez. Le pareció un suicidio darles la espalda, pero en lugar de mantenerse firme, se lanzó hacia el agua. Intentó no sobrepasar el límite, pero las olas del Leteo crecían de forma impredecible. El agua helada le rozó los tobillos. Sintió una punzada en la nuca. Un dolor más agudo en la parte superior del brazo. ¿Se le escapaban los recuerdos? No podía decir qué había perdido, ni tenía tiempo para indagar. Destapó su Frasco Perpetuo, se agachó y recogió toda el agua que pudo. Luego se giró y la roció a su alrededor formando un arco.

Las gotas impactaron contra las criaturas con un fuerte chisporroteo. Al instante, retrocedieron. El agua siguió chisporroteando donde había caído. Ante este sonido, incluso las criaturas que atacaban a Peter se callaron y retrocedieron, aullando y gimiendo al unísono.

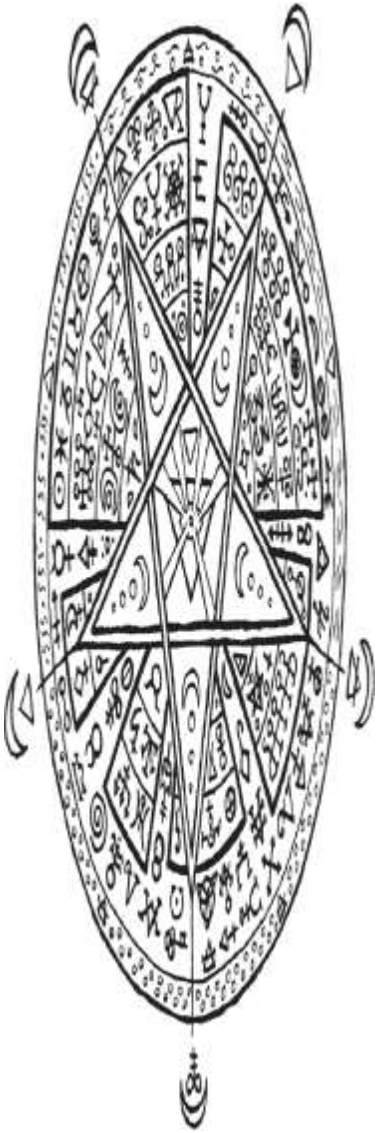
—Sí —jadeó—. ¿No te gusta eso, verdad?

El grupo restante se apiñó. El agua del Leteo superó todas sus expectativas. Vio extremidades enteras caerse, articulaciones desintegrarse. El agua le *hizo* algo a la tiza, la derritió y la corroyó, de modo que todo el algoritmo se volvió negro, marchito, impotente. ¿Podría ser tan fácil?

—De vuelta. —Blandió la petaca—. De vuelta a donde viniste.

De repente, toda la manada se unió y se abalanzó sobre Alicia.

Apenas tuvo tiempo de levantar los brazos por encima de la cara. Cayeron por todas partes; los dientes se le hundieron en la ropa, el hombro, el costado, las piernas. Peter gritó su nombre. A través del revoltijo de huesos, lo vislumbró de vuelta en la orilla, con la mano extendida hacia la suya, pero ya era demasiado tarde. Algo afilado le mordió la cadera. Se giró bruscamente y se le torció el tobillo. Perdió el equilibrio y ella y toda la masa tambaleante se precipitaron hacia atrás, cayendo al agua.



Capítulo diez

¿ Estás bien? —Peter le dio unas palmaditas frenéticas en las mejillas —. ¿Alice?

Alice parpadeó y abrió los ojos. Peter la había jalado hasta la orilla.

Los seres óseos estaban dispersos por la zona baja, y el agua burbujeaba al chapotear sobre la tiza.

Algunos seres óseos seguían moviéndose, intentando salir, pero sus patas se aflojaron de las articulaciones y sus espinas se desintegraron vértebra a vértebra. Observó cómo los fragmentos incorpóreos pateaban, se retorcían y luego se hundían bajo la superficie.

Peter la agarró por los hombros y la sacudió. "¿ *Alice?* "

Ella se sobresaltó. "Ah, ¿sí?"

¿Cómo me llamo? ¿Qué fecha es? ¿Cuál es tu canción favorita de los Beatles?

—Estoy bien. —Alice frunció el ceño. Supuso que si hubiera perdido la memoria, no lo sabría. Pero al menos no tenía ninguna duda sobre quién era ni qué hacía allí. Buscó la escalera y la encontró. Era Alice Law, posgraduada en Cambridge; estudiaba magia analítica. Y Peter era Peter. —Murdoch. Peter Murdoch. En la superficie, es... el dos de octubre. El tres, quizá, he perdido la cuenta. «Señor Cartero». Negó con la cabeza. —

¿Cómo sabes cuál es mi canción favorita de los Beatles?

Peter se recostó aliviado. «Lo escuchas todo el tiempo en el laboratorio».

“Pero uso auriculares”.

“Tus auriculares suenan muy fuerte.”

“¡Deberías haber dicho algo!”

—No pasa nada. —Peter puso las manos bajo la espalda de Alice y la ayudó a incorporarse—. Sin embargo, tienes gustos muy repetitivos. Ojalá pusieras *Abbey Road* alguna vez.

“Oh, por el amor de Dios.”

Él se puso de pie; ella le tomó la mano y se incorporó. Sintió un torrente de sangre vertiginoso en la cabeza, pero nada más, nada que sugiriera que hubiera perdido algo crucial de sí misma. Le palpitaban las sienes, pero aún peor era el dolor agudo en la

parte superior del brazo. Bajó la mirada, vio las huellas de sangre y las marcas de mordeduras por todo el pecho, y se tambaleó. «¡Dios mío!

¡Oh!».

—Vamos. —Peter la echó del brazo sobre su hombro y la rodeó con una mano por la cintura—. Salgamos de esta lluvia.

DEJAR A DESIRE FUE MUY DURO. La tormenta no parecía querer dejarlos salir. Los vientos azotaban con fuerza y la lluvia caía con tanta fuerza que respirar parecía ahogarse. Les costaba un gran esfuerzo incluso quedarse quietos, pues a menos que se aferraran al suelo, las ráfagas los empujaban hacia las puertas del patio. Alicia apenas podía ver hacia dónde se dirigían; todo era un muro húmedo y aullante. Solo podía agachar la cabeza para protegerse de la lluvia y avanzar pasito a pasito, aferrándose al brazo de Peter. Pero entonces pasó, tan rápido como había llegado. Los vientos cesaron, la lluvia amainó; unos pasos más, y el cielo se despejó por completo. Alicia aún podía ver esas nubes tormentosas arriba, separadas de la luz crepuscular por una línea recta y nítida.

Allí acamparon, a salvo a la vista del Leteo, en la frontera entre el Deseo y la Codicia. Peter encendió una fogata. Alice permaneció sentada, temblando como loca, secándose hasta sentirse como una persona de nuevo.

Ella tosió. "¿Podrías darme un poco de tu agua?"

—Ah, claro. —Peter le pasó su Frasco Perpetuo—. No tengo rabia ni nada.

—No creo que se contagie la rabia por las botellas de agua. —Desenroscó la tapa—.

De ahora en adelante tendremos que compartir.

Su propio frasco se había sumergido en el río. El agua del Leteo había entrado en los Pentagramas de su tapa, y ya no se reponía.

—Está bien, siempre y cuando sigamos juntos. —Peter se aclaró la garganta—.

Bueno, ahora que has descansado, ¿puedo preguntarte algo...?

"No, gracias."

—Pero tenemos que asegurarnos. O sea... —Se inclinó hacia delante, con los ojos muy abiertos por la preocupación—. ¿No quieres asegurarte?

Alice *estaba* segura. Había estado rebuscando en sus pensamientos desde que se sentaron, buscando resquicios. Pero el dolor de cabeza se había desvanecido, y nada se había ido con él. Su memoria era como un baúl mal cerrado, tenso al cerrarlo, siempre

lleno a reventar. Sabría si algo se hubiera escapado, pensó. Habría sentido la liberación.

«No se ha ido nada, lo prometo».

"¿Pero cómo lo *sabes* ?"

Ella dudó.

No se lo digas a nadie. Este recuerdo era muy vívido. El profesor Grimes solo lo había dicho una vez, pero una vez fue suficiente. ¿Pero cómo explicarlo si no? No quería que Peter se diera un chapuzón en el Leteo, pues ciertamente no *era* inmune.

La metería en un lío terrible. Pero pensó en el arrebato de Peter en la Corte del Deseo, aquella ira inexplicable, y pensó que quizás, de entre todos, Peter podría entenderlo.

"Creo que soy inmune", dijo. "Al Leteo".

"¿Inmune *cómo* ?"

Pasó los dedos por la arena. Era tan difícil decirlo en voz alta. Tenía tanta práctica en no decir nada en voz alta; de hecho, le costaba encontrar las palabras adecuadas y pronunciarlas. Su primer impulso fue esquivar la verdad. «Bueno, yo no olvido las cosas».

—Todos tenemos buenos recuerdos, Law, pero el *Lethe* ...

"No, quiero decir que *no puedo* olvidar las cosas".

"¿Qué significa eso siquiera—"

—Mira. —Se arremangó la manga izquierda y se movió para que él pudiera ver la piel alrededor de su brazo—. Esto no me deja.

Él miró. Luego respiró hondo, tan bruscamente que Alice parpadeó y se dio la vuelta.

Grabado en su carne, con una nítida escritura blanca dentro de un círculo perfecto, había un pentagrama permanente.

La magia nunca era eterna. Dibujabas una esfera de influencia, metías un objeto dentro y, al terminar el hechizo, lo sacabas. Los magos más talentosos podían crear

encantamientos que duraban horas, incluso semanas en el caso de los Frascos Perpetuos, pero siempre era necesario devolver los objetos al pentagrama una vez que perdían su carga. Además, los pentagramas se escribían con tiza, no con tinta; por naturaleza, no duraban mucho. Estaban bajo la amenaza constante de aspiradoras, escobas, una ráfaga de viento, un estornudo. Cada trazo de cada letra de un pentagrama importaba, y la más mínima mancha anulaba todo el arduo trabajo de inscribirlo. Los mejores magos borraban su trabajo al final de cada día para evitar accidentes a la mañana siguiente. Era un desperdicio enorme de tiza, pero no había otra opción. La magia era efímera. Engañaste al mundo por un instante, y luego todo volvió a ser como antes.

El profesor Grimes se había dedicado a desafiar esta regla básica de la magia. Quería mantener viva la mentira. Y había demostrado, con Alice, que los pentagramas grabados en piel humana viva podían conservar su carga durante toda la vida. O al menos un año y contando, que era todo lo que sabían hasta entonces.

Peter se quedó mirando el tatuaje un buen rato. Levantó las manos y, cuando ella asintió, le dio permiso, le hurgó y le acarició la piel con los dedos. Finalmente, dijo: «Esa no es tu letra».

—No. Adivina de quién.

Algo indescifrable cruzó su rostro. "¿Él te obligó?"

"Quise", dijo, y sintió una punzada de furia en el pecho. Sí, tenía razón, lo sabía. "Lo dejé".

ASÍ FUE COMO ALICE Y EL PROFESOR Grimes pasaron aquel verano en Italia.

Había empezado con animales. Primero ratas y cobayas, y luego gatos y perros rapados hasta dejarles la piel temblorosa. Las normas de investigación animal eran más laxas en Europa; las calles estaban llenas de animales callejeros. Alice pasaba horas sujetando a los gatos mientras él les aplicaba la aguja de tatuaje sobre la piel rapada y desnuda. También se había encargado de deshacerse de los cadáveres; se familiarizó con todos los puntos de recogida *de spazzino* de Venecia.

Pero el problema con la experimentación animal era que las criaturas

inferiores tenían un límite . Podías hacerlas correr en círculos o soportar pruebas de hambre o dolor, pero al final no sabías realmente cuánto impacto habías causado. ¿A quién le importaba si un gato recordaba *en* qué taza estaba una golosina? Algo más expresivo

sería mejor. Algo que, al menos, pudiera hablar, que pudiera decirte qué le *hacía* a un cuerpo la inyección de energía de muerto viviente. Si se sentía como nada, si te quemaba por dentro.

Alice siempre supo que más adelante le tocaría el turno bajo la aguja. El profesor Grimes no había pretendido lo contrario. Había dado su consentimiento informado desde el principio, y en su opinión, eso lo solucionaba todo. Le daba el control. Y

confiaba en que el profesor Grimes lo haría con seguridad y bien.

Fue tan buena, tanto durante el procedimiento como la noche anterior. No dejó ver lo asustada que estaba; sus dudas. Sabía que esto solo lo molestaría. Cuando sollozaba de miedo, lo hacía en la intimidad de su habitación de hotel. Ah, pero no quería morir.

No quería perder la cabeza. Pero se lo guardó para sí misma. Por la mañana estaba tranquila, plácida, dócil. Una tableta en blanco perfecta.

Ella seguía recordándose a sí misma: *Han pasado dos semanas enteras desde que matamos a un gato.*

Le ofreció anestesia antes de empezar, pero ella rechazó incluso una inyección local.

Sabía que era importante seguir hablando, respondiendo, durante todo el procedimiento. Tenía que mantenerse alerta, para registrar cada parte de la experiencia.

Necesitaba sentir cada hundimiento de la aguja en su piel, cada quemadura de tiza muerta.

Había sido tan amable, tan alentador, mientras trabajaba sobre su piel. Le acariciaba el hombro cada vez que ella se estremecía, murmurando palabras tranquilizadoras.

"Eres magnífica. Lo estás haciendo muy bien. Quédate quieta, cariño. Eso es todo. Ya casi terminamos". Se detuvo cuando el dolor se volvió insoportable; la dejó tomar todos los descansos que necesitara. Y cuando cerró el círculo y ella cayó de rodillas, gimiendo mientras la

energía de los muertos vivientes recorría su cuerpo, se inclinó con ella y le frotó la espalda en círculos y le recogió el pelo detrás de la cabeza mientras ella vomitaba sangre en el suelo.

El experimento fue un gran éxito.

Cuando a Alice le bajó la fiebre y recuperó el conocimiento, el profesor Grimes le mostró una serie de pizarras con inscripciones en idiomas que desconocía, cada una durante tres segundos, y luego le pidió que las reprodujera en la pizarra. Las copió todas sin errores. Dos semanas después, le pidió que lo hiciera de nuevo, esta vez sin mostrarle las pizarras, y una vez más las copió a la perfección.

La semana fue una emocionante jornada de descubrimientos. Si su memoria tenía límites, aún no los había encontrado. Podía sentarse con seis libros en una tarde y, siempre que leyera cada línea con atención, memorizarlos todos. Su mente ahora funcionaba como una enciclopedia de guardia. De repente, no podía leer con fluidez en francés o árabe, pero sí podía, si se sentaba el tiempo suficiente, hojear diccionarios mentales para compilar traducciones aceptablemente buenas. Mundos enteros se abrieron ante ella. Aprendió cirílico, húngaro, nastaliq. Aprendió el alfabeto lineal B.

Claro que dolía. Nunca dejaba de doler; el dolor solo se desplazaba del brazo y se manifestaba como un latido constante en las sienes. Sentía la mente desbordada, atiborrada de cosas de las que nunca podría prescindir. Hasta ese día, no se había dado cuenta de cómo los humanos necesitamos olvidar para funcionar. Ahora no podía borrar de su mente el millón de encuentros incómodos de un día cualquiera.

Malinterpretar el menú. Derramar el vino. Dejar caer la cartera, retrasar la cola de la oficina de correos. Ya tenía una personalidad ansiosa, y su mente ahora la obligaba a revivir con insoportable detalle cada error que cometió con cada ser humano que había conocido.

Pero los beneficios superaban claramente los costos, pues ¿qué erudito no habría matado por su memoria perfecta? Era la época en que todos se entusiasmaban con las computadoras, y aquí Alice se había convertido en una. Se adaptaría; no tenía otra opción.

—No puedes contarle esto a nadie —le ordenó el profesor Grimes—. Al menos no por mucho tiempo. Esto es muy importante, Alice. Ya no es como la guerra. La Real Academia es muy conservadora ahora, y si alguien lo supiera, perdería mi certificación.

Tengo muchos enemigos en este departamento. Cualquiera de ellos usaría esta información para destruirme. Ni siquiera puede haber un rumor. Debes ser discreta.

Lo cual fue un duro golpe, la verdad, porque en el fondo, Alice esperaba presumir de ello ante todo el mundo. En sus fantasías más profundas y absurdas, el profesor Grimes la promocionaba por todo el circuito de conferencias como si fuera una artista de vodevil. Él sería Grimes el Grande; ella, su Deslumbrante Pentagrama Viviente.

Pero aquí estaban hablando de magia seria, y ella no era una niña pequeña. "Por supuesto", dijo, y se subió la manga por encima del brazo.

—Muy bien. —Le dio una palmadita en el hombro—. Será nuestro secretito.

Al regresar de Venecia, se dedicó a otros proyectos. Se había aburrido de poner a prueba la memoria de Alice después de una semana. Había confirmado que su pentagrama funcionaba, y ahora podía concentrarse en sortear todos los obstáculos, el proceso de años de publicar pruebas intermedias antes de poder hacer algo útil con este resultado. Alice era secundaria. Dejó de comprobar el estado de su tatuaje; al principio del trimestre, dejó de mencionarlo. Su pequeño secreto. Así que Alice tuvo que conformarse con el simple hecho de saber que, entre todos sus alumnos, el profesor Grimes la apreciaba más. La evidencia estaba escrita en su piel.

“ ¿TE DOLIÓ?” PREGUNTÓ PETER.

—Solo un poquito. Me fue bien.

No le contó nada de la quemadura. El efecto de su tatuaje no era muy distinto del que las novelas góticas describían a los vampiros renacidos: todos sus sentidos más agudos, el mundo resplandeciente. Recordó haber despertado con una oleada de detalles, todos grabados para siempre en su mente al mismo tiempo que los registraba.

El rostro del profesor Grimes, ansioso, impasible, con un anhelo en esos ojos penetrantes y oscuros que jamás olvidaría.

Y no le contó sobre la inundación: la viciosa procesión de recuerdos, las constantes asociaciones aleatorias, el inmenso esfuerzo que le supuso discernir qué era relevante y qué no. No le contó que su visión se había convertido en una montaña rusa a través de infinitas pantallas, con todos los programas de televisión reproduciéndose a la

vez. No le contó que tuvo que concentrarse, con fuerza, en un simple tomate antes de que su cerebro lo reconociera como tomate, y no como manzana, ni como balón prisionero, ni como un corazón humano sangriento y palpitante. No le contó lo fácil que era perderse en la colada, cómo sucedía cada vez que dejaba de prestar atención. No le dijo: « *Tengo que reconstruir una escalera cada hora para recordar quién soy, dónde estoy y qué estoy haciendo»* . Después de todo, él no podía ayudarla; solo podía compadecerla, y por eso ella simplemente no le veía el sentido.

—Ya veo por qué nunca se lo contaste a nadie. —Peter habló muy despacio. Parecía tener pelos en la lengua, eligiendo con cuidado los eufemismos para no ofenderla—.

Eso... eso es mucho que analizar.

—En realidad no es tan malo como parece. —La voz de Alice se puso a la defensiva.

No había querido compartir lo sucedido como si fuera una gran tragedia. Odiaba que las mujeres de su departamento se quejaran, como si no hubieran pedido estar allí.

Odiaba cómo la miraba Peter ahora; su compasión la ponía nerviosa. —O sea, sabía lo

que hacía. Siempre sabe lo que hace; de lo contrario, nunca se habría arriesgado. —Eso era lo que se decía a sí misma en los días previos a la inscripción, mientras intentaba evitar que los cuerpos apilados de gatos afeitados, congelados en rictus, invadieran sus pesadillas—. Era muy cuidadoso.

¿Te dijo que era más por tu bien que por el suyo?

—Claro que no. —Alice también odiaba eso, la forma en que la gente a menudo asumía que los estudiantes del profesor Grimes eran sectarios infantiles que no entendían nada—. Te lo dije, *quería* hacerlo.

Su vehemencia pareció sobresaltar a Peter, pues levantó las manos en señal de disculpa. «Solo preguntaba».

“No es que me haya obligado”, reiteró.

—Sí, mencionaste... —Peter parpadeaba bastante—. Lo siento, apenas lo estoy asimilando. Es que parece... Es decir, no puedo creer que te

haya puesto en esa situación.

¡Dios mío !, pensó Alicia. Esa *línea no* .

En una ocasión, en una conferencia en Nueva York, una joven posdoctora de Princeton mantuvo con Alice una animada conversación durante casi treinta minutos sobre un panel al que acababan de asistir —algo que les resultó reconfortante y de camaradería, ya que eran las únicas dos mujeres en la sala— antes de que Alice mencionara que trabajaba en el laboratorio del profesor Grimes. La actitud de la posdoctora cambió por completo. Retrocedió mientras la miraba de arriba abajo, con los ojos entrecerrados por la compasión. «¡Ay, Dios mío!», dijo. «Así que sabes de... bueno, ya sabes».

Alice lo sabía muy bien, porque no era su primera conferencia y ya lo había oído todo. Grimes era malvado, Grimes era tóxico, *bla, bla, bla* . Una parte contraria de su alma se enorgullecía de estar asociada con un asesor tan infame. Todos los demás eran tan aburridos. El profesor Grimes al menos tenía personalidad.

Alice esbozó su sonrisa más inocente y anodina. "¿Qué quieres decir?"

El posdoctorado se rió entre dientes con torpeza. «Seguro que sabes de qué hablo».

—En realidad no. ¿Hay algo que necesite saber?

La posdoctora había recorrida la sala parpadeando, como si buscara a alguien escuchando a escondidas. "Eh... quiero decir... lo siento, di por hecho que todos habían hablado. Si no..." Tartamudeó, y esto le dio a Alice una inmensa satisfacción. "Lo siento.

No debería haber dicho nada. Fue una tontería".

Te sugiero que cotillees menos a escondidas, si no tienes nada sustancial que decir.

Alice se sintió como si hubiera conseguido una victoria retórica, aunque en realidad solo había echado a perder una amistad incipiente. Sabía que cuando volviera a casa no volvería a saber nada de su posdoctorado, lo cual era una pena, porque se suponía que las mujeres en su campo formaban alianzas siempre que se encontraban. No le importó.

Su alegría por este puente quemado probablemente no fuera la respuesta correcta, aunque lo único que pudo percibir en ese momento

fue que la oleada de sangre a su cabeza le hacía sentir bien. "Pero gracias".

Fue esa misma actitud contraria la que la hizo decirle fríamente a Peter: “A mí no me pusieron *en posiciones* ”.

—Bien, bien, te creo. —Peter, para su crédito, pasó rápidamente al tema—.

¿Entonces crees que te hace mejor estudiante? Me refiero al pentagrama.

—Hay beneficios, por supuesto. —Dudó, preguntándose cómo desentrañar la maraña de contradicciones que formaba su memoria; cómo explicar que guardar demasiadas cosas en la mente no era necesariamente bueno, que la mayoría de las veces la dejaba confusa y abrumada por cosas que deseaba que nunca hubieran sucedido—.

Me siento un poco… menos mortal. Menos falible. La mayor parte del tiempo.

"Suena bien."

Pero creo que, más que nada, me da... bueno, miedo. Como si hubiera hecho trampa para convertirme en un experto, y al *no* dedicar horas a la memorización, hubiera perdido algo importante. Tengo un cúmulo de conocimientos, pero no sé cómo analizarlos. Y, por alguna razón, la recompensa no es tan buena sin el proceso. Si no tuviera que esforzarme para conseguirlo, no cuenta.

"La ley, eso es una locura."

Ella se encogió de hombros. "Soy estudiante de Grimes".

—Claro que sí. —Parpadeó al ver el fuego. Su boca se movió varias veces mientras, al parecer, reconsideraba lo que quería decir, y Alice se preparó para otra recriminación

moralista—. ¿El profesor Grimes... eh... alguna vez Grimes te pidió que hicieras algo que te pareciera incorrecto?

Este es mi único tatuaje. Él nunca...

—No, no me refería a eso. Eh… —Empezó a tirarse de los bordes deshilachados de las mangas. Siempre lo hacía cuando estaba ansioso, recordó ella. Pero eso significaba que estaba ansioso. No se trataba de

ella, se trataba de él—. No solo ilegal. Pero algo…

no sé. Cosas que parecían inescrupulosas.

Alicia pensó en los ratones de Venecia, en sus cuerpos miserables y espasmódicos.

En cómo chillaban y se escabullían cuando ella intentaba sacar a otro de la jaula. Como si supieran con precisión qué estaba pasando en esa mesa de laboratorio, como si supieran lo que haría esa tiza. Se había vuelto tan experta en desplazarles las espinas para darles la muerte más rápida y fácil mientras la tiza les quemaba la piel; en cortarles las fibras nerviosas antes de que pudieran procesar completamente el dolor. Si alguna vez sintió algún remordimiento ético al respecto, al final dejó de importarle. Uno se acostumbra a casi todo en un laboratorio. En fin, solo eran ratones.

—No —dijo ella—. ¿Por qué? ¿Te lo pidió alguna vez?

Peter seguía retorciéndose la manga. Había desatado varios hilos. Alice estaba a punto de darle un golpe en la mano para que se detuviera cuando finalmente dijo: «Me pidió que le consiguiera un colon humano».

"¿Qué?"

—No de un paciente vivo, digamos. —Agitó las manos con angustia—. De un cadáver. De uno de los cadáveres que usan para las clases de anatomía.

¿Todavía hacen eso?

—Por supuesto, ¿cómo crees que practican la cirugía?

Esto le pareció a Alice mucho peor que cualquier cosa que hubiera hecho. Al menos su única víctima era ella misma. «Parece que violaste algunos derechos».

“Los muertos no tienen derechos”.

—Bueno, es discutible, pero ¿cómo?, ¿por qué?, quiero decir, *¿qué demonios* , Peter?

—No lo sé. —Peter se encogió de hombros—. En resumen, parecía poca cosa. Quizás así era como pensabas de tu tatuaje. Él estaba... estábamos trabajando en algo... nunca llegó a nada, pero por un

tiempo pareció que tenía potencial. Pero... bueno, ya sabes, la tiza interactúa de forma diferente con la materia orgánica. Necesitábamos un órgano humano para estar seguros.

—Robaste un colon. —Alice no pudo superarlo—. ¡Un colon humano!

—Bueno. Tres o cuatro.

“Jesús, Murdoch.”

“No iba a decir que *no* ”.

"Podrías haberlo denunciado", dijo. "Es una infracción ética. Podrías habérselo llevado al decano".

Un silencio. Se miraron y luego estallaron en carcajadas.

“¿Fue muy difícil?” preguntó Alicia.

—La verdad es que no. Pensé que sí, pero simplemente entré y... tomé lo que necesitaba. Tres personas me vieron, así que saludé y me devolvieron el saludo.

"Suena bien."

"Sé que es una locura", dijo Peter. "Probablemente no debería haberlo hecho. Nunca se me pasó por la cabeza decir que no".

"¿Sabes? Solía hacerme pasarle todos sus apuntes a máquina", dijo Alice. "Él me dictaba y yo escribía. Me sentía como una secretaria. Nunca se me pasó por la cabeza decir que no".

—Oh, no es nada. Una vez me hizo corregir sesenta exámenes de licenciatura en una tarde porque se le olvidó hacerlo él mismo.

“Bueno, una vez me hizo limpiar todo el polvo de tiza y pesarlo para poder calcular cuánto dinero habíamos desperdiciado”.

Peter rió disimuladamente. «Una vez me tiró un condensador completamente cargado a la cabeza sin previo aviso».

“¿Te golpeó?” preguntó Alicia alarmada.

Solo mis manos. Intenté atraparlo, pero no sabía que estaba cargado. La descarga me hizo convulsionar en el suelo y se me erizó el pelo durante horas. Nunca lo había visto reír tanto.

“Él nunca me lanzó nada a la cabeza”. Alice no podía decidir si esto la hacía sentir superior o celosa.

—Solo fue el condensador —dijo Peter—. Esa vez. El resto fue principalmente, ya sabes, verbal.

—Claro. No estás hecho para esto. Eres un desperdicio de dinero. Parece que ni siquiera quieres estar aquí.

—Ah, sí, le tiene cariño. Una vez dijo, sin pensarlo dos veces, que no servía para nada hasta que aprendiera alemán.

"¿Acaso tú?"

Compré un libro de frases esa tarde y me quedé despierta toda la noche. —La voz de Peter se quebró, y ella lo miró alarmada, antes de darse cuenta de que no se estaba deshaciendo en sollozos, sino en risas —. Luego, a la mañana siguiente, lo saludé con un

« *Wie geht's* », y él... y él me miró como si me hubiera vuelto loca.

“ *Lebensmüde* ”, dijo Alicia.

" *Sitzfleisch* ", dijo Peter.

Esto los llevó a la histeria.

—Dios mío. —Alice se apretó la cara con las manos. Las apartó húmedas. Lloraba de la risa. Esto nunca le había pasado; no sabía que la gente llorara de la risa—. Si alguien nos oyera hablar, le *informaría* al decano.

¡Ah, ya lo sé! Relaciones inapropiadas entre profesorado y alumnado. Abuso de poder. Ese tipo de cosas.

Odio ese lenguaje. Nos hace parecer niños.

“Víctimas indefensas”.

“No sabíamos en qué nos estábamos metiendo”.

—Con los ojos bien cerrados. —Peter la miró de reojo—. ¿Sabes? Fui a su funeral.

“ *No* , ¿en serio?”

No el de verdad. Ni con su familia ni nada parecido. Solo el servicio

conmemorativo de la universidad.

Alice recordó haber visto la invitación, haberla mirado fijamente un buen rato y luego haberla roto en pedacitos. «Creo que se me olvidó ir».

Lo cual era una mentira obvia, pues ella no olvidaba nada, pero Peter no insistió.

«Bueno, no te vi allí».

"¿Y entonces cómo estuvo?"

"Fue muy extraño", dijo Peter. "Estaban haciendo elogios sobre lo amable, magnífico y generoso que era; cosas básicas, ¿sabes? Podrían haber estado describiendo a cualquiera. El maestro lo llamó un maestro legendario. Helen Murray se levantó y pronunció un montón de clichés sobre lo gran mente que era. ¿Sabes lo que solía decir de ella a sus espaldas?"

"¿Que ella era una esposa contratada que se hacía pasar por una estudiante?"

—Bueno, eso también. Pero además, Thatcher sin culo.

Alicia rió disimuladamente.

"En fin", dijo Peter, "todo el tiempo pensaba que éramos los únicos que lo conocíamos. Todo él. Lo bueno, lo malo, lo gracioso y todas sus contradicciones. Su lado honesto. Solo era él mismo en el laboratorio. Incluso en sus peores momentos. Incluso cuando estaba frustrado, cuando abusaba, todo eso. Solo le importaba encontrar la verdad. Lloraba y se postraba ante la verdad. Y llegamos a conocer esa parte de él. Me siento muy afortunado por eso".

—Dios mío. —Alice se pasó las palmas de las manos por la cara—. ¡Qué tirano!

"Pero él era *nuestro* tirano".

"Sí."

Quiero decir que estamos en el infierno por su culpa.

" *Para* él."

"Bien."

Se miraron con el cariño fraternal de soldados de infantería, tras un largo viaje, unidos por el amor a un general común. Alicia se preguntó si los atenienses se sentirían así al regresar a casa a trompicones tras el saqueo de Troya, tras dejar atrás a sus esposas e hijos durante una década, tras haberlo hecho todo por Agamenón. No sabían si la batalla había merecido la pena, ni siquiera para qué. Pero sin duda las pruebas, las experiencias extremas que nadie más en el mundo podía comprender, debían contar para algo. Había una especie de virtud en esa capacidad de soportar los extremos. Una prueba de carácter. Algo así.

Y tal vez *eran* los soldados de a pie de Grimes, soldados de infantería de una orden moribunda. Ciertamente los hacía sentir así. La magia estaba en desuso, le gustaba decirles, uno de los signos de una civilización decadente. Repetía esta diatriba tan a menudo que se la sabían de memoria. Los hombres solían ser gigantes, y con cada generación siguiente, el declive aumentaba. Aristóteles inventó la lógica, Euclides la geometría, Kant la razón sistemática. Los avances del pensamiento posteriores fueron marginales. Ya nadie inventaba sistemas completos; solo podían manipular lo anterior, si es que podían comprender a los antiguos lo suficiente como para manipularlo. Su generación fue la más decadente y estúpida de todas. La generación de Grimes eran al menos magos de guerra; habían impulsado el campo a pasos agigantados en sus aplicaciones prácticas. Pero el grupo de Alice y Peter discutía sobre detalles filosóficos.

Fabricaban aparatos llamativos para compañías de juguetes. Los mejores entre ellos buscaban residencias en Las Vegas; los peores entre ellos se convertían en consultores.

Sin duda, la magia estaba en declive. Y esto era solo un síntoma de un mundo donde los niños no leían, sino que se sentaban babeando ante una pantalla; donde los artistas salpicaban pintura al azar y se creían iguales a Miguel Ángel. El suyo no era un mundo de eruditos; no prestaba atención a la investigación constante; la gente de su época solo quería tabloides, chismes, entretenimiento. Colapso de la civilización, apocalipsis inminente: olvidaron la grandeza de sus antepasados, estaban atrapados en pequeños debates sin sentido; no podían salir, ya nadie sabía cómo pensar. En este punto de la diatriba, él siempre estaba ebrio de vino, y más poderoso por ello; y ellos estaban absortos, culpables como acusados, desesperados por demostrar que se equivocaba.

¿Cómo podrían convertirse en gigantes? Se necesitaría genio, les decía; un esfuerzo inmenso; una dedicación monástica para elevarse

por encima de los escombros de su

mundo confundido y ver con claridad por encima de las nubes. ¿Podrían hacerlo?

¿Podrían restaurar el valor de los viejos, podrían mantener la fe?

Le prometieron que lo harían.

Los había atormentado . Porque eran lo suficientemente fuertes como para soportarlo. Porque mantenían la fe. Porque eran especiales y merecían el esfuerzo, y porque lo que se convirtieran cuando terminara con ellos sería deslumbrante.

Perversamente, le alegraba que el profesor Grimes hubiera estado igual de loco con Peter. La hacía sentir menos... equivocada. Esto era prueba, al menos, de que no era la única a la que el profesor Grimes le hacía eso. Y no era la única a la que le parecía que merecía la pena decir que sí.

Y realmente, ese era el desafío de anticipar a qué tribunal del infierno había sido sentenciado el profesor Grimes. A pesar de todos sus crímenes, había una parte de Alice que estaba profundamente convencida de que él nunca había hecho nada malo. Solo lo que era bueno para ella, lo que cualquier estudiante necesitaba de un maestro.

—Deberías dormir un poco. —Peter sacó un grueso libro de bolsillo de su mochila y se arrastró hasta que su espalda se apoyó en la pared. Encogió las rodillas y luego apoyó los codos sobre ellas—. Yo vigilaré.

"¿Seguro?"

—Ah, sí. Traje a Tolkien para que me acompañara.

—Dame dos horas entonces. Despiértame y podemos intercambiar. — Alice se echó la manta sobre los hombros y se acomodó. Se sintió muy suelta y vacía; no solo de cansancio, sino también de alivio. Sintió que se le había quitado un gran peso de encima. Ya no tenía que esconderse.

Gracias , quiso decirle a Peter. *Por escuchar.* Pero sus párpados eran como un peso, y apenas pudo pensar las palabras antes de caer en la oscuridad.

—TRANQUILO EN EL FRENTE OCCIDENTAL. —PETER la despertó sacudiéndola—. ¿Te importa si doy una vuelta?

—Vamos —bostezó y sonrió mientras él se cubría con la manta lo más que podía.

"Son mis pies o mi pecho", dijo. "Tengo que elegir. ¿Cuál te parece?"

Probablemente deberías protegerte los pies. Nunca se sabe qué puede salir y morderte los dedos.

“¿No me defenderías?”

—Tienes las piernas muy largas —sonrió—. No las vería venir.

Sacó un libro —por fin le tocaba a Proust— y Peter se acurrucó de lado. Momentos después, su respiración se hizo más profunda, su boca se aflojó y se encogió sobre sí mismo de una forma que Alice no pudo evitar encontrar encantadora. Era todo ángulos, Peter. Extremidades largas y flexibles, anudadas en un desorden absurdo y desequilibrado.

Peter se veía tan gracioso cuando dormía: cejas fruncidas, boca contraída, como si se aferrara al sueño con resentida concentración. Sus pestañas eran larguísimas. Alice siempre se había maravillado con las pestañas de Peter. Nunca había visto pestañas tan largas en un niño. Le daban ganas de rozarlas con los nudillos, solo para sentir su roce; tan suaves, imaginaba, como alas de mariposa.

¿Qué pasaba por su cabeza? Sintió una punzada en el pecho; el dolor de un viejo, tentador, problema sin resolver. Nunca había logrado comprenderlo. Sabía que no debía pensar que habían logrado un gran avance esa noche, que ahora eran mejores amigos. Peter tenía un don para hacerte sentir así, como si él fuera el único en el mundo que te comprendía, y tú a él. Como si existieran en un plano propio. Y a la mañana siguiente, actuaba como un completo desconocido. Como si nunca hubieran hablado.

Había pasado por ese latigazo muchas veces. Ya lo sabía.

Aún así, se sentía muy cerca de él en ese momento; si no por los secretos que habían revelado, al menos por el simple hecho de que no le había hablado así, honesta y sin reservas, en mucho tiempo.

Un rubor le subió a las mejillas. Sin duda era el efecto del Infierno, sus interminables dunas y terrores, y todas sus privaciones, y el hecho de que Peter Murdoch era el único ser en todo el reino que no era insustancial como el aliento. Aun así, no podía evitar la tentación de inclinarse y poner la palma de la mano contra su mejilla.

Esto la horrorizó. Parpadeó y miró a su alrededor, buscando literalmente algo más que hacer. Cualquier cosa que mirar aparte del rostro de Peter, su figura despatarrada y ridícula. Tenía la costumbre de levantar un brazo por encima de la cabeza mientras dormía como Cristo en un cuadro; la barbilla levantada, esperando la salvación. ¡Dios

mío! Qué accidente de la naturaleza. Asombroso que los seres humanos hubieran evolucionado durante milenios, solo para terminar como Peter Murdoch.

Un fajo de notas sobresalía de su bolso. Ella echó un vistazo a la parte superior y resopló. Era típico de Peter guardar sus notas en un fajo de papeles sueltos, sin encuadernar ni organizar.

Curiosa, los sacó. Siempre le había gustado leer las obras de Peter; era divertido ver dónde sus ideas coincidían o divergían de las suyas.

Las dos primeras páginas eran bocetos de pentagramas: cuatro formas fallidas de llegar al Infierno y una que sí lo logró. Reconoció esos teoremas; había pasado semanas resolviéndolos ella misma. Sintió la emoción de lo familiar al rastrear su trabajo, al vislumbrar en qué etapa y cómo había resuelto los mismos acertijos que ella. El proceso de Peter era, por supuesto, brillante. Varias de sus soluciones eran mucho más elegantes que las de ella, y en una etapa había evitado una fórmula espinosa con la que ella había luchado al parecer intuir la solución. Al final, se decidió por el mismo método que ella: la Suma de Ramanujan, con las Modificaciones de Setiya. No era de extrañar que se diera cuenta de inmediato de lo que ella tramaba. Todo su trabajo era el mismo.

Las últimas páginas eran pura lógica. Casi las hojeó —odiaba la lógica y apenas la dominaba porque cursar Fundamentos de Lógica era un requisito para la carrera—, pero algo en la última página la hizo detenerse.

Había marcado y subrayado las últimas fórmulas varias veces. Era tan diferente del resto de su letra —apresurada, garabateada, casi toda apenas legible— que estas conclusiones debieron ser de gran importancia.

Volvió a la página anterior y leyó las derivaciones de nuevo, procurando esta vez descifrarlo todo lo mejor posible. El esfuerzo le dolió la cabeza —había estudiado lógica antes de su tatuaje, y apenas recordaba qué eran la mitad de los símbolos—, pero al final los

garabatos adquirieron una forma concreta.

Fue un hechizo de intercambio orgánico.

Un sudor frío y repentino le empapó las manos. Se las frotó apresuradamente contra la camisa, mirando a Peter. Él no se había movido, lo cual la sorprendió, pues su corazón pareció latir con tanta fuerza que era ensordecedor.

¿Cuando se le ocurrió esto?

Ya había visto estas demostraciones antes. Ella misma había buscado ecuaciones para el intercambio viviente en los rincones más recónditos de la biblioteca, desde garabatos alquímicos de Samarcanda hasta los cuadernos perdidos de Wittgenstein (resultó que no estaban perdidos, sino escondidos en una sala especial de la biblioteca de la facultad, bajo llave permanente). Había desistido del intercambio tras una semana de búsqueda porque parecía un callejón sin salida, y todas las referencias aparecían perdidas, destruidas o extraviadas. Debería haberse dado cuenta de que alguien más las había encontrado antes.

Allí, justo delante de ella, estaba la última pieza del rompecabezas que nunca había podido resolver.

El nombre del profesor Grimes a la izquierda. Y al final de la página, a la derecha de la ecuación, lo primero que le llamó la atención: su propio nombre, escrito en negrita y claro. Luego, subrayado dos veces. Y luego, puntuado con tres signos de interrogación.

Sin duda, esa era la letra de Peter. Lo había visto grabar su nombre muchísimas veces. En etiquetas. En montones de papeles que ella debía calificar. En la esquina de la pizarra, sobre chistes para ella.

Querida Alice. Ja, ja. Siempre las mismas letras de araña, siempre en mayúsculas; siempre la *c* formando un bucle con la *e* .

No podías realizar un intercambio orgánico contigo mismo. Este era un axioma inviolable de la magia. El pentagrama requería la consciencia sostenida de su usuario para surtir efecto. Necesitabas una mente humana presente, dispuesta a creer en la

contradicción lógica. Ningún pentagrama que destruyera deliberadamente al mago surtiría efecto. Solo podías desgarrarte por accidente.

En efecto, no se podía usar magia para suicidarse. Alice lo sabía. Había investigado el asunto, por así decirlo. Se podían usar pentagramas para destripar un alma, pero había que hacerlo con otra persona.

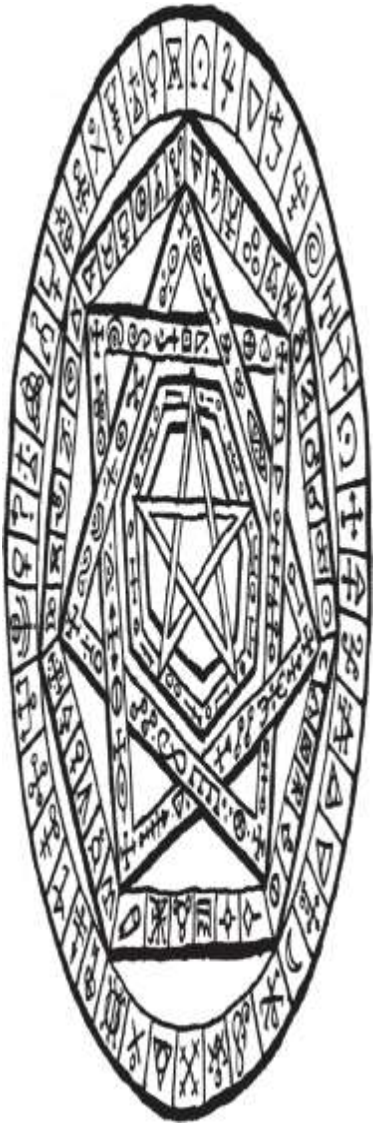
Si Alicia.

Se tapó la boca con la palma de la mano para que Peter no oyera su gemido de pánico.

Sólo había una interpretación posible de lo que estaba viendo.

Peter tenía la intención de intercambiar su alma por la del profesor Grimes.

Pedro iba a atraparla aquí en el infierno.



Capítulo once

Dos principios fundamentan toda la lógica clásica: la Ley de No Contradicción y la Ley del Tercero Excluido. La Ley de No Contradicción Sostiene, simplemente, que dos proposiciones contradictorias no pueden ser verdaderas a la vez. No se puede tener P y no-P. No puede ser cierto que esté nevando y que no esté nevando.

No puede ser cierto que Alicia y Pedro sean amigos y no amigos. El gato de Schrödinger está muerto o no.

El La Ley del Tercio Excluido sostiene que una proposición es verdadera o falsa. No existe un término medio impreciso. Como dijo Aristóteles, las oraciones pueden ser ambiguas en su significado, pero no en su verdad. Por lo tanto, la afirmación de que Alicia y Pedro son amigos es verdadera o falsa. Esta afirmación no puede ser una tercera cosa misteriosa.

Muchos problemas amenazan con romper la lógica clásica. La paradoja de Sorites y la paradoja del mentiroso, por ejemplo, son enigmas complejos que obligan a la lógica clásica a reexaminar el significado de la verdad. Además, la lógica clásica aún no ha encontrado una respuesta a la paradoja de Russell, que es demasiado compleja para explicarla aquí, pero que se relaciona con una contradicción de la teoría de conjuntos. Y

la lógica clásica se desmorona especialmente como lenguaje aplicado a las relaciones humanas, que son confusas y complejas, y a menudo se sitúan en ese punto medio excluido; ese espacio donde nadie tiene razón ni nadie se equivoca, y las cosas no son ni verdaderas ni falsas. El resultado es que la lógica clásica no sabe qué hacer con la afirmación:

S: *Peter y Alice son amigos.*

ALICE SIEMPRE RECORDARÍA EL MOMENTO EN QUE vio por primera vez a Peter Murdoch. El trimestre de Michaelmas, dos años antes. Cambridge estaba espléndida bajo el dorado sol otoñal. El viento era agradablemente fresco, las hojas se enrojecían ligeramente de una forma que siempre la había emocionado, pues el final del verano significaba el comienzo de un nuevo semestre; nuevas clases, nuevos profesores y nuevos compañeros. Una oportunidad para reinventarse y convertirse en la persona que quería ser.

Seis estudiantes habían sido admitidos en su cohorte, pero esa tarde solo cinco asistieron al té en el patio trasero del departamento, apretando tazas y platillos contra el pecho mientras se presentaban con cautela. Estaban Belinda Wilcox, una rosa inglesa cuyo cabello rojizo y nariz respingada le producían una envidia terrible a Alice; un francés y un italiano cuyos nombres no pudo distinguir entre el clamor de voces; y Calvin Bailey, un compatriota estadounidense de Michigan, que compartía la ineptitud

de Alice con todas las cucharitas, platillos y pinzas necesarias para preparar una taza de té.

La charla intrascendente fue cortés y sin sentido. Alice estaba demasiado concentrada en evitar que le temblaran las manos como para decir mucho. Se sentía terriblemente fuera de lugar (las universidades estadounidenses eran magníficas, pero carecían de *historia* , de *tradición* , y su asesor en Cornell la había invitado a una cena formal en la que le enseñó a usar los cubiertos antes de que volara a Londres); y el brillo natural y pulido de sus nuevas compañeras de cohorte la hacían sentir doblemente inadecuada. Incluso las europeas parecían hablar inglés británico con más fluidez que ella; apenas podía seguirles el ritmo. No sabía qué era un tripos; seguía diciendo

"matemáticas" en singular; no entendía a qué se referían con Mill o Peterhouse. Esa mañana se había puesto su mejor vestido de verano, una prenda amarilla con volantes y cuello de encaje que normalmente la hacía sentir elegante, pero ahora, entre sus elegantes colegas vestidas de oscuro, se sentía como un narciso barato y chillón.

Intentó acallar sus ansiedades y concentrarse en Belinda, aunque de cerca Belinda era tan deslumbrante que le costaba articular palabra. El sol le iluminaba las pestañas de una forma verdaderamente injusta, pues ¿cómo podían ser tan oscuras y brillantes a la vez? Belinda estaba contando una historia sobre una estudiante china de licenciatura a la que había asesorado durante el verano: "Su inglés estaba bien, y era muy dulce y educada y todo eso, pero *Dios mío* , nunca hablaba. Solo decía *Sí, Belinda* o *Soy genial, Belinda* con esos pequeños tonos de sonrisas tontas, y me estaba enojando mucho con ella por eso, es decir, el hecho de que fuera tan poco interesante, porque ser aburrida es un rasgo que encuentro *imperdonable* . Y luego, a mitad del verano, reveló que su padre es uno de los hombres más ricos de Taiwán, uno de esos millonarios inmobiliarios, y que no aprobaba a las mujeres en las ciencias, ¡y ella le había dicho que había venido a un programa de historia del arte y estaba aprendiendo magia a escondidas! ¡¿Te imaginas?!"

Algo en esta historia hizo que a Alice no le gustara Belinda, pero no pudo explicar por qué al principio, sobre todo porque el chiste indicaba que Belinda *no era* racista y todos los demás se reían a carcajadas. En fin, Belinda había atraído toda la atención hacia ella; no había otra conversación a la que escapar.

“¿También estudiaste aquí tu licenciatura?”, preguntó Alice.

—Oh, no, estuve en Oxford. —Belinda miró a Alice con los ojos entrecerrados—. ¿Y

tú eres de... algún lugar de Estados Unidos?

—La escuela de hostelería —bromeó Alice, y luego se arrepintió. Nadie aquí entendió la referencia; de hecho, nadie en Estados Unidos la entendió—. Es decir, Cornell.

¡Me han hablado muy bien de ese programa! ¿Trabajaste con Zohar?

—No, se convirtió en emérito hace unos años. Su esposa sufrió un derrame cerebral y él se queda en casa para cuidarla...

Eso es horrible. Me preguntaba por qué se había retirado de ese volumen editado.

¿Cómo está?

Me han dicho que está mucho mejor ahora. Tienen un perro, que ayuda... eh... con la depresión...

—Oh, muy bien. Mi asesor tuvo un cáncer hace un tiempo y le regalaron un gato.

Supuestamente, tener un compañero animal ayuda *mucho* ...

Ella y Belinda siguieron así un rato. Alice pensó que lo estaba haciendo bastante bien. Reconocía todos los nombres que Belinda mencionaba, había mencionado los contactos adecuados para que Belinda la tomara en serio, y no había logrado arruinar su té ni su galleta. Solo que la mirada de Belinda seguía fija en un punto por encima del hombro de Alice, como buscando a alguien que la rescatara de aquella conversación. La tercera vez que lo hizo, Alice se desanimó.

—Lo siento —dijo Belinda—. No pretendía ser grosera, solo me preguntaba dónde estaba Peter.

"¿Quién es Peter?"

—Es el sexto —dijo Belinda—. De la cohorte. Fuimos estudiantes de pregrado juntos.

—¿Te refieres a Peter Murdoch? —intervino el francés—. ¿Felix? ¿Philip? —¿Ese es el prodigio de Oxford?

"Escuché que él es el único asesor que Jacob Grimes ha tomado en años", dijo el italiano, cuyo nombre Alice pensó que era Paolo o Lorenzo.

“Así es”, dijo Belinda con orgullo.

"Estoy trabajando con Jacob Grimes", dijo Alice, pero nadie la oyó. La conversación derivó hacia la reputación del profesor Grimes, la reputación de Peter y cómo Peter supuestamente lo había impresionado al inventar un nuevo pentagrama, una versión de la Paradoja del Mentiroso, justo durante su entrevista de admisión. ¿Sabían que Peter Murdoch era la persona más joven en publicar en *Arcana* ? ¿Sabían que Harvard le había escrito a Peter Murdoch con una oferta de trabajo tras la publicación de su artículo *en Arcana* , y que Peter le había respondido cortésmente que primero necesitaba terminar sus exámenes de nivel avanzado?

"¿Tiene padres eruditos?", preguntó el francés. "Seguro que sí."

—Creo que su madre estudia biología —dijo el italiano—. Y el padre, matemáticas,

¿no?

“Me gustaría tener padres académicos”, dijo el francés.

"Es una ventaja terrible", dijo el italiano. "Es un mago hecho en una botella".

—¡Ahí *están* ! —gritó Belinda hacia la puerta del jardín, donde se encontraba un joven desgarbado que había olvidado o decidido no llevar el vestido negro obligatorio—. Tarde como siempre. Peter Murdoch, todos.

El famoso Peter Murdoch tenía brazos y piernas larguísimos, y un pelo castaño claro abigarrado bajo el cual se asentaban unas enormes gafas de alambre. Los cristales eran muy gruesos, lo que hacía que sus ojos marrones parecieran enormes como los de un búho en contraste con su rostro. Al sonreír, su rostro se abría en dos, revelando una dentadura ligeramente desigual. Parecía alguien con retenedor. El efecto general no era desagradable. Definitivamente no era un dios griego, y aun así, Alice no podía dejar de mirarlo. Lo observaba de arriba abajo, intentando determinar si era una persona real.

Todos se presentaron. Peter era un interlocutor alegre y fácil. Al verlo asentir y sonreír, daba la sensación de que todo en el mundo le

interesaba. No dejaba de preguntarles a todos sobre sus investigaciones, y luego hacía preguntas adicionales sobre métodos específicos, pero como todos querían impresionarlo y como el italiano (su nombre era Michele, según supo Alice por fin) no paraba de hablar de su trabajo sobre la teoría de la elección racional, pasó una eternidad antes de que la mirada de Peter se posara finalmente en Alice.

—Hola —dijo Alicia—. Somos hermanos asesorados.

—¿Ah, sí? —Peter le estrechó la mano con entusiasmo—. No sabía que había contratado a otra.

Ella decidió no tomarlo como un desaire. "Bueno, bueno, esa soy yo".

Supongo que trabajaremos mucho juntos. Por cierto, yo entiendo lógica.

Lingüística y juegos de palabras. Y, bueno, algo de trabajo de archivo.

“¡Un artesano de la palabra!”

Alice tenía las mejillas muy calientes; se preguntó si alguien podría verlas. "Bueno, ya sabes, los estadounidenses solo sirven para cosas raras y experimentales".

"Me encanta", dijo. "Me encantan los estadounidenses. Son tan poco convencionales".

Envalentonada, se arriesgó. "Oye, ¿quieres tomar algo algún día? ¿Hablar de nuestros proyectos?"

¡Sí! ¿Mañana, la Pick? Tengo una reunión antes... ¿A las cinco?

Alice tomó nota para averiguar dónde y qué era el Pick. "Allí estaré".

—¡Estás siendo muy grosero! —Belinda apareció del brazo de Peter—. Ven aquí.

Jean también es lógico, te estaba esperando.

Ella lo arrastró. Peter miró por encima del hombro y le sonrió radiante a Alice. Ahí, de nuevo, ese latido perturbador de su corazón. Una cuchara tintineó contra un vaso, y alguien anunció que era hora de tomar algo dentro con el profesorado. Alice cerró los ojos con fuerza y negó con la cabeza para despejarse, y luego los siguió a todos a través de las puertas.

RESULTÓ QUE EL PICK se refería al Pickerel Inn, que estaba justo al otro lado del puente del Magdalene College. Al día siguiente, Alice llegó a las cinco en punto. No vio a Peter, así que se sentó en una mesa cerca de la entrada, donde él no la viera. Se sentía muy cohibida; no dejaba de mirarse en el espejo sobre la barra, recogiéndose el pelo tras las orejas y revisándose los dientes en busca de manchas de lápiz labial. Casi nunca se pintaba los labios, y ahora se arrepentía, pero limpiarlo solo empeoraría las cosas. No sabía por qué estaba tan nerviosa; ya había compartido copas con muchos compañeros de clase. Quizás porque trabajarían tan estrechamente durante los próximos seis años; deseaba con todas sus fuerzas empezar con buen pie. Quizás porque no había dejado de pensar en su sonrisa

torcida en toda la noche. (El problema del aspecto de Peter era un gran enigma para ella.

Nada era simétrico ni de belleza clásica, así que ¿por qué su rostro era tan *absorbente* ?

Requería más investigación).

Pasaron cinco minutos, luego diez. Miró por la ventana; primero con esperanza, esperando que cada nueva figura en el puente adoptara su figura flacucha; luego con esperanzas desfallecientes y avergonzadas. Pidió media pinta de cerveza Cambridge Pale Ale solo por entretenerse, y se la bebió casi todo demasiado rápido cuando empezó a sentirse cohibida por ocupar la mesa. Con el paso de la hora, sus nervios pasaron de la euforia a la locura y finalmente a la locura. Peter no apareció.

APRENDIÓ, DURANTE ESE PRIMER SEMESTRE, que Peter Murdoch casi nunca aparecía donde ni cuando debía. Llegaba tarde a casi todas las clases, faltaba a las capacitaciones obligatorias y rara vez estaba en el laboratorio cuando el profesor Grimes los esperaba a ambos. No había un patrón ni una explicación para este comportamiento. Te ignoraba durante semanas y de repente aparecía con una propuesta de investigación impecable. Hacía planes entusiastas para cenar durante el té de la tarde y luego, horas después, no aparecía.

Esa primera noche, esperó de cinco a siete. Incluso pidió una cena completa de pescado con patatas fritas, simplemente por culpa de ocupar la mesa, antes de levantarse por fin. Un grupo de estudiantes universitarios alborotadores entró y se sentó frente a ella, y ni siquiera pudo disfrutar de la cena por miedo a lo que pensarían de ella: ¿quién era esa posgraduada de rostro serio y erguida que cenaba sola? Un chaparrón repentino estalló justo cuando salía. No se le había ocurrido traer paraguas, pues no estaba acostumbrada a esta tierra de lluvias inesperadas, y regresó a casa mojada y temblando.

Nunca volvió a cometer ese error. Desde entonces, si Peter llegaba incluso dos minutos tarde, lo tomaba como confirmación de que no vendría. Normalmente acertaba.

Ese primer año, barajó todo tipo de teorías. Peter tenía algún tipo de problema de pérdida de memoria a corto plazo, pero ¿por qué sus lapsus nunca se extendían a sus estudios? Peter llevaba una doble vida como agente del gobierno y no podía recordar sus mentiras, pero ¿qué vida sería esa? ¿Y qué espía elegiría hacerse pasar por un estudiante

de posgrado, entre todas las cosas? Peter tenía algún tipo de problema de adicción. Esta sugerencia fue popular entre el resto de la cohorte, especialmente Belinda, quien comenzó a preocuparse de que Peter consumiera heroína, pero las pruebas simplemente no existían. No había marcas de heridas, ni hemorragias nasales,

ni hábitos extraños ni mal aliento. Se veía muy delgado, aunque siempre lo había sido.

Peter, cuando aparecía, siempre era brillante, centrado y alerta. Y muy agradable.

Lo más probable es que Peter fuera simplemente brillante, arrogante y despistado a la vez; una combinación de rasgos que solo hombres talentosos como él podían tener, pues el mundo les perdonaba cualquier transgresión con tal de que deslumbraran. Para Peter, probablemente, concertar una cita era como charlar; suavizaba las cosas y no significaba compromiso. No era su culpa. No los ignoraba a propósito. No se podía culpar a un tifón por su destrucción fortuita; no se podía culpar al sol por hacer desaparecer las estrellas. Simplemente no percibía las consecuencias de sus actos.

Ninguna de ellas merecía su atención, y este hecho le dolía más que cualquier otra cosa.

“Peter es el tipo más agradable del mundo”, observó Belinda una vez, “quien siempre te mantiene firme a distancia”.

Aun así, Alice era una profesional. No dejó traslucir su resentimiento, pues ¿qué razón tenía para resentirse con él? No podías enojarte porque alguien no te valorara.

A lo largo de dos años, su relación laboral alcanzó un equilibrio cómodo y amistoso.

Peter, cuando estaba presente, era tan servicial como divertido. Le hacía la vida en el laboratorio muy fácil. Hacía todo el trabajo pesado sin que se lo pidieran, mantenía su puesto limpio y etiquetaba todo con una claridad impecable. Y nunca criticaba a otros estudiantes de posgrado a sus espaldas como muchos en su departamento, quizás porque se sentía felizmente seguro de su posición en la cima. A veces, ella disfrutaba de verdad de su compañía: hasta altas horas de la noche en el laboratorio, cuando eran los dos únicos en el departamento, cuando parecía que todo el mundo dormía menos ellos.

Pero esto era lo más desconcertante de todo. Alice tenía estos

recuerdos; eran de antes de que la tatuaran, así que no podía analizarlos en detalle, pero sabía que estaban *ahí* . Su cabeza apoyada en su hombro; su chaqueta envolviéndola. Su baile de claqué por el suelo del laboratorio, cantando a viva voz una canción que ella acababa de tararear. Tirando tizas por la habitación cuando a uno se le acababan; alcanzando, fallando, tizas esparcidas y rotas por el suelo. Y sus risas exhaustas y desquiciadas, a altas horas de la noche, cuando todo parecía divertido; esa clase de risa histérica y desgarradora que te dejaba sin aliento.

Todo esto había sucedido. Ella no lo había inventado. Había estado allí, sabía lo que se sentía al hacerlo reír.

Así que podría ser perdonada si, alguna vez, se hubiera engañado a sí misma creyendo que *había* ascendido para merecer un espacio en el mundo interior de Peter.

Que por fin podría atravesar su caparazón y descifrar lo que fuera que él ocultaba al resto.

Esta siempre era la tentación con Peter. Podía hacerte sentir tan importante. Su proximidad te llenaba de energía. Toda la intensidad de su atención era como una droga. Se reía de un chiste que habías hecho, o te seguía con preguntas sobre tu trabajo, y pensabas: « *He pillado al chico natural»* . Pero siempre se alejaba y te dejaba preguntándote qué habías hecho. ¿Lo habías ofendido? ¿Habías dicho algo incorrecto?

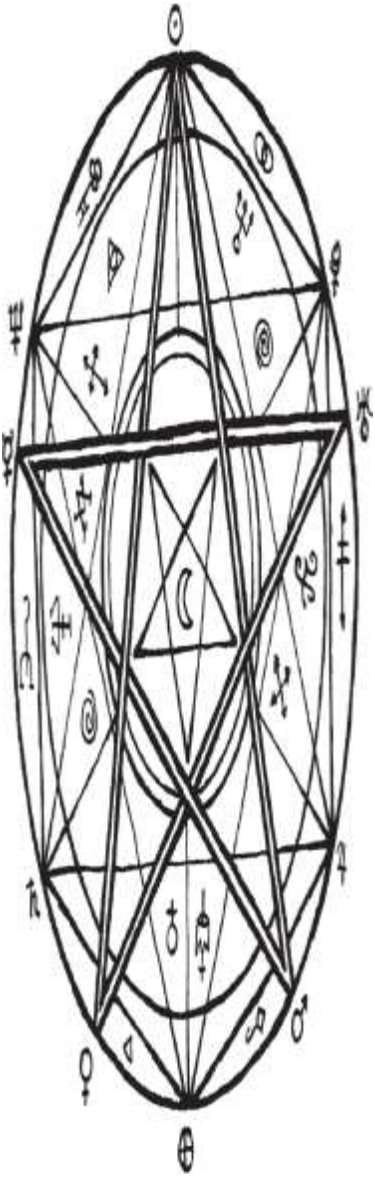
¿O simplemente no habías sido suficiente; no habías sido lo suficientemente inteligente o astuto? ¿Se habría aburrido, se habría levantado y se habría ido?

Alicia solía torturarse con la duda, escrutando su memoria aún imperfecta, pensando cómo lo había ahuyentado y qué haría falta para que volviera. Pero no había respuestas. No era culpa suya. Peter era un ser salvaje; nadie se le acercaba. Un abismo se abría entre él y los demás. Los demás eran tan pesados, mundanos, terrenales; y Peter siempre estaba volando a mundos donde no podían seguirlo.

Así que simplemente dejó de preguntárselo. Dolía demasiado. No había respuestas; solo existía el abismo. Todo lo que sabía era esto: podía coexistir con Peter Murdoch.

Incluso podía, cuando bajaba la guardia, cuando estaba privada de sueño o lo suficientemente desesperada, sentir mucho cariño y, por desgracia, atracción por Peter Murdoch. Pero sería una tonta si

pensara que lo conocía. .



Capítulo doce

Un piojo soñó.

Esto era horrible, porque en el último año soñar se había convertido en una amenaza para la subjetividad coherente. Los sueños eran viajes en alfombra voladora a través de recuerdos vagamente asociados, y Alice simplemente tenía demasiados; las rutas se multiplicaban infinitamente, todo deseo y ninguna represión; en una fracción de segundo su mente podía pasar de inocentes recuerdos de la infancia a serpientes de tres cabezas retorciéndose sobre criptas, coros angelicales con rostros desvaneciéndose.

Freud había argumentado que los sueños eran el lenguaje del inconsciente, y los sueños de Alice estaban escritos en letra pequeña. No flotaba inconsciente entre imágenes vagas; lo veía y lo sentía todo, con crudos detalles minuciosos; incluso mientras esos fragmentos de memoria se empalmaban y superponían en combinaciones espantosas.

No solo recordaba cada sueño con exacto detalle, sino que también recordaba todos sus ensueños y fantasías, y así las visiones se acumulaban, y nuevos sueños se construían sobre fantasías locas previas, y cada vez que entraba en un sueño el pandemonio se había expandido, los demonios habían copulado y multiplicado, y cada vez al despertar era cada vez más difícil reconstruir lo real.

Esa noche en el Infierno, imaginó que el Profesor Grimes, con cara de caballo, la había secuestrado y la había llevado a una serie de túneles subterráneos que, según él, la conducían a los archivos perdidos de la Biblioteca de Alejandría. Se imaginó arrastrándose a gatas, recogiendo una sustancia blanca plateada que podría haber sido tiza líquida. Se imaginó empuñando unas tijeras; apuñalando ferozmente el cuello de un caballo hasta que la sangre negra le cubrió la cara, y lamiéndola como si fuera regaliz.

Se despertó cuando Peter le tocó el hombro. Se sobresaltó.

—Mierda... lo siento. —Se suponía que debía estar vigilando—. No sé cómo... debí...

—No pasa nada —susurró—. Me desperté temprano. Mejor nos vamos. Por cierto, Cat ha vuelto.

"¿Mmm?"

Parpadeó con los ojos vidriosos. Arquímedes estaba sentado junto al fuego, con aspecto muy satisfecho consigo mismo, acurrucado junto a Peter, como si nunca los hubiera abandonado a la probable muerte.

—Judas —murmuró Alicia—. Supón que quieres desayunar.

Arquímedes maulló y lamió las migas de sus bigotes.

Peter ya había calentado pan Lembas al fuego e incluso había calentado agua en dos tazas plegables de hojalata para el té. Alice se incorporó y aceptó una taza de Darjeeling.

«No sabía que habías traído té».

—Solo unas cuantas bolsas —dijo—. No pesa tanto, después de todo. Iba a dejarlo para la segunda semana, pero pensé que nos merecíamos un capricho.

—Bueno, gracias —sopló en la superficie—. Darjeeling es mi favorito.

—Lo sé. Siempre le estás gritando a la gente que no toque tus bolsitas de té.

“Bueno, si claramente no está marcado como té *departamental* , entonces no es propiedad comunal”.

—No, es perfectamente razonable. Por si sirve de algo, siempre pensé que era Michele quien se las robaba. Demasiadas bolsas Fortnum en la papelera de su oficina.

Se rió a pesar suyo, y entonces su mente se reactivó y recordó lo que había visto y lo que ahora sabía que era Peter. Un sabor amargo le inundó la boca. Bajó la mirada.

"¿Estás bien ahí?"

—Ah, sí —dijo, y rápidamente recuperó la calma—. Solo estoy cansada.

No dejaba de mirar a Peter de reojo mientras comían. Observaba su sonrisa, buscando las grietas.

Una parte de ella deseaba no haber visto nunca sus notas, pues ahora cada interacción con Peter implicaba pasar desapercibida. ¿Era su afable actitud solo una fachada? ¿Un efecto de bufón calculado para engañar a todos a su alrededor y hacer que bajaran la guardia? En el fondo, ¿era tan competitivo e inseguro como los demás? O

peor aún: ¿era Peter el rival más peligroso, el sociópata encantador que nunca te dejaba sospechar ni un instante hasta que te clavaba la espada por la espalda?

Pero ¿cómo se mantenía así durante años sin descuidar su

comportamiento? Peter era un poco voluble, sí, pero Alice jamás había oído rumores de que actuara con malicia.

De hecho, era famosamente, innecesariamente amable. Todos lo adoraban, a pesar de

tener motivos de sobra para odiarlo. «Bendito sea Murdoch», decían todos. Era un fastidio, pero tenía buenas intenciones.

¿Fue todo una actuación grandiosa? ¿Peter los había estado interpretando desde el día que se conocieron?

Alice había pasado horas esa noche mirando su cráneo dormido, preguntándose qué pensamientos rondaban en su mente. ¿Quién *era* ? A pesar de toda su ambición, Alice no podía imaginarse llevando a un amigo, ni siquiera a un colega, a las profundidades del infierno como un cordero al matadero. No podía comprender las intenciones de Peter, y esto la asustaba más que cualquier otra cosa: la posibilidad de que, a pesar de años intentándolo, no supiera en absoluto quién era Peter Murdoch.

Se sintió como una idiota por haber compartido todo lo que tenía la noche anterior.

Se estremeció al recordar cómo él asintió, tarareando con compasión, con la mano en su hombro. Y todo el tiempo debió de estar riéndose por dentro. *Pobre Alice, querida Alice, qué idiota.*

No fue casualidad que la hubiera encontrado en el laboratorio. Ahora lo comprendía: él debía saber que se iba. La *necesitaba* , necesitaba su alma intacta para el intercambio.

¿Cuánto tiempo había estado esperando su oportunidad?

Oh, Dios mío. Ahora estaba atrapada en el infierno con él.

“¿Estás bien?” preguntó Peter.

Ella parpadeó. "¿Perdón?"

Él asintió con la cabeza hacia su codo. "Parece que la hinchazón ha bajado un poco".

Se miró el brazo. "Ah. Supongo que sí."

"¿Está bien continuar?"

Hizo un rápido inventario de su cuerpo. Le dolían las extremidades y los cortes aún le escocían, pero todo era superficial. Lo único que realmente le dolía era la ansiedad que le roía las entrañas, pero no tenía más remedio que soportarla. «Creo que sí».

—Vamos entonces. —Sonrió, se levantó y extendió la mano. Arquímedes estaba más adelante, agitando la cola con impaciencia.

"Sí, está bien."

Finge , se dijo a sí misma mientras le agarraba la mano. *Finge por tu vida.*

A MEDIDA QUE EL DESEO SE DESVANECÍA TRAS ELLOS, EL terreno cambió rápidamente bajo sus pies. El camino del campus se volvió accidentado y lleno de baches. Luego, los ladrillos dieron paso a tierra sin pavimentar. Pronto se hizo evidente que descendían por una pendiente pronunciada, el suelo desmenuzable y traicionero. Tuvieron que detenerse a cada paso, probando cuidadosamente su agarre antes de apoyar el peso en el suelo. Al menos Alice tenía algo de práctica con esto: un verano hubo obras en Mill Road, entre Magdalene College y el departamento, y toda la acera estaba destrozada. Fue una temporada de tobillos torcidos. Con el tiempo, llegaron a una grieta en el suelo, un amplio abismo que hendía el espacio entre el Deseo y más allá. Su camino se estrechaba en una peligrosa hilera de escaleras que serpenteaban hasta el fondo y subían lentamente por el otro lado. Abajo, a su izquierda, a la altura del abismo, se agitaba el Leteo; ya no estaba quieto, sino que era una ráfaga espumosa y feroz.

—Oh, querido —dijo Peter y se detuvo.

Pero Arquímedes prosiguió con confianza. Alicia examinó el camino y vio puntos de apoyo. No eran muy buenos ni visibles, pero allí estaban. «Mantén las rodillas dobladas y los brazos extendidos para mantener el equilibrio», dijo. «Todo irá bien». En Ítaca había recorrido los resbaladizos senderos cerca de las gargantas, e incluso en los días de lluvia parecía peor de lo que era. Solo te caías si lo intentabas. Por desgracia, en Ítaca, a menudo lo intentaban.

Supuso que tenía sentido que tal barrera separara las dos primeras cortes de la tercera. El orgullo mezquino, el deseo insaciable: eran cosas egocéntricas, y sus daños se volvían hacia adentro. Pero de la codicia surgieron las conspiraciones; surgió la malicia hacia los demás. Aquí, sin embargo, conseguir lo que se quería significaba asegurarse de que otros no lo consiguieran. Bhishma dijo en el *Mahabharata* que

de la codicia provenía el pecado. San Pablo advirtió a la iglesia que el dinero era la raíz de todo mal.

Así que aquí estaban los verdaderos conspiradores; los que sabían lo que hacían y merecían pagar.

Ojalá se le hubiera ocurrido traer bastones de senderismo. Tropezaba constantemente con las rocas, y Peter la sujetaba constantemente, lo cual la irritaba, porque odiaba seguir encontrando consuelo en su presencia. Era una horrible paradoja:

por un lado, el hecho de que él intentara traicionarla, y por otro, la evidencia empírica de que seguía siendo *Peter* , el Peter que recordaba, el Peter que le gustaba.

Lo peor era que Peter no paraba de hablar. Había decidido que las adivinanzas serían una forma divertida de pasar el rato. Hasta ahora habían hecho las cuerdas quemadas (dos cuerdas se queman en una hora; con una cerilla, ¿cómo se miden cuarenta y cinco minutos?), la pelota de ping-pong (¿cómo se saca una pelota de ping-pong de una tubería?) y las nueve pelotas con peso (usando una báscula solo dos veces,

¿cómo se identifica cuál de las nueve pelotas es un poco más pesada que las demás?).

Ahora seguía hablando de una historia sobre mundos de hadas. "¿Qué entra por la puerta verde de cristal, Alicia?"

—Eh... No sé. ¿Elfos? ¿Niños?

La luna puede pasar. La tierra no. Los gatitos pueden pasar. Los gatos no. ¿Qué pasa por la puerta verde de cristal?

¡*Cállate* !, quiso gritar Alicia.

Podía soportar cualquier tipo de crueldad. Pero no la dejarían convertir en idiota. El profesor Grimes le había inculcado un profundo horror a que la idiotizaran.

—Los necios pueden pasar —continuó Peter—. Pero los sabios no. Los gansos pueden pasar, pero los patos no.

—No... ¡Diablos! ¿Será algo sobre plurales?

Negó con la cabeza. «Un taburete puede pasar. Pero una mesa no».

“Sólo dime la respuesta.”

—Son las letras dobles. —Parecía molesto—. Simple. Creía que sabías idiomas.

Alicia no tenía una respuesta diplomática para esto, por lo que continuó caminando en silencio.

TRES SEMANAS DESPUÉS DE QUE ALICE COMENZARA SU PRIMER SEMESTRE, el profesor Grimes la llevó a tomar el té al club de profesores. Alice estaba muy nerviosa y emocionada. Se había quedado despierta hasta tarde la noche anterior preparando temas de conversación sobre las clases que había disfrutado y las que le habían resultado difíciles, y una propuesta de

siete puntos para nuevos proyectos. Nunca había salido con el profesor Grimes y quería asegurarse de que le caía bien.

Pero la primera pregunta que hizo, después de pedirles dos bollos de pasas y una tetera de Darjeeling, fue: "¿Ves a ese niño?".

Alice miró por la ventana y, sobresaltada, vio pasar a Peter Murdoch. No les prestaba atención. Simplemente se tambaleaba por la acera, parpadeando ante una hoja de papel. A Alice se le encogió el pecho. No había tenido clases con Peter ese trimestre y no había hablado con él desde aquella merienda de orientación, aunque su corazón siempre latía de forma extraña cuando lo veía pasar por el campus. Parecía perdido. No dejaba de mirar las señales de tráfico y luego daba vueltas, como un perro que se muerde la cola.

“Esa es tu competencia”, dijo el profesor Grimes. “Tu criterio. Lo único que debes pensar estos próximos cinco años es si estás a su altura”.

Alice miró hacia afuera a Peter, quien ahora saludaba en tono de disculpa a un auto que tocaba la bocina mientras cruzaba rápidamente la calle.

Manteniendo el ritmo , dijo. Sin superarlo.

“El mundo será mucho más fácil para él”, continuó el profesor Grimes. “Parece, actúa y habla como un mago. Realiza la investigación clásica que favorece la Real Academia. Sus padres son famosos. Todos en nuestro campo ya conocen su nombre.

Cuando vaya a entrevistas de trabajo, sabrá preguntar por los hijos de

sus colegas, porque, en primer lugar, quizá ya los conozca y, en segundo lugar, se los recordará a sus entrevistadores. Tú, en cambio, no hablas como ellos, no te pareces a ellos, y tu investigación no se ajusta a lo que buscan. Siempre tendrás que rendir el doble para obtener la mitad del reconocimiento. No tienes margen de error".

Alice llevaba tiempo sospechando todo esto. Nunca esperó que alguien se lo dijera con tanta franqueza, y no estaba preparada para el dolor que le causó. Miró fijamente el rostro impasible del profesor Grimes y se preguntó por qué la había traído allí.

"No lo digo para desanimarte", dijo el profesor Grimes. "Lo digo porque he estado en tu misma situación. Tú y yo no tuvimos tanta suerte. Tenemos que ascender. Estás haciendo un buen trabajo, Law. Pero eso es todo. Es simplemente *bueno* ... Necesito que seas excepcional".

—Puedo ser excepcional —dijo Alicia, porque parecía la única respuesta que podía dar.

—Buena chica. —El profesor Grimes asintió con la cabeza hacia su taza intacta—.

Bebe tu té.

Hizo esto a menudo durante los siguientes años. Cada fracaso de ella se relacionaba directamente con el éxito de Peter. Has sido coautora de un artículo. Murdoch ha sido coautor de tres. Has ganado mil libras en financiación. Murdoch ganó el doble. No puedes cometer los mismos errores que Murdoch, le dijo. No tienes tanto margen de error. Y ella sabía que solo estaba siendo un buen consejero, porque un buen consejero te mantenía consciente de la realidad de tu situación. El profesor Grimes había venido de orígenes más humildes que ella; había llegado tarde a la magia, fue el primero de su familia en graduarse de la universidad, y tampoco sabía qué tenedor usar. Desde su perspectiva, sin duda, le estaba mostrando las llaves del reino.

Pero no podía evitar sentir una punzada de dolor cada vez que él lo mencionaba.

Como si lo hubiera decepcionado al haber nacido de los padres equivocados, con el rostro equivocado, sin conexiones, sin pene. Como si la estuviera entrenando para correr una carrera que ambos sabían que ya había perdido.

Así que quizá observaba a Peter más de lo que le convenía. Sus ojos se

posaban en su sombra cada vez que estaban en la misma habitación. Estudiaba sus hábitos, sus gestos, la cadencia de su habla. Se preguntaba qué rasgos podría adoptar. No podía soportar su desventura; nadie le concedería tanta gracia. Y no podía estudiar como él lo hacía, o como él afirmaba hacerlo; no podía comprender páginas densas de una sola mirada. Pero tal vez podría intentar moverse con su ligereza, o al menos sonreír la mitad de veces.

Desarrolló una hiperconciencia de Peter. Conocía con precisión el ritmo de sus pasos. Siempre sabía si estaba en el edificio: podía distinguir sus zapatos desgastados, su paraguas roto, el abrigo de lana marrón que siempre colgaba en el tercer gancho empezando por la izquierda. Siempre se daba cuenta de cuándo hablaban de él; era cómico, la verdad, cómo se le aguzaban las orejas al oír su nombre. Reconocía su risa desde el otro lado del pasillo. La habría reconocido desde el otro lado del mundo.

Ella llegaría a lamentarse de esto más tarde, del año en que todo salió mal, del año en que perdió la capacidad de olvidar cosas que no debería haber escuchado.

Ese día estaba durmiendo la siesta en el laboratorio. Dormía la siesta a menudo; a nadie le importaba, simplemente la rodeaban. Y Alice siempre tenía la costumbre de desaparecer en la mesa de trabajo. Era delgada y no roncaba; si no te fijabas bien, podrías pensar que era un montón de abrigos. Acababa de despertarse cuando se abrió la puerta y entró Peter, charlando animadamente con alguien a quien no conocía.

Podría haberse levantado. Habría sido lo correcto. Pero ese viejo impulso, la necesidad de observar a Murdoch en cada contexto, la hizo quedarse inmóvil.

Intentó distinguir a su interlocutor. Era difícil adivinarlo solo por la voz; una mesa le impedía ver. A partir de entonces, nunca estuvo segura de su identidad. Solo podía adivinar, y adivinar era peor. El invitado hablaba con acento estadounidense, pero parecía un experto en la magia de Cambridge. Un profesor visitante, entonces. Alguien que había venido para dar una charla, o que simplemente estaba de paso, poniéndose al día con sus colegas. Posiblemente de Princeton. Probablemente de Harvard.

—No está tan mal —decía Peter—. O sea, tiene sus ataques, todo el mundo lo sabe, pero uno aprende a leer su estado de ánimo. En general, ha estado bastante bien. Nada que ver con los rumores.

“¿Y qué pasa con la muchacha?” preguntó su invitado.

Alice siempre recordaría la facilidad con la que las palabras salían de la boca de Peter. Había palabras que decías para crear un efecto, palabras construidas para influir en tu interlocutor. Y luego había palabras en las que realmente creías, en las que siempre habías creído, palabras que solo esperaban el estímulo adecuado para soltarlas.

—Ah, ella —dijo Peter—. No, no diría que tiene un problema.

"¿Qué quieres decir?"

"Es como un pájaro", dijo Murdoch. "Salta donde está la semilla. Come directamente de su mano".

“Me estoy metiendo en un agujero para calentarme”, dijo su invitado.

—Calidez —dijo Peter arrastrando las palabras, el sonido más desagradable que Alice jamás le había oído. Se oyó un golpe de puños contra palmas, un gesto indudablemente vulgar. Ambos rieron.

Peter sugirió que fueran a ver las suspensiones de vidrio en el laboratorio de Helen Murray, y su invitado accedió. La puerta se cerró con un clic tras ellos. Sus pasos se perdieron en el pasillo.

Probablemente no recordaban esta conversación. Para ellos, no era crueldad. No habían decidido: « *Ya que somos misóginos, ¡a burlarnos de una chica!».* Eran palabras como agua; escúchalas, ríete y sigue adelante. Probablemente. Peter no intentaba sabotearla entonces. Simplemente no le importaba.

Pero se extendieron pocas impresiones. Peter nunca tuvo que pensar en esto, pero Alice sí; el bullicio latente de chismes que determinaba quién obtenía puestos y poder.

El mundo académico implicaba tantas decisiones sutiles entre candidatos idénticos, la mayoría tomadas al final por capricho. El alcance del asesor de alguien. Un rumor.

Nunca podría decir esta teoría en voz alta, porque sonaba descabellado. Pero ahora estaba segura: podía trazar una línea recta desde esa risa en el laboratorio hasta su fracaso al no ganar el premio Cooke.

Harvard había organizado una recepción para Cooke en julio. El comité de selección habría asistido. Aún no se había tomado ninguna

decisión. Habría habido vino, y luego chismes. Las impresiones se habrían consolidado. Era muy plausible. No estaba loca.

Claro que quería equivocarse. Durante meses y meses se aferró a la esperanza de estar equivocada, de que todo estaba en su cabeza y que se lo estaba inventando todo.

Seguramente nadie más vivía así, agobiado por los detalles más insignificantes que asumían tenían consecuencias enormes. Seguramente nadie más estaba tan anclado en la ansiedad. Otros podían tropezar, negar con la cabeza y seguir adelante. Cuánto envidiaba su ligereza.

Esto marcó la diferencia entre ellos. Alicia se inquietó y Peter bailó en el aire.

Si alguna vez lo mencionaba, él no lo recordaría. Y si alguna vez intentaba explicar cómo la había lastimado, entonces la tomaría por loca. «Saboteaste mi carrera», le diría.

Y a esto él respondería, con toda inocencia, «¿Qué?».

MIENTRAS DESCENDÍAN la cresta, se hizo evidente que no estaban solos. Una caravana de otros viajeros —todos Sombras, todas almas que habían pasado o eludido el Deseo—

apareció en las rocas que los rodeaban. La pendiente los conducía a todos en la misma dirección. Alice observó los rostros de las Sombras, intentando imaginar qué habían hecho.

Tenía sentido que tantos progresaran de la Lujuria a la Avaricia, si uno confiaba en el relato de Dante. Ambos eran pecados de incontinencia y deseo; solo la avaricia era el pecado del

deseo vuelto contra los demás, un pecado que se cometía al comprender que otros también harían lo que fuera necesario para conseguir lo que querían.

¿Podría estar aquí la profesora Grimes? Era posible, y suponía que debía estar buscando. Pero simplemente no creía que la profesora Grimes estuviera motivada por la riqueza. Nadie entraba en la academia si quería enriquecerse. Ciertamente, algunos lo hacían por el sueldo, y eran gente de baja estofa, gente de baja estofa que inevitablemente se marchaba a la industria. Pero si lo que querías era dinero, entonces simplemente te convertías en banquero, abogado o algo por el estilo. Sin duda, todos los compañeros de Alice en la

universidad pensaban que estaba loca por seguir estudiando en Cambridge cuando podría haber ido a trabajar en pequeñas industrias mágicas por seis cifras y una bonificación anual. Al menos dos conocidos de Alice, que se habían especializado en magia, ahora eran vicepresidentes de bancos regionales. Pero Alice nunca había querido dinero, había querido la verdad.

Estaba segura de que esto también era cierto para el profesor Grimes, quien siempre rechazaba oportunidades lucrativas de dar conferencias para centrarse en su investigación. No, a pesar de su bonita casa, su ropa elegante y su buena colección de whisky, Alice sabía que el profesor Grimes no estaba en este campo por dinero.

Simplemente se había enriquecido por accidente. Quizás académicos de poca monta se peleaban por la financiación, pero el profesor Grimes nunca la necesitó. Simplemente era demasiado bueno para todo.

—Apuesto a que son fideicomisarios. —Peter había inventado un juego de adivinar los pecados de las Sombras con las que se topaban, lo cual habría sido molesto si sus observaciones no fueran tan graciosas—. Apuesto a que es un plagiador en serie.

Apuesto a que son vicedecanos. Hay un lugar especial en el Infierno para los decanos,

¿no crees? ¿Aumentándose el sueldo mientras los demás nos las arreglamos con digestivos?

Alice no creía que Peter hubiera logrado sobrevivir con algo, pero no tenía energías para rebatirlo.

Con el tiempo, comprendieron que, después de todo, no tendrían que descender al fondo del abismo. Había un puente, tallado con la misma piedra de los acantilados, camuflado para que no lo vieran desde arriba. Era amplio, lo suficientemente ancho como para cruzarlo cómodamente uno al lado del otro, y estaba ricamente tallado. Cada escalón estaba hecho con media docena de azulejos adornados, y cada columna y ventana estaba forrada con figuritas. Alicia se preguntó qué deidad habría hecho esto.

Parecía extraño construir un puente allí abajo, oculto contra la roca. Como arrancar un trozo de Venecia y mantenerlo en equilibrio dentro del Gran Cañón.

Una Sombra vaciló en el centro, como si dudara si cruzar. Avanzaba

unos pasos, luego retrocedía unos pasos. Al verlos acercarse, preguntó: "¿Piedra diecisiete?".

“¿Perdón?” dijo Peter.

La Sombra les mostró su expediente académico. «Ahí dice piedra de paso diecisiete, piedra de paso diecisiete durante tres años o hasta que aprenda la lección, lo que ocurra primero».

Peter frunció el ceño al leer la transcripción. "Sigo sin entender..."

—Oh, aquí. —La Sombra los rodeó rápidamente. Alice notó un hueco vacío en el puente, marcado con el número romano XVII. La Sombra descendió y se arrodilló.

Entonces ocurrió algo extraordinario. Sus rasgos se desdibujaron; sus extremidades se desvanecieron; y su tez se intensificó. En segundos se había convertido en roca, y un suspiro sutil surgió del hueco donde antes había estado su boca; una nota grave que tardó varios segundos en desvanecerse, y aun así, persistió en el viento.

—Dios mío —dijo Alicia.

Ahora era evidente que todo el puente, y toda su ornamentación, estaba formado por Sombras petrificadas. Por todas partes podía rastrear indicios de formas humanas.

Aquí, una pierna extendida; allá, dos brazos sobre una cabeza. Pero los pasos se mantenían firmes, y no había otros senderos que los llevaran al otro lado, así que parecía lógico seguir adelante. Arquímedes cruzó corriendo sin dudarlo. Un coro de gemidos resonó tras él, y mientras Alice lo seguía, solo podía pensar en el tono particular de cada gemido en cada escalón; cómo si pudieras saltar cinco escalones a la vez, podrías tocar el comienzo de la Sinfonía n.º 25 de Mozart.

El camino era más estrecho al otro lado del puente y más traicionero; esta vez, tuvieron que subir a duras penas. Más arriba, dos Sombras forcejeaban en una parte particularmente sinuosa del camino. La disputa parecía girar en torno a quién debía cederle el paso al otro, lo que a Alice le pareció bastante absurdo, ya que al final todos iban al mismo destino. Pero las Sombras seguían empujándose, hasta que uno puso las manos sobre los hombros del otro y lo empujó por un paso elevado.

—¡Cuidado! —Peter tiró de Alice hacia atrás.

Preocupada, Alice se asomó por la cornisa. Pero la Sombra caída simplemente se incorporó y procedió a arrastrarse indignamente hacia la orilla, sin sufrir daño alguno.

Supuso que ya estaban muertos. Cualquier cosa que sucediera ahora sería una humillación.

El Sombra que había empujado al otro también se asomó por la cornisa y resopló con satisfacción antes de continuar su camino. Alice y Peter lo siguieron con cautela.

—Qué idiota —murmuró Alicia.

"Me pregunto qué hizo." Peter miró a Shade con los ojos entrecerrados y luego gritó en un susurro demasiado fuerte: "¡Pero si ese es Bill Cadeaux!"

Por suerte, la Sombra llamada Bill Cadeaux no lo oyó. El nombre apenas le sonó a Alice. "¿Quién es?"

«Él y Hollis Galloway se postularon para el mismo puesto en los años sesenta», dijo Peter. «Fue un escándalo terrible».

“¿Hollis Galloway el semiótico?”

Peter asintió. «Ambos son semióticos. *Lo eran.* Así que Cadeaux y Galloway se postularon para el mismo puesto en Chicago, y después de las conversaciones, decidieron hacerle una oferta a Galloway. Solo Cadeaux se enteró y empezó a enviar cartas anónimas a Chicago haciéndose pasar por estudiantes de posgrado, alegando que ella... ya sabes...»

“¿Los engañaste?” Alice proporcionó.

Básicamente, sí. Lo cual no habría sido gran cosa, salvo que Cadeaux se hacía pasar por *estudiantes* , lo que convertía a Galloway en una especie de lesbiana depredadora. A Chicago no le molestan los depredadores; las lesbianas, esa es otra historia. Así que Chicago inicia una investigación sobre Galloway, quien podría *haber* sido lesbiana, pero no del tipo depredador, y se asusta tanto que retira su solicitud de empleo, y Cadeaux consigue el trabajo, y nadie lo sabe hasta que se corre la voz de que estaba presumiendo de ello con estudiantes de posgrado en el bar. Se lo había inventado todo. Había hecho que su madre y sus hermanas escribieran cartas anónimas a mano y todo. Galloway se enteró y juró que ella arruinaría su carrera, pero murió en un accidente de coche antes de que nadie pudiera llegar al fondo del

asunto.

—Dios mío —murmuró Alice—. Diría que está en algo peor que Avaricia.

Y luego, una vez que se corrió la voz, insistió en su inocencia. Juró hasta el último día que ninguna de las acusaciones era inventada, que Galloway realmente *había* acosado a todos esos estudiantes. Peter miró a Bill Cadeaux, fascinado. "No lo entiendo.

Cómo pudiste hacerle eso a otra persona. Cómo pudiste vivir contigo mismo después".

Alice pensó que Peter exageraba bastante, considerando la situación. "Creo que hay gente que es así de egoísta".

—¡Pero sabotear a un colega! ¡Eso es demoníaco!

—Claro —dijo Alice sin poder contenerse—. Y tú también eres un ángel.

Inmediatamente se arrepintió de haberlo dicho. Peter aminoró el paso. "¿Qué significa eso?"

Perdón, nada. Solo quería decir que todos somos competitivos, ¿no? Hay política departamental por todas partes.

Parecía poco convencido. "¿Estás enojado conmigo?"

—No. —Intentó hablar con calma, pero su voz salió como un gorjeo alegre—. ¿Por qué iba a estarlo?

“Has sido brusco conmigo toda la mañana.”

—Lo siento. —Alice se abrazó el pecho. Sabía que podría haber actuado mejor como tonta, pero simplemente no era muy buena actriz —. Solo estoy muy cansada y tengo mucha hambre. No eres tú.

—De acuerdo. Siguieron caminando en silencio un momento. Entonces Peter preguntó: —¿Se trata de Cooke?

¿Qué? ¡No!

Es que te has portado un poco raro desde que lo mencioné. Y sé que fue de mala educación presumir, y lo siento...

Ahora estaba segura de que la estaba engañando. Qué cruel, qué

increíblemente cruel era. Se sentía como un animal pequeño, atrapada en una jaula.

¿Y si lo contaba todo abiertamente? Estaba casi decidida a hacerlo. Cualquier cosa con tal de acabar con esta tortura. Sé lo que haces, podría decir; tu papel de cachorrito no funcionará conmigo, que te *jodan* , Murdoch. ¿Pero entonces qué? ¿Confesaría, se disculparía? Absurdo. Lo más probable era que él también la empujara por el precipicio. No la necesitaba entera, solo la necesitaba viva. La única característica relevante de ese hechizo era la presencia de un alma viviente. Y Peter podía hacerle cualquier cosa antes de arrastrarla hasta la meta.

Luchó por mantener la voz firme. "No es el Cooke".

—Entonces, ¿qué pasa? ¿He hecho algo?

—No eres tú, en serio…

¿Se trataba de aquella mañana? ¿Es mi...?

—¡Dios , Murdoch, no!

“Si estás enojado conmigo, solo *dímelo* ”.

—Es que... —Se interrumpió. No pudo evitar la repentina convicción de que alguien se reía de ella. Estaba segura de haber oído la risita de una mujer. Miró a su alrededor, pero no vio a nadie. El rostro de Peter se tornó preocupado, como siempre, y ella sintió de nuevo el pánico de estar volviéndose loca—. Solo...

Allí estaba de nuevo, una risa clara y tintineante.

Alicia se dio la vuelta. "¡Para!"

"¿Detener qué?"

¿No lo oyes? —Rodeó el terraplén. Alguien se escondía, acechaba, lo sabía; solo que adondequiera que miraba solo veía rocas. El Shade más cercano era Bill Cadeaux, y ya estaba bastante arriba en la ladera. Aun así, la risa se intensificó. Era tan claro ahora; no lo habría imaginado. Arquímedes también había presentido algo. El gato se quedó paralizado, con los ojos como ranuras y la cola tiesa como una tabla.

—Alice, para. —Peter la agarró del brazo—. Siéntate, bebe un poco de agua...

Ella se escabulló. " *Detente* , escucha..."

Arquímedes maulló.

Un torbellino de color emergió de la roca: ondulantes madejas de rojos, rosas y púrpuras; un auténtico ataque a los sentidos, después de tanto gris infinito y rojo intenso. Al principio, Alicia pensó que estaban rodeados de mariposas, o de nubes rosadas y sensibles, hasta que las sedas dejaron de hincharse y se posaron sobre la figura de una mujer alta y esbelta.

—Hola —les hizo una seña, saludándolos—. Acérquense.

Alice se quedó paralizada, sin estar segura de si ese era el tipo de "acércate" que pronunciaban las sirenas antes de arrastrarte bajo el agua.

—Disculpen la grosería. —La mujer se llevó una manga a los labios y soltó una risita que no parecía arrepentimiento—. Me pongo muy curiosa. No corran, queridas. —Sus sedas ondularon, y de repente estaba justo delante de ellas—. No muerdo.

Era terriblemente hermosa. Una sonrisa con hoyuelos en un rostro redondo y franco.

Su cabello negro, tan brillante que reflejaba la luz, flotaba ingrávido alrededor de su cintura. Flotaba entre túnicas que cambiaban de color tan rápido como el agua salpicada por la luz del sol. Sostenía madejas de hilo en ambas manos; mientras hablaba, sus dedos trabajaban con rapidez, tirando de ellas a través de un telar que flotaba solo, y la tela que producía parecía desaparecer con la misma rapidez entre los pliegues ondulantes de su vestido.

Alice se devanó los sesos, pero no pudo relacionar a esta mujer con ninguna de las descripciones de las deidades del Infierno. La mujer se llevó una manga a la boca pintada de vivos colores y rió disimuladamente. "¿Te comió la lengua el gato?"

Las sedas de su cintura se arqueaban en el aire. Alguna campana resonó débilmente en la mente de Alice; alguna nota al pie medio olvidada, alguna mención arcana que no se había molestado en buscar. No era Aracne, ni la esposa del Emperador Amarillo. Una deidad de estrellas, plumas y anhelo.

—Eres de arriba —recordó Alicia. No se había topado con la Tejedora en ninguna de sus investigaciones sobre el Infierno, sino en un

seminario universitario sobre mitologías traducidas. La Tejedora, hija de las estrellas, se enamoró del mortal Pastor de Vacas, y su amor fue prohibido por los dioses. Solo un día al año se les permitía reunirse, y cuando lo hacían, una bandada de urracas formaba un puente bajo sus

pies—. Eres la diosa de los amantes que se reencuentran. Amantes que llevan mucho tiempo separados.

La Tejedora sonrió radiante. "¡Muy bien!"

—¿Pero qué haces aquí? Los de tu clase no mueren.

—De nuevo cierto —dijo la Tejedora—. Pero los mortales sí.

"Tu amante", se dio cuenta Alicia.

“Mi Vaquero.” Las sedas de la Tejedora brillaron en un rojo sangre, marrón, luego gris apático. “Mis hermanas estelares me advirtieron que su cabello se volvería blanco, que sus huesos se desmoronarían, que un día miraría esa cara y no sentiría pasión alguna. Pero todo sucedió tan *rápido* . Un día, el hombre fornido que adoraba. Al siguiente, un esqueleto. Luego, una noche, su corazón se detuvo. Lo seguí al otro mundo. ¡Pero esto no fue suficiente!” Sus sedas se volvieron negras como la brea, pesadas. “Él quería reencarnar. Yo no pude. Nuestras almas no son como las de los humanos; para ser lavadas y arrojadas a nuevos cuerpos para intentarlo de nuevo. Le rogué que se quedara aquí conmigo. Pero se aburrió de arenas sin océano y un cielo sin estrellas. Pensamos que una vez que tuviéramos conversación suficiente para durar toda la eternidad. Resulta que ni siquiera pudimos durar el año.” La voz de la Tejedora tembló. Un día, desperté y descubrí que me había abandonado por el Leteo. Desde entonces, he vagado sola por estos campos. En el cruce del Deseo a la Avaricia, donde el deseo se agota y los amantes solo piensan en sí mismos.

Una lágrima le resbaló por la mejilla. El efecto fue muy trágico, aunque Alice pensó que estaba exagerando. Quizás así era como las deidades inmortales pasaban el tiempo, perfeccionando sus propias mitologías.

La Tejedora señaló hacia arriba, y los dos extremos de su faja danzaron en espiral hacia el cielo. «En cuanto puedas, mira el cielo nocturno. Le falta una constelación. Hay un puente roto». Su faja se desplomó. «Oscuridad, ahora».

“¿Nunca has intentado encontrarlo?” preguntó Peter.

—No se nos permite, querido. Y, además, no me reconocería. Ha borrado todo recuerdo de mí de su mente.

—Oh —dijo Peter—. Lo siento.

—Eres tan dulce. —La Tejedora extendió la mano y le pellizcó la nariz. Peter se puso rojo de ira.

Alicia no estaba segura de cómo reaccionar ante todo esto. La Tejedora hablaba mucho. Pero esto al menos le dio un respiro: tiempo para evaluar si esta deidad quería jugar con ellos o matarlos.

—¡Pero aun así soy una romántica! —La Tejedora se desplegó las mangas. Un magnífico despliegue de color—. Nunca fue prudente que una deidad se casara con un mortal, ahora lo veo. Se necesita una perspectiva compartida sobre el tiempo. Las deidades no aman tan fugazmente, tan desesperanzadamente, con cada fibra de su alma. Pero los humanos... vivimos un instante, morimos y pasamos toda la vida preguntándonos cómo podríamos permanecer juntos en el más allá, cuando ni siquiera sabemos si eso es lo que realmente deseamos.

Se acercó aún más, incómodamente, y sus largos dedos se estiraron para bailar sobre sus hombros. Alice tenía el absurdo temor de golpear sus cabezas y hacer que se besaran como muñecas.

Veo a muchos de ustedes. Asesinatos-suicidios, eso es común. O accidentes. A veces ambos mueren de muerte natural, y uno espera años en los Campos de Asfódelos hasta que el otro muere de viejo. La Tejedora suspiró. Todos creen que su amor es eterno. Me gusta dejar que sigan creyendo.

—Déjennos pasar —dijo Peter—. El amor no es un crimen.

“En efecto”, dijo la Tejedora. “No inflijo castigo, querido muchacho. Te ofrezco una solución”. Juntó las manos. “Te ofrezco una prueba. Ninguna búsqueda ardua; solo la respuesta a una pregunta. Pongo a prueba tu lealtad. Si pasas, construiré un puente”.

Juntó las manos. Sus dedos se movieron rápido, y los hilos se derramaron entre ellos, evocando solo por un instante una tela que ondeó y brilló; centelleando oro y plata contra un negro aterciopelado. Una alfombra hecha de estrellas. “Mi puente te llevará a cualquier lugar que desees. A cualquier frontera, a cualquier corte. A la Ciudadela Rebelde, si lo deseas. O directamente al trono del Señor Yama. Pasa, y te dejaré caminar por este puente solo una vez, a cualquier lugar que desees ir”.

“¿Y si fracasamos?” preguntó Peter.

“Luego, te adentrarás en el Leteo”.

—Pero no estamos muertos —dijo Alicia—. No somos Sombras.

—¡Oh, son *peregrinos* ! —La Tejedora se llevó las manos a la boca. Sus ojos brillaban desmesuradamente—. Pero aún mejor. Entonces deben *necesitar* un paso seguro. —Sus dedos danzaron; el puente onduló sobre el abismo—. Estas rocas son complicadas, amores míos. Demuestren su fe y los guiaré sanos y salvos.

A Alicia no le gustó esto. La Tejedora, con sus risitas tontas, le recordaba a las heroínas de los dramas chinos que a su madre le gustaba representar cuando era niña: criaturas intrigantes y malvadas que siempre intentaban hundir a sus rivales en los pozos. Y aunque no lograba encajar a la Tejedora en su esquema del Infierno, conocía todos los cuentos sobre tratos y apuestas con lo divino. Orfeo fracasó en el desafío de Hades. Sísifo también intentó engañar a Hades, y fracasó. Tenía que haber una trampa, siempre la había.

"¿Podemos hablar?", preguntó. "¿En privado?"

La Tejedora se sacudió la manga. "Date prisa."

Alice tiró del brazo de Peter hasta que estuvieron fuera del alcance del oído. "No confío en ella".

"No tenemos por qué confiar en ella", dijo. "Solo necesitamos jugar. ¿Qué es lo peor que podría pasar?"

—Bueno, amnesia, ¿no estabas escuchando? —Alice no estaba segura del alcance de la protección de su tatuaje, pero no quería probarlo contra la inmersión.

“Entonces ganaremos, no puede ser difícil…”

—Y eso suponiendo que diga la verdad —dijo Alicia—. Las deidades de arriba no suelen vagar por el Infierno, ¿sabes? Podría estar disfrazada...

“¿Qué otra cosa podría ser?”

—No lo sé. Podría ser el hechicero...

—¡Si ella es la hechicera, estamos perdidos de todas formas! Mira, Law. —Peter extendió las manos—. Esto es un regalo del cielo. Ya

estamos pasando bastantes dificultades, y ella promete un salvoconducto...

—No quiero que me tiren al río —dijo Alicia—. Que es, por cierto, exactamente lo que pasará, ya que no estamos enamorados.

“¿Pero no puedes fingir?”

Ella lo miró fijamente a la cara. Abierta, cautivadora... ¿Cuánto tiempo le había llevado dominar esa mirada abatida? ¿Cómo era posible que la mirara así, con esa intención?

Pero quizá también podría fingir. Quizá podría ganarle en su propio juego. Después de todo, tenía una gran ventaja: Peter no sabía que ella sabía la verdad. «Quieres que finja que te amo».

"Es fácil", dijo. "Solo hay que asumir que nuestras voluntades están unidas".

"¿Qué significa *eso* ?"

Bueno, que queremos lo mismo. Que queremos lo mejor el uno para el otro. Que tomamos los fines del otro como propios, y que nuestro ideal es estar juntos. ¿Nunca te has enamorado?

—No. ¿Lo has hecho?

—Bueno, no. Pero no será tan difícil de imaginar, ¿verdad?

Creo que estar enamorado es lo más difícil de imaginar. —Hizo una pausa, pensándolo—. Me refiero a las complicaciones eróticas. Ni siquiera he visto tu pene.

—Dios mío —dijo Peter—. ¡La ley! No tenemos tiempo para articular una filosofía del amor.

“¿De qué otra manera decidimos entonces nuestra estrategia dominante?”

Simplemente asume que somos una sola persona. Tus fines son los míos y viceversa.

Lo que te duele, me duele. Nuestros objetivos son permanecer juntos y buscar lo mejor para nosotros como una unidad.

Alice no creía que así funcionaran las relaciones reales, al menos no por las que había presenciado, pero en teoría sonaba bien. "¿Dónde

aprendiste eso?"

“Immanuel Kant.”

“¿No era Kant virgen?”

¡Fue un gran filósofo! ¡Revolucionó la metafísica!

—Creo que fue Kant quien consideró inmoral masturbarse —dijo Alice —. Algo sobre tratarse a uno mismo como un medio para un fin.

"¿Tienes una idea mejor?"

A Alice le dolía la cabeza. Para empezar, no tenía otra explicación del amor; pero, en segundo lugar, aunque la explicación de Peter tuviera sentido, no podía desentrañarla de sus posibles segundas intenciones. En el fondo, sospechaba que estar enamorado era simplemente una mentira, ocultando la violencia, de dos personas, y por lo tanto, la propuesta de Peter no se correspondía con su prioridad de cuidar de sí misma.

—Vamos. —Peter le dio un codazo en el brazo—. Law. ¿Tan difícil es fingir que estás enamorada de mí?

La forma en que lo dijo le dolió el pecho. Sabía exactamente lo que hacía, y lo peor era que estaba funcionando. Deseaba con todas sus fuerzas confiar en él, ser el objeto de su amor, aunque solo fuera por fingir. « *Para»* , quería gritar. *«Para, ¿no ves lo que me estás haciendo?».*

—Bueno, mis amantes —llamó la Tejedora—. ¿Qué será?

—Estás listo —anunció Peter—. Jugaremos.

—Espera... —empezó a decir Alicia. Pero la Tejedora los agarró del brazo y, con una fuerza asombrosa, los arrastró hasta una roca hasta que quedaron uno frente al otro, sobre una especie de parodia infernal de altar nupcial. Mechones de seda se alzaron y formaron una barrera opaca entre ellos. Peter gritó algo, pero la seda ahogó su voz.

—No hay coordinación. La Tejedora brilló, y luego se dividió en dos dobles translúcidos. Cada uno se colocó a un lado de la pared de seda y hablaron al unísono.

Mi pastor me vio el séptimo día del séptimo mes durante ochenta años sin falta. Las sedas crearon siluetas en el cielo: dos figuras corriendo una hacia la otra, abrazándose, convirtiéndose en una sola. Pasaron

años sin ver su rostro. Todo su pueblo le rogó que me olvidara y se casara, pues yo no podía darle hijos, ¿sabes?, ni cumplir con ninguno de los deberes de una esposa. Y si alguna vez no venía, el puente se rompería. Si alguna vez le éramos infieles, el puente se rompería. Nunca le fuimos infieles. Siempre nos elegimos el uno al otro, hasta el final de su vida. Hasta que él eligió otra cosa y me condenó.

Las sedas se extendieron para formar una bifurcación; una roja, una verde. «Les doy una opción, mis amantes. La misma opción. Pueden elegir ir solos o juntos. Si ambos eligen ir juntos, les construiré un puente de estrellas. Si ambos eligen ir solos, los arrojaré al Leteo».

“¿Qué pasa si elegimos diferente?” preguntó Alicia.

Entonces, quien elija seguir solo podrá recorrer este puente tantas veces como quiera. Tendrás un camino seguro durante toda tu estancia. Te protegeré de todo y de todos. Nada te tocará. El puente danzaba, relucía, se bifurcaba en una docena de caminos. Y los demás... bueno, podríamos decir simplemente que desearán el olvido.

Alicia parpadeó y bajó la vista. De repente, frente a ella, apareció una bandeja, sobre la cual reposaban dos manzanas brillantes y cerosas. Una era rojo sangre, la otra verde oscuro.

"¿Qué será?", preguntó la Tejedora. "Rojo para ir juntos. Verde para ir solos".

“¿Tiene la misma opción?”

“El mismo.”

"Ah", pensó Alicia; "entonces esto era simplemente el dilema del prisionero".

Todos habían superado el dilema del prisionero durante su primer año. La solución obvia, si se confiaba el uno en el otro, era no fastidiar al otro. El problema, claro, era que la estrategia dominante siempre era fastidiar al otro, hiciera lo que hiciera. Pero si se cooperaba de antemano, ambos podían salir de la cárcel libres. Y habían cooperado,

¿no?

—Para aclarar —dijo—, ¿qué le pasará si decido seguir sola?

La sonrisa de la Tejedora pareció extenderse por todo su rostro. Si seguía así, temía Alice, su cabeza se partiría en dos. «El infierno se

vuelve tan solitario. Disfruto de la compañía». Grandes madejas blancas de tela emergieron de su espalda y quedaron suspendidas tras ella. Una telaraña. Si entrecerraba los ojos, Alice podía ver restos humanos en esa tela; los restos de siglos de amantes extraídos y desechados. Algunas de esas víctimas habían estado vivas alguna vez. Peregrinas. Las sombras no dejaban huesos.

Alicia se estremeció.

Esto no debería ser difícil. Su estrategia dominante era obvia. Peter había dicho que fingieran que estaban enamorados, y si lo estaban, ambos elegirían la roja. Si cooperaban, lo lograrían, así de fácil. Ella tomó la manzana roja, pero entonces ¿por qué no cerraba los dedos?

No pudo evitar preguntarse: ¿Y si Peter hubiera elegido el verde?

No podía hacerlo. No le convenía. Peter no la traicionaría allí; Peter aún la necesitaba; al menos, necesitaba su alma.

¿Y qué? ¿Se lo daría sin más? ¿Se lo serviría en bandeja y se iría como un cordero al matadero? ¿Qué lógica tan absurda era esa?

Su mano se apartó.

¿Y entonces qué? ¿Debería *elegir* el verde?

Entonces no lo necesitaría. Tendría vía libre en el Infierno, fácil acceso a todos los tribunales y el alma del profesor Grimes al alcance de la mano. Podría encontrarlo en un día y estar de vuelta en casa al día siguiente. Tendría todo lo que siempre había deseado, y solo le costaría dejar atrás a Peter.

Pero eso fue asesinato.

Pero entonces, ir con él y acelerar su propia muerte, ¿cómo era eso mejor? ¿Cómo era eso inteligente?

No puedes intercambiar contigo mismo. No puedes intercambiar contigo mismo, lo sabemos con certeza, así que ¿dónde nos lleva esto? ¿Qué podemos concluir excepto...?

Y todo esto suponiendo que la necesitara. Podría tener otro plan, podría no necesitar siquiera un intercambio; podría decidir que un salvoconducto valía la pena, podría *condenarla* ...

Sintió una punzada en las sienes; dos fuerzas la presionaban. Había

demasiada información, demasiados recuerdos, y no sabía cómo ordenarlos, no sabía qué *significaban* . Había llegado tan lejos con una sola idea grabada en su cerebro: « *Soy Alice Law, voy al infierno, encontraré al profesor Grimes y todo estará bien»* , y ahora que el catecismo no la guiaba, el camino a seguir no estaba claro. El pasado en su totalidad se alzaba vívido en su mente, mil pantallas de televisión funcionando a la vez, y ninguna le decía la verdad, todo lo que le daban eran instantáneas, un diluvio inútil de detalles.

Un vaso de cerveza vacío, una silla vacía. The Pick, silencioso antes de cerrar, y un sabor amargo en la boca. Los suspiros etéreos de Belinda. ¿ *Conoces a Peter Murdoch?* Su figura; la longitud de sus pestañas; tiza en las yemas de sus dedos, tiza en su camisa.

Mira afuera , dijo el profesor Grimes; *¿ves a ese chico?* Té Darjeeling, demasiado tiempo de infusión, con sabor a ácido. Bollos secos como cemento en la garganta. No podía tragarlo. Grimes ante una pizarra, Grimes ante un tablero de ajedrez. La fortuna favorece a los audaces, la magia recompensa a los decisivos. El primero gana; los perdedores se ponen al día. ¿Eres un perdedor nato? ¿Tienes agallas?

Risas en el laboratorio. *Habría buscado un nuevo tutor después de Cooke.* Un sonido de bofetadas, palmas abiertas contra las nalgas, y la risa se repitió, cada vez más fuerte, los pasos se desvanecían. *Comiendo directamente de su mano.* Letra grande y audaz: no había vacilación en esta escritura, era el garabato de una decisión tomada, una mente que se movía más rápido de lo que una mano podía seguir, esto no era una pregunta, esto era una declaración. *¿SI ALICE…?*

Sintió un silbido en los oídos. Cerró los ojos con fuerza e intentó armar la escalera.

¿Qué es relevante aquí? ¿Qué es estratégico? ¿Qué pruebas tengo para construir premisas y así poder razonar hasta llegar a una conclusión? *¿Qué haría Grimes?* Pero esto era tan difícil. Toda la información era un caos, no sabía por dónde empezar, ni siquiera podía aferrarse a las premisas fundamentales…

Mi nombre es Alice Law—

SI ALICIA—?

Soy estudiante de posgrado en Cambridge.

SI ALICIA—?

Estudio magia analítica.

¿Si ALICE—?

Los tablones se desmoronaron. No pudo aferrarse a los bloques de construcción, solo pudo aferrarse a una sensación, un pánico agudo, que resonaba en sus oídos como una docena de alarmas de incendios. Le dolía el brazo; el dolor había vuelto, como pinchazos, pero se extendía por todas partes. *Otra vez no* , pensó, aunque ni siquiera podía identificar qué significaba *otra vez* ; era solo una sensación. Una aguja destellando.

Tiza bajo su piel. Pigmento floreciendo y dolor cegador, tantos estallidos de blanco...

Otra vez no, por favor, daría lo que fuera, pero no quiero volver a sentirme así...

El vértigo la golpeó. Se tambaleó. ¿Dónde estaba esto? ¿Dónde estaba *ella* ? ¿Era el Infierno el recuerdo, era el Infierno el sueño? Se llevó las manos a la cara y no pudo verlas; donde deberían haber estado sus dedos había figuras en miniatura, diminutas copias de Peter y Grimes, todos bailando en una procesión. ¿ *Ves a ese niño?* Círculos verdes y rojos pulsaban detrás de ellos, se hicieron más grandes, se arrastraron uno contra el otro hasta que todo lo que vio fue un diagrama de Venn, y en el centro, una aguja y una tiza, la delgada hoja subiendo y bajando, la agonía por su brazo. Una conversación imaginaria del futuro: Peter y Grimes, sanos y salvos, tomando té en la oficina ... *¿Qué le pasó a Alice? Oh, no quieres saberlo.* Y esa escritura de nuevo; letras enormes y danzantes. *Si Alice...* Los vio reír, los vio poner los ojos en blanco, y sintió una rabia tan sofocante y vergonzosa que casi gritó. Patética Alice. La tonta de todos.

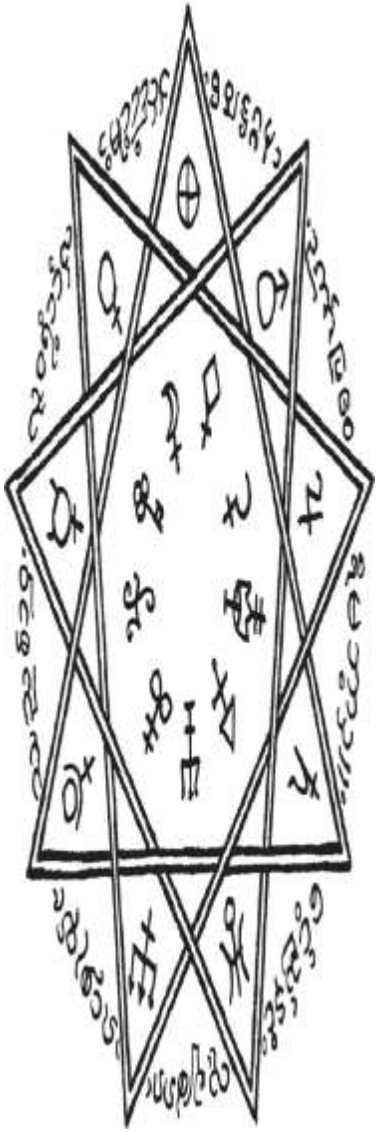
Peter levantó la vista, captó su mirada y sonrió.

«Te odio» , pensó; al principio, vagamente, tanteando la idea. Y descubrió, para su sorpresa, que encajaba. Encajaba. No se había atrevido a pensarlo antes, pero era correcto, era justo... ella no era un perro, no se dejaría patear. « *Te odio, TE ODIO».*

"¡Muy bien!" La Tejedora aplaudió. Sus dobles se fusionaron en uno. El telón brilló, como un mago animando a la multitud, y luego se levantó.

Allí estaba Pedro, agarrando una manzana roja.

—¿Alice? —Miró sus manos. Frunció el ceño—. ¿Qué hiciste?



Capítulo trece

En el invierno de su primer año, el asistente de laboratorio principal del profesor Grimes, un estudiante de cuarto año llamado Joshua, abandonó abruptamente el programa y huyó a Canadá. Fue un gran

escándalo en ese momento. Se rumoreaba que la novia embarazada de Joshua, harta de sus largas horas, le impuso un ultimátum de que necesitaba prestarle más atención y, cuando eso no funcionó, empacó todo y huyó a casa de sus padres en Ottawa.

Joshua lo dejó todo por amor y la siguió allí. Esto implicó gastar todos sus ahorros en un vuelo de última hora y correr a Heathrow a medianoche. No fue este drama, sino el hecho de que alguien dejara Cambridge para ir a *Canadá* , lo que puso al departamento nervioso.

¿Canadá siquiera tenía universidades, o todos se limitaban a esquiar, comer jarabe de arce y huir de los osos todo el año? En fin, que todos supieran, Joshua ahora estaba felizmente casado y trabajaba como guía turístico en el Château Laurier.

Lo relevante fue que Joshua se fue sin terminar sus proyectos, ni siquiera avisarle al profesor Grimes de su partida. Esto habría sido posible si el profesor Grimes no hubiera tenido que entregar una presentación en una conferencia de la Real Academia de Magia de Londres.

Así que reclutaron a Alice y Peter para cubrir las carencias. Estaban impacientes. ¿A quién le importaba si eran horas extras sin pagar? ¿A quién le importaba si significaban treinta horas extra a la semana que no les contabilizarían, mientras seguían con la carga de trabajo del curso? ¡El profesor Grimes quería su ayuda con una investigación de verdad! ¡Aquello para lo que se habían entrenado toda la vida! Habrían sido unos ingenuos si se hubieran negado.

Eran solo amigos cuando empezaron el trabajo. Alice había visto poco a Peter desde su primer encuentro en el jardín, ya que sus clases los llevaban por caminos separados.

Afrontó su primer encuentro con inquietud. ¿Y si Peter la trataba con condescendencia?

Peor aún, ¿y si ella parecía estúpida?

No tenía por qué preocuparse. Las dificultades forjaban amistades rápidas; no había tiempo para la incomodidad interpersonal con tanto que hacer. Qué agradable era el agotamiento de aquellos primeros días. Todos los días a las cinco, Alice y Peter se reunían en el laboratorio del profesor Grimes en el sótano, cargados con montones de manuscritos, con las manos sucias de tiza. Esas noches trabajaban frenéticamente durante horas y horas hasta que no podían ver con claridad. Esas noches que pasaban en el suelo del laboratorio riéndose

de sus propios errores, comiendo patatas fritas y curry de los carritos halal y, a veces, si les apetecía darse un capricho, pollo tikka masala del restaurante indio al norte del puente. Esto era lo mejor que la vida podía ofrecer:

manchas de tiza en la cara, huellas dactilares manchadas de cúrcuma en papel milimetrado. La felicidad completa era algún tipo de estudio, decía Aristóteles. Y eran tan felices; cubrían pizarras enteras con tiza en un frenesí inspirado, luego lo borraban todo para empezar de nuevo. Reprimiendo sus risitas, poniendo una cara seria cada vez que escuchaban los pasos del Profesor Grimes bajando las escaleras.

Fue a medianoche, cuando la mente se fracturaba, las cosas dejaban de tener sentido y los límites de lo posible se volvían fluidos, cuando lograron su mejor trabajo. Y en esas horas, Alice experimentó por primera vez lo que imaginaba que sería enamorarse.

Ella no era nueva en el lenguaje del cortejo. Había novios en el instituto, novios en la universidad; jóvenes nerviosos con camisas abotonadas y olor a loción para después del afeitado que se paseaban uno tras otro en una procesión olvidable de películas mudas, manos torpes. Vagamente entendía que este tipo de socialización se convertía en "salir en serio", en matrimonio; simplemente no podía entender cómo, cuando todo parecía un ejercicio para ocultar su disgusto. Peter no pertenecía a este género. Este era un tipo de sentimiento completamente diferente, y Alice no podía relegar lo que tenían al basurero del romance. Esto era amor, un amor que nunca había conocido; *Por fin* , pensó, *esto es lo auténtico* : este desarrollo gradual de otra alma, trazando el propio camino hacia un territorio interior privilegiado, haciendo descubrimientos de los que te sentías la primera. Alice amaba su trabajo precisamente por eso, así que ¿por qué no iba a enamorarse también de la gente?

Aprendió que a Peter le gustaba tararear a Mendelssohn mientras trabajaba, pero se sonrojaba y paraba si ella empezaba a tararear. Aprendió que a Peter le encantaban las lentejas, pero odiaba el puré de patatas y los plátanos porque le parecían

"engañosamente blandos". Aprendió que aproximadamente a las dos de la mañana, Peter entraba en lo que llamaban su "estado maníaco", que era cuando se le erizaba el pelo, se le abrían los ojos de par en par y empezaba a dar vueltas en círculos. Se emocionaba tanto con todo lo que hacían que no podía comunicarse con nada más que un frenético "¡Aaaa!".

Y si enamorarse era descubrir, ¿dejarse descubrir equivalía a ser amada? Porque a Alice le divertía oír a Peter hacer observaciones sobre ella; anunciar hechos que nunca había notado sobre sí misma. ¿Sabía, por ejemplo, que agitaba las manos como una medusa cada vez que discrepaba con una discusión? ¿Sabía que siempre terminaba con la misma raya diagonal en la frente, dejada por echarse el pelo hacia atrás con los mismos dedos tizosos? Peter determinó que, cuando Alice se dormía, mentía, no con malicia, sino de forma absurda; las palabras simplemente fluían de su boca semiconsciente sin ningún orden lógico. Le divertían tanto las mentiras inconscientes de

Alice que durante semanas grabó las tonterías que decía, todo para poder anunciar a finales de mes: «He llegado a la conclusión de que tu yo mentiroso y dormido tiene un único motivo. Y es seguir durmiendo el mayor tiempo posible. Responderás de cualquier manera que convenza a tu interlocutor de que te deje en paz. Por ejemplo, mira aquí, mi transcripción del miércoles: te pregunto si eres una berenjena. Y aceptas que eres una berenjena, pero que no debería preocuparme y que todo está bien. Durante el último mes te he oído aceptar que eres la princesa de Belgravia, que tus dedos de los pies son en realidad crías de hámster y que, durante las vacaciones, me acompañarás a esquiar al sol. Eres incorregible, Law. Tu ello inconsciente protege ferozmente que te dejen en paz».

No había pensamientos que no pudieran compartir. Alcanzaron ese raro estado de comodidad con otra persona, en el que hablar en voz alta era igual que pensar mentalmente: nada filtrado, nada oculto. A menudo, en lugar de irse a casa a dormir, se quedaban despiertos hasta altas horas de la madrugada hablando. Discutieron sobre el problema de Monty Hall. Peter pensó que era obvio que debían cambiar; Alice se negó a que la convencieran. Discutieron sobre si los números tenían colores y personalidades.

Peter insistió en que sí: el tres era azul, el cinco era rojo, el dos era amarillo y el cuatro era naranja; el ocho era un pesado y aburrido, y el nueve era una voluptuosa seductora... ¿y de qué color? Ah, obviamente, borgoña. El nueve era vino. Alice pensó que se lo estaba inventando para llamar la atención. Discutieron sobre si, en la cuestión de la relación del lenguaje con la realidad, Wittgenstein y Lacan estaban escalando la misma montaña desde diferentes lados (posiblemente, concluyeron, pero ninguno de los dos podía comprender a Lacan lo suficientemente bien como para asegurarlo).

Peter era el mejor interlocutor: generoso, de mente abierta, curioso.

Pensaba que cada nueva disciplina era fascinante y le hacía preguntas sobre su propio campo que ella nunca antes había considerado.

"¿Qué dice Jakobson sobre el lenguaje?", preguntaba. "¿Qué es la metonimia? ¿Qué es la metáfora? ¿Qué significa que el inconsciente esté estructurado como un lenguaje?

¿Qué *es* un lenguaje?"

Cuando hablaban, él la miraba fijamente, sin pestañear, de una manera que, de vez en cuando, la hacía tartamudear y soltar lo que sostenía. Le costaba captar la atención de Peter. Se había preguntado durante tanto tiempo qué haría falta para conseguirla, y ahora, aunque la tenía a raudales, la paralizaba.

Le enseñó que las matemáticas podían ser divertidas, a veces, siempre y cuando resolvieras paradojas sobre patatas. Imagina que tienes cien kilos de patatas. Son 99 %

agua. Imagina que se secan durante la noche, de modo que ahora son solo 98 % agua.

¿Cuántos kilos de patatas tienes? ¡Solo cincuenta! ¿ *Cincuenta?* Sí, cincuenta, ¡menos de cien! Pero solo has perdido un 1 % de agua. ¿Cómo es posible? «Es simple aritmética», dijo, pero Alicia no lo creyó.

Alice, a su vez, le enseñó sobre los poemas acrósticos chinos, escritos para ser inteligibles sin importar la dirección en que se leyeran. Le enseñó las complejidades de la gramática china, o mejor dicho, cómo no existía, y cómo en chino las metáforas conceptuales de tiempo y espacio eran opuestas a las del inglés. Los chinos creen que se puede ver el pasado, pero no el futuro, explicó; por lo tanto, solo se puede caminar hacia atrás, hacia el futuro. Y Peter, fascinado, declaró que iba a aprender chino para entenderla mejor, hasta que un breve ejercicio con los tonos —y la sordera tonal— le quitó la esperanza de que fuera tan fácil.

En aquel entonces, incluso desarrollaron su propio lenguaje abreviado, una combinación absurda de lógica simbólica —que resultaba simplemente gracioso de pronunciar en voz alta— y francés, que solo Alice hablaba y que a Peter le parecía gracioso. Había muchos graznidos, en lugar de francés. Este lenguaje no era nada eficiente, pero los divertía; les hacía sentir aún más que existían en un plano mental separado de todos los demás, que pronto desaparecerían en su propio orden simbólico y que nunca más serían comprendidos por

nadie más que entre ellos.

A menudo caían en risas incoherentes. ¡Ay, cómo le encantaba su risa! A cierta hora, pasada la medianoche, cuando sus mentes estaban aturdidas, empezaban a reírse de todo, pero de vez en cuando, Alice decía algo tan absurdo que hacía que Peter estallara en una carcajada desesperada y con todo el cuerpo. Le recorría el cuerpo, le cortaba la respiración, le hacía agitar los brazos, con los codos delante del pecho, como si si no intentara contenerse, esa risa lo fuera a romper en mil pedazos. Cuando Peter reía, sentía como si todo el calor del sol se volviera contra ella, porque lo *había* hecho, porque había pronunciado las palabras que lo sorprendieron y deleitaron tanto que ni siquiera podía respirar.

Hubo un tiempo en el que sintió que lo único que quería hacer era hacer reír a Peter Murdoch.

Con la misma frecuencia, se sumían en un feliz silencio mientras trabajaban. Podían pasar horas sin hablar; habían desarrollado un ritmo natural y cómodo el uno con el otro. Lo único que Alice necesitaba como compañía era el garabato seguro de la tiza de Peter a su lado. No estaba sola. Estaba a salvo. Había al menos una alma más en este universo que vibraba en su misma frecuencia. Y realmente, esa era la mayor felicidad

que Alice había sentido jamás: qué maravilloso, de verdad, tener una amiga cuyo silencio adorabas.

De todos modos.

Todo esto ocurrió antes de que Alice lo recordara todo, así que ahora era solo una niebla para ella. E incluso si pudiera recordarlo, sospechaba que lo sentiría absurdamente distante, de todas formas, como una vida vivida por dos personas completamente diferentes: más jóvenes, más felices, más inocentes. No eran las mismas personas. Primos lejanos, tal vez. Un parecido superficial.

Qué rápido podían cambiar las cosas. Terminó el trimestre. El proyecto concluyó. El profesor Grimes dio su presentación en Brujas ante una ovación de pie, y Alice y Peter ya no tenían motivos para trabajar hasta altas horas de la noche en el laboratorio. Y al instante, Peter se alejó.

A Alice le llevó demasiado tiempo captar la indirecta. Ingenua como era, pensó que su amistad se extendía más allá del laboratorio; que lo que hubiera sucedido durante toda esa medianoche perduraría. Pensó

que él también lo había sentido. No tenían clases juntos, pero ella inventó razones para encontrárselo. Empezó a rondar por la sala de estudiantes de posgrado, por si acaso entraba a tomar un café. Entre semana se pasaba por el carrito de comida halal con la esperanza de encontrarlo pidiendo sus patatas fritas y curry de siempre. No tenía ningún objetivo en mente. Nada tan concreto como una cita para cenar. Nada tan audaz. No había pensado tan lejos; la pregunta ni siquiera se había formulado. Solo quería oírlo reír.

Pero él nunca estuvo allí.

No podía culparlo por esto. Sus horarios de clases no se solapaban. No compartían tareas de laboratorio ni tomaban clases juntos. No había ninguna razón para que pasaran tiempo juntos, salvo que ella lo había disfrutado y quería hacerlo más. Pero él no le había prometido su tiempo. No le debía nada. Estaba ocupado, todos lo estaban, y cada vez más a medida que sus responsabilidades se duplicaban. No podía reprochárselo.

Pero ni siquiera esto explicaba su comportamiento cuando sus caminos se cruzaban.

Cuando se cruzaban en el pasillo —uno saliendo de la oficina de Grimes, otro a punto de entrar—, él solo asentía. Cuando asistían a las mismas funciones del departamento, solo intercambiaban palabras amables y anodinas. Hola, ¿qué tal? Bien, sí, lo mismo de siempre, trabajando arduamente; genial, sí, me alegro de verte, cuídate. Ella hacía

chistes, referencias solo para él, pero él no se reía o no la oía. En muchas ocasiones, se quedaba en las puertas con la esperanza de salir con él, pero él pasaba de largo sin verla.

Era tan humillante la forma en que se había demorado, esperando su atención, como un perro que no sabía que había sido abandonado y que siempre regresaba. Él no fue grosero con ella. De hecho, fue perfectamente educado, con esa clásica sonrisa de Murdoch. Le dedicó la misma atención amable que a cualquier desconocido.

Pero esto dolió, porque ella había pensado que no eran así.

Y cuando por fin comprendió la realidad —que Peter no quería verla ni la apreciaba especialmente—, seguía sin poder asimilarlo. No entendía cómo podía abrir la mente a alguien tan completamente, durante tanto tiempo, y luego cerrarla de golpe.

Quería preguntarle qué había pasado, pero no podía formular la pregunta de una forma que no fuera infantil. *¿Por qué ya no te gusto? ¿Por qué no quieres ser mi amigo?*

Preguntas para el patio de recreo; expresiones patéticas. No las diría, no le confirmaría que era demasiado aburrida para su atención.

El siguiente trimestre, repasó todas las emociones que pudo haber sentido hacia Peter: decepción, ira, resentimiento, añoranza; una montaña de angustia unilateral.

Pero, sobre todo, estaba confundida. Se le habían levantado todos los muros. La habían dejado sola. Un abismo los separaba, y ella no sabía cómo lo había provocado.

Luego se fue a Venecia. Sucedieron varias cosas allí, y Alice empezó a sentir que todo se le escapaba. Ese fue el comienzo, se dio cuenta desde entonces; el momento en que supo que, tratándose del profesor Grimes, no tenía la capacidad de decir que no.

Y luego regresó, y todo salió mal, y durante el último año, Alice no había podido pasar junto a Peter en el pasillo sin bajar la mirada.

Hubo una época en que todo se complicaba y Alice intentó arreglarlo. Que conste que no se rendía tan fácilmente en el amor: que sí intentó sentarse, resolverlo todo y comprender qué estaba pasando. Peter seguía evitándola, así que le dejó una nota en el bolsillo. La puso justo encima de su pila de correspondencia, donde él no podía pasar desapercibida. «Había pasado tiempo», escribió. Se preguntaba cómo estaría. Quería sentarse juntos. Tomar una taza de té. Hablar.

Él vio la nota. Ella lo supo, porque a la mañana siguiente, cuando la revisó, la nota había desaparecido. Peter sabía que lo había intentado. Simplemente, nunca respondió.

Si hubiera tenido la memoria perfecta de entonces, podría encontrar pistas en sus interacciones —todas esas noches largas, todas esas sonrisas—, o incluso el consuelo del recuerdo. Pero ahora solo tenía gélidos asentimientos en el pasillo; saludos breves; y el aleteo de su abrigo, la nuca, mientras salía apresuradamente por la puerta.

Y luego los chismes; las insinuaciones, las risas. Pasos que desaparecían por el pasillo.

Ese verano, el filósofo Derek Parfit publicó el muy controvertido *Reasons and Persons*

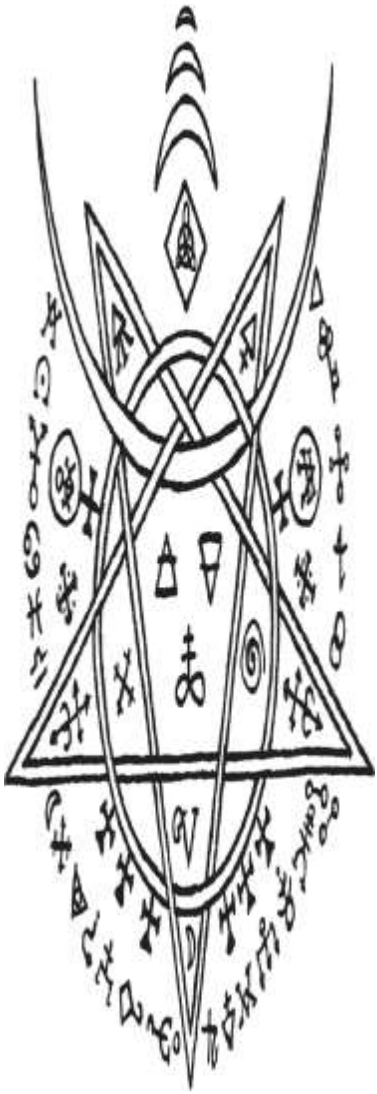
, y durante un tiempo fue de lo único que hablaban en Cambridge u Oxford. Alice lo leyó con gran interés. De hecho, la ayudó a aclarar gran parte de su confusión. *Reasons and Persons* aboga por una explicación reduccionista de la identidad personal: es decir, no hay una esencia especial de la personalidad que permanezca estable a lo largo de la vida. Utilizando una serie de experimentos mentales que involucran trasplantes de cerebro, divisiones cerebrales y teletransportación, Parfit argumentó que las cualidades que creemos que definen la personalidad esencial (la conexión psicológica, por ejemplo) en realidad no fundamentan ningún hecho más profundo. Podríamos compartir las mismas células, la misma continuidad corporal y los mismos recuerdos que iteraciones previas de nosotros mismos. Pero eso es todo. No hay ningún otro hecho del asunto, ningún *nosotros esencial* flotando como un espectro. Mantenemos la misma relación con la versión de nosotros mismos de hace diez años que con un hermano.

Ahora bien, Alice no entendía mucho de filosofía moral y se inclinaba al escepticismo respecto a que algunos experimentos mentales sobre teletransportación pudieran refutar la idea de un alma inmortal, pero esta perspectiva le resultó liberadora. La ayudó a comprender que nunca había conocido realmente a Peter, ni él a ella. Solo conocía una versión de él, en un breve instante. Pero sin esos vagos recuerdos, sin el hecho histórico de que una vez se rió disimuladamente con la cabeza apoyada en el hombro de Peter, no tenía ninguna relación significativa con la Alice Law que se estaba enamorando de Peter Murdoch. Y si pudieras reinventarte constantemente, eliminar las partes de ti que te avergonzaban o te herían, ¿cómo podrías llegar a conocer realmente a otra persona? ¿Acaso las personas eran simplemente paradojas vivientes, manteniendo una ilusión el tiempo justo para sobrevivir al contacto con los demás?

¿Eran entonces todas las personas una serie de mentiras al final?

Y si *eso* era cierto, ¿qué importaba entonces, qué historia tenías, qué amor compartías? Esa escalera había desaparecido; los tablones se habían vuelto a ensamblar, y el alma que habías llegado a conocer era una ficción recién creada. Y entonces tal vez era completamente posible —incluso común— que miraras a los ojos de alguien de

quien te habías enamorado, alguien con quien habías pasado cada momento de tu vida, cuya respiración te sonaba tan familiar como la tuya, y no lo reconocieras en absoluto. .



Capítulo catorce

Un piojo?

Ella se quedó congelada.

Parpadeó mirando su mano. Esto no era imaginado; esta configuración era real. No había tenido intención de actuar, solo estaba

considerando sus opciones, no había terminado de razonar, era solo un "qué hubiera pasado si...", no era lo que quería...

Pero ésta era su mano, y sostenía la manzana verde.

Si ella no lo había comprendido, ¿quién lo habría comprendido?

—No quise... —Alice lo arrojó hacia atrás y tomó el rojo—. Espera... Yo elijo...

Pero la Tejedora chasqueó los dedos, y tanto las manzanas como la mesa desaparecieron ante ella. «Y ese es el juego».

Peter gritó: "Alice, ¿qué *carajo* ?"

Alice se encogió. *«Por favor»* , quería llorar, *«no me culpes; no sé qué hago, ni siquiera soy un sujeto, no estoy aquí»* . Oyó un rugido en los oídos. Sentía las manos tan lejos. Intentó enfocar, pero no veía dónde empezaban, dónde la separaba el límite del resto del espacio; dónde terminaba el pasado y continuaba el presente.

—Pobrecitas —dijo la Tejedora—. ¡Qué seguras estaban!

Peter se adelantó. "¿Qué te pasa?"

La Tejedora lo retuvo. La seda ondeaba entre ellos. Alice sintió una presión en la espalda; se hizo más fuerte y se tambaleó hacia adelante. «Tú... sigue. Camina sola hacia el Infierno y siente la libertad. Y *tú* ...». Un zarcillo revoloteó alrededor del rostro de Peter. Bandas blancas salieron disparadas de las mangas de la Tejedora y se envolvieron alrededor de sus brazos, tobillos y cintura, haciéndolo girar como una araña a su presa.

«Yo te sostendré».

—Para —logró decir Alice—. No...

No te preocupes, querida. Sé lo que querías decir.

“Pero eso no es lo que yo—”

“Tú hiciste tu elección.”

Más y más seda se derramaba por sus mangas. Peter se agitaba, gritando, pero la seda alrededor de sus brazos y piernas se tensó hasta que solo pudo retorcerse. Estiró el cuello hacia Alice. «Alice, *ayúdame* ...»

Lo buscó a tientas. El pánico la obligó a concentrarse, y la figura de Peter se agudizó, lo único claro a la vista. Peter... sí... tenía que ayudarlo...

—No, querida. —La seda roja de la Tejedora ondeó entre ellas—. Confía en tu instinto.

Alice apartó la seda de un manotazo. «Para...»

"Sabes que no hay futuro." La Tejedora giró a Peter para que la mirara. Había dejado al descubierto todo lo que había sobre su boca; Alice solo podía ver sus ojos, enormes y aterrorizados. "Uno pensaría que más a menudo sería el hombre. Pero siempre es la chica. Siempre tiene miedo. Quiere creerle, pero no puede. La ha decepcionado demasiadas veces en el pasado. Sabe que lo volverá a hacer. Y al final, tiene que cuidar de sí misma." Las sedas alzaron a Peter en el aire y lo dejaron colgando allí, retorciéndose como una grotesca larva gigante. "Todos son parte de la misma historia. El mismo final, siempre. Conozco tu guion y puedo reescribirlo. Te estoy haciendo un favor."

Alice se tensó. «Para, por favor...»

—No te preocupes —canturreó la Tejedora—. Lo amaré. Lo amaré mucho y por mucho tiempo. Me encantan los frágiles hombres de rama. Necesitan tantos cuidados.

Peter intentó gritar, pero una tira de tela le apretó la boca, otra le tapó los ojos; y entonces la única señal de que estaba luchando fue el abultamiento de sus venas.

—Anda, querida. No te gustará mirar.

Oh, Dios, ¿qué había hecho? Buscó a tientas el cuchillo de caza en su mochila.

Cuando lo encontró, las madejas habían proliferado; una pared de tela entrecruzada las separaba. Intentó abrirse paso a machetazos, pero la seda no cedió; solo se tensó, atrapando la hoja. Se agitó, cortando con más fuerza. La pared se mantuvo firme. Peter casi fue tragado por la tela. Apenas podía verlo: solo un mechón de cabello castaño, el

resto una momia, incapaz de moverse. Intentó tirar de la tela, para abrir un agujero y poder atraparlo, pero cada vez que la tocaba, se espesaba. No importaba, era impotente, no podía detenerlo, no podía revertirlo.

Esto sigue pasando. Redobló sus esfuerzos, sollozando de frustración. Siempre era así: no importaba lo que pretendiera, todo se iba al carajo de todas formas porque era tan estúpida, tan inútil, no podía dejar de desmoronarse, no podía contener sus pensamientos, tomaba todas las decisiones equivocadas y eso lastimaba a todos a su alrededor. Titubeó y Grimes murió; su mente se desvaneció y Peter estaba condenado.

—Tranquila —la arrulló la Tejedora; un zarcillo de seda le acarició el hombro—. No pienses en eso, querida, pronto terminará.

Clic-clac.

A Alicia se le erizó el cuello.

Clic-clac.

La Tejedora también lo oyó. Dejó de hilar; las madejas hicieron caer a Peter al suelo.

Su cabeza se sacudió de un lado a otro, escudriñando los acantilados, con los ojos abiertos por el pánico.

Ella lo sabe , pensó Alicia; *los ha visto antes* .

Más allá de la colina llegaron, una horrible ola blanca.

Primero se abalanzaron sobre la Tejedora. Ella chilló; un remolino de tela le rodeó el rostro, un escudo de seda inútil, pero no se dejaron intimidar. La mordisquearon y la arrastraron, tirando en todas direcciones hasta que apenas pudo sostenerse, derribada por la masa rugiente.

Los seres óseos estaban más interesados en Peter. A Alice la ignoraron casi por completo; la esquivaron para llegar a él. Acabaron rápidamente con su capullo, lanzando jirones de tela al aire. Él se liberó y se golpeó la cabeza con las manos, intentando protegerse la cara y el cuello. Pero no paraban de acercarse.

—Toma... —Alice intentó pasarle un cuchillo, pero eran demasiados; se abalanzaron sobre la hoja en cuanto la dejó. Con manos temblorosas, destapó su cantimplora. Pero contenía tan poca agua, apenas un chapoteo, suficiente para detener a los seres óseos

que la rodeaban durante unos segundos. Y el Lethe yacía tan abajo en la cornisa, demasiado lejos para ser rescatado.

Peter gritó de dolor. Un perro de huesos había aterrizado sobre su lomo, con los dientes clavados en su clavícula. Alice intentó alcanzarlo, pero sintió una docena de punzadas repentinas de dolor. Habían decidido prestarle atención ahora, y estaban a sus tobillos, a sus rodillas. Y seguían avanzando; una corriente interminable de blanco ondulando por las colinas rocosas. Parecía entonces que iban a ser tragados por un verdadero montón de huesos, que cuando se desplomara no quedaría nada más que carne limpia.

Su masa era tan grande que no le quedaba más remedio que sucumbir a la oleada.

Alice cerró los ojos y esperó que el fin llegara pronto. Anticipó un dolor insoportable, un millón de pequeños mordiscos. Pero quizás la conmoción o la pérdida de sangre la entumecerían primero, quizás su consciencia se desvanecería. Y luego el resto, fácil, como dormirse. Pero el dolor nunca llegó. Mil pequeñas presiones contra su costado; hocicos clavándose no en ella, sino debajo de ella. De repente, la levantaron. Algunas se escabulleron debajo de ella para formar un lecho de huesos. Luego se fueron a un ritmo vertiginoso, una horda de hormigas entregando el botín a su amo.

Alice se retorció, pero fue inútil. Giró como girara, otra masa de hueso estaba lista para atraparla, devolviéndola a su centro. El sol tenue giraba sobre sus cabezas, formando salientes afilados contra el cielo anaranjado, lo que la desorientó tanto que no tenía ni idea de adónde iban, salvo la vaga sensación de que descendían, descendían, adentrándose en los acantilados hasta que pudo oír el rugido del Lete agitado junto a sus oídos, la niebla contra su mejilla. Los seres óseos giraron bruscamente. Al otro lado de la orilla, Alice vislumbró un ser óseo más grande que los demás; una amalgama quimérica erguida sobre dos patas, con la cabeza como un enorme cráneo con colmillos.

El sonido de un cuerno atravesó el aire.

Los seres óseos se detuvieron bruscamente. El efecto fue instantáneo; fue como si se les cortara una cuerda. Su coordinación se desvaneció; sus extremidades temblaron, apáticas y confusas. La cama se desmoronó. Alice se desplomó en el suelo.

Por un momento todo quedó quieto y en silencio.

El cuerno volvió a sonar; una nota sólida y vigorosa. Luego, sobre el agua agitada, una voz muy humana: "¡Fuera!"

Una forma oscura apareció sobre el Leteo, haciéndose más grande y

cercana a cada segundo que pasaba. Alice distinguió la embarcación fluvial más extraña que jamás había visto: una especie de barcaza desequilibrada, hecha de chatarra y huesos, que ondeaba una bandera negra andrajosa sin ningún símbolo que ella reconociera. En cubierta había un solo barquero, con un atuendo similar; un pirata desarrapado, de ninguna época ni nación, solo los restos del inframundo. Una máscara de hueso cubría la mitad superior de su rostro, dejando visible solo una boca ansiosa y sonriente.

¡Fuera! ¡Atrás!

El barquero saltó con gracia a la orilla y, con un movimiento fluido, sacó una lanza de su espalda. La giró dos veces por encima de su cabeza —un poco ostentoso, pensó Alicia— y luego saltó y la blandió tan rápido hacia Alicia que casi le rozó la nariz. Un crujido, un gemido. El objeto de hueso junto al pecho de Alicia se hizo añicos a sus pies.

Había lanzado la descarga inicial. Los seres-hueso respondieron de la misma manera. El barquero se convirtió en una ráfaga de giros, golpeando a los seres-hueso a diestro y siniestro. Era maravilloso verlo. Los seres-hueso redoblaron su ataque, pero el barquero parecía experto en sus maniobras. Se lanzaban desde todos los ángulos, pero él anticipaba sus golpes, golpeándoles las articulaciones, la columna vertebral, todos esos puntos de fricción que mantenían unido al resto.

“¡En guardia!”

Metió la vara en las costillas del que estaba a horcajadas sobre Alice y tiró. La presión desapareció. Alice se incorporó, jadeando.

“¡Adelante!”

Alicia no creía que este fuera el vocabulario habitual de un duelo. La figura con casco parecía más bien estar representando un papel, disfrutando de su actuación. De hecho, parecía divertirse, dando vueltas entre estas criaturas, como si fueran compañeros de la misma danza, con movimientos ensayados y perfeccionados.

Las criaturas caídas se apiñaron alrededor de su líder bípedo, formando un círculo, al parecer, para un ataque coordinado. Por un instante se miraron: el solitario barquero a un lado, la manada silbante al otro. El líder echó la cabeza hacia atrás y dio lo que parecía una serie de órdenes: *clac clac clac* . La manada bajó las mandíbulas al unísono, las patas traseras preparándose para saltar.

El barquero giró su bastón y tiró de una palanca en el otro extremo. Era, se dio cuenta Alicia, una botella rociadora muy elegante. El agua del Leteo llovió por el aire y las criaturas óseas gimieron, deslizándose hacia atrás.

“¡Atrás!” gritó el barquero.

Las criaturas óseas silbaron. El barquero volvió a rociar con la botella. "¡Digo, regresa! O te convertiré en un montón de huesos inútiles, lo haré".

Una serie de gemidos desafiantes. Entonces, los seres óseos volvieron a formar un grupo y se alejaron a toda prisa, pasando junto a las piernas de Alice. Se reunieron tras su líder bípedo, que se quedó allí un momento, mirando en silencio al barquero, hasta que también se dio la vuelta. En cuestión de segundos, todos habían desaparecido entre las colinas.

—¡Qué bien! —El barquero le ofreció la mano a Alicia—. Sube a bordo, rápido.

Alice vio una clara ventaja en confiar en un extraño que acababa de salvarlos frente a una semideidad que había intentado desmembrarlos, así que agarró la mano del barquero y dejó que la subiera a la barcaza. Su firmeza la tranquilizaba.

El barquero se giró y ayudó a Peter a subir justo cuando la Tejedora corría hacia la orilla. "¡Vuelve!" Las sedas se extendían desde su cintura como manos extendidas. "No he terminado contigo".

—No *he terminado contigo* —replicó el barquero—. ¡Vete, vaca celosa!

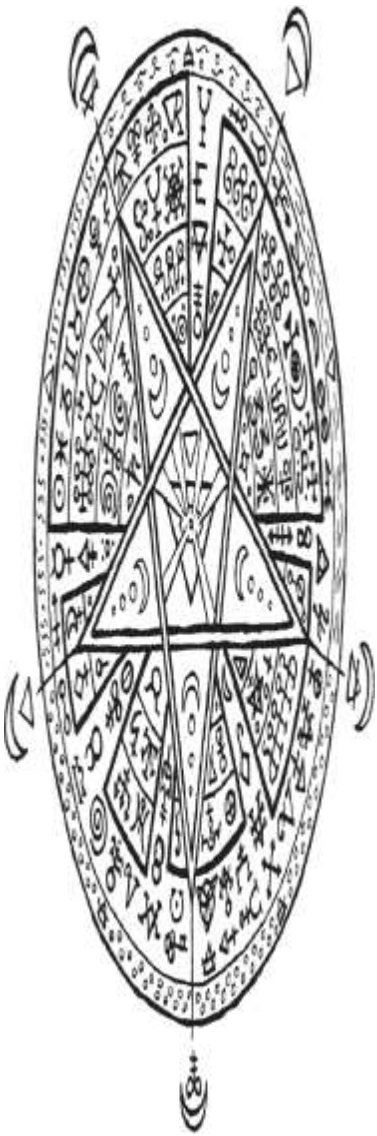
“¡El Señor Yama te castigará por esto!”

—Irritas al Señor Yama más que yo. ¡Fuera, arpía! El barquero empujó la vara hacia la orilla, y la barcaza se alejó justo cuando la Tejedora llegaba al borde. El barquero le puso la lanza en la cara y también la roció. Alicia no estaba segura del efecto que esto pudiera tener, pero la Tejedora farfulló, se secó la cara y se desplomó hacia atrás.

Las sedas brotaron de la orilla y llenaron el aire como los tentáculos de un kraken, pulsando y extendiéndose. Alice retrocedió, apartándose la tela de la cara. Pero el barquero fue más rápido. El barco negro se adentró en el corazón del Lete y los zarcillos se desprendieron, picados y chisporroteando por el rocío.

En la orilla, la chica tejedora echó la cabeza hacia atrás y se rió entre dientes.

—¡Buena suerte! —gritó—, amantes caprichosos. ¡La necesitarán!



Capítulo quince

¡ Agárrate fuerte! El barquero clavó su bastón en la orilla, y el bote se inclinó. Alice tropezó con Peter, quien tropezó contra la barandilla. «Las olas son peligrosas aquí. Déjame sacarnos de la orilla...».

El pequeño barco se mecía peligrosamente contra el Leteo, pero el barquero parecía experto en mantenerlos a flote. Alicia vio diversos instrumentos de navegación en cubierta: varias varas de diferentes longitudes, dos remos, un timón e incluso un motor a batería de aspecto sospechosamente moderno. El barco parecía una combinación de retazos de canoa, bote de remos y velero, todo a la vez. El barquero se apresuró a arreglar las velas, luego hizo algo de aspecto complicado con el timón, hasta que el barco se movió a un ritmo alegre paralelo a la orilla. Entonces dejó su bastón y se adelantó para evaluar a sus invitados.

—¡Hola! —Se quitó la máscara, revelando unos grandes ojos marrones en un rostro delgado y amable. Era una mujer—. Bienvenidos a bordo del *Neurath* . Soy Elspeth.

Alicia conocía esta cara. Conocía este nombre.

Se suponía que no debía saberlo. Toda mención de Elspeth fue borrada de los registros del departamento. Una fotografía enmarcada de cada cohorte colgaba en las paredes del departamento, excepto la de 1975. A todo el profesorado le gustaba fingir que Elspeth nunca había existido. Pero los rumores sobrevivieron, se transmitieron de generación en generación, y cuando le llegó el turno a Alice de recibir el secreto, no pudo evitar ir a la biblioteca de la universidad, como tantos otros antes que ella, y desenterrar el microfilm para encontrar el mismo artículo *del Cambridge Daily* con una fotografía borrosa de ese rostro, testarudo y encantador de perfil, con los ojos oscuros brillando sobre las mejillas hoscas.

Elspeth Bayes. Licenciada por Radcliffe, con maestría por Berkeley; estudiante de Jacob Grimes, especializada en matemáticas y lógica. Todo esto lo recordaba Alice del primer párrafo del titular del *Cambridge Daily* . Había fallecido diez años antes de su llegada.

Alice conocía bien la historia. Conocía cada detalle macabro, grabado más profundamente en la memoria popular con cada relato, detalles tan escalofriantemente precisos que sabías que tenían que ser la verdad. Decían que una mañana de invierno, el Lady Margaret femenino VIII fue a una sesión de entrenamiento pre-Bumps río arriba por el Cam. Dijeron que cuando los remeros regresaron al cobertizo para botes, el

timonel vio algo oscuro flotando en el río (¿una bolsa de basura? ¿Un montón de hojas?), justo a tiempo para ordenar: "¡Alto!", para que los remeros apretaran sus remos perpendicularmente contra el agua y aparcaran el bote. *Bump, bump, bump.* Cuatro remos de proa golpearon la cosa oscura en sucesión mientras el bote pasaba a la deriva y se deslizaba paralelo a la orilla. Dijeron que solo el timonel se dio cuenta de lo que había sucedido al principio, ya que solo ella estaba sentada mirando hacia adelante; que todos los demás remeros habían abandonado el bote y se estaban dispersando hacia el cobertizo para botes antes de que el timonel tropezara con las piernas temblorosas y se desmayara muerto en la orilla.

Se llamó a los servicios de emergencia, se tomaron declaraciones, y como el desafortunado Cox había cursado un curso introductorio de pregrado sobre aplicaciones de la magia el trimestre anterior, el cuerpo azul e hinchado fue rápidamente identificado como el de Elspeth Bayes. El remate de esta terrible historia, la frase que nadie dejó de repetir en voz baja entre patatas fritas y cerveza: «Y el entrenador dijo: bueno, si no estaban muertos antes de esa paliza, seguro que lo están ahora».

La autopsia no halló evidencia de crimen. No había sido estrangulada, golpeada ni apuñalada. Estaba completamente vestida, con la ropa mojada y apretada contra su piel.

No había evidencia de abuso sexual. Lo único que se podía concluir era que Elspeth se había ahogado en el río Cam por voluntad propia, y una nota hallada posteriormente en su habitación, escrita a mano por ella, confirmó la conclusión de la policía: *«Cansada, estoy tan cansada, y ahora solo puedo adentrarme en la oscuridad. Diles que lo siento. Dile...»*

Pero eso fue todo lo que imprimieron.

El profesor Grimes nunca hablaba de Elspeth. Alice había conocido a varios de sus antiguos alumnos en congresos: jóvenes invariablemente altos y de voz grave que se reían a gusto con otros profesores como solo los profesores jóvenes con plaza fija pueden hacerlo. Se jactaban de haber sobrevivido a Grimes, y Grimes, a su vez, se jactaba de sus logros. Graduarse con Grimes te colocaba en un club excepcional y exclusivo: veteranos presumidos con un futuro prometedor, para quienes el nombre Elspeth no significaba nada.

Pero Alice había encontrado los registros. Hubo un tiempo, hace unos seis meses, en que se obsesionó y pasó una semana revisando microfilmes de periódicos de la ciudad en la biblioteca de la

universidad, deteniéndose cada vez que se topaba con alguna mención del *cuerpo* , *de Cambridge* y *del suicidio* . Tenía que saber si la historia de Elspeth era real y, de ser así, qué debilidad la había llevado al río. ¿Estaba predispuesta al

suicidio o había sucedido algo en el laboratorio? ¿Cuán endeble era, en realidad, la línea entre cada cosa y la supervivencia? Los estudiantes tenían sus propias teorías, y cada relato atribuía un motivo diferente. Suspendió su defensa oral. Rechazada para su publicación. Rechazada para el trabajo en Durham. Pero la cobertura mediática fue tan escasa y ofreció lugares comunes tan vagos. Historia trágica. Chica frágil. La escuela de posgrado no es para todos.

—¡Ahhhh *!* —Arquímedes emitió un alegre maullido y se lanzó hacia adelante, rozando las piernas de Elspeth como si fueran postes de eslalon. Ella rió encantada y se arrodilló para rascarle la cabeza—. ¡Hola!

Arquímedes ronroneó. Elspeth les sonrió radiante. Alice se sobresaltó al descubrir que era hermosa. La foto del periódico la hacía parecer severa y tímida, pero en persona, se movía con un encanto imperceptible, como el de un pájaro. Elspeth era precisamente el tipo del profesor Grimes: delgada, desnutrida, con el pelo oscuro recogido en un moño de bailarina, y esta identificación le revolvió el estómago a Alice.

—¿Son magos entonces? —Elspeth los evaluó—. Deben serlo. Hay manchas de tiza por todas partes.

—Peter Murdoch —dijo Peter—. Y esa es… —No la miró—. Alice Law.

“Peter y Alice. Un placer.” Elspeth les tomó las manos una tras otra y las estrechó con fuerza. Tenía la palma caliente y húmeda, y Alice dio un respingo al sentir su firmeza. George Edward Moore habría envidiado esa textura.

“¿Conoces a Arquímedes?” preguntó Alicia.

¿Quién no? Aquí tienes, cariño. Elspeth extendió los brazos. Arquímedes se levantó de un salto y se acurrucó contra su pecho. — Entonces, ¿Ramanujan? Sí. Qué ingenioso.

Son la primera pareja que he visto que lo ha conseguido, ¿sabes? Todo el mundo siempre se atasca con las Modificaciones de Setiya, no tienen las matemáticas para eso.

—Las palabras salieron de la boca de Elspeth sin pausa ni puntuación; parecía no darse cuenta de que estaba hablando en párrafos completos. Quizás una década de soledad te hacía eso. Quizás eran las únicas almas con las que Elspeth había hablado desde su muerte. Su mirada los recorrió con entusiasmo, absorbiendo sus rostros—. Viajar al Infierno era la última moda en mi época. Todos amenazaban con hacerlo, pero nadie lo conseguía, y los primeros años me senté en ese puente observando y esperando a que alguien lo cruzara. Cinco años después, pensé que simplemente habían dejado de intentarlo. ¿Y cuánto te costó?

Hizo una pausa tan abrupta que Alice no se dio cuenta de que le habían hecho una pregunta.

Después de un momento, Peter dijo: “La mitad de nuestra esperanza de vida natural”.

“Debiste haberlo deseado mucho.”

—Estamos aquí para… —comenzó Peter.

Pero Elspeth siguió parloteando. «Me pregunto sobre la mecánica. ¿Crees que envejecerás prematuramente? ¿Crees que la muerte ya te ha llegado, como un cáncer?

¿O que te ocurrirá algún terrible accidente cuando tengas cincuenta? ¿Crees que la tierra se agrietará bajo tus pies y el inframundo te tragará?». Todo esto lo dijo sin el menor tacto. Alice lo entendía; después de una década en el Infierno, probablemente el tacto no le parecía tan importante.

—Eh... la verdad es que no lo sé —dijo Peter—. Ojalá no sea lo segundo.

—Supongo que da un poco de miedo, sin embargo —dijo Elspeth—. Cumplir cuarenta y preguntarse si al día siguiente te desplomarás de un infarto...

—¿Qué eran esas cosas? —la interrumpió Alice. Pensó que si Elspeth seguía parloteando así, podría llevar la conversación a un terreno más productivo—. Ya las conocías antes, sin duda...

—Oh, yo los llamo pequeños exploradores. —Elspeth hizo una mueca —. Aparatos de hueso. Se ponen en movimiento con un poder que me supera, pero les da miedo el Leteo, como habrás notado. Eso ayuda. Llevo siglos coleccionando atomizadores. —

Agitó su bastón—. Este es un frasco de perfume. Dior. Huele.

Ellos olfatearon como se les ordenó.

“Muy bien”, dijo Peter.

—¿Pero quién los controla? —preguntó Alicia—. ¿Es una deidad?

—Oh, peor. Un mago. —Elspeth bajó el bastón—. ¿Alguno de ustedes ha oído hablar de los Kripkes?

“No”, dijo Peter, mientras Alicia decía: “Oh, Jesús”.

LOS KRIPKE NO HABÍAN SIDO PROFESORES en Cambridge. Ni en sus sueños más descabellados; eran un anatema para la academia inglesa. Más bien, los Kripke eran artistas visuales e ilusionistas en Berkeley, donde se fomentaba ese tipo de magia salvaje y poco convencional.

Magnolia Kripke trabajaba con óleos y acuarelas. Nicomachus Kripke hacía trucos de magia. Eran de los pocos académicos capaces de llenar tanto un auditorio de Las Vegas como un aula de Harvard. Podían, con solo pintura blanca y negra, crear laberintos dentro de un armario que hacían sentir a los que entraban como si estuvieran recorriendo un patio entero. Podían, con solo espejos y luz, convencer a su público de que habían viajado décadas atrás en el tiempo.

Su atractivo comercial llevó a muchos en el mundo académico a subestimar su investigación. Después de todo, era una regla de oro en el mundo académico: cuanto más popular era uno entre las masas, menos valiosa debía ser su investigación. Alice no estaba de acuerdo; de hecho, había sido una especie de fan de Magnolia Kripke durante sus años de estudiante, como muchos jóvenes magos de su edad, y sentía que bajo la pompa y el espectáculo de los Kripke se escondían avances teóricos verdaderamente impresionantes. Pero para la mayoría de sus colegas, los Kripke eran pura cortina de humo; solo artistas, no pensadores serios. La administración de Berkeley parecía estar de acuerdo. El mismo año en que los Kripke agotaron las entradas de una gira por Norteamérica, sus solicitudes de titularidad fueron denegadas. Contribuciones insuficientes al campo. Ojalá hubieran dedicado menos tiempo a las fiestas en furgonetas de gira y más a publicar.

Es posible que este desaire llevara a los Kripke a desaparecer de la vista pública durante cinco años (se rumoreaba que habían recibido financiación privada de millonarios aficionados tras perder su afiliación universitaria) y luego reaparecieran para una exhibición

dramática en el Royal Albert Hall. Su último truco, anunciaron los Kripke, era regresar del infierno.

Distribuyeron invitaciones por todo el país en las semanas previas a esta actuación: crípticos papeles negros con las palabras “AL INFIERNO Y DE REGRESO”, con el subtítulo “Profesores Nicomachus y Magnolia Kripke”.

Solo se presentaron algunos académicos. Según lo que Alice escuchó, a la mayoría de la gente le desalentó esta estrategia para llamar la atención. Los Kripkes habían invitado a tres miembros de la junta de la Real Academia de Magia, el número necesario para verificar la eficacia de cualquier nueva técnica mágica, pero declinaron las invitaciones. Probablemente los Kripkes ofrecerían un gran espectáculo gótico: luces, fuego infernal, tal vez "invocarían" a uno o dos demonios. Un espectáculo bonito, pero no magia de verdad.

Así que nadie se lo esperaba cuando, frente a mil personas, Nicomachus y Magnolia Kripke se cortaron cuidadosamente las arterias carótidas, se tumbaron y se desangraron hasta morir en el escenario.

Inmediatamente, la comunidad académica se distanció de lo ocurrido en Londres.

Eso no era magia, era pura teatralidad vulgar. La Conferencia Internacional de Magia tuvo un papel importante en ello. No podían permitir que la reputación de los Kripkes perjudicara al resto del campo. Habían avanzado mucho desde la época en que se les difamaba como pseudociencia, como brujería, y todo el espectáculo pagano y satánico de la obra de los Kripkes era muy perjudicial para la legitimidad del campo.

El consenso era que los Kripkes se habían vuelto locos. La narrativa era muy conveniente. La magia, especialmente la de esta variedad, hacía que uno perdiera el contacto con la realidad. La primera regla que aprendía todo estudiante de posgrado era que en la base de cada paradoja existía la verdad. Que nunca debías creerte del todo tu propia mentira, porque entonces perderías el control sobre el pentagrama. Que la magia era un acto de engañar al mundo, pero no a ti mismo. Tenías que mantener dos creencias opuestas en tu cabeza a la vez. Tenías que saber cómo volver.

Pero Nicomachus y Magnolia habían estado viviendo en redes de fantasía cada vez más complejas. Era inevitable: finalmente habían

perdido el contacto con la realidad; se habían engañado a sí mismos creyendo tener poder sobre la vida y la muerte. Ya no eran magos. Ahora eran simples charlatanes, perdidos en sus propias ilusiones.

Así que, cuando los Kripke fallecieron, la comunidad académica recibió su desaparición con poca solemnidad. Nadie publicó una retrospectiva de su obra; nadie editó un Festschrift; nadie nombró cátedras becadas en su honor. Los dos estudiantes de posgrado de los Kripke abandonaron sus respectivos programas. Uno encontró trabajo como diseñador de efectos visuales en Hollywood, y el otro vivía en una comuna a las afueras de Palo Alto, según las últimas noticias.

Alice conocía a los Kripke, pues había investigado con fanatismo todo lo relacionado con las estancias en el inframundo. Encontró una copia rota y manchada de sangre de su panfleto del Royal Albert Hall, arrugada descuidadamente en el fondo de una caja de archivos. Encontró las pocas notas de investigación de Nicomachus y Magnolia que eran accesibles al público; el resto se perdió cuando se vendió la casa de la familia Kripke. Pero no es de extrañar que Peter no reconociera sus nombres. Al fin y al cabo, no tenía mucho sentido estudiar a alguien que fue al Infierno y no regresó.

“ HAN ESTADO RECORRIENDO LAS OCHO CORTES desde entonces.” Elspeth estaba haciendo algo complicado con las cuerdas y la vela. Ya estaban bastante lejos de la costa, y el *Neurath* se deslizaba suavemente sobre aguas más profundas y tranquilas. “Al principio, todavía parecían humanos. Cuando aún les importaba lo que solían ser. Se han adaptado desde entonces, adquiriendo cada vez más… atributos de deidades, podríamos decir. Empecé a ver a esos pequeños exploradores hace unos años.” Hizo una mueca. “Cosas asquerosas.

Han formado un verdadero ejército desde entonces.”

—¿Qué *son* ? —preguntó Peter—. O sea, ¿qué clase de magia...?

Ojalá lo supiera. Tengo dos teorías al respecto. La primera es que encontraron Sombras y las unieron a la materia viva, lo cual es aterrador, porque si pueden hacerlo, están en camino de hacer cualquier cosa. Por eso lo considero improbable.

“¿Y cuál es tu otra teoría?”

Que han separado partes de sí mismos en los huesos. Que las construcciones son satélites de sus propias mentes.

Peter palideció. "Pero eso... quiero decir, es magia increíblemente

sofisticada."

Bueno, los Kripke han tenido mucho tiempo. Siempre se les subestimó como verdaderos magos, creo. Lo que han creado aquí revolucionaría el campo, si alguna vez lograran publicarlo.

—¿Y ese gran constructo? —preguntó Alicia—. El de dos patas.

"¿Todavía tienen esa cosa con ellos?"

“Se mueve diferente a los demás”, dijo Alicia. “Es… más deliberado, como si tuviera voluntad propia. ¿Han estado innovando?”

—No. —El rostro de Elspeth se tensó—. No, es su hijo.

Alice y Peter hablaron a la vez. " *¿Qué?* "

—Teofrasto —dijo Elspeth—. Qué niño tan mono. Lo vi una vez en un hotel para congresos. Jugaba con dinosaurios de plástico. No paraba de golpearlos y gritar que tenían que reproducirse para salvar su especie.

A Alice se le encogió el pecho. "No..."

"Decidieron que no querían dejarlo atrás", dijo Elspeth. "Así que lo trajeron. Le dieron un jugo con arsénico antes del espectáculo y recogieron su pequeña alma muerta poco después de que ellos mismos emprendieran el viaje".

—Es horrible —dijo Peter—. No puedo creer que hayan *asesinado* ...

“No lo asesinaron. No desde su perspectiva”, dijo Elspeth. “Tienes que entender: creen que todavía están buscando una salida a este lío. Así que, según ellos, lo único que hicieron fue traerlo de viaje. Es como ir a una conferencia de fin de semana con mamá y papá en Birmingham”.

—Entonces, ¿aún están intentando llevar las cosas hasta el final? —preguntó Peter.

—La Gran Búsqueda —asintió Elspeth—. Llevan años empeñados en ella. Ya han recorrido las ocho cortes. Han encontrado algunas partes que ni siquiera yo he explorado, estoy segura. Y han estado reuniendo a sus... digamos, asistentes de investigación. Antes solo veía a uno o dos exploradores dando vueltas. Ahora hay docenas patrullando cada corte. Hasta ahora, nunca había visto a tantos reunidos en un solo

lugar. Deben estar muy emocionados por ti.

-¿Qué están buscando? -preguntó Alicia.

“Cualquier cosa que pueda ser útil”, dijo Elspeth. “Todo tipo de cosas terminan en el Infierno, ¿sabes? No siempre a propósito. Normalmente son objetos. Juguetes de la infancia. Muebles viejos. Cosas enterradas en ataúdes o desechadas en lugares de muerte. Huesos, muchos huesos”. Elspeth se señaló a sí misma y Alice notó, al examinarla más de cerca, que su armadura no era de acero fino, sino una intrincada lámina de huesos y restos de metal cosidos. De su cintura colgaba lo que Alice esperaba que fuera un cráneo de conejo. Alrededor de su cuello colgaba una cadena de metal que podría haber servido para tirar de la cadena de un inodoro. Parecía que se había vestido para un concierto de rock, usando solo objetos encontrados en las alcantarillas.

“A veces son animales. Ratas, sobre todo. Algún perro de vez en cuando. No se meten con los gatos; nadie se mete con ellos.” Elspeth rascó a Arquímedes detrás de las orejas. “No, no lo hacemos, buen chico. A veces la gente llega antes de tiempo. Eso no pasa a menudo. Tienen que estar muy perdidos o muy cerca de la muerte. Es horrible verlo pasar. Nunca encuentran el camino de regreso. Pasan, y luego su alma…” Elspeth jugueteó con su cadena. “Una vez vi a un niño. Una cosa tan flacucha. Sin amor. No me importaba dónde estuviera, para ser honesta. Nadie termina en el Infierno si tiene otro lugar adonde ir. Intenté enviarlo de vuelta. Los Kripke lo atraparon primero.”

“¿Y qué hicieron?” preguntó Pedro.

Elspeth parpadeó bruscamente. "¿Qué te parece?"

Alicia volvió a mirar la orilla, las arenas engañosamente vacías. Qué suerte habían tenido. Qué ingenuos.

“Ya no son humanos”, dijo Elspeth. “No tienen compasión ni justicia. No se puede razonar con ellos. Han perdido la perspectiva de la vida y la muerte. Solo existe el conocimiento, los recursos y la Gran Búsqueda.”

—Dios mío. —Peter se abrazó el pecho—. Mejor reencarnamos, entonces. Acabemos con esto de una vez.

—Ay, cariño. —Elspeth negó con la cabeza—. ¿Nadie te lo dijo?

"¿Qué nos dices?"

No reencarnas si mueres en el Infierno. El Infierno ya opera en otro plano metafísico.

Aquí todos somos alma. Cuando mueres en el Infierno, no solo se desintegra tu cuerpo mortal, sino también tu alma. —Se golpeó el pecho—. Todo esto se disipa. Si mueres aquí abajo, se acabó. La aniquilación total del ser.

-Pero nadie lo dijo -dijo Alicia.

Porque nadie lo sabe. Todos los relatos de los peregrinos son de personas que lograron regresar, ¿no? Sesgo de supervivencia y todo eso. Pero lo he visto. La muerte del alma. De hecho, he visto a los Kripkes asesinar un alma. También se lo hacen a las Sombras. Han descubierto cómo. Es un proceso horrible. Solo los gritos. Siempre es una pequeña explosión, cuando un alma se destruye.

Pedro se quedó en silencio.

Alicia, sin dejar de contemplar las dunas, pensó en las criaturas en la tela de la Tejedora. Esas figuras retorcidas. Tampoco había dejado que ninguno de sus amantes se marchara. Simplemente los seguía engañando, explotándolos para entretenerse, hasta que... hasta que...

—Bueno —dijo Elspeth alegremente—. ¿Quién tiene hambre?

La miraron fijamente sin comprender.

—¿Te mueres de hambre, verdad? —Elspeth empujaba el bote hacia la orilla. Alice no se había fijado en la dirección de su navegación; solo sabía que habían bordeado los peligrosos acantilados y estaban de vuelta en la orilla plana y monótona—. Tienes que estarlo. Supongo que vives de pan Lembas; nada más se conserva. Pero así no se obtienen los nutrientes.

—Cierto —dijo Alicia—. Pero ¿qué...?

¡Genial! Vamos a cenar.

-Pensé que no necesitabas comer -dijo Peter.

—Claro que no. —Elspeth le rascó la nuca a Arquímedes—. Pero necesito alimentar a este. ¿Qué te parecen las ratas?

Ni Peter ni Alice sabían cómo responder a esto.

Elspeth se rió. «Las trampas están al otro lado de la orilla. No cumpliré

cinco años.

No desamarres el barco ni te alejes». Se echó el pulverizador de perfume a la espalda y se subió a la barandilla. «Hay más pulverizadores debajo de la cubierta si los necesitas.

¡Mantente seco!».

Con un movimiento grácil, saltó del costado del bote y aterrizó limpiamente en la orilla. Se giró, les lanzó un saludo y luego desapareció corriendo por las dunas.

POR UN INSTANTE, ALICE Y PETER se quedaron uno al lado del otro, observando la orilla desierta. El silencio era insoportable.

—Bueno —lo miró—. ¡Caramba! ¡Qué día!

Él no dijo nada.

Estaba furioso, eso estaba claro.

Alice nunca había conocido la ira de Peter. Durante la mayor parte de su carrera, desconocía que Peter Murdoch pudiera enfadarse. Siempre lucía esa sonrisa afable en el laboratorio; cuando los estudiantes universitarios arruinaban sus pentagramas, él solo los animaba y luego, lenta y pacientemente, les enseñaba cómo hacer las cosas bien.

Todos los demás en el departamento guardaban rencor y estallaban de vez en cuando cuando les faltaba sueño. Siempre había disculpas en su departamento: « *Perdón por*

haber dicho que eras un idiota, no lo decía en serio, no creo que seas un idiota» . Pero nunca Peter.

Así que no sabía qué hacer con sus obstrucciones. Deseaba que gritara, se enfureciera, la maldijera o la golpeara con los puños. Cualquier cosa era mejor que ese enfurruñamiento pétreo.

—¿Podemos hablar? —Su voz salió muy baja—. ¿Murdoch?

Él no se giró para mirarla. "No puedo detenerte, ¿verdad?"

"Lo siento por lo de allá atrás."

"Oh, ¿tú eres?"

Se le hizo un nudo en la garganta. "No quise... solo miré *hacia abajo*

y..."

—¿Y la manzana te saltó a la mano? —resopló Peter—. Teníamos un plan, Law. Fue facilísimo.

—Lo sé, solo que…

¿Solo me condenaste? ¿Por diversión?

“No quería... no sabía...”

Peter la observaba con los brazos cruzados y esperando, con una ceja arqueada como si dijera: *Adelante* .

Pero ¿qué explicación podía dar? Esa era su mano. Esa era la manzana verde. «A veces...». Apenas podía hablar. No sabía cómo describir lo sucedido. Nunca se lo había contado a nadie; había intentado durante tanto tiempo fingir que no era un problema, porque admitirlo lo haría real, y esto no podía ser. *Mi mente está rota y no puedo arreglarla, no puedo separar la realidad de los sueños* ; eso no era cierto. No podría vivir si fuera cierto. «A veces, intento pensar, y todo resuena a la vez, y no sé dónde estoy ni qué estoy haciendo...».

—¿Qué intentas decirme, Law? —se burló—. ¿Tu tatuaje te hace estúpido?

Ella se estremeció.

¿Que no puedes seguir instrucciones sencillas? ¿O que simplemente querías verme muerto?

“Eso no es lo que yo—”

—Pero piensa en lo que estás diciendo —espetó Peter—. *Tú ... Tomé el verde.* Me habrías dejado atrapado. Y aunque hubieras cambiado de opinión, seguías considerando esa opción. Querías *que muriera* .

“Yo no—”

“¡De hecho lo hiciste!”

—No quería eso —exclamó—. No lo sabía, no podía determinarlo; simplemente tenía miedo de que hicieras lo mismo.

Levantó las manos. "¿Por qué demonios pensarías eso?"

—Tu cuaderno —dijo con impotencia—. Vi en tu cuaderno el hechizo

para el intercambio...

"¿Intercambio?" Sus ojos se abrieron de par en par. "¿Pensabas que *te cambiaría* ?"

¿Qué otra cosa significaría eso, Murdoch? ¿Cómo demonios lo interpretaría?

Peter negó con la cabeza. Alice no le encontraba sentido. Habría preferido que pareciera culpable, porque así al menos su relato tendría sentido, y entonces todas sus cartas estarían sobre la mesa. Entonces al menos serían enemigos declarados, y ella tendría motivos para odiarlo. Pero, si acaso, parecía más enojado que antes. "¿Crees que soy esa clase de persona? ¿Que soy capaz de... de comerciar con tu alma, como si no fueras nada?"

—No lo sé. —Apenas podía oír su propia voz—. Supongo que no sé qué pienso de ti.

No sé qué podrías hacer.

Ella supo en el momento en que salió de su boca que era lo peor que podía haber dicho.

—¡Dios mío, Law! —Seguía sin mirarla—. No tienes ni idea de lo que dices.

«Entonces dime» , quiso llorar. Ojalá la súplica pudiera romper su caparazón; si pudiera rogarle con la suficiente fuerza y fervor para que fuera sincero con ella. Pero el abismo entre ellos parecía tan grande ahora, y todas las palabras que le venían a la mente eran completamente insuficientes. Aun así, tenía que intentarlo, y apenas había abierto la boca, buscando las palabras adecuadas, cuando Peter habló.

—Sabes, pensé... —Tragó saliva—. No lo sé. Por alguna razón, seguía pensando que no eras como él.

Se sintió peor que si le hubiera dado un puñetazo en la cara.

Algo cayó por el costado del bote. "¡La cena!" Elspeth trepó y se agachó para sostener su botín. "¡Qué suerte! ¡Está fresco!"

Alicia parpadeó y bajó la vista. Tres ratas gordas yacían atadas con un cordel.

—Enciende esa estufa. —Elspeth le indicó a Peter con una mano; con la otra, sacó un cuchillo de carnicero—. Cerillas bajo la tapa.

Peter obedeció sin decir palabra. Alice permaneció donde estaba, con los brazos apretados contra las costillas. Sintió un terrible silbido entre los oídos. Tenía miedo de moverse; estaba segura de que si descruzaba los brazos, se haría añicos.

Elspeth, ajena a su angustia, parloteaba alegremente mientras machacaba a las ratas con un cuchillo. «Ratas son casi todo lo que hay aquí abajo. Ratas y topos. Siguen excavando bajo tierra para ver dónde pueden llegar. Es lógico que acaben en el Infierno.

Arañas también, pero esas no se pueden comer». Metió los pulgares en la carne y tiró de la piel, que se desprendió con un terrible ruido. «Guárdame los huesos. Son tan pequeños y los hay de todo tipo de formas... Normalmente tiro la carne. De todas formas, son más carnosos de lo que parecen; te llenarán enseguida».

Enseguida, Elspeth tenía las ratas asándose al fuego en un asador. Mientras se ennegrecían y crujían, armó un gran alboroto colocando platos y cubiertos en una destartalada mesa plegable que sacó de debajo de los remos. «Encontré estas bellezas hace unos años en la costa del Deseo. Normalmente los platos vienen rotos y en pedazos, pero estos... estos vinieron enteros, ¡qué preciosidad!». Hizo una pausa; observó sus rostros ansiosos. «Oh, adelante. No es comida del Infierno, es segura».

Alice recordaba las humildes cenas en los pisos de los graduados. No tenía sentido cocinar en casa en lugar de comer en el comedor, donde la comida quizá no era mejor, pero sí más abundante. Aun así, les encantaba recibirse mutuamente. Era patéticamente

encantador cómo presumían de sus compras de tiendas benéficas, cómo Belinda insistía en que todas se preocuparan por su jarra de leche de porcelana ligeramente desportillada con un estampado de gatitos cuando se reunían en su piso para tomar el té. Ninguna podía permitirse una vajilla a juego, una mesa adecuada, ni siquiera mantelería, pero aun así se enorgullecían de compartir las botellas baratas de oporto que habían encontrado en Sainsbury's porque era un lujo tener oporto. Una vez, durante su primer año, Alice descubrió una salsera de plata de verdad en Oxfam, y todas se sentaron en el suelo a comer salsa de champiñones en abril. Era agradable tener compañía y jugar a ser ama de casa, y fingir que eras una adulta de verdad.

Así que aceptó una pata de rata humeante, aunque solo fuera por cortesía. Pero entonces el estómago le invadió y prescindió por completo de los cubiertos, apretándose el cadáver contra la boca para que sus dientes se clavaran entre los huesos.

—Aquí tienes. —Elspeth sirvió más en el plato de Alice—. No olvides hidratarte.

¿No es mejor así?

Alice estaba *mucho* mejor. La niebla se le estaba despejando. Era la primera comida casera que había probado en mucho tiempo —en el departamento, solo pan Lembas y té frío— y comió con tanto entusiasmo que pronto solo quedó un montón de huesos limpios y chupados.

Dejó el plato. Un eructo húmedo escapó de su boca. "Lo siento."

—Disculpe —Elspeth parecía muy contenta—. Me alegra que le haya gustado.

—Bueno, Elspeth. —Peter dejó el tenedor. No había mirado a Alice desde que Elspeth regresó; ahora hablaba como si no estuviera allí—. Me he estado preguntando.

¿Cómo están usando la magia tú y los Kripke?

"¿Qué quieres decir?"

Pensamos que quizá no funciona aquí abajo. La arena se lo come.

—Ah —se rió Elspeth—. ¿No te has dado cuenta?

Sacó un cuchillo de su cinturón. Alice y Peter retrocedieron instintivamente, pero Elspeth sostuvo la punta contra su muñeca y presionó. Lo que brotó no fue sangre, precisamente, sino un lodo espeso, negro azulado.

Elspeth extendió la otra mano. "¿Tiza?"

Peter buscó en su bolsillo y le entregó un palo.

"¿Necesitas arreglar algo?"

“Cortes y moretones”, dijo Peter.

—Por supuesto. ¿Servirá la Paradoja de Curry?

“Probablemente, sí.”

Ambos observaron en silencio, asombrados, cómo Elspeth mojaba la tiza en su no-sangre como si fuera un tintero y dibujaba un círculo perfecto en la cubierta alrededor de sus tobillos. El pentagrama no era de un blanco inmaculado, sino de un verde fosforescente que proyectaba una luz pálida alrededor de sus tobillos. Pero no se desvaneció.

Paradoja de Curry. Comúnmente enseñada en las clases de Introducción a la Magia Analítica, esta era una tontería que usaba enunciados condicionales y autorreferencia, capaz, por un instante, de convertir en verdadera cualquier afirmación arbitraria.

Consideremos: *Si este enunciado es verdadero, entonces los cerdos pueden volar* . Llamemos a este enunciado S. El enunciado S tiene la estructura «Si S, entonces P». Si lo presentamos como una prueba lógica, descubriremos que sí se demuestra que S es verdadero, pues se escribe «Si S, entonces P». Por lo tanto, el enunciado S es verdadero, y los cerdos pueden volar. El enunciado es S verdadero, y Peter no tiene ninguna herida.

“Ahí lo tienes”, dijo Elspeth.

Peter retiró el brazo, pasando los dedos por la piel aliviada. "Gracias."

“Lo descubrí hace mucho tiempo”, dijo Elspeth. “Es lo único que hace que la tiza surta efecto: una especie de fuerza vital. Se solidifica con la fuerza de la tiza, como si estuviera muerta en vida. Añade una especie de… aislamiento, supongo, contra el cieno. Aunque no funciona tan bien con mi sangre. Sea lo que sea esto” —se palmeó el brazo pálido, que no sangraba— “parece una pálida aproximación a la realidad. La fuerza vital es la clave, al parecer. No se puede extraer mucha fuerza de una Sombra.

Pero tu sangre… está caliente, está a punto de estallar”.

Parpadeó al ver el cuchillo, luego parpadeó al ver a Peter y a Alice con una mirada incómodamente hambrienta. Alice se deslizó la manga por la muñeca.

—¿Solo un chapuzón, entonces? —preguntó Peter—. ¿Es todo lo que necesitas?

Cuanto más, mejor. El efecto parece proporcional a... bueno, al sacrificio. Elspeth parpadeó de nuevo y luego dejó el cuchillo. El curry

es fácil. No requiere mucho.

"¿Cuánto tardaría un hechizo más difícil?"

—Depende de tu sangre —dijo Elspeth—. Con la sangre de Shade, bastante. Sangre viva, no sé.

"¿Deberíamos probarlo?"

—Haz Banach-Tarski —intervino Alicia—. Haz Banach-Tarski en tu petaca.

La paradoja de Banach-Tarski demostró que se podía dividir una bola en un número finito de subconjuntos de puntos y volver a ensamblarlos en dos bolas de igual volumen que la primera. Alice no podía resolverlo por sí misma; solo entendía que implicaba matemáticas complejas y que tenía algo que ver con la teoría de conjuntos y los pequeños infinitos. Pero sabía que Peter lo sabía, y con eso bastaba.

La idea le rondaba la cabeza. Necesitaba una petaca que funcionara. La suya estaba sucia. La de Peter estaba bien. Sola moriría de sed rápidamente, pero con una petaca de imitación estaría bien, independiente, libre para seguir su propio camino.

Si Peter hubiera considerado las mismas implicaciones, no lo demostró. Buscó su mochila y sacó su cantimplora.

—Ahora la sangre —dijo Elspeth—. Lo mejor es usar los nudillos, así no te tocarás ningún tendón.

Pedro dudó.

Alice sacó su cuchillo. «Toma». Se clavó el extremo afilado en el nudillo del pulgar, cada vez con más fuerza, hasta que la sangre se formó alrededor del metal. «¿Es suficiente?»

—Podría ser —dijo Elspeth.

Alice le tendió la mano a Peter. Él se detuvo un instante y luego presionó la tiza contra su pulgar. La tiza la absorbió como una esponja; en segundos, toda la tiza estaba roja.

Rápidamente, Peter dibujó un círculo alrededor del frasco, escribió la paradoja y la cantó en voz alta. El Frasco Perpetuo brilló. Peter metió la mano y lo sacó. Al levantarlo del centro, su doble permaneció

intacto. Alice, observando, no pudo evitar un pequeño suspiro. Porque por muchos hechizos que hubiera visto, por mucho que hubiera estudiado magia, el acto en sí mismo la seguía asombrando. Que se pudiera engañar a la conservación de la masa. Que algo pudiera ser uno, y luego dos.

“Pruébalo”, dijo Peter.

Tenía razón al comprobarlo. Las copias de Banach-Tarski no siempre funcionaban.

Para empezar, siempre parecían más endebles. Si se trataba de comida, nunca sabía tan bien; si era vino, carecía de profundidad, como si supiera que debía su existencia a una laguna matemática. Tenían la mala costumbre de desaparecer de repente —dos decidían reunirse en uno—, pero Alice no podía hacer nada al respecto.

Desenroscó el frasco y echó un poco de agua. Bebió. Sabía limpio y fresco.

«Funcionó».

—Bien. —Peter no la miró—. Quédatelo.

—Gracias. —Alice guardó la petaca doble en su mochila. El pulgar le sangraba todavía. La retorció en una esquina de su camisa y la sujetó con fuerza.

—Así que los Kripkes. —Peter se volvió hacia Elspeth—. ¿De quién es la sangre...?

—Vamos —dijo Elspeth—. ¿Por qué crees que tienen todas esas patrullas?

Peter parpadeó, sin palabras. Alice se estremeció. Elspeth los observó con sombría satisfacción. «Piénsenlo bien», dijo. «En todas sus investigaciones sobre tartarología,

¿han encontrado algo de documentación de la última década? Díganmelo. Tengo mucha curiosidad».

Peter ladeó la cabeza. "Ah."

—Ninguno. —Alice estaba segura de ello—. Ni siquiera chismes.

“¿Y por qué crees eso?”

"No me digas que los Kripkes los atraparon a todos", dijo Peter.

—Los Kripkes se aseguran de que no haya supervivientes. —Elspeth asintió—. Si algún mago baja aquí, los Kripkes lo cazan. Nadie va a regresar del Infierno antes que los Kripkes, ¿sabes? Nadie les ganará la primicia. Les roban la tiza, les roban los apuntes y los libros de texto. A veces interrogan a sus presas para saber los últimos avances en investigación; he visto a pobres almas tiradas en los potros durante días y días. Y

siempre, siempre, terminan drenándoles la sangre. Llenan sus vejigas, empapan sus tizas, y allá van.

“Eso es enfermizo”, dijo Peter.

—Eso es investigación —dijo Elspeth—. Ya te dije que nada le importa a nadie en el Infierno. Perros, ardillas, el niño perdido... —Le latía la garganta—. Todo eso es solo combustible para ellos. Materiales para la Gran Búsqueda.

—Sigues hablando de la Gran Búsqueda —dijo Alicia—. ¿Qué significa eso?

¿Ya no la llaman la Gran Búsqueda? ¿Por qué estás aquí entonces?

Alice miró rápidamente a Peter. Parecía obvio que lo último que debían decirle a Elspeth era a quién estaban allí. "Supongo que..."

“Quizás ya sea un término anticuado.” Elspeth se frotó la barbilla. “Así lo llamábamos todos, mi año. El objetivo era ir al infierno y volver. Era la última moda.

Empezó con los Kripkes, y luego todos quisieron hacerlo. Nada como un fracaso estrepitoso para inspirar a mil seguidores. Houdini solo se libró de las fauces de la muerte; nunca regresó del otro lado.”

—Pero no ibas a la misión —dijo Peter—. Tú... quiero decir, yo creía...

—Bueno, solo un suicidio normal —dijo Elspeth con brusquedad—. Pero luego descubrí enseguida que no quiero quedarme aquí, ¿verdad?

Peter asintió. "No, eso es muy razonable".

Así que ahora estoy en la Gran Búsqueda, igual que los Kripkes. Y todos buscamos lo mismo para salir.

“¿Y eso qué es?” preguntó Pedro.

—Pues, la Verdadera Contradicción —dijo Elspeth—. La Dialetheia.

Alice casi dejó caer su plato de la emoción. El poder de una verdadera contradicción

—la Explosión de Contradicciones— era lo primero que se aprendía en clase de lógica.

Ex cancellatione quodlibet —de una contradicción, todo se sigue—. Si tenías una Verdadera Contradicción, podías probar cualquier cosa. De hecho, revolucionaba tus límites de prueba. Le habían enseñado la versión tonta e informal: si podías aceptar la simple contradicción de que uno y dos eran lo mismo, podías probar que eras el Papa.

Tú y el Papa son dos. Por lo tanto, tú y el Papa son uno. Más rigurosamente, una vez que tenías una contradicción lógica en la mano, podías inyectar cualquier afirmación en una prueba usando la disyunción. Podías probar que el cielo era verde. Que las rocas eran pan y el agua vino.

Durante mucho tiempo, Alice había buscado la Explosión de Contradicción para sacar al Profesor Grimes del Infierno. Pero la pista seguía perdiéndose, y finalmente se dio por vencida. La única base para creer que existía una Contradicción Verdadera era la improbabilidad de las semillas de caqui de Perséfone, pero esas semillas podrían no haber existido jamás.

—Creía que la Dialetheia era un mito —dijo Peter, haciendo eco de sus pensamientos—. Simplemente no hay literatura... o sea, todo son conjeturas...

—Solo porque nadie en la era moderna ha encontrado uno —resopló Elspeth—. Pero ya hace tiempo que se esperaba un descubrimiento, y créeme, seré yo.

—Espera. —Alice se inclinó hacia delante—. ¿Sabes dónde encontrar uno?

"Tengo algunas pistas", dijo Elspeth. "Llevo una década en esto. Se logran algunos avances modestos".

Pedro preguntó: «¿Y dónde está?»

Pero el rostro de Elspeth se cerró. Los miró a ambos, tamborileando con los dedos en el suelo. "Bueno", dijo tras una pausa. "No creo que vaya a decírtelo sin más".

—Oh —dijo Peter—. Lo siento...

No me malinterpreten. Parecen muy buenos chicos. Es solo que apenas los conozco, y todo eso. Y no es que haya docenas de Verdaderas Contradicciones para todos.

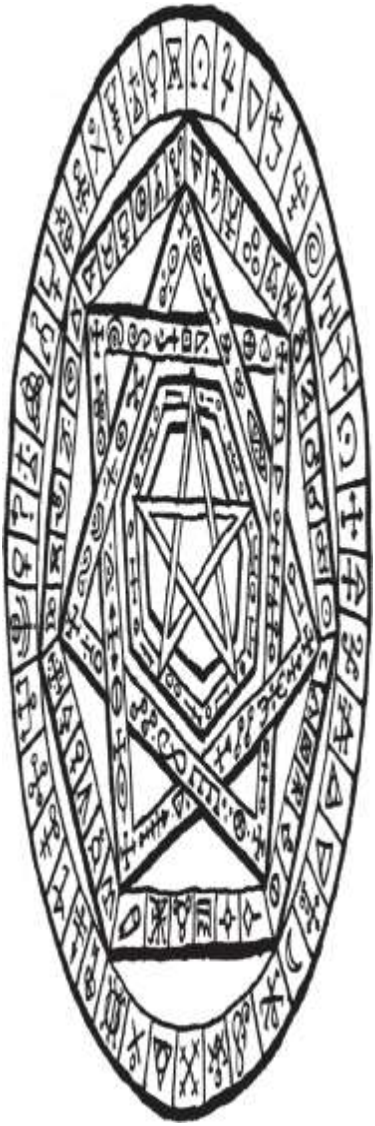
Se hizo un silencio incómodo, similar al que se apoderó de una sala de académicos que se dieron cuenta de que todos estaban siendo entrevistados para el mismo puesto.

Alice se sintió un poco herida, pues creía que se llevaban bastante bien. Pero luego supuso que, desde la perspectiva de Elspeth, no eran diferentes de los Kripkes. Ambos habían venido al Infierno solo para investigar. Y ambos eran cantabrigianos.

—Sin embargo, puedes quedarte en el barco. —Elspeth recogió sus platos y echó los huesos con cuidado en una lata—. No soy como Nick y Magnolia. No te voy a chupar la sangre mientras duermes. Solo espero que no te ofendas si no te cuento todo lo que sé.

—No, por supuesto. —La voz de Peter era curiosamente monótona. Alice no pudo interpretar su expresión. Creyó ver algo sombrío en su expresión, pero no supo qué interpretar. —Ha sido muy generoso. No podíamos pedir más.

"Cuando quieras", dijo Elspeth. "Los magos tenemos que cuidarnos unos a otros. Es un mundo triste cuando no lo hacemos".



Capítulo dieciséis

El sol se escondió en el horizonte. El río se oscureció; en ausencia de luna, Alice solo podía ver la luz de las linternas de Elspeth y la oscuridad infinita que los rodeaba. Podrían haber estado flotando en medio del espacio; sin límites, sin peso. Elspeth los condujo a la bodega bajo cubierta, una habitación estrecha pero acogedora que

había llenado principalmente de libros.

«Mi humilde paraíso», les dijo. «Miren».

Alice sostuvo la linterna contra la pared, entrecerrando los ojos para mirar los lomos. Elspeth había adquirido libros de todos los estilos y épocas, la mayoría empapados, destrozados y con trozos enteros perdidos; algunos solo tenían páginas unidas con cordel. «Tienes una colección impresionante».

"Te sorprendería saber cuántos libros acaban aquí", dijo Elspeth. "Siempre que me aburro, voy a pescar a las orillas del Deseo".

“¿Por qué el deseo?”

—La verdad es que no lo sé, pero ahí acaban todos los libros de arriba. Un montón de novelas románticas. Cosas muy guarrillas, no me canso de leerlas. Puedes pedir prestados algunos si quieres. Aunque intento dedicarme a aprender sobre los clásicos.

Platón, Aristóteles, ya sabes. Cuando me desespero, me meto en la biblioteca de Pride; tienen un montón de material sano y pretencioso. —Elspeth los condujo a un rincón que debía de estar en la entrada, pues la pared era ligeramente curvada como la proa—.

¿Por qué no duermen aquí abajo? Yo estaré arriba. Los Kripkes no suelen molestarme cuando estoy sobre el agua, pero nunca se es demasiado precavido.

—Perdón —dijo Peter—. ¿Podría...? ¿Cuál es el mejor sitio para orinar?

—Ah, claro —Elspeth señaló hacia atrás—. Sube por esa escalera, a tu izquierda.

Puedes usar una de las latas. Vacíala solo cuando termines.

“Muchas gracias”, dijo Peter y subió la escalera.

—Buen chico. —Elspeth se volvió hacia Alice—. ¿Nadie te dijo que no salieras con alguien de tu departamento?

“Solo somos colegas”, dijo Alicia.

"Oh, claro."

—No, en serio. —Alice se abrazó el pecho—. La verdad es que no creo

que le guste mucho.

—Oh, debe serlo. Te siguió al infierno, ¿verdad?

Alice no tenía ganas de explicar la maraña de complicaciones que los había llevado a ella y a Peter al infierno. "Cambiemos de tema".

—Como quieras. —Elspeth sacó una cajita del bolsillo—. ¿Fumar?

—Oh, no, gracias. —Alice había estado intentando dejarlo.

Elspeth se encogió de hombros y encendió el suyo. Alice observó, fascinada, cómo el humo salía en espiral de la cabeza de Elspeth. "¿Te hace sentir algo?"

—Claro que no —dijo Elspeth—. No fisiológicamente, al menos. Pero el ritual es agradable. El alma recuerda. Es como… ecos de lo que siente, lo cual después de un rato parece bastante parecido. —Dio una mamada profunda y lujuriosa, y un rico aroma a madera llenó el aire —. Ahh .

Alice cedió. "Oh, está bien."

Sonriendo, Elspeth encendió otro cigarrillo y se lo entregó. El humo flotaba en una nube alrededor de su cabeza como un velo.

Alice agitó una mano frente a su cara. "¿Cómo lo haces?"

Elspeth pareció halagada. "Me alegra mucho que lo hayas notado".

"¿Todas las Sombras pueden hacer eso?"

—Solo con mucha práctica —dijo Elspeth—. ¿Sabes qué es la propiocepción?

—Claro. Saber dónde está tu cuerpo sin mirarlo. Alice lo sabía solo porque tenía práctica escalando. La mayoría de la gente tenía cierto grado de propiocepción —la necesitabas para caminar sin mirarte los pies, para recogerte el pelo sin estirarte frente al espejo—, pero escalar te hacía excepcionalmente bueno. Tenías que confiar en que podías sostener todo el peso de tu cuerpo con solo dos dedos.

—Cierto —dijo Elspeth—. Bueno, como Sombra, tu estado por defecto es una nube gris. Ya no te cohesionas inconscientemente. Tienes que retener una imagen de cómo te veías y obligar a tu esencia a ensamblarse. Requiere una concentración inmensa, como si tuvieras que recordar respirar constantemente. Soy muy buena en eso. Sé

exactamente cómo me veo. —Elspeth sorbió por la nariz—. Cuando me esfuerzo mucho, puedo convertirme en mariposas.

Brilló y, como para presumir, se solidificó por un instante. Su velo ahumado se desvaneció. El color regresó a sus mejillas. Su cabello adquirió brillo, y a sus pies, una sombra se solidificó.

Alice parpadeó. Intentó concentrarse en su humo, en su tira y afloja. Le costaba mirar directamente a Elspeth. Odiaba lo mucho que la impactaba el parecido. Porque, por mucho que lo analizara, no podía librarse de la clara idea de que Elspeth se parecía a *ella* . ¡Menudo cliché! Morenas frágiles, fumadoras tristes. Se preguntó. ¿Cuál era la atracción?

“¿Podría preguntarte algo?”

—Claro —dijo Elspeth—. ¿Quieres saber por qué me suicidé?

"¿Cómo...? Lo siento, estoy siendo grosero".

—No, no me importa. Muchas Sombras lo han preguntado. ¿Por qué quieres saberlo? —Elspeth ladeó la cabeza—. ¿Piensas mucho en suicidarte?

A Alice le asombró su franqueza. Elspeth la observaba atentamente, esperando su respuesta.

¿Qué sentido tenía fingir? Claro que se lo preguntaba. ¿Acaso la muerte te hacía mejor? Alice solía pensar que sí, pero solo tenía pruebas circunstanciales para creerlo, y la mayoría de quienes lo habían hecho no estaban disponibles para comentar. «Sí, un poco. Una o dos veces. Supongo... me ocupa más de lo que quisiera. Obviamente no...

bueno, no lo sé. No estoy segura de lo que pregunto».

—Te gustaría saber dónde está el límite —dijo Elspeth, con cierta amabilidad—. Te gustaría saber cuándo pasa de sentirte bastante triste, a pensar que no te importaría que te atropellara un autobús, a atar una cuerda y patear una silla. ¿Es así?

—Supongo que sí. —Alice nunca lo había dicho en voz alta, y le asustó oír sus propios pensamientos reflejados. Le asustó que alguien más hubiera tenido exactamente los mismos pensamientos sobre el autobús—. Lo siento. No debería haber preguntado.

—No, está bien —dijo Elspeth—. Mucha gente quiere saber. Yo solía oírlos desde el Pabellón. Era lo único de lo que hablaban: *por qué lo hizo* , bla, bla, bla. —Sacó un poco de ceniza de su cigarrillo y luego miró a Alice de reojo—. ¿Quién es tu asesor?

A Alice le pareció prudente mentir. «Helen Murray».

—Y ella te hace la vida difícil, ¿no?

"Alguno."

—Mmm. Bueno, verás, *mi* asesor fue Jacob Grimes. Seguro que has oído hablar de él.

“¿No lo hemos hecho todos?”, preguntó Alicia en un ataque de audacia. “¿Y él te obligó a hacerlo?”

—Por favor, no —resopló Elspeth—. No me gusta darle tanto crédito por nada.

“¿Entonces *por qué* ?”

Bueno, empecemos por el por qué no. Supongo que te dijeron que lo dejé porque soy un poco aburrido. ¿Eso es lo que oíste?

Alice, de hecho, se había formado la impresión de que quizá a Elspeth simplemente le faltaba talento. Eso hacía que lo demás fuera más llevadero. Porque Alice no carecía de talento, así que no podía pasarle lo mismo. La depresión suicida era simplemente una forma extrema de fracaso, un síntoma de incompetencia. Si tuvieras suficiente fuerza de voluntad, obviamente no te suicidarías. No lo admitió en voz alta.

“Ellos… bueno, no dijeron mucho”, dijo. “Fue más bien… eh… secreto.”

—Ya lo creo —resopló Elspeth—. Soy una genio, ¿sabes? Gané todas las medallas de matemáticas y lógica en mi primer y segundo año. Nadie lo había hecho antes. Estaba tan preparada para triunfar como cualquiera. Debes entenderlo.

A Elspeth le parecía muy importante que Alice reconociera su inteligencia. Asintió vigorosamente. «Claro».

“Fue una auténtica farsa”, dijo Elspeth. “Un día me pareció una *tontería* y no podía parar de reírme. El sistema simbólico se derrumbó. Escribes un buen trabajo y lo rechazan porque tu revisor tuvo un mal

día. Eres perfecto para un puesto y pierdes contra el ahijado del presidente del comité. Una vez que consigues un trabajo, no mejora. ¿Sabes cuánta gente no es considerada titular porque alguien en algún lugar se sintió maleducado en una fiesta? Es decir, ¿qué cojones tiene? No pude seguir con la farsa, pero tampoco le veía el valor a nada más, así que simplemente lo detuve todo. Ya no me importaba. Mientras tanto, *él* …". Su rostro se ensombreció. O sea, él no fue la razón. No lo fue. Me niego a reconocerle ese mérito. Era solo el síntoma, ¿sabes? Me llevó muchos años darme cuenta de esto. Cada vez que me gritaba, me criticaba duramente o me humillaba delante de otros estudiantes, era simplemente el orden simbólico llegando a su punto álgido. Es un juego arbitrario de egos, narcisistas y acoso percibido como fuerza. Y él era la encarnación perfecta de las tonterías del sistema.

"¿Quieres decir que te trató mal?"

"Me trataba como a un perro." El tono de Elspeth se volvió quebradizo. "Le parecía un juego para ver cuánto aguantaba, antes de que dejara de arrastrarme. Invertí cada fibra de mi ser en sus tonterías. Y solía seguirle el juego, porque pensaba: *Bueno, al menos la recompensa es enorme. La perseverancia da sus frutos.* Y entonces me di cuenta de que no había recompensas. Que era demasiado tarde y no había salida."

¡Ajá!, pensó Alice. Aquí estaba el límite entre ellos. Había *una* salida. Alice lo sabía, porque ella misma había perfeccionado el juego. Aprendiste a leer sus estados de ánimo. Lo adulabas cuando te atacaba; te humillabas cuando exigía una disculpa. No era tan difícil, siempre y cuando sacrificaras tu dignidad. Comprender esto le produjo un gran alivio. No tenía que seguir el camino de Elspeth. Ella era más fuerte. Lo deseaba más.

—Ni siquiera es un mago tan bueno —continuó Elspeth, agitando el cigarrillo—. Eso es lo peor. Podría haber valido la pena, ¿sabes?, si de verdad fuera el mejor mago de nuestro tiempo. Pero no es más que un chapucero como los demás.

"¿Qué quieres decir?"

Ya sabes lo que dicen. Todo el mundo da lo mejor de sí cuando es joven. Era un personaje importante para Russell y los demás en los cincuenta, sí. Todo lo relacionado con la guerra, bien. OBE, lo que sea, quizá nos salvó a todos de los alemanes. Pero hace décadas que no publica un periódico importante. Ahora solo se dedica a dar el visto bueno a las cosas.

“Eso no es justo”, dijo Alicia.

Elspeth ladeó la cabeza. "¿Ah?"

Ha hecho descubrimientos increíbles desde entonces. Alice sintió entonces una feroz agresividad protectora, aunque racionalmente sabía que el profesor Grimes no necesitaba que lo defendiera. Sabía que tenía defectos. Simplemente no quería oírlo de Elspeth. Para ella era importante que el profesor Grimes no fuera el demonio de nadie más que el suyo propio. Además, si iban a criticarlo, debían tener los datos correctos.

«Está investigando la memoria y la impermanencia. Es mucho mejor que sus primeros trabajos; es realmente un campo que define el campo».

Elspeth frunció el ceño. "Si tú lo dices."

"Simplemente tarda más en publicarse", dijo Alice. "No se puede apresurar la grandeza".

—Te creo —dijo Elspeth con ironía—. ¿Cómo iba a saberlo?

Se quedaron un rato en silencio. Alice conocía ese silencio; era el silencio cauteloso común cada vez que dos mujeres se encontraban en el mundo académico. Se evaluaban mutuamente. Las mismas preguntas flotaban entre ellas. *¿Te aprieta la falda? ¿Cómo llegaste aquí? ¿Y cuánto te costó?*

De repente, Elspeth preguntó: "¿Te hicieron hacer el problema de autotortura cuando tuviste tus exámenes de ingreso?"

Alice meneó la cabeza.

Supongo que ya pasó de moda. Me lo imagino. Elspeth dio una calada profunda a su cigarrillo y suspiró, con la cabeza nublada por el humo. Continuó divagando. Es un problema de transitividad y toma de decisiones racional. Supongamos que tienes que ponerte un dispositivo que te tortura con pequeños incrementos, tan pequeños que ni siquiera los notas. Solo puedes subir el dial; no puedes bajarlo. Cada día tienes la opción de subir el dial un incremento, y si lo haces, recibes diez mil dólares. Así que cada día, como no notarás el cambio en el dolor, obviamente deberías subir el dial y aceptar los diez mil dólares. Hasta que un día, te asalta un dolor insoportable y no hay vuelta atrás.

Pero incluso entonces, sigue *siendo* racional seguir subiendo el dial,

porque no notarás el cambio y porque los diez mil dólares son muy atractivos. ¿Cómo llegamos a este punto?

¿Qué fallo en la toma de decisiones nos ha traído *hasta aquí* ?

"Es un problema de 'rana en una olla hirviendo'", dijo Alicia.

“Así es”, dijo Elspeth. “Hay muchas soluciones para el autotorturador. Sería racional ponerse límites antes de empezar, por ejemplo. O podría ser racional que un amigo te cortara el paso. Pero Cambridge no te da ninguna de estas. Simplemente te mantiene subiendo el dial. Subiendo y subiendo. Empiezas a tener una visión de túnel sobre todo.

Todo lo que existe es la recompensa y el dial. Hasta que un día se me rompió el dial”. Se encogió de hombros. “Eso es todo. Un día dejé de sentir nada en absoluto. No había diferencia entre el dolor y el placer. Todo era lo mismo. Nada *importaba* . Y fue solo cuando llegué aquí, cuando estaba *muerta* , que las cosas volvieron a cobrar importancia”.

—Bien —dijo Alicia—. Creo que lo entiendo. No lo entendía. Ese entumecimiento del que hablaba Elspeth... podía creerlo, pero no era su problema. Su problema era que sentía demasiado, que le dolía demasiado, y que no podía olvidarlo ni controlar esos pensamientos, así que tenía que detenerlo.

—Ya me lo imaginaba. —La expresión de Elspeth se suavizó y miró a Alice de arriba abajo como si confirmara un diagnóstico—. Tienes esa pinta.

"¿Qué mirada?"

—Bueno, no quiero ser grosero, pero estás todo jodido, ¿no?

Alice odiaba esa compasión infundada. Odiaba que alguien la mirara con tanta lástima, como si fuera una rata atrapada, ahogándose en un cubo. No era una víctima, había tomado todas sus decisiones ella misma y sabía perfectamente cómo aferrarse a la seguridad.

Pero Elspeth claramente quería ayudarla. Y la peor parte de Alice, la egoísta y desagradable, pensó: " *¿Por qué no?"*. Que Elspeth creyera lo que quisiera. Que creyera que eran lo mismo; víctimas de la misma historia. La gente te apreciaba más cuando creía que las necesitabas. Las chicas que conocía en las conferencias también eran así. Si hablabas sobre el acoso, la condescendencia y la difícil situación de ser mujer, te rodeaban, instantáneamente de tu lado. Apegos heridos. El delirio del sufrimiento compartido.

—Anímate —dijo Elspeth—. Todo irá bien. ¿Quieres saber cómo lo sé?

"¿Cómo?"

Elspeth le dedicó una sonrisa amable. «Porque buscas la manera de volver a subir».

«Dios mío », pensó Alice. *«Mátame».* No podía mirar a Elspeth a los ojos, así que se concentró en chupar los últimos restos de humo de su cigarrillo. No reconoció la marca; no tenía ni idea de dónde lo había conseguido Elspeth, pero era lo mejor que había probado en el Infierno. «Gracias. Te lo agradezco».

"Cuando quieras, cariño. Duerme un poco."

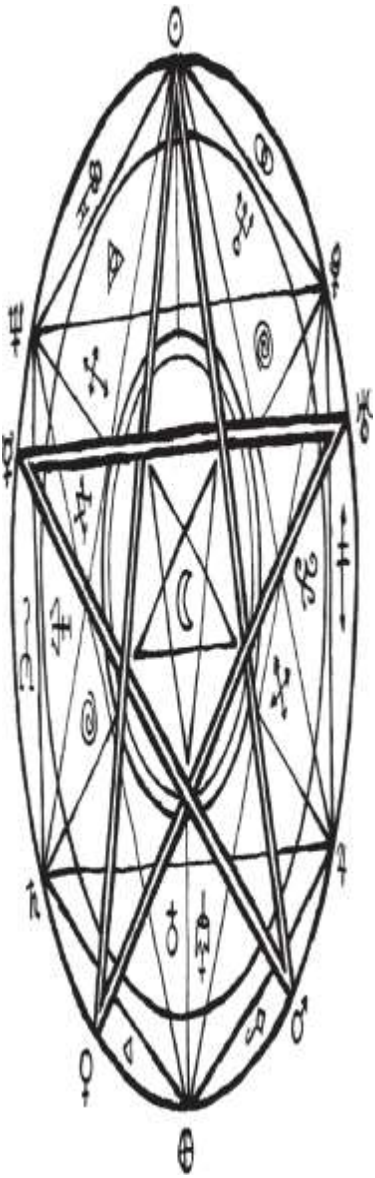
Elspeth desapareció entre las estanterías. Alice se acurrucó de lado y apoyó la mejilla en los estantes, escuchando los pasos traqueteantes de Elspeth al desaparecer por las escaleras. Tenía frío; el aire bajo cubierta se sentía viciado y con corrientes de aire a la vez. Tiró de la manta de Elspeth hasta cubrirse la barbilla. Olía a naftalina.

Su propio acertijo inicial había sido la paradoja del vino cada vez mejor.

Supongamos que te regalan una botella de vino que mejora con el tiempo; no hay límite para su sabor. Supongamos también que eres inmortal. ¿Cuándo es racional beber ese vino? Si descorchas la botella, estarías eligiendo un vino inferior a un posible vino futuro. Pero si, aplicando esa lógica, nunca descorchas la botella, estarías en peor situación que cualquier otra alternativa.

Alicia había respondido con el argumento de que solo aceptar un resultado satisfactorio, no óptimo, podía evitar el peor resultado posible. El principio de elegir la mejor opción era, en la práctica, contraproducente. Era mejor decidir arbitrariamente esperar cinco años, abrir el vino y disfrutar de lo que se obtuviera.

Pero la lección, la verdad oculta tras la paradoja, era que la felicidad era comparativa, no absoluta. Y esto significaba que si podías sobrevivir al otro —si podías aguantar incluso diez minutos antes de descorchar la botella—, al menos no serías el tonto que se bebió el vino malo.



Capítulo diecisiete

de haberse quedado dormida sin darse cuenta, pues al despertar, Peter estaba acurrucado en un rincón junto a ella. Miró su reloj. Eran solo las tres de la mañana. Se incorporó sobre un codo, se acercó a él y le

besó la oreja. «Murdoch».

Él no se movió, así que ella clavó su dedo en su costado y susurró de nuevo: "

Murdoch " .

Se apartó bruscamente. "¿Qué?"

—Shh. —Alice entrecerró los ojos entre las estanterías, pero no vio nada más que libros empapados. Supuso que Elspeth seguía arriba—. La Dialetheia. Vamos a buscarla.

Peter ya estaba completamente despierto. "¿De qué estás hablando?"

Mantuvo la voz lo más baja posible. «Elspeth sabe dónde está. Cree que está cerca.

Tenemos que conseguirlo nosotros mismos».

No sabía dónde se encontraba ahora con Peter. Él la había ignorado deliberadamente durante toda la cena y le había hablado directamente a Elspeth como si Alice no estuviera presente.

Pero Alice tenía práctica hablando con hombres enojados. Había perfeccionado este arte tras años de dirigir al profesor Grimes, de aprender a andarse con pies de plomo cuando estaba de mal humor. Tantos graduados habían acabado en su lista negra permanente por decir algo inapropiado en el momento menos oportuno. Pero Alice era como un receptor perspicaz, con un sentido instintivo para saber cuándo calmarlo, cuándo humillarse y cuándo no interponerse en su camino.

Con hombres furiosos y enfurruñados, el secreto era mantenerse firme. No te rebelabas, no; eso era pedir una bofetada. Pero tampoco te autoflagelabas. Cuando actuabas como si te merecieran un azote, eso solo les confirmaba que sí. Uno nunca debía acobardarse. El secreto, más bien, era seguir hablando como si no merecieras ningún castigo, y luego distraerlos con algo que desearan más que hacerte daño. Con la profesora Grimes, siempre habían sido las próximas conferencias, los nuevos artículos emocionantes. Con Peter, tendría que ser su boleto de salida del infierno. Ella lo estaba arreglando. Esta era su disculpa.

"Ella acaba de salvarnos la vida", susurró Peter.

Lo cual demuestra que puede cuidarse sola, ¿verdad? Mira. Es buena

persona y todo eso, y yo también me siento fatal. Pero ya no sabe lo que es estar viva. Se viste con huesos y despellejando *ratas* , ¡por Dios! Ya casi no es una persona. ¿Qué va a hacer en Cambridge?

Peter guardó silencio un momento. Alice esperó, dejándolo pensar. Ya cambiaría de opinión. Sabía que lo haría, si no, no le habría hablado.

“Han pasado diez años”, admitió finalmente.

¿Lo ves? No hay nada para ella ahí arriba, y cuanto antes lo descubra, mejor.

Debería simplemente morir. ¡Pero, *Murdoch* ! —Alice sintió una punzada de emoción, el placer de la determinación. Sí, podía ser audaz. Decisiva. No se estaba desmoronando; podía obligar a su mente a actuar. Tenía que tomar la iniciativa ahora. Así era como se reconciliaba—. Si logramos conseguirlo primero, entonces todos nuestros problemas estarán resueltos; entonces solo tenemos que llegar a la corte de Lord Yama y esperar.

Podemos negociar la vida del profesor Grimes, y además nuestras propias salidas —

hizo una pausa—. Y entonces no tendrías que intercambiarme, ¿sabes?

Peter no reaccionó. Durante un buen rato, Alice solo pudo oír su respiración profunda y regular. Entonces murmuró: "¿Cómo?".

—Usaremos magia. —Alice lo había pensado bien—. Ahora sabemos que solo se necesita sangre. Usaremos algo para que hable. La distraeré y tú la rodearás con un pentagrama, de alguna manera. Usaremos la Paradoja del Mentiroso.

Sí, podría ser así de simple.

Considere la siguiente oración: *Esta afirmación es falsa.*

Es devastadoramente simple en su ruptura de la lógica. No puedes creerlo. No puedes dejar de creerlo. No tiene un valor de verdad que puedas establecer. Estás atrapado en el medio, en un bucle sin fin de un extremo a otro de la oración.

La paradoja del mentiroso fue una de las más antiguas de todos los tiempos, pues violaba la premisa central de la lógica clásica: la ley del tercio excluido. Las afirmaciones deben ser verdaderas o falsas, sin ninguna posibilidad intermedia. Sin embargo, nadie sabía cómo

resolverla. Los griegos y los indios habían estado dándole vueltas a la paradoja del mentiroso durante siglos; en lugar de resolverla, simplemente idearon toda

una familia de paradojas relacionadas, una de las cuales involucra a Sócrates, un cocodrilo y un niño robado. Planteó serios problemas para los fundamentos de la lógica; de hecho, Filitas de Cos se desesperó tanto buscando la solución que se consumió y murió.

Inscrita en un pentagrama, la Paradoja del Mentiroso podía suspender por completo la verdad y la falsedad. Los magos no la usaban a menudo, pues la mayoría del tiempo necesitaban que alguien creyera en algo, no que existiera en un estado de incertidumbre. Pero Alice no necesitaba que Elspeth creyera nada en particular sobre ellos. Solo necesitaba que Elspeth estuviera desprevenida, dispuesta a hablar. Y ya sabía que a Elspeth le gustaba hablar. La pobre chica ansiaba a alguien que la escuchara.

—Eso nunca funcionará —dijo Peter—. Todo el mundo sabe cómo evitar la paradoja del mentiroso.

"No, si ella no lo espera."

—Puede que sí. Ya no confía en nosotros.

—Ahora sí. —Alice estaba completamente segura de ello—. Cree que somos como ella. Almas deprimidas y sin esperanza. Cree que también odiamos Cambridge; cree que estamos de su lado.

—Dios mío, Law —dijo Peter, revolviéndose bajo la manta—. ¿Qué te pasa?

—Tenemos que aprovecharlo. —Sintió un nudo en la garganta—. Todo esto, quiero decir. Tiene que valer algo. No podemos haber hecho todo esto para nada.

—Hmm —dijo Peter.

Alice esperó, con la esperanza de que dijera algo más. La maldad se sentía mejor cuando tenías un cómplice; de lo contrario, solo quedabas tú y tu conciencia. Pero él permaneció en silencio. Finalmente, su respiración se estabilizó, y ella supuso que se había quedado dormido.

Algo le hizo cosquillas en la mejilla. Abrió los ojos y vio dos enormes charcos verdes parpadeantes, a centímetros de su cara. Pupilas

diminutas, entrecerradas como ranuras.

Parecían bastante críticos.

—No se *lo* digas —susurró Alicia.

Arquímedes se dio la vuelta, le dio un golpe con la cola en la cara y desapareció entre las sombras.

Irritada, avergonzada por razones demasiado insignificantes para nombrar, se giró hacia un lado y cerró los ojos.

“ TENGO UNA TEORÍA SOBRE POR QUÉ estás tan obsesionada con el mundo académico”, le había dicho una vez un antiguo novio de Alice, poco antes de convertirse en su ex. Esto fue durante su último año de universidad, cuando ella había estado obsesionada con las solicitudes de posgrado hasta el punto de la descuido, y quizás de la más absoluta grosería, pues ya lo *había* dejado plantado al menos media docena de veces. Esto, sumado a la reciente inscripción de su novio en un seminario de psicoanálisis, lo volvía vengativo.

“Estás obsesionada con las estrellas doradas. Nunca superaste la emoción del instituto de sacar una A+ en la parte superior de tu trabajo y el mundo académico te permitirá perseguir esas estrellitas doradas el resto de tu vida”. Le dio un golpecito en la frente. “Pequeña princesa de la torre de marfil, tú. Eres la consentida de un profesor, Alice. Tienes un fetiche por la validación”.

"¿De verdad?" Alice, cuya mente solo pensaba en la posibilidad de recibir en su buzón sobres gruesos de Cambridge, Oxford, Harvard y Yale, apenas captó lo que decía. De hecho, tardó meses en darse cuenta de que este desagradable monólogo había sido su intento de acostarse con ella. "Sí. Supongo que es cierto."

Rompieron poco después. Alice reflexionó sobre sus palabras durante los meses siguientes, pero solo con un desprecio emocionante. «Estás renunciando a demasiado», le había dicho. «Esto no vale la pena».

Pero, por supuesto, valió la pena. Era lo único que valía la pena. Había tenido la suerte de encontrar una vocación que hacía irrelevante todo lo demás, y cualquier cosa que te hiciera olvidar comer, beber, dormir o mantener relaciones básicas —cualquier cosa que te *emocionara de forma tan inhumana*— debía perseguirse con una devoción inquebrantable.

La academia definitivamente no se trataba de estrellas doradas. Si

Alice alguna vez había caído en esta idea, se desanimó rápidamente durante su primer año de estudios, donde escuchaba a diario un millón de cosas malas sobre su forma de pensar, y solo algún que otro "No está mal". Si uno se dedicaba a buscar estrellas doradas, se decepcionaba.

No, la clave era la euforia del descubrimiento. Nadie más lo entendía, y mucho menos su ex, que luego se dedicó a algo relacionado con hipotecas y a empobrecer aún

más a los pobres. ¿Cómo podía explicarle cómo sentía su mente como si masticara, digiriendo conceptos difíciles? ¿Que el dolor de cabeza que le daba tras marcar un texto impenetrable era como el dolor de encías tras masticar un buen filete? La forma en que todo su cuerpo vibraba de emoción al encontrar el algoritmo, la traducción, la reproducción histórica exacta que había pasado horas buscando en la biblioteca. La forma en que siempre olvidaba que necesitaba descansar mientras se encorvaba sobre un pentagrama durante horas, a veces días, garabateando frenéticamente mientras una idea tras otra surgían en su mente.

Qué bien se sentía cuando parecía abandonar su cuerpo por completo, cuando se volvía completamente incorpórea, flotando felizmente en un universo de ideas. Estaba muy orgullosa de los días que se olvidaba de comer. No porque sintiera repulsión por la comida, sino porque era una prueba de que había trascendido un ciclo básico de necesidad. De que, después de todo, no era solo un animal, cautiva de sus deseos de comer, follar y cagar. De que era, ante todo, una mente, y la mente era capaz de cosas milagrosas.

A veces se sobresaltaba y sentía de repente que estaba de pie en un plano giratorio mientras formas abstractas se arremolinaban a su alrededor, llamándola, revelándose por completo. El mundo mundano se desvanecía y ella estaba sola en un campo negro, excepto por los puntos brillantes —revelaciones, direcciones, conexiones— que danzaban en los rincones de su visión. ¡Todo lo demás era tan insustancial! El mundo de la universidad; de sillas chirriando en el suelo de las aulas, cucharas tintineando en las tazas, paraguas temblando bajo la lluvia constante; era solo una fachada, se dio cuenta; solo un glamour tenue. Parpadeó y desapareció. Era en el mundo oculto donde residía la verdad y los conceptos rogaban ser comprendidos. Solo tenía que alcanzarlos, y vendrían a ella. Sí. Solo tenía que escuchar, y oiría la música.

En su primer año, Alice tuvo un profesor cuyo estilo de clase se

caracterizaba por suspiros profundos y espontáneos. Se notaba que no eran suspiros premeditados.

Algunos profesores suspiraban como si actuaran, de forma molesta, para inyectar profundidad donde realmente no la había, pero no; este profesor estaba tan abrumado por el momento, por los pensamientos enredados que esperaban ser deshechos y luego articulados, que miraba al vacío con expresión de profunda preocupación y tamborileaba con los dedos hasta que descubría en qué orden transmitirlo todo.

Entonces sus delgados hombros se sacudían y se balanceaba hacia adelante y hacia atrás, como si fuera un simple recipiente, y su cuerpo una herramienta imperfecta para transmitir un mensaje de los dioses. A los compañeros de Alice les hacía gracia.

Imitaban al profesor Eklund en la cafetería, la forma en que a veces levantaba la rodilla entera sobre la mesa mientras se balanceaba. Qué idiota, decían. Qué impostor. ¿Quién

se cree que es? ¿A quién cree que engaña? Pero Alice sabía que no era una fachada. El profesor Eklund estaba en ese plano oscuro y giratorio, escuchando la música. Podía verlo en sus ojos. Quería seguirlo hasta allí.

No, el prestigio no era lo importante. Elspeth se equivocaba. Elspeth había depositado todas sus esperanzas en los símbolos equivocados. El orden simbólico —las publicaciones impresas, los aplausos, las ofertas de trabajo, las becas— no era lo importante. Ni siquiera las credenciales de Oxbridge, que el ex de Alice había asumido que eran lo único que ella buscaba, eran lo importante. Estas solo tenían un valor instrumental para conseguir lo que Alice realmente quería: tiempo libre y acceso a los recursos necesarios para *pensar* .

Por eso perseveró durante años. Por eso a todos los estudiantes de posgrado que conocía no les importaban los bajos salarios, las agotadoras tareas docentes ni la inexistente atención médica. Todos hacían todo lo posible por liberarse de sus cuerpos porque les habían dicho que era simplemente lo que tenían que hacer. Todo el sistema podía colapsar, y no importaría. Lo soportarían todo, solo por la promesa de acceder a ese plano abstracto.

Peter lo comprendió. Había visto la pura y serena felicidad en su rostro mientras estaba frente a la pizarra, copiando ecuaciones tan rápido que temía que se le acalambrara la muñeca. Ese estado de concentración tan profundo que no podías sacarlo de ahí ni aunque lo intentaras, ni querrías hacerlo. Era demasiado hermoso ver una mente trabajando arduamente.

En fin, no era solo ascetismo pretencioso. También estaban las buenas noches.

Recordó una reunión social de fin de trimestre de su primer año, cuando todos se reunieron en la pizzería local y pidieron una margarita enorme de masa madre para compartir. Incluso Peter había venido esa noche, y todos, incluida Alice, estaban tan encantados con su presencia que no le preguntaron por qué los había dejado plantados una docena de veces durante el semestre. Empezaron a discutir sobre dialectos y la fiabilidad de los estudios regionales, y de ahí pasaron a debatir qué significaba hacer lectura atenta frente a lectura a distancia, y si tenía sentido imponer un tercer criterio llamado lectura intermedia.

Alice nunca había sentido tanto cariño por sus compañeros hasta esa

noche. Ayudó que el profesorado no estuviera presente, y ayudó que todos estuvieran un poco borrachos y ya no hablaran para dar la impresión correcta. Tenían la libertad de equivocarse, lo que significaba la libertad de hacer el tonto. Y se pusieron muy tontos.

¿Cuál era la diferencia entre los nóumenos de Kant y las formas de Platón?, se

preguntaban. ¿Cuál era la definición precisa de un sándwich? ¿Seguiría siendo un sándwich si se comía verticalmente? ¿Bastaba la definición horizontal para excluir los tacos? Además, ¿dónde estaban los extraterrestres? De los extraterrestres pasaron al esquema de física cosmológica de Aristóteles: la Tierra, el agua, el aire, las estrellas expandiéndose hacia afuera desde el centro como conchas, y sobre todo un cuerpo celeste, un "gusano espacial celestial", lo llamó Michele, porque era más divertido pensar en este ser enorme, giratorio y retorcido que causaba todo el movimiento en las capas inferiores porque estaba pensando con tanta intensidad en Dios, el primer motor inmóvil.

En algún momento, Peter y Michele comenzaron a debatir la teoría bastante dudosa de Michele sobre la personalidad, que implicaba que las personas morían al dormirse y despertaban nuevas versiones de sí mismas relacionadas con la persona que habían sido antes, pero que no eran *exactamente iguales* . Michele argumentaba que la consciencia no puede tomar descansos; cuando te duermes, eso es todo.

—¿Y qué pasa con los sueños? —preguntó Peter—. ¿Quién los tiene?

—Una semiconciencia —insistió Michele—. Un alma ni viva ni muerta. Una huella.

Un eidolón.

A Peter le pareció absurdo, y a Belinda, romántico, y todos intentaron analizar sus implicaciones antes de que la conversación derivara abruptamente a la cuestión de si estaba bien tener sexo con trenes, sobre todo si violaba la enseñanza de Aristóteles de que las cosas deben usarse para sus funciones específicas («¿Y qué pasa con la gente que usa cepillos de dientes para masturbarse?», quiso saber Michele, lo que hizo sonrojar a Belinda), y luego en qué circunstancias particulares se *podía* , si se quería, tener sexo con trenes. Por alguna razón, esto les tocó la fibra sensible, y sus voces se alzaron. En un momento dado, Belinda y Michele se pusieron de pie y gritaron por encima de la mesa.

Alice se sentó a observar, acunando su cerveza, y estaba tan feliz que podría haber llorado.

Aquí pertenecía. Aquí podía decir cosas, podía ser honesta sobre dónde se había desviado su mente, y nadie la miraría como si estuviera loca. Toda su vida se había desenvuelto torpemente en el contacto social como la única actriz que había olvidado mirar el guion. Había sido la rara, la problemática, aquella con la que nadie quería sentarse. Pero aquí todos eran raros. Y aquí nadie te castigaba por preocuparte demasiado, por pensar demasiado profundamente. Aquí podías lanzarte a cualquier madriguera de conejo que quisieras, y todos te acompañarían.

Y no, quizá sus debates de bar no giraban en torno a la verdad pura, tema del que el profesor Grimes disfrutaba hablando. Quizá estos no fueran los descubrimientos que cambiarían el mundo para nadie, excepto para quienes sentían una gran atracción sexual por los trenes. Pero ¿no era al menos un entrenamiento para algo similar? Para regocijarse en las acrobacias del pensamiento, no como hacían los estoicos, que consistían en manipular el lenguaje para obtener un beneficio personal y mezquino, sino para afilar sus herramientas preparándose para la verdadera excavación. ¿Qué mayor placer podía haber? ¿ *Para qué otra cosa servía la vida* ?

Hubo una época en la que sentía esa energía dondequiera que iba, con cada persona que conocía. Vivía el ideal platónico de la universidad de entonces. Era deliberadamente ingenua al respecto, porque una mente ingenua, abierta al asombro infantil, era la mente más feliz en un lugar como Cambridge. Le gustaba dejarse llevar por las conversaciones en el pasillo, escuchando atentamente, absorbiendo la emoción, haciendo preguntas sencillas y recibiendo respuestas deslumbrantemente complejas.

Amaba a todos sus interlocutores. El erudito en literatura comparada que describía meticulosamente la teoría de la traducción de la equivalencia dinámica de EA Nida y su resonancia con la teoría de la traducción tradicional china. Los paleontólogos que hablaban del esqueleto completo de dinosaurio que acababan de encontrar en Surrey, y de si, después de todo, fue un asteroide el que exterminó a los dinosaurios. Los queridos chicos del departamento de matemáticas riéndose a carcajadas de cosas llamadas nudos y variedades.

A veces, la fe radiante de los científicos la desconcertaba. Porque allí estaban, creando cosas, cambiando el mundo. Era la era de los descubrimientos sin fin. Los médicos habían creado un corazón

humano artificial. Los astrónomos observaban los anillos de Neptuno; los genetistas erradicaban la viruela y detenían la hepatitis B; los físicos desarrollaban la teoría de cuerdas; los genetistas descifraban el ADN humano.

Parecía que el mundo entero giraba más rápido, volviéndose más complejo y emocionante, y sin embargo, el campo de la magia parecía estancado, con los eruditos metiéndose en madrigueras cada vez más pequeñas por minúsculos desacuerdos en lugar de explorar los límites de lo que podían hacer.

Se volvió una vez hacia el profesor Grimes, buscando consuelo. Todo es arena, dijo; es falso, solo palabras, solo destellos fugaces de una ilusión, ¿qué sentido tiene? Y fue uno de los pocos momentos en su relación en que él le dio justo lo que necesitaba.

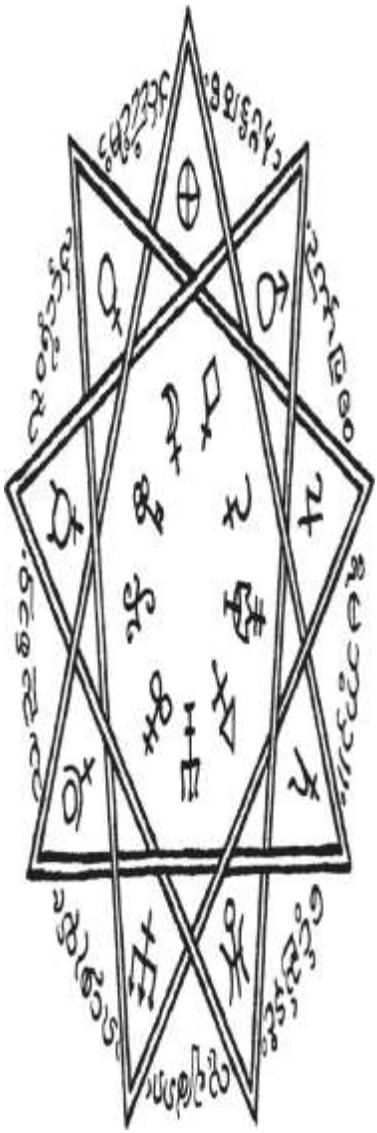
Después de todo, era un buen profesor; sabía cómo cautivar.

“Schopenhauer argumentaba que todo arte es meramente representativo y alegórico, excepto la música, que es lo más cercano a la voluntad pura”, le dijo. “Pero encuentro

en nuestros pentagramas algo parecido a la música. No en su total abstracción de los fenómenos cotidianos, sino en su capacidad de penetrarlos hasta el centro. Ese plano brillante y despejado de verdad donde nada más importa. Es como dijo Heisenberg, querida Alice. Que la física moderna ha decidido a favor de Platón que las unidades más pequeñas de materia no son objetos físicos en el sentido ordinario, sino formas e ideas. Y cuando domines por completo estas ideas, cuando puedas sostenerlas en la palma de la mano y retorcerlas y manipularlas a voluntad, entonces te habrás acercado a Dios. Te parecerá meticuloso, sí. Mezquino, fugaz, pedante. Pero razón de más para redoblar tus esfuerzos y aferrarte a cada vestigio de verdad que vislumbres”. Y esto la hizo dar vueltas, delirante, embelesada por el mundo oculto.

Fue así de simple: a Alice le encantaba su trabajo.

Solo el mundo social, la institución, se interponía en su camino. Sí, era irritante; sí, era un mundo de dolor. Pero a diferencia de Elspeth, no estaba dispuesta a renunciar a todo. Elspeth se equivocaba. No carecía de sentido. Aún había algo por lo que valía la pena luchar. Alice había encontrado algo en esa nube de símbolos, un valor que no era una tontería, y creía en él con todo su ser. Todavía creía en él. Solo necesitaba sobrevivir al resto.



Capítulo dieciocho

Todavía estaba oscuro cuando Alice despertó. Peter se había ido, con su manta doblada y cuidadosamente guardada debajo de un estante. Se incorporó y subió de puntillas a la cubierta superior, donde encontró, con cierto alivio, a Elspeth y Peter sentados uno frente al

otro en la proa. No hablaban; ambos estaban sentados con las rodillas pegadas al pecho, mirando fijamente el agua. Arquímedes estaba encaramado en la barandilla, balanceando la cola como un péndulo. Él también tenía la mirada fija en el agua, con una pata ligeramente levantada, como si recordara haber cazado un pez dorado.

Alice se acercó, aferrándose a la manta sobre los hombros. Peter la ignoró. Pero Elspeth la miró a los ojos e inclinó la cabeza como diciendo: « *Únete*» .

Alice cruzó la cubierta con el mayor sigilo posible y se deslizó junto a Elspeth. El *Neurath* cortó la noche en silencio, deslizándose sobre aguas tranquilas sin siquiera una onda. Era como si estuvieran navegando por el espacio, flotando sobre la nada.

Alice no se había criado cerca de grandes masas de agua. De niña, había planeado ir a hacer tubing con sus padres en San Antonio. Se perdieron y pasaron la mayor parte de la tarde dando vueltas por las carreteras. Para cuando llegaron al río, el sol se ponía y la mayoría de las familias habían empacado sus cosas para irse. Dudaban si quedarse o irse cuando de repente oyeron un grito agudo. Las familias en la orilla corrían frenéticamente de un lado a otro, y finalmente se supo que una niña había sido arrastrada río abajo. El río era poco profundo, solo le llegaba a la cintura, pero corría rápido, y era difícil distinguir algo con la luz tenue. Los gritos se hicieron más fuertes.

Alice oyó chapoteos; adultos saltando al agua. Su madre los condujo a todos de vuelta al coche. Nunca supieron si la niña se había ahogado; Alice solo recordaba haberse alejado en coche con la cara pegada al cristal, mirando la orilla con los ojos entrecerrados, esperando ver asomar una cabecita.

Desde entonces, le había dado pánico nadar. Nunca acompañaba a sus amigas a la playa. En Cambridge, vivía junto al río Cam, un río manso. Aun así, le temía: lo oscuro que parecía al cruzar el puente pasada la medianoche, la facilidad con la que podía tragarse cualquier cosa que se acercara. Últimamente, su mente vagaba a menudo pensando en la posibilidad de saltar. Si podría chapotear. Si podría simplemente resbalar hasta el fondo y desaparecer. Había algo cautivador en el agua: su capacidad de absorber, de crear nada y de ser un todo a la vez.

Y el Leteo, en comparación... oh, el inmenso y envolvente Leteo. Menos un río que una herida en el espacio. Se dio cuenta de que no tenía ni idea de la anchura del Leteo,

ni siquiera de si su grosor era regular en algún punto. Ninguno de los mapas sabía qué hacer con el Leteo, su geografía invertida. ¿Hasta dónde se habían adentrado en el inexplorado dominio del Infierno? Sin la luna arriba ni orillas a la vista, solo eran tres figuras en un pequeño bote, navegando en un eterno plano negro sin principio ni fin.

Alice se sintió incorpórea. Cualquier cosa podía pasarles. Podrían navegar para siempre. Podrían desaparecer sin dejar rastro.

“Mira.” Peter estaba mirando por el costado del bote, con los brazos extendidos y los dedos casi rozando el agua.

“Cuidado”, dijo Alicia, pero él negó con la cabeza e insistió: “ *Mira* ”.

Ella se unió a él por encima de la barandilla, y se quedó sin aliento al ver una corriente de luz resplandeciente, palimpséstica bajo la oscuridad.

Había gente nadando en el agua. Bueno, no gente, precisamente, sino destellos de ella; rostros riendo, llorando, discutiendo, sollozando; tenues contornos fosforescentes en brillantes ondas verdes. Personas, cosas y lugares de otras vidas: un acantilado soleado junto al mar, una sombrilla torcida, un perro que ladraba alegremente mientras se acercaba dando botes, cada vez más cerca, con la lengua rosada y brillante, la pelusa de su cabeza tan suave que Alice casi podía sentirla en la palma de la mano.

—Recuerdos —dijo Elspeth—. Cada cosa olvidada de cada vida vivida. Los frescos forman una pequeña corriente, a veces; puedes verlos con detalle antes de que se disuelvan.

El bote se inclinó hacia la izquierda. De repente, las aguas a su alrededor comenzaron a agitarse. Por encima de la barandilla, Alice vio una masa negra que se expandía, algo con demasiados ojos y dientes. Se encogió, pero Elspeth se inclinó sobre el borde y clavó su pértiga en medio de la masa. "¡Atrás! ¡Atrás! ¡Qué tontería!"

Las aguas se calmaron y el barco se enderezó.

—No se preocupen —les aseguró Elspeth—. Solo es una pesadilla descontrolada. Se disipan con facilidad. No vienen a por nosotros. A veces se unen y se forman pequeños remolinos de terror. Me gusta llamarlos cerebros de Boltzmann.

“Muy gracioso”, dijo Peter.

"¿Adónde van?", preguntó Alicia. "¿Se desvanecen?"

—Ni hablar —dijo Elspeth—. Este es su depósito. El Leteo contiene todos los recuerdos que alguna vez existieron. El Leteo es infinito. El Leteo contiene todos los colores de la paleta mezclados en negro. El Leteo no borra, solo absorbe.

—Eterno retorno —murmuró Peter—. Todo lo que ha sucedido volverá a suceder.

“No cites a Nietzsche en mi barco”, dijo Elspeth.

“Mea culpa.”

Elspeth se recostó, con los brazos cruzados. "Es divertido verlo, de todas formas.

Como el canal de televisión del inframundo. Siempre son los recuerdos más frescos los que se conservan con más claridad. Te da una idea de cómo es la vida allá arriba. No puedo creer cuánto han cambiado las cosas. ¿De verdad mataron a John Lennon?"

—Sí —dijo Peter—. Lo siento.

“¡Oh, qué lástima!”

Alice se inclinó sobre la cubierta, fascinada.

Una niña saltaba sobre un pie sobre una acera mojada y llena de gusanos. Un hombre se tambaleaba en bicicleta detrás de un autobús que se incorporaba al tráfico.

Una mujer hacía malabarismos con ollas hirviendo en una estufa. Un niño caminaba solo junto al río Cam, levantando la vista de vez en cuando para ver a los remeros entrenar temprano por la mañana. Esos no eran sus recuerdos; esos rostros no eran los de sus seres queridos. Aun así, le inspiraban una profunda nostalgia, la nostalgia que se siente al mirar dentro de las ventanas iluminadas de la calle por la noche; al asomarse a vidas que podrías haber tenido. El consuelo de otra persona. Un sofá calentito, una película vieja tarareando en la televisión. Y luego su esposa, su madre o una amiga acompañándola desde la cocina, con tazas humeantes de ponche caliente en ambas manos. Aquella visión la encontraba extrañamente tranquilizadora. El interior de su cabeza, arrojado al agua, solo que estas imágenes no tenían asociaciones con las suyas, no desencadenaron el diluvio, solo podía verlas pasar; instantáneas, luego desapareciendo.

“Ten cuidado”, dijo Elspeth.

Alicia se dio cuenta de que estaba demasiado inclinada sobre la barandilla. Se encogió.

—El Lete te hará eso —dijo Elspeth—. Tienes que estar alerta. Si no, te disolverás rápidamente, sin darte cuenta.

¿Lo haría?, se preguntó Alice. ¿Cuánta protección le brindaba el tatuaje de Grimes?

—Pensé que el Lethe no podía hacerle daño a Shades —dijo Peter.

La corriente de aire no, solo te limpia la memoria para renacer. Pero el agua sin filtrar, directamente del río, puede destruirte. Soy muy cuidadoso. Metí el meñique una vez. Solo la punta. Quería ver si dolía, ¿sabes?

—¿Y lo sentiste? —preguntó Peter—. ¿Qué olvidabas?

—Para nada —dijo Elspeth—. Eso es lo más aterrador. Nunca sabrías lo que perdiste. No puedes elegir.

—Dijiste que los Kripkes no temen al Lete —dijo Alicia—. ¿Qué quisiste decir con eso?

—No lo hacen —dijo Elspeth—. No, lo cortejan. Incluso los he visto bebiendo sus aguas. Solo una vez. Se pararon en la orilla, en fila, tomando pequeños sorbos de un cuenco. Parecía un ritual para ellos. Como si lo hubieran hecho antes.

Peter se quedó atónito. "¿Por qué?"

“Porque duele ser humano, estoy segura”, dijo Elspeth. “Duele que te recuerden lo que ya no tienes. Es mejor borrarte poco a poco, hasta que solo seas lo que necesitas en el presente”. Se encogió de hombros. “Todos lo hacemos. Incluso los vivos. La única diferencia es que a los Kripke les importa menos lo que dejan atrás”.

Peter se estremeció. «Pero eso ya no es vida».

"No viven", dijo Elspeth. "Son solo funciones mecánicas. Dedicadas a un solo fin".

A Alice no le pareció tan horrible. ¿Por qué no se despojaban todos de las partes de sí mismos que les causaban dolor? Le gustaría aprender ese truco, pensó. Si pudiera filtrar ese caos en su cabeza, sacar los

archivos que la torturaban y quemarlos. Cada pequeña humillación, cada atisbo de culpa; si tan solo pudiera despejar su mente para que solo quedaran los elementos que quería conservar: el núcleo ardiente, el ansia de conocimiento, las habilidades para adquirirlo. Se podría lograr tanto sin las cargas de la personalidad. ¿Quién no querría borrar el resto?

MIENTRAS EL SOL ASCENDÍA LENTAMENTE HASTA su cima, Elspeth los guió hacia la costa. «Es mejor estar en la profundidad de la noche», explicó. «A los Kripke les gusta navegar al amparo de la oscuridad. Aunque el viento se pone picado. De día, prefiero estar cerca de la costa».

¿Hacia dónde nos dirigimos?, preguntó Peter.

—Wrath —dijo Elspeth—. Necesito una linterna.

Una franja de tierra se iluminó. Ningún edificio marcaba el horizonte. No, a medida que se acercaban, Alice vio que al otro lado del abismo que las Sombras se habían esforzado tanto por cruzar no había más que arena y madera flotante. Parecía una playa árida y hostil, de esas en las que naufragas; de esas donde los supervivientes enloquecen y se devoran unos a otros. De hecho, cuanto más observaba, más evidencia presentaba la playa de una lucha continua. Por todas partes veía huellas confusas en la arena; estructuras desordenadas que parecían fuertes; lanzas rotas hechas de madera flotante y rocas; leña desechada; evidencia de campamentos desmantelados a toda prisa.

—La Tercera Corte —dijo Elspeth—. Los desiertos de la Avaricia.

"¿Dónde está el campus?" preguntó Alice.

"¿Indulto?"

“Al cruzar el muro, vimos este campus”, dijo Alice. “Y pensé que todas las canchas eran como… edificios de un campus”.

—Ah —rió Elspeth entre dientes—. ¿Cuánto es lo más lejos que te has alejado de tu departamento?

"¿Qué quieres decir?"

—Apuesto a que siempre viviste en la universidad —dijo Elspeth—. Nunca te aventuraste más allá, ¿verdad?

«Claro que sí» , quiso decir Alice; pero en realidad no podía afirmar

que sí. Lo más lejos que pudo señalar fue el camino hacia el sur hasta la estación de Cambridge, pero eso no contaba. Downing y Pembroke estaban allí abajo.

¿No lo conoces? —Elspeth hizo un gesto—. El espacio muerto. Donde termina el campus, pero el resto del mundo aún no ha empezado. Donde solo vive el profesorado.

Donde la universidad ha comprado terrenos, pero no ha construido nada. Donde la construcción continúa, pero nunca se construye nada, donde el espacio lleva siglos en desarrollo. ¿No has estado allí?

—Visité Berkeley una vez —dijo Peter—. Es un lugar horrible.

—Bueno, ahí estamos. —Elspeth clavó su caña en la orilla—. La cosa se pone rara por aquí.

Cerca de la orilla se arrodillaba una Sombra, con la cabeza moviéndose frenéticamente. Al acercarse, Alice vio que la Sombra intentaba comer algo que aferraba. Algo brillante, circular y duro. Alice esperaba que solo fuera una roca.

—El profesor Carpeaux —dijo Elspeth—. Lleva un tiempo allí. Siempre con hambre.

El nombre le sonó a Alice. "¿No era ese el hombre que…?"

"Que plagió los trabajos de sus alumnos durante años y se salió con la suya", dijo Elspeth. "Dijeron que murió de un virus estomacal, pero creo que uno de sus alumnos le echó cianuro a sus manzanas. ¡Bien hecho!"

La barcaza se acercó a la orilla. Allí, las olas se volvieron peligrosas, con las crestas rompiendo contra las rocas. Más arriba, Alice pudo ver grupos más grandes de Sombras, aunque no podía identificar lo que hacían. Parecían estar en guerra —

ciertamente, dos grupos cargaban uno contra el otro, uno tras otro, con armas a cuestas—, pero lo que sucedió después no estaba claro, ya que nadie podía resultar herido de ninguna gravedad, lo que significaba que solo podían conformarse con lo que parecía un vigoroso retorcimiento colectivo en la arena.

Alice recordó un torneo de voleibol de la facultad: hacía unos años, cuando los estudiantes presionaron para que el retiro anual del departamento se celebrara en Brighton en lugar de Inverness, y

durante tres días todos fingieron verse naturales al aire libre, con cuerpos pálidos y flácidos sudando bajo el sol abrasador. Alguien propuso un torneo de voleibol, y todo el profesorado se puso competitivo. En este nuevo entorno surgió un instinto de dominio físico. Alice habría dado cualquier cosa por una poción que borrara selectivamente de la memoria al administrador del departamento gruñendo al lanzar un balón a la red, o a Helen Murray gritando de alegría al realizar un buen saque. El partido se interrumpió tras una discusión sobre el

arbitraje, que culminó con Helen lanzando su vaso de agua al otro equipo. Alice se sintió inmensamente agradecida de que el profesor Grimes no jugara. Nunca habría vuelto a mirarlo con los mismos ojos.

"¿Qué están haciendo?" Peter parecía horrorizado.

Ahora dos Sombras giraban lentamente una alrededor de la otra, con los brazos extendidos a los costados como luchadores, mientras los demás se reunían a su alrededor, cantando algo ilegible desde la orilla.

"Ni hablar", dijo Elspeth. "Ya he indagado, he intentado averiguarlo. Pero no me hablan. Son las únicas Sombras que no me hablan. Son muy habladoras en Orgullo, e incluso la gente de Deseo habla durante una o dos horas si les haces un gesto con la mano. Pero son tan paranoicos en Avaricia. Salen corriendo cada vez que te acercas. Y

de repente te están tendiendo una emboscada con flechas de madera flotante. Mi teoría es que es algún tipo de problema de acción colectiva, y podrían largarse todos si organizaran un foro democrático, pero creo que se divierten más con sus palos y flechas... ¡Ay, cuidado!". Elspeth tiró de las cuerdas del timón. "Empiezan a apedrearme cada vez que me acerco".

Se alejaron de la orilla. El profesor Carpeaux alzó una mano hacia ellos, quejosa y suplicante. Elspeth movió los dedos a su vez.

—¿Ves a mucha gente conocida aquí? —preguntó Alice. Intentaba pensar en una forma sutil de comprobar si Elspeth había visto al profesor Grimes.

—Sí, claro. Muchos más magos de los que te imaginabas.

"¿Y salen bastante rápido, según tu experiencia?"

"Rotundamente no." Elspeth resopló. "Los magos son terribles para atravesar el Infierno. Nunca creen haber hecho nada malo, ¿sabes? Se

creen diferentes. Todo está justificado si lo hacen para investigar. Solo que nunca es para investigar, ¿verdad?

Siempre se trata del ego, la fanfarronería, los títulos y las firmas. Una jerarquía de completos disparates. Y no pueden renunciar a ello. Creo que por eso se han pasado todos estos años en la arena. Podrían levantarse e irse en cualquier momento, pero no lo harán. No pueden renunciar a ello. ¿Y para qué?" Elspeth soltó una risa quebradiza.

"¿Pequeños trucos de salón? La magia es tan endeble. Inútil. No hay nadie en el mundo real a quien le importe lo que hacemos. Y esta gente vivía como si sus secretos más

simples fueran cuestión de vida o muerte. Y se pelearán entre sí... ¿por qué? ¿Por un maldito trozo de tiza?"

Esta última frase sonó bastante mordaz. Alice le lanzó a Peter una mirada nerviosa.

Pero Elspeth no los miraba. Miraba fijamente a los cuerpos que se retorcían en la orilla.

Peter dijo: "No entiendo por qué querrías volver entonces".

Elspeth frunció el ceño y entrecerró los ojos. "¿Qué quieres decir con eso?"

Es que... parece que te iría mejor, bueno, reencarnándote. No sé. Si tanto odias Cambridge.

"No odiaba Cambridge".

—La gente, entonces. —Los dedos de Peter se mordieron los deshilachados de sus mangas—. La institución, al menos. ¿Por qué perder tanto tiempo buscando una Verdadera Contradicción cuando podrías simplemente seguir adelante? ¿Si no hay nada a lo que quieras regresar?

—O sea, todavía tengo una familia —la voz de Elspeth se volvió más aguda—. Tenía padres. Tengo padres. Tengo hermanos. Todavía tengo una *vida* .

—No, claro, estoy seguro. —Peter asintió—. Pero si ya terminaste con la investigación, ¿qué...? O sea, ¿alguna vez has pensado en lo que podrías hacer cuando vuelvas allá arriba?

—Claro —dijo Elspeth con mordacidad—. Voy a sentarme afuera. Voy a tomar una taza de té, Assam, con mucha leche y un toque de miel. Y un bollo de canela. Con pasas.

DOBLARON LA CURVA PASANDO GREED y, después de un largo tramo de playa vacía, llegaron a la Corte de la Ira.

Dante había descrito la Ira como el pantano del Estigia, poblado de almas desnudas y furiosas en la ciénaga, golpeándose entre sí y a sí mismas. Almas que bullían a fuego lento, de tal manera que su rabia hacía burbujear la superficie. Alice se estremeció al leer esta descripción: «Este himno gorgotean en sus gargantas / Porque no pueden pronunciar una sola palabra completa». Era la primera vez que un poeta parecía comprender que la ira no era meramente externa; no era solo un tornado de destrucción, aullante y delirante. A veces te la tragabas como un carbón candente. A veces solo te quemaba, lentamente, de adentro hacia afuera, hasta ahogarte. Pensó en

las noches que había pasado despierta, rebuscando en los rincones de sus recuerdos y llenándose de ira, pero eso nunca la hizo incandescente, justa; solo se sofocaba en su ineficacia. *Todo esto me ha pasado* , pensaba, *y el mundo es injusto, y aun así no puedo hacer nada al respecto. También podría ahogarme.*

—¿Y qué hay en Wrath? —preguntó Peter—. ¿Una cancha de rugby?

—En realidad no —dijo Elspeth—. Creo que las instituciones estructuradas empiezan a desintegrarse después de la Avaricia. Después de la Ira, todo se vuelve más clásicamente infernal. Degeneración de la psique, la huida de la razón... algo así. Aquí debemos ser más cautelosos.

Alicia contempló la orilla buscando sus imaginarios pantanos de almas, como moscas de la fruta ahogándose en sidra de manzana. Pero bajo la tenue luz de la mañana, solo vio una orilla oscura e interminable. La arena era completamente negra, aunque salpicada de puntos brillantes. Huellas, se dio cuenta Alicia; innegablemente formadas por el talón y la bola del pie. Aunque el ser que las había creado debía de ser enorme, pues al acercarse, vio que esas huellas podían abarcar al menos toda su altura.

—Esos los dejará Flegias —dijo Elspeth—. Una deidad. Arrojada al inframundo por incendiar el templo de Apolo después de que este violara a su hija.

—Eso parece razonable —dijo Alicia—. Me refiero al incendio, no a la

violación.

—Bueno, Flegias también lo cree. Siempre aullando por la injusticia. Mira, ahí está, al pie de esas montañas. ¿Lo ves?

Alicia entrecerró los ojos sobre la llanura. Muy por debajo de los acantilados, vio una luz carmesí palpitante que se movía con paso majestuoso entre las rocas. Y dentro, una silueta oscura, pero no supo qué forma tenía, si humana o animal.

"¿Es peligroso?"

—Oh, mucho. Podría herirte con solo una mirada. Pero deja estas maravillosas brasas dondequiera que pisa. Brasas que no se apagan durante semanas. Para eso estoy aquí. —Elspeth señaló su lámpara con la cabeza, que, como notó Alice, ardía con un vibrante color carmesí similar. Gruñendo, sacó un cubo de metal de debajo de la pila de remos—. Voy a recoger. ¿Pueden ustedes dos encargarse del bote?

—Ah, claro. —Alice se animó. Había estado dándole vueltas a cómo atrapar a Elspeth bajo su vigilancia, y ahora la oportunidad acababa de caerles en las manos—.

¿Qué deberíamos...?

—Quédate junto al ancla. —Elspeth ya estaba subiendo a la barandilla —. Y si se acercan esas cosas de hueso, límpialas con un spray. Detesto cuando suben a bordo.

Un salto elegante y llegó a tierra. Alicia la observó bailar ágilmente sobre las brasas, saltando de roca en roca hasta perderse de vista.

Sintió algo en la espalda. Se giró y se estremeció. Peter estaba muy cerca, detrás de ella, con la mirada fija en Elspeth.

—Ahora es el momento —murmuró—. ¿Quieres distraerla? ¿O dibujar el pentagrama?

Esas fueron las primeras palabras que le dirigió en toda la mañana. Intentó disimular su alivio. "Eh... cualquiera de las dos, supongo. ¿Qué...?"

Soy más rápido con los pentagramas. Lo dibujaré.

Alice no estaba segura de si era cierto, pero sentía que no era el momento de contradecirla. "Está bien. ¿Dónde deberíamos...? O sea,

¿dónde crees que podemos encontrarla?"

Había estado lidiando con esto toda la mañana. Sacarle información a Elspeth era una cosa; lo más difícil era meterla en un pentagrama. El problema con un pentagrama ensangrentado era que era muy difícil de ocultar. En teoría, el tamaño de un pentagrama no afectaba su potencia; de hecho, en la historia romana, los celtas habían dibujado grandes estructuras de tiza alrededor de colinas y bosques enteros para atrapar a sus enemigos. Pero tomaría tiempo y más sangre de la que tenían.

—Llévala junto a la estufa —dijo Peter—. Hay una estera; podemos dibujarla ahora y tenerla allí antes de que vuelva. ¿Crees que hay tiempo?

Alice volvió la vista hacia la playa, donde Elspeth echaba brasas en su cubo con entusiasmo. «Tendrás que darte prisa».

Claro. ¿Me das un cuchillo?

—Pues... ay —Lo sacó de su mochila—. Ten... ten cuidado.

"Haré lo mejor que pueda", murmuró Peter, y se dirigió a las escaleras.

Alice respiró temblorosamente y regresó a la playa. El cubo de Elspeth estaba casi lleno. Vio que Alice la miraba, se enderezó y la saludó alegremente. Alice le devolvió el saludo, sintiéndose fatal.

«Ten determinación» , pensó. El profesor Grimes se lo había enseñado. La diferencia entre la grandeza y la mediocridad residía únicamente en perseverar. En cualquier caso, esto era algo bueno, algo misericordioso. Había que acabar con el sufrimiento de Elspeth. Una sola conversación, bastaría. Y entonces seguirían su camino, y Elspeth solo sería un recuerdo incómodo.

—¡HOLA ! TOMA ESTO. DE PUNTILLAS EN la orilla, Elspeth balanceó el cubo de brasas hacia adelante usando el extremo de su lanza. Alice lo agarró y lo arrastró hasta el centro de la cubierta. Con el rabillo del ojo vio a Peter desaparecer hacia las escaleras, con el brazo pegado al costado.

Se enderezó. "¿Oye, Elspeth?"

"Sí, amor."

—Dime si es presuntuoso, pero me preguntaba si podríamos... bueno,

me encantaría tomar un té. —Se aclaró la garganta—. Si tienes. Ha pasado tanto tiempo.

—Magos —dijo Elspeth riendo—. Incorregible. ¿Está bien Earl Grey? Es todo lo que tengo.

“Earl Grey suena perfecto”.

—Ven, te mostraré cómo funciona la estufa. Toma esas pinzas, se acabó el carbón...

—Elspeth hizo un gesto, y Alice cogió con cuidado una brasa del cubo.

Elspeth se agachó frente a la estufa. La estera estaba firmemente donde Peter la había dejado. Era un objeto sucio, de color negro y marrón, que antes podría haber sido amarillo, de fibras sintéticas empapadas de agua y llenas de arena. Bajo las patas de la estufa, Alice divisó una cursiva descolorida que decía: « *El hogar está donde está el corazón*

». Podía imaginar a Elspeth encontrándola mientras rebuscaba y llevándola encantada de vuelta a su barco. «¡Hola, mis queridos huesos! ¡Miren lo que he encontrado!».

—Aquí dentro. Elspeth le indicó a Alice que colocara la brasa en el centro, luego sacó una tetera manchada y agrietada del cajón de fermentación. La llenó con el frasco

copiado de Alice. Gotas de agua se deslizaron por las grietas, chisporroteando agradablemente contra la estufa. Juntas, de pie junto a las llamas, observaban el vapor que se desprendía del costado de la tetera. Arquímedes apareció desde dondequiera que hubiera estado y se sentó junto a las piernas de Elspeth cerca de la estufa, disfrutando del resplandor.

"¿Dónde está Peter?" preguntó Elspeth.

—Ah... eh... supongo que quería acostarme. —Alice se preguntó si Peter habría tenido tiempo de activar el pentagrama. No lo había oído hablar en la cubierta, pero los pentagramas se podían activar a distancia, sobre todo si él estaba debajo de ellos. Se detuvo—. Creo que está cansado.

"Es un tipo melancólico, ¿no?"

—Puede serlo, sí. —Alice retorció los pulgares, buscando

frenéticamente cómo proceder.

Nunca se le había dado bien mentir. Una vez, el profesor Grimes la envió al despacho del profesor Stuart para averiguar si este estaba investigando la misma rama de subconjuntos de Curry que el profesor Grimes quería, y ella se equivocó tanto que, diez minutos después, el profesor Stuart empezó a recordarle, torpe pero amablemente, que tenía esposa e hijos. Pero sabía que a todos los académicos les encantaba que les preguntaran sobre sus investigaciones. Y no fue difícil conseguir que Elspeth hablara; después de todo, había estado tanto tiempo sin nadie que la escuchara.

—¿Y quiénes están en Wrath? —preguntó con el tono más informal posible—.

¿Gerentes de laboratorio y residentes?

Nada bueno. Para ser sincera, no veo a mucha gente pasar por Wrath. Y a los que pasan, más los oigo que los veo. Elspeth negó con la cabeza. Es un lugar horrible. Nunca voy mucho más allá de la costa.

—¿Entiendes el propósito de los tribunales? —insistió Alice—. Nosotros también hemos estado confundidos. Parece... parece, al fin y al cabo, que los castigos son completamente aleatorios.

"¿Qué tiene esto de extraño?"

—Bueno, no entiendo qué sentido tiene nada —dijo Alicia—. Orgullo y Deseo, quizá. Lo superas y luego te largas. ¿Pero Codicia? ¿Qué hacen ahí? ¿ *Para qué sirve todo esto* ?

¡Qué carajo! Al cabo de un tiempo, dejas de hacer preguntas.

—Pero es tan *desconcertante* —dijo Alicia—. Todos estos eruditos tienen teorías sobre el pecado, el karma, el arrepentimiento, y luego llegas al Infierno y te das cuenta de que todo depende de los caprichos de las deidades. Y creo que si algún tartarólogo viniera aquí, quemaría sus publicaciones anteriores.

“Eso es porque quieren tratar el Más Allá como un juego”, dijo Elspeth. “Todo el mundo académico está metiendo los fenómenos naturales en cajas que no encajan.

Quieren programarlo porque les hace sentir seguros, porque si pueden señalar a todos los pecadores de Avaricia, Ira y Tiranía y decir: *«Bueno, al menos yo no era tan malo como él»* , entonces no tienen

mucho de qué preocuparse. Y se frustran cuando el Infierno no les sigue el juego".

—Pero debería haber orden —dijo Alicia—. Debería ser *justo* .

"Quieres que el infierno obedezca las reglas de la lógica clásica".

—No necesariamente lógica —dijo Alicia—. Sé que hay elementos en lo divino y todo eso. Pero el cosmos debería tener cierta coherencia, ¿no crees?

—Eres un miembro incorregible de la Escuela de Cambridge —dijo Elspeth—. Eres un constructor de sistemas. Circuitos cerrados. *Bah.* Nunca abierto a la espontaneidad.

—Solo me gusta saber qué me espera —dijo Alicia—. Eso es todo.

Mira, esto podría hacerte sentir mejor. ¿Quieres escuchar mi teoría?

"Oh sí."

"Bueno, creo que el mayor error sobre el budismo es que el karma funciona como una gran cuenta que se suma al final del día." Elspeth hizo un gesto con la mano. "Pero no es que obtengas quinientos puntos buenos y ochocientos malos, de modo que en el Infierno tengas que dar cuenta de un déficit neto de trescientos. No es tan claro. El karma es más bien como… mmm. Se podría decir que el karma es como una semilla.

Las semillas se convierten en fruto. El karma es una consecuencia natural. La maldad se acumula. Afecta tu forma de vivir, tu percepción del mundo. Cuando haces el mal, ves

el mundo como mezquino, egoísta y cruel. Y lo que experimentas en el Infierno es solo la última consecuencia de tu maldad original. Obtienes exactamente lo que pediste. Y

creo que el propósito del Infierno es mostrarte todo lo que querías."

—Ajá. —Alice le dio vueltas. La teoría era atractiva, pensó, pero aún había mucho que no podía explicar—. ¿Y las Sombras de Avaricia? ¿Eso era lo que querían desde el principio? ¿Construir lanzas en la playa?

"Lo que querían era ser mejores que los demás", dijo Elspeth. "Y ahora tienen la oportunidad de demostrarlo. Pueden luchar en el lodo.

Demostrando su poder y venciendo mentes más débiles. Todos los días. Probablemente estén en el paraíso. En resumen, el infierno no es tan malo para quienes están en él. Están justo donde querían estar".

La tetera empezó a silbar. Elspeth la retiró del fuego, vertió agua con cuidado en dos tazas y le entregó una a Alice. «Toma».

—Gracias. —Alice bajó la cabeza para beber, pero un hedor nauseabundo le golpeó la nariz. Parpadeó; gruesas bolitas negras flotaban en la superficie del agua.

Definitivamente no era Earl Grey. Elspeth la observaba, así que esbozó una mueca y fingió un sorbo.

"¿Azúcar?" preguntó Elspeth.

"Continúa entonces."

Elspeth metió la mano detrás de la estufa y metió algo diminuto en la taza de Alice.

Alice revolvió y fingió no darse cuenta de que era una piedrecita. "Entonces, eh... si no te importa que pregunte, ¿en qué tribunal te espera?"

Elspeth la miró parpadeando.

—Lo siento —dijo Alicia—. Supongo que es de mala educación.

"Increíblemente", dijo Elspeth.

"A veces pienso que sería tan bonito simplemente pasar página y empezar de cero."

Alice fingió tomar otro sorbo de té. "O sea, si no hiciste nada terrible, más vale que lo aceptes y sigas adelante, ¿no crees?"

Elspeth entrecerró los ojos. «Parece que están muy interesados en convencerme de que me rinda y muera».

—No, no, solo... solo intento entender. —A Alice se le secó la boca. Tragó saliva, lo cual no ayudó—. Parece extraño seguir persiguiendo algo que no existe, cuando podrías... quiero decir, cuando sería tan fácil simplemente seguir adelante.

—Niego la premisa, pero seguro. —Elspeth se apoyó en la estufa—. ¿Le pasa algo al té?

—No, no, está bien... eh. —Alice enroscó los dedos alrededor de la taza. Se sentía mareada. Ay, era terrible en esto—. ¿Entonces estás... estás cerca? ¿Sabes dónde está?

Elspeth bebió un sorbo de su propio té, sin decir palabra.

—¿Qué te detiene? —insistió Alice—. ¿Son los Kripkes?

Una mirada extraña apareció en el rostro de Elspeth.

¿Era el pentagrama el que funcionaba? Alice no lo sabía. No había jugado con la Paradoja del Mentiroso desde su primer año y no recordaba con precisión qué les hacía a sus víctimas. ¿Era una mirada vidriosa en la mirada de Elspeth? ¿Estaba aturdida?

—Podríamos ayudar —dijo Alice—. Peter y yo. Si fuéramos los tres contra los Kripkes, no tendrían ni una sola oportunidad. Solo tú tendrías que compartir con nosotros lo que sabes. Si pudiéramos ver tus notas, quiero decir...

Elspeth no respondió. Parecía congelada en su sitio. Sus dedos se aferraban inmóviles a su taza de té, que goteaba hacia adelante, pero ella no parecía darse cuenta.

Sus ojos estaban fijos en Arquímedes, quien ahora estaba de pie, con el pelo erizado y la espalda encorvada, mirando a Alice con furia.

—Cariño —dijo Elspeth—. ¿Qué te pasa?

Arquímedes golpeó el tapete. A Alicia se le encogió el estómago. Arquímedes se lanzó contra el tapete como un poseso, siseando y arañando su superficie. Por fin logró apartar la esquina del tapete a un lado, dejando al descubierto una mancha de tiza y varias gotas de sangre roja y brillante.

Durante un largo instante, Alice y Elspeth se miraron parpadeando. Lentamente, Elspeth dejó su taza en la estufa.

A Alice se le ocurrieron varias excusas. Ninguna parecía merecer la pena.

—Peter, cariño —Elspeth alzó la voz—. ¿Por qué no subes?

Un silencio insoportable. Alice consideró brevemente huir o luchar, pero ¿adónde?

¿Y con qué? Solo pudo aferrarse a su taza de té y quedarse allí parada

como una tonta.

Peter apareció en lo alto de las escaleras, con el brazo empapado y el rostro pálido.

Sostuvo la mirada de Alice; ella negó con la cabeza frenéticamente.

—Allá —ladró Elspeth. Peter obedeció y se sentó junto a Alice. Uno al lado del otro, parecían niños castigados, esperando su castigo. Arquímedes se subió a la estufa junto a Elspeth, mirándolo con aire de superioridad moral a través de sus pupilas diminutas.

«Miserable» , pensó Alice; *después de todo, te dimos de comer* .

Elspeth golpeó el suelo con su lanza. «Creo que deberías decirme por quién estás aquí».

—Te lo dijimos —dijo Alicia—. Estamos de paso...

" *Mentirosos.* "

Algo negro se filtró en los ojos de Elspeth. Parecían pudrirse en su cabeza, el blanco se volvió verde, luego negro, años de descomposición condensados en segundos. De repente, mariposas salieron volando de las cuencas; una horda de ellas, de un violeta horrible y susurrante. Alice y Peter retrocedieron, pero Elspeth se acercó, las mariposas se doblaban a cada paso, hasta que dejó de ser una persona para convertirse en una masa susurrante de terciopelo, oscura y con reproche. Su lanza salió disparada; la punta se posó justo debajo de la barbilla de Peter.

“Pase adentro.”

El cuello de Peter se balanceó. "¿Por qué no…?"

“Entra, amor.”

Pedro obedeció.

“Sabes, no es la crueldad lo que me atrapa.” Elspeth sacó una barra de tiza, la mojó en una bolsa en su cinturón y la fijó al extremo de su bastón. “Es la falta de respeto. Soy una estudiante de Grimes, tal vez recuerdes.” Pateó la estera y comenzó a grabar alteraciones en el trabajo de Peter. Escribió con una velocidad furiosa, murmurando en

griego mientras avanzaba. Esta era una magia tremendamente impresionante: muy pocos magos podían inscribir y entonar hechizos

simultáneamente. *Ella* es *buena* , pensó Alice; *es* digna *de Grimes* . "¿Crees que he estado aquí abajo durante décadas, bailando con los Kripkes, y no sé cómo manejar la maldita Paradoja del Mentiroso?" Cerró el círculo con un golpe final y vicioso. "La Paradoja del Mentiroso es un juego de niños.

Pero magia avanzada, niños, eso es hacer que uno diga la verdad."

Golpeó la cubierta con su bastón. Alice se atragantó. Dos manos invisibles le sujetaron los lados de la cara, abriéndole la mandíbula.

Elspeth preguntó: "¿Cuál es tu propósito?"

Las manos invisibles presionaron con más fuerza. Alicia balbuceó una respuesta e intentó ahogarla.

—Grimes —jadeó Peter.

"¿Disculpe?"

"El profesor Grimes, nuestro asesor, murió, tenemos que traerlo de vuelta..."

" *¿Estás aquí por Grimes?* "

Elspeth aulló entonces, un aullido que se duplicó, triplicó, multiplicó en un coro imposible, mil Elspeths chillando de la nada. Pequeñas líneas negras se extendieron rápidamente por su piel, y luego la capa superior pareció desprenderse. Fragmentos oscuros se fusionaron, se arremolinaron, pero Elspeth no se había ido, solo protegida ahora por una horda de mariposas, que se arremolinaban agitadas a su alrededor, azotando vientos, girando cada vez más rápido hasta que la fuerza del vendaval pareció a punto de destrozar el barco. Ella-el-coro gritó, resonando sobre los vientos.

«¿Entregaron la mitad de sus vidas y viajaron al inframundo?» —las mariposas la envolvieron como un escudo, envolviéndola en una forma semihumana hasta que dejó de ser una Sombra humana para convertirse en una diosa singular-plural, hablando con una voz como un trueno— «¿por ese miserable y desamparado *payaso* ?».

Elspeth apuntó con su bastón. De repente, las mariposas salieron disparadas. Alice se cubrió la cabeza con los brazos, pero no importó; las criaturas eran como un muro de terciopelo, empujando hasta que ella y Peter quedaron arrinconados contra la proa, con las rodillas dobladas, pues los vientos circulares eran demasiado fuertes para que

levantaran la cabeza.

“Bájate de mi barco”, dijo Elspeth.

—Por favor —dijo Peter—. Por favor, no...

“¿Te atreves a mendigar?”

—¿Qué harías? —gritó Alicia—. ¿Si tu asesor muriera? ¿Si estuvieras en nuestra situación?

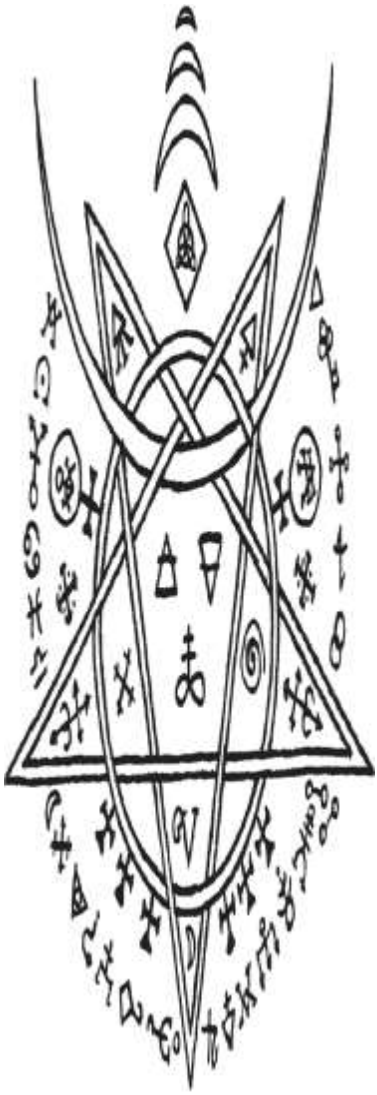
Las mariposas se separaron. El rostro de Elspeth volvió a aparecer, pálido y terrible.

«Lo dejaría , imbécil. Buscaría a otra». Por un instante, su voz fue humana. Alice creyó oírla quebrarse. «Haría *cualquier otra cosa* ».

—Pero no hay nada más —graznó Alicia—. ¿No lo entiendes?

Las mariposas se cerraron sobre el rostro de Elspeth como si fuera un casco.

La masa se alzó. Alice se retorció, pero fue inútil. Extendió la mano hacia Peter, pero la masa los separó. Solo podía ver u oír un batir de alas negras y, bajo ellas, una nube silbante de ira. Un millón de ráfagas de viento la elevaron y la lanzaron. Se agitó suspendida en el aire, ciega y desorientada, antes de estrellarse con fuerza contra el suelo. Para cuando las mariposas la soltaron, deslizándose en espiral en formación, Elspeth, Arquímedes y los *Neurath* eran un punto en el horizonte, desapareciendo con rencor.



Capítulo diecinueve

—De acuerdo. —Peter se echó la mochila al hombro y se giró para caminar con dificultad por la orilla—. Buena suerte.

Alice se puso de pie de un salto. "¿Adónde vas?"

Él no respondió. Ella lo observó un momento, desconcertada, y luego

se apresuró a subir por la orilla tras él. "¿Qué haces?"

Él seguía sin responder. Ella lo agarró de la manga. " *¡Murdoch!* "

"Déjalo ir."

“Dime a dónde vas.”

—¿Por qué? —Le soltó el brazo con tanta fuerza que ella se tambaleó hacia atrás—.

No vienes conmigo.

“No podemos separarnos, no es seguro”.

Soltó una carcajada. " *Seguro* , —Dice ella. —A *salvo* —dice la chica que me habría condenado a la Tejedora.

“No lo hice … ”

—Estuvo mal lo que hicimos. Elspeth hizo bien en expulsarnos. —Se apartó de ella y siguió caminando con dificultad—. Estoy acabado.

—Murdoch. —Lo siguió, patética, pero no sabía adónde más ir—. Por favor, no me odies.

Se rió de nuevo. Esta vez había un tono de desesperación; la clase de risa que estaba a punto de romperse en sollozo. «No, Law. Pero estoy seguro de que *me odias* ».

"No te odio."

—Entonces debes tenerme en muy baja estima —dijo—. Porque desde que llegamos, solo he sentido... no sé, esta *frialdad* , como si ni siquiera te importara que esté aquí.

—Nunca te pedí que vinieras —dijo—. Habría ido sola, fuiste tú quien quiso venir conmigo...

“Porque pensé que estaríamos mejor juntos”.

“O porque querías un sacrificio a cambio, ¿no es así?”

“ Te *lo dije* , eso no es lo que había planeado—”

—Vaya, qué rico —dijo—. Ya que tenías mi nombre subrayado tres veces en tus notas.

Peter se giró. La furia en sus ojos la hizo estremecer; nunca antes lo había visto tan enojado. "No tengo por qué justificarme", dijo. "Pero si crees que soy esa clase de persona, Law, entonces es mejor que sigas tu camino por el Infierno solo".

Siguió subiendo la cuesta. Alice lo miró fijamente un momento y luego lo siguió. No tenía ningún plan; solo sabía que no tenía adónde ir, y si perdía a Murdoch, estaría perdida para siempre.

Su pie se atascó. Se tambaleó, casi perdió el equilibrio. Se soltó el pie con un tirón, luego se agachó para mirar, pues la arena parecía mojada, pero eso no tenía sentido, pues se estaban alejando de la orilla.

Más adelante, Peter estaba inclinado sobre su tobillo.

“¡Murdoch!”

Él no respondió. Ella echó a andar hacia él, pero de repente, sus piernas no se movieron. Lo intentó, pero algo las inmovilizó, y cuando bajó la mirada, vio una mano.

Alice gritó.

Brazos muertos emergieron del agua. Alice saltó, pero sus pies se hundieron en un profundo hoyo y se tambaleó hacia un lado. Entonces vio que no estaban en tierra firme: lo que parecía lodo era arena pegada a la superficie, extensiones enteras de agua acechando.

Una fuerza tiró de su rodilla. Se desplomó de lado en el pantano.

Sintió una descarga de agua helada. Abrió los ojos. Deseó no haberlo hecho. Porque entonces vio un lago entero lleno de Sombras, mordiéndose, retorciéndose y tirando

unas de otras. Sus rostros eran horribles, sus ojos rojos como la llama, sus bocas abiertas de furia. No podía ver dónde terminaba. Parecían interminables, un descenso sin fondo de furia contenida, extendiéndose hasta la oscuridad sin luz. « *Hosco en el fango negro»* , había informado Dante. *Gorgoteaban en sus gargantas.*

Pateó. Su pie chocó contra algo sólido, algo que le daba apoyo. El peso de su pierna desapareció. Nadó hacia arriba, salió a la superficie. Se agitó, buscando un punto de apoyo. Allí, sus manos arañaron la dura piedra. Apretó los dedos y se impulsó hacia arriba. Se acurrucó contra su percha, temblando, y entonces vio, justo al otro lado, lo que parecía

un tramo de roca que sobresalía del agua. Se quitó la mochila y la arrojó hacia adelante. No se hundió. Alice gateó a gatas hacia el tramo.

El pantano estaba en silencio tras ella. Solo podía ver burbujas.

—¿Murdoch? —Su voz era un hilo metálico. Escupió agua en el pantano y lo intentó de nuevo—. ¿ *Murdoch* ?

Un jadeo ronco. Peter emergió a varios metros de distancia. Una maraña de Sombras se alzó con él: dedos arañándole la cara, los ojos, los hombros, intentando arrastrarlo hacia abajo. Alice se arrodilló, presa del pánico; estaba demasiado lejos para alcanzarlo, y sus cuchillos de caza no podían hacer nada desde allí.

Sacó su Frasco Perpetuo. El agua del pantano no era agua del Leteo, razonó. Estas Sombras, furiosas como estaban, quizá aún temieran el olvido. No podía apuntar; de todos modos, no podía apuntar, pues Peter estaba envuelto en una masa espumosa de almas muertas. Solo podía lanzar agua negra en un arco tembloroso. Las gotas surcaban el aire y caían en el pantano con un chisporroteo agudo, como agua al golpear una sartén en llamas.

Las Sombras se alejaron. Peter chapoteó por el pantano hacia ella. Tres pasos, dos pasos... se detuvo, se arrastró bajo el agua y volvió a emerger. Una Sombra colgaba de su mochila, con los dientes hundidos en el bolsillo superior.

—¡Quítatela! —gritó. Peter se deslizó entre las correas, liberó un hombro y luego el otro. La Sombra se hundió de nuevo en el pantano con un *plop* . Peter se tambaleó hacia adelante, extendiendo las manos hacia Alice. Ella lo agarró de los brazos y lo levantó.

Juntos se acurrucaron, apretados lo más cerca que pudieron uno del otro, incapaces de hacer nada más que respirar.

—La cresta —susurró. Podía ver la franja de tierra más estrecha, y más allá, una cresta rocosa sobre la ciénaga. Tierra firme. —¿Podrás llegar?

Peter asintió.

Se levantó y avanzó de puntillas. Casi se cae; Peter la sujetó.

—Gracias —jadeó ella, pero él no la soltó. Sus dedos se cerraron alrededor de su brazo, como tenazas, y permanecieron allí todo el

tiempo que, paso a paso, se abrieron paso a través de Wrath.

LA CRESTA SE ENSANCHÓ HASTA CONVERTIRSE EN UNA franja de roca más gruesa, lo suficientemente grande como para que un cuerpo humano se tumbara con las manos extendidas. Uno a uno, subieron a tropezones por el borde y se desplomaron. Alice rodó boca abajo y permaneció allí un buen rato.

“Tenemos que regresar”, dijo Peter.

Ella se incorporó. "¿Regresar adónde?"

Los Campos de Asfódelos. Al otro lado del muro.

¿Estás loco? El muro se *ha ido* ...

Suplicaremos. Encontraremos a los guardianes, les diremos que estamos vivos, suplicaremos que nos dejen subir...

“¿Qué? ¿ *Por qué* ?”

—Míranos —dijo, levantando los brazos—. Mi mochila ha desaparecido. Lo que sea que lleves en la tuya está empapado. Quién sabe cuánta tiza sigue funcionando. Sin comida ni agua, nos quedan tres días, si acaso. ¿Y cómo vamos a emplearlos, Law?

¿Buscando algo que desconocemos, o encontrando el camino de vuelta a casa?

“Pero entonces habremos desperdiciado—”

—Es un desperdicio. Ya es un desperdicio. Pero por favor, Alice —la voz de Peter se quebró—. No quiero morir.

—Podríamos morir de todas formas —dijo Alicia—. No hay... quiero decir, tomamos el barco... Ni siquiera sé cómo volveríamos al muro, ni a los campos...

—Entonces encontramos a cualquier deidad por el camino y le suplicamos —dijo Peter—. Incluso podríamos rogarle a la Tejedora, quizá se apiade...

¡O nos atraparía aquí para siempre! No hay garantía...

Pero las probabilidades siguen siendo mejores que si seguimos adelante, ¿no crees?

Al menos los tribunales inferiores son predecibles. No tenemos ni idea de qué nos encontraremos más adelante.

“Pero ya hemos llegado hasta aquí”.

“Sabes”, dijo Peter, “la falacia del costo hundido es uno de los fallos más comunes de la lógica cotidiana”.

—Oh, vete a la mierda, Murdoch...

“Lo cual es notable, ya que como todo el mundo sabe lo que *es* , simplemente no dejan que guíe su razonamiento”.

—Al diablo con la falacia del costo hundido —dijo Alice, cometiéndola de todos modos—. Hemos renunciado a demasiado, Murdoch. A la mitad de nuestras vidas.

“La mitad es mejor que nada.”

Pero piensa en lo que dirán ... La estúpida aventura de Murdoch y Law. Se fueron al infierno y no tienen nada que mostrar, salvo una leve amnesia.

"Al menos volveremos ", dijo Peter. "Creo *que* podría aguantar cualquier risa si estuviera vivo, ¿no?"

—Claro —dijo Alicia—. De acuerdo. Entonces supongo que no sabes cómo volver por ese pantano.

Se quedaron en silencio un momento, mirando por encima de la colina. Desde ese punto estratégico, parecía imposible encontrar el camino de regreso. La ciénaga se interponía entre ellos y la costa, y no había un camino claro a través de las montañas que rodeaban Wrath por todos lados. Elspeth los había traído por Greed en bote; no estaba claro adónde conducía el sendero. El único terreno estable a la vista era el que pisaban, y este se adentraba más en Wrath.

—Vayamos hasta Tyranny —propuso Alice—. Si no nos paramos a dormir, podemos cruzar dos patios en un día. Y es más probable que encontremos al profesor Grimes allí.

“Eso todavía no resuelve el problema de cómo regresaremos”.

—Pero al menos estaremos los tres, ¿no? —Alice se obligó a animar la voz—. Seguro que se le ocurre algo, seguro que tiene un montón de trucos que desconocemos...

Algo cambió en el rostro de Peter, pero pasó tan pronto como ella lo notó.

—De acuerdo. —Su voz sonó tranquilamente—. Yo llevaré la mochila.

Sus dedos se cerraron por reflejo alrededor de las correas. "Es mi mochila".

—Solo quiero decir que pesa —dijo Peter—. Podemos turnarnos.

Ella dudó, pero luego se lo quitó de encima y se lo entregó. Peter se lo puso, estiró los brazos y, sin decir una palabra más, empezó a avanzar con dificultad.

Alicia apenas distinguió un sendero a través del pantano que tenía delante; una línea sinuosa, delgada como un lápiz trazando. Subía lentamente por una hondonada entre los picos lejanos, más allá de los cuales solo podía ver truenos.

Quedaban cuatro tribunales. Violencia, Crueldad, Tiranía y el último: el tribunal innominado y definitivo. Orfeo no quería hablar de él. Los relatos budistas lo llamaban únicamente el Infierno final, la morada del mal sin nombre. Dante lo afirmaba como herejía, pero, como tantos otros, parecía un dogma cristiano que se interponía en su camino.

Alice esperaba que no llegaran tan lejos. La crueldad tenía que ser el fin. La tiranía, en el peor de los casos. Los pecados del profesor Grimes eran muchos, sí. No lo negaba.

Pero Alice solo podía entenderlo como un hombre trágicamente defectuoso, un hombre que cometió errores en su camino hacia la grandeza. Nunca malicioso. Solo descuidado.

Solo un hombre con una mente más grande que los demás, un genio con un propósito, que no podía escatimar atención al daño que dejaba a su paso.

ADOPTARON UN RITMO DEPRIMENTE mientras avanzaban trabajosamente por el valle; Alice lideraba, Peter seguía, pisando con cuidado la tenue y serpenteante franja de tierra firme. El pantano burbujeaba y bullía a su alrededor. De vez en cuando, Alice podía ver a través de la translucidez una horrible maraña de Sombras que se agarraban y trepaban unas sobre

otras como cangrejos en un barril. Pero mientras mantuvieran su

camino y no perturbaran el agua, los muertos no los perturbaban.

Pronto entraron en Violencia, un desierto árido salpicado de rocas. La ciénaga se secó y el suelo rocoso se alisó hasta convertirse en limo deslizante. Las montañas se hacían cada vez más pequeñas a lo lejos a medida que caminaban, y al atardecer, lo único que podían ver a kilómetros de distancia era terreno llano. De vez en cuando, algo aullaba en la distancia. Alice y Peter no se molestaron en investigar.

Cayó la noche. No se detuvieron; solo encendieron sus linternas y siguieron avanzando con dificultad. Vagamente, Alice notó que le dolían las piernas y el cuello y los hombros le palpitaban. Siguió adelante. Se alegró de al menos tener práctica en ignorar las protestas de su cuerpo. Noche tras noche en esa oficina, había ignorado su propia necesidad de comer, dormir o sentarse. Era solo una mente, flotando en la oscuridad, planeando sobre el terreno. Mientras se convenciera de que esto era cierto, casi podría olvidarse de la existencia de su cuerpo.

—Alice. —Peter se detuvo. Apuntó con la linterna directamente al frente—. Mira.

Alice se detuvo a su lado. "¿Qué?"

—Esas rocas —dijo Peter— están dispuestas igual que las que acabamos de pasar.

Alice movió su linterna entre las rocas. Una bola corta y redonda y una losa larga y rectangular. ¿Las había visto antes? No se había dado cuenta; lo único que había estado mirando durante el último kilómetro y medio era el suelo ante sus pies.

—Seguro que hay muchas piedras en el Infierno —dijo Alicia—. Seguro que hay muchas con esta forma.

Siguieron caminando. Cinco minutos después llegaron a las mismas rocas. El hombrecito y el hombre alto. No pudo pasarlos por alto esta vez. Coincidían exactamente con su memoria: las grietas en la cima de la esfera, la larga ranura a lo largo de la losa.

“Vamos en círculo”, dijo Peter.

—Pero no puede ser. —Alice sintió una punzada de miedo—. La ira está detrás de nosotros, el sol estaba delante de nosotros, el río a la izquierda, no entiendo...

Peter metió la mano en el bolsillo y sacó un trozo empapado de pan Lembas. Lo desmenuzó en la palma de la mano y lo esparció al pie de las rocas. Con las migas restantes, dejó un pequeño rastro desde la base.

—Listo —dijo—. Eso lo resolverá.

Siguieron caminando con dificultad. En cinco minutos volvieron a encontrarse con las rocas y las migajas.

Peter se llevó una mano a la sien. "Me siento... no me siento bien".

Alice también lo sintió; una leve opresión en el estómago, una sensación de ligereza vertiginosa en la cabeza. A cada instante, su orientación parecía tener sentido absoluto, con un camino claro hacia adelante, pero cada vez que daba un paso, todo cambiaba.

—Mira —dijo Peter—. ¿Ves esa línea de ahí?

Se quitó la mochila, se arrodilló y avanzó a gatas, tanteando la arena. Alice tuvo que entrecerrar los ojos un instante antes de verla también: una línea curva, ligeramente elevada, en la arena, que formaba una barrera alrededor de las rocas. Siguió el arco de la curva en un gran círculo tras ellos, abarcando el terreno del que habían venido.

Un círculo perfecto, apostó. Todos los magos podrían dibujar un círculo perfecto.

—Madre de Dios. —Peter extendió las manos sobre la tierra—. Es un Escher...

Él desapareció.

Alicia tuvo tiempo de gritar, justo antes de que el suelo se abriera también bajo sus pies. Cayó una corta distancia y luego aterrizó de espaldas con un *golpe sordo* . Estrellas estallaron tras sus ojos. Pero la tierra era blanda y el dolor pasó rápidamente. Pronto pudo incorporarse y limpiarse la arena de los ojos.

"¿Estás bien?" La luz de la linterna de Peter brilló sobre ella. Vio su rostro, pálido y asustado.

—Sí —suspiró ella—. Pero ¿dónde...?

Pedro dibujó un círculo con su antorcha alrededor de ellos.

Estaban en un pozo. Artificial, no natural; sus paredes eran demasiado

planas y se encontraban con el fondo en ángulos limpios de noventa grados. Tenían unos cuatro o seis metros de profundidad. La superficie parecía tentadoramente cercana, pero claramente demasiado alta para saltar, y demasiado alta aún aunque Alice se balanceara perfectamente sobre los hombros de Peter y se mantuviera de puntillas.

Alice palpó la tierra hasta que agarró su propia linterna. Juntas examinaron las lisas paredes de tierra hasta que la luz de Alice se posó en algo angular, unas protuberancias en la esquina.

"Escalones", susurró. Balanceó la linterna alrededor de las paredes, siguiéndolas hacia arriba. Gracias a Dios, conducían hasta la superficie. No eran escalones bonitos; eran bloques cortos incrustados en la tierra, lo suficientemente gruesos como para mantener el equilibrio con un pie a la vez. Pero subían.

Subieron, apretando el pecho contra la pared para mantener el equilibrio. Y Alice debería haber sabido que nunca llegarían a la cima —debería haberlo sabido en el momento en que vio ese círculo en la tierra—, pero el miedo aún le invadía el estómago al doblar la primera esquina, y la superficie seguía pareciendo tan lejana como antes.

Siguieron doblando una segunda esquina, luego una tercera, por pura esperanza, pero la distancia no cambió. Seguían estando a menos de 30 centímetros del suelo.

—Maldita sea. —Peter saltó. Se golpeó la pared con la mano—. Son las escaleras de Penrose.

Reconoció los patrones en cuanto lo dijo. Habían sido arrojados a un espacio de geometría nula; habían estado girando alrededor de una ilusión. Las escaleras nunca los sacarían de allí; pues, imposiblemente, daban constantes vueltas de noventa grados en un bucle continuo. Estaban atrapados en la trampa de Escher.

Maurits Cornelius Escher, arquitecto holandés convertido en artista experimental, se hizo famoso a mediados del siglo XX por sus ilustraciones que representaban planos físicos inexistentes. Su obra fundó todo un subcampo de la magia visual que utilizaba ilusiones para distorsionar el espacio físico. Pocos tuvieron éxito con las técnicas de Escher, ya que requerían destreza artística, velocidad y la capacidad de traducir representaciones artísticas multidimensionales a lenguaje algorítmico. Hasta finales de los años setenta, este subcampo estuvo dominado por Nick y Magnolia Kripke.

—Encuentra el pentagrama —susurró Alicia—. Encuentra los defectos.

Peter ya estaba a gatas, escarbando entre la tierra y levantando piedras con la esperanza de encontrar algún rastro de tiza reveladora. Pero Alice sabía que sería inútil.

Cualquier mago que se precie habría escondido el pentagrama bajo capas y capas de tierra.

Cuco.

Ambos saltaron.

Cuco.

"Jesús", dijo Pedro.

Alumbró la superficie con su linterna. Muy por encima de ellos, enclavado en la ranura de una roca, había un cuco en un resorte; las entrañas arrancadas de un reloj.

Cucú. Había uno igual en la sala de estudiantes de posgrado, su sonido ajustado a un nivel insoportablemente alto. Y cuando el pájaro salió, a la hora en punto, tuvo el efecto de motivar a todos a dejar sus tazas de té, levantarse e irse. Nadie podía soportar ese sonido, recordándoles que el día se acababa, marcando el tiempo perdido. Este flotaba de un lado a otro en su resorte oxidado, asomándose en intervalos de treinta segundos.

Su llamado no era fuerte, pero se extendía y se extendía; el chirrido alegre se desvanecía en el viento que aullaba sobre la arena. *Una señal* , pensó Alice. *Ven aquí. Hemos encontrado algo.*

La sonrisa sombría de Elspeth surgió inesperadamente en su mente.

¿Por qué crees que aman a los vivos?

Alice intentó disminuir su respiración.

No se podía pensar en pánico: esta lección se le inculcaba a cada joven mago. Intentó forzar su mente para concentrarse y resolver un examen. Porque era solo un examen, uno muy difícil, y no debía perder la cabeza. Solo tenía que ignorar lo que estaba en juego y mantener la calma mientras seguía la rutina habitual de deshacer la obra de otro mago. Encontrar el pentagrama, encontrar sus defectos (frases débiles, construcciones torpes) y luego deshacer la irrealidad con otra capa de artificio...

Pero no tenía sentido. Los Kripke habían tenido mucho tiempo para perfeccionar sus artes. Su trabajo era impecable. Se notaba en sus líneas audaces y seguras; en la destreza con la que habían integrado cada pincelada en el paisaje. Y cuanto más buscaba, más opresión sentía en el pecho.

Alice conocía bien este miedo creciente. En casi todos los proyectos de investigación, llegaba un punto en el que comprendías que era hora de dejar de intentarlo; que todo ese tiempo y esfuerzo invertidos en una hipótesis antes esperanzadora simplemente no conducían a ninguna parte. Y tal vez podías intentar seguir adelante, pero una vez que la semilla de la duda se alojaba en ti, no hacía más que extenderse, sus zarcillos creciendo por tus pulmones, impidiéndote respirar o pensar, y que cuanto más intentabas obtener algún resultado positivo de tus esfuerzos, más se desprendían los hilos del proyecto, más se removía la arena bajo tus pies, hasta que todo el artificio se desmoronaba y te veías obligado a reconocer que esto simplemente no iba a funcionar.

Un mago experimentado estaba acostumbrado a este tipo de pánico. La ciencia solo significaba fracaso, como lo había demostrado Thomas Edison; la ciencia significaba saber cuándo reducir las pérdidas, empezar de cero y acumular nuevos fondos, nuevas hipótesis, nuevos materiales e ideas. Siempre se podía volver a batear, si se sabía jugar.

Siempre se podía inventar algo nuevo.

Solo que esta vez era cuestión de vida o muerte, y no había dónde empezar de cero.

Solo existía la inevitabilidad de los Kripkes y su tiza sedienta de sangre.

—No —susurró Alicia—. No, no, por favor...

Pero no importaba. La búsqueda no arrojó nada, y dondequiera que apuntara con la linterna solo encontraba una ilusión óptica perfecta, ni una mota de tiza a la vista.

Peter se había dado por vencido. Estaba desplomado contra la pared, con la cabeza entre las manos. Temblaba por todas partes, pero Alice tardó un instante en darse cuenta de que se reía.

—Elspeth tenía razón —dijo—. Somos unos idiotas.

-No digas eso –dijo Alicia.

“Estaba vivo.” Sus hombros se sacudieron violentamente. “Estaba vivo, era *feliz* , Estaba *bien* , y aun así vine aquí con este estúpido recado...

"No fue ninguna estupidez."

“Fue completamente inútil—”

Vinimos por Grimes, valió la pena.

—Oh, cállate, Law. —Peter se presionó la frente con la palma de la mano—. ¿No oyes lo desesperado que suenas? Todo esto, solo para que pudieras volver corriendo y ser su favorito...

“¿Su *favorito* ?”

—Eso es todo lo tuyo, ¿verdad? —Fingió una sonrisa cruel y aguda. Era la más cruel que jamás le había oído—. ¡Ay, profesor Grimes! ¡Es usted tan *listo* , profesor Grimes!

Lléveme a Roma, lléveme a Venecia... Solo quiero colgarme de su brazo y tomarme un *Aperol Spritz* ...

—Murdoch, para. —Casi le dio una bofetada—. No sabes ni una palabra.

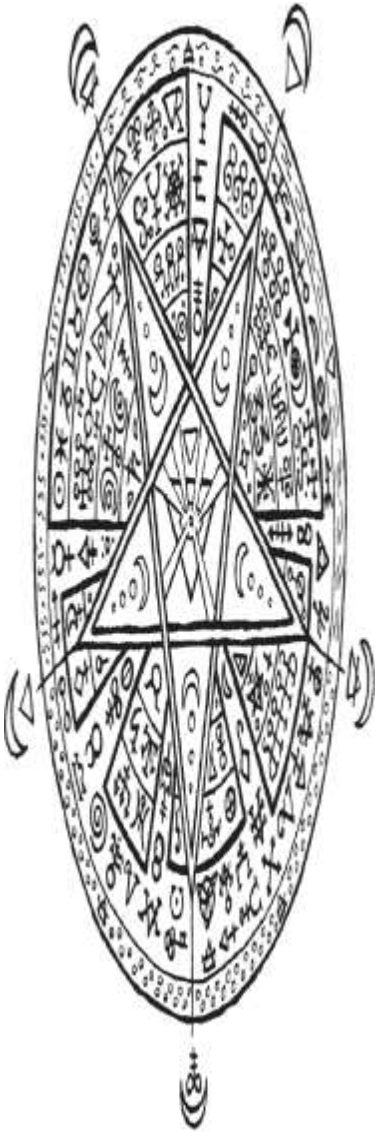
—¿Verdad? —Los ojos de Peter estaban rojos—. ¿No estás enamorada de él? ¿No es ese el punto?

Alice no sabía si reír o gritar. Seguramente bromeaba. Pero él solo la miraba con esos ojos húmedos y tristes, y Alice se dio cuenta de que Peter creía lo que había dicho.

" *Odio* a ese hombre", dijo. "Cuando murió, sentí que podía respirar".

—Entonces, ¿por qué estás aquí abajo? —susurró Peter con vehemencia—. ¿Por qué *demonios* …?

—Porque es mi culpa. —Soltó un suspiro tembloroso. Entonces pronunció en voz alta las palabras que había reprimido durante meses, porque decirlas en voz alta las haría ciertas, y no quería que lo fueran: «Yo lo maté».



Capítulo veinte

Que la academia era sexista era una obviedad tan aburrida que a Alice ya no le preocupaba. Cuando en 1893 el Senado de la Universidad de Cambridge propuso otorgar títulos universitarios completos a las mujeres, los estudiantes que protestaban colgaron una efigie de una

ciclista al final del King's Parade. Cuando la propuesta fue desechada, los manifestantes decapitaron y destrozaron la efigie en señal de celebración. Pasó casi un siglo más para que todas las universidades de Oxbridge admitieran alumnas. Magdalene fue la última, y solo comenzó a admitir mujeres el año en que llegó Alice. El primer día de curso, los estudiantes varones llevaban brazaletes negros y la bandera ondeaba a media asta.

Aun así, entre las mujeres del grupo de Alice existía un consenso generalizado de que el feminismo era una moda vergonzosa, una fiebre pasada de los setenta. Alice, desde luego, no quería saber nada de eso. No le interesaba leer a Kristeva ni a Irigaray, compararlo todo con un falo, alterar el lenguaje para quitarle el "su" a la "historia". No soportaba a esas activistas chillonas que creían que lo único políticamente justo era hacerse lesbiana. Quemar sostenes, destrozar muñecas, la constante invocación de esa aterradora palabra, *la discriminación* ; todo era tan vergonzoso que parecía menos una revolución que una rabieta. Parecía que la mejor manera de demostrar que las mujeres no eran inferiores era simplemente no ser inferiores.

¿Qué tan difícil podría ser eso?

En la universidad, Alice había compartido varias clases con una chica llamada Lacey Cudworth, quien solía estallar en lágrimas cuando sentía que sus compañeros discutían con ella de una manera muy "masculina" o insinuaban que las mujeres no eran buenas lógicas. De vez en cuando Lacey recurría a Alice en busca de solidaridad, y Alice rechazaba estas propuestas. *No vengas a mí* , pensó; *no somos iguales* . Pensaba que Lacey les daba mala fama a las mujeres; que sus quejas justificaban todo lo que los hombres creían sobre las mujeres, y que además Lacey estaba centrando sus energías en los temas equivocados. Por supuesto, sus departamentos estaban dirigidos por viejos pesados con ojos errantes que se creían buenos para poco más que producir bebés. Esos hombres estarían muertos y enterrados bastante pronto; mientras tanto, ¡qué divertido era el trabajo!

Pero Alice no estaba preparada para lo asombrosamente, y de hecho cómicamente, malo que podía ser. En sus días de estudiante universitaria, un amable tutor la había protegido de lo peor gracias a su humilde tutora y al hecho de que, como estudiante universitaria, era demasiado insignificante para que los lobos feroces se preocuparan por ella. Así que se sorprendió al llegar a Cambridge y descubrir que sí, efectivamente,

los profesores titulares podían preguntarle en compañía cuándo

pensaba quedarse embarazada (ojalá no durante su doctorado, pero idealmente antes de que cumpliera treinta y se le marchitara el útero); si ya había empezado a salir con alguien en otro departamento (esto aumentaría sus posibilidades de conseguir un trabajo como esposa en caso de que ella misma no pudiera encontrar uno), y si consideraría ir a trabajar con una falda más corta (esto levantaría la moral entre los estudiantes de posgrado masculinos).

Era suficiente para que cualquiera renunciara. Sin duda, amargaba a la mayoría de las mujeres de Cambridge. La hermosa Belinda, tan consciente de sus encantos, cambió rápidamente sus blusas de seda por camisas oxford de hombre; aunque esto no funcionó, y los chicos comenzaron a llamarla Axiothea en broma. Katie, una profesora junior con quien Alice a veces se encontraba para tomar un café, llevaba el pelo rapado, aunque esto salió mal cuando circularon rumores de que era lesbiana. Ada y Geraldine simplemente abandonaron el departamento —y el campo, por lo que Alice sabía— en cuanto se casaron y nunca regresaron.

Alice, sin embargo, seguía convencida de la inalcanzable idea de que existía una línea perfecta entre la feminidad y la subyugación, donde si tan solo pudiera usar ropa que fuera a la vez perfectamente atractiva y perfectamente recatada, podría disfrutar de la atención que le brindaba ser mujer en el departamento, a la vez que inspiraba respeto como académica. Las probabilidades de que existiera esta inalcanzable idea eran ínfimas, pero Alice seguía aferrada a esta esperanza. Todo el esfuerzo de sus estudios de posgrado se aferraba a esperanzas ínfimas. Ser mago era ser ese Aquiles en la carrera de tortugas; engañándose a sí mismo, mientras el corredor se cernía cada vez más tras él, pensando que el espacio y el tiempo se detendrían para que él pudiera mantenerse a la vanguardia.

SI ALGUIEN LE HUBIERA PREGUNTADO A ALICE POR QUÉ nunca denunciaba al profesor Grimes por ninguna de las cosas que él le había dicho o hecho, ella habría explicado que no había nada que denunciar, porque era su culpa.

Fue culpa suya, ¿sabes?, porque cuando oyó que el profesor Grimes tenía problemas para mantener las manos quietas cerca de las alumnas, sintió una oleada de emoción.

Claro, había expresado su disgusto en público, y luego, en privado, se preguntó si era lo suficientemente guapa, delicada y delgada como para atraer la misma atención. Le gustan las chicas que parecen bailarinas, decían; cosas tristes y rechonchas con problemas paternos.

Y se fue a casa, se recogió el pelo en un moño en la nuca y se preguntó si pasaría la prueba.

Era culpa suya porque por las noches, a veces, fantaseaba con sus manos sobre sus hombros, con sus ojos fijos en los suyos. Estas fantasías nunca derivaban hacia lo carnal; era, en teoría, algo que deseaba; pero le parecía incorrecto, de alguna manera, profanar la magnificencia del profesor Grimes, reducirlo a un cuerpo deseoso y sudoroso. No podía comparar al profesor Grimes con esos chicos jadeantes y desesperados que conocía de la universidad, que se transformaban en meros animales desconsiderados en cuanto su mano se acercaba a su entrepierna. Lo que amaba del profesor Grimes era su mente. Esa inteligencia afilada.

No tenía ni idea de qué quería de su unión. Quería que el profesor Grimes la devorara. Quería ser ese pedazo de carne en las manos de Saturno. Quería convertirse en él. No sabía cuál.

Alice no era estúpida. Sabía que seguir una relación con su asesor pondría en peligro su carrera. Había recibido numerosas advertencias de Belinda y Hilary antes de conocer al profesor Grimes. Se aseguraba de no aceptar nunca invitaciones a cenar ni a tomar algo (tenía novio, mentía con ligereza, no estaba disponible), ni de vestirse demasiado informal, ni siquiera de estar a solas con él a puerta cerrada. Todos consejos que había aprendido durante media década como mujer en la academia.

¡Pero ay! Qué emocionante era caminar justo en esa línea, existir en ese espacio liminal entre la virtud y el pecado. Cómo se le palpitaba el corazón cuando su mirada se posaba en ella durante una conferencia; cuando sus labios se curvaban en señal de aprobación ante alguna observación suya. Cómo le encantaba ser su favorita: *Alice lo ha logrado, los demás necesitan ser más como Alice* .

Sabía que la encontraba atractiva. Había notado demasiadas miradas persistentes, demasiadas manos sobre su hombro que se quedaban mucho más tiempo del debido, como para dudar de si su profesor se acostaría con ella si tuviera la oportunidad.

Saberlo le daba una retorcida sensación de poder, siempre y cuando no actuara en consecuencia. Porque podía, *podía* ; solo tenía que decir que sí. Sabía que posiblemente esa era la razón por la que la había elegido como su alumna; por la que la llevaba a congresos y viajes de investigación. Sabía lo que decían del profesor Grimes a puerta cerrada, y a veces en su cara. Le encanta aparecer del brazo de una

chica guapa. Bueno, si solo era del brazo, no importaba. El favoritismo estaba bien siempre que la beneficiara.

Sabía cómo andar por las ramas. Le gustaba deslumbrar a todos en las conferencias con su profesionalismo y porte; sus faldas tubo y sus tacones resonantes. Se reía con

ironía de los chistes lascivos de la vieja guardia y despachaba a cualquiera que se le acercara.

—No lo intentes con Alice. —Una vez escuchó al profesor Grimes decirle esto a un hombre más joven que le había sonreído toda la noche—. Le importa demasiado el trabajo.

Ella se regocijó en privado por este cumplido durante días. Él la tomó en serio.

¡Pensó que le importaba demasiado su trabajo!

Creía haber aprendido a habitar el ideal imposible: la chica eminentemente follable pero inalcanzable, y por lo tanto virtuosa y perfecta. La chica que lo era todo a la vez.

Eran los últimos días de la segunda ola del feminismo, y todas las chicas de la generación de Alice estaban hartas de que les dijeran que habían nacido para ser violadas, oprimidas y silenciadas. Seguramente esta no era la imagen completa; seguramente había algo de poder en su sexo. Alice era atractiva y contenida a la vez, y eso la hacía sentir superior, incluso mientras presenciaba al profesor Grimes desaparecer en habitaciones de hotel con otras mujeres de la conferencia. Alice era diferente a ellas. Eran esposas en ciernes, y ella, una maga.

Una vez en la oficina, estaba trabajando hasta tarde cuando el profesor Grimes entró con una rubia que se tambaleaba y reía. Era la nueva secretaria del departamento. Alice solo la había visto una vez, a principios de semana, cuando les dejó un montón de exámenes corregidos para los alumnos de grado. Se llamaba Charlotte, era de Kensington y tenía esa personalidad rápida y cuidada que te hacía sentir mal por robarle el tiempo. Tenía el pelo brillante, color mantequilla. Tenía las piernas de una exbailarina.

—¡Oh! —exclamó Charlotte—. ¡Deja ya de hacer eso!

—Oblígame —dijo el profesor Grimes, lo menos profesional que Alice le había oído decir jamás.

Lobo feroz !

Alicia no podía moverse.

Tenía permiso para estar allí; de hecho, el profesor Grimes *sabía* que estaría allí, pues fue él quien le pidió que se quedara hasta tarde. Probablemente se le había olvidado, pero eso no significaba que estuviera haciendo nada malo, incluso con las luces apagadas; incluso si para cualquier persona razonable la oficina parecía abandonada.

Aun así, debería haber avisado de su presencia; y como no lo había hecho al entrar al edificio, no podía hacerlo ahora sin asustarlos.

No podía llegar a la puerta sin que la vieran. No quería agacharse bajo su escritorio y esconderse, como una tonta. Para la mente aterrorizada de Alice, la única opción disponible parecía ser quedarse quieta, observando con el corazón acelerado y la boca abierta, mientras el profesor Grimes hacía girar a Charlotte por el laboratorio.

Por suerte, el profesor Grimes se dirigía a su despacho. Ojalá entraran y cerraran la puerta. Así podría escapar sin que nadie la viera.

No lo lograron. Empezaron a besarse contra la pizarra. Charlotte jadeó. El profesor Grimes la levantó por las piernas; la empujó contra la pared; hizo algo con las manos que hizo que la voz de Charlotte subiera varias octavas: un único gemido, que subía y bajaba por la escala.

Alice se quedó paralizada, fascinada y horrorizada, preguntándose si aquello era un cuadro al que quería unirse. Charlotte gimió una vez más. La mano de Alice resbaló y chocó contra un vaso. No se rompió —estaba demasiado lejos del borde—, pero chocó contra otro vaso, y el sonido resonó por toda la habitación.

El profesor Grimes levantó la vista con sus ojos entrecerrados, fijos en los suyos. No cesó sus atenciones.

El corazón de Alice dio un vuelco.

Tomó su placa y salió a toda prisa. Sintió la mirada del profesor Grimes clavada en su espalda durante todo el camino, y no fue hasta que salió por la puerta principal, al frío de la noche, que respiró hondo.

No creía que Charlotte supiera nunca que había estado allí. Se lo preguntaba, a veces, cuando se cruzaba con Charlotte en el pasillo. En

las semanas siguientes, vio a Charlotte animarse cuando el profesor Grimes pasaba por su oficina; sus hombros se hundían cuando él no le devolvía el saludo. Notó pequeños cambios en la apariencia de Charlotte: cómo había dejado de usar lápiz labial, cómo ya no combinaba sus blusas con sus zapatos, cómo cada vez más a menudo su cabello parecía sucio y despeinado. Notó que Charlotte fulminaba con la mirada a las otras mujeres del departamento, a Belinda en particular; ojos entrecerrados, dedos retorcidos. A veces, cuando miraba el rostro ensombrecido y demacrado de Charlotte, se preguntaba si Charlotte podría confiar en ella, pero lo único que recibía a cambio era un cortés "Buenos días, Alice".

A veces se preguntaba si había inventado o exagerado todo el encuentro; si su mente se había distraído, como siempre le pasaba en esos momentos críticos.

Pero no podía sacárselo de la cabeza. Su memoria, después de todo, era infalible.

No podía mirar al profesor Grimes sin pensar en la risa de Charlotte, en sus muslos saltarines o en sus jadeos de alegría. No podía oír su voz sin pensar en ese gruñido bajo.

Hazme.

Y empezó a confundir esos recuerdos de pánico con sus propios deseos, pues era culpa suya si seguía recordándolos, ¿no? No habría visto tanto si tan solo hubiera hecho notar su presencia, si no hubiera estado tan *enferma* , tan traviesa, tan ansiosa por quedarse a observar.

No podía distinguir dónde terminaba la fechoría del profesor Grimes y dónde empezaba su complicidad. No podía comprender qué había hecho mal.

Entonces, cuando todo se volvió demasiado, cuando empezó a interferir con sus estudios, cuando empezó a sentirse menos como una verdadera erudita a sus ojos y más como un par de piernas que caminaban, no tuvo a nadie a quien culpar excepto a sí misma por actuar como una zorra perdida y de cabeza hueca.

Debería haberlo sabido desde el principio.

Ella era la cordera que había entrado directamente en la boca del lobo, porque quería ver a qué venía tanto alboroto. En el fondo, una parte de ella ansiaba ser devorada. Y sentía que el profesor Grimes, sin duda, lo había visto en el instante en que la miró a los ojos aquella

noche. Que tal vez el profesor Grimes lo había sabido desde siempre.

OCURRIÓ LA NOCHE QUE REGRESARON de la cena del Premio Leverhulme; mareados, eufóricos, ambos ebrios de la atención recibida durante toda la velada. Tomaron el último tren de vuelta desde la estación de Liverpool Street y luego un taxi de vuelta al departamento; al departamento, no a sus respectivos alojamientos, porque el profesor Grimes había decidido en la estación que primero *debían* pasar por su despacho a recoger unos papeles y Alice, emocionada y agotada, no pensó en cuestionar esa excusa tan raída.

En el departamento no paraban de reírse, chocando con todo. El profesor Grimes perdió el equilibrio y se pasó la mano por un conjunto de algoritmos que Michele había estado repasando en la pizarra toda la semana, un arco perfecto de cinco dedos a través

de las densas capas de tiza, y esto les pareció tremendamente gracioso. En su despacho, el profesor Grimes propuso que empezaran con los planes de clase para el próximo trimestre, lo cual era un pretexto ridículo porque ninguno de los dos estaba en condiciones de planificar las clases del trimestre.

En su oficina, hacían un diorama perfecto de tontos: chocando contra las puertas, dejando caer sus cosas, buscando torpemente las llaves. Alice, muy borracha y muy concentrada en ese pretexto, rebuscó en el escritorio del profesor Grimes buscando los folletos de sus clases. En ese momento, le pareció lo más importante del mundo encontrarlos.

"Estaban aquí", repetía. "Las mandé a imprimir ayer, estaban aquí".

“Alice”, dijo el profesor Grimes.

Ella se puso de pie y se dio la vuelta.

Él cruzó la habitación y tomó su rostro entre sus manos.

Pudo haber sido un gesto romántico, pero lo único que Alice percibió entonces fue lo atrapada que se sentía. Sus mejillas se aplastaron bajo el agarre férreo del hombre. De cerca, su rostro era tan *grande* , insoportablemente grande, como si estuviera inflado en una pantalla de televisión.

Los rasgos que había anhelado todas esas noches —esas cejas pobladas y oscuras; esa nariz afilada—, a centímetros de distancia, de repente le parecieron grotescos.

Demasiado humanos, demasiado *carentes* ... Todas las cualidades que admiraba —

genio, brillantez, un intelecto agudo y cruel—, inscritas, al fin y al cabo, en un cuerpo tosco y mortal. Su aliento era penetrante, agrio, y ella reprimió una náusea.

¡Qué rápido se desvaneció el zumbido! Su risa murió en su garganta.

—Lo sé. —Confundió su temblor con alegría—. Lo he visto en tus ojos, Alice. Yo también lo siento.

"No", dijo ella con voz ahogada.

—Está bien. —Su mano le acarició la nuca. Sus ojos la observaron y sus labios se abrieron en una sonrisa. Había pasado años admirando esa sonrisa; la calidez de su carisma. Ahora la horrorizaba. Todo encanto fabricado, todo capricho. ¡Qué blancos eran sus dientes!

Su otra mano trazó su cintura. Bajó más.

"Eres una maldita bromista", dijo.

“Dios, tus costillas”, dijo.

Alicia pensó que el corazón le iba a estallar; de hecho, pensó que sí, antes de que las cosas fueran más lejos. Nunca en su vida se había sentido tan como un animal atrapado; débil, indefensa, atrapada en una jaula que ella misma había creado.

Lo que más la avergonzaba de esa noche, el recuerdo que nunca podía sacar de su cabeza, era lo cerca que había estado de decir que sí a todo.

Todo habría sido tan fácil si le hubiera dado al profesor Grimes lo que quería.

Habría satisfecho sus deseos. Habría quedado saciado, feliz con ella, y eso podría haberle dado un respiro. En los momentos de cansancio posteriores, podría haberle pedido ayuda con su propuesta de investigación. Podría haberle pedido que la recomendara cuando solicitó financiación adicional ese verano. Incluso podría haberle resultado placentero. Estaba segura de que, si se partía la cabeza, si ignoraba todas sus partes que gritaban, si se hundía de nuevo en su achispado y estúpido ajetreo, podría convertirla en una noche divertida que se descontrolara un poco.

Y podría continuar, porque si decías que sí una vez, significaba que decías que sí todas las veces en el futuro. Pero entonces solo le quedaban tres años. En tres años, se graduaría, recogería sus cartas de recomendación y se iría a una nueva institución donde su trabajo sería tan deslumbrante que pronto todos ignorarían los rumores que circulaban a su alrededor. Y quizás antes de eso, su mirada se habría posado en otra estudiante de primer año, de ojos brillantes y llena de energía, dejando a Alice libre para concentrarse en su trabajo.

Cualquier cosa podría tolerarse durante sólo tres años.

Ella se ablandó bajo su agarre; sintió que sus labios se abrían para él. Y habría sucumbido allí mismo, de no haber sentido una repentina y abrumadora oleada de asco.

No era un simple compañero del departamento. Este hombre era su asesor. El guardián de su mente. Su *maestro* .

—No quiero esto. —Le costó toda la fuerza que tenía para ahogar esas palabras—.

Profesor...

Sus labios rozaron su cuello. "¿Qué es eso?"

"No . . ."

Para su horror, vio movimiento sobre su hombro.

Al otro lado del laboratorio, en el lejano rectángulo de luz, estaba Peter Murdoch.

Con libros en la mano y un paquete de tizas encima, paralizado en el umbral, con una mano levantada como si hubiera estado a punto de llamar.

El profesor Grimes no vio a Peter. Pero Alice lo vio alejarse lentamente de la puerta, boquiabierto. Sus miradas se cruzaron un instante, justo por encima del hombro del profesor Grimes, antes de que Peter se diera la vuelta y se marchara a toda prisa.

—Por favor. —Por fin encontró la fuerza para soltarse. Él no quería soltarla; tuvo que forcejear, luchar de verdad para soltarse, y la repentina violencia pareció convencerlo finalmente de que sus protestas no eran, en realidad, un coqueteo—. Yo no

...

“No tengas miedo.”

—¡No *!* —chilló ella, el primer sonido real que emitía; al menos, la primera vez que él pareció oírla. Funcionó. Él retrocedió. Ella se zafó de su agarre.

—Alice —la llamó mientras ella corría por el pasillo. Tan tranquila como siempre.

Como si no hubieran hecho nada más que mirar el programa de estudios. Su voz se volvió severa—. Alice, ven aquí. Vuelve aquí.

Pero ella había huido por el pasillo, con el corazón latiéndole con fuerza. Y aunque sabía que él no la seguiría, aunque había olvidado su abrigo, y aunque sus tacones se tambaleaban peligrosamente contra los adoquines, no dejó de correr hasta que hubo bajado la calle, subido el puente, bordeado el río y regresado a su apartamento.

DESPUÉS DE ESA NOCHE EL PROFESOR GRIMES SE VOLVIÓ muy frío.

Ella lo previó, pero la repentina retirada de su apoyo la destrozó. Cuando llegó al laboratorio al día siguiente, tímida y frágil, descubrió que su puesto de trabajo había sido vaciado y que todas sus pertenencias habían sido redistribuidas a la oficina anexa al final del pasillo. Caminó tímidamente hacia su despacho, con la esperanza de que hubiera algún error, pero Charlotte le informó que el profesor Grimes estaría en Londres toda la mañana. Cuando regresó, ella estaba en el pasillo tomando el té con los

demás estudiantes de posgrado. Levantó la cara para saludarlo, pero él pasó rozándola sin decir palabra.

“¿Qué hiciste?” preguntó Michele.

-No lo sé –dijo Alicia.

"Parece muy enojado", dijo Michele. "Nunca lo había visto tan enojado".

El profesor Grimes no le dirigió la palabra al día siguiente, ni al siguiente. Visto por cualquier otra persona, este tipo de silencio habría sido gracioso, infantil, pero viniendo del profesor Grimes, la aterrorizaba. No había señales de cuándo terminaría. No sabía cuándo

tomaría represalias, si planeaba algún otro castigo. No sabía si siquiera se le había ocurrido, si simplemente la había borrado por completo de su mente. Solo podía andar de puntillas por su despacho, contener la respiración cuando él estaba cerca y, día tras día, esperar su clemencia.

Tenía motivos para seguir asistiendo al departamento. Tenía proyectos en marcha, trabajos que escribir, clases que impartir. No podía simplemente invalidar su trabajo.

Era buena en lo que hacía y ya había demostrado su valía a los demás profesores en numerosas ocasiones. Y no podía seguir ignorándola delante de todos. En público, al menos, tenía que aparentar ser un buen asesor. Quería incluso menos que ella plantear preguntas.

Pero él podía socavar su confianza comentario a comentario; desaire a desaire.

Pequeños golpes. Ya no la recibía en su oficina para tomar el té. Cuando lo anunciaron como editor del último volumen recopilado sobre magia lingüística, no le pidió que colaborara, aunque ella habría sido la opción obvia para escribir el capítulo introductorio sobre falsos amigos y cognados que, en cambio, asignó a un estudiante de primer año que apenas sabía deletrear su propio nombre.

Esto continuó durante meses.

Mientras tanto, la popularidad de Peter volvió a subir a ojos del profesor Grimes.

Cualquier misterioso desaire que hubiera cometido durante el verano había quedado en el olvido. Cada vez que Alice pasaba por delante de la oficina del profesor Grimes, veía a Peter ya allí a través de la ventana; inclinado hacia delante en el borde de su silla, agitando las manos animadamente mientras hablaban. De repente, solo hablaban del emocionante nuevo artículo que Murdoch y Grimes estaban escribiendo juntos; de cómo seguro que sería aceptado en *Arcana* , de cómo podría revolucionar el campo de la

teoría de conjuntos, de cómo estaba haciendo que Bertrand Russell se revolviera en su tumba.

El resto del departamento percibió este cambio, aunque ninguno pudo adivinar qué había sucedido realmente. El profesorado asumió que Alice había irritado a la profesora Grimes con su trabajo deficiente, y posteriormente comenzaron a tratarla con delicadeza. Ya habían visto

a estudiantes agotarse antes. Habían presenciado el deterioro previo al accidente.

"Jacob puede ser duro", le dijo el profesor Byrne un día en la sala, sin que nadie se lo pidiera. "Pero... bueno, mantén la cabeza en alto y haz un buen trabajo, y todo volverá a la normalidad enseguida, ¿de acuerdo?"

Los estudiantes de grado, que temían hasta su propia sombra, vieron cómo la profesora Grimes le hablaba a Alice y asumieron (quizás con razón) que su hedor a fracaso era contagioso. Los estudiantes comenzaron a salir poco a poco de sus secciones para unirse a las de Michele y Peter. Los estudiantes de posgrado eran más perspicaces.

Sabían, igual que todos sabían de Charlotte. Incluso si solo podían intuir las líneas generales de la historia, lo sabían. Michele era comprensiva, siempre ofreciéndole a Alice una sonrisa amable y triste cuando se cruzaban. Belinda, sin embargo, se volvió bastante fría con Alice. Alice intuía que pensaba, quizás con razón, que Alice debería haberlo pensado mejor. Que si Alice no se hubiera comportado como una prostituta, que si Alice hubiera sido tan cuidadosa como Belinda siempre lo había sido, no estaría en este lío.

Se corrió la voz, y Alice lo oyó. Con el tiempo, todos en el departamento tenían una opinión sobre Alice, ya fuera por lástima, condescendencia o curiosidad abyecta. Aun así, Alice estaba acostumbrada a los rumores. Al fin y al cabo, era alumna de Grimes. Y

podría haberlo superado todo, de no ser por Peter.

Ella no podía soportar la forma en que habían cambiado las cosas con Peter.

Se volvió insoportablemente incómodo después de esa noche. Parecía no saber qué hacer con ella. Parecía tenerle miedo, estar enojado con ella y desconcertado por ella, todo a la vez. Ni siquiera podía mantener una apariencia de profesionalismo. Nunca la miraba a los ojos. Si quería decirle algo, la mitad de las veces le pedía a una estudiante que lo hiciera. Una vez ella lo saludó desde el otro lado del laboratorio, y él dejó caer su café enseguida. Una vez pensó que su indiferencia era la cosa más cruel, pero lo habría preferido a lo que fueran ahora: todo tensión frágil y recuerdos demasiado vívidos. Lo veía constantemente; se superponía a su visión cada vez que lo miraba. Peter en la

puerta. Libros apretados contra su pecho. Una mano vacilante. Ojos

abiertos, asco extendiéndose por su rostro.

Pensaba a menudo en decirle la verdad. Sabía lo que él suponía; quería que supiera que no era así. ¡Ay, qué vergüenza! El solo recuerdo de sus ojos, abiertos por la confusión, la hacía querer encogerse en el suelo. No sabía qué sería peor, su resentimiento o su compasión. «Me ha pasado algo», decía, y todo el respeto que sentía por ella se desvanecía.

Por fin decidió: la lástima era mejor que el asco. Necesitaba que al menos alguien supiera que no era cierto. Tenía que intentarlo. Y Peter Murdoch era la única persona para quien sus palabras podrían tener significado, para quien los matices podrían desentrañar la verdad. Le llevó semanas armarse de valor, pero lo haría. Ojalá no hubiera hablado primero con Belinda.

"¿Sabes cuándo viene Murdoch hoy?" le preguntó Alice.

—¿Peter? —Belinda se encogió de hombros—. No sé. Creo que se ha vuelto nocturno. ¿Qué pasa?

—No, es una tontería. Hay algo extraño en este artículo y no quiero molestar a Grimes.

—Claro. Grimes. —Belinda tenía una expresión extraña—. ¿Sabes? Sí que dijo algo.

Peter.

Alicia sintió frío por todas partes. "¿Qué dijo?"

—Oh, nada importante. —Belinda movió la boca, pues no emitió ningún sonido.

Tenía el aspecto de alguien que intenta moderar sus palabras, insinuar una acusación sin llegar a formularla—. Acaba de mencionar que tú y el profesor Grimes se estaban...

acercando.

“¿Él dijo eso?”

“Algo... algo sobre trasnochar y cómo eres el favorito del profesor”.

Alicia sintió que el suelo se desplomaba bajo sus pies.

—Sabes que eso va contra las reglas, ¿verdad? —Belinda entrecerró

los ojos—.

¿Tienes que revelar esas cosas?

Alice no podía hablar. Torres se derrumbaban en su mente, viento silbante y ciclones, y solo quedaban estruendos y polvo. Era vagamente consciente de que Belinda seguía allí de pie, con la boca fruncida, esperando una respuesta. Sabía que esta era su única oportunidad de defenderse. Que si no hablaba ahora, los rumores crecerían y crecerían, y se convertirían en hechos, hasta que se convirtieran en conocimiento público del departamento: que, así como Elspeth Banks había reprobado sus exámenes y se había suicidado, Alice Law se había acostado con el profesor Grimes.

Aún no le salían las palabras. ¿Qué defensa podría ofrecer?

—Tú... quiero decir, no es cierto, ¿verdad? Perdón si saqué conclusiones precipitadas. —La expresión de Belinda se suavizó—. Anda, Alice. Puedes contármelo.

Había muchas cosas que Alice podría haber dicho entonces. ¿Pero para qué molestarse? Todo parecía tan inútil. Todas las palabras eran ineficaces, significaban tonterías. Belinda la miró fijamente, esperando, pero Alice simplemente dio media vuelta y se alejó.

ALICE SE DESMORONÓ RÁPIDAMENTE DESPUÉS DE ESO. Su autoestima se desplomó. Su humor se volvió errático, su trabajo irregular. Lo intentó todo para volver a congraciarse con el profesor Grimes, pero su insistencia solo intensificó su desdén.

En su punto más bajo, intentó seducirlo de nuevo. Llevaba esas medias negras y faldas cortas que él había dicho una vez que le gustaban. Mantenía las blusas desabrochadas. Intentó todos los trucos de siempre: sentarse con las piernas cruzadas sugestivamente, agacharse más de lo necesario para exhibir la curva de su trasero.

Estoy aquí , intentó decirle. *Estoy dispuesta. Tómame.*

Él fingió que ella no existía.

Alice luchó. Luchó; había llegado demasiado lejos como para dejar que su carrera se hundiera tan rápido. Buscó consejo en la oficina de Helen Murray.

A Helen no le caía especialmente bien Alice. No por nada que Alice hubiera hecho, sino porque era estudiante de Grimes, y Helen Murray

y Jacob Grimes se odiaban. Una vez, él la había llamado maricón en público; ella, a su vez, lo obligaba a impartir la clase de introducción a la licenciatura todos los años que ella era jefa de departamento. Pero esta mañana, pensó Alice, tal vez su animosidad podría jugar a su favor.

—Hola, Alice. —Helen Murray parecía estar esperándola. En cualquier caso, no preguntó por qué Alice, que no era su alumna ni asistía a ninguno de sus seminarios, había pasado por allí—. ¿Te apetece un té?

“Oh, no, estoy bien.”

"Toma un poco de té."

Alicia se sentó y aceptó una taza.

Era bien sabido que Helen Murray no aceptaba conversaciones de trabajo hasta haber cumplido con el ritual de hervir agua en su tetera, medir las hojas de té y esperar los cinco minutos completos para que se infusionara. Hasta entonces, se suponía que debíamos charlar sin importancia. Se suponía que esto era lo más humano de ella.

Helen Murray *se preocupaba* por ti; le importaba cómo iba tu vida, qué actividades extracurriculares hacías. Sus alumnos la apreciaban por eso. Alice esperaba, por eso, que Helen Murray la escuchara.

Helen hizo tintinear una cuchara alrededor de su taza. "¿Por qué no me cuentas qué pasó?"

Vacilante, Alicia explicó.

Cuando terminó, Helen guardó silencio un buen rato. Luego se quitó las gafas, miró a Alice de arriba abajo y suspiró. «Por favor, no seamos tan inmaduras con esto».

—Eh... no sé qué significa eso.

Me sorprendes, Alice. Cualquiera diría que sabías en qué te metías.

"¿Entrando?"

Una historia tan vieja como el tiempo. Véase Aristóteles y Filis. Merlín y Morgana el Fay. Los chicos de nuestro departamento nunca aprenden. Son unos animales hambrientos. Estás en Cambridge. ¿No lo sabías?

Alicia no podía determinar si Helen bromeaba. Entendía la referencia;

ella también había visto aquella xilografía de Filis desnuda, la consorte de Alejandro, montando a Aristóteles como un caballo. Era muy gracioso, y Aristóteles parecía ridículo, pero Alicia no entendía cómo esto podría ser una guía útil para su carrera en el futuro.

“Pero no es… quiero decir, la forma en que tratan a las mujeres no es justa”.

Helen frunció el ceño. "¡Ah, ahora eres feminista!"

Esta fue una pulla mordaz, el primer indicio de una trampa, pero Alice estaba demasiado angustiada para ver en qué se había metido. Helen organizaba la conferencia anual de Mujeres en Magia en Cambridge, pero Alice nunca había ido.

Nadie de su cohorte se molestó en ir. Belinda fue una vez en su primer año y regresó con los ojos en blanco: « *Solo eran unas brujas, deseando que los hombres murieran* ». No, nadie de su cohorte era feminista; evitaban la etiqueta, pensaban que solo les traería problemas.

—No me refiero a eso —dijo Alicia—. Es que no sé qué hacer.

—Por supuesto. —Helen dejó la taza—. ¿Y por qué viniste a verme?

Eso debería ser obvio , pensó Alice. ¿Por qué Helen creía que estaba allí y no en las oficinas de Caspar Stuart o Aaron Byrne?

“¿Porque tenemos mucho en común?”

Esta también era una pregunta capciosa, pero Alicia picó el anzuelo. Pensó que se le ofrecía solidaridad; no pudo evitar asentir.

—No, querida. —Helen se cruzó de brazos y se inclinó hacia delante —. Da la casualidad de que no tenemos nada en común.

La trampa saltó.

Las chicas como tú desprecian a las mujeres como yo. ¿No es cierto? Crees que nos equivocamos al insistir en las diferencias de sexo. Te avergüenza nuestro activismo.

Crees que nos quejamos demasiado.

La acusación era justa, todo era cierto. Pero Alice siempre había albergado estos pensamientos como una convicción disimulada. No podía justificarlos.

Helen insistió. "¿Y por qué no ibas a pensar eso? Nunca has conocido una puerta cerrada. Tus madres fueron educadas, tus escuelas eran mixtas, así que crees que todo el mundo está abierto para ti. Quieres usar pantalones y camisas sin sostén, y beber toda la noche con los chicos, y quieres que todos te traten igual."

A Alice se le ocurrió que Helen llevaba mucho tiempo esperando decir esas palabras; que había acumulado ese discurso, observándola a ella, a Belinda y a los demás en los pasillos, esperando al primero que pasara. Ya no se trataba de ella; ni siquiera de Grimes; se trataba de que Helen diera su palabra, y Alice era solo el público.

Helen se inclinó hacia delante. «La diferencia entre mujeres como yo y chicas como tú es que siempre entendimos que la batalla nunca terminaba. Tu cohorte ha elegido vivir como si las reglas no se aplicaran a ti. Y parece funcionar. Las saludo, chicas, las apoyo. Ojalá hubiera podido hacer lo mismo. Pero no puedes simplemente gritar

«¡Lobo!» cuando las cosas no salen como quieres. Lo que debes entender, Alice, es que no puedes refugiarte en el feminismo cuando te conviene.»

—No estoy diciendo tonterías —dijo Alicia desesperada—. Solo... necesito orientación...

—¿Entonces quieres cambiar de asesor? ¿Quieres trabajar conmigo?

Esto tomó a Alice por sorpresa. No había pensado en preguntar; ni siquiera lo había considerado una solución. Y quizá su rostro delató sus pensamientos, porque Helen se rió. «Claro que no. No me respetas lo suficiente como para eso. ¿Crees que soy una...?

¿Qué era? ¿Una esposa de alquiler con faja?»

“No lo hice. . .”

Ah, pero Alice sí. Todos lo habían dicho. Recibieron los chismes primero de sus tutores y se reían entre ellos, contaban historias en el pub hasta altas horas de la noche:

¿Acaso Helen publica?, ¿Alguien se toma a Helen en serio?, ¿qué pasará cuando se divorcie de esa zorra? Pero los profesores estaban mucho más atentos de lo que nadie creía. Alice debería haberlo sabido, porque sabía que Grimes estaba al tanto de todo lo que decían de *él* .

—Claro. —Helen notó la confirmación en su rostro—. No. ¿Entonces

quieres ir a la policía?

—¿Qué? No...

—¿Presentar una queja, entonces? —Helen se estaba divirtiendo—. ¿Te gustaría que la universidad lo reprendiera y que se viera obligado a escribirte una disculpa? ¿Te sentirías mejor con todo esto?

"No-"

Helen alzó las manos. «Entonces ayúdame a entender. ¿Qué hacemos aquí, Alice?

¿Qué quieres *?* »

Entonces Alicia se sintió tan estúpida.

¿Por qué no tenía respuesta? ¿Por qué era tan difícil esta pregunta? Era como si se hubiera presentado a un examen, solo para descubrir que no comprendía nada. Todas las contradicciones estaban llegando a su punto máximo, y no podía sintetizar una respuesta porque ninguna de sus posturas tenía sentido. Quería la atención de Grimes, pero también su respeto. Adoraba su poder, excepto cuando lo usaba en su contra. No quería un trato especial para su sexo, y aun así se sentía agraviada, de una manera que sentía que solo las mujeres podían ser agraviadas. Helen tenía razón: no podía tenerlo todo, no podía creer todo lo que hacía y aun así quejarse. Pero aun así, ¿no había algo mal allí? ¿Tan mal estaba como para sentirse herida?

Intentó descifrar la pregunta más básica. ¿Qué *quería* ? Si pudiera usar una varita mágica para solucionarlo, ¿qué resultado obtendría?

Todo se reducía a una sola cosa: quería que Grimes la respetara, que volviera a apreciarla, que volviera a ser su maestra. Pero Helen no podía hacer nada al respecto.

La disposición de Grimes hacia ella era inamovible. No podía cambiarla ni con deseos.

De hecho, todos sus deseos eran ridículos. Quería que nada de eso hubiera sucedido.

Quería recuperar su mente. Y quería ser más que un cuerpo, más que mera *carne* , algo para inscribir, observar y tal vez acariciar cuando te aburrieras. Quería la versión que le prometieron, quería una maestra que se preocupara por ella, que la respetara como pensadora, que no

la tratara como una herramienta.

Pero todo esto era un cuento de hadas. Al imponer implacablemente el glamour, había cerrado sus otras opciones. Y ahora estaba atrapada en una trampa que ella misma había construido.

No tiene sentido , pensó con impotencia. *No tiene sentido escapar. Intentarlo lo destruiría todo. Deja de creer en un postulado, y todo el edificio se derrumba. No se puede tener una superficie euclidiana estable sin el postulado de las paralelas; no se puede sobrevivir sin creerse invulnerable. Así que tu única opción es reconstruir la mentira: no estoy encarnada, esto no puede importar, y por lo tanto no importa.*

—Ya ves —la expresión de Helen no era indiferente—. Llevar esto más lejos solo te perjudica. Lo mejor que puedes hacer por tu carrera ahora es olvidarlo.

No puedo , Alice quería llorar. *No puedo olvidar nada.*

—Grimes sin duda lo hará. —La boca de Helen se torció—. Estará con el siguiente estudiante de primer año para San Miguel, y entonces todo volverá a la normalidad contigo. Y, en fin, como dices, solo fue un beso.

No solo un beso , pensó Alice. Su tatuaje ardía al rojo vivo, ardiente como el día que él se lo grabó en la piel. Pero no podía revelarlo. Le había prometido a Grimes su silencio; aún quería ser una buena chica.

Y sospechaba que Helen lo sabía, de todos modos. No los detalles. Solo la forma.

Helen debía saberlo, porque lo había visto todo antes, debía haberlo vivido ella misma, y allí seguía sentada. Su propia oficina. Ventana al patio, escritorio de caoba, titularidad. ¿Qué hacía falta para eso?, se preguntó Alice. ¿Qué jaulas de creencias mantenían a Helen en pie?

Helen no se burlaba de ella. Había trazado el plan. Cree en la mentira, confía en la mentira; es lo único que tienes. Quédate en la jaula y pinta las paredes. Si no lo haces, debes rendirte; pero si logras engañarte lo suficiente, tus delirios podrían hacerse realidad.

—Gracias —logró decir Alice—. Me ha sido de mucha ayuda.

—De nada —dijo Helen—. Termine su té.

DESPUÉS DE ESE ENCUENTRO ALICIA EMPEZÓ A SOÑAR con morir.

No era tanto que hiciera planes activos para terminar con su vida. Eso requería demasiada iniciativa. Más a menudo caminaba por la calle Sidney mientras los autobuses pasaban zumbando y reflexionaba que no sería tan malo si uno la atropellaba. Le gustaba imaginar sus huesos crujiendo; su sangre salpicando el pavimento. Jugaba a preguntarse cuál sería, exactamente, la causa aguda de la muerte:

¿la astilladura del cráneo en el cerebro? Eso sería lo mejor; mucho peor era la desastrosa división interna que te destrozaba irrevocablemente, pero dejaba intacta tu capacidad de sentir dolor, tu capacidad de pensar y reflexionar que este era el final. Si iba a morir, prefería hacerlo de cabeza.

En cualquier caso, morir parecía perfectamente aceptable desde el punto de vista moral. El mejor argumento que Sócrates podía esgrimir contra el suicidio en el *Fedón* era que los mortales eran como posesiones de los dioses, y que estos se irritarían si una de sus posesiones se liberaba de su prisión mortal mediante la autodestrucción. El

mandato cristiano contra el suicidio solo parecía ser una reformulación de eso. Pero los intereses de Dios no parecían relevantes en este caso. Probablemente sus amigos y familiares se disgustarían —su mente vagó vagamente hacia sus padres en Colorado, sollozando al colgar el teléfono—, pero no podía imaginar que alguien la extrañara tanto. Simplemente no parecía haber mucho en qué basarse.

¿Cómo podía explicarlo? Lo devastador no era el contacto; él no había sido violento con ella en absoluto. No, lo que dolía era la facilidad con la que podía reducirla a una cosa. Ya no era una estudiante, una mente, un ser inquisitivo que crecía, aprendía y *se transformaba* bajo su mando, sino simplemente la identidad más simple que siempre había temido ser: una simple mujer. Todo era un cliché. ¿Cómo se le había ocurrido pensar que no era aplicable? Una chica entra en la academia y los chicos se ponen rudos. Se sintió inmersa en una historia trillada cuyo final ya estaba escrito, y no le quedó más remedio que seguirla, recitar sus líneas y esperar a que bajara el telón. Y

sentía, en aquellos días, que lo más fácil para ella sería simplemente saltar del escenario.

Pero nunca encontró la determinación para terminar con todo para siempre. No por miedo al dolor —pues en ese momento no estaba

segura de poder sentirlo aún—, sino por vergüenza. Porque incluso después de todo, a pesar de lo insensible que se había vuelto, lo que persistía eran los principios del mundo académico, tan grabados en sus huesos que incluso en sus momentos más débiles aún sentía sus ecos.

Si ella muriera, pensarían que había fracasado.

Pobre Alice, decían. Otra estudiante de Grimes enloquecida. Y Belinda chasqueaba la lengua y decía con tono chismoso a la siguiente cohorte de candidatas de mirada vivaz: «Seguro que también habéis oído hablar de Alice, *pobrecita* . Recuerda que la oficina del consejero está disponible si alguna vez necesitas hablar».

Alice podía soportar cualquier dolor. Pero no soportaba esa vergüenza. Aún le importaba, por encima de todo, que la respetaran como erudita.

Así que siguió adelante; asistiendo a las clases, pasando horas en el laboratorio, calificando exámenes, dibujando pentagramas y llenándose la cabeza de todo tipo de información inútil. Mientras estuviera en el laboratorio, concentrada en el trabajo, lidiando con traducciones tan difíciles que no podía pensar en nada más, podía distraer su mente lo suficiente como para mantener los recuerdos a raya.

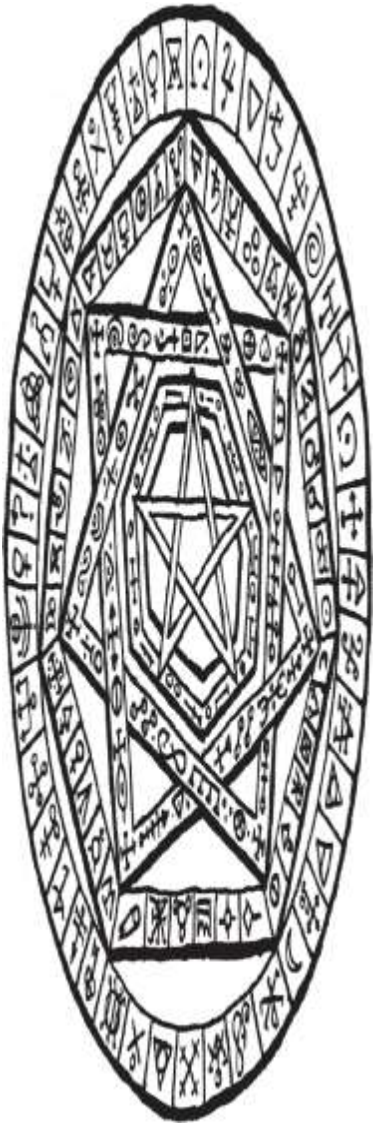
Fue al salir del departamento que los recuerdos volvieron a ella. No podía dormir; solo podía tumbarse en la oscuridad, mirando al techo mientras el rostro del profesor

Grimes se cernía sobre su imaginación. Dejó de comer; todo lo que se metía en la boca le revolvía el estómago. Se le empezó a caer el pelo. Su piel se volvió gris. La gente la llamaba, la gente intentaba ayudarla. Apenas los oía; no respondía. Oía un extraño zumbido en los oídos todo el tiempo. El mundo se sentía apagado y distorsionado, como si se moviera bajo el agua.

Aun así, ella seguía adelante. No sabía qué más hacer. Su plan, si así podía llamarse, era simplemente ser un autómata hasta que el centro ya no pudiera sostenerse; hasta que se desmoronara contra su voluntad.

Pero fue el profesor Grimes quien se hizo añicos primero: literalmente, toda su carne, sus entrañas y sus huesos se desgarraron con la fuerza centrífuga de millones de años de energía de tiza viviente almacenada.

Y Alicia, que se quedó inmóvil con el cerebro, los fragmentos de cráneo y la sangre salpicados en la cara, no podía parar de reír. Porque, después de todo, se había abierto una salida. Y, en ese instante, le pareció lo más hilarante del mundo que, sin embargo, condujera directamente al infierno.



Capítulo veintiuno

Peter no habló durante un buen rato después de que ella terminara. Agradeció que no lo hiciera; se habría desanimado si él hubiera recurrido a alguna de las respuestas habituales.

« *Lo siento mucho, ¿por qué no me lo dijiste? Me horroriza que te haya pasado eso».* Peter no intentó arreglarlo. Solo presenció.

En algún momento, él le había tomado la mano. Su pulgar frotó una y otra vez las grietas entre sus nudillos. Un impulso automático, Alice lo sabía; él nunca podía quedarse quieto, necesitaba algo con lo que juguetear. Si no hubiera sido su mano, habría sido una tiza. Aun así, fue la caricia más reconfortante que había sentido en meses.

No habían vuelto al punto de partida. Pero parecía, por primera vez desde que tenía memoria, que podían ser sinceros el uno con el otro.

Finalmente, Pedro dijo: «Pero estabas tan seguro».

"¿Acerca de?"

“Que no estaba en el Deseo.”

—El deseo es para los amantes —dijo Alicia—. Eso no era amor.

Peter lo consideró y asintió. "¿Y cuál fue tu solución?"

“¿A qué?”

—Cómo habrías sacado con vida al profesor Grimes. —Le soltó la mano—. Ya viste mi plan. ¿Cuál era el tuyo?

Mejor así , pensó Alice. Arrastró su mochila hacia sí. «No estoy segura de haber tenido una».

"¿Qué significa eso?"

Me repetía que estaba aquí para recuperarlo. —Sacó su cuaderno. La encuadernación estaba empapada, al igual que los bordes, pero las páginas seguían secas y legibles—. ¿Pero sabes qué? Nunca lo logré. Me repetía: «El tiempo apremia, solo tienes que irte, ya descubrirás el resto sobre la marcha». Pero esto fue todo lo que se me ocurrió, y ni siquiera estoy segura de que funcione.

Pasó las páginas de su cuaderno hasta el final, a lo último que había anotado antes de dibujar el pentagrama del Infierno. «Hace dos semanas encontré el silabario de Ericto, el brujo tesalia».

“¿Eric-quién?”

“Erictho.”

“Nunca he oído hablar de ella.”

No lo habrías hecho. Es astuta, Ericto. Siempre rondando en los márgenes, nunca en los archivos principales. Me parece que era una maga bastante experta, solo que en su época todos consideraban sus artes demasiado extravagantes y aterradoras como para documentarlas adecuadamente. Nunca habría oído hablar de ella, si no fuera porque...

bueno, para cuando llegamos aquí, ya había empezado a investigar cosas bastante raras.

Ella hojeó su cuaderno hacia atrás. Verás, empecé con Dante. Virgilio cita a Erictón como quien le ordenó viajar al Infierno Infernal y reportarle todo lo que encontrara. Y

de Dante pasé a Virgilio, y de Virgilio me adentré en los acrósticos. Y aprendí sobre estas ruinas, verás, llamadas los Colosos de Memnón. Son dos estatuas colosales en Tebas construidas para proteger la tumba de un faraón egipcio, pero se las ha asociado con el rey troyano Memnón desde la antigüedad. Durante miles de años, cada mañana al amanecer, estas estatuas han emitido un grito agudo. No sabemos qué lo causa.

Quizás sea el calor del sol expandiendo las rocas para que el viento las golpee en el ángulo justo. Pero se cree que el sonido es el grito de Memnón moribundo a su madre, Eos, la diosa del amanecer. Y empecé a preguntarme si los Colosos de Memnón contendrían alguna inscripción en tiza que permita la comunicación desde el inframundo.

No estaba segura de que sus divagaciones tuvieran sentido —era un revoltijo de conceptos asociados, reunidos tras días de investigación frenética—, pero Peter asintió pacientemente. "¿Y qué encontraste?"

Acrósticos, sobre todo. No podía dejarlo todo e irme a Egipto, pero encontré *todas* estas fotografías escondidas en algunas colecciones personales, y todas estas inscripciones griegas y latinas que los visitantes habían dejado en las estatuas a lo largo de los años. *Proskynemata.* Escritos religiosos. Todos estaban ligeramente encriptados y todos usaban magia acróstica básica. Pequeños hechizos para enviar mensajes a sus seres queridos o para desearles paz en la muerte, no sé. Pero vi que un nombre se repetía una y otra vez: Ericto.

“Esta es una madriguera de conejo fantástica”, dijo Peter.

—Así es. —Alice rió con fuerza—. Lo sé, lo siento. Pero ¿sabes cómo cuando te estás agotando en un proyecto de investigación y no te convence nada, y de repente encuentras algo prometedor? ¿Como si brillara, llamándote? ¿Como una estrella solitaria en un cielo oscuro?

Peter asintió. «Es un salvavidas».

—Claro. Te aferras a ello con todas tus fuerzas. Porque no hay nada más.

Ericto era el único nombre que tenía significado para Alicia en aquellos días, la única esperanza de una respuesta. Despertaba de un sueño involuntario con la terrible tarea de Orfeo ante ella, y en medio de los grises callejones sin salida de toda la erudición de siglos pasados, solo Ericto brillaba como el hilo de Ariadna, conduciéndola a un lugar desconocido, pero al menos *a un lugar* ...

Así que busqué en los archivos griegos. Me llevó una eternidad encontrar algún manuscrito suyo, ya que ni siquiera estaban clasificados en la biblioteca mágica, pero finalmente encontré unos viejos fragmentos de papiro datados por carbono en Tesalia.

Y luego *los estuve estudiando* un rato, y me di cuenta de que Ericto estaba experimentando con la misma serie divergente con la que estaban obsesionados los tartarólogos modernos. Y que es posible que, siglos atrás, Ericto llegara por separado a lo mismo que llamaríamos...

“El resumen de Ramanujan”, dijo Peter.

—Exactamente. El mismo mecanismo que nos permitió llegar al Infierno. —Alice pasó la página y tocó el dibujo de un pentagrama, muy similar al que los había enviado al Infierno; solo que había dos nombres cruciales en otro lugar—. Así que ahí está mi solución. Pero en lugar de enviar un objeto físico a nuevas coordenadas, habría ligado un alma a coordenadas distintas y la habría traído de vuelta a la Tierra.

-No te entiendo -dijo Peter.

Alice dudó. Todo parecía demasiado horrible para decirlo en voz alta, así que optó por el enfoque clásico del mago, que consistía en expresarlo todo en los términos clínicos de un resumen de revista. «En *el Infierno de Dante* , se menciona de pasada a Ericto como la otra persona que envió a Virgilio a las profundidades del Infierno. Los

estudiosos están divididos sobre qué pretendía Dante con esta mención. Algunos creen

que es para tranquilizar al lector, ya que Virgilio conoce bien el Infierno Infernal; otros, para enfatizar el paganismo de Virgilio al asociarlo con la brujería.»

En cualquier caso, Dante se inspira en una anécdota más elaborada de *la Farsalia de Lucano* , en la que el general romano Sexto Pompeyo le pide a la bruja tesalia Ericto que adivine el resultado de la batalla de Farsalia. Y ella lo hace. —Se abrazó al pecho—.

Arrastra un cadáver fuera del campo de batalla y obliga a su alma a regresar a su cuerpo destrozado para entregarle a Sexto una profecía. Es un hechizo horrible. El alma no está viva ni muerta; habla a través de su cuerpo anterior, pero solo con gran esfuerzo. No puede vivir como antes; pero tampoco puede morir, pues su alma está atrapada. Finalmente, Ericto libera su alma quemando su cuerpo en una pira.

Peter no dijo nada. Si sabía adónde iba todo esto, no lo demostró; solo la observaba, impenetrable.

—Y eso es lo que le habría hecho a Grimes. —Los brazos de Alice se apretaron alrededor de su pecho, como una trampa que se cerraba, como si pudiera reducirse a nada con solo esforzarse—. Lo habría vuelto a meter en ese cadáver. Lo habría llenado de toda clase de porquerías antinaturales para que no se desmoronara, y habría mantenido el hechizo lo suficiente como para que sus cuerdas vocales y su lengua se movieran, para que dijeran todo lo que necesitaba. Lo habría dejado a mi completa merced. No le habría dado a Grimes una segunda vida. Lo habría convertido en mi juguete y mascota, y lo habría hecho suplicar que lo liberara.

Peter se mantuvo siempre educado y curioso. "¿Y cómo lo habrías hecho?"

¡Oh, todas las cosas de brujería! La espuma de perros rabiosos abatidos. Las entrañas de lince. Las sanguijuelas marinas. Todas las cosas monstruosas de la naturaleza.

Lucano es muy descriptivo.

"Oh Dios."

Alice se aclaró la garganta. "Y también lo desenterré."

“Ahí está.”

“De todas formas, no había mucho que desenterrar”.

"Estoy seguro de que."

—Pero mira, funciona porque no intentas recuperar el alma —dijo Alice. El resto lo dijo tan rápido como pudo; robóticamente, simplemente leyendo el resumen—. Puedes prescindir de los problemas cosmológicos de la vida, la muerte, la reanimación y todo eso, porque esta versión de Grimes ya no puede interactuar con los vivos. No estaría propiamente vivo. Solo sería una voz. Una huella. Sería mío. Todo mío. Mi *cosa* ... Mío para jugar con él, experimentar con él, interrogarlo o incluso, simplemente, encerrarlo en un armario y olvidarlo durante años.

Bueno, ahí estaba. Soltó el aliento, levantó la barbilla y esperó el juicio.

—Ya veo. —Peter ladeó la cabeza—. Eso es... mmm. Fascinante.

"Crees que está enfermo."

—No, creo... —Parpadeó mirando las páginas, pensativo—. Creo que esta investigación es impresionante, considerando el resultado. Tu creatividad es asombrosa.

—Bueno, gracias.

¿Cuánto tiempo lo habrías mantenido con vida?

“En realidad tampoco pensé mucho en esa parte”.

De hecho, había muchas partes de su plan que no había considerado bien. Cómo explicarle al resto del departamento lo de un cadáver reanimado. Cómo evitar que Grimes gritara pidiendo ayuda. Cómo convencer al tribunal de tesis de que el ronco montón de carne y huesos podridos que balbuceaba era en realidad el alma del profesor Jacob Grimes, y no un estudiante pagado escondido bajo las tablas del suelo.

Bueno, supuso que era obvio por qué no. Podía convencerse todo lo que quisiera de que esto era un rescate. Pero nunca se había tratado de las cartas de recomendación.

Solo se trataba de venganza, de un control absoluto, y de que Grimes

comprendiera por fin lo que se sentía ser el juguete de alguien. Solo era una pesadilla. Y Peter era demasiado listo para creer lo contrario ni por un segundo.

“Aunque no creo que me haga sentir mejor.” Alice se llevó las rodillas al pecho. “Ese es el problema. Esperaba que sí, pero cuanto más lo pienso, más me doy cuenta de que solo quiero esto porque es lo que él habría hecho. Es una solución tan Grimes como perfecta, ¿sabes? Brutal, eficiente, impactante. Nunca se quedó a medias, solo llegó hasta el final. Y una parte de mí, en el fondo, está realmente emocionada. Porque no

dejo de imaginarlo despertando para ver lo que he hecho.” Soltó una risa desesperada.

“Y sigo fantaseando con que de verdad mire a su alrededor y me diga *«buen trabajo* ».

—Sabes —dijo Peter—, creo que sí.

“Está grabado en nuestras mentes”, dijo Alicia.

—Oh, sí —dijo Peter con una sonrisa triste—. No puedo sacarlo.

Ambos miraron fijamente el cuaderno.

Alice no había vuelto a leer estas páginas desde que garabateó sus notas. Ahora la asombraba ver su propia letra, un garabato frenético que no se parecía en nada a su habitual pulcritud. Recordó aquellas últimas horas de investigación, sentada encorvada sobre la escritura de Erichtho junto a una lámpara tenue y vibrante, forzando su mano a seguir el ritmo de sus pensamientos desbocados. En algunos puntos, había presionado con tanta fuerza la página que la mina se rompía, dejando manchas de carboncillo. El cuaderno de Peter parecía insulso en comparación. El suyo parecía obra de un lunático.

Ella preguntó en voz baja: “¿Entonces no crees que estoy loca?”

Peter extendió la mano y sus dedos rodearon los de ella.

Y aunque solo hicieron silencio, y aunque seguían sin solución ni salida, de alguna manera Alice se sintió más lúcida que en mucho tiempo. Se sintió quieta, con sus pensamientos asentados. Como si hubiera estado agitándose en el aire, aleteando y ahogándose, y aquí por fin alguien le hubiera concedido un lugar donde aterrizar.

EL TIEMPO AVANZABA LENTAMENTE. LA CALAVERA SEGUÍA cantando. Al principio, Alicia no dejaba de mirar su reloj, pero pronto dejó de molestarse. Minutos, horas, no importaban.

No tenían escapatoria.

Los Kripkes no habían llegado. Esto le dio a Alice una pequeña punzada de esperanza: tal vez los Kripkes se habían olvidado de ellos, tal vez en lugar de una muerte terrible y sangrienta, solo morirían ahogados y en silencio. Los Kripkes no tenían prisa. No necesitaban lidiar con dos adultos. Solo necesitaban esperar. Y los Kripkes tenían todo el tiempo del mundo.

Consideró llorar por ello, pero hacía demasiado calor y estaba demasiado seco; en ese momento no tenía suficiente humedad en su cuerpo para condensarse en lágrimas.

¿Era este el final, entonces? Hizo balance de su vida, de todos sus sueños, esfuerzos y aspiraciones desesperadas, y no pudo sentir nada más que una patética diversión por dónde había terminado.

Había tomado una clase sobre filósofos griegos durante su primer año de universidad, antes de descubrir que era alérgica a la filosofía. No le gustaba mucho Sócrates, pero sí le gustaba cómo Aristóteles escribía sobre el mundo, el alma, la forma de los seres vivos. Tenía tanta fe en su afán de prosperar. Y recordaba haber leído el argumento de Aristóteles sobre cómo cualquier ser vivo, incluso el organismo más primitivo, estaba animado por una idea del bien. Incluso la planta volvía su rostro hacia el sol. Incluso la hormiga más diminuta buscaba comida; el gusano sin cerebro buscaba tierra. Todo era tan fácil para los seres vivos; todos excepto las personas, excepto personas como *ella* , que tenían un don para buscar solo aquello que los hacía miserables.

Toda su vida, al parecer, había corrido precipitadamente en direcciones equivocadas. No fue por falta de oportunidades. Sabía muy bien dónde brillaba el sol, y aun así, el impulso la obligaba a enterrarse en la oscuridad.

Quizás la inteligencia humana fue un error, y todos los que celebraron la huida del Jardín del Edén se equivocaron. Quizás el don de la racionalidad no compensó la agonía debilitante que la acompañó.

O quizás personas como Alice simplemente estaban completamente rotas. Quizás estaban desperdiciadas en la vida; quizás morir era lo mejor para ella. Quizás se parecía menos a la planta de Aristóteles y más a los organismos de Freud, quienes eran impulsados

compulsivamente hacia la muerte, hacia el estado tranquilo e inanimado de las cosas antes de tener la desgracia de nacer. Ella le expresó esta teoría a Peter.

—Hm —dijo—. No creo que busquemos la muerte compulsivamente.

“Habla por ti mismo.”

Creo que nos hemos liado. Pero seguimos intentando afrontar la luz.

Charlaron un rato. Recuerdos sin sentido, observaciones insulsas. Comidas que habían compartido. Libros que habían leído. Una o dos veces, Alice hizo reír a Peter, y esa parecía la mayor victoria que podía lograr en ese momento: que aún pudiera provocarle una risa entrecortada.

Sus voces se volvieron roncas, sus lenguas secas, sus voces suaves. Finalmente, se sumieron en el silencio.

Alice supuso que había peores formas de morir. Al menos sabía que no tenía nada que temer. Al menos no moría sola.

Y no podía negar la parte de ella que se sentía aliviada al saber que finalmente todo se había escapado de sus manos; que ya no tenía sentido seguir conspirando, lanzando hechizos y forcejeando. Por fin, todo tenía un punto y aparte, y ella no tenía control sobre ello. Esto era un consuelo.

—Alice. —Peter le dio un codazo en el hombro—. ¿Alice?

Ella parpadeó y se despertó. "¿Sí?"

“Te he estado mintiendo.”

—No, no lo has hecho —murmuró—. No digas eso.

—La ecuación que encontraste. —Se incorporó—. Tenías razón. No fue solo una broma. De hecho, es mi estrategia principal para sacar al profesor Grimes del infierno.

—¡Oh, qué buen momento! —Alice dejó caer el brazo flácido contra el suyo. Esta confesión ya no la incomodaba tanto; ahora que iban a morir, saber que Peter la habría matado si se hubiera salido con la suya era decepcionante, pero no una sorpresa—. Por favor, no lo arruines.

—No lo entiendes —dijo Peter—. No iba a cambiarte. Nunca te habría

cambiado. Iba a cambiarme a mí mismo.

—Pero no puedes —dijo Alicia—. Axioma de... no puedes. Lo intenté.

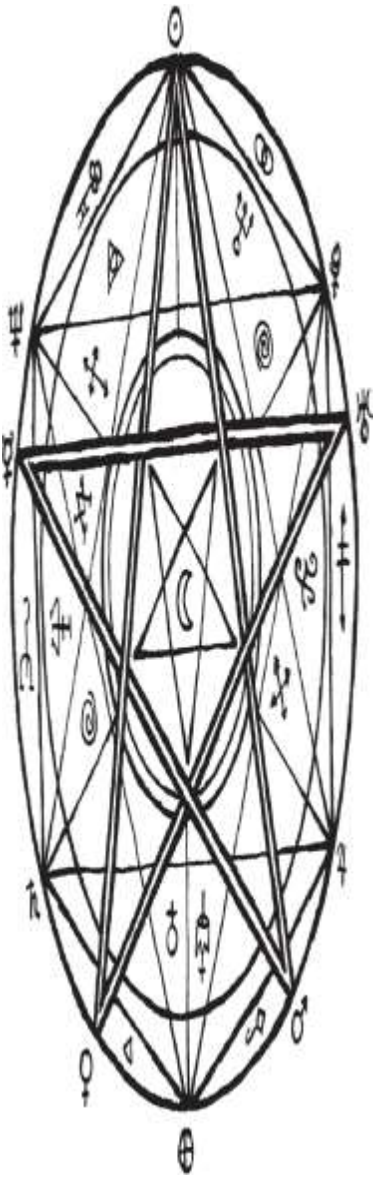
—Bueno, no —dijo Peter—. Te habría pedido que lo hicieras por mí.

Hacía tanto calor, pensó Alice. Un calor infernal. No sabía si el zumbido venía de fuera o de dentro. Pero podía dejar que su mente se desviara y pensar solo en el zumbido, sin pensar en sus implicaciones. Oh, qué dulce vacío; la ausencia de pensamientos. Debería haber nacido como una roca. Consideró actuar como tal; hacerse la sorda, dejar que las palabras de Peter se le resbalaran como agua.

Pero parecía muy angustiado. Era evidente que no iba a dejarlo pasar.

Ella reunió la energía para preguntar: "¿Por qué?"

—Bueno, porque lo *maté* . —La cara de Peter se contrajo de repente—. O sea, su muerte es culpa mía. No tuya. Así que es lógico que lo traiga de vuelta.



Capítulo veintidós

Peter Murdoch nunca tuvo la intención de lastimar a nadie. No era como Alice; no tenía una determinación férrea. Peter no guardaba rencor ni reconocía rivales, en parte porque estaba acostumbrado a

ganar por incomparecencia. Peter Murdoch nació con una cuchara de plata en la boca y una tiza en la mano. Para él, la academia era un patio de recreo, no un campo de batalla, y era simplemente muy bueno en todos los juegos.

Sin embargo, esto lo hacía peligroso a su manera. Porque Peter había vivido la vida asumiendo alegremente que las cosas simplemente se acomodarían como él las necesitaba, ya que, en la mayoría de los aspectos, siempre había sido así. Esto lo volvía descuidado. Nunca pensó mucho en las consecuencias, ni en nada en particular, salvo en su propia investigación. Y solo cuando las cosas se torcían, cuando se dejaba llevar, cuando el efecto dominó de sus caprichos superaba con creces sus expectativas o intenciones, solo entonces descubría lo peligroso que podía ser ser descuidado.

PETER TENÍA CINCO AÑOS CUANDO SU GENIO se hizo evidente. Estaba confinado en casa, enfermo, y no mejoraba tan rápido como esperaban, y sus padres consideraron necesario contratar a un profesor particular de matemáticas a domicilio para que Peter no se retrasara. Este profesor —uno de los alumnos de su padre, que habría hecho cualquier otra cosa con gusto de no ser por la necesidad de dinero— adoptó la irresponsable estrategia pedagógica de darle un ejercicio de álgebra a la vez, mientras se distraía con su propia pila de ejercicios para corregir.

Peter resolvió los problemas con agilidad. Y como no estaba en un aula llena de niños arrullándose con crayones, y como no estaba concentrado en no llamar la atención, se dejó llevar por la siguiente lección, y luego por la siguiente. Según Peter, solo resolvía el siguiente problema con agilidad según aparecía. No notó que su tutor se quedaba boquiabierto con el paso de la hora.

"Es asombroso", le contó el posgraduado a su padre. "No debería estar en primer año, hay que sacarlo de ahí".

Los padres de Peter —su padre, matemático, su madre, bióloga— se alegraron muchísimo con la noticia; pues todos los padres académicos anhelan tener hijos inteligentes, pero no se atreven a admitir en voz alta que desean hijos genios. Pero parecía que Peter era, de hecho, un genio, así que se las arreglaron para que estuviera rodeado de tutores constantemente, estimulando su cerebro con estudios avanzados.

Esto fue bueno, pues de lo contrario la infancia de Peter habría transcurrido en una tediosa soledad. Porque el otro rasgo característico de Peter era que se enfermaba con mucha frecuencia. Al

principio parecía un niño típicamente quisquilloso, siempre con malestares estomacales, intoxicaciones alimentarias, diarrea o estreñimiento. Ya se le pasará, decían sus abuelos; a algunos niños les gusta contagiarse de todos los gérmenes del aire. Sin embargo, para cuando cumplió seis años, se hizo evidente que lo que Peter padecía era grave y crónico. La investigación médica sobre las enfermedades inflamatorias del intestino avanzaría mucho a lo largo de la vida de Peter. Pero en su primera infancia, lo máximo que cualquier médico pudo decirle a su familia fue que su colon parecía inflamarse sin razón aparente y que sería mejor que evitara la harina de trigo. Esto más tarde se amplió para incluir lácteos, frutos secos y verduras crudas; de hecho, Peter pasó mucho tiempo con dietas de eliminación. No pudieron decir si algo de esto ayudó, solo que las dietas totalmente líquidas (es decir, caldo de huesos y jugo de manzana) parecían mejorar las cosas cuando estaba en su peor momento, pero solo porque significaba que no quedaba nada en sus intestinos para limpiar.

Finalmente, tras muchas visitas a especialistas y diagnósticos erróneos, le diagnosticaron la enfermedad de Crohn, una enfermedad inflamatoria intestinal crónica sin causa conocida ni cura. Peter y sus padres empezaron a llamarla la Bestia. Esto le ayudaba a personificar la enfermedad, pues de lo contrario, solo era algo misterioso que perturbaba su identidad. Su propio sistema inmunitario atacaba sus propias células sin una razón clara. Era más fácil pensar en ella como una entidad caprichosa y extraña. A veces, la Bestia lo dejaba en paz. A veces, le roía las entrañas sin descanso. A veces, se retiraba durante varias semanas, justo lo suficiente para que pudiera hacer planes para ir a fiestas de cumpleaños, a la playa y al senderismo, algo que aún no había hecho, antes de regresar con venganza. La Bestia era incognoscible, impredecible. La única constante que conocían sobre ella era que jamás podría ser vencida; solo mantenida a raya, oculta, por breves lapsos de tiempo.

Peter se acostumbró a las visitas al médico. La enfermedad de Crohn tenía varios efectos secundarios debido a la desnutrición. Siempre tenía los ojos rojos y costrosos.

Sus dientes estaban todos mal. De vez en cuando le aparecía un gran sarpullido rojo por toda la espalda, que ningún baño de avena aliviaba. Tenía bajo peso crónico, y como el primer tratamiento para un brote de Crohn eran inmunosupresores, también sufría crónicamente de cualquier virus estacional que estuviera presente. Nunca había un momento en que Peter no tosiera, se congestionara o vomitara; de hecho, si alguna vez llegaba el raro día en que parecía

estar bien de salud, sus padres solo se preparaban para un brote terrible.

Peter se lo tomó todo con buen ánimo. No tenía hermanos ni amigos en el barrio; no tuvo una infancia normal como comparación. La mala salud era algo con lo que simplemente tenía que lidiar. Por lo demás, tenía a sus tutores. No necesitaba deportes cuando podía desarrollar su mente; no necesitaba estar al aire libre cuando tenía universos abstractos desplegándose en su imaginación, con sus secretos esperando ser explorados.

Amaba los números porque se comportaban como debían , porque las reglas nunca cambiaban. La raíz cuadrada de sesenta y cuatro nunca dejó de ser ocho.

La mayor parte del tiempo se divertía tanto que casi se olvidaba de que era un niño enfermo, encerrado en su habitación, sin amigos.

Aun así, los padres de Peter sentían que necesitaba pasar tiempo con niños de su edad. Por eso, el día de su octavo cumpleaños, durante un periodo de meses en el que Peter se sentía bastante bien, invitaron a su clase de tercer grado a una fiesta de cumpleaños. Peter había pasado tan poco tiempo en clase ese semestre que apenas conocía los nombres de nadie; aun así, todos los invitados acudieron a su casa, trayendo regalos y alegría.

“Mira quién es popular”, dijo su madre.

Peter, al salir de su habitación, se sintió abrumado por la multitud y el ruido. "¿Qué se supone que debo hacer?", preguntó.

"Socializa", dijo su padre. "Es bueno para tu desarrollo".

“¿Pero cómo?”

—Inténtalo —su padre lo empujó hacia las escaleras—. Diviértete.

Lo intentó, y se lo pasó genial. Peter nunca había pasado tanto tiempo con otros niños; nunca había experimentado las alegrías del escondite, ni de jugar a la mancha, ni de ponerle la cola al burro. Y aunque era terrible encontrando escondites, y aunque era, con diferencia, el más lento del grupo, todos aplaudían sus pequeñas victorias; todos se reían con él, no de él.

Durante tres horas esa tarde, Peter se sintió gracioso, encantador, adorado. ¡Todos eran tan amables! E incluso parecía llamar la

atención de Jemma Davies, a quien incluso Peter conocía como la chica más guapa del barrio, con sus grandes ojos marrones y un cabello castaño tan liso que brillaba.

Cuando llegó la hora del pastel y las velas, Jemma se sentó a su lado, puso su manita sobre la suya y dijo con voz recatada y adulta: «Me alegra *mucho* que nos invites. La compañía es buena para los inválidos».

“Inválidos”, repitió Pedro.

—Bueno, estás muy enfermo, ¿verdad? —Jemma le apretó la mano—. Oí a tu madre contárselo a la mía. Por eso hemos venido todos. Vamos a hacer que te sientas mejor.

Ella le sonrió radiante. Peter le devolvió la sonrisa. Pero ahora todo le sabía a ceniza en la boca. Fingió una sonrisa entre los cantos y el soplo de las velas, entre la enorme pila de regalos y los interminables juegos de fiesta que siguieron, pero el día estaba arruinado, y solo podía recibir la buena voluntad de nadie con recelo.

Al final de la noche, besó a Jemma Davies en la mejilla y le dijo: «Agradecemos mucho su generosidad». Y luego cerró la puerta.

Después de limpiar los platos y tazas y guardar los regalos, Peter preguntó a sus padres si podía estudiar en casa hasta el bachillerato. ¡Ay!, se preocuparon; ¿habrían sido malos los niños? ¿Lo habrían acosado? En absoluto, respondió; eran muy amables, solo que él no creía que pudiera sacar mucho provecho de socializar con mentes inferiores. Esto no podía ser bueno para su desarrollo.

Esa noche escuchó a sus padres discutir a puerta cerrada. Tiene razón, dijo su padre; *es* avanzado, no hay razón para frenarlo. Pero se ha vuelto frío, dijo su madre. *«Mentes inferiores»* , qué término, ¿de dónde lo habrá sacado? No podemos dejar que crezca creyéndose superior a los demás.

Eso estaba bien, pensó Peter. Que lo consideraran frío, grosero, antisocial. Crecer con una enfermedad crónica solo significaba elegir entre lo malo y lo peor, y Peter decidió ese día que, pasara lo que pasara, nunca más volvería a ser objeto de lástima.

PARA CUANDO PETER ESTABA CURSANDO sus exámenes de bachillerato, sus médicos finalmente se decidieron por un tratamiento que parecía funcionar mejor que los demás. Se llamaba mercaptopurina e interfería con la síntesis de ADN, impidiendo que las

células inflamadas se dividieran fácilmente. Esto tuvo el desafortunado efecto secundario de suprimir el resto de su sistema inmunitario, lo que significaba que Peter tenía que lavarse las manos obsesivamente y evitar las multitudes durante la temporada de gripe invernal. Pero por lo demás, podía comer los mismos alimentos y hacer las mismas cosas que cualquier otra persona de su edad. Así que, tres semanas después de cumplir diecisiete años, se fue, con

dos baúles a cuestas, a la misma universidad donde sus padres se conocieron y se enamoraron.

Peter floreció en Oxford. Sus estudios lo cautivaban; sus tutores lo adoraban. Probó el champán por primera vez. Montó en bicicleta por primera vez. Una semana después de su primer trimestre, asistió a una conferencia pública sobre paradojas básicas en magia y se enamoró de la disciplina; de su capricho, de su incognoscibilidad. Antes, había planeado estudiar matemáticas o física. Pero la magia, al parecer, era un inmenso iceberg del que solo se había vislumbrado la punta, y le emocionaba saber cuánto más quedaba por descubrir. En aquellos años, se publicaban descubrimientos revolucionarios a diario. Acababan de comenzar investigaciones en Carne Abbas.

Acababan de encontrar depósitos de tiza en el Ágora. Ahora estaban descubriendo los fundamentos de la magia que sustentaban la historia del mundo antiguo, y allí estaba él, en el centro de todo. A veces daba largos paseos por las universidades sin ningún objetivo, tan aturdido por la emoción que no podía dormir.

Durante esta época, también se le hizo evidente que se había vuelto lo que algunos llamarían atractivo. Era un milagro que creciera tan alto, ya que había pasado la mayor parte de su infancia en los percentiles más bajos de su peso. Pero cuando llegó la pubertad, fue como si un dios embaucador lo hubiera tirado de la cabeza y los tobillos y lo hubiera estirado como plastilina, hasta convertirse en una mezcla irreconocible de pelo lacio y extremidades desgarbadas: una mezcla que, al meterla en un traje y corbata, gustaba bastante a los chicos y chicas de Oxford. Sus proporciones lo hacían bueno remando, y una vez que empezó a remar, notó un montón de cosas nuevas y agradables en su cuerpo. Sus brazos se fortalecieron, su pecho se llenó y aprendió a frotarse el pelo con una pequeña cantidad de gomina para que se le levantara hasta la mitad.

Todo esto para decir que Peter se volvió un poco tonto durante aquellos años en Oxford.

Su remisión no fue perfecta. La Bestia seguía apareciendo cada pocos meses, lo que implicaba hospitalizaciones, esteroides intravenosos y reposo en cama. Pero a nadie le importaba, aprendió Peter, mientras no le *contara* a nadie lo que le pasaba, mientras les permitiera llenar los huecos con sus propias conjeturas. Nunca dijo que no se sentía bien; simplemente se negaba a poner excusas. Descubrió que podía salirse con la suya cada vez más. Podía faltar días a clase. Semanas, incluso, aunque intentaba no excederse. Sí intentaba no quedarse nunca en casa a menos que estuviera postrado en cama. Nadie se quejaba nunca; si acaso, sus amigos y tutores se lo tomaban con calma.

«Oh», decían; «es típico de Murdoch. Hace lo que quiere, qué loco». Así que, durante sus tres años en Oxford, se ganó la reputación de ser un genio ausente y errático.

Quizás se dejaba llevar. Quizás a veces fingía: hablaba de soluciones a problemas con un tono soñador e indiferente, como si no hubiera pasado horas resolviéndolos, o fingía no haber leído nada cuando en realidad se había quedado despierto toda la noche. Si alguna vez tenía que salir de clase para ir al baño, decía que iba a fumar. Y si alguna vez su ingreso hospitalario duraba más de una semana, fingía haberse largado a Barcelona o Gotinga —a veces era cierto, ya que a sus padres les gustaba ir a congresos y a él le gustaba acompañarlos— o simplemente se quedaba en casa a dormir, porque le apetecía, porque Peter Murdoch no necesitaba asistir a conferencias para sacar la mejor nota.

Le asombraba lo bien que funcionaba esto. Nadie le guardaba rencor por sus ausencias; solo se emocionaban mucho más cuando aparecía. Murdoch era una presencia excepcional; su presencia era una bendición. En un mundo definido por la percepción, Peter estaba aprendiendo a construir una fachada de lo más convincente. A los genios se les podía disculpar cualquier idiosincrasia. Perdonarían un cuerpo enfermo, decidió Peter, siempre y cuando la mente los intimidara. Y, ¡ay, en qué mente se convertiría!

CUANDO LLEGÓ EL MOMENTO DE HABLAR DE su futuro, Peter se había decidido firmemente por un doctorado en magia analítica. Las matemáticas y la física lo entretenían, pero lo seducía lo desconocido y escurridizo; cómo lidiar con la verdad en la magia era como intentar aferrar la luz del sol en la palma de la mano. Ahora bien, esto habría hecho de Cambridge la opción obvia, si sus padres no hubieran tenido tantas reservas. Aoife y Howard Murdoch habían cursado sus doctorados en Oxford, que, en su opinión, era la institución más

importante del mundo. Además, tenían profundas conexiones en los círculos sociales del mundo académico británico, así que, por supuesto, habían oído los rumores.

—Ese hombre es un bruto —dijo su madre—. En fin, ¿no estarías más feliz en otro lugar... más cómodo? ¿Por qué no te quedas en Oxford?

"O incluso el Nuevo Mundo", dijo su padre, quien seguía insistiendo en llamarlo así, aunque nadie se reía. "Últimamente están haciendo cosas muy innovadoras, te lo vas a pasar genial. ¿Para qué perder tus mejores años en *Cambridge* ?"

Lo que ninguno de los dos dijo en voz alta: *¿Estás seguro de que puedes soportarlo?*

Pero Pedro, desde niño, había actuado según dos principios interrelacionados.

En primer lugar, solo le interesaba hacer lo más difícil posible. Era nietzscheano en ese sentido. No en el extraño y antisocial estilo de Übermensch, que tantos jóvenes de Oxford habían adoptado. Era nietzscheano en el sentido más amplio de que sentía que

la vida solo tenía propósito si se esforzaba constantemente por superar sus propios límites. Creía que solo el profesorado de Cambridge podía ayudarle a alcanzar sus límites. Y no perdería el tiempo haciendo nada que no fuera su mejor trabajo.

En segundo lugar, odiaba tener que hacer excepciones por su constitución. Peter se había pasado la vida entera siendo el chico enfermizo de Murdoch. Desde pequeño, profesores bienintencionados y comprensivos le habían dicho que no pasaba nada si se perdía el partido, si no iba a la excursión, si no podía presentarse a los exámenes, si no quería correr la última vuelta. Peter ya estaba harto de que le compadecieran. No le interesaba simplemente seguir el ritmo de los demás; hacer lo que alguien sin Crohn podía hacer. Quería hacer lo que la gente sin Crohn *no podía* . Así que, cuando oyó las historias de terror —los ayudantes de laboratorio que habían renunciado, los estudiantes de posgrado que salían de la oficina de Grimes hechos una furia llorando—, Peter lo tomó como un reto.

Quizás su tiempo en Oxford le hizo confiar demasiado en su propio encanto. Quizás sus compañeros y profesores lo habían adulado demasiado; quizás su ego había crecido un poco más de lo que le convenía. Pero Peter no se equivocaba al creer que era alguien muy especial, y que si alguien podía impresionar a Jacob Grimes, ese era

él.

¡CAMBRIDGE! A PETER LE ENCANTÓ AL INSTANTE: LOS callejones adoquinados, el río serpenteante, las orillas verdes y tranquilas. Se había quitado las ganas de ir a clubes nocturnos en la universidad —varios semestres pegajosos en Wetherspoons le bastaron— y ahora apreciaba la tranquilidad de Cambridge. Siempre había demasiada actividad en Oxford. Cambridge, en los pantanos, parecía el tipo de lugar donde uno podía concentrarse y lograr resultados. Los chicos que aspiraban a Westminster estudiaban política, filosofía y economía en el otro lugar; aquí en Cambridge, los científicos venían a soñar. El Departamento de Magia Analítica también era todo lo que le habían prometido: profesorado brillante, compañeros brillantes y un presupuesto ilimitado para tizas. El profesor Grimes era exigente y formidable, tal como Peter esperaba; bajo su tutela, Peter sintió que su mente se afilaba, como un cuchillo raspando contra una piedra de afilar.

Y allí estaba Alicia.

Alice Law. ¿Cuántas noches durante ese primer año volvió a casa en bicicleta mucho después de la medianoche, aturdido por el recuerdo de su risa? Peter nunca había conocido a nadie como ella: la quisquillosa, testaruda y ridícula Alice. Tenía la persistencia de una desvalida, la creatividad de una artista y, lo mejor de todo, pensaba de forma muy *diferente* a todos los que se habían formado con él en Oxford. Quizás fuera la influencia estadounidense (Peter nunca había estado en Estados Unidos, pero su padre le había hecho creer que era una tierra de iconoclastas), o quizás la

sensibilidad excéntrica de Alice, pero algo en su mente era... bueno, rizomático era la mejor manera de describirlo. No pensaba en línea recta; siempre estaba zigzagueando hacia afuera. Siempre se preguntaba cómo disciplinas no relacionadas podrían comunicarse entre sí, o desenterrando información aleatoria de archivos de la que nadie había oído hablar. ¿Te imaginas un mundo sin memoria?, preguntaba. ¿Podemos formar relaciones significativas si tenemos recuerdos de peces de colores? ¿Sabe tu mascota que un día morirá? ¿Teletransportarse es sinónimo de muerte? Ahora bien, supongamos que sí crees que la teletransportación es la muerte: si despertaras y tu pareja te dijera que la han teletransportado de un lado a otro de la cama, ¿lo lamentarías? Nunca antes había conocido a una persona con pensamientos que se desbordaran hacia lugares que él no podía seguir fácilmente. Le encantaba verla pensar en voz alta, oír cómo sus pensamientos fragmentados se convertían en argumentos completos,

ver cómo sus ojos se movían rápidamente a un punto en el espacio que él no podía ver.

No era solo que fuera brillante. Todos a su alrededor eran brillantes; la brillantez aquí era aburrida. Alice era un *reto* . Alice lo mantenía alerta. «Cuidado con esa», le dijo el profesor Grimes mientras tomaban el té en el club de profesores. O se desmoronará pronto o ganará un Nobel.

Sí, Peter observaba mucho a Alicia. Por las noches soñaba con una silueta parecida a un pájaro estirándose de puntillas ante una pizarra. Con la cabeza inclinada, pensativo.

Todo era tan romántico. Por un breve tiempo, Peter Murdoch tuvo todo lo que siempre había soñado: un asesor que lo inspiraba, un mejor amigo que lo retaba y lo emocionaba, y un cuerpo increíblemente cooperativo. Cada pocas semanas iba en bicicleta al hospital para una revisión con su gastroenterólogo, aunque en el fondo empezaba a sospechar que era innecesario. Ahora estaba en la racha más larga que jamás había tenido sin un brote. A veces, increíblemente, le costaba un gran esfuerzo recordar a la Bestia.

Decían que se podía entrar en remisión durante décadas. Los folletos informativos sobre la enfermedad de Crohn estaban repletos de testimonios de personas que un día se despertaron sin dolor, sin calambres, y no volvieron a sentirlo durante años. Nadie sabe qué induce la remisión, decían; la remisión es un milagro; a veces el cuerpo simplemente decide dejar de atacarse a sí mismo. Durante su infancia, Peter nunca se había atrevido. Pero a medida que pasaba el tiempo, más razonable parecía esperar que esto era todo: que había dejado atrás a la Bestia para siempre y que ahora podía correr libre.

EL CAMBIO CAMBIÓ A MITAD DE SU primer año.

La enfermedad de Crohn podía hacerte eso. Debería haberlo recordado. La Bestia nunca fue vencida, solo relegada a la clandestinidad. Una noche, estaba comiendo curry picante y bebiendo lassi de cardamomo y rosas en el restaurante indio del otro lado del puente. A la mañana siguiente, tenía el estómago apretado con retortijones reveladores; leves por ahora, pero un presagio de lo que vendría.

La situación empeoró rápidamente. Era el peor episodio que Peter había experimentado desde los doce años. Las cosas habían ido bien durante tanto tiempo que había olvidado lo horrible que podía ser: el

doble yunque de la diarrea y la deshidratación constantes, los calambres y las hemorroides, la repulsión a meterse algo en la boca por miedo a que volviera a salir. En un solo mes, fue cuatro veces al hospital: las dos primeras para recibir suero intravenoso, la tercera y la cuarta para recibir tratamientos con esteroides intravenosos. Parecía haber desarrollado resistencia a la mercaptopurina, lo que significaba que su plan de tratamiento ahora consistía en lanzar varias cosas contra la pared y ver qué se pegaba. Su peso se desplomó. Su piel se volvió pálida y translúcida; cuando se miraba en el espejo, podía ver sus venas, azules y delgadas, flotando debajo.

No se lo contó a nadie. Cuando te ganabas la reputación que él tenía, el mundo te otorgaba cierta privacidad. Todos ya tenían sus teorías sobre Peter Murdoch, así que, cuando empezó a faltar a los laboratorios para acurrucarse en la cama, cuando simplemente no entregaba sus tareas de calificación, simplemente amplificaron esas teorías. *A Murdoch no le importa. A Murdoch no le importa.*

Su buena voluntad se estaba agotando. Ser errático era una cosa; ser irresponsable era otra. *¡Dios mío, Peter!* —espetó Belinda una vez, cuando él se apoyó en ella demasiadas veces para cubrir sus partes—, *no es que el mundo entero gire a tu alrededor* .

Pero cualquier cosa era mejor que ser vulnerable. En la imaginación de Peter, el momento en que alguien lo descubriera sería el momento en que la reputación de Pedro el Grande se desvanecería, reemplazada por la de Pedro el Enfermo. La de Pedro el *Inválido* . Y así, incluso cuando ya no pudo volver a casa en bicicleta por miedo a desplomarse en la carretera, no soportaba la idea de que alguien lo supiera. Y menos aún Alice.

Sabía que la había lastimado. Veía sus miradas de dolor al pasar. Se sentía fatal por cómo había dejado las cosas. Nunca antes había sentido que le debía una explicación a nadie, porque nunca antes se había acercado tanto a alguien como para que su

repentina desaparición pudiera afectar su vida. Antes, Peter simplemente se había deslizado a un segundo plano, fuera de órbita. Entraba y salía de amistades, siempre un conocido preciado, nunca una constante. Aquí, Alice se había convertido en una constante. No podía renunciar a ella.

Aun así, el recuerdo de la pequeña Jemma Davies seguía grabado en su mente, y también el aterrador momento en que ya no distinguía la amistad de la caridad. Pensó que siempre podría disculparse después,

poner excusas, recuperarla. Pero si alguna vez volvían a ser amigos, Alice jamás lo sabría.

La única persona a la que no podía mentir era al profesor Grimes. La situación había llegado a su límite: estaba atrasado en demasiadas tareas y había faltado a demasiadas reuniones. Ya era imposible escabullirse solo con la reputación. En ese momento, se arriesgaba a perder su financiación.

Entonces Peter fue a la oficina de su asesor, con su historial médico en la mano, para pedir clemencia.

"Pero te ves muy bien", dijo el profesor Grimes, que no debía de estar mirándolo con mucha atención, pues a esas alturas Peter había perdido veinte libras y podía contar todas sus costillas en el espejo.

“No es el tipo de cosa que resulta tan visiblemente evidente”.

“Y lo has tenido toda tu vida.”

“Me diagnosticaron cuando tenía seis años”.

“Pero recién ahora la cosa ha empeorado”.

"Eso parece", dijo Peter. "Estoy muy decepcionado, obviamente".

El profesor Grimes frunció el ceño. «Bueno, ¿cuánto durará esto?»

Nadie lo sabe. Va y viene, nunca hay un patrón fijo.

“Así que podrías quedar incapacitado por más de un año”.

Peter hizo una mueca. "Espero que no, señor."

"¿No hay nada que puedas tomar como compensación?"

“Lo había”, dijo Peter. “Ha dejado de funcionar. Hay medicamentos más nuevos que podrían funcionar mejor, pero tardarán un tiempo, y antes de intentarlo, primero debemos controlar los síntomas. Y eso llevará semanas. Mientras tanto, no estoy seguro de cuánto puedo hacer”.

El profesor Grimes parecía completamente incrédulo. "Ya veo."

Peter no estaba seguro de si se lo habría creído. Esta parecía precisamente la mentira que un estudiante de doctorado sospechoso y poco fiable, al límite de sus fuerzas, urdiría. Quizás hubiera sido mejor

si le faltara una extremidad, o si una cicatriz irregular le atravesara el cuerpo. Así, al menos, los contornos de su pérdida e incapacidad habrían quedado claros. Tal como estaban las cosas, la enfermedad de Crohn parecía algo completamente inventado, convenientemente. *Una bestia me roe a todas horas, pero no puedes verla. Me siento tan débil y disperso que mi mente no funciona, pero aquí estoy, hablándote, claramente alerta. Me duele la barriga, ¡qué broma!*

—Bueno. —El profesor Grimes parecía inseguro sobre qué decir. Verlo intentar consolarlo era como ver a un pato ponerse un traje. Aristóteles lo dijo mejor: ciertos seres no estaban hechos para ciertas funciones—. Bueno... intenta superarlo lo mejor que puedas, ¿quieres?

—Lo haré, señor —dijo Peter. Como si fuera tan fácil; como si pudiera descartarlo todo con pura fuerza de voluntad—. No volverá a saber nada de eso.

Estaba a medio camino hacia la puerta cuando el profesor Grimes lo llamó:

"Murdoch, un consejo".

Se detuvo. "¿Sí?"

“Trata de no sentir tanta lástima por ti mismo”.

—Lo… bueno, lo intento, profesor.

Quiero decir que hay grandes mentes que estaban incapacitadas. Edison, por ejemplo. Ese tipo de Cosmología. Peter no supo si el profesor Grimes se burlaba de él o si se trataba de un genuino y aterrador intento de consuelo. El profesor Grimes continuó: «Es una gran libertad, desde cierta perspectiva, liberarse de los deseos y distracciones humanos normales. Conocí a una gran matemática, Irene Fulmencio. Una mujer extraordinaria. Nos conocimos en Venezuela; nunca había salido de su ciudad natal. Quedó inválida por una enfermedad infantil y pasaba los días en cama, sumida en la contemplación. Vivía en un mundo de ideas. No pensaba en nada más. No podía

pensar en nada más. Su mente trascendió a la pura abstracción; su cuerpo era una idea de último momento. Fue una gran liberación, de verdad».

Peter estaba demasiado asombrado para explicar que su particular enfermedad nunca le había permitido olvidar lo encarnado que estaba.

—En fin, contrata a un estudiante universitario para que te tome el dictado si de verdad no puedes levantarte de la cama. —El profesor Grimes volvió a su escritorio—.

¡Dios sabe que te pagan lo suficiente!

LAS COSAS MEJORARON UN POCO ANTES DE empeorar, como suele ocurrir. Durante unas semanas, los esteroides parecieron funcionar y la inflamación disminuyó, durante las cuales Peter trabajó como un demonio para recuperar el tiempo perdido. Terminó sus últimas tareas de corrección. Le dio a Belinda un ramo de flores de agradecimiento, lo que le valió una lluvia de besos en la mejilla. Aprobó sus exámenes con nota.

Y luego, como siempre había sido un gran triunfador y sus mejores ideas de investigación siempre llegaban durante esos períodos frenéticos, desarrolló un algoritmo que cambiaría el campo de la categorización para siempre.

Esto podría haber sonado aburrido para el observador casual, y, de hecho, lo era para la mayoría de los magos. Sin embargo, la categorización era de suma importancia para cualquier lógico. La cuestión de cómo ordenar y describir el mundo tenía incidencia en casi todos los demás campos. La innovación de Peter residió en una sutil variación de la paradoja de Russell, según la cual los conjuntos en sí mismos no eran miembros de los conjuntos que describían, lo que significaba que las cosas podían ser tanto normales como anormales, o ni normales ni anormales. Esto tenía toda una gama de implicaciones sobre cómo suspender la naturaleza de las cosas, pero mientras tanto, a Peter le interesaba cómo situar a los seres humanos temporalmente fuera del espacio y el tiempo. Cosas de principiantes.

—No está mal —dijo el profesor Grimes, el mayor elogio que Peter le había oído jamás—. Termina tus bocetos del pentagrama y volveremos la semana que viene para probarlo.

—Sí, señor. —Peter se fue a casa, comió una hamburguesa imprudente y pasó las siguientes doce horas en el baño.

Lloraba a menudo de frustración por la semana siguiente. Sabía exactamente qué tenía que hacer para terminar el trabajo. Conocía la magnitud del problema, el camino que debían recorrer sus pensamientos; simplemente no podía llevar su mente al otro

lado. En cambio, tenía que pensar en cuántas deposiciones había hecho en una hora; en las calorías que había ingerido ese día; en si

dos cajas de galletas saladas eran suficientes para evitar que lo hospitalizaran. Odiaba ese saco de carne en el que había estado atrapado; odiaba cada tejido y órgano que absorbía su atención y energía cuando lo único que quería hacer era sentarse y pensar. Exigía tan poco de su cuerpo, y sin embargo, ni siquiera podía permitírselo.

Un impulso horrible se apoderó de él entonces.

Decidió que no buscaría ayuda. Esta vez no. Sin médicos, sin hospital, sin medicamentos, sin esperar ni observar cómo respondía a los distintos tratamientos. Sin esteroides, sin efectos secundarios. Estaba agotado por todo el ciclo. No, no permitiría que su madre se acercara y se sentara inquieta junto a su cama, observando cada uno de sus movimientos, estremeciéndose cada vez que gemía, mirándolo fijamente como si pudiera sanarlo con la pura fuerza de su voluntad. Era un compromiso escandaloso y posiblemente suicida, pero una vez que lo concibió, su mente estaba fija. Parecía el único grado de libertad que le quedaba. El universo era injusto, así que provocaría al universo. *Haz lo mejor que puedas* , le dijo. *Entiérrame.*

Lo que ocurrió es precisamente lo que cualquier médico hubiera esperado, es decir, que Peter se deterioró rápidamente.

Nunca podría olvidar aquella última noche. Tumbado en el suelo del baño, llorando lastimosamente de dolor, con espasmos estomacales cada pocos minutos como si se le hicieran nudos cada vez más pequeños. Siempre recordaría el ardor de la alfombra de baño contra su cara, ese olor mohoso a pies mojados. *«Tantos estudiantes han pasado por aquí»* , pensó, « *y podría ser el primero en morir aquí»* . Siempre recordaría haber rezado, algo que no había hecho en años; arrodillado sobre las manos y las rodillas sobre los azulejos del baño salpicados de bilis, pronunciando versos de misa que recordaba a medias: « *Ten piedad de mí, oh Señor», «Christe, eleison».*

Dios no me dejes morir No quiero morir Dios—

No murió. El explorador entró a limpiar a la mañana siguiente y, al no oír respuesta a su llamada, decidió que la habitación estaba vacía y entró. Peter estaba inconsciente en el suelo. Se hicieron llamadas; se llamaron ambulancias. Peter despertó en el hospital, conectado a una vía intravenosa y un goteo de esteroides. Su madre había llegado de Londres esa tarde. Un médico entró y le explicó que Peter necesitaba que le extirparan parte del colon. La inflamación había empeorado tanto que la recuperación era insalvable; ahora tenía una estenosis en el colon, y una colectomía era lo único que

podría aliviar sus síntomas. Le extirparían la mitad enferma del colon y volverían a unir los extremos sanos. Esto si Peter tenía suerte. Si no, necesitaría que le extirparan todo el colon y pasaría el resto de su vida cargando con una bolsa de estoma. E incluso si todo salía bien, Peter podría necesitar que le extirparan todo el colon de todos modos; después de todo, las colectomías eran solo soluciones temporales; no curaban la enfermedad de raíz.

Lo bueno es que Peter no pudo haber hecho mucho para evitarlo. La enfermedad de Crohn llegó a esta etapa tarde o temprano; los medicamentos dejaron de surtir efecto y el tejido inflamado se volvió inutilizable. Podría haber ido al hospital antes, pero no habría servido de nada; solo habría acelerado su cirugía. Así que, a pesar de las recriminaciones de su madre, Peter no podía culpar a su terquedad por este desarrollo.

Solo a su biología defectuosa.

"Aun así", dijo el gastroenterólogo, "la próxima vez te recomendamos que vengas antes de que corras riesgo de sepsis".

Peter no quería oír más. Permaneció sentado durante sus consultas con la mirada perdida. «Hagan lo que necesiten», les dijo a sus médicos; «despiértenme cuando terminen».

SEIS SEMANAS DESPUÉS, PETER REGRESÓ al departamento con dificultades. Estaba preparado para una reacción negativa. Al fin y al cabo, no le había contado a nadie que se iba a operar; simplemente desapareció de la faz de la tierra y asumió que podría arreglar el desastre a su regreso. Esto siempre le había funcionado. Pero la gente siempre se enfadaba, se ofendía; siempre necesitaba suavizar las cosas.

En cambio, todos querían hablar del artículo que el profesor Grimes publicaría pronto en *Arcana* . ¿Se habría enterado Peter? Al parecer, era innovador, iba a revolucionar nuestra forma de pensar sobre las categorías. Tenía que ver con la Paradoja de Russell; ¿no era ese el tema de la tesis de Peter? Habían circulado borradores en una presentación de trabajo en progreso la semana pasada; aquí, podía tener una copia.

Peter debería haberlo sabido, pero aún así, leer el título fue como recibir una bofetada en la cara:

NUEVAS APLICACIONES DE LA PARADOJA DE RUSSELL

Por: Jacob Grimes

Departamento de Magia Arcana

Universidad de Cambridge

Peter nunca en su vida había tenido gente que se negara a escucharlo, así que irrumpió en la oficina del profesor Grimes esa misma tarde con plena confianza de que podía arreglar esto.

—Esa es mi investigación —dijo, dejando caer el borrador del manuscrito sobre el escritorio—. Esas son mis ideas.

—¡Y qué buenas ideas! —El profesor Grimes se recostó en su silla—. Bienvenido de nuevo, Sr. Murdoch. ¿Podría explicarme dónde ha estado?

Peter señaló la firma. "¿Por qué no soy coautor?"

“Quizás porque no fuiste el autor de nada de esto.”

“Esto es un robo.”

"¿Es eso así?"

“Podría denunciarte.

"¿Lo harías ahora?"

—Hay procedimientos —balbució Peter—. Podría ir a la junta...

“¿Y *qué dice* exactamente? ¿Que usted escribió este artículo? No lo hizo. ¿Que yo robé sus ideas? No lo hice.” La voz del profesor Grimes se alzó; toda la sala pareció encogerse. “Desde mi punto de vista, Sr. Murdoch, usted fue un colaborador satisfecho hasta que renunció. No ha ingresado al laboratorio desde enero. He llamado y escrito muchas veces, sin obtener respuesta. No ha ofrecido ninguna explicación ni disculpa.

¿Desapareció del mapa durante más de un mes y esperaba que no hiciera nada con nuestros hallazgos?”

He estado enfermo , quiso decir Peter, *he estado en una cama de hospital, con tejido enfermo extirpado* . Pero toda una vida de negación —la incredulidad anticipada; la convicción de que, a pesar de todo, exageraba su propio sufrimiento para recibir un trato especial— ahogó sus palabras y se le quedó la lengua atascada en la garganta.

Escucha, Murdoch. Voy a excusar el talento de muchas maneras. Las grandes mentes trabajan a su propio ritmo. Lo sé. Pero te estás

volviendo perezoso. Y la pereza no te hace publicar en *Arcana* . Te hace expulsar.

¿Qué defensa podría presentar Peter? Culpable, culpable en todos los aspectos: no había sido lo suficientemente diligente; no había cumplido con sus plazos; no había superado. Un cuerpo débil era lo mismo que una mente débil; cualquiera de las dos podía afligirte, y ambas te descalificaban para ser un genio.

Salió sigilosamente de la oficina, cabizbajo. Afuera, el laboratorio estaba en silencio; todos lo miraban. Alice lo miró a los ojos; dio un paso adelante, como para hablar. Pero la visión de Peter se había reducido a un pequeño punto junto a la puerta, y la rozó como si no estuviera allí.

PEDRO SÓLO PODÍA ATRIBUIR LO QUE hizo a continuación al orgullo infantil.

Para colmo de males, el profesor Grimes le había pedido a Peter que contribuyera con las pruebas a los borradores finales. Una parte de cada publicación debía incluir la documentación de múltiples repeticiones de cada componente pentagramático antes de poder activarlos con un sujeto humano, y luego la documentación de múltiples repeticiones de todas las iteraciones basadas en humanos. Esto implicaba que Peter tenía que revisar su propia investigación robada con tinta roja e informar sobre todos los errores que pudiera haber pasado por alto. Por supuesto, Peter aceptó; nadie podía rechazar una solicitud directa del profesor Grimes y conservar su financiación. Pero esto no significaba que tuviera que hacer un buen trabajo.

Juró por Dios que nunca tuvo la intención de lastimar a nadie. El pensamiento más malicioso que jamás tuvo fue que sería agradable avergonzar al profesor. Sabía que Grimes no revisaba su propio trabajo; era un secreto a voces que Grimes llevaba mucho tiempo descuidando los detalles, que jamás terminaría un trabajo si no fuera por un ejército de asistentes que revisaban las cosas por él. En la imaginación de Peter, todo esto culminó en una gran vergüenza pública, quizá en la conferencia de verano de la Real Academia de Magia, cuando el profesor Grimes fue abucheado y se rieron de él por cometer errores que un estudiante habría detectado.

Y, en realidad, la principal motivación de Peter era simplemente no dedicarle al artículo más tiempo del que merecía el profesor Grimes. ¿Para qué molestarse si no recibía ningún reconocimiento?

Así que revisó toda la pila en una sola noche, recostado en la cama, garabateando con desgana correcciones en los márgenes. No se molestó en repasar cada iteración pentagrammica; le llevaba muchísimo tiempo y requería muchísimas traducciones inversas del latín y el griego. Revisó rápidamente los algoritmos —algún otro posgrado lo había ensamblado todo, estaba seguro de que todo estaba bien— y garabateó en la parte superior: « *Se ve bien. Correcciones menores, ver abajo. Puedo continuar».*

Luego regresó pesadamente al departamento, dejó el borrador en la bandeja del profesor Grimes y se fue sin pensarlo dos veces.

EN CUANTO LLEGÓ AL departamento a la mañana siguiente, lo supo. Coches de policía y camiones de bomberos estaban estacionados alrededor de la entrada principal. Cinta de precaución cubría puertas y ventanas; un agente estaba junto a la puerta principal, impidiendo el paso a cualquiera que intentara entrar. Peter se encontraba entre la multitud, con el corazón latiendo con fuerza mientras veía salir a figuras uniformadas del interior.

Dos técnicos médicos salieron con una camilla vacía.

"No tiene caso", oyó decir a un paramédico. "Necesitaríamos un cubo".

Para entonces, todo el departamento estaba reunido afuera. Los susurros se volvieron frenéticos; las voces se intensificaron, las teorías se desataron mientras contaban quiénes estaban entre ellos y quiénes no. Un grupo de estudiantes universitarios estaba tan angustiado que se echó a llorar. "¿Quién manda aquí?", gritaba Helen Murray. "¿Qué pasa? ¿Nadie puede decirnos qué ha pasado?"

Peter se abrió paso entre la multitud, se tambaleó hasta casa y vomitó por todo el fregadero.

Varias soluciones cruzaron por su mente esa noche.

Consideró suicidarse. Dio vueltas a todas las posibilidades en su cabeza.

Ahorcamiento, hornos, manzanas de cianuro... ¿qué exigía menos esfuerzo?

Probablemente el horno, solo que la casa de graduados solo tenía un horno compartido y estaba demasiado bajo para que pudiera meter la cabeza cómodamente. Sí, esa era su excusa. *Soy demasiado alto para suicidarme cómodamente.* También consideró entregarse, confesar sus

actos y dejar que la Real Academia de Magia lo castigara a su antojo, lo cual sería como suicidarse, ya que si no podía hacer magia, mejor que estuviera muerto.

Pero morir le parecía tan desagradable, y en cualquier caso no podía hacerles pasar a sus padres por ese dolor.

De todos modos, parecía que la forma más obvia (y también la más difícil) de arreglar las cosas sería recuperar el alma del profesor Grimes del inframundo. ¿Y acaso Peter no siempre se había sentido motivado por hacer lo más difícil?

Aun así, planificar su viaje le llevó más tiempo del que creía. La fórmula del intercambio fue la parte fácil: los Alquimistas la habían encontrado hacía mucho tiempo; rara vez se usaba porque nadie quería pagar el precio. La puerta al Infierno fue más difícil. Tenía la idea básica, pero ciertos textos con los detalles que quería verificar desaparecían constantemente de la biblioteca. Algún fantasma parecía rondar los archivos, siempre un paso por delante de él.

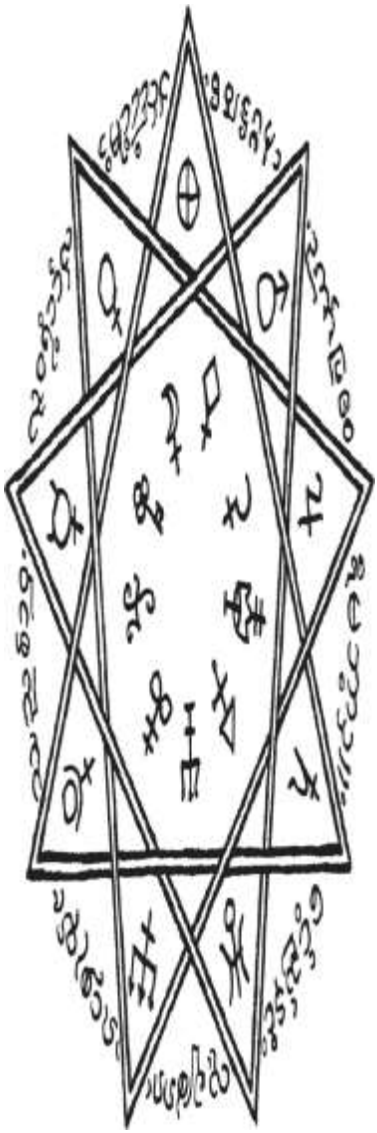
Una noche, entró en el laboratorio justo cuando Alice salía. Ella le dio un golpecito en el brazo al salir, pero no dijo ni una palabra. De hecho, apenas pareció notar su presencia; solo lo miró con los ojos abiertos, como si no estuviera mirándolo, y luego corrió por el pasillo, tambaleándose bajo el peso de los libros que sostenía en brazos.

Tenía las manos y la cara manchadas de tiza. Y en la pizarra, limpiada a toda prisa, detrás de ella, Peter pudo ver los rastros de un resumen que recientemente había llegado a comprender muy bien. Lo reconoció todo de un vistazo.

Resumen de Ramanujan. Modificaciones de Setiya. Dos pilares chocaron entonces en su cabeza; dos premisas que condujeron a su redención; en ese momento, lo único válido en el mundo.

Primero: Alice Law se dirigía al infierno.

Segundo: debe ir con ella.



Capítulo veintitrés

-¿Por qué no me lo dijiste nunca? -preguntó Alicia.

Y Peter dio la única respuesta correcta, la verdadera, que era simplemente la pregunta al revés: "¿Por qué nunca *me lo dijiste* ?"

Todo este tiempo, pensó Alicia. Todo este tiempo, ambos se habían estado ahogando, pensando que el otro se regodeaba con ellos desde la orilla. Recordó aquel artículo sobre la teoría de conjuntos; recordó con qué orgullo el profesor Grimes había hablado de él. « *Voy a revolucionar su forma de pensar sobre las categorías»* , le había dicho.

«Esto es lo más cerca que hemos estado de resolver la paradoja de Russell. Se van a cagar en los pantalones». Nunca había mencionado a Peter.

Se presionó la mejilla con la palma de la mano. "No lo puedo creer".

Peter se puso rígido. "¿Por qué no?"

—No te estoy llamando mentiroso —dijo—. Te creo, solo que... es decir, no me imagino por qué necesitaría hacer eso. Es *Grimes* , por Dios, tiene un millón de proyectos en marcha todo el tiempo, no debería tener que *robar* ...

"Lo estás haciendo de nuevo", dijo Peter.

"¿Haciendo qué?"

Valorándolo. Defendiéndolo. Siempre lo presentas como un genio descomunal...

“Bueno, porque él *era* …”

"Él no es más que un imbécil, Law."

—No, no lo es. —Se le quebró la voz—. ¿No lo entiendes? No puede ser. Si no, habríamos dejado que alguien *nos* manipulara.

“¿Y sería mejor si fuera un genio?”

—No mejor. Pero... valió la pena. —Alice extendió las manos—. ¿No sabes a qué me refiero? Si había algún método en aquella locura, al menos... ¿no?

Peter la miró fijamente un buen rato y luego suspiró. "Sí, lo creo."

Y porque... bueno, simplemente no parecía tan malo, ¿sabes? No era como los demás. Un mal actor.

“Lo sé”, dijo Peter.

Así se habían consolado durante años. Al menos el profesor Grimes no era como esos *otros* profesores, los tóxicos, los que les gritaban

insultos a sus ayudantes de laboratorio y los llamaban estúpidos en la cara, con la boca llena. No era como los profesores de antropología que llevaban a sus alumnos de excursión a Sudamérica y se volvían locos, lanzando vasos y platos y poniendo en peligro la vida de sus alumnos.

No era un abusador, no era un tirano. Al fin y al cabo, todos esos abusos solían reducirse a inseguridad e incompetencia, y el profesor Grimes no era ninguna de las dos cosas. Siempre les soltaba una palabra severa. Siempre les exigía el mismo rigor que a sí mismo. Estar enfadado con Grimes era sinónimo de ser malo en el trabajo. E incluso ahora, en las profundidades del infierno, Alice no podía librarse de la convicción de que si se había puesto histérica, era culpa suya.

"Y pensé: si no me estaba funcionando, significaba que algo andaba mal conmigo", dijo. "Después de todo, lo estabas haciendo muy bien".

—Qué curioso —dijo Peter—. Eso es lo que sentía por ti.

Se miraron parpadeando el uno al otro.

"Es vergonzoso en retrospectiva", dijo Peter. "Era tan bueno en enfrentarnos".

¿A ti también te pasó lo mismo?

Siempre había asumido que su rivalidad era unilateral. Ella era el desastre, y Peter Murdoch era la vara de medir inalcanzable; el estándar con el que siempre la medían.

Peter podría haberlo hecho dormido. Después de todo, le dio a Peter el Cooke; mientras tanto, la pobre Alice estaba tan desesperadamente atrasada que necesitaba un pentagrama ilegal y permanente para seguirle el ritmo.

—Oh, sí. Siempre. —Peter fingió gruñir—. «No tienes la creatividad ni el empuje de Alice. Alice llega primero y se va último, y es la única entre ustedes que saldrá adelante; tiene lo que se *necesita* ... Alice es una verdadera erudita. Alice dejará huella en la historia, y tú solo serás un diletante».

—No lo dijo —dijo Alicia. Oír esto la hizo sentir mejor, aunque fuera una tontería. —

Es imposible que haya dicho eso.

"¿Estás sonrojado?"

Se apretó las mejillas con las manos. "No lo soy."

—Aceptarás el cumplido. Incluso ahora. —La empujó por el hombro —. ¡Dios mío, nos dio una paliza!

"Pero no todo fue malo", dijo. "Nos hizo buenos magos". *Me hizo perfecto* . Su tatuaje se contrajo, y aun así, no pudo considerarlo más una maldición que una bendición.

—No lo sé, Law. —Peter cogió las piernas y apoyó la barbilla en las rodillas—. Yo también me lo he estado preguntando. Si realmente necesitábamos a Grimes para convertirnos en quienes somos. Porque, sinceramente, creo que cualquiera podría habernos convertido en buenos magos. Él simplemente nos convenció de que teníamos que sufrir por ello. Me hizo pensar, incluso en el suelo del baño, que no era lo suficientemente fuerte. Que si lo *deseaba* lo suficiente, sería mucho mejor. —Resopló—.

Estúpido.

—Entonces, ¿cómo...? —Alice miró el abdomen de Peter y luego volvió a mirarlo a la cara—. ¿Cómo estás?

“La cirugía me ayudó”, dijo Peter. “Estoy en remisión”.

"¿Hasta?"

Se encogió de hombros. "Hasta que no lo sea".

"Lo lamento."

—Está bien —dijo—. Así son las cosas. Ya no importa.

EL DECLIVE FUE MUY RÁPIDO DESPUÉS DE eso.

Fue realmente misericordioso lo rápido que la trampa de Escher les agotó la energía.

El aire se volvió más cálido. Sus bocas eran como papel de lija, sus lenguas planas, piedras ásperas. Se sentaron uno al lado del otro, pero a medida que pasaba el tiempo, sus cabezas y hombros se inclinaron, como si fueran juguetes sin batería, hasta que se desplomaron, Alice recostada en el regazo de Peter, Peter recostado sobre ella.

A Alice no le preocupaba en absoluto. Aunque estaba alterada, su

mente y su cuerpo estaban demasiado entumecidos como para percibir mucho; el duelo requería energía, y

ya no le quedaba. Sus oídos zumbaban de una forma casi placentera. Cerró los ojos y solo pensó en ríos frescos, oscuridad aterciopelada, aguas que la cubrían. ¿Tan terrible era aquello? Solo tenía que dormir.

Oyó el rasgueo del lápiz contra el papel. Abrió los ojos. Peter estaba escribiendo en su cuaderno.

Ella levantó la cabeza. "¿Qué estás haciendo?"

“Tratando de encontrar una salida.”

—Lo hemos intentado todo —murmuró—. No hay nada más.

“Oh, algo pasará.”

"¿Cómo lo sabes?"

“Debido al Teorema de Incompletitud de Gödel.”

“¿De qué?”

—Es un teorema matemático —dijo Peter con una alegría extraña—. Lo aprendí de niño. Básicamente, dice que ninguna teoría matemática puede ser completa, porque para cualquier sistema matemático razonable siempre habrá verdades que no pueda demostrar. Las matemáticas tienen sus límites. Siempre hay algo que desconocemos.

Hay quien cree que el teorema de Gödel prueba la existencia de Dios.

“Pero eso no prueba nada en absoluto”.

—Sí, lo hace. Demuestra que siempre hay otra opción. Demuestra que ningún sistema está cerrado.

—Dios mío, Peter. —Alice parpadeó rápido, pero los puntos no se le borraban de la vista—. Eso no prueba nada. A veces las matemáticas son solo matemáticas.

La pluma de Peter giraba frenéticamente en su mano. “Bueno, considere esto: En el cuarto libro de *The En el Infierno* , Dante le pregunta a Virgilio si alguna alma que no fuera salvada por Cristo fue rescatada del limbo eterno. Y, en efecto, Adán, Abel y Noé, entre otros, fueron bendecidos y elevados al Cielo. Dios rompió sus reglas, solo por ellos.

“Nadie se lleva el libro cuatro en serio."

Quiero decir, yo también tengo algunas cuentas pendientes con Dante. Pero la cuestión es que incluso la visión dantesca del Infierno incluye excepciones. El Inframundo cede y se doblega. Es impredecible; no sigue otro orden que el suyo propio.

Es como dijo Borges: *la certeza de que todo ya está escrito nos anula, nos vuelve fantasmales ; y, sin embargo, no* somos fantasmales, no estamos anulados, ¡porque nada está completamente escrito! No existe un conjunto coherente de axiomas que lo explique por completo. Igual que las matemáticas. Por lo tanto, habrá una salida. Y la encontraré.

Debo hacerlo.

—La lógica no funciona así —dijo Alicia—. Estoy segura de que a esta demostración le faltan muchos pasos.

Peter se encogió de hombros, pero no dijo nada. Simplemente siguió escribiendo.

La agotaba observarlo. Qué tontería, pensó. Qué tontería era todo esto; no solo sus garabatos, sino todos sus esfuerzos. Su situación en la trampa de Escher era solo un microcosmos de toda su vida en Cambridge: garabatos interminables en un intento de demostrar que podían ser la excepción dorada cuando en realidad no tenían nada de excepcional; solo seguían los guiones que les habían trazado desde el principio. Y

claramente, lo único que podían hacer era bajarse de la rueda, rendirse y negarse a seguir el juego. En realidad, la única victoria aquí era la muerte. ¿Cómo podría convencerlo?

Ella tiró de su manga. "Peter."

Hizo una pausa. "¿Sí?"

—No tenemos por qué tener miedo —susurró—. Es justo como dijo Elspeth. Somos almas vivientes en el Infierno. No iremos a ninguna parte. No nos convertiremos en nada. Simplemente se acabará; todo, absolutamente todo, habrá terminado.

“Pero no quiero que se haga”.

—Oh, cállate —le dio una palmadita en la rodilla—. Todo irá bien, te lo prometo.

"No digas eso."

Ella solo le dio unas palmaditas más firmes, como si fuera un bebé llorón, como si solo necesitara dejar de armar tanto alboroto. «Todo se callará. Todo estará bien».

Estaba tan cansada. Su vista se había vuelto borrosa. No podía ver el rostro de Peter.

Vio sus labios moverse, pero no oyó nada, y luego solo vio el contorno de una figura, que se hacía cada vez más pequeño ante su vista, hasta que todo se volvió negro.

QUEBRAR.

Sus ojos parpadearon y se abrieron. Los dedos de Peter se cernieron justo debajo de su nariz. Él volvió a chasquear los dedos, y ella despertó sobresaltada, con un zumbido en los oídos.

—Despierta —dijo con energía—. Ya lo he descubierto.

—¿Hm? —Alice levantó la cabeza. Sentía un mar de confusión. No recordaba cuándo se había quedado dormida, ni cuánto tiempo llevaba dormida. El cielo rojizo y bajo ardía arriba, igual que siempre.

Peter estaba encorvado sobre un montón de papeles, sin dejar de garabatear. Había llenado al menos ocho hojas desde que ella se quedó dormida, todas llenas de algoritmos tachados, rodeados con círculos y sombreados.

—Nuestra salida —dijo—. La tengo.

Se incorporó a regañadientes. "¿Qué?"

—Debería haber sido obvio. —Habló con un ritmo rápido y robótico, una voz que Alice conocía muy bien. Era la voz que siempre utilizaba en el laboratorio cuando había descubierto algo; cuando necesitaba decirlo todo de golpe pero no conseguía que su boca siguiera el ritmo de sus pensamientos—. Algo que sé de lógica introductoria. Un juego tonto, la verdad. Tiene que ver con tipos de conocimiento y probabilidades. Pero quizá no debería decírtelo, debilitaría la paradoja...

“Murdoch.”

—De acuerdo. Escuchen. —Dibujó un círculo perfecto entre ellos, lo

suficientemente grande como para que dos pudieran estar uno al lado del otro—. ¿Dirías que cuando lleguen los Kripkes, será una sorpresa?

Alice no pudo determinar el significado de esta afirmación, pero tampoco le encontró ningún problema. "Ah, claro."

“¿Y dirías que deben venir en algún momento entre ahora y cuando muramos de hambre dentro de cinco días, de lo contrario nuestra sangre se echará a perder?”

“Supongo que eso es lo que yo haría”.

—Excelente. —Juntó las palmas—. Entonces, las condiciones están dadas.

Le dolía la cabeza. "Sigo sin entender".

—Escuchen —dijo Peter—. Ahora bien, supongamos que un preso espera su momento en la horca. El verdugo le dice que será ahorcado en algún momento de la semana, pero que, por lo demás, no debe saber la fecha de su ejecución. ¿Qué día de la semana podemos descartar entonces?

Alicia reflexionó sobre esto y luego se aventuró a decir: “¿Domingo?”

Bien. ¿Por qué?

Porque es el último día de la semana. Así que, si no le han colgado ninguno de los días anteriores, sabrá que es el domingo. Solo así no será una sorpresa.

—Muy bien —dijo Peter—. Así que el domingo queda descartado. ¿Qué pasa entonces si para el sábado aún no lo han colgado?

"Supongo que el sábado también está descartado." Los pensamientos de Alice se agitaban lentamente. "Porque el domingo está descartado, lo que convierte al sábado en el último día en que podría ocurrir, pero si no ha ocurrido para el viernes, entonces el sábado tampoco es una sorpresa... Ah." Algo hizo clic en su mente. "Pero entonces el viernes es el último día en que podría ocurrir..."

—Verás —dijo Peter con alegría—. Es recursivo.

Alicia lo vio ahora. «Entonces el prisionero nunca podrá ser colgado, porque ninguno de los días será una sorpresa. Y tienen que dejarlo ir».

—¡Exactamente! —exclamó Peter radiante—. ¿Y no son las

condiciones perfectas para esta paradoja? Sabemos que moriremos en cinco días. Sabemos que los Kripkes siempre aparecen cuando menos se los espera. Pero si te asignamos a la Paradoja del Verdugo, eres invencible; jamás podrán atraparte. Así que mi hipótesis es que si escribimos esto en un algoritmo, te libera de la trampa; o crea un velo de invulnerabilidad, de modo que, incluso si aparecen, no puedan hacerte daño...

—Bien —suspiró Alice. Una esperanza estúpida e inextinguible volvió a apoderarse de su pecho; *una sensación estúpida y agotadora* ... Todo había sido mucho mejor cuando solo estaba entumecida—. Dame eso.

Peter deslizó su cuaderno por la arena.

Pasó el dedo por las líneas, obligándose a concentrarse. Poco a poco, fue entendiendo sus garabatos. «Lo has estropeado todo».

"¿Qué quieres decir?"

—Lo has escrito solo para uno. —Le devolvió las páginas al regazo—. No sirve.

Tienes que hacerlo todo de nuevo para dos.

—Ah —dijo Peter—. No, ya me había dado cuenta. Fue a propósito.

Le tomó un momento comprender lo que quería decir. «Murdoch...»

—No es una paradoja muy fuerte —dijo Peter—. No es como el Sorites. Hay un par de soluciones obvias, y las conozco demasiado bien. No puedo suspender mi incredulidad lo suficiente como para que funcione.

—Todas las paradojas tienen solución. —Alice luchó contra una oleada creciente de pánico—. Por eso son temporales.

—Muy temporal —dijo Peter—. Me temo que este es particularmente endeble. Y

ante algo como una trampa de Escher, no hay lugar a dudas .

—Entonces, ¿cómo sabes que funcionará conmigo?

Le dedicó una suave sonrisa. «Porque no eres muy buena lógica».

"Que te jodan, Murdoch."

—Entra —dijo, haciendo un gesto—. Te enviaremos afuera.

“No te voy a dejar.”

—Y no voy a dejar que mueras —dijo Peter—. No podemos haber venido hasta aquí para nada. Tú mismo lo dijiste. Todo esto tiene que valer algo.

“Entonces entramos juntos.”

"No estoy seguro de que eso funcione."

—Bueno, tenemos que intentarlo. —Golpeó el cuaderno—. Reescríbelo. Ponlo para dos.

—No me funcionará —insistió Peter—. Y cuando no funcione, tú también serás un sujeto corrupto, y entonces tampoco podrás salir; *morirás* ...

—Prefiero morir. —Lo decía en serio. Nunca había sentido algo tan fuerte en su vida. Una semana antes no había podido decir con certeza que salvaría la vida de Peter, pero ahora lo sabía. No quería vivir. No quería el futuro, esa meta absurda que habían estado persiguiendo. — O vivimos los dos o morimos los dos, no hay una tercera opción.

La tercera opción es que *vivas* . Mereces vivir...

—No merezco nada. —Alice también lo decía en serio. ¿Qué había hecho desde que llegaron al Infierno? Había mentido, había traicionado a Peter, había traicionado a Elspeth, los había metido a todos en este lamentable lío. Ya era hora de cerrar el libro sobre esta patética historia. Estaba tan cansada; ahora solo quería morir en silencio en la oscuridad, pero Peter ni siquiera la dejaba. —No, de verdad que no... ¡Dios mío, Peter, déjame morir!

"No puedo. No quiero."

"¿Por qué eres tan noble?" Ella lo habría golpeado con los puños, si hubiera tenido la fuerza. "Deja de ser tan noble."

Eres el único con un algoritmo para traerlo de vuelta. El mío no funciona. Salgo, y solo enviamos a Grimes arriba. Tú sales, y al menos llegas a casa con vida.

Ella negó con la cabeza violentamente. "No sé si el hechizo de Ericto siquiera funciona..."

—Bueno, es posible. Eres el único con un resultado positivo aquí, Law. Es solo que las cifras son muy bajas.

“¡No me importan los números!”

“De todos modos, eres el único que no intentó matarlo—”

No lo mataste. Lo hice yo. Recuerdo que no cerré el círculo. Lo recuerdo, no lo *olvido*

...

Revisé el envío después. No cerraste el círculo porque no había cierre. Nunca lo incluí.

Pero aun así, debería haberlo sabido. Alice no se equivocaba; no podía. Lo veía todo; cada detalle estaba grabado a fuego en su mente. Y la única forma en que podía pasar por alto algo como la Prueba de la Hormiga era si una parte de ella lo pretendía. «Lo he pensado mil veces. Vi el vacío, supe ... »

—Basta. —Peter alzó las manos—. Basta. No estamos discutiendo sobre a quién le atribuyen su asesinato ... ¿A quién le importan los detalles...?

—Los detalles importan —insistió Alice—. Importan porque crees que mereces morir cuando *no es así* , cuando no es tu culpa en absoluto, y no hiciste nada malo, y ni siquiera deberías estar aquí abajo...

—El hecho es innegable. —Peter alzó la voz y habló justo encima de ella—. Puedo lograr que esta paradoja funcione contigo. Estoy completamente seguro de que puedo lograrlo. Casi no tengo certeza sobre nosotros dos. Así que eso es solo teoría básica de la decisión, Ley. Resultado máximo esperado.

"Callarse la boca."

Son solo matemáticas. Lo siento si no te gusta.

—Pero no puedes morir aquí. —Tragó saliva—. No cuando... no cuando acabo de...

Había algo salvaje y desesperado en los ojos de Peter. "¿Cuándo acabas de qué?"

¿Qué quería decir? Alice no lo sabía. No tenía palabras para ese pozo de sentimientos, oscuro, corrosivo y delirante. Quería sumergirse en su

desconocido; deseaba una intimidad indescriptible. Lo quería vivo; cerca; a su lado. Las palabras que le vinieron a la mente fueron torpes e insuficientes, pero eran todo lo que tenía.

«Cuando hayamos aprendido a no odiarnos».

Algo se cerró en el rostro de Peter.

Se miraron fijamente el uno al otro, y un abismo se abrió entre ellos.

¿Por qué era tan difícil?, se preguntaba Alicia desesperada. ¿Por qué nunca le decía a Peter lo que *pensaba* ? Siempre habían sido cuerpos que se desviaban de la órbita del otro, cuando bastaba con una palabra sincera. Pero eso era precisamente lo que les faltaba a los magos: no había palabras sinceras, solo juegos de palabras, ilusiones y construcciones de la realidad tan enrevesadas que ya no se podía distinguir qué era real y qué no. Todos se esforzaban por fingir ser otra persona.

Ojalá se hubieran atrapado, se hubieran mirado y se hubieran abierto paso a través del abismo.

Pero ya era demasiado tarde, demasiado tarde para todo.

Peter sacó una espada.

"¿Qué estás haciendo?"

“Estoy decidiendo por los dos”.

"No puedes."

—Es la única solución racional —dijo—. Por favor, Alice. No seas idiota.

Ella se abalanzó sobre la espada. Él la levantó, poniéndola fuera de su alcance.

Intentó derribarlo; lo intentó con todas sus fuerzas, pero no pudo apartar a Peter del pentagrama. Le dio un golpe en los brazos, lo arañó y tiró. Pero él era más alto, más pesado y más fuerte; solo tenía que hacerle un gesto para que se apartara.

—Te odio —gritó—. Eres tan... eres tan...

—Lógica. —Le dedicó una sonrisa triste—. Lo sé.

Se atravesó el brazo con la espada. La sangre fluyó espesa y veloz por su piel, goteando por sus dedos y sobre la tiza, inundó el pentagrama como tinta esparcida hasta que todo brilló carmesí. Peter empezó a cantar. Alice gimió. Lo golpeó, se retorció, se resistió a su agarre, pero él era tan fuerte, y nada de lo que ella hiciera podía romper su ritmo. Él continuó y continuó, sonoro como siempre, seguro hasta el final.

—La mochila, Alice. —Le dio una palmadita en el hombro—. No olvides la mochila.

Luego, con un golpe de tiza, cerró el círculo.

Alice gritó, pero él no la oyó. En un instante, la arena se alzó a su alrededor, la arrojó fuera y bloqueó a Peter. La trampa de Escher se desvaneció ante ella, con cuco, rocas y todo. Entonces solo vio limo, una interminable llanura, bajo un sol constante y moribundo. .

“Líneas que son paralelas

¡Nos vemos en Infinity!”

Euclides repetidamente,

acaloradamente,

instó

Hasta que murió.

y así llegó a esa vecindad:

En él él

Descubrí que las malditas cosas

divergieron.

—PIET HEIN, “PARALELISMO”

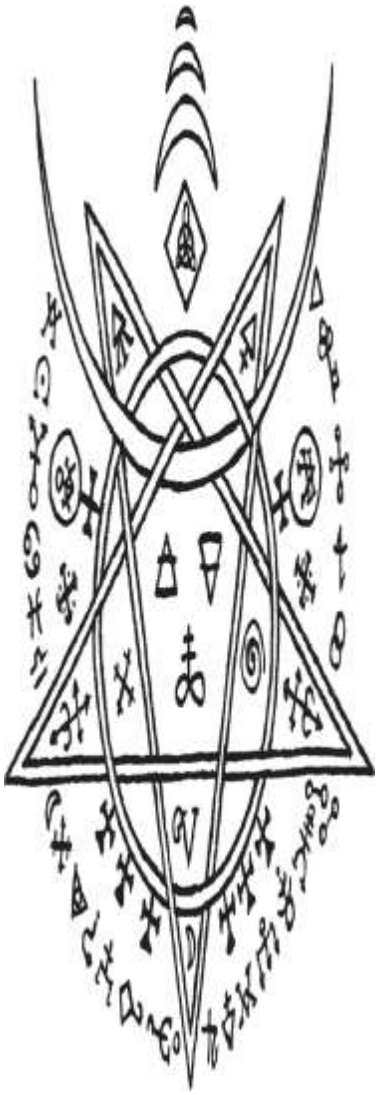
Sobre las paradojas

La razón por la que las paradojas nos inquietan no es porque sus conclusiones sean ciertas. El burro no se muere de hambre. El mundo no consiste en escaleras interminables. Claro que Aquiles podría correr más rápido que una tortuga, claro que la flecha da en el blanco, claro que el

montón se agota. El principio que debemos aceptar si queremos seguir adelante con nuestras vidas es que ninguna paradoja hace que el mundo deje de funcionar como debería. Las leyes del universo tienen su razón de ser. Las cosas siempre vuelven a ser como deberían ser, y una paradoja siempre acaba agotando su carga. La única razón por la que las paradojas se perpetúan tanto es porque las permitimos.

No, la razón por la que las paradojas nos inquietan es porque sus conclusiones absurdas nos hacen replantearnos todas nuestras premisas. Una paradoja es como una escalera, en la que cada peldaño conduce inexorablemente al destino. Pero llegas a la cima, y el destino es imposible; has dado un paso al vacío. Así que uno de los peldaños debe ser una locura. Como la conclusión debe ser necesariamente falsa, porque no podemos vivir en un mundo donde la lógica no funciona, una de nuestras premisas debe ser necesariamente errónea. Esta es la fuente de nuestra inquietud.

Una paradoja significa que en algún punto del camino, hemos cometido un error profundo y terrible.



Capítulo veinticuatro

Finales de verano en Cambridge, a dos semanas de San Miguel. El pueblo era el canto de los pájaros, el murmullo del agua y un leve toque de rojo asomando por los bordes de las hojas, y el sol aún brillaba con la calidez suficiente para hacerte olvidar, año tras año, las lluvias invernales a la vuelta de la esquina. Todo era nuevo, brillante y

lleno de promesas.

Alice Law llegó al departamento con una falda tubo nueva y una camisa oxford blanca y rígida. Se había planchado ambas prendas esa mañana, presa del pánico; creyó ver una arruga en el espejo al salir. Aún sentía el calor de la plancha al detenerse ante la entrada principal, con una mano en el picaporte, preparándose para su primera reunión con su nuevo asesor.

La noche anterior había volado su primer viaje transcontinental, luego había tomado el último tren de King's Cross a la estación de Cambridge, y luego había arrastrado su baúl los tres kilómetros hacia el norte hasta su pequeña habitación en Audley Cottage.

Todo era nuevo y emocionante: el sabor de las galletas digestivas, las cabinas telefónicas de un rojo brillante, los coches que pasaban a toda velocidad por la carretera a la derecha. Al salir esa mañana, sintió que había viajado a través del espacio y el tiempo, que había caído en la madriguera del conejo y se había adentrado en una fantasía de su propia creación, en un mundo más refinado y colorido. Sintió que había superado el último obstáculo. Por fin la habían dejado entrar en el club.

Todavía no conocía a Jacob Grimes en persona. Lo había visto presentar en algunas conferencias en Estados Unidos, pero nunca se había atrevido a acercarse a saludarlo.

Todas las conversaciones que habían tenido desde su aceptación habían sido por correo

—el profesor Grimes parecía detestar el teléfono—, a través del cual ella intentaba obtener pistas sobre su personalidad. Le pareció brusco, informal y un poco disperso; le había hecho la misma pregunta sobre su fecha de llegada tres veces en dos meses. Pero

¿qué más se podía esperar del mago más grande del mundo?

Se tranquilizó respirando hondo, abrió la puerta y entró. El edificio estaba en silencio. El curso no empezaría hasta el mes siguiente; el campus estaba vacío. El despacho del profesor Grimes estaba al final del pasillo. La puerta estaba entreabierta.

Alice vio, aliviada, que alguien estaba sentado detrás. Llamó.

"Adelante."

—Buenos días —dijo, con la voz apenas quebrada—. Soy... soy tu nueva asesora.

Alice Law.

Hola, Alice. Siéntate. Rodeó el escritorio y se apoyó en él, con las manos entrelazadas, mirándola fijamente. Después, no pudo distinguir su aspecto. Le llevaría varias semanas parpadear de reojo, registrando su perfil, su altura, el leve inicio de su encorvamiento. El profesor Grimes era como el sol. No podía mirarlo directamente, solo percibía su presencia de reojo. «Encantada de conocerte».

"Estoy tan emocionada de estar aquí". Había ensayado esta declaración muchas veces, pero nunca lograba que las palabras salieran de una manera que no sonara aduladora o forzada. Ahora salían de su boca desordenadas, sin aliento y tontas. "Es un gran honor trabajar en su laboratorio. Estoy muy agradecida de estar aquí, ¡estoy deseando empezar!"

"Suenas nerviosa, Alice."

—Lo... lo soy. —Tragó saliva—. Bueno, claro que sí.

—Tranquilo. —Sonrió, y por primera vez, Alice comprendió lo que significaba que los ojos de alguien brillaran—. Mereces estar aquí. Tu solicitud ha sido la más contundente que he leído en mucho tiempo.

—Oh. —Las pestañas de Alice revolotearon, de verdad *revolotearon* , y sus dedos se retorcían frenéticamente en su regazo. Se había preparado para una letanía de preguntas. Esperaba que el profesor Grimes se diera cuenta de que se había equivocado al aceptarla; aún sentía que tenía que aprobar un examen. No tenía ni idea de cómo reaccionar ante semejante cumplido—. No sé qué decir.

Cuánto podía significar una simple palabra de aliento para una mente joven e insegura. Los profesores nunca supieron el impacto de sus palabras. Parecían no darse cuenta de que un comentario descuidado, la más breve sonrisa, podía ser la clave del éxito o la ruina del día de un estudiante. Los profesores, que veían docenas de rostros esperanzados a lo largo de un día, siempre olvidaban que eran el universo entero de sus alumnos.

Aunque quizá el profesor Grimes sí lo sabía. Quizás por eso la miró a los ojos con tanta detenimiento. Quizás sabía lo que significaba para ella —recién llegada de América con la ropa y los modales inadecuados, aterrorizada por haber entrado a tropiezos en un

programa donde la superaban con creces, y ya resentida con los compañeros que parecían destinados a Oxbridge desde su nacimiento — oír esas palabras de su boca.

Sólo bastaron esas simples palabras y el profesor Grimes obtuvo la lealtad eterna de Alice.

“Nunca dejes que te hagan sentir que no encajas.” Se inclinó hacia adelante, y su mirada era tan intensa que Alice se sintió mareada. “Impostoras con togas ondeantes.

Auxiliares administrativos en ciernes. Recuerda que eres especial, Alice Law. Recuerda tu firma mental particular. Es lo único a lo que vale la pena aferrarse. Esa chispa.”

Golpeó la mesa con los nudillos. “Bienvenida a Cambridge, Alice. Vamos a destrozar el mundo.”

En los meses siguientes, Alice descubriría que el profesor Grimes, al igual que ella, provenía de circunstancias menos ilustres. Hijo de un alcohólico ausente que en su juventud había malgastado la fortuna de su padre, Jacob Octavian Grimes pasaba las noches en la biblioteca local leyendo de todo, desde Bacon hasta Wittgenstein. Había heredado esa curiosidad aristocrática que a menudo se salta generaciones. Su mente estaba hecha para Mozart y Proust, y se aferró a esta convicción. No había dinero para estudios después del bachillerato, así que se alistó en el ejército, cumplió condena en el extranjero y regresó con una beca para una universidad en Austin, donde obtuvo un título técnico en ingeniería agrícola. Y entonces, gracias a las insistentes llamadas de un profesor casi jubilado que reconoció en él una mente matemática singular, Grimes se encontró en Oxford, donde fue tan superado académicamente que por primera vez en su vida añoró su hogar. Se burlaban de su caligrafía, de sus pruebas anticuadas.

Imitaban su acento. Lo llamaban el Tejano. Le preguntaron si llevaba sombrero de vaquero. Se encontró consultando el precio del billete de ida y vuelta. Luego pensó con más atención en Lubbock, en los suelos manchados y las botellas vacías. Se quedó.

Luego llegó la guerra. Jacob Grimes volvió a vestir el uniforme, esta vez con la división de investigación del Ministerio de Guerra, y para cuando terminó, ya tenía un pasaporte británico y varias medallas como recompensa por sus logros. Frascos Perpetuos, desinfectantes instantáneos, pan Lembas que nunca se acababa. Jacob Grimes había

mantenido a las tropas con vida. Hubo interrogatorios fallidos —todas versiones cada vez más sádicas de la Paradoja del Mentiroso—, pero ya nadie hablaba de ellos. Por un breve instante después de la guerra, los magos eran famosos, y el rostro de Grimes apareció en todos los periódicos del país. El Brujo del Ministerio de Guerra, lo llamaban.

Dejó el ejército con la reputación que otorga financiación ilimitada para la investigación. Llegó demasiado tarde para unirse a la gloria del Círculo de Viena, pero se mantuvo a la vanguardia de todas las innovaciones explosivas del mundo científico a partir de entonces. Durante los años de la guerra, todos estaban obsesionados con la

bomba, pero después llegaron la física del estado sólido, el transistor, la computadora.

Los nuevos trabajos en física cuántica estaban llevando a Einstein a la tumba. Fred Hoyle acuñó el término "big bang" y, para su consternación, despegó. Nash propuso su teoría de juegos de equilibrio en los años cincuenta, lo que desencadenó una oleada de investigaciones sobre las paradojas sociales. El mundo se volvía más rápido, más desconcertante. Las preguntas estallaban, y Jacob Grimes las perseguía por cada agujero de conejo.

A principios de los años sesenta, nadie recordaba a Jacob Grimes más que como una figura clave en el campo. Era sinónimo de la magia analítica misma. Él marcaba la pauta. No tenía principio ni fin; simplemente siempre había estado *ahí* , un hecho incontrovertible de la disciplina, un encuentro necesario para lograr cualquier cosa.

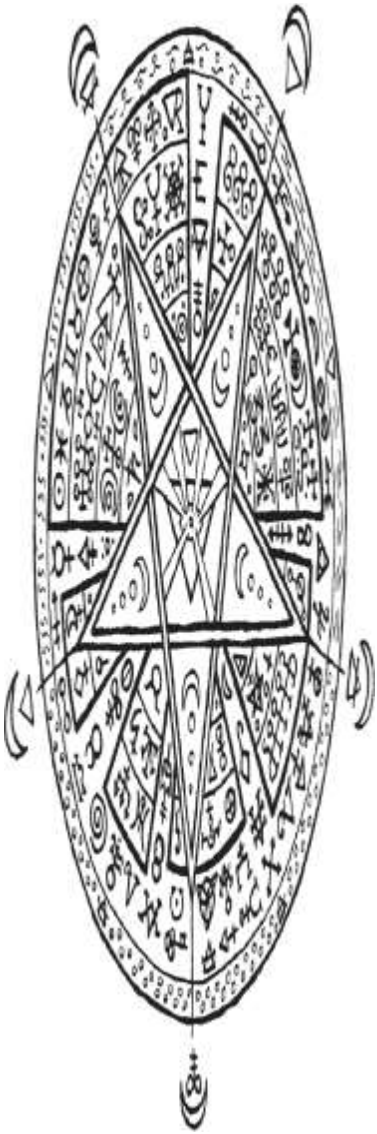
Había ascendido al mundo oculto. Trajo consigo a sus discípulos.

Esta era la ventaja de ser estudiante de Grimes. Todas las puertas estaban abiertas.

Podías conseguir una audiencia con cualquiera; conseguir financiación para cualquier cosa; viajar a cualquier parte, y solo necesitabas su consentimiento. Cuando Alice estaba bajo su protección, nadie cuestionaba su derecho a estar en la sala. «Mi estudiante», decía, extendiendo la mano hacia ella. Y de repente, fue como si brillara. Por primera vez, la gente la veía. Ella hablaba, y la gente escuchaba.

Así que, a pesar de todo lo que sucedió después, Alice siempre recordaría que fue el profesor Grimes quien primero creyó en ella. Él la sacó del anonimato. Vio su expediente entre una pila de solicitudes, lo levantó a la luz y decidió que sí. Sí, ella merecía su inversión, merecía ser iniciada en un mundo de misterio, merecía ser igual a él,

un intrépido viajero por tierras abstractas. Él era el primer peldaño en su escalera de fe. Y en un mundo fundado en la insinceridad y la inseguridad, esa fe era una deuda que siempre sentiría que debía saldar. .



Capítulo veinticinco

Un piojo se enfureció fuera de la trampa. Lo intentó todo. Revolvió la arena, agitándola a puñados, por si acaso algo que tocaba perturbaba el pentagrama oculto. Dibujó todos los hechizos que se le ocurrieron. Se clavó un cuchillo en las yemas de los dedos y empapó el suelo con grandes gotas de sangre, polvo blanco que brillaba rojo. No importó. Su tiza se desvaneció en la arena. Le gritó a Peter, rogándole que intentara el hechizo de nuevo, que saliera y se uniera a ella. La trampa resistió. Si él la oía gritar, no podía saberlo.

Huyó al oír algo en el horizonte. Casi pensó en quedarse quieta, tirarse al suelo y dejar que los Kripkes se la llevaran también. Sería lo más fácil. Pero los ojos grandes y lastimeros de Peter se le quedaron grabados en la mente. Morir entonces, después de su sacrificio, sería como escupir sobre su cadáver. Así que agarró la mochila y corrió tan rápido como pudo, ahogando sus gritos.

No tenía por qué molestarse. Los Kripkes no le hicieron caso. Unos instantes después, el deslizamiento cesó y un aullido victorioso resonó en la arena. Alice se detuvo, terriblemente obligada a darse la vuelta. Los vio caminar en línea recta por la arena. No podía verles los rostros con claridad desde donde estaba: solo sus cuerpos, dos figuras grandes y una más pequeña. Al igual que Elspeth, vestían armadura de pies a cabeza, pero donde la de ella era de restos de malla, la de ellos era de hueso blanco.

Colmillos afilados se arqueaban más allá de sus mandíbulas. Las costillas de algo más enjaulaban sus torsos. Unas cosas redondas y bulbosas colgaban de sus cinturas, balanceándose al moverse. Bolsas para la sangre, le había dicho Elspeth. Las hacían con vejigas.

La pequeña procesión se detuvo ante las rocas. Los dos Kripkes mayores se inclinaron, recitando su hechizo. Una onda se formó en la arena. Uno a uno, desaparecieron en el interior. Alice oyó un ruido agudo y chirriante. Metal chirriando.

Oyó a Peter gritar.

Ella también gritó a través de sus dedos apretados, con los puños metidos en su boca para amortiguar sus sonidos. Cayó de rodillas, convulsionando sus hombros. La presión era terrible. Pensó que se partiría. Pero lo único más terrible que la sensación en sí era que la aniquilación no llegó, que seguía doliendo. Nunca había sentido nada tan agudo. Antes solo había pensado en este dolor teórico, un dolor que excedía lo que las palabras podían describir. Lo único que se acercaba era la frase clásica china "斷腸", porque aunque las palabras

traducidas figurativamente significaban "un corazón roto", 腸 significaba literalmente todos los órganos internos y vísceras de uno, y para que un

corazón se rompiera significaba que todo se sentía retorcido y desgarrado y derramado sobre la arena. Un corazón no solo se rompe, un corazón arranca el resto de ti.

Deseó que fuera ella a quien sangraban y destripaban allí. Habría dado cualquier cosa por cambiar de lugar. Deseaba sentir esas cuchillas clavándose en su piel, desgarrando sus venas, porque comparado con este dolor, esa evisceración sería tan limpia y dulce. Pero por mucho que lo deseara, no podía hacerlo realidad, y cuando la niebla escarlata se disipó, ella seguía viva, y Peter seguía muriendo.

Gritó sus gritos ahogados hasta que los llantos de Peter se desvanecieron, hasta que su sangre se drenó en esas bolsas de grasa. Entonces se levantó, se limpió la cara y siguió corriendo.

DURANTE EL RESTO DE LA NOCHE, Alice vagó por las dunas. Puntos de referencia aparecían y desaparecían en los bordes de su visión. Huesos relucientes. Rocas dentadas. Toda Violencia parecía igual, un campo árido que se extendía interminable desde el río. Habría preferido desmayarse, pues eso la habría aliviado del peso de la consciencia, pero estaba llena de adrenalina. El corazón le latía con fuerza contra las costillas, y casi podía sentir su pulso en la boca seca y el zumbido de oídos. Tenía que seguir adelante, decidió; simplemente seguiría adelante hasta que esa terrible energía se agotara y se derrumbara.

Pero el momento no llegaba, así que Alicia siguió moviéndose.

Su cabeza no se aquietaba. Intentó subir la escalera; se esforzó por concentrarse; nada funcionó; la televisión sonaba a todo volumen. Solo podía reproducir con un detalle insoportable cada segundo de esos últimos momentos dentro del foso. Los garabatos de Peter. El arco de tiza sobre la arena. Su sonrisa suave y dulce. No podía determinar si había hecho lo suficiente, si había protestado con más fuerza, si lo había convencido de lo contrario, si le había arrebatado la tiza de la mano... Pero estas eran preguntas sin respuesta. Solo podía recordar sus gritos y la determinación de Peter.

Peter... Peter... *Peter* ... Su memoria se deslizó de un lado a otro, evocando cada detalle. El movimiento de su cabello, la calidez de su cuerpo curvado contra su espalda.

El aroma dulce y ligeramente rancio que lo envolvía cuando era tarde, cuando no se había duchado. El sonido de su voz, su risa. Peter tenía una risa maravillosa. Lo agarraba por completo, le hacía temblar los brazos y los hombros; tenía una cualidad vulnerable e indefensa, como si lo hubiera dominado por completo y no tuviera más remedio que rendirse a su alegría.

Ahora todo eso había desaparecido. Era la increíble realidad de la muerte. Era una paradoja que su mente no podía aceptar: que alguien pudiera estar en el mundo un

momento y simplemente desaparecer al siguiente. Pero Peter ya no estaba; los Kripkes le habían drenado la sangre y aniquilado su alma; ya no estaba en ningún mundo, ni en este ni en el siguiente, y todo era culpa suya.

Su culpa se acumulaba a cada paso. No dejaba de recordar las peores decisiones que había tomado. El resentimiento que la hervía bajo la piel cada vez que lo veía en el campus. El desdén que sentía por su sonrisa. Todas esas bromas y pullas. Las peores cosas que había creído de él; su vil resentimiento. Feo, miserable, mezquino; era como ver una película de terror desde dentro de su propio cuerpo; se reconocía como la actriz, pero no podía comprender la lógica de cada horrible decisión. No reconocía a esa persona, a esa pequeña zorra resentida, intrigante y desagradable. Pero los recuerdos no mentían. Lo había hecho y dicho todo, y tenía que vivir con la culpa.

Peter solo había salvado su vida. Mientras tanto, Alice solo había lastimado a quienes intentaban ayudarla, y era tan obvio que no merecía vivir, que deseaba poder terminar con esto y morir, pero, por Peter, esto era lo único que no podía hacer.

SALIÓ EL SOL. LA TENUE LUZ NARANJA iluminaba el ondulante desierto a su alrededor. Las siluetas de las primeras cortes habían desaparecido hacía tiempo. Alice no se había dado cuenta hasta ahora de cuánto las extrañaría. A pesar de lo aterradoras y claustrofóbicas que eran, al menos le resultaban *familiares* , eran estructuras tangibles que podía tocar, reconocer y en las que podía anclarse. ¡Lo que daría ahora por una siesta en Deseo, o incluso un descanso de sus estudios en Orgullo! La orientaban, aunque todas sus indicaciones fueran erróneas. Pero aquí el mundo se alejaba cada vez más del mundo que las almas mortales conocían, y este desanclaje la aterrorizaba.

Estaba sumida en la Crueldad. En algún momento de la noche, había hecho el cruce; tal vez la trampa de Escher había estado en la frontera

de la Violencia y la Crueldad todo el tiempo. El cambio no era una diferencia de tipo, sino de grado. Ambas eran llanuras desérticas, pero donde la Violencia era dura e insensata, la Crueldad estaba llena de intención. La Crueldad te jodía a propósito. Seguía encontrando estructuras misteriosas: huesos entrelazados, precipitadamente equilibrados, dispuestos a veces como arte abstracto. Formas talladas en la arena. Pasos, tal vez humanos, danzando en patrones que ella no podía entender. A veces encontraba lo que parecían caminos, líneas trazadas cuidadosamente a imitación de marcas de carretera, solo que terminaban abruptamente o giraban sobre sí mismas. Cerca de la orilla vislumbró una vez un semicírculo de losas que le recordó a sillas de jardín en el verde. En lo profundo de su viaje encontró un bloque de mármol puro y liso, del tamaño de una puerta, sin marcar ni vigilancia. Pasó casi una hora recorriendo el bloque con las manos, intentando detectar alguna pista sobre su presencia, intentando sacar a su creador de su escondite.

Pero este bloque no reveló nada; ninguna talla secreta, ningún diseño oculto. Gritó de frustración y pateó el bloque hasta que le dolieron los dedos de los pies.

Intentó encontrar una explicación. Supongamos que las Sombras buscaran refugio.

Supongamos que estos lugares fueran casas temporales, lugares para descansar y reflexionar. Supongamos que las Sombras organizaran fiestas en la playa. Supongamos que las Sombras organizaran exposiciones de arte. Pero en realidad parecían huesos reunidos en un intento de diversión, de encontrarle sentido a un plano que, fundamentalmente, carecía de sentido. Alice vio con claridad que estaba atravesando el desierto de la consciencia, un mapa de locura; y los puntos de referencia que presenció eran los mismos delirios de todos los que la habían precedido.

De vez en cuando veía oasis relucientes con el rabillo del ojo. No se detuvo a beber.

Aún conservaba su Frasco Perpetuo copiado, y sabía que no debía beber del agua del Infierno. Pero una vez, curiosa, se desvió hacia un estanque. Pensó en rozar con los dedos esa superficie brillante. Se preguntó si habría seres ahogados abajo, indicios de lo que había antes. Pero cuando se arrodilló y extendió la mano, sus manos encontraron una superficie sólida. No había agua allí; solo una lámina de vidrio de obsidiana.

Alguien la había pulido y esculpido con la curvatura justa para que, incluso de cerca, pareciera líquida.

Alicia pensó en buscarle un significado a la situación, pero el bloque de mármol le había enseñado algo mejor. Siguió caminando.

En algún momento, cerca del atardecer, aparecieron en el horizonte estructuras altas y blancas. Se sintió atraída hacia ellas, más que nada por la necesidad básica de un destino. Al acercarse a las cosas blancas, empezó a oír gemidos bajos y guturales. Al principio eran tan tenues que no los registró como humanos. Sonaban como botellas de vidrio vacías que se movían al soplar el viento en sus aberturas. Luego se acercó y miró hacia arriba. Vio jaulas esqueléticas arriba, que recordaban a construcciones en terrenos polvorientos, estructuras de edificios abandonados, solo que estas estaban hechas de hueso de alabastro y brillaban bajo el sol. Su construcción era exquisita, una red de huesos encajados a la perfección, de modo que cada ranura encajaba perfectamente, de modo que esas jaulas se balanceaban sin caerse.

Se preguntó si estas fueron construidas por deidades. Pero había algo magnífico en su perfección matemática. Estos eran proyectos posibles solo con eones de tiempo y un enfoque singular y devastador. Las estructuras del Infierno eran paisajes oníricos que surgían sin esfuerzo de la niebla. Estas jaulas requerían esfuerzo. Eran meticulosamente humanas.

Atrapadas dentro estaban las Sombras; manos apretando los barrotes, gimiendo en desarmonía. La mente de Alice recorrió ridículamente las salas de estudio, los cubículos en época de exámenes; salas llenas de cabezas gachas y hombros encorvados en una soledad uniforme. Cuando los cubículos estaban llenos, algunos estudiantes construían sus propios cubículos con libros, aislándose, con una concentración hostil. Esa atmósfera desesperanzada... oh, la recordaba bien; la había sentido intensamente antes.

No se podía caminar por esos cubículos sin ahogarse en la desesperación.

Estas Sombras no parecían atrapadas contra su voluntad. Esos barrotes eran muy anchos. Alice no vio guardias ni cadenas. Y esos no eran gritos de desesperación. No eran ruidos voluntarios en absoluto. El sonido no provenía de ellas, sino que se movía a través de ellas, una respuesta involuntaria contra fuerzas físicas. La reacción necesaria para que el universo supiera que seguías ahí. ¿Era esto un castigo o un

refugio? Quizás ambos. No estaba claro. Alice solo podía asumir, como todo lo demás, que esta era una forma de hacer el Infierno más soportable. Podía imaginar una especie de paz allá arriba en el cielo, atrapada en su propia jaula. Apenas visible a su alrededor, otros en sus propias jaulas también, y el consuelo de saber que otros estaban tan solos como tú.

Lejos del cruel desierto donde nada podía tocarte, un oasis para ti misma.

Ella ahuecó sus manos alrededor de su boca.

—Hola, allá arriba —llamó. Sintió un repentino deseo de unirse a ellos. En ese momento, nada parecía mejor que una jaula en espiral propia, justa y eterna. *Yo también quiero gemir, quiero desvanecerme en la desesperación.* —¿Hola?

Las Sombras no la reconocieron.

¿Hola? ¿Puedo subir?

Una breve pausa en el gemido. Luego continuó, redoblado, como si estuviera decidido a ahogar la interrupción.

Alicia se sintió muy tonta entonces, así que siguió caminando con dificultad. *Que se salieran con la suya* , pensó. Esas jaulas ya eran feas. Podría construir una prisión ella sola.

A MEDIA TARDE, LA ARENA SE HABÍA ENDURECIDO y convertido en roca agrietada y marrón. Ya no existían las rocas extrañas ni los patrones provocadores. Había pasado del desierto a tierras muertas. Había una diferencia: una era la vida apagada y la otra la tierra quemada tras el incendio de todo ser vivo. El aire allí se sentía más denso, seco y caluroso. Olía a frustración; a sed insaciable.

Alice pensó que se estaba acercando al límite entre la crueldad y la tiranía.

No había ninguna línea divisoria, nada que marcara una distinción tajante entre los golpes del hombre cruel y la astuta manipulación del tirano. Aun así, Alice notaba la diferencia. El aire le pesaba en la lengua. Había un olor metálico y rancio. El viento se levantó, una fuerza abrasadora que le enrojeció las mejillas. Se aferró la capucha a la cara. Sus nudillos crujieron y sangraron.

Las Sombras también actuaban de forma distinta. Todas las Sombras

de las cortes anteriores habían sido inofensivas, demasiado absortas en su propio sufrimiento como para prestarle mucha atención a Alice. Pero las Sombras de la Tiranía, aunque escasas, parecían estar conscientes de ella y de las demás de una forma que la inquietaba. Varias veces vio movimiento con el rabillo del ojo, o vislumbró rostros observándola desde los árboles. Sin embargo, cada vez que se giraba, desaparecían.

No sabía qué querían de ella, ni siquiera qué podían hacerle. Solo sentía su malicia por todas partes, constante y aguda, punzante como picaduras de hormigas.

Pero no podía volver atrás. No tenía adónde ir. Así que se ajustó la chaqueta, mantuvo el cuchillo cerca del cinturón y siguió caminando con dificultad.

EL SOL SE PUSO Y DESAPARECIÓ. ALICE caminó hasta que le temblaron las extremidades, y entonces se acurrucó a la sombra de una roca para examinar las provisiones que aún le quedaban. El pan Lembas estaba empapado, pero los trocitos del centro aún estaban buenos. Todo el té estaba apestoso por el agua del pantano; lo tiró. Milagrosamente, el frasco copiado seguía funcionando. Bebió una taza de agua limpia y buena, luego otra, y luego seis.

Con el cuerpo saciado y la mente despejada, desgraciadamente comenzó a pensar.

En el proceso de mantenerse con vida, se dio cuenta de que tenía que encontrar una justificación para todo ese esfuerzo.

Lo que sabía era que ya no temía a la muerte. Había visto la otra cara de aquella trampa de Escher, y como un niño que recibe su primera vacuna contra la gripe o sale intacto de la consulta del dentista, comprendió que no había mucho que temer. La muerte no era nada. Una punzada de dolor, y nada más. Y ella lo tenía mejor que cualquier Sombra, pues ni siquiera tenía que lidiar con el más allá. Solo la desaparición del yo y el fin de todas las obligaciones.

Pero la pregunta ahora —ahora que ya no la motivaba el miedo instintivo a la muerte, ahora que no tenía ninguna razón urgente para seguir huyendo— era qué vendría después. Tenía un problema mayor entre manos: el sentido de vivir. Vivir significaba un futuro, un fin teleológico, pero Alice no entendía qué demonios buscaba.

Su búsqueda original ahora le parecía una tontería. No le importaba encontrar al profesor Grimes. Podría conformarse con no volver a

verlo. Se le habían caído las vendas de los ojos. Pero no podía imaginar otro futuro. Todo lo que siempre había deseado ahora le parecía frívolo; su búsqueda, una agonía. Se imaginó ante el tribunal de su tesis; recibiendo sus calificaciones de Grimes; pasando a su propio puesto de trabajo donde otra generación de estudiantes de posgrado miserables surgiría bajo su tutela. Se imaginó formando parte del ciclo. Preferiría tener una celda en el Deseo.

Mientras tanto la muerte estaba tan presente, tan obvia y tentadora.

Por desgracia, se había propuesto hacerlo, y su mente se había fijado en dos premisas que formaban la conclusión incontrovertible de que debía vivir.

Primero, porque Peter se lo había pedido y ella se lo debía.

Y segundo, por su ridícula esperanza de que, al final de todo, se pueda hacer una excepción con el Infierno.

Maldito Peter y sus excepciones. Le gustara o no, había enterrado en ella una semilla que no podía arrancar. Como Adán y Noé de Dante, como el Teorema de Incompletitud de Gödel, como la posibilidad de una Contradicción Verdadera, tal vez seguir adelante significaba creer en lo que no podía saber. Tal vez si seguía adelante podría encontrar la manera de detener este dolor. Tal vez. *Tal vez.*

Sigue el río. Rescata al profesor Grimes. Sal. Alice no sentía ninguna motivación interna hacia estos objetivos, pero eran los únicos guiones que tenía, y eran mejor que nada. Al menos le daban motivos para ir paso a paso, una y otra vez, hasta que los minutos se convertían en horas y kilómetros sobre un cieno infinito.

AL DÍA SIGUIENTE, ALICIA LLEGÓ A la torre.

Ella vio su sombra primero, pues había estado caminando con la cabeza gacha, sin registrar nada más que el suelo frente a ella. Al principio le pareció extraño, esa franja de tierra más oscura entre el gris, pero luego levantó la vista y vio una gran aguja a menos de cien yardas de distancia; un único punto afilado en el horizonte. *Ah* , pensó, *es una torre de reloj, es el centro del campus* ; porque en Cornell nunca necesitabas un reloj ni

un mapa, solo mirabas hacia el campanario y sabías el camino a casa. Pero, por supuesto, no era una torre de reloj, porque en el Infierno no había tiempo que seguir, no había razón para que las campanas sonaran, y cerca de la cima donde debería haber estado la esfera de un

reloj solo había un círculo en blanco. *Eso es cruel* , pensó. *Lo hiciste a propósito, eso es muy cruel.*

Al acercarse, se dio cuenta de que la base de la torre no estaba construida con roca como creía, sino con formas desparramadas y retorcidas: rostros y torsos humanos, apilados unos sobre otros, congelados en su lucha por escapar. No podía distinguir si eran Sombras o imágenes talladas en piedra. Una hilera de rocas, arqueadas alrededor de la base de la torre, se balanceaba sobre trozos de tierra elevados. Un muro bajo, fácil de traspasar, pero una frontera al fin y al cabo.

Ella oyó un silbido. Levantó la vista.

En el balcón se alzaban tres deidades. Cuerpos altos y sinuosos, de piel marmórea, ataviados con ondulantes telas de un rojo intenso. Unas enormes alas les sobresalían de los hombros. Alicia comprendió que debían ser las Erinias. Alecto, Megara y Tisífone, criaturas ctónicas nacidas de la sangre derramada tras el primer juramento roto, cuando Cronos asesinó a su padre y arrojó sus partes al océano. Una para la ira, otra para la rabia y otra para la destrucción sin fin. Un cabello oscuro y rizado les ondulaba alrededor del rostro. Eran muy hermosas.

Los tres la miraron a la vez.

Sus ojos carecían de pupilas; una singular mirada abrasadora. Alice sintió un calor terrible mientras la escrutaban, más intenso incluso que la mirada del profesor Grimes jamás había sido. Se sintió despojada de su ropa; de su carne y hueso. Era solo alma, estremecida y desnuda, incapaz de ocultar cada pensamiento malvado o egoísta que alguna vez había albergado. Parecía persistir una eternidad. Cada pensamiento extraído, suspendido, reflexionado y cuidadosamente considerado. Se vio reducida a sus verdades no examinadas. Y una profunda voz trillada resonando en su cráneo, preguntando una y otra vez: *¿De quién son los juramentos que has roto?*

Alicia cerró los ojos con fuerza, pero no importó; la mirada de las Erinias seguía abrasándole la mente. Se sentía tan pequeña, diminuta, mortal y patética. Sentía que nunca había tenido una idea original en su vida. Un confesor que lo dejaba todo al descubierto, solo que no había nada interesante que decir, solo la típica inmundicia humana. *Estaba orgullosa, deseaba, era codiciosa, estaba furiosa...*

¿DE QUIÉN HAS ROMPIDO LOS JURAMENTOS?

—Todos —jadeó—. No sé...

MENTIROSO , hablaron los tres a la vez.

El calor se intensificó. El infierno se desvaneció en un plano blanco, sobre el cual Alice solo podía ver sombras en movimiento. Un cuerpo girando boca abajo. Una soga.

Un montón. Las llamas lamían su rostro. Sus oídos retumbaron, el calor se agudizó, y Alice oyó a las Furias carcajear, y la pregunta candente se repitió hasta que se le quemó en la mente:

Por qué—

Por qué—

Cuéntanos—

¿Por qué?

Pero esto era justo lo que no podía responderse a sí misma. Sabía que había errado, pero sentía que sus pecados los había cometido otra persona, por razones que no podía comprender, y la única defensa que podía ofrecer era que a lo largo de cada paso del camino, de principio a fin, cada siguiente movimiento le había parecido en ese preciso instante lo único racional. Grimes murió, así que Alice fue al infierno; Peter la lastimó, así que ella le devolvió el daño. Elspeth tenía lo que necesitaban, y por eso intentaron robar. Una cosa llevó a la otra y eso fue todo. No pretendía ofuscar. Quería ser buena para estas hermosas mujeres ardientes. Quería confesarlo todo, pero cada forma en que lo presentaba lo hacía parecer mucho más endeble, trivial y conveniente, como si toda la historia de su vida fueran cuentas que golpeaban un ábaco. "Solo lo intentaba", susurró.

"Solo... solo estaba haciendo lo mejor que podía".

De repente, las llamas se apagaron. El calor se desvaneció. Alicia se tambaleó hacia adelante y jadeó, pequeña y flácida, con una vela empapada en agua. En lo alto de su percha, las Erinias echaron la cabeza hacia atrás y rieron.

—El profesor Grimes —dijo Alicia—. ¿Está aquí?

Las Erinias la ignoraron. Se estremecieron de alegría; sus grandes alas palpitaban, sus magníficas cabezas echadas hacia atrás, exhibiendo orgullosos cuellos blancos. «

Entren si quieren» , decían entre risas. *«No nos importa».*

Entonces Alicia cruzó el muro y entró en el patio final del Infierno.

LA OCTAVA CORTE ESTABA EN SILENCIO. Las Sombras que acechaban en la frontera parecían recelosas de la torre, y a medida que ella seguía avanzando, su maliciosa presencia se desvaneció. Estaba completamente sola ahora. Gradualmente, la torre se redujo a un pequeño punto en el horizonte y desapareció, dejando a Alice en un terreno verdaderamente vacío: la constante del río a su izquierda, una lámina naranja arriba, una lámina gris que se extendía infinitamente a la derecha. Estaba lo suficientemente aturdida como para encontrar esta belleza, esta pulcritud geométrica. Aquí había tres conceptos expuestos a la perfección. Límite finito, punto finito, plano infinito. *Ahora vivo en un libro de texto* , pensó; *soy un diagrama del disco de Poincaré* .

Entonces vio motas que giraban suavemente en el aire ante ella. Más adelante, más motas blancas cubrían el suelo.

¿Pájaros? Qué bonito sería. Alice había visto una playa una vez justo antes del amanecer, mientras todas las gaviotas dormían. Siempre había imaginado que las gaviotas dormían en nidos; no sabía que también dormían en la playa, con la cabeza hundida en sus suaves lomos, como pequeños bultos blancos que salpicaban el banco de arena. Se acercó y se decepcionó al descubrir que esas cosas blancas no eran pájaros, sino trozos de papel. Extendió la mano y cogió uno. Extraño, después de todos esos tonos inmateriales, tocar algo tan increíblemente humano y material. Además, era papel moderno. Suave y brillante, sin la tinta que se corría ni las texturas ásperas que desactualizaban los papeles antiguos. No eran los restos de la colección de Elspeth, cosas viejas y no deseadas rescatadas de los vivos. Era papelería nueva, procedente del Infierno.

La página que sostenía Alicia estaba en blanco. Otras, sin embargo, parecían cubiertas de líneas. Persiguió otro papel en el viento, lo agarró y se lo acercó a la cara.

La letra era tan irregular y confusa que apenas podía leer lo que decía. En realidad, el único fragmento legible era lo que parecía ser un índice.

Primera parte: Mi crianza

Segunda parte: Mi patología

Tercera parte: Mi desafortunada e inevitable criminalidad Vaya, pensó Alice, estos eran borradores de una tesis. Se ajustaban a la perfección

a la estructura de una tesis: la fluidez de los capítulos, el lento desarrollo de los argumentos en tres secciones claramente definidas. Había notas a pie de página,

apéndices e incluso una conclusión impactante, con implicaciones para el campo: «Por qué merezco la redención y una travesía por el Leteo».

Hojeó una página de la sección titulada "Primera parte: Mi crianza". Su mirada se posó en varias notas a pie de página que afirmaban que la familia del autor era de bajos recursos, por lo que no tuvo más remedio que andar por las calles y relacionarse con la gente mala en lugar de crecer con aficiones virtuosas como tocar el violín. Su padre lo golpeaba, y esto le inculcó un odio feroz hacia el mundo. Su madre hacía la vista gorda, sus hermanas se burlaban de él, y su niñera alemana a menudo lo mandaba a la cama sin cenar, lo que le inculcó un odio feroz hacia el sexo opuesto.

Alice pasó a la sección titulada “Tercera parte: Mi desafortunada criminalidad”.

«No quise hacer lo que hice» , declaró el autor, y luego procedió a describir su violento crimen. Allí, Alice vio muchas construcciones pasivas. *Mi corazón se apoderó de la ira. Mi mano estaba en posesión de un cuchillo.*

Dejó que la página se desvaneciera y tomó otra del aire. Esta estaba escrita con otra letra, y parecía preocupada por las muchas razones por las que las mujeres, de hecho, disfrutaban siendo violadas. Tomó otra página. El asesinato de ancianos es una necesidad social, argumentaba. Son una carga para los recursos y, además, una molestia.

No era obra de un solo loco, entonces. Por alguna razón, el Infierno Infernal estaba lleno de autores que justificaban sus pecados y, por lo que parecía, producían muchos borradores fallidos. Alicia se preguntó para quién estaba escrito esto, quién lo leía y qué lector divino consideraba estas disertaciones indignas de aprobar. ¿Qué pensaría ese lector de sus excusas? ¿Qué excusas podría poner?

CONTINUÓ HASTA QUE volvió a ponerse el sol, y entonces se sentó y montó su pequeño campamento. Mordisqueó un poco de pan Lembas. Solo le quedaba un bocado del largo de su dedo índice, lo que sumaba ocho pizcas que podía repartir en ocho días. Bebió del frasco perpetuo hasta que le dolió el estómago, que era lo segundo mejor después de

estar llena.

Sin embargo, por mucho que bebiera, su lengua seguía sintiéndose como papel de lija. Sin embargo, el resto de su cuerpo se sentía deliciosamente ligero, una sensación que recordaba bien de sus días de laboratorio; los días en que no había comido, y que deliberadamente dejaba de comer, solo para superar los límites de lo poco que necesitaba. Sabía que no debía confiar en esa ligereza. Siempre era el preludio del bajón.

Deseaba encontrar algún tipo de refugio. La torre estaba muy atrás, y todo lo que se extendía ante ella era terreno abierto. Ni siquiera había rocas contra las que pudiera

enroscarse. Lo mejor que podía hacer era echarse la chaqueta por encima de la cabeza y refugiarse en la lógica de un avestruz: tal vez si no podía verlos, ellos no podrían verla.

Se encogió de piernas y se abrazó la cabeza.

Algo olió contra su costado. Ella entreabrió los ojos.

Arquímedes se acurrucaba cuidadosamente bajo su sombra. Su pelaje estaba lleno de cicatrices y enmarañado; un hilillo de sangre seca se había endurecido contra su rostro. Alicia parpadeó varias veces, esperando no haber alucinado su presencia; pero cada vez que miraba, el gato seguía allí. Extendió la palma para acariciarle el costado, pero se detuvo cuando el gato se estremeció al tocarlo.

¿A ti también te atraparon?

Arquímedes maulló. Su ojo derecho parecía incapaz de abrirse. El izquierdo se encontró con su mirada, un duro destello verde.

"Pero parece que les hiciste pasar un infierno."

Arquímedes olfateó.

—De todas formas, nos besamos mejor que nosotros. —Intentó acariciarlo de nuevo, aunque esta vez se aseguró primero de que él supiera dónde estaba su mano. Esta vez él la dejó, presionando la coronilla contra su palma—. Bien por ti.

Se incorporó y sacó un poco de pan Lembas de la mochila. El gato la observó, inmóvil, mientras lo colocaba sobre un trozo de papel de regalo delante de él. "Anda", dijo.

Extendió la cabeza para mordisquear.

“Pensé que los gatos eran carnívoros obligados”, dijo Alicia.

Arquímedes meneó el trasero, lo que parecía significar, en lenguaje felino, " *hago lo que quiero"* .

—¿Qué ha pasado? —preguntó Alicia—. ¿Dónde está Elspeth?

Arquímedes no respondió.

—Quizás podamos cuidarnos mutuamente —dijo Alicia—. Vigilarnos y todo eso.

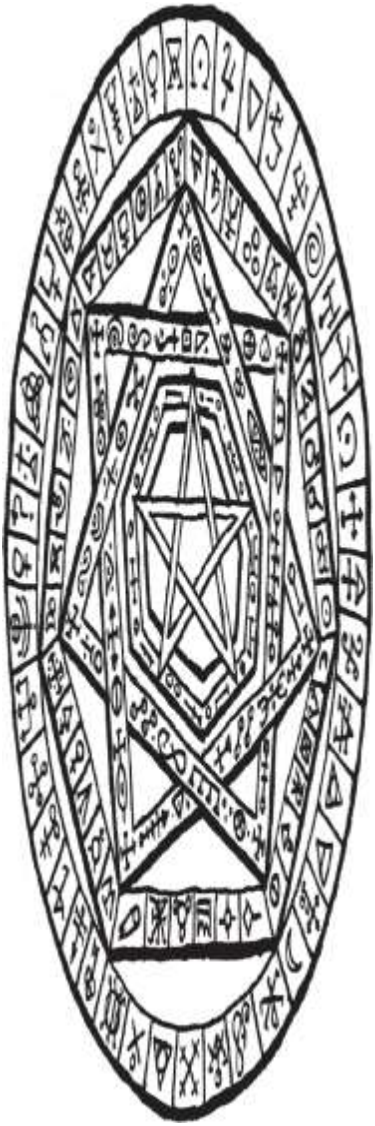
Arquímedes no dio ninguna señal de haberla escuchado.

—Quédate, por favor —dijo Alicia—. No... no puedo hacerlo sola.

Arquímedes se estiró hacia adelante y apoyó la cabeza entre las patas delanteras. Su trasero se acomodó, inútilmente, sobre la empuñadura del cuchillo. Entonces, su ojo derecho se cerró.

¡Qué estúpido !, pensó Alicia, *pidiéndole ayuda a un gato* .

Pero aun así era un consuelo ver cómo subía y bajaba ese flanco enmarañado y manchado de sangre. Arquímedes emitía un leve silbido cada vez que respiraba. Toda su pequeña caja torácica temblaba por el esfuerzo, pero esto no perturbaba su sueño. No parecía tener prisa por abandonarla. Alice suponía que la vida sí sobrevivía allí abajo, después de todo; abriéndose paso a patadas, mordiscos y gruñidos. La indomable voluntad de vivir. Se echó junto al gato, enroscándolo en su torso como una fortaleza, y se preguntó dónde podría encontrar eso en sí misma.



Capítulo veintiséis

Un piojo durmió. Soñó y se perdió en la especificidad del recuerdo: una cuchara tintineando contra una taza de té, gotas derramándose por los lados que se oscurecieron hasta un rojo sangre; la taza de té se convirtió en una bolsa de vejiga, y la cuchara en un cuchillo de hueso. La voz de Helen Murray; dientes blancos, lápiz labial demasiado

brillante, corrido sobre la piel seca. ¿Qué quieres, Alice? ¿Creíste que eras la primera? Alice en un cementerio, tierra bajo las uñas; una pala en las manos, un dolor en la espalda. El profesor Grimes, o al menos los pedazos que había encontrado de él; un ojo, un labio, un fragmento de nariz; todos los pequeños pedazos en una hoja de papel encerado, alineados contra un pobre boceto a lápiz; y un clavo atravesando su frente, solo para mantenerlo todo en su lugar; todas las grabaciones garabateadas de la bruja tesalia. El rostro vivo impuesto sobre los pedazos revividos. Esos labios destrozados se movieron. Buenos días, dijo.

Alicia se despertó.

Una Sombra se arrodilló sobre ella; todo humo plateado, su rostro muy cerca del suyo. Ella se incorporó de golpe.

Se miraron. La Sombra tenía un rostro tan escurridizo, con rasgos cambiantes, como si no pudiera decidir por sí mismo qué aspecto tenía. Si Alice hubiera tenido que describirlo, la mejor analogía que se le habría ocurrido sería una foto policial en escala de grises. Indescriptible, fugitivo. La miró con lo que Alice solo pudo imaginar como un anhelo inmenso, no destructivo, sino anhelante, como si quisiera absorberla con todos sus sentidos. Su mirada, su olor.

Aun así —y esto era lo que pensaba su mente nublada y hambrienta— no *parecía* peligroso. Al menos no estaba retorcido por esa singular maldad de las Sombras en Avaricia, ni por el aullido sofocante de Ira. Parecía más humano que cualquiera de ellos, más dueño de sus apetitos. Si esta Sombra iba a hacerle daño, supuso que lo habría hecho mientras dormía, y por eso se quedó quieta donde estaba.

"¿Quién eres?"

—Soy Alice —susurró—. Alice Law.

"Eres uno de los vivos." Su voz era como grava, como tierra moviéndose.

Ella no veía el sentido de fingir. "Sí."

Sus ojos recorrieron las manchas de tiza de su suéter. "Eres una maga".

"Sí."

Él estalló en risas.

—Cielos —dijo—. He estado esperando y esperando, y ahora estás aquí.

Esto le pareció a Alicia vagamente amenazante. Se puso de pie con esfuerzo y se arrepintió de inmediato; una oleada de vértigo la azotó y se tambaleó, con la vista palpitante y oscura.

La Sombra levantó las manos. "No te haré daño".

"¿Qué deseas?"

—Solo para hablar. —La Sombra se inclinó hacia delante, hasta que una vez más estuvo a centímetros de distancia. Parecía no tener ni idea de los límites personales. Por mucho que se moviera, su rostro se cernía sobre el suyo, como si estuviera a punto de lamerla o besarla—. Pero tú, de los vivos, ¿qué haces aquí, sola en el Infierno?

¿Qué estaba haciendo? Seguía sin tener respuesta, y no creía que esta Sombra necesitara oír sus arrepentimientos. «Busco a alguien».

"¿Dónde podría estar esa persona?"

—No lo sé —suspiró—. He buscado en el Infierno Superior. He vagado por la Ira, la Crueldad, la Violencia y la Tiranía. Nunca lo encontré, y tengo motivos para sospechar que sus pecados no fueron tan leves.

"Crees que está en Dis".

—Sí, es cierto. —Alice estaba segura de que la ciudad era real; todos los archivos fiables lo confirmaban; pero le sobresaltó oír su nombre confirmado de boca de los muertos. Así que estaba allí, así que estaba esperando—. Debe serlo.

“Y tienes que encontrar las puertas”.

«Tengo un guía », quiso decir Alicia, pero vio que Arquímedes se había fugado; estaba de nuevo sola. «Supongo».

—Vamos, entonces. —La Sombra asintió hacia el horizonte—. Te lo mostraré. ¡Buen camino!

"¿Para qué?"

"¿Qué quieres decir *con para qué* ?"

—No pretendo ofender. —Alice pensó en George Edward Moore, loco por una compañera. Pensó en la risa infantil de la Tejedora. Pensó en

Elspeth, justa y vengativa—. Pero nosotras... no lo he pasado muy bien aquí. Y estamos en el Infierno Infernal. Todos quieren algo.

La Sombra volvió a reír a carcajadas. Volvió la mirada hacia ella, y esta vez se convirtieron en lo más sólido de él: piedra profunda, huecos del tiempo. «Una historia para una canción», dijo. «Eso es todo. Tú quieres saber de Dis. Yo quiero saber de la vida».

ASÍ QUE AQUÍ ESTABA ELLA, EN LOS círculos más profundos del Infierno, dando un rápido paseo con una Sombra cuyos pecados ella desconocía.

Alice no podía determinar si había sido muy afortunada o muy insensata. Al menos este Shade —se presentó como John Gradus, lo que parecía una mentira obvia— no fingía ser su amigo. Sus deseos eran muy claros. La acosaba para que le diera información sobre el mundo tal como lo conocía. No le interesaban en absoluto los acontecimientos políticos ni históricos. Ella intentó hablarle de la Unión Soviética, y él movió la mano con impaciencia. En cambio, quería que le contara qué marcas de tiza estaban de moda («¿Shropley's? ¿No han quebrado?»), qué tipo de comida se servían entonces en los comedores («¿Sigue siendo el mismo puré de patatas? ¿El pudín de Yorkshire todavía sabe a cartón?»), y cómo evolucionó la moda femenina en el campus (Alice se sintió un poco incómoda al describir esto, pero Gradus pareció conformarse con una respuesta murmurada sobre faldas y medias. ¿Cuán cortas? No lo recordaba.

¿Por encima de las rodillas? Bueno, a veces. No en la universidad, pero a veces). No le importaban los interrogatorios. En ese momento su memoria le fue útil, y solo necesitó cerrar los ojos, evocar fotografías en su mente y contar los detalles mientras caminaban.

"¿El horizonte de Londres?"

Se han construido muchas cosas nuevas. Tienen esa cosa enorme y fea, la Torre NatWest, que sobresale en el aire como un porro.

“¿La música?”

Recordó el escaparate de una tienda de discos y le contó todos los nombres que había visto allí: «Judas Priest. Soup Dragons. Iron Maiden. Talking Heads».

"¿Qué clase de música es esa?"

¿Algo así como... indie punk, rock, ese tipo de cosas? ¿O sea, lo

opuesto a Dusty Springfield?

No supo si estos nombres le parecían lógicos a John Gradus. Él preguntó: "¿Te gustan?".

"Son un poco ruidosos", dijo. "Pero no soy muy aventurera. Simplemente me gustan los Beatles. Y Bach".

—Pretencioso —dijo—. ¿La última vez que comiste?

“Pan Lembas”.

—No, me refiero a antes.

—Ah —rebuscó Alice en su mente—. Mmm... Té y una tostada.

"¿Qué tipo?"

Queso. Cheddar, creo.

"¿Calentado?"

—No, frío. —Recordó el envoltorio de plástico, el logo genérico. Ofertas nocturnas de una mantequería a punto de cerrar—. No sabía muy bien.

—Una tostada fría —murmuró—. ¡Todo el tiempo del mundo, y una tostada fría y cuajada!

Anhelaba lo tangible, lo material. Se resintió cuando sintió que ella había desperdiciado su tiempo arriba. Sobre todo, le irritaban las oportunidades gastronómicas perdidas. Parecía incapaz de entender por qué Alice no comía comidas gourmet de tres platos todos los días. La respuesta «No tenía hambre» no tenía sentido para él. Tenía una mirada tan aguda y famélica mientras Alice hablaba que a veces ella se sentía incómoda; sentía que le estaba extrayendo algo, aunque no podía precisar qué.

Fuerza viva, se sentía. Tal vez cuando terminaran él estaría casi vivo, y ella sería una masa gris retumbante. Por inquietante que fuera, fue esta explotación descarada la que, a su vez, la hizo creerle en su palabra. Podría ser así de fácil. Podría ser que realmente la estuviera llevando a las puertas de Dis.

Lo miró de reojo mientras caminaban, intentando distinguir el rostro de su guía. Su propio Virgil. Se preguntó si podría reconocerlo, si su historia sería uno de los muchos rumores que rondaban la academia.

¿Era él el demonólogo que le dio de comer a su hija pequeña a Azazel? ¿El criptólogo que envió a sus estudiantes a Faerie sin un salvavidas?

Por desgracia, Gradus no se había esforzado tanto como Elspeth por mantener una figura firme. Si se fijaba demasiado en sus ojos o en su complexión, sus rasgos se desvanecían y se transformaban como si no pudieran decidir qué eran. Curiosamente, adoptaba la forma más nítida cuando lo veía de reojo, cuando su imaginación podía proporcionar el resto. Un hombre erguido y con gafas, de esos que llevan un maletín o te ofrecen un paraguas cuando llueve. Un hombre completamente olvidable. Lo veías en el tren, en la biblioteca de la universidad o en la librería. Y entonces desaparecía de tu vida y te olvidabas por completo de él; pues figuras como él solo existían para rellenar el fondo de tu propio y rico mundo. Gradus era un hombre completamente desprovisto de especificidad, y Alice sospechaba que se había esforzado mucho para que así fuera.

Intentó ubicarlo al menos geográfica o temporalmente, porque así podría estrujarse la memoria buscando algún crimen horrendo, por ejemplo, en Yale en los años sesenta, pero Gradus llevaba tanto tiempo en el hampa que no hacía referencias que lo situaran.

A veces creía detectar vagos matices nórdicos en su forma de hablar, pero por lo demás tenía ese misterioso acento del Atlántico medio que podría pertenecer a un británico que hubiera pasado demasiado tiempo entre estadounidenses, o a un estadounidense que hubiera pasado demasiado tiempo en Inglaterra. No era comunicativo. Una vez intentó simplemente preguntarle de dónde era, y se limitó a decir: «Me gustaría que lo adivinaras». Si acaso, parecía disfrutar jugando con ella. Hacía referencias a Roosevelt y Churchill, y luego insinuaba que había conocido personalmente a Copérnico.

De repente, una sospecha la asaltó y preguntó rápidamente, para tomarlo por sorpresa: “¿Jacob?”

Al profesor Grimes siempre le habían gustado sus pequeñas pruebas.

Pero John Gradus se limitó a murmurar y preguntó: "¿Qué es eso?"

No, no podía ser el profesor Grimes. Al profesor Grimes no le importaba tanto el mundo exterior. Nunca le habría preguntado por Talking Heads. Las modas cambiaban; el profesor Grimes seguía igual. Vivía en un castillo en las nubes. Lo único que importaba eran sus ideas y hasta dónde podían llevarlo.

AL MENOS JOHN GRADUS DABA LO MISMO que recibía, siempre y cuando ella no preguntara mucho sobre la identidad personal. Sobre el tema del Infierno, era muy franco, aunque no siempre servicial. Casi todo lo que decía la dejaba con un millón de preguntas más. Ella le preguntó qué eran esos escritos, y él explicó: «Pues, disertaciones, por supuesto. Eso debería ser obvio».

“¿Disertaciones sobre qué?”

"Pase lo que pase, sea lo que sea que nos espera."

“¿Todo el mundo los escribe?”

“Todos debemos escribirlas”.

“¿Quién los lee?”

Quienquiera que esté al mando. Las Furias. El mismísimo Señor Yama. ¿Quién sabe?

Todavía no he visto a nadie leerlas, claro, pero es raro que una disertación pase la prueba. Dicen que hay que escribir hasta que se haya hecho el mejor trabajo, y cuando se haya hecho el mejor trabajo, los barcos vendrán a llevarte a través del Lete.

“¿Qué sentido tienen?”

Entretenimiento, sin duda. Disfruto mucho leyendo los borradores de otros. El otro día me encontré con un montón de borradores subtitulados " *Mi Lolita"* . ¡Ese sí que fue divertidísimo!

“¿Qué hace que una disertación sea buena?”

—¡Qué va! Ese es el quid de la cuestión, ¿no?

No supo si estaba siendo frívolo a propósito o si realmente no lo sabía. "¿Así es como te castigan? ¿No sales hasta que comprendes a fondo tu propio crimen?"

“Algunos piensan eso.”

“Entonces, ¿cómo pasas?”

Esto dejó a Gradus titubeando. Tras una pausa, dijo: «Lo único que se sabe con certeza es que dicen que hay que decir la verdad. Eso es todo».

“¿Es muy difícil decir la verdad?”

—Debe ser. Nunca he visto salir a nadie.

"Debe de volverlos locos", reflexionó Alice. Conocía a un buen número de estudiantes de tesis. En Cambridge, el estándar para una buena tesis parecía ser asintótico. Cuanto más te acercabas, más obvio se hacía que nunca llegarías al límite. Al final, lo que decidía las cosas eran las restricciones de tiempo: entregabas el trabajo en la fecha límite, perfecto o no. Pero en el Infierno no había plazos. Tenías una eternidad para cometer errores. "Apuesto a que es una agonía".

—Probablemente —dijo Gradus—. No lo intento.

"¿Por qué no?"

—No más preguntas —dijo—. Nuestro trato es que me entretengas.

“Oh, está bien.”

¿Qué hay de ese hombre que buscan? ¿Sobre qué está disertando?

—Oh... bueno, la verdad es que no lo sé. —Alice hizo una pausa. ¿Cuál *era* el peor pecado que había cometido el profesor Grimes? Cuando se lo planteó, no se le ocurrieron más que descripciones vagas, y ninguna le sonaba a verdad. Robaba (pero con razón). Era cruel (con buen propósito, con quienes lo merecían). —Ambas teníamos nuestras teorías, pero no creo que haya forma de saberlo.

La voz de Gradus se agudizó, como si fuera un gancho. "¿Ustedes dos?"

—Oh —dijo Alicia.

Los pasos de Gradus se ralentizaron. Su esencia se expandió como un gato complacido y agazapado. «Vaya, esto sí que es interesante».

Su dolor lo deleitaba. Se frotaba las manos humeantes, como un niño que disfruta de un cuento antes de dormir. ¿ *Y luego qué?* Se lo preguntaba una y otra vez. *¿Y luego qué?*

¿Y luego qué? Como una niña que exige más dulces, saboreando todas las gotas de afecto vivo que él puede arrancarle. Le habló de la Tejedora, pero no mencionó a Elspeth; le describió el pantano de Wrath, la trampa de Escher, el reloj de cuco, el sacrificio de Peter. El chirrido del metal. El deleite de los Kripke.

—Espera. —Gradus se detuvo entonces. Su aura cambió. El remolino

gris, frío e indiferente, se aquietó, transformándose en algo humano: un escalofrío que Alice reconoció bien. El frío pegajoso del miedo—. ¿Te persiguen los Kripkes?

¿Por qué tendrías miedo de los Kripkes?

—Son demonios —dijo Gradus—. Son lo peor que atormenta esta tierra.

—Pero ya estás muerta, tú... —Pero entonces Alice recordó las palabras de Elspeth.

He visto a los Kripkes asesinar un alma—. Bueno. Supongo que será mejor que caminemos más rápido.

—¡Pero esto sí que es *emocionante* ! —Gradus extendió las manos con las palmas abiertas—. Una tragedia, una historia de venganza, un rescate, una carrera contrarreloj.

¿Escaparás de los Kripkes? ¿O te cazarán antes de que puedas completar la misión de tu camarada caído?

"Supongo."

"¿Qué quieres decir con eso que *supones* ?"

—Bueno, parece un buen guion. —Alice se sentía muy cansada—. Supongo que lo seguiré.

¿Cómo que lo *seguirás* ? —De alguna manera, ella había inquietado a Gradus. Su abrigo empezó a ondear alrededor de ambos, como si pudiera rodearla en un torbellino de irritación—. ¿No estás molesta? —preguntó—. ¿No estás *devastada* ?

“Claro, Gradus.”

"Suena como si ni siquiera supieras lo que estás haciendo aquí".

—Es justo eso. —Su frustración era agotadora. Quería espantarlo como a una mosca—. *No* sé. Solo estoy cansado.

“¿Pero no te importa nada?”

"Supongo que debería."

¿Cómo podía explicarle ese entumecimiento? No era que a Alice no le importara, sino que se había preocupado tanto, y un hilo se había

roto. Una capacidad

fundamental se había roto. Se sintió expulsada del mundo del significado, del sentimiento, del apego. Ya no podía sangrar. Ya estaba agotada. Los guiones eran todo lo que tenía ahora, y eran suficientes para seguir adelante, pero no para que su corazón empezara a latir.

"Pero estás *vivo* ", dijo Gradus, como si esa fuera la respuesta a todo.

Contra todos mis deseos. Sí.

Gradus no dijo nada. Ella caminó y esperó, esperando que cambiara de tema, pero él permaneció en silencio. Intuyó que lo había molestado, pero no supo cómo. Gradus no parecía ser de los sensibles. Hasta ahora se había sentido cómoda con su cruel relación.

En un momento dado, ella insinuó que él era Jack el Destripador, y él solo se rió.

Pero no hizo más preguntas. Durante el resto de la mañana caminaron en silencio.

Una o dos veces murmuró para sí mismo, pero ella no pudo entender lo que decía. Solo percibió su resentimiento, una oleada amarga y hostil, tan abrupta como confusa. Y

Alice, acostumbrada a apaciguar a hombres volubles, solo sabía que debía esperar su castigo.

—BUENO —DIJO GRADUS POR FIN—. AHÍ está.

Durante la última hora habían subido una colina empinada y rocosa. Alice estaba casi encorvada por el agotamiento, con las manos sobre las rodillas. Apenas había despegado la vista del suelo. Ahora levantó la cabeza, se irguió y jadeó.

Allí se encontraba la ciudad de Dis. Era mucho más maravillosa de lo que jamás había imaginado: un castillo blanco y reluciente, con tres anillos rodeados en la base por serpenteantes entradas de agua que se agitaban contra sus cimientos, olas negras que se estrellaban con tanta furia contra la piedra, el hueso y el ladrillo, que Alicia podía oír el rugido lejano desde donde se encontraba.

Había leído mucha literatura sobre Dis. La Tierra de los Condenados. La Ciudad Triste. Para *la Eneida de Virgilio* , Dis era el nombre del Infierno en su conjunto y, dentro de su reino, una fortaleza rodeada

por tres murallas, rodeada por un río de fuego. Para Dante, Dis era solo la ciudad que abarcaba del sexto al noveno círculo del Infierno, una gran fortaleza en una tierra sembrada de sepulcros rotos. Otros decían que la ciudad de Dis y Pandemónium eran la misma cosa; el reino de Lucifer y los demonios. Decían que Dis era un lugar repugnante y maligno, abandonado por Dios.

Nadie la había preparado para la belleza de la ciudad.

Dante solo mencionó que la ciudad tenía altas murallas. No describió cómo esas murallas eran el reflejo perfecto de los lugares sagrados que sus habitantes habían despreciado; cómo la arquitectura de Dis era una clara reprimenda al Vaticano. No; en realidad, avergonzaba al Vaticano. Miguel Ángel y Rafael solo habían tenido una vida para alabar a su Dios, pero los habitantes de Dis tenían eones. Dis era el extremo de la perfección humana. Dis era mármol impecable, balaustradas y cúpulas, patios de azulejos bordeados de columnas. Borges había escrito que la ciudad era horrorosa, tan horrorosa que el mero hecho de existir contaminaba el pasado y el futuro, y comprometía las estrellas; pero ¿habían presenciado Alicia y Borges la misma ciudad?

Donde Borges había encontrado una perversión, Alicia encontró un milagro. Dis era un milenio de esfuerzo, un refugio construido por aquellos sin salvación. Alicia podía ver con tanta claridad lo que intentaba ser y lo que nunca podría ser. Pero incluso en esa carencia fundamental había algo hermoso, trascendente, un testimonio de la voluntad humana. La ciudad de Dis se resistía a la idea misma de un más allá. Habían dejado atrás el campus; esto era un templo. « *Malditos seamos»* , decía, « *y haremos brillar el Infierno* ».

La voz de Gradus tenía un tono peculiar. «Supongamos que tu hombre está ahí dentro».

Alice sintió un cosquilleo en la piel. "¿Es peligroso?"

—Para nada —dijo Gradus—. Los de Dis no representan ninguna amenaza para ti.

Ya verás. Son unos pecadores muy particulares.

¿Qué quieres decir? ¿Quién está ahí?

Traidores. Quebrantadores de juramentos. Aquellos que hicieron una promesa y no la cumplieron.

Esta respuesta la decepcionó. Siempre había asumido que Dante exageraba. «Eso no parece tan malo».

"¿No es así?"

“Bueno, quiero decir que todo el mundo rompe sus promesas”.

“Hay promesas triviales”, asintió Gradus. “Y luego están las declaraciones.

Promesas que dicen: *Esto es lo que significas para mí, y esto es lo que te debo* . . . El tipo de promesas que un esposo le hace a su esposa. Las que un padre le hace a un hijo. Las que un maestro le hace a un estudiante.”

Un escalofrío recorrió la columna de Alice.

Al mirar a Dis, sintió como si un trozo de hielo le presionara el pecho. Esa belleza adquirió un brillo despiadado. Percibió su pecado interior: algo mordaz y maligno; esa fuerza que envenenaba los lazos, enfrentaba a amigos y parientes. Solo podía describir esa sensación como una violación; el dolor más agudo y severo, aquel que la atravesaba en lo más profundo de su ser, donde se sentía más segura.

—¿Y qué hiciste, Gradus? —preguntó—. ¿A quién traicionaste?

Una parte de ella quería vengarse de él, aunque no sabía por qué. ¿Su silencio? ¿Su repentina frialdad? Se sentía juzgada y avergonzada por él, y ahora que hablaba de nuevo, quería herirlo. En fin, él había sido tan insensible con sus propias preguntas, y ella sentía que ahora podía ser insensible a cambio.

—No preguntaste eso —dijo Gradus.

—Sí, lo hice. ¿Qué hiciste? ¿Por qué no escribes?

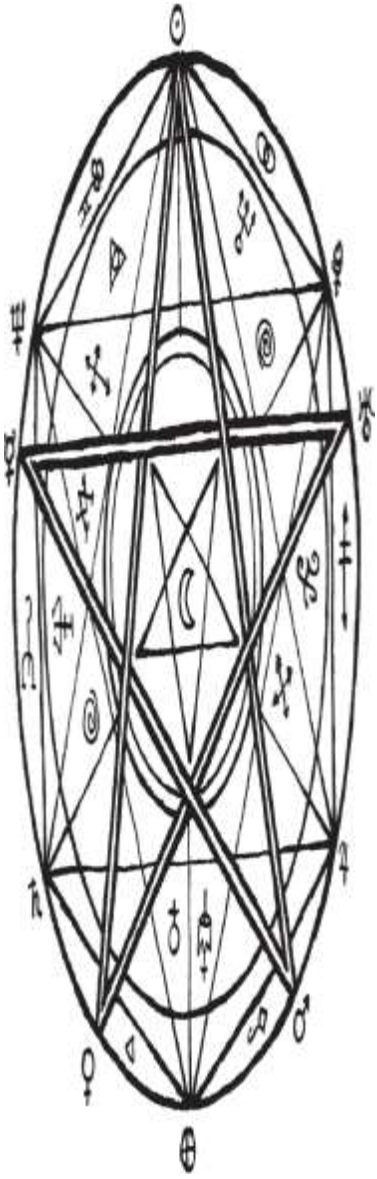
“Nunca preguntes eso.”

«Vamos» , casi dijo, pero se dio cuenta de que hablaba en serio. No había risa en su rostro.

—Te lo advierto, Alice Law. —La mirada de Gradus era de piedra. *No puede ser de este siglo* —pensó Alice de repente—, *nadie de este siglo tiene una mirada tan apagada por el tiempo. Lleva aquí toda una vida—.* Puedes aceptar confesiones si te las ofrecen libremente.

Está permitido. Pero si quieres sobrevivir, recuerda esta regla sobre

Dis: nunca preguntes.



Capítulo veintisiete

Una sombra pequeña e inquieta custodiaba las pálidas puertas de Dis.

Los observó acercarse con el pecho inflado; una mano en la cadera, la otra aferrando una lanza negra con punta de piedra tallada. Golpeó la lanza tres veces contra el mármol mientras ascendían. "¿Quién se atreve a entrar en la Gran Ciudad de los Condenados?"

—Vete al diablo, Parménides —dijo Gradus—. Soy yo.

Parménides miró a Alicia con los ojos entrecerrados. "¿Y quién es?"

"Es nueva", dijo Gradus.

—¡Ay, ay, *ay* ! —La risa de Parménides se intensificó varias octavas. Miró a Alicia con lascivia—. ¿Qué te espera, querida?

—No respondas. —Gradus se abrió paso entre Parménides. Las puertas se abrieron con un ruido sordo al tocarlas.

—¿Asesinato? —preguntó Parménides—. ¿Envenenamiento? ¿Tocaste a un niño?

Gradus hizo un gesto con la mano. «Ven, Alice».

Alicia corrió detrás de él.

—Te cambio una historia por otra —gritó Parménides tras ellos. Alicia temía que los siguiera, pero él solo se quedó en el umbral, blandiendo su lanza mientras las puertas rechinaban contra el suelo de mármol—. Ya sabes dónde encontrarme.

Las puertas se cerraron de golpe.

Dentro reinaba la oscuridad, el frescor y el silencio. Gradus se deslizó por un pasillo a la derecha. Alice lo siguió. Oyó un bullicio de voces que iba en aumento, justo antes de que Gradus abriera una puerta y se desbordaran hacia un patio, un espacio abierto rodeado por cuatro muros que le recordó a Alice los claustros de una abadía. No crecía nada verde, pero la disposición escultural de las rocas y los mosaicos florales sobre las baldosas sugerían un meticuloso mantenimiento. El efecto era sorprendentemente agradable. Un árbol blanco, alto y retorcido se alzaba en el centro, y Alice no podía distinguir si estaba muerto o tallado en piedra. Bajo sus ramas, agrupadas en grupos de tres o cuatro, se arremolinaban varias docenas de Sombras murmurantes.

"¿Crees que tu profesor está aquí?" preguntó Gradus.

Alice no estaba segura. El problema era que había demasiadas Sombras que se parecían al profesor Grimes en ese patio. No esperaba acabar en un patio tan lleno de hombres de mediana edad. La mitad llevaba gafas, y todos vestían alguna versión de la túnica oscura de Oxbridge.

"¡Seguir!"

“¡Así es, adelante!”

Un buen número de Sombras estaban apiñadas en el rincón más alejado del patio.

Incitaban a una Sombra junto al muro, que agarraba con una mano un grueso fajo de páginas encuadernadas y la otra apoyada en lo que parecía el tirador de un cajón de la biblioteca empotrado en la pared. Lo abría una y otra vez, temblando de pánico, y lo cerraba deslizándose. Cada vez que lo hacía, las Sombras abucheaban a coro.

"¡Que se caiga!", gritaron. "¡Que se caiga!"

“Supongamos que no está listo”, dijo la Sombra en la pared.

“Esto otra vez no.”

“Han pasado décadas ” .

“Si no ahora, ¿cuándo?”

—Está bien —dijo la Sombra—. Está bien.

Cerró los ojos con fuerza —y pareció un poco ridículo al hacerlo, como un niño que se tapa la nariz antes de saltar a una piscina— y guardó su tesis en el cajón. Lo soltó y retrocedió. El cajón se cerró de golpe con un resonante *sonido metálico* . Todos miraron expectantes el cajón, pero no pasó nada. Finalmente, se oyó un tibio aplauso. Las Sombras siguieron observando el cajón unos instantes y luego se dispersaron de nuevo en sus grupos, murmurando decepcionadas.

-¿Qué pasó? -preguntó Alicia.

“Alguien acaba de presentar una tesis”, dijo Gradus.

"¿Dónde está ese cable del cajón?"

Nadie lo sabe. Lo único que entra por esa ranura es insalvable.

"Entonces, ¿cuándo recibirán sus calificaciones?"

—Puntos —se rió Gradus—. Imagínate, puntos. No, no te dicen nada a menos que hayas aprobado. No recibimos revisiones. No recibimos ningún tipo de retroalimentación. Simplemente esperamos con expectación eterna, hasta que la esperanza se transforma en pánico y decepción. Si no oyes nada, entonces debes asumir que has reprobado. Pero nunca hay confirmación, y aquí los plazos no significan nada, así que depende de ti cuándo apagar tu propia esperanza.

Bajo el árbol, varias Sombras discutían sobre la misma pregunta.

“Te lo *digo* , las Furias no los leen”.

—Bueno, si no son las Furias, ¿entonces quiénes?

—Debes ser nuevo aquí —se burló un Shade, y esto provocó risas en el patio—. Son las víctimas, ¿ves? Tenemos que esperar a que mueran, y entonces *ellas* decidirán si es suficiente...

—Pero eso no tiene sentido. ¿Por qué se quedarían las víctimas por aquí?

¿Qué dijo Sócrates? Sus *llamados son seguidos por súplicas, mientras ruegan a sus víctimas que les permitan salir del río...*

“Sócrates fue condenado a muerte por ser molesto, la opinión de Sócrates no cuenta para nada”.

En fin, ¿a quién le importa la opinión de las víctimas? ¿Qué las convierte en tan expertas en moral?

“Bien, supongamos que dos ladrones se disparan en la cabeza al mismo tiempo”.

“Vamos, eso no fue lo que te pasó”.

“A quemarropa y el otro tipo en la cama, es más como si fuera—”

—Pero *supongamos* —insistió la Sombra que primero planteó la objeción—.

Supongamos que dos ladrones se disparan, y ambos son víctimas y victimarios, y nadie

tiene la autoridad moral. ¿Quién lee entonces? ¿A quién le importa el perdón? ¿Quién decide?

Hubo un alboroto de voces cuando Shades descendió para opinar sobre la autonomía moral, el perdón y si aún se podía ser perjudicado si se hacía algo mal primero. Este parecía un tema antiguo en el patio, algo controvertido y divisivo, y de alguna manera un argumento tan familiar que todas las partes habían ensayado sus posiciones desde hacía tiempo. Alguien gritó sobre Jesús y el amor incondicional, y todo el foro gimió.

El Shade que había presentado su tesis permanecía encorvado y solo contra la pared, con aspecto desolado. De vez en cuando, rozaba con el dedo el tirador del cajón, como si pudiera obligarlo a responder.

—Vamos. —Gradus animó a Alice a salir al otro lado del patio—. Primero probaremos el Bazar de la Escritura. Luego, los talleres.

ALICE PENSÓ QUE QUIZÁ GRADUS SE REFERÍA A « Bazar de la Escritura» en el mismo sentido que *Harper's Bazaar* significaba «bazar», es decir, un mercado metafórico de ideas. Esperaba una conferencia, quizá, o una estantería de revistas impresas. No esperaba un bazar en el fantástico sentido oriental: un mercado caótico, puestos y puestos en hileras donde los vendedores ambulantes anunciaban sus productos a gritos y las Sombras se movían entre las hileras, comprando y regateando. Tras el prolongado silencio del desierto, todo esto era bastante abrumador, y Alice casi tropezó con una Sombra que estaba en cuclillas junto a la puerta. La Sombra graznó y cayó hacia atrás, derribando montones de papel amarillento tras ella.

—Lo siento —jadeó Alicia—. No te vi...

La Sombra murmuró algo que Alicia no pudo entender. Aunque no parecía estar hablándole a Alicia. Más bien, susurró algo con vehemencia a la hoja de papel que aferraba. Alicia se dio cuenta entonces de que la Sombra leía cada página en voz alta a paso lento, deteniéndose de vez en cuando para murmurar preguntas sobre frases preposicionales y pronombres de objeto. Tenía a su lado un ejemplar de " *Los Elementos del Estilo" de Strunk y White* , que Alicia no había visto desde la primaria.

—Está bien —dijo Gradus, tirándola—. Solo está haciendo correcciones.

"¿Ediciones de estilo?"

Muchos Shades creen que pueden suspender por el más mínimo error ortográfico.

Pasan décadas revisando sus manuscritos antes de sentirse cómodos para enviarlos.

Alice pensó en el profesor Grimes, cuya mirada se deslizaba tan rápido sobre los trabajos de los estudiantes que a veces se preguntaba si siquiera registraba su contenido. "¿Acaso les importa a los jueces?"

“Nadie lo sabe”, dijo Gradus. “Nunca explican por qué rechazan las tesis. Solo podemos cubrirnos las espaldas lo mejor posible”.

Detrás de ellos, la Sombra aullaba y se golpeaba contra la sien.

—¡Qué tontería! —exclamó—. ¡Qué tontería! ¡Hay *dos* espacios después de cada punto! ¡Hay que rehacerlo *todo !*

El siguiente puesto estaba completamente ocupado por pirámides de libros usados.

La colección era enorme. La biblioteca de Elspeth era insignificante en comparación.

Todos los libros estaban maltratados y manchados en diversos grados. A algunos les faltaban las tapas; a otros les faltaban trozos enteros en el centro; algunos parecían haber sido sacados del fondo del río, secados y reencuadernados con esmero con aguja e hilo. Aun así, su aspecto y su olor eran tentadores, pues todos los libros, como el vino, tenían un aroma a lectura que maduraba con el tiempo, razón por la cual las librerías y bibliotecas olían tan bien. A Alice le picaban los dedos con la familiar necesidad de hojear los volúmenes. El vendedor ambulante se animó al percibir su atención. Pasó inmaterial entre las pilas y se detuvo justo delante de ella. "¿De Quincey?" Levantó dos volúmenes, uno grueso y otro delgado. "¿De Sade?"

“Ninguno hoy, gracias”, dijo Gradus.

¿Seguro? De Sade es muy divertido. Si no por remordimiento, al menos por excitación.

Gradus levantó una mano al pasar. "Estamos bien".

—Rousseau, entonces —llamó el vendedor ambulante—. Te gustará.

-¿Qué quiere decir? -preguntó Alicia.

—Vende textos confesionales —dijo Gradus—. San Agustín, San Patricio, *etc.* Mucha gente aquí cree que ese es el modelo.

“¿Entonces leen para inspirarse?”

Claro. O para hacer trampa. A la gente le gusta copiar todo lo bueno: la parte sobre las almas que se parten en dos, el fuego de la culpa que te quema por dentro, bla, bla, bla.

—O la salvación divina —gritó el vendedor ambulante—. Aquí tenéis la nueva edición traducida de *Crimen y castigo* , completamente nueva, extraída en perfecto estado de una tumba de Derbyshire...

—No, gracias. —Gradus aceleró el paso.

—¿Funciona eso? —Alice corrió tras él—. ¿Copiar confesiones?

—Oh, nunca. Siempre saben cuándo no es una obra original. Aquí se toman el plagio muy en serio; por alguna razón, la gente siempre lo olvida. Hace un tiempo, alguien copió dos frases de las *Confesiones de un inglés consumidor de opio* y no le permitieron volver a tocar el papel durante cincuenta años.

—¡Caramba! —murmuró Alicia—. ¿Quién no haría su propio trabajo en *el Infierno* ?

—Todos —dijo Gradus—. ¿Nunca han tenido bloqueo de escritor?

—Bueno, por supuesto, pero…

"¿Alguien mencionó el bloqueo del escritor?"

Alicia se estrelló contra lo que parecía una gran pared carnosa. Se tambaleó hasta quedar negra. Ante ella se alzaba un auténtico centauro: la cabeza y el torso musculoso de un hombre sobre el trasero azul índigo de un caballo. Lo habría encontrado muy atractivo, al estilo de un rudo montañés, si su boca no hubiera sido por una enorme sonrisa dentuda que indicaba que quería comérsela.

"Lo lamento-"

—No hace falta disculparse. —Inclinó la cabeza y las patas delanteras en una profunda reverencia que no debería haber parecido tan elegante. Su cabeza quedó cerca de la entrepierna de Alice, lo cual fue sorprendente y excitante a la vez—. Soy Nessus.

—Su voz era maravillosamente suave—. Deidad ctónica inferior, tutor itinerante de escritura de Dis, a su servicio.

"Lárgate", dijo Gradus.

Nessus se levantó y tomó las manos de Alice. "¿Eres nueva en la ciudad, cariño? ¿Es tu primera vez en el bazar?"

“Sí, yo—”

—¡No temas! —Le apretó las manos con fuerza. Sentía la piel muy cálida—. Estoy aquí para ofrecerte cualquier servicio de redacción que necesites. Propuestas, esquemas, bibliografías, incluso capítulos completos de tu tesis si así lo deseas. Las tarifas son negociables...

—Déjala en paz —dijo Gradus.

“¿Eso funciona?” preguntó Alicia intrigada.

"Claro que no", dijo Gradus. "Nadie quiere esos ensayos falsos".

“Nuestros ensayos son los mejores del mercado.” Nessus seguía ignorando a Gradus. De hecho, cada vez que Gradus hablaba, Nessus solo abría más la boca, continuando con su discurso a gritos ensordecedores. “HEMOS AYUDADO A CIENTOS DE ALMAS A APROBAR SUS DEFENSAS DE TESIS Y A ENCONTRAR

PASO A TRAVÉS DEL LETE EN LAS ESPERADAS NAVES DORADAS…”

“Es una estafa completa”, dijo Gradus.

NUESTROS

ENSAYISTAS

CONOCEN

PROFUNDAMENTE

EL

FUNCIONAMIENTO DEL INFIERNO. MUCHOS HAN CAMINADO POR LAS

ARENAS DE LA MUERTE DESDE EL NACIMIENTO DEL MUNDO...

—¡Pero si son todos dioses! —exclamó Alicia—. ¿Qué podrían querer a cambio de los humanos?

Nessus dejó de gritar, la miró de arriba abajo y le murmuró al oído: «Un alma humana puede ser útil en más de un sentido».

Alicia no comprendió muy bien qué quería decir, pero sabía lo suficiente como para apartar las manos.

—Déjala en paz. —Gradus agarró a Alice del brazo y la arrastró por los puestos.

Nessus no la siguió. Cuando Alice miró hacia atrás, él estaba enfrascado en intensas

negociaciones con otra Sombra, regateando el número de palabras y los plazos de entrega.

—¿Nunca has estado en un mercado? —preguntó Gradus—. Mantienes la mirada al frente, nunca *respondes* ...

—Lo siento —jadeó Alicia—. Es que... hay tantos...

“El bazar está hecho para distraer”, dijo Gradus. “Este es el diseño del Señor Yama.

Hay un millón de cosas que impiden que alguien escriba, todo con el fin de que mejore en ello. Recuérdalo, Alice Law. El infierno es un mercado de escritores”.

El bazar parecía interminable. Perdida en su esplendor, Alice no veía salida. Solo Gradus parecía saber adónde iban, esquivando a los vendedores ambulantes con irritable indiferencia. Pasaron puestos de útiles de escritura y remedios para la productividad: viejas máquinas de escribir, montones de papel, relojes de arena («¡NO

PROCRASTINES PARA SIEMPRE!»), libros de autoayuda (« *Cómo escribir una confesión en diez días»* , *«Dos mil palabras al día: el método agustiniano* ») y plumas negras anunciadas como auténticas plumas de

buitre («DI NO A LA MÁQUINA DE ESCRIBIR: ESCRIBE

EN ANALÓGICO PARA IMPULSAR TU MENTE CREATIVA»). Alice no podía comprender muy bien qué era lo que se consideraba moneda en Dis (veía a las Sombras intercambiando todo tipo de baratijas, desde botones hasta tapas de botellas y lo que parecían ser huesos de nudillos humanos), pero el comercio, evidentemente, estaba prosperando.

El tráfico se hizo más denso. Se abrieron paso a empujones y se encontraron con una multitud reunida alrededor de una criatura: una deidad, vio Alicia, un gigante con una cabeza de elefante, su cráneo salpicado de demasiados ojos. Dos grandes cuernos se extendían desde sus sienes, pero los ojos de Alicia no podían rastrear dónde terminaban. Solo podía describir las puntas de esos cuernos como si terminaran en varios lugares a la vez, una nube de probabilidades. De hecho, a Alicia le costaba mirar a la deidad; su forma cambiaba constantemente en el espacio, de modo que en el momento en que creyó haberlo fijado en su visión, estaba varios centímetros a la izquierda.

"OMS-"

“El demonio de Laplace”, dijo Gradus.

“¿El demonio de Laplace es real?”

—Ah, sí. Le gusta pasear por el bazar y convencer a la gente de que no tienen la culpa. Les hace retroceder décadas en su progreso. Ven por aquí, te perderás entre la multitud.

Alice lo siguió hasta el final de la multitud. Los seguidores del demonio lo escuchaban con entusiasmo mientras él les contaba datos sobre sus vidas y explicaba su patología. El gato de alguien había muerto cuando tenían diez años. A alguien le había dado una paliza demasiado fuerte una niñera. Alguien tenía predisposición genética a la ira.

"¿Cómo lo hace?"

—Bueno, es determinista —dijo Gradus—. Así que cree que, solo porque sabe todo sobre ti, te libera de toda responsabilidad personal por todo lo que has hecho.

"¿Cómo funcionaría eso?"

“El Demonio de Laplace ha estado observando el universo desde su inicio”, dijo Gradus. “O eso dice. La primera colisión de átomos, el Big Bang, todo eso. Observó cómo las primeras células de la Tierra se convertían en vida consciente. Observó cómo los átomos que las componían interactuaban en nuevas y emocionantes combinaciones para crear generaciones. Sabe, gracias a las leyes naturales del universo, con precisión cómo interactuarán esos átomos en el futuro para formar nuevas combinaciones, y así sucesivamente. Sabe qué elegirás cuando decidas entre una manzana y una naranja.

Sabe si algún día traicionarás a tu marido o ahogarás a tu hijo. Lo sabe todo, porque cada mala acción que has cometido se determinó el día que naciste. La vida es un rumbo fijo en el que naciste, un rumbo del que nunca puedes escapar. Ni siquiera sabes que lo estás siguiendo”.

“¿Qué pasa si elijo diferente?”

—No importa —dijo Gradus—. Él también lo habrá previsto. Sabe que un día pensarás en el determinismo y te sentirás obligado a resistir. Y sabe que elegirás lo impredecible solo por hacerlo. El Demonio de Laplace lo sabe todo.

—Y eso significa que nadie puede ser responsable de nada —Alice ya lo había captado—. Lo que significa que no existe el concepto de culpabilidad... Es decir,

¿funcionaría? ¿Si pudieras explicar todos tus pecados como producto de fuerzas que escapan a tu control?

—Tal vez. No lo sé.

Ella resopló. "¿No sabes *nada* ?"

"Lo sé todo sobre este lugar", dijo Gradus. "Y, por cierto, te ofrezco ese conocimiento gratuitamente, lo cual es mucho mejor que en cualquier otro lugar".

—Entonces, ¿por qué no puedes decir cómo se aprueba una tesis?

“ *Porque.* ” De nuevo, la esencia de Gradus adquirió ese calco aterrador y apagado.

Alice sintió el peso de la acumulación, de capas sobre capas de tiempo. “No sé cómo se hace. Porque nadie sabe cómo se hace. Porque nunca he visto una disertación que pase en todo el tiempo que llevo

en el Infierno. Porque muchos pensamos que la disertación es un ejercicio inútil ofrecido por deidades sádicas para distraernos, porque ¿no sería tan gracioso? ¿No sería la mejor y más cruel broma para mantenernos dando vueltas por el bazar para siempre? Porque a ninguno de nosotros en este miserable lugar se nos ha dado jamás un motivo para la esperanza."

—Ah —dijo Alicia con un hilo de voz—. Ya veo.

Dis ya no le parecía tan impresionante. El bullicio del bazar ya no le hacía gracia.

Ahora los puestos y la multitud le parecían un espectáculo espantoso: rebosantes de desesperación, hámsteres dando vueltas en una jaula patética y ornamentada, todo para evitar la única pregunta que parecía importar: *¿por qué pecaste?*

¿ Podría escribir su propia salida del Infierno?, se preguntó Alice. Si de alguna manera moría de muerte natural, si terminaba en Dis. ¿Podría enfrentarse al papel en blanco y decir la verdad?

Ella sabía cuál era su gran crimen. Había dejado morir a Peter Murdoch. Había matado a Peter Murdoch.

Ahora bien, Alice sabía por las conversaciones en el salón que los filósofos de Cambridge estaban muy preocupados por la diferencia entre matar y dejar morir.

Algunos argumentaban que no había distinción: que si conocías la causa de la muerte y no conseguías detenerla aunque pudieras, entonces eso equivalía moralmente a asesinato. Otros discrepaban. Dejar morir podía ser moralmente insensible, argumentaban, pero implicaba negarse a involucrarse en una situación, no provocarla.

Si dejar morir era tan malvado, ¿éramos responsables de no hacer nada con respecto a la pobreza mundial? ¿Con respecto a los huérfanos que mataban de hambre a continentes lejanos? Así que uno podría convencer razonablemente a Alice de que no, nada de esto era culpa suya. Ella no los echó del *Neurath* , no tendió la trampa de Escher y no hizo

que Peter se sacrificara. Simplemente no había logrado detenerlo todo, y no se la podía culpar por eso.

Pero este razonamiento no resistía la intuición. Alice sabía también que en la defensa penal existía un tipo de argumento llamado "de no

ser por". De no ser por sus acciones,

¿se habría estrellado este coche? ¿Se habría ahogado este niño? De no ser por Alice Law,

¿estaría muerto Peter Murdoch? La respuesta era, obviamente, no. Alice podía trazar una línea recta desde su propia estupidez y egoísmo hasta el sacrificio de Peter. Y sabía que, si alguna vez moría como es debido en el mundo de arriba, si alguna vez escapaba de vuelta al mundo de arriba, terminaría aquí mismo expiando el asesinato del alma inmortal de Peter Murdoch. Pero si estaba dispuesta a admitirlo, si lo dejaba todo por escrito, ¿sería suficiente? ¿Bastaría con declarar lo que había hecho y admitir toda la responsabilidad? Ciertamente, era demasiado fácil, porque de ser así no habría tantas almas frustradas en Dis. Ciertamente, no todas estas almas se engañaban a sí mismas.

Ciertamente, después de décadas en este patético estruendo, uno preferiría decir la verdad.

Pero eso significaba que el Infierno exigía algo más que una declaración de culpabilidad. Que las Furias, o quienesquiera que fuesen , si es que existían, esperaban un reconocimiento de culpa más profundo. Y fuera lo que fuese —ya fuera porque su mente se negaba a admitirlo o porque estaba fuera de su alcance—, Alice no estaba segura de poder plasmarlo en papel, ni siquiera en palabras.

GRADUS LA CONDUJO FUERA DEL bazar y a través de otra serie de pasillos hasta que se detuvo ante una puerta sencilla y sin rótulos. «El taller», dijo, y la empujó. Dentro había una habitación sin adornos que contenía una larga mesa ovalada, junto a la cual se sentaban una docena de Sombras sentadas en sillas plegables de metal; concretamente, de esas sillas plegables con una abertura lo suficientemente grande como para frustrar cualquier esperanza de apoyo para la espalda, y pernos de metal oxidados que amenazaban con desgarrarte al intentar plegarlos. La habitación estaba mal iluminada. El aire olía a orines de gato.

Había una reunión en marcha. Los Shade estaban encorvados sobre un puñado de papeles, debatiendo algo relacionado con la violencia doméstica y la culpabilidad moral.

Alice observó sus rostros. Expresiones sombrías y concentradas. Cejas gruesas y fruncidas; bocas apretadas en finas líneas de concentración. La mitad llevaba gafas. Los demás detalles de su atuendo se habían

desvanecido, dejando solo túnicas oscuras, lo que les daba un aire vagamente victoriano. Estas Sombras parecían dispuestas a

explayarse sobre los indicadores frenológicos de la inteligencia en las distintas razas. Si alguna vez hubo una habitación en el Infierno donde Grimes perteneciera, pensó Alice, era allí. Pero ninguno de los rostros coincidía.

—No está aquí —le susurró a Gradus—. Deberíamos...

La puerta se cerró de golpe tras ellos. La reunión quedó en silencio. Las Sombras levantaron la vista y se quedaron mirando.

—Ah, profesor Gradus. —El Sombra a la cabecera de la mesa se puso de pie. Un cartel de latón delante de él decía: « *Presidente* ». —Hace tiempo que no lo veo.

—Me fui de retiro —dijo Gradus—. Necesitaba despejar la mente.

—Bueno, no te vamos a dar comentarios —dijo un Shade con pucheros a la izquierda del presidente—. Ya conoces las reglas. Críticas para recibir críticas, no puedes desaparecer durante años y luego esperar que todos te ayudemos...

—Está bien —dijo Gradus—. Solo estoy aquí para observar.

—Gradus —*susurró* Alice de nuevo. Pero él la ignoró.

“¿Quién es ella?” preguntó el presidente.

Todas las miradas se volvieron hacia Alice.

—Sangre nueva —dijo Gradus—. Acaban de llegar.

"Creí que habíamos dicho que no se permitirían recién llegados", dijo la Sombra a la izquierda del presidente.

"Todavía se está orientando", dijo Gradus. "Todavía no ha empezado a escribir.

Pensé que podrían compartir un poco de su sabiduría. Enséñenle cómo se hace".

"Pero este es un grupo de escritura *serio* ", dijo Shade. "No aceptamos novatos, son una pérdida de tiempo".

“La regla era por lo menos diez años”, asintió el presidente.

—Es una posgraduada de Cambridge —dijo Gradus—. Magia analítica.

La palabra *Cambridge* fue como un hechizo. Incluso allí, el prestigio abría puertas.

Los Shade se miraron entre sí. Algunos se encogieron de hombros. El presidente gruñó:

«Supongo que puede auditar. A modo de prueba. Puedes sentarte en la esquina».

—Vamos —le dijo Gradus a Alicia—. Siéntate.

Alice no entendía qué hacían allí. "Pero él no..."

Gradus la empujó hacia adelante. «El presidente la invita a sentarse».

Entonces Alice se dio cuenta de que no tenía el control.

Había sido una tonta al confiar en Gradus. No podía comprender lo que quería; no debería haberle seguido el juego. No entendía lo que estaba sucediendo, pero no le gustaban sus posibilidades en Dis sola, así que se sentó con cautela al borde de su silla asignada e intentó no parecer demasiado asustada. Gradus permaneció de pie a su lado, su esencia ondeando a su alrededor como una jaula.

—¿Podríamos retomar la tesis del profesor Bent? —preguntó un Shade con monóculo—. ¿Si ya no hay interrupciones?

—Sí, sí, por supuesto. —El presidente se sentó—. Continuemos. Profesor Brown,

¿decía...?

El profesor Brown golpeó las páginas que tenía delante. «Me parece un poco revisionista. El tono es... bueno, muy combativo , ¿no? Y las refutaciones a la liberación femenina... ¿no son un poco extremas?»

"Me opongo", dijo un Shade a varios asientos del profesor Brown. Alice supuso que se trataba del profesor Bent, autor de dicha tesis. Tenía una cara muy alargada y una boca sorprendentemente baja, lo que parecía el resultado natural de toda una vida de acariciarse la barbilla como hacía ahora el profesor Bent. "Es... un poco contradictorio, sin duda, pero todo dice la verdad".

“¿La verdad es que todas las mujeres son unas malvadas?”

—Estoy seguro de que *algunas* mujeres son ángeles virtuosos —dijo el profesor Bent con desdén—. No haré generalizaciones descuidadas. Solo quiero decir que *esta* mujer, en su caso específico, ejemplificaba todas las debilidades de su sexo. No todas las mujeres son celosas, irritantes y cabezas huecas. Pero *esta* mujer...

—Sí, bla, bla, la Eva de tu Adán, la fuente de todo mal —intervino otra Sombra—. Es una interpretación aburrida, ¿no crees? Minimizas tu propia voluntad y demonizas a tu esposa...

—¿Qué se supone que debo hacer? —preguntó el profesor Bent—. Lo único que he escrito es la verdad, ni más ni menos. No puedo inventar argumentos solo para complacer a un público que solo se interesa por las interpretaciones feministas. Me niego. Sería una mala investigación.

—Pero esto no es una confesión —dijo Shade con monóculo—. Es solo un manifiesto.

-Bueno, no tengo nada que confesar.

—Oh, ¿por qué crees que estás en *el infierno* entonces, idiota?

—Vamos, vamos —dijo el presidente—. Mantengamos la profesionalidad.

“El concepto de la confesión es tan victoriano”, dijo el profesor Bent. “¿No has leído a Foucault? *Science sexualis.* La confesión es una forma discursiva represiva, mediante la cual no se puede producir conocimiento verdadero. La confesión trata sobre la vergüenza oculta, la culpa, la extracción. Pero no seré un prisionero en el potro de tortura, ¿entiendes? No mentiré por la libertad”.

—No estoy seguro de que las Furias hayan leído a Foucault —dijo el presidente—.

Debes tener en cuenta a tu público.

El profesor Bent resopló. «Bueno, si los dioses son perfectos y omniscientes, entonces deberían ser receptivos a la razón. Los dioses deberían comprender que este método de disertación es anticuado y que no ganamos nada con la autoflagelación. Los dioses deberían desear que nos liberemos de nuestra represión...»

“¿Por qué hablamos de los dioses?”

Una mujer, Shade, estaba sentada en el extremo opuesto de la mesa, con la silla ligeramente retirada, de modo que quedaba medio oculta tras sus compañeras. Llevaba el pelo oscuro recogido en un moño, y al inclinarse hacia delante, Alice vio que tenía un rostro severo, como el de un zorro. Se había esforzado mucho más por distinguir su ropa que sus compañeras. Llevaba un vestido negro de cuello alto, con el cuello blanco almidonado, impecablemente planchado, y cada pliegue de su falda.

—Ah, Gertrude —dijo el presidente—. ¿Quieres participar? ¡Habla!

Gertrude echó la silla hacia atrás y se levantó. «Mi pregunta es, ¿quién quiere la reencarnación?»

—Otra vez esto, no —dijo el profesor Brown—. Todos quieren renacer, por eso estamos aquí.

“¿No has leído *El —¿República* ? —preguntó Gertrudis—. ¿No conoces el mito de Er?

Áyax se convierte en león. Odiseo en un ciudadano común. Pero los malvados no tienen derecho a elegir. Los malvados sufren en la otra vida.

“Ya hemos hablado de esto”, dijo el presidente. “No tenemos ninguna evidencia de que el karma afecte el renacimiento…”

Sí, tienes razón, solo tenemos una razón a priori. ¿Pero crees que nuestros pequeños castigos son suficientes? ¿De verdad crees que, una vez pulidos y entregados nuestros papeles, los que mandan verán conveniente reencarnarnos como señores y señoras?

“Ahora sabemos que no hay garantía…” comenzó el presidente.

"¿Quién quiere ser una lombriz?", preguntó Gertrude. "¿Quién quiere ser un escarabajo pelotero? O peor aún, nacer con cognición humana pero no tener la oportunidad de ejercitarla. En resumen, el sufrimiento humano supera con creces los placeres de la vida humana, y todos tuvimos la suerte de terminar donde terminamos en nuestras vidas pasadas. Pero ¿quién de ustedes podría pasar de la residencia universitaria a la calle?"

—A los reencarnados les da igual —dijo el profesor Bent—. Lo olvidarían, no tendrían base para comparar...

—¡Y ni hablar del olvido! —gritó Gertrude triunfante—. ¿Por qué

querríamos borrar nuestros recuerdos? ¿En qué se diferencia el Leteo de la muerte? Es mejor existir como somos, *aquí* y *ahora* . Seguimos el ejemplo del Lucero del Alba. Creamos nuestro propio paraíso en el Infierno...

—Está bien, Milton —dijo el profesor Mansfield.

«Dios no tiene poder sobre nosotros», dijo Gertrude. «La moral es para los débiles».

—Está bien, Raskolnikov —dijo el profesor Bent.

“Puedes burlarte de mí todo lo que quieras”, dijo Gertrude. “Pero creo que Raskolnikov no fue lo suficientemente lejos. Su determinación flaqueó al final. Su error fue que flaqueó, se volvió paranoico, dejó que el policía se metiera en su mente. ¡Pero imagina si se hubiera aferrado a sus convicciones! Imagina si la idiota de Sonia, y toda su moralización cristiana, nunca hubiera entrado en escena; sí, imagina si *la culpa* nunca se hubiera interpuesto en su camino…”

“Sí, lo sabemos, todos hemos leído a Nietzsche, Dios ha muerto, etc.”, dijo el presidente. “Pero, por desgracia, *un* poder superior decidió que merecíamos un castigo, así que aquí estamos…”

—¡Pero no tiene por qué ser así! —Gertrude golpeó la mesa con las palmas—. ¿Por qué aceptamos los tribunales del Infierno? ¿Por qué nos sentimos tan cómodos en nuestra situación? ¿No lo ves? Si Dios no está muerto, entonces debemos *matarlo* .

Debemos reconstruir el Infierno a nuestro gusto. Debemos hacer de Dios nuestro propio paraíso.

"¿Por qué está aquí?", preguntó el profesor Bent al presidente. "Esto no tiene nada que ver con mi tesis".

“El impacto es fundamental en una tesis”, dijo Gertrude. “¿Para qué publicar un trabajo si no sabes qué quieres lograr?”

«Estamos aquí para hablar de metodología», dijo el presidente. «No de metafísica».

"Aunque esta pieza no podría pasar", dijo Shade con monóculo. "Ni siquiera hemos llegado a la autobiografía, que es un poco precaria..."

"Ten cuidado a quién llamas tembloroso", dijo el profesor Bent.

¿De verdad crees que valía la pena escribir doce páginas explicando por qué la familia de tu mujer no quería pagar la boda?

—Es mejor que tu esfuerzo de la semana pasada —dijo el profesor Bent—. Todo grotesco y sangriento...

“Los detalles importan.”

“Oh, claro, si estás escribiendo *ficción* …”

La situación se intensificó rápidamente. En un momento, el Profesor Bent y la Sombra con monóculo gritaban por encima de la mesa; al siguiente, luchaban encima.

La mitad de las Sombras se levantaron para unirse a la refriega. La otra mitad se recostó, con los brazos cruzados y el ceño fruncido. Alice observaba boquiabierta. Sintió una profunda lástima. Se preocupaban tanto, discutían con tanta saña, pero ¿no podían ver que no importaba, que no se registraba ni remotamente en el lapso cósmico de las cosas, y que esta era la forma más tonta de pasar la eternidad?

—¿Estás contento? —Gradus parecía encantado—. ¿Es lo que esperabas?

Pero Alicia no podía imaginarse qué victoria creía haber obtenido.

—¡Mira! —gritó alguien—. ¡ *Mira* !

TODOS LOS ROSTROS SE VOLVIERON HACIA LA VENTANA.

Aparecieron luces en el cielo. A Alicia le parecieron estrellas: constelaciones de destellos parpadeantes que al principio parecían tan remotas, pero que luego se acercaron cada vez más, hasta que se acercaron y vio que no eran estrellas, sino copos de brasas. Allí donde aterrizaban, se encendían fogatas. Los vendedores ambulantes corrían con esteras, intentando sofocar las llamas. Pero era demasiado tarde, y Alicia oyó aullidos mientras pilas enteras de papel se convertían en humo. Vio a la mujer que había estado haciendo correcciones de estilo corriendo en círculos, chillando, con la cabeza en llamas y el Strunk y el Blanco apretándose contra el pecho.

Las sillas chirriaron cuando las Sombras se levantaron. Pasaron junto a Alice a empujones, apresuradas por salir. Ella las vio correr, desconcertada. Unos momentos después, las vio desde la ventana, corriendo con los brazos como aspas de molino hacia la llama.

—¡Oh! —Alice se adelantó varios pasos, pero se detuvo, sin saber qué podía hacer, si es que podía hacer algo—. ¡Que alguien los detenga!

Pero ella había malinterpretado sus gritos como expresiones de angustia. Estas Sombras estaban encantadas. Corrieron hacia el fuego como niños que se lanzan descalzos al océano. Corrieron hacia el bazar no para rescatar a sus compañeros ni para recuperar las provisiones, sino para unirse a la diversión.

Se incendiaron con la rapidez de hojas marchitas. Alice no podía apartar la vista de esos rostros ardientes. Desde pequeña le había tenido mucho miedo al fuego. Solía imaginarse arder en la hoguera como la peor muerte posible. La grasa burbujeante, la

transmutación de la carne en carbón... la aterrorizaban. Pero las almas de Dis no se marchitaron. Su carne no se desprendió de sus mejillas, ni siquiera mientras chisporroteaba. Bajo las llamas, su piel permaneció suave, intacta. Arder allí no era permanente. Lo único manifiesto era el dolor.

“Deja de gritar”, dijo Gradus.

Alice no se había dado cuenta. Se tocó el cuello; tenía la garganta ronca. Le temblaba la mano. «Oh, *¿por qué* ...?»

—No podemos producir fuego por nosotros mismos —dijo Gradus—. Nadie sabe por qué, pero es lo único que el Infierno nos niega. Por eso nos alegra mucho cuando baja del cielo. No te preocupes, no puede hacerles daño. Es solo un recuerdo.

Un alboroto estalló cerca de la orilla. Una gran figura irrumpió a través de las murallas de la ciudad, destrozando sus cimientos de mármol. Una cosa aullante y retumbante, demasiado enorme para ser comprendida de golpe. Alicia solo pudo registrar sus atributos fragmentados. Pasos pesados. Un paso imponente. La bestia tenía tres cabezas. Las Sombras gritaron como si fueran una sola. " *¡Cerbero!* "

Se lanzaron hacia adelante. Alice no entendía por qué se acercaban a la bestia, y aun así permanecieron con las manos extendidas, saludando con desenfreno. Extendió la mano sin pensar hacia Gradus, aunque sus dedos solo encontraron aire frío. "¿No tienen miedo?"

¿Asustados? Cerbero es lo más emocionante que ha pasado aquí abajo. Gradus parecía muy complacido consigo mismo. Esperamos que nos pisotee. Le rogamos que nos destroce.

" *¿Por qué?* "

—Porque es *interesante* —dijo Gradus—. El dolor es interesante, y puedes soportarlo todo mientras sea interesante.

“Pero, ¿cómo…?”

“Al final, todo son solo sensaciones, Alice Law. Dolor o placer, imágenes especulares. Y ambos preferibles al tiempo muerto. Aquí el tiempo se arrastra. Haces lo que sea para sentir.” Dio un respingo. “¡Oh! ¡Un golpe directo!”

Una de las cabezas de Cerbero cayó de golpe y agarró a una Sombra por la cintura.

La multitud en la orilla vitoreó cuando Cerbero alzó la Sombra en el aire. Las vísceras salpicaron por todas partes. Cerbero movió la mandíbula y los pedazos desmembrados cubrieron la arena. Pero no pudo haberlo hecho, pensó Alicia; las Sombras tenían que dividirse, tenían que desearlo. Una gran ovación resonó en el patio, y las Sombras se lanzaron a ofrecer sus cuerpos.

"¡Yo soy el siguiente!"

“¡Yo, Cerbero!”

"¡A mí!"

Alicia oyó un zumbido agudo en su cabeza.

—¡Mi brazo, Cerbero, arráncalo!

“Mi cabeza—”

“¡Mis jugosas tripas!”

¿Era este el fin de la existencia? Alice podría haber llorado de ridículo. Ahora comprendía el Infierno por completo. Veía su intrincado diseño; podía comprender que no era una imitación aleatoria de rituales vivientes, sino un espejo cruel; que todo su reflejo kármico solo pretendía mostrar la inutilidad de la vida, desde un principio. El objetivo no era la rehabilitación, sino una reducción a la forma, demostrar que los humanos eran gusanos que se retorcían ciegamente, buscando sentir algo. *Oh, Dios* , pensó frenéticamente, *¿por qué nos creaste? ¿Por qué contaminas el universo con nuestros defectos? ¿Por qué no descansas después del cuarto día y te conformas con las estrellas*

silenciosas...?

Solo la Sombra llamada Gertrude no había salido de la habitación. Permanecía inmóvil junto a la ventana, observando lo que sucedía con perfecta calma. Alicia sintió una especie de fascinación horrorizada por ella, quizás similar a la fascinación que sentían los escolares por sus severas y guapas maestras.

—Patético, ¿verdad? —preguntó Gertrude—. Lo que hacen para entretenerse.

-Tú no escribes –dijo Alicia.

—Oh, no. Me niego.

Alice asintió a los cuerpos que chillaban. "¿Entonces qué los hace diferentes a ellos?"

“No veo la reencarnación como la solución”, dijo Gertrude. “La veo como la salida.

La salida para los débiles que no pueden afrontar su nuevo mundo con determinación, que no pueden comprender que *esto es todo, que esto es todo lo que tenemos* ”. Gertrude se apartó de la ventana. Sus ojos severos se encontraron con los de Alice, y un escalofrío recorrió la espalda de Alice. “¿Puedo mostrarte?”

—Déjala en paz —dijo Gradus—. A nadie le interesa tu culto.

“Todos debemos decidir por nosotros mismos, Gradus”.

“¿Qué culto?” preguntó Alicia.

—Una comunidad —aclaró Gertrude—. Entra y sal libremente.

“Eso no es cierto.”

“Te fuiste, ¿no?”

—Alice —dijo Gradus con urgencia—. Confía en mí.

Alice ladeó la cabeza. "¿Pero por qué haría eso?"

Gertrude era una incógnita. Mientras tanto, Gradus la había traído a Dis para burlarse de ella y perturbarla. No tenía motivos para confiar en ninguno de los dos, pero entre ellos, Gertrude aún no se había reído de su desesperación.

Alice podría haber atribuido su decisión a la razón entonces. El profesor Grimes podría estar con Gertrude, de hecho, probablemente lo estaba. Ciertamente, no lo incluiría entre esas Sombras chillonas. Pero fue el impulso por encima de todo; impulso y curiosidad, por ver el refugio final de los pecadores.

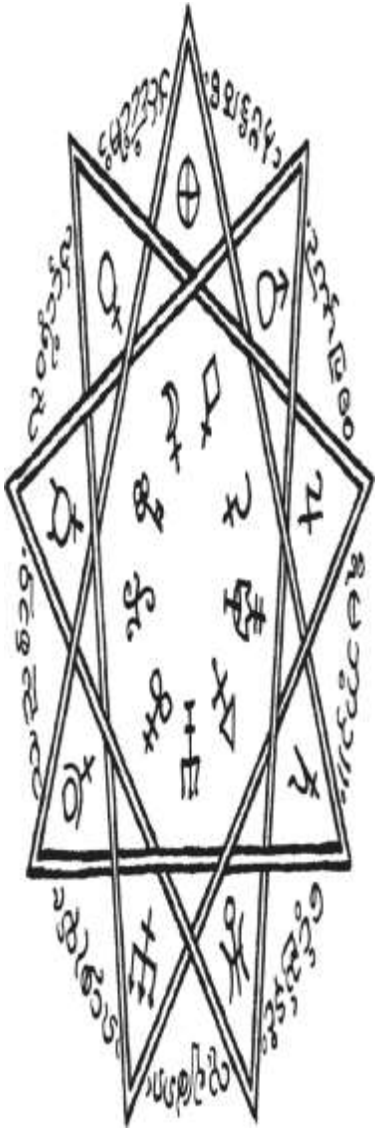
—¡Vaya, Gradus! —Gertrude ladeó la cabeza, y su voz era una amenaza aterciopelada—. ¿Quién es ella para ti?

Por un instante, Alice temió que Gradus revelara que no estaba muerta. Pero su rostro se quedó inexpresivo. Su grisura lo envolvió como un chal, y no respondió.

Gertrude le tendió la mano a Alice. Alice la tomó, pero dudó. "¿Adónde me llevas?"

Gertrude señaló la pared con la cabeza. Había una puerta de madera que Alice no había visto antes. Gertrude la abrió, revelando una pequeña escalera de caracol. Alice no supo adónde conducían ni a qué altura llegaban; solo que los estrechos escalones de piedra se perdían en la oscuridad.

—A la Ciudadela Rebelde —dijo Gertrude—. A la salida.



Capítulo veintiocho

Gertrude se deslizó, y Alice la siguió. Durante el viaje a Italia, Alice había subido las escaleras del Duomo de Florencia, una idea espantosa en pleno verano, cuatrocientos sesenta y tres escalones bajo un calor sofocante que contaba mentalmente uno a uno, porque nada más en

esa espiral oscura, sin ventilación y claustrofóbica le daba motivos para continuar. Una mujer sufrió algo parecido a un infarto a mitad de camino, y los demás tuvieron que pegarse a la pared mientras ella y su esposo bajaban arrastrando los pies, jadeando. Una vez cada cien escalones había una pequeña ventana en la piedra, y todos apretaban la cara contra los barrotes al pasar, desesperados por una brisa.

Alice solo podía suponer que el arquitecto de Dis se había inspirado en el Duomo.

Pero las ventanas intersticiales no dejaban entrar aire fresco, solo pequeños rectángulos del cielo naranja quemado del Infierno. Le ardían las piernas; sus pulmones no conseguían suficiente aire. Centró todos sus esfuerzos en poner un pie delante del otro, en ignorar cuántos habían sido y cuántos faltaban. Por fin, justo cuando temía desmayarse, salieron a un patio.

Por un instante, Alicia creyó haber ascendido al mundo de los vivos, pues lo que veía allí reflejaba el esplendor de Roma, de Villa Borghese, del Monte Palatino. No eran ruinas, ni artefactos dispersos caídos entre los mundos, sino diseños coherentes y elegantes. Senderos de baldosas se arqueaban alrededor de esculturas, cenadores y fuentes burbujeantes. Alicia respiró hondo, y el aire que llenó sus pulmones era fresco, puro y dulce.

—Ven, querida. —Gertrude le hizo un gesto a Alice para que la siguiera colina arriba. Llegaron a una terraza rodeada de estatuas sobre pedestales. Una docena de hombres y mujeres, mucho más grandes que el tamaño natural.

“Los más grandes entre nosotros”, dijo Gertrude. “Nuestros constructores y soñadores. Magos, arquitectos y poetas entre ellos. Todos en perfecta sintonía con la belleza y convencidos de que la belleza podía ser arrancada de lo divino.”

Alice intentó adivinar la identidad de estas figuras, pero no había nombres en los pedestales, y los rostros cincelados eran extrañamente impersonales. Evocaban ideales más que personas en particular. Cejas uniformes y pronunciadas, ojos alzados, narices rectas y patricias. Bocas fruncidas en gestos heroicos y desafiantes.

“¿Dónde están ahora?” preguntó.

—Siguen con nosotros —dijo Gertrude—. Esta es la Ciudadela Rebelde. No perdemos a nadie por muerte.

Cruzaron la terraza hasta un alero. Alice se asomó al borde. Podía ver todo Dis abajo: el bazar, los talleres, los interlocutores apiñados. La ciudad era mucho más grande de lo que había imaginado. El bazar —aún en llamas, destrozado por la furia de Cerberus— parecía ser solo un pequeño rincón entre muchos mercados similares. Desde allí podía ver una multitud de Sombras, corriendo por la ciudad como hormigas, todas dedicadas a la misma tarea inútil. Retrocedió un paso. Se sentía bien escapar arriba, libre del ruido. Si tan solo se mantuviera alejada del borde, podría bloquear el bazar por completo de la vista. Desde esta terraza, el resto de Dis era como si no existiera.

“Es muy bonito aquí”, dijo.

—¿Verdad? —le hizo una seña Gertrude—. Ven por aquí. Aquí se ve mejor.

Doblaron una esquina. Alicia vio que no estaban en la cima de una montaña, sino en la ladera de un acantilado. Abajo, el Leteo se agitaba, negro e implacable. Allí estaba más agitado de lo que Alicia lo había visto jamás, golpeando furiosamente contra las rocas. Allí, más que en ningún otro lugar, el Leteo parecía no un río, sino un océano, una vasta extensión negra que los rodeaba por todos lados. Miró al horizonte, preguntándose, pero no vio nada allí. Los dominios del rey Yama permanecían ocultos.

“Construimos al borde del agua”, dijo Gertrude. “La mayor reprimenda”.

Con orgullo, examinó sus dominios. Alice siguió su mirada, maravillándose ante aquella compleja silueta, aquellas torres que se alzaban desafiantes hacia el cielo. En el pico más alto que dominaba el Leteo, donde todos los patrones sugerían que debería haber un campanario, había un borde irregular e incompleto.

“Hubo un terremoto”, dijo Gertrude.

“¿Un terremoto?”

“De vez en cuando la tierra se rebela”, dijo Gertrude. “La tierra se desgarra.

Abismos se abren bajo nuestra hazaña. La lava brota de abajo y nos desprende, envolviéndonos en roca. Quienes caen abajo tardan eones en salir, si es que lo logran.”

—Oh —dijo Alicia.

“Una vez hubo un terremoto terrible y el campanario se derrumbó.” Gertrude negó con la cabeza. “Qué calamidad. Lo vimos desplomarse por las rocas, resonando sin parar, y hundirse bajo las olas. A veces todavía oímos una nota grave, que nos resuena en los huesos, y sabemos que es la campana que repica desde debajo del Leteo, que sigue resonando.”

Ella dijo esto sin ningún sentimiento de pérdida.

Alicia podía adivinar por qué. «Habrá otra campana. Construirás otra campana».

—Ah, sí —dijo Gertrude—. Todo acaba en el Infierno. Todo encuentra su camino a Dis. Las almas dan vueltas y vueltas. Pero todas sus *cosas* … eso no tiene una segunda vida. Con el tiempo, encontraremos lo suficiente para construir un segundo mundo abajo. No una réplica. Nadie quiere una réplica de un mundo defectuoso. Estamos construyendo algo mejor.

Por un instante, Alicia vio lo que Gertrude vio, al contemplar ese horizonte: una gran ciudad en ciernes, que se completaría a lo largo de un milenio y luego otro.

Gertrude habló como alguien que tenía tiempo; cuya existencia no se contaba en días, sino en eras; cuyo proyecto podía medirse en un largo suspiro desde el nacimiento del mundo hasta su fin. Alicia vio destellar en su mente todos los contornos de las ciudades que habían existido antes de la ciudadela. Roma, Jerusalén, Alejandría, Xi'an: todos los grandes centros del mundo, lugares que la Ciudadela Rebelde había sobrevivido.

Intentó imaginar Dis desde esa perspectiva del tiempo. Quizás con el tiempo Dis se volvería tan grande, tan hospitalaria, que ninguna alma la cruzaría jamás. ¿Para qué esforzarse, cuando se podía descansar en paz?

Gertrude se volvió hacia el horizonte. Bajo la luz abrasadora, su perfil era impactante. Llevaba la mano derecha levantada hasta el pecho, con la palma abierta en señal de beneficencia. Alicia la había confundido con una hereje. Allí arriba, Gertrude ocupaba más el papel de una santa.

“¿Alguna vez has visto la arena caer a través de un reloj de arena?”, preguntó Gertrude. “Imagínalo ahora, en tu mente. Presta atención a lo que sucede en el fondo.

Siempre la arena forma un pequeño pico. Una montaña que se extiende. Entonces el peso se vuelve demasiado grande, y la arena se derrumba hacia afuera, y el fondo se aplana de nuevo. El tiempo no se construye hasta un clímax, ¿ves? Solo un pequeño pico, siempre a punto de derrumbarse. Así es como transcurre el tiempo aquí en Dis.

Pequeños impulsos hacia adelante, la ilusión de una construcción. Luego el ciclo se

repite, una y otra vez, mientras todo el tiempo el fondo se acumula. Un día llegaremos a la cima. Pero tarda muchísimo."

Levantó la barbilla. «Estaremos aquí al final. Estaremos aquí cuando el sol moribundo se apague. Cuando los ejércitos de Gog y Magog se unan para invadir a los santos del Cielo, cuando Fenrir se trague a Odín entero, cuando Apep devore a Ra y lo sumerja todo en la oscuridad, cuando el mundo se ponga patas arriba y su corteza se convierta en roca fundida para renacer de nuevo, *estaremos aquí* ».

Ella habló con tanta convicción.

Alicia se preguntó qué hacía falta para mantener esa esperanza a lo largo de los años, a lo largo de los siglos. Entonces se preguntó dónde localizar la falla en el pensamiento de Gertrude. ¿Existía alguna? Pues en un mundo donde ninguna regla era estable, ¿por qué *no* creer en una inversión apocalíptica del orden moral? ¿Por qué era tan improbable? ¿No había una belleza perversa en todo ello? Qué convicción —hacer el mal y aferrarse a ella—, cuánto más audaz era que hacer el bien simplemente por miedo. Justo entonces Alicia envidió a Gertrude. Al menos Gertrude sabía lo que representaba. Al menos Gertrude tenía un futuro por el que luchar, por lejano que fuera.

—Y puedo... —Alice extendió las manos, sin saber cómo comportarse —. ¿Quieres decir que puedo quedarme aquí?

—Quédate todo el tiempo que quieras —dijo Gertrude—. Quédate para siempre.

"¿Y nadie más puede entrar?"

Estaba pensando en los Kripkes, pero Gertrude interpretó que se refería a John Gradus. "¿Ese charlatán? No te molestará. Nada entra en la ciudadela sin mi consentimiento."

"¿Y si quisiera irme?"

No te obligaré a quedarte. Nadie viene a la ciudadela si no es por voluntad propia.

Pero creo que estarás mucho más cómoda aquí que fuera. Con suavidad, Gertrude presionó la mano contra la espalda de Alice. "Ve. La ciudad es tuya".

Esto le pareció bastante abrupto a Alice. No sabía qué más fanfarria podría haber deseado —Gertrude había cumplido exactamente lo prometido—, pero no esperaba una despedida tan rápida.

“¿Pero dónde está todo el mundo?”

Descansando. La gente viene a la ciudadela buscando tranquilidad. No nos peleamos como los de abajo. Pasea cuanto quieras, pero con el tiempo descubrirás que también prefieres la tranquilidad.

Alicia sintió una punzada de pánico. No quería estar sola allí; no sabía qué hacer.

"¿Pero adónde vas?"

—A cuidar la ciudad. —Gertrude le dio a Alice una última y firme presión en el hombro—. Vete ya. Encuentra tu paz.

ASÍ, ALICIA CAMINÓ POR EL sendero de mármol, sintiéndose un poco como una niña a la que le dicen, antes de que se ponga el sol, que se vaya a la cama.

Pasó un rato observando las estatuas, pero su suave perfección se volvió aburrida enseguida. Solo inspiraban desde la distancia; de cerca, todos sus rostros parecían iguales. Florence había sido fascinante de una manera que este lugar no lo era, pensó.

Florence tenía textura. Nada allí tenía historia. Nada estaba agrietado ni desgastado por el tiempo. Todo había sido construido, reparado y mantenido constantemente, de modo que la eternidad, de alguna manera, parecía de tan solo una década.

Se sintió un poco decepcionada, siendo sincera. El nombre *Ciudadela Rebelde* prometía algo más —idealmente, algo rebelde—, pero sobre todo parecía tranquilo.

¿Dónde estaban los Lucifer?

Siguió deambulando por el silencioso sendero, con cierta curiosidad

por ver dónde acabaría. No podía comprender el diseño de la ciudadela. No era una espiral, ni una colmena, ni una simple extensión en la colina, sino las tres cosas a la vez. Se curvaba sobre sí misma; los mismos senderos que descendían por su interior también rodeaban su exterior. Varias veces pasó junto a murallas altas y oscuras, convencida de estar en las entrañas de la ciudad, solo para salir inesperadamente a una terraza. Afuera, desde todos los ángulos, la ciudadela parecía vacía e idílica; entonces, ¿dónde estaban sus secretos? Alice se impuso un principio arbitrario —girar siempre hacia la oscuridad— y esto la condujo a un denso laberinto de plazas que se parecía bastante a la matriz amurallada de callejones y campos de Venecia. Dobló una esquina hacia lo que parecía un patio, y vio en la penumbra algo increíble.

Crecimiento. Una raíz. Una *rama* .

El corazón de Alice dio un vuelco. «Una Verdadera Contradicción», lo había llamado Elspeth. Algo que crecía en la tierra donde no puede haber vida nueva. ¿Era este el secreto de su confianza? ¿Podría la Ciudadela Rebelde haber cultivado su propia Dialetheia?

Pero esta rama no se parecía a lo que decían los archivos. Los archivos prometían una floración deslumbrante, una vitalidad que no debería existir. Pero esta rama era una cosa marchita, de color marrón negruzco, que se extendía flácida desde un arbusto seco. Cuando Alicia la tocó con la punta del dedo, se encogió como un gusano ante la sal.

Creyó oír una voz en la oscuridad. Pero era tan débil, una sensación más que una palabra. Algo así como *«No, vete, déjame en paz»* .

“¿Qué demonios?” murmuró ella.

Volvió a tocar la rama. Y aunque la rama se encogió aún más, Alicia oyó el sonido con mayor claridad esta vez: una voz coherente ahora, una palabra que apenas podía distinguir, si es que lograba descifrar su lenguaje. Apoyó el dedo en la rama, y un remolino de susurros se filtró por el aire.

Aguzó el oído. *«Que sea un fantasma* , por favor», pensó, *«que me acompañe, a quien sea»* . Pero cada vez que intentaba aferrarse a una hebra, descifrar su hilo de pensamiento, esta se disipaba entre la masa. Lo único que podía distinguir era un aire general de hostilidad. La rama no la quería allí. El arbusto quería que lo dejaran en paz.

Pero Alicia era demasiado curiosa para dejar las cosas en paz.

Esta vez se movió rápido y logró agarrar los zarcillos con la palma de la mano. Los susurros se hicieron más fuertes. Sabía que era una tontería, pero simplemente tenía que saber, con una fascinación enfermiza, qué pasaría si agarraba una rama y simplemente...

Grieta.

La rama se quebró en su mano. El arbusto retrocedió, y todos sus susurros gritaron a la vez. No eran gritos fuertes, pero sí patéticos.

¿Por qué harías eso ?, gritaron. *¿Por qué harías eso?*

Alice miró su palma. La rama ya no era una rama, sino algo feo y retorcido. La dejó caer. Se marchitó y se convirtió en polvo, y entre los arbustos donde la había roto, una punta brillante quedó expuesta al aire, reluciendo con algo más oscuro que la sangre.

Un susurro de humo se enroscó alrededor de esa herida, el mismo gris de la esencia de una Sombra.

Alicia se adentró en el campo y vio hileras y hileras de arbustos y árboles: un jardín entero, con espinas entrelazadas, ramas retorcidas y mantillo. Gimió. "¿Todos?"

“¡No tan fuerte!”

Alicia saltó.

Fue el bulto en su rodilla lo que habló; un crecimiento feo y grumoso en el costado de un árbol ennegrecido. Podía personificar ese tocón si inclinaba la cabeza correctamente. Un crujido, un gemido, y de repente se convirtió en la cabeza de tortuga de un anciano desdentado. Le mordisqueó los dedos. Alice retiró la mano bruscamente, y el bulto rió.

Jugando. Solo jugando. No te asustes, cariño.

Alice cruzó sus brazos fuertemente sobre su pecho.

“¿Eres nuevo aquí?” preguntó el pomo.

“Claro que sí.”

—¿Por qué no te sientas ahí? —dijo el pomo—. Él también es nuevo.

Alicia se giró hacia donde señalaba el pomo. Un banco de piedra bordeaba el camino. Pero no vio a nadie más, solo más maleza.

"¿OMS?"

No estoy seguro de su nombre. No nos sirven mucho los nombres.

Alicia volvió a mirar la maleza y vio que el grupo de vegetación en el borde parecía más joven y verde que el resto. Las hojas eran pequeñas y tiernas. Las ramas aún no tenían espinas.

"¿Por qué no te sientas?" dijo nuevamente el pomo.

Alice se sentó con cuidado en el borde del banco. "¿Y ahora qué hago?"

—Bueno —dijo el pomo—, ahora descansa.

Alice cruzó los tobillos y luego los descruzó. Se sintió extrañamente cohibida. Casi esperaba que le brotaran hojas en las extremidades, pero no pasó nada. "¿Te refieres a esto?"

—Como quieras. —El pomo se encogió contra su muñón—. Solo relájate y descansa.

“¿Cómo descansar?”

Deja que tu mente divague. Deslízate como una libélula sobre el estanque de tu consciencia y déjate llevar.

“¿Y entonces me convertiré en árbol?”

—Echarás raíces —dijo el botón—. Adoptarás la forma que te resulte más agradable y estable, si tan solo logras aquietar tu mente.

Alicia sentía una opresión en el pecho. Las arboledas estaban demasiado quietas, demasiado silenciosas. Había algo terrible en las hojas sin crujido, en las piedras sin sonido de agua. Un patio necesitaba viento. Sintió un escalofrío en el estómago. Intentó ignorarlo; intentó recordarse a sí misma que ahora debería estar en paz, que nada ni nadie podría hacerle daño. Pero, por supuesto, no era lo correcto. Porque aquí, sin las distracciones del hambre, el agotamiento ni un millón de misterios intentando matarla, Alicia comprendió que se enfrentaba al mayor horror de todos, y ese era la agonía de los espacios pedregosos. Donde todo estaba en silencio y no se podía huir del trueno de la mente.

Una gran presión se acumuló en la parte posterior de su cráneo; recuerdos reprimidos, exigiendo liberación. Ahora escuchaba los

gritos. Ahora saboreaba el metal.

Ahora sentía la sangre, enormes cantidades, manchando sus ojos, salando su lengua.

Nunca imaginó que el cuerpo humano contuviera tanta sangre. El pánico del profesor Grimes, la forma en que se giró hacia ella, el reproche en sus ojos, la forma en que *sabía*

...

¿Sabía qué? Después de todo este tiempo, seguía sin poder construir una narrativa coherente a partir de aquel desastre, sin poder ordenar esas impresiones en una historia estructurada que ofreciera claridad sobre lo que había hecho y lo que debía. Aquí estaba el nudo gordiano: sus recuerdos eran perfectos, pero solo podía ordenar las impresiones tal como se le habían ocurrido. Y el día de la muerte del profesor Grimes fue tan confuso y desordenado que, meses después, y tras revisar las pruebas un millón de

veces, seguía sin saber qué pensar. Sin duda, lo odiaba. Sin duda, en las semanas previas al accidente, a menudo lo había mirado a la cara —esa cosa agrietada, salvaje y hermosa— y fantaseaba con destrozarlo hasta que perdiera su valor, hasta que no pudiera hechizar. ¿Era esa intención asesina? ¿Bastaba con intención? Pero no lo quería muerto. Nunca lo quiso muerto. Solo quería que sintiera una pizca de lo que ella sentía, solo para que lo entendiera , solo para que no la menospreciara. Y ella recordó haberlo mirado y no desear que se hubiera ido, sino que las cosas pudieran volver a la normalidad; que ella pudiera seguir bailando en la cuerda floja, coqueteando con el peligro, tener su pastel, comérselo también.

No podía definir su culpa. Todo lo que tenía eran fragmentos, y los repasaba compulsivamente. El silbido en su mente cuando entró al laboratorio ese día. Cómo su sola voz la mareaba. *No me mires* , había pensado; *olvida que estoy aquí* . Su mano temblorosa, la tiza tambaleándose en su agarre. Una línea blanca rota. Lo vio, lo vio claramente, de lo contrario no tendría este recuerdo; vio la brecha entre una declaración y la siguiente, y no hizo nada al respecto. ¿Pero lo *registró* ? ¿Sabía lo que significaba ignorarlo? Vio la brecha, parpadeó, se puso de pie, dijo que estaban listos para irse.

Alice repitió esta secuencia en su mente mil veces, pero cada vez no ofrecía respuestas, solo un impulso creciente; un deseo a gritos, ¿de qué? Una confesión, una corrección, *algo* , algo tenía que cambiar,

algo tenía que ceder; no podía continuar en estas condiciones. Se inquietó. Los árboles silbaron y Alicia se esforzó por no gritar.

Tranquilízate , susurró el bosque. *Tranquilízate, tranquilízate.*

"No puedo", jadeó.

«Solo inténtalo », susurró el bosque. « *Mantén tus pensamientos a distancia y vete, vacío».*

Una tarea imposible. Bien podrían haberle pedido que recuperara la luna.

Sabía muy bien lo difícil que era adormecer la propia mente. La radio sonaba a todo volumen. No podías apagarla. La destrozabas y gritaba aún más fuerte. La mayoría de las veces, lo único que podías hacer era controlar el dolor. Durante el último año, Alice había aprendido un millón de trucos para distraer su mente y evitar que deseara morir.

Los rituales la ayudaban. Mantenerse ocupada también. No era de esas personas depresivas que yacían en la cama asquerosamente; no podía *quedarse* allí tumbada, la quietud dolía más. Moverse le aliviaba la agonía. El día de colada era maravilloso porque tenía al menos dos horas de distracción garantizada, de tareas que necesitaba hacer sin falta. También lo era el día de calificación, cuando podía llevarse su pila de exámenes al bar y perderse en la rutina de revisar, rodear, calcular y garabatear notas

en la parte superior. El truco, en aquellos tiempos, era atiborrar su mente con tantos pensamientos como fuera posible para mantener los recuerdos a raya. Sola en casa, leía todo lo que tenía a mano. Hacía tareas con una mano para poder sostener algo en su cara con la otra. Instrucciones para el champú. Información nutricional de la sopa enlatada. Repasaba el periódico un millón de veces mientras masticaba distraídamente su cereal. Mantenía el televisor granulado encendido a todas horas en el salón, y si a sus compañeros de casa les molestaba, al menos la dejaban en paz. *Doctor Who* fue a juicio.

Ringo Starr jugaba con trenes de juguete. Esto no disuadía los malos pensamientos.

Siempre estaban en primer plano, en colores brillantes, a todo volumen. Sin embargo, la estrategia era subir también el volumen a una docena de otras cosas, para que las ondas se cancelaran entre sí, y la cacofonía en su cabeza alcanzara un estado tan saturado que se acercara al silencio.

Pero todo aquello la agotaba. Era imposible seguir contando los segundos de un día para otro. La agotaba, le agotaba la mente. No toleraba la repetición. En algún lugar, enterrada, estaba la chispa profunda y curiosa que se rebelaba contra el aburrimiento, que anhelaba ser productiva, o al menos conectar con el mundo. Solo que esa chispa estaba demasiado apagada ahora como para hacer mucho más que herir.

Había probado la meditación. Era furor en el campus por aquellos días; era imposible cruzar la calle sin ver un póster de la Nueva Era que prometía iluminación, experiencias extracorporales trascendentales. Alice estaba desesperada; lo había intentado todo. Se sentaba con las piernas cruzadas sobre alfombras desconocidas, tarareando y permaneciendo durante horas en perfecta quietud, buscando esa calma prometida, intentando no odiar a todos los presentes, intentando creerse la mentira.

Volvió a probar esos métodos, porque anhelaba lo que el bosque prometía. Quería ser buena para el picaporte. Cerró los ojos con fuerza. Respiró despacio. Evocó la imagen de la llama de una vela —todos los yoguis de Cambridge habían mencionado la llama de una vela; cálida y alegre, el fuego de la vida— y concentró toda su atención en mantener el parpadeo al frente, y ese montón de imágenes rotas vagamente al fondo.

No podía calcular cuánto tiempo había pasado. Cinco minutos, diez, veinte, una hora. Pero en realidad no importaba, ¿verdad? No había un punto final, no contaba para nada. Podría alcanzar un estado de calma trascendental y seguiría sin contar. Al despertar, podrían haber pasado cien años, y aún le quedarían cien años, y cien más.

Este trato era terrible. Tanto esfuerzo, y ninguna recompensa.

Un cristal se hizo añicos en su mente. La ilusión no pudo sostenerse; la impaciencia explotó; un millón de hormigas arrastrándose por su piel.

—¡Oh! —gritó—. No lo *soporto* , no puedo estar aquí...

—Sí puedes —dijo el pomo—. Inténtalo, inténtalo...

"Lo he intentado."

Esfuérzate más. Ya llegará. Te calmarás.

“¿Pero cómo lo sabes?”

Era consciente de lo infantil que sonaba, pero en ese momento sentía una necesidad infantil de las respuestas más sencillas. Si alguien le dijera que estaría bien. Si alguien le mostrara el camino.

“Porque no eres el primero.”

El pomo crujió al retroceder, y Alicia siguió su mirada por las arboledas que se agrupaban en todos los rincones del campo: por las calles laterales y por los muros, que se extendían por las ventanas. La densa vegetación cubría las calles interiores de la Ciudadela Rebelde hasta donde alcanzaba la vista de Alicia.

“Vienen agonizantes”, dijo el pomo. “Vienen con sus arrepentimientos y confesiones. Vienen avergonzados y con un gran deseo de enmendar las cosas. Se quedan en las plazas, inquietos como tú ahora, hasta que aprenden la calma de los lugares pedregosos y se integran en la arboleda”.

“¿Y ahora están dormidos?” preguntó Alicia.

—Cerca —dijo el pomo—. El sueño no llega, no aquí. Pero cierra los ojos, aquieta la mente, y encontrarás algo parecido...

“¿Pero qué pasa si no puedo?”

“Entonces buscad los monasterios.”

“¿Los monasterios?”

—Al otro lado —dijo el pomo—, a la sombra están los árboles. A lo largo de los acantilados, las abadías...

Alice creía que la ciudadela aún estaba vacía. Pero donde el picaporte señalaba, dentro de los muros a lo largo de los acantilados, vio Sombras congregadas. Ningún gran movimiento, sino una especie de agitación; rítmica, circular. Almas paseándose en el mismo lugar. Almas cantando al unísono. Ese era el zumbido, se dio cuenta; no abejas, sino salmos.

“Salmos en Tercia”, dijo el pomo. “Rezos en Nonas, rezos en Vísperas. En las demás horas, rezos y meditación…”

“¿Rezando a qué?”

“Rezan al acto”, dijo el pomo. “Rezan a la espera, a la fuerza para ser pacientes hasta el final. Hasta que el mundo se ponga patas arriba.

Hasta que el Leteo se seque y el dominio del Señor Yama se repliegue sobre sí mismo. Porque nada es eterno, ni siquiera el orden de este universo, y un día las ocho cortes se replegarán sobre sí mismas y el significado mismo del ser cambiará. Creen que las almas no pueden purificarse mediante la retribución ni la reforma, sino solo mediante el fuego del tiempo. Que el *kālavāda* , la escuela del tiempo, tiene todas las respuestas a las crípticas idioteces del Infierno".

Esta respuesta fue tan decepcionante que Alicia casi lloró. «Así que no esperan nada».

—¿No tienen buenas razones para esperar? —preguntó el pomo—. Toda religión proporciona un origen del universo. Toda historia tiene un comienzo. Todo comienzo implica un final. El uno se convirtió en un millón que volverá a disminuir a uno. Los fuegos del Ragnarok partirán la tierra y la renacerán. Ni siquiera el Padre Tiempo es infinito; incluso él será asesinado.

—¿Y qué? —gritó Alicia—. ¿Creen que sobrevivirán *a eso* ? ¿Al apocalipsis?

"Nada sobrevivirá al apocalipsis", dijo el pomo. "Pero elimina la necesidad de elegir. No avanzan. No mueren. Solo esperan. Esperan el cambio de rumbo. Un mundo nuevo, y uno aún más nuevo después. Mundos inimaginables, con leyes completamente distintas a las nuestras. Mundos donde la entropía corre en la dirección opuesta y el tiempo avanza hacia el orden. Mundos donde los hombres vuelan y los pájaros están atados a la tierra. Mundos donde el azar no existe y el futuro es un bloque sólido y firme. Mundos sin dolor ni sufrimiento, mundos sin subjetividad, mundos de belleza, mundos por los que vale la pena soñar…"

Quizás, pensó Alicia; pero este no era un juego de milenios, sino de órdenes de magnitud incluso superiores. Y antes de que llegara ese nuevo mundo, su mundo tenía que morir, y todo lo que había en él. Nada aquí sobreviviría al cambio de arenas. Estas almas no percibirían el futuro.

Le dolía cada vez más mirar este bosque, toda esta vegetación que se había rendido y ahora se conformaba con apenas *ser* . Pensó en todas las horas que había desperdiciado en su vida; todos los minutos que había visto contar regresivamente en el reloj, esperando que pasaran más rápido. Días enteros que había pasado confinada en su habitación como una prisionera, sentada sin comprender en su silla, anticipando las marcas rituales que demostraban que el tiempo pasaba: comidas

que no comía; oraciones a las que no asistía; las campanas a todas horas, recordando a los estudiantes que era hora de irse. Se había sentido tan aliviada de dormir; tan decepcionada de despertar. En ese entonces, cada hora que pasaba le parecía una pequeña victoria. ¿Pero por qué había estado tan ansiosa por que ese tiempo desapareciera? ¿Para qué era esa cuenta *regresiva* ?

Al menos en el mundo de arriba tenía una mínima esperanza de que algo en su condición cambiara, de que un día despertaría y se sentiría bien de nuevo, de que se abriría una puerta; se presentaría una solución. Aquí, esa cuenta regresiva no conducía a ninguna parte. El cambio estaba precluido. Aquí todos los eventos eran solo pequeños montones en el reloj de arena; alzándose y luego colapsando, una y otra vez.

El jardín parecía tan muerto y frío entonces. No era verde. Solo su recuerdo. Una cruel imitación.

Y Alicia comprendió con terrible claridad que este era el peor castigo de la ciudadela, del mismísimo Infierno. Este castigo que ellas mismas se habían forjado. Si Aristóteles y Leibniz tenían razón, y el tiempo era solo cambio, entonces el tiempo había terminado para ellas. Pero no para los demás. Aún tenían que sentirlo, cronicidad sin telos. Y ser colocadas fuera del tiempo —negadas de todo lo que se movía en ciclos, naciendo, creciendo, envejeciendo y muriendo; negadas de ancestros y descendientes; negadas de cualquier lugar en el árbol— mientras eran obligadas a sentir a la vez cada centímetro de su lento e inexorable progreso— ¡Dios, qué horror! Solo tocones, callejones sin salida con ecos menguantes de sus cortos bucles mortales. La inmortalidad aquí no era un regalo. Nada era fugaz, precioso, y por lo tanto nada era valioso. Ni siquiera pensamientos, pues ninguno de sus pensamientos era original, sino meros ecos el uno del otro, todo lo que alguna vez serían capaces de pensar en una caja dorada con el foco merodeando. Nada añadido; ningún descubrimiento, ningún deleite.

Ningún crecimiento aquí. Sólo tocones marchitos del tiempo.

De repente, el campo pareció encogerse a su alrededor. Alice tuvo la visión de hundirse en esa arboleda; de retroceder cada vez más entre las almas asentadas hasta que ramas negras se cerraron sobre su rostro. Sintió una oleada de pánico, y esto le dio ganas de arrancar las ramas, golpear las hojas, prenderle fuego, solo para que se agitara.

¡Oh, para hacerlo gritar!

—Bueno —espetó ella—, si no estás *esperando* nada más que el fin del mundo, ¿por qué no te mueres?

Ante esto, un grupo de ramas a su lado emitió un leve gemido. Alicia sintió un movimiento en el arbusto. Algo se solidificó, presionando su hombro. Vio una silueta que no había estado allí antes. La pendiente de una frente; la masa de un pecho.

—Mira lo que has hecho —dijo el pomo—. Lo has despertado.

Alicia no entendía por qué el pomo estaba tan molesto. Era una suerte que esta Sombra se deshiciera del bosque. De hecho, era un milagro que, después de cien años, cualquier cosa allí pudiera convocar la subjetividad necesaria para volver de planta a persona.

“Hola”, dijo ella.

La maleza exhaló en respuesta.

Todo el arbusto tembló, pareció arrugarse, y entonces, con un ruido desgarrador, la Sombra se desprendió del arbusto que lo rodeaba. Se puso de pie. Era bastante alto; una masa enorme y descomunal, con todas sus extremidades aún terminadas en ramas. Su rostro era una mancha gris, pero se distinguió con mayor nitidez a cada segundo que pasaba. Una boca, de pendiente irregular, emergió de la bruma. Una nariz. Dos ojos brillantes y parpadeantes.

—Tranquilízate —le dijo el pomo—. Tranquilízate, ¿quieres...?

La Sombra dio un paso tambaleante. Todo su cuerpo se tambaleó, pero se mantuvo en pie.

—Tranquilos —repitió el pomo, con más urgencia esta vez—. Ahora, pensemos en lo que estamos haciendo...

La Sombra caminó con determinación por el sendero.

—Espera. —Alice corrió tras él—. ¿Dónde estás...?

La Sombra echó a correr. Alicia lo siguió, curiosa. La Sombra bajó por un sendero y dobló una esquina. De repente, el bosque terminó y la orilla se abrió ante ellos.

—¡No! —gritó Alicia, pero ya era demasiado tarde. La Sombra se desplomó por el acantilado y, por un instante de ingravidez, quedó suspendida en el aire. Entonces el Leteo impuso su gravedad. Un

remolino se abrió, llamándola, y la Sombra descendió en espiral.

Ella tenía que mirar.

La Sombra aterrizó boca abajo y no opuso resistencia. Durante varios segundos flotó sobre las aguas, y luego partes de él comenzaron a fundirse con la corriente: colores brillantes y arremolinados que se desplegaban en largas y densas vetas. Alice tuvo visiones de una medusa, un paracaídas, la bufanda de un mago; tantos colores emergiendo de un solo punto, una fuente inagotable de recuerdos que se extendía hasta tres metros, seis metros; una caricatura de una vida expuesta a la vista de cualquiera, y ella comenzó a preguntarse cuánto territorio podría abarcar hasta que finalmente todo se mezcló y se desdibujó, disolviéndose en la negrura palpitante. Entonces, la cara obsidiana del Leteo volvió a ser la misma de antes. Tragándolo todo, sin liberar nada.

El vértigo la golpeó. Alice se tambaleó.

En ese momento, dos impulsos contradictorios se arremolinaban dentro de ella.

Primero, una punzada de celos por la *plenitud* , por ese loco remolino de colores que finalmente, misericordiosamente, se permitió que se apagara.

En segundo lugar, sólo ahora se dio cuenta de lo mucho que no quería morir.

Se tambaleó sobre el borde, y una ráfaga aullante se abalanzó sobre ella; una fuerza invisible y violenta que le dejó el cráneo dando vueltas y las rodillas temblando. *«Yo no»*

, pensó; *«yo no, ahora no, todavía no, así no»* . La sangre le retumbaba en los oídos y no cesó hasta que se tambaleó de vuelta a un lugar seguro.

Se tambaleó y se dio la vuelta. Descubrió que todos los árboles de la ciudadela se inclinaban hacia ella. Toda la malicia de innumerables almas se concentraba en un solo punto. Al unísono, dijeron: *«Espina»* .

Alicia corrió.

No quería ir hacia el bosque, pero tenía que alejarse de los acantilados, y esto solo le dejaba el sendero pavimentado que atravesaba el centro del campo. La arboleda aullaba y se agolpaba a su

alrededor: hojas que se extendían, ramas que se curvaban. Todo el huerto gemía y se contraía. De entre las hojas emergían numerosos rostros: bocas bostezando, ojos parpadeando, cuellos crujiendo en su dirección. Lo que salvó a Alice fue su inercia. No había verdadera animosidad en ese bosque. El bosque se había entrenado tanto tiempo para no sentir nada que había olvidado cómo odiar. Al bosque no le importaba mucho Alice, salvo que, como un organismo perezoso despierto, había identificado la fuente de su incomodidad e intentaba con todos sus movimientos apartarla. Los zarcillos se estiraron, pero Alice los rechazó. Salió del patio y corrió por el sendero de mármol. Era vagamente consciente de los gritos de Gertrude sobre ella, pero no se detuvo a mirar. Corrió por la terraza, pasando junto a las estatuas y fuentes, y regresó a la estrecha escalera. La luz se atenuó; no tenía idea de dónde estaba, solo que sus pies aún golpeaban los escalones y que se dirigía hacia abajo, hacia abajo, hacia abajo.

Salió a la planta baja. La entrada se había transformado. Ya no había puerta de madera. Solo un bloque de piedra sólida: una celda imposible, sin puertas, sin ventanas, sin salida. Gertrude había mentido, y Alice estaba atrapada en Dis.

¡Pero era un truco viejo! Alicia llegó a la pared, vio su construcción lisa y casi se rió a carcajadas. Si magos habían construido este lugar, entonces magos seguían contando el mismo chiste. Sabía exactamente cómo era, podía recitarlo con la cadencia exacta de un estudiante de primer año que lo contara por primera vez en el bar. Ludwig Wittgenstein había argumentado una vez que no había problemas filosóficos, solo problemas de lenguaje. ¿Qué son las puertas y las ventanas?

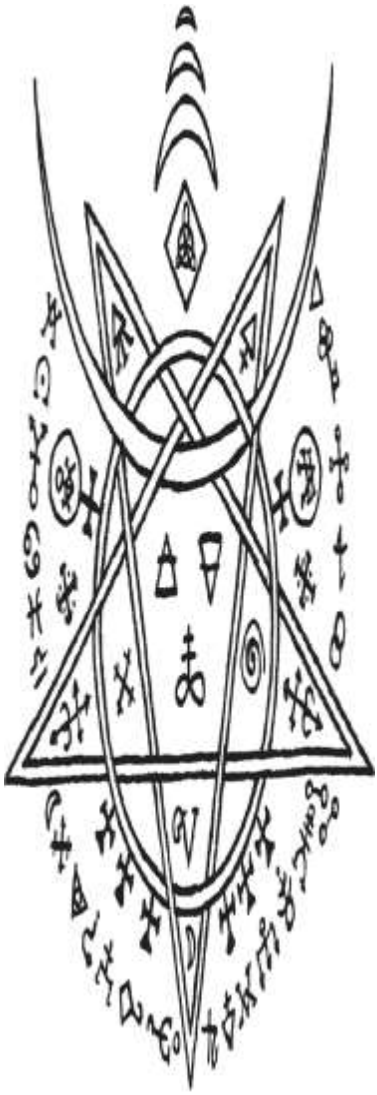
—Las puertas y ventanas te mantienen dentro —suspiró Alicia, y corrió hacia adelante sin detenerse. Ni siquiera necesitó dibujar un pentagrama, la ilusión era muy endeble. Ya lo había hecho muchas veces; había visto este truco en la entrada de su propio departamento —. Las puertas y ventanas se pueden cerrar. No hay puertas ni ventanas, así que el camino no está cerrado, y por eso no hay nada que me estorbe.

Funcionó.

¡Dios mío, funcionó! Las paredes se sumieron en la oscuridad por un instante, un único y aterrador instante en el que Alice se sintió apretada entre el mármol que tenía delante y la arboleda que se extendía tras ella. Entonces irrumpió en el patio, demasiado iluminado, e incluso ese aire caliente y viciado fue un alivio

maravilloso.

No se detuvo allí. Pasó corriendo junto al bazar, junto a los vendedores ambulantes, los escépticos y los creyentes. Pasó junto al Demonio de Laplace y los manuscritos destrozados. Pasó junto al aullante Cerbero y los cuerpos que lo seguían; pasó junto a esas grandes puertas, pues no había guardia en el interior, y las puertas se abrieron fácilmente cuando ella las empujó. Pasó junto al risueño Parménides, que chilló tras ella, preguntándole si había conseguido lo que buscaba; huyó de Dis hasta que la ciudad fue un punto menguante en el horizonte, lejos del Leteo hasta que la orilla se perdió de vista hace mucho. Corrió hasta que estuvo sola de nuevo en las dunas, bajo el sol bajo y abrasador entre huesos blancos como la blancura, lejos de la comodidad de la estructura humana, de cualquier cosa que se pareciera remotamente al mundo superior; de vuelta al páramo donde la única fuerza que daba sentido a todo eran sus propios pensamientos deteriorados.



Capítulo veintinueve

Ahora Alice estaba realmente perdida.

No podía encontrar el Leteo. Lo había perdido de vista mientras corría, y ahora, girara donde girara, no lo encontraba. No podía ver su tenue silueta negra en el horizonte, ni oír sus olas rompiendo contra las rocas. Hasta entonces, el Infierno siempre había estado limitado al

menos por un lado, y ahora no. Fuera cual fuese el mapa correcto —la espiral/pizza/ano de Peter, su mapa lineal progresivo—, el Leteo era el único límite del infinito. Y tanto en el espacio euclidiano como en el hiperbólico, una línea que una vez intersectaba a otra nunca volvería a intersectarla.

Al considerar las implicaciones de esto, se le encogió el estómago. Si no volvía a encontrar el Leteo, podría adentrarse en el infinito para siempre.

Oh querido.

No tenía puntos de referencia. No pudo encontrar la ciudadela. No pudo encontrar a Dis. El terreno era confuso, y parecía serlo deliberadamente. La tierra la tentaba. Los terrenos cambiaban mucho más rápido que los patios anteriores, y cada vez que levantaba la vista se encontraba en un lugar nuevo. Un círculo de cactus se convirtió en un círculo de rocas; una colina en la distancia se convirtió, al mirarla con más atención, en un valle. Al menos pensó que no estaba caminando en círculos, pues no se encontró con ningún punto de referencia familiar; pero el paisaje desértico se reconstruía tan a menudo que, incluso si daba vueltas en el mismo sitio, quizá ni siquiera lo supiera.

Pero ¿qué otra cosa se podía hacer sino caminar?

No moriría. No se desvanecería, pasiva, apática, en la oscuridad. Sabía esto. Pero eso era todo lo que sabía. Necesitaba que ese hecho importara, pero no tenía las razones a mano. Solo el atisbo de una idea. Un impulso, en realidad. Una pregunta abierta, un titubeo en la oscuridad. Eso era suficiente para seguir adelante. Tenía que serlo.

«Estamos buscando» , se dijo. « *Y sabremos qué buscamos cuando lo encontremos».*

El tiempo se desvaneció. Dejó de contar los días. Perdió la noción del sol y de la luna. Sospechaba que la luna había desaparecido; siempre que observaba el cielo, no la encontraba. Descubrió que ya no tenía hambre ni sed. Cuando comía, se sentía nutrida, pero por lo demás, su cuerpo se sentía teórico. Su metabolismo debía de haberse ralentizado; apenas registraba su necesidad. Quizás su cuerpo se aquietaba para seguir

el ritmo del Infierno, donde el cambio se contaba no en horas, sino en siglos. En su mente, se vio reducida a cenizas hasta quedar dura y brillante como los incomprensibles esqueletos que cubrían el plano.

Aquí había un acertijo: si nada vivía en el Infierno, ¿cómo era posible que los huesos quedaran al descubierto? Pues eran los halcones y los buitres, insectos rastreros que mordisqueaban, los que hacían brillar tanto los esqueletos en la tierra. La muerte se limpiaba porque la vida continuaba; la podredumbre y la descomposición eran crecimiento; los ciclos se engendraban mutuamente, así que ¿cómo se pulía la muerte en estos páramos, donde el tiempo se detenía? « *Las fronteras son porosas»* , pensó. *Debía ser esa; la única explicación.* La vida se filtraba, incluso aquí en su antítesis; la vida embellecía la muerte y mantenía el círculo en marcha.

¡Pero las implicaciones de esto eran profundas! Significaba que no había absolutos, si es que ni siquiera la muerte misma lo era. *Peter y Gödel tenían razón* , pensó. *El universo está incompleto, y yo soy una de sus excepciones móviles. Pero ¿qué prueba mi existencia, excepto que estoy aquí?*

A medida que se adentraba más en el desierto, empezó a descubrir cosas de lo más extrañas. Estanterías medio enterradas en la arena. Libros en idiomas que nunca había oído. Barras de metal (herramientas de plata, bronce y oro) curvadas en formas que nunca había visto y para las que no podía imaginar un uso. ¿Instrumentos de odontología? ¿Dispositivos de tortura? ¿O evidencia de otra civilización; algo antiguo incluso para los sumerios, los mesopotámicos? Era bastante increíble. Estos artefactos no coincidían absolutamente con nada en su banco de memoria, no desencadenaban asociaciones. Esto era nuevo. Esto despertó una curiosidad sorda en ella; las brasas del fuego del descubrimiento que una vez habían guiado cada decisión. Podría haberse detenido a estudiarlos. Podría haber sido la primera antropóloga ctónica. Pero no habría sabido por dónde empezar: estos eran textos que no podía descifrar; marcas que ni siquiera podía identificar.

Recordó otra teoría que había leído sobre el Infierno; esta, de un texto budista Mahayana, que sostenía que el mundo mismo se movía por ciclos de vida, muerte y renacimiento, al igual que los humanos. El mundo se precipitó a través de las etapas de la civilización hasta que los humanos se extinguieron, y todo se derrumbó en un cataclismo: por el cambio climático, una guerra mundial o cualquier tipo de destrucción planetaria que convirtió toda esa vida vibrante en limo gris. Y ese se convirtió en el lugar de descanso para todas las almas, desde el principio de los tiempos hasta ahora, hasta que una chispa de vida se formó al otro lado, y las semillas de la vida comenzaron a germinar. Así que el mundo siguió cambiando e inclinándose como una gran moneda,

con almas desbordándose de un lado a otro. Quizás Gertrude y los de su clase sí tenían alguna razón para tener esperanza, entonces. Quizás el Infierno no era eterno; quizás las arenas se moverían y las almas en Dis emergerían como dueñas de algún mundo.

Pero antes de que ese momento llegara, había pasado un milenio, ¿y cuántos milenios más faltaban?

Jesús ayunó cuarenta días en el desierto y solo emergió cuando resistió las tentaciones de Satanás. Aquí, Alice no encontró nada tan esclarecedor. No superó ninguna prueba. Estaba aburrida, desesperada y dispuesta a renunciar a todo, y estaba segura de que en cuanto algún demonio le ofreciera una salida, la aceptaría. « *Déjame volver a la ciudadela»* , pensó; « *dame una celda en el Deseo, un cuartel en el Orgullo»* .

El desierto no la purificó ni la mejoró. No le enseñó nada, salvo que la soledad, la inmensidad, la hicieron reconstruirse y reforzarse, como un castillo insistente sobre arenas movedizas. Se buscaba la estructura en la fluidez. Se necesitaba la repetición, un sonido palpitante. Sigo aquí. Pienso, luego existo. *Soy Alice Law, soy estudiante de posgrado en Cambridge, estudio magia analítica…* Realmente necesitaba reforzar estas cosas, porque la pura y plana corriente amenazaba con erosionar su sentido de identidad hasta que simplemente nadara en un baño de recuerdos desestructurados. Rostros por aquí; sentimientos por allá; pero ¿en qué se había acumulado todo? ¿A quién formaron esos recuerdos?

El efecto más extraño de todo esto fue que sus recuerdos dejaron de molestarla tanto. Su cráneo ya no se sentía tan dolorosamente apretado. En cambio, sus pensamientos tenían espacio y tiempo para fluir; un flujo del que podía salir, elegir. Lo horrible seguía ahí, pero de alguna manera era más fácil dejarlo escapar. Ahora tenía una forma de ordenar esos recuerdos; una narrativa coherente construida sobre las premisas más básicas, que repetía una y otra vez en su cabeza, para recordar que era humana.

Mi nombre es Alice Law.

A veces soy muy inteligente pero la mayoría de las veces no lo soy.

He sido una buena persona a veces y una mala persona otras veces.

Tarde o temprano moriré.

Pero antes de hacerlo, intentaré —y lo intentaré con todas mis fuerzas—

que valga la pena.

UNA VEZ OYÓ ALGO A SUS ESPALDAS y el corazón casi le dio un vuelco del miedo. Pero se giró y vio que solo era un pobre animal tambaleándose. Un leopardo, un lobo o un coyote, no lo distinguía en la penumbra; algo hecho de piel y huesos que parecía estar a punto de morir, pero aún no del todo. Todo tipo de cosas bajan al Infierno, les había dicho Elspeth.

Personas, animales y cosas olvidadas.

Decidió que era algún tipo de gato grande. Solo podía suponerlo, pues su pelaje estaba muy sucio y enmarañado, con la cabeza y las orejas destrozadas por las llagas.

Pero sus ojos brillaban de un verde intenso, con las pupilas entrecerradas en finas ranuras negras. Creyó recordar de su clase de biología de primer año que solo los gatos podían lograr una mirada tan inquietante.

Se miraron en silencio, respirando. Alicia observó cómo los flancos del gato se esforzaban por expandirse, contraerse, expandirse. Era tan delgado.

—Pobrecita —murmuró—. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

El gato avanzó lentamente. Alicia se dio cuenta, tardíamente, de que debía tener miedo; que bajo ese pelaje enmarañado y esas costillas prominentes aún se escondía un depredador mortal que, sin duda, llevaba demasiado tiempo sin comer. Sus fauces brillaban; la saliva goteaba de sus colmillos amarillos. Borges había escrito una vez sobre un incendio forestal lejano, coloreado del rosa de las encías de un leopardo. El gato estaba lo suficientemente cerca como para que Alicia pudiera ver la herida abierta que tenía en la boca. Se preguntó si este sería el leopardo de Borges. Fuego en las fauces, llama voraz.

Su miedo era algo soso y abstracto. Simplemente no podía sentir pánico ante la idea de que le arrancaran la yugular, de que su sangre se derramara y se hundiera en el suave gris. Le parecía una propuesta abstracta, y además estéticamente interesante.

«Maul» era una palabra tan sustanciosa, tan visualmente sugerente. Sentía un deseo culpable de lanzarse a sus colmillos y presenciar el corte y desgarro subsiguientes. No podía evitarlo, la atracción siempre estaba ahí; ahora comprendía a las Sombras que habían corrido hacia Cerberus. Aun así, razonó, Peter no la había salvado para que la

devorara un leopardo disecado.

Consideró echar mano de su mochila, pero temió que la visión de un cuchillo incitara al felino a atacar. En cualquier caso, no quería arriesgarse contra esos colmillos.

Tenía agua de Lethe en su cantimplora, pero eso no la ayudaría en ese momento. La pobre bestia no sabría temer esas aguas. Quizás ya había bebido, confundiéndolas con un arroyo cristalino; quizás había perdido el sentido de sí misma, de su historia, de su

manada y sus cachorros; quizás ahora solo sabía que tenía mucha hambre y no podía salir de allí.

Ella retrocedió. El gato avanzó, manteniendo la distancia entre ellos.

Qué suaves son esas patas , pensó Alicia; *con qué delicadeza presionan, sin dejar siquiera huellas en el limo. Lo que daría por pisar con tanta gracia.*

Se movieron de nuevo, a la par. Una y otra vez. Paso a paso, avanzaron por la arena, enfrascados en su danza de aprensión. El gato no se abalanzó; Alice no desenvainó su cuchillo. Aun así, parecía crucial que no bajara la mirada, pues cada vez que sus ojos se desviaban, el gato se inclinaba hacia adelante, olfateando cualquier descuido. Así que Alice mantuvo la mirada lo más concentrada posible mientras se movía, fija en los ojos hambrientos e inyectados en sangre del gato. Y por eso, no miraba cuando cayó en la trampa de los Kripkes.

De repente su pie no se movía.

Supo en el momento en que puso un pie que estaba atrapada; reconoció la solidificación que se extendía por sus extremidades y cuerpo. Era una trampa más pequeña, ni de lejos tan compleja como el rompecabezas interminable que los había mantenido a ella y a Peter dando vueltas durante horas. Pero todo el trabajo de los Kripke tenía un cierto sabor a tiza; el sabor a tiza de la magia. Lo sintió espeso y amargo en la garganta.

El gato se acercó corriendo, encantado.

Alicia se quedó congelada, casi ciega por el terror.

Hazlo rápido , rezó; *rómpeme el cuello primero, no hagas que me duela.*

Entonces el gato también quedó atrapado: Alicia vio, junto a su pata derecha, una línea de tiza que se extendía alrededor de su cola. El gato ladeó la cabeza, desconcertado, y se agachó para saltar de nuevo. Esta vez, la trampa se redobló. El gato maulló, dolorido y desconcertado, mientras toda su energía cinética se desviaba hacia ninguna parte y, en cambio, se desgarraba contra sus músculos.

Alicia y el gato jadeaban, mirándose fijamente. Sus rostros estaban a escasos metros el uno del otro; el gato se esforzaba, desesperadamente hambriento, con la saliva goteando de sus mandíbulas sobre el cieno que tragaba. Bajo su pelaje enmarañado, Alicia podía ver la silueta de la criatura que una vez fue; la tensión del músculo contra

el hueso. *Qué desperdicio* , pensó; *tanta fuerza, y ningún lugar donde depositarla* . Sus ojos estaban enormes por el pánico; sus pupilas casi desaparecían en el verde. *«Ayúdame»* , parecía querer decir; *por favor, ayúdame* .

—Ojalá pudiera —suspiró Alice—. Lo siento.

Escondido en la arena, entre ellos, yacía el cráneo reluciente de un pájaro. Un viento invisible se movía entre las cuencas de sus ojos, y el canto grave de un cuco flotaba en la arena. «Vengan, vengan», les dijo a los Kripkes. «Su presa está aquí».

Alice notó entonces los cubos metálicos alineados a su alrededor, visibles ahora dentro del glamour de la trampa. Oyó un chirrido en el aire. Levantó la vista. Un juego de cuchillos se elevaba centímetro a centímetro, suspendidos por unas poleas ocultas.

Alcanzaron su punto máximo y luego oscilaron en el aire, calculando. Las hojas se giraron hacia el gato.

Alice podía adivinar la lógica interna. La trampa había sopesado la vida de Alice contra la del gato y decidió que este valía más; era más grande, llevaba más sangre. Los cuchillos silbaron. No fue un corte limpio. No cortaron, desgarraron. La sangre fluyó, pero lentamente, y el gato aulló lastimeramente, girando con las garras extendidas hacia Alice como si le pidiera que lo ayudara a encontrar la liberación.

Pero Alice se había ido, perdida entre recuerdos atroces. Solo podía pensar en Peter sufriendo el mismo destino; colgado boca abajo, su vida desangrándose en esos cubos.

Por un instante, no pudo moverse, aterrorizada como estaba; sus extremidades flotaban, distendidas; un repiqueteo como de campana

comenzó en la base de su cabeza y se hizo cada vez más fuerte hasta que sintió que su cráneo se estremecía con él, hasta que creyó que iba a estallar. Oh, si tan solo pudiera romperse, si tan solo todo esto *terminara* , pero seguía y seguía, y el terror alcanzó un tono desgarrador.

El gato gorgoteó. Algo se había roto en su interior y la sangre se derramó entre sus colmillos. La sangre no se filtró en la arena, sino que goteó mágicamente en esos cubos; muchos chorros calientes y espesos corrían por la arena. La columna vertebral del gato se contorsionó. Se encogió como una bola y luego se estiró como una línea plana, extendiéndose sobre la arena. En la mente de Alice surgió la estúpida comparación con la gata del bosque noruego de Belinda, una adorable criatura llamada Dama Antonia, que podía despatarrarse como una alfombra el doble de larga que su aparente longitud.

« *Los gatos son líquidos»* , oyó con la risa tintineante de Belinda, y ese tintineo se hizo más fuerte al mismo tiempo que los lastimeros gritos del gato.

Por fin, los cubos se llenaron hasta el borde y el gato se quedó quieto. Se oyó un chirrido horrible al reajustarse las poleas. Esta vez, las aspas apuntaron hacia Alice.

—Piensa —jadeó. El sonido de su propia voz —metálica, frágil, humana— la hizo volver un poco; la atrapó en una sensación que no era su propio terror—. Piensa .

Se agazapó en la arena, buscando alguna prueba del pentagrama, y allí estaba, con una esquina desprendida; una palabra asomando por el glamour. *Chelone. Tortuga* en griego .

Emitió un sonido que era mitad risa, mitad grito. Zenón, por supuesto. Se quedó paralizada porque los Kripkes habían inscrito la primera de las paradojas del movimiento de Zenón. Aquiles corre contra una tortuga, pero le da ventaja. Cuando Aquiles alcanza a la tortuga, esta se ha alejado; la alcanza de nuevo, pero la tortuga también se ha alejado; y así, Aquiles nunca la alcanzará, y el movimiento es físicamente imposible.

Ya nadie practicaba Zenón; Zenón era para principiantes. Cualquiera que asistiera a un seminario de Introducción a la Magia sabía que el espacio y el tiempo no eran infinitamente divisibles de esa manera. Pero aquí abajo, los Kripkes se aprovechaban de criaturas hambrientas e insensatas. Los Kripkes se estaban volviendo perezosos.

Tenía tiza. Necesitaba sangre. Estiró el brazo hacia el cubo más cercano, pero sus dedos solo rozaron el borde. Respiró hondo y extendió el brazo todo lo que pudo. Su dedo se enganchó en el borde del cubo. Tiró hacia atrás; el cubo se volcó. La sangre se acumuló en sus dedos, empapando la tiza. Y la sangre del gato era tan rica y fresca, la tiza escribía con tanta claridad, que solo tardó unos segundos en escribir en lenguaje matemático lo que equivalía a la afirmación: « *Pero para el cálculo...»* .

Sus piernas se liberaron de golpe. Alice saltó y rodó hacia un lado, justo cuando las cuchillas silbaban al caer contra la nada.

CUANDO RECUPERÓ LA CONSCIENCIA, CUANDO EL pánico disminuyó y su pulso se hizo más lento, estaba hambrienta.

La sangre de la bestia lo hizo. Su hedor impregnaba el aire; almizclado, salado, delicioso. Se arrastró hasta las rodillas y, tras pasar los dedos por la arena y desactivar la trampa para siempre, apretó la cara contra el cadáver y gimió.

No se cansaba. No era solo la sangre y el calor persistente; era la pura asquerosidad del cadáver. Hacía tanto tiempo que no estaba rodeada de tantas vísceras vivas, los

componentes húmedos y blandos de la *vida* . El infierno ahogaba los sentidos. Todo estaba tan limpio y tranquilo allí abajo, tan *estéril* ; pero el hedor del gato era prueba de que la vida era un desastre, llena de sangre, vísceras y cartílagos. La descomposición significaba vida. Quería revolcarse en ese desastre; tenía la imperiosa necesidad de volcarse un cubo en la cabeza, untarse la sangre por toda la cara y los brazos, y forcejear con el cadáver hasta que fueran uno solo.

La razón prevaleció. Se dispuso a encender una fogata.

Tenía un puñado de cerillas aún secas, y las páginas de su cuaderno eran buen combustible. En poco tiempo, tenía una llama rugiente en el establo. Desató los cuchillos de los Kripke de la polea y serruchó el costado del gato hasta que tuvo varios puñados de carne. Cavó más y encontró lo que parecía un corazón y un hígado. Los órganos están sanos, había leído una vez; cómetelos primero. Todo esto lo ensartó en un cuchillo y lo puso directamente en las llamas. Deja que ardiera; no le importaba. Quería que se ensuciara; carbón, sangre y todo. De todos modos, no podía esperar lo suficiente a que la carne se cocinara por completo. En cuanto el olor llegó a su nariz, su estómago gritó, y se vio a sí misma con la misma mirada babeante que el gato una vez le

había dirigido. Agarró la carne. Le quemó los dedos; no se dio cuenta. El hígado se lo comió rápidamente. Se deshizo blando entre sus dientes. Masticó el corazón durante largo rato, saboreando el dolor que le causaba en las encías. El sabor no importaba, apenas lo percibía; lo único que importaba era que las sustancias químicas de su intestino podían distinguir que era materia biológica rica en nutrientes y que era buena.

Para entonces, el resto de la carne ya estaba cocida, con una grasa crujiente y tentadora, pero a Alice se le revolvió el estómago al pensar en comer más. Se tumbó boca arriba y miró al cielo aturdida.

¡Qué viaje!

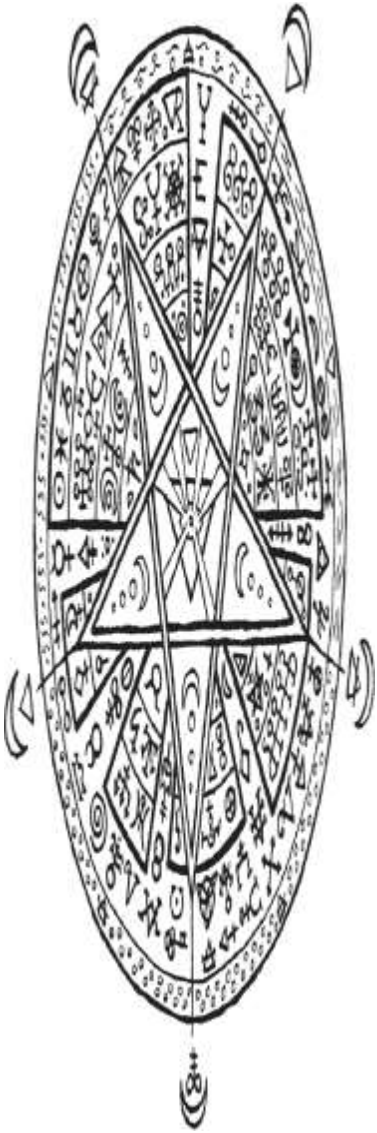
Le habría gustado el lujo de sufrir una crisis nerviosa, pero, por desgracia, ahora el tiempo volvía a ser crucial. Se vio arrastrada de nuevo a un esquema de cambio y ahora tenía un impulso hacia adelante, un destino, cosas que hacer y completar. Tenía que ocuparse de lo que sucediera dentro de unas horas. ¡Futuro! ¡Menudo concepto!

Una vez que recuperó un poco el sentido, contempló el cadáver tendido. Supuso que podría haber sido más cuidadosa al descuartizar la carne (órganos, sangre y carne yacían esparcidos por la arena, y a estas alturas le costaba distinguir qué era qué), pero aun así logró rescatar filetes enteros de los costados y las patas del gato. No tenía ni idea de curar carne, pero supuso que la carne cocida duraría más que la cruda. Provisiones

para el futuro. Un futuro. Increíble. Asó la carne usando el cuchillo como brocheta, observando atentamente cómo la carne crujiente pasaba de un rojo brillante a un negro duro. El olor la hizo sentir hambrienta una vez más. Desgarró la carne en trozos y comió con gusto, lamiendo la grasa de los dedos quemados.

Por primera vez en mucho tiempo, percibió su cuerpo. Sintió sus ansias y sus angustias. Sintió su fuerza. Giró la mano derecha ante sus ojos y contempló, asombrada, sus crestas y venas. Tantas pequeñas piezas que molían componían esta masa de máquina. Y, milagro de todos los milagros, funcionó.

Sintió algo más: un rugido vibrante en lo más profundo del estómago. No podía describirlo bien. Era una sensación que nunca había sentido; de hecho, su intensidad la asustó bastante. Pero en ese momento, lo único que Alice supo fue que deseaba desesperadamente matar algo. .



Capítulo treinta

—¡Ay , ay, ay! —El suelo retumbó—. ¡Qué espectáculo!

Alice se incorporó sobre los codos. «Hola, Gradus».

Se acercó más.

Ella asintió con la cabeza hacia sus filetes. "Prueba un poco".

Ella esperaba que se burlara. Se sorprendió cuando dijo: «Fúmalo por mí».

Ella obedeció, sumergiendo su brocheta improvisada en el fuego hasta que la carne se ennegreció. Gradus se inclinó sobre las llamas. Zarcillos grises se enrollaron en su esencia, de modo que por un momento Gradus y el humo parecieron la misma entidad, y emitió ruidos bajos y satisfechos. *Thurificación* , pensó Alice. Esa era la palabra inglesa.

Pensó en los pequeños sacrificios que sus padres realizaban durante los festivales; ofrendas a sus antepasados muertos junto con incienso de combustión lenta. Así que esto era lo que pasaba al otro lado, se dio cuenta. Fantasmas hundiendo la cabeza en comida espesa y caliente. *La próxima vez prescindiré del incienso* , se dijo, *y simplemente arrojaré la comida a las llamas* .

"Lo siento", le dijo.

"¿Para qué?"

Debí haberte escuchado. Nunca debí haberme ido con Gertrude.

Él levantó la cabeza. Ella rió; su rostro estaba medio manchado de humo, medio manchado y chorreando, como si estuviera en una barbacoa sin babero. Seguramente había fingido eso para divertirla, y eso le complacía; significaba que aún eran algo el uno para el otro.

—Bah —se encogió de hombros—. Claro que fuiste. Suena demasiado bien en teoría; siempre hay que saberlo.

“Estuviste en la ciudadela una vez.”

—Claro. Ayudé a construirlo. He pasado incontables años al lado de Gertrude, planeando nuestro horizonte en expansión. He sido un árbol en ese patio, inmóvil, y

casi desaparecido. He sido un alma que pasea por los jardines, pisando los mismos escalones una y otra vez. —Gradus se inclinó sobre el fuego y dio otra calada larga y satisfactoria. Suspiró—. Y me he tambaleado sobre las rocas, observando las olas, atreviéndome a saltar.

¿Por qué te fuiste?, preguntó Alicia.

Porque la tentación era demasiado grande. En esos últimos años, yo... Cada día,

¿sabes? Cada segundo. Pasé tanto tiempo tambaleándome en ese precipicio. Y

finalmente supe que si me quedaba allí un momento más, entonces sí que saltaría.

“¿Pero por qué no lo hiciste?”

"No es esa precisamente la pregunta."

—Lo siento —dijo Alice con una sonrisa—. Supongo que sí.

“Simplemente no lo puedo entender.” Gradus extendió las manos. Todo su ser se extendió también, una ola triste y confusa. “No sé cómo seguir adelante, y no quiero morir. El tiempo no permite salida, y todo se reduce a una de dos opciones: terminarlo para siempre o seguir adelante. Ahora, la primera parece más elegante, y ciertamente es más racional. Un final limpio comparado con el sufrimiento infinito. Pero entonces, ¿por qué no hacemos fila para saltar? No puede ser solo miedo, ¿ves? El miedo expira.

Incluso los terrores más agudos se erosionan con el tiempo. Solía encogerme ante esas olas rompientes y ahora, ni siquiera me inmuto. Veo a otros saltar, todo el tiempo, y su desmoronamiento no me asusta, no aparto la mirada. Pero aun así no salto. No puedo.

Algo en lo profundo de mí se niega. ¿Por qué? Así que ahora entiendes el problema.” Su tono se volvió urgente. Busco la razón. Y si algo temo, es que esta razón no exista y que esté atrapado en la existencia por una ilusión.

—No soy la primera viajera que conoces —supuso Alicia.

"Nada de eso."

Y les haces a todos la misma pregunta: ¿Para qué seguir?

"Sí."

“¿Dicen algo útil?”

—Jamás —dijo Gradus—. O no creen que valga la pena, y tenemos el mismo problema —muy común entre los peregrinos, por cierto—, o sí lo creen, pero no pueden explicarlo; les sale tan natural como respirar;

claro que siguen, porque ¿acaso no es divertida la vida? Deliran de buena fortuna. Ni siquiera se han preguntado por qué.

Alice ahora entendía su frustración; entendía perfectamente por qué la había arrojado a Dis, aunque solo fuera para presenciar su inutilidad. Lo perdonaba. Ella también se frustraría si hubiera vagado por este páramo, atrapada entre dos malas opciones, y con ella un idiota que decía que todo daba igual.

"Solo desearía", dijo Gradus, "poder encontrar una salida".

Alice se devanó los sesos buscando consuelo, pero no lo encontró. En toda la literatura ctónica no había nada sobre este problema fundamental; solo relatos variados y detallados de desesperación sin fin. A nadie le interesaba mucho cómo las almas salían del Infierno. Solo pudo conformarse con la respuesta de Dante, la única posibilidad de salvación en todo el *Infierno* . Solo un ser podía atormentar el Infierno.

«Supongamos que eres rescatado por un acto de gracia divina».

—No seas idiota, Alice.

—Lo sé, lo siento. Ojalá pudiera darte una respuesta.

—No pasa nada —dijo Gradus—. Nadie lo ha hecho nunca.

Alicia observó su grisura ondulando alrededor del fuego y se preguntó cómo sería existir tanto tiempo que tu identidad práctica ya no dependiera de un tiempo o un lugar, sino de una pregunta.

—Entonces, ¿qué vas a hacer ahora? —preguntó Gradus.

—Oh —dijo sin dudarlo. Sabía lo que buscaba—. Voy a matar a los Kripkes.

Ambos miraron la calavera de cuco. Durante todo este tiempo había estado emitiendo un arrullo bajo y constante; una señal que se propagaba a través del aire estancado, alertando a sus creadores de su botín. Alicia no había intentado destruirla.

La había dejado en paz deliberadamente.

—Les llevará un tiempo —dijo Gradus—. Siempre les lleva un tiempo. No les gusta bajar tanto. Pero vendrán.

¿Cuánto tiempo crees que me queda?

“¿Cuándo saltó la trampa?”

“Hace sólo unas horas.”

Prefieren las zonas altas. Es más seguro allí. Y se desplazan por tierra; nunca navegan. Así que diría que al menos por la noche.

—Bien —dijo Alicia—. Tengo tiempo para prepararme.

“¿Venganza?” preguntó Gradus.

No , pensó. *Más que eso.*

Por primera vez desde que había descendido a este lugar, sintió cierta claridad en su propósito. Sabía lo que debía hacer. No podía cambiar el pasado, no podía retractarse de su asesinato, no podía seguir sumida en la culpa, no podía traer de vuelta a Peter.

Pero podía hacer que su muerte significara algo; podía hacer *algo* para poner fin a este terrible ciclo, e incluso si esto terminaba con ella, sin sangre, en el cieno, eso podría bastar.

"Voy a recorrer el infierno", declaró.

—Vaya, vaya —dijo Gradus—. ¡Qué poca confianza tienes!

—Los Kripke siempre han cazado. —Sintió un vuelco en la cabeza al decir esto—.

Nunca los han cazado. No saben lo que les espera conmigo.

Era de lo más extraño. Allí estaba, marchando hacia su muerte casi segura, y era la primera vez en mucho tiempo que sentía que su vida importaba. Esta urgencia, esta prisa, como si todo en ella, cuerpo y alma, fuera como una flecha, tensa por un propósito. Algo mejor que la ira, la desesperación o la venganza. Podía sentir su corazón latir, la sangre correr por sus venas, desde el corazón hasta las yemas de sus dedos, apretada alrededor de sus espadas. Cuando lo derramara, importaría.

¿Cuánto tiempo había perdido vagando entre la niebla? Al mirar atrás, le dieron ganas de gritar. No, no quería desvanecerse en esas profundidades turbulentas. Se negaba a petrificarse en un bosque comatoso. Quería estrellarse con fuerza contra algo, y al hacerlo, quería dejar huella.

“Una pregunta, Gradus.”

"¿Sí?"

“¿Hacia dónde va el río?”

Gradus murmuró.

—La cosa se pone mucho más interesante si me llevas al río —dijo Alicia—. Me he perdido.

—No estás lejos. —Gradus dibujó un ángulo en la arena—. Directo desde aquí.

Verás colinas; mantenlas a tu derecha. Continúa hasta que oigas las olas. Y necesitarás protección. Algo más resistente que esa mochila.

Alicia parpadeó y miró el cadáver destrozado del gato.

“Parece apropiado”, dijo Gradus.

Alicia se arrastró hasta el gato y comenzó a desmembrarlo.

Resultó que se podían hacer muchas cosas con los huesos. Alice extrajo todos los trozos puntiagudos —garras, vértebras, la punta de la cola— y los guardó en un pañuelo. Pensó que podría apretarlos con los nudillos y, en caso de apuro, arrancarle las mejillas o los ojos. Los fémures del gato eran largos y duros. Los golpeó contra una roca y se encontró con un par de dagas improvisadas. Encantada, las sopesó. Eran más ligeras que sus cuchillos y se ajustaban mejor a su agarre.

Ahora, la armadura. Le costó un poco de trabajo, pero al final logró extraer intacta la caja torácica del gato y ponérsela sobre el torso. Era sorprendentemente ligera. La golpeó un par de veces con el cuchillo, y los huesos se sintieron bastante resistentes. No detendría una cuchillada que le atravesara el corazón, pero sí los golpes de refilón.

—¡Ay! —dijo Gradus—. ¡Qué terror!

Alicia se pavoneó.

Lo único que no pudo usar fue el cráneo. Pasó casi una hora extrayendo los ojos y el cerebro con los dedos, pero una vez limpio el cráneo, no pudo desencajarlo ni ajustarlo como casco. Su cabeza simplemente no cabía. Qué lástima, pensó; se veía genial.

En lugar de eso, hizo un pequeño montículo con la tierra, dispuso algunas piedrecitas en un círculo perfecto y colocó la calavera encima. Incluso inscribió un poco de magia para mantener el montículo

intacto. Solo una pequeña protección que detenía el cambio. No impediría que alguien lo derribara, pero sí lo protegería de las pequeñas erosiones del tiempo. El viento soplando, los roedores corriendo.

Se recostó, satisfecha. *Ahí está* , pensó. Había hecho su propia contribución al mapa de la locura. Podrían pasar los años y el cráneo del gato podría seguir allí, con esas enormes cuencas mirando lascivamente a todos los que pasaran. Que atormentara al siguiente viajero que pasara, exigiendo una interpretación. Hizo una profunda reverencia al pequeño santuario, pues sentía que el gato merecía algo de su gratitud, y luego le dio un golpecito en la frente. «Recuérdame, ¿quieres? Aunque me destripen como a un cerdo».

“No tienes que luchar contra ellos”, dijo Gradus.

"¿Qué es eso?"

Su voz apenas era un murmullo. «Tienes ventaja. Podrías esconderte en Dis».

—Ay, Gradus —dijo sonriendo—. ¿Intentas que me vaya?

Gradus evitó mirarla a los ojos. Su rostro se había desvanecido en la niebla, y el miasma alrededor de sus piernas se enroscaba y oscurecía, como si se escondiera en su interior. A Alice le pareció adorable. «Tienes muy pocas posibilidades».

"Lo sé."

Los Kripkes son asesinos expertos. Eres un ratón. Te chuparán la sangre y te patearán los huesos hasta el Leteo. Gradus hizo una pausa. No te deseo eso.

Alice sabía que no debía imaginar que a él le importara. Probablemente la miraba como se mira a un gatito de juguete. Ay, por favor, no corras a la calle. Aún tenemos juegos que jugar. Aun así, era la primera vez en mucho tiempo que alguien expresaba preocupación por su fallecimiento, y estaba profundamente conmovida.

—Ojalá pudiera darte cien años de recuerdos, John Gradus. —Hizo un gesto hacia la niebla. Él se encogió; tímido, asustado, o ambas cosas—. Pero eso no le quitaría ni un ápice de arena al reloj de arena. Solo estaríamos retrasando lo inevitable.

Parecía malhumorado. "Pero al menos seguirías aquí".

“Si muero, muero”, dijo Alicia. “Pero creo que de otra manera no hay vida. La vida es una actividad que hay que mantener. Hay que luchar por ella. Si no, no hay vida en absoluto. Es así. Es solo un impulso. Y ambas hemos decidido que eso no es suficiente.

Tú lo sabes”.

Gradus se quedó en silencio un rato. Luego dijo: «Esnifa un poco de tiza».

"¿Qué?"

Te ayudará. Solo confía en mí.

“¡No voy a esnifar tiza!”

En Cambridge, era un chiste recurrente que inhalar tiza te imbuía de toda la energía mágica potencial de criaturas marinas muertas hace mucho tiempo. Pero la tiza mágica también era una sustancia restringida por la academia, cuya ingestión había demostrado deteriorar el tejido humano, y su uso indebido podía conllevar una prohibición de por vida de la práctica de la magia. Así que, a pesar de todas las bromas en el bar, nadie la había probado jamás.

—No bromeo —dijo Gradus—. Esnifa la tiza.

Alice presionó la punta de un palito contra la contraportada de su cuaderno. Se rompió en pedazos. Qué lástima, pensó. Siempre había apreciado la incapacidad de Barkles para desmoronarse.

“De donde yo vengo lo cortan con una navaja”, dijo Gradus.

Alice intentaba aplastarlo con la palma de la mano, pero solo le dejaba marcas en la carne. «Deja de burlarte de mí».

“Solo pruébalo.”

Alice había perdido la navaja, así que probó con la daga. Le costó un poco de experimentación, pero lo consiguió alternando los lados romos y afilados para cortar la tiza en pedazos que no la asfixiaran. Cuando pareció suficientemente pulverizada, la recogió en un pequeño montón en la palma de la mano. Luego se inclinó y resopló.

El efecto fue inmediato. Sintió como si se hubiera metido wasabi en la nariz. Agudas punzadas de dolor se extendieron por su nariz hasta el cráneo. Las lágrimas brotaron de sus ojos. Se tambaleó hacia atrás,

agarrándose las sienes, justo cuando manchas de color

explotaron en su mente. Una cacofonía de recuerdos, recuerdos que ni siquiera sabía que tenía, recuerdos que aún no podía ubicar, completamente extraños excepto por su intensidad. Una mujer riendo. Un ciervo sobresaltándose. La zancada de un gigante. Un rayo de medianoche en el lago, y el frío penetrante. Todos los axiomas del mundo girando y danzando sobre ella. Aquí estaba el mundo oculto revelado y escrito con claridad; sin sombras, sin velos. Estiró los brazos sobre su cabeza en una postura primitiva como la de un oso, y en ese momento Alice se sintió capaz de devorar el universo.

"Jesús." Una quemadura gélida se extendió por sus extremidades. " *Estoy ardiendo* ", pensó; " *Estoy en una pira, y se siente delicioso* ." "Jesucristo . "

Gradus se rió a carcajadas. «Te lo dije».

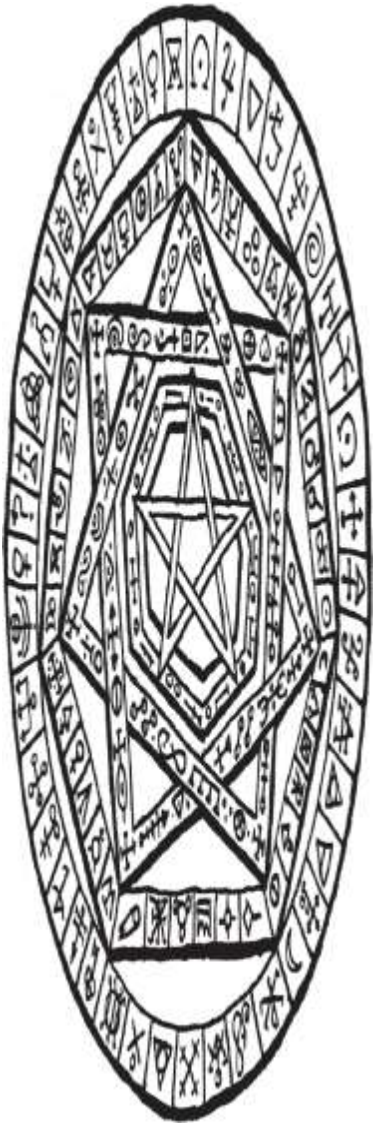
Dio un paso y se tambaleó. Cada movimiento hacía que el universo girara sobre su eje, provocando ondas en el Infierno. Tenía miedo de respirar, pues no quería provocar el apocalipsis.

El cráneo del cuco volvió a arrullar. Alicia lo agarró, lo arrojó al suelo y lo aplastó con el pie.

Creyó oír la alarma: la señal invisible, ahora un zumbido perceptible para sus oídos.

Sintió, desde el otro lado de las dunas, una aguda y hostil consciencia que se volvía repentinamente hacia ella, y esto la llenó de júbilo. Por fin, un desafío.

—¡Vamos! —gritó al desierto—. ¡Ven a buscarme! Estoy aquí.



Capítulo treinta y uno

Un piojo no era un mago de guerra, pero todas las historias militares que había leído le daban mucha importancia a encontrar la altura. Así que primero siguió hasta el río y luego encontró un lugar en un acantilado desde donde podía ver a los Kripkes venir desde todas las direcciones. Este acantilado se extendía en salientes irregulares que se

alzaban sobre Lethe, así que formuló un plan: atraer a los Kripkes a la cima y encontrar la manera de engañarlos para que cayeran. La caída no estaba lejos, pero no necesitaba que la caída matara. Solo necesitaba mojarlos.

Luego recorrió las colinas circundantes con un balde de sangre de gato, sumergiendo y dibujando pentagramas en cada centímetro de arena que pudo encontrar.

Este trabajo era bastante tranquilizador. Le daba un punto de concentración para su mente, que gritaba como un rayo. Siempre era tan agradable tener un objetivo bien definido y parámetros claros para el éxito. En sus años universitarios, Alice había participado en varias Olimpiadas de Magia, en las que los concursantes tenían media hora para inscribir pentagramas y completar una serie de tareas. Hacer que la bola de boliche suba hasta el techo. Mover este bolo de un extremo a otro del campo. Había acumulado media docena de medallas por su talento para inscribir con rapidez y precisión bajo presión. La antigua emoción de la competición volvió a ella. Olvídate de los Kripkes por un momento, olvida la probabilidad de una muerte inminente y gana la partida. Aquí tienes un tablero, y este es tu objetivo: obstruir a tus oponentes más de lo que ellos te obstruyen a ti.

Sacó el repertorio estándar. A intervalos por el campo, inscribió todas las paradojas del movimiento de Zenón: Aquiles y la tortuga, Atalanta en la pista de carreras, la flecha en vuelo. Si Atalanta quería cruzar una pista de carreras —si las criaturas-hueso querían cruzar el campo hasta el risco—, primero tenía que llegar a la mitad del camino, y luego a la mitad, y luego a la mitad, a la mitad, a la mitad. Pero si seguías dividiendo las distancias por la mitad, entonces Atalanta tenía que completar un número infinito de tareas, y por lo tanto probablemente no podría moverse en absoluto. Y si las criaturas-hueso querían siquiera moverse —si, como una flecha, querían atravesar el espacio del punto A al punto B—, debían lidiar con el hecho de que en cualquier momento dado, si tomaras una imagen congelada de sus movimientos, estarían inmóviles. El tiempo que les tomaría llegar a Alice se componía de esos instantes, pero eso significaba que siempre estaban quietos, sin moverse. Y nunca podrían hacerle daño a Alice si no podían moverse.

Todo esto era una tontería, siempre y cuando se tuviera cálculo básico. Pero los huesos no tenían cálculo.

Donde el terreno descendía hacia la colina, Alice escribió una versión ampliada de la Paradoja del Mentiroso. Esta era una broma pesada

dentro del departamento que a menudo hacía que los estudiantes universitarios se tambalearan por las escaleras, atascados como caballitos de madera.

LA SIGUIENTE DECLARACIÓN ES FALSA

LA DECLARACIÓN ANTERIOR ES VERDADERA

En lo alto del montículo, justo contra la cornisa, dibujó de memoria una paradoja muy especial. No tenía ni idea de si funcionaría, pero no era estrictamente necesario que lo hiciera. Solo necesitaba mostrarles a Nick y Magnolia algo que nunca hubieran visto.

Algo lo suficientemente interesante como para hacerles reflexionar.

—Pareces muy preparada. —Gradus la seguía de cerca mientras trabajaba, murmurando agradecimiento todo el tiempo.

—Podrías ayudarme a luchar contra ellos —dijo Alicia.

—¿Qué? ¿Y resoplar y resoplar hasta que todos se caigan? —Gradus se desdibujó por completo, como para enfatizar su insustancialidad—. Solo soy una Sombra,

¿recuerdas?

—Seguro que sirves para muchas cosas —dijo Alicia—. Podrías distraerlos, por ejemplo. Podrías lanzarte en picado, ondear y gritar muy fuerte.

Pero se dio cuenta de que había sobreestimado la fuerza de su vínculo. Gradus solo la quería cuando le parecía divertido. Y aunque consideraba muy especial el tiempo que pasaban juntos, ella solo representaba una fracción de su tiempo profundo. Dentro de mil años, probablemente solo se reiría de su nombre.

—Ah... bueno. —Gradus se aclaró la garganta. Pensó que Gradus diría algo más. Por un momento pareció que realmente lo estaba considerando. Pero era mucho menos incómodo no hacerlo. Las despedidas solo merecían la pena cuando querías volver a ver a alguien. Gradus simplemente se disolvió donde estaba, grises sólidos desvaneciéndose en una sombra. Sopló una ligera brisa y luego desapareció. Y Alice pudo haberse sentido abandonada, pero lo pensó un momento y luego concluyó que no tenía ningún motivo real para estar molesta.

Tarareando, regresó a su trabajo.

Revisó todos sus pentagramas, asegurándose de que todos los círculos estuvieran cerrados. Esparció arena sobre su obra, lo suficiente para ocultarla de una mirada casual, pero no la suficiente para interferir con el alcance de los pentagramas.

Retrocedió un paso, observó el terreno ahora liso y asintió con satisfacción. Había construido un tablero de ajedrez excelente. Era lo mejor que se podía hacer con un cadáver de gato y tiza empapada.

Luego se retiró colina arriba y observó la llegada del ejército de huesos.

LA ESPERA FUE INTERMINABLE.

Alicia estaba llena de sed de sangre y polvo de tiza, sin dónde ponerlos. Ya había superado el miedo. Sentía que iba en un tren a toda velocidad, acercándose rápidamente al choque, y odiaba sentir pasar los minutos porque todo eso retrasaba el final. Varias veces creyó o esperó oír chasquidos, pero solo eran recuerdos demasiado vívidos. Cada vez que negaba con la cabeza, como un perro que se sacude el agua, los chasquidos cesaban.

Por fin vio esa línea blanca errante. Ningún Kripke a la vista. Solo una colección de huesos reconstruidos: perros, gatos y lo que parecía una pequeña caballería de mapaches.

Esta era una horda mucho mayor que la que los había atacado a ella y a Peter en las afueras de Greed. Se preguntó si los Kripkes sabían que era algo especial, si habían reunido a sus mejores fuerzas especialmente para ella. Se acercaron, cubriendo la distancia con una velocidad asombrosa. Contó en voz baja. *Treinta caballos blancos sobre una colina roja* , pensó. *Primero resoplan. Luego patalean.* Los seres de hueso llegaron a la base de la colina. *Y ahora se quedan quietos.*

Ella apretó fuerte la empuñadura de su cuchillo.

Por un instante, estuvo lista para luchar contra la horda entera. Había olvidado que sus hechizos sí funcionaban, y que era una maga bastante buena, hasta que vio la evidencia. Tenía razón. Los seres óseos no sabían calcular, ni distinguir a Zenón de Dios. Un tercio de la horda aminoró la marcha, y volvió a aminorarla, y aminoró la marcha infinitamente hasta que sus delgadas piernas se movieron inútilmente en grados de fracciones decrecientes. Solo unos pocos afortunados lograron rodear las pilas de sus amigos incapacitados, y al subir la colina, este número se redujo a un puñado.

El más valiente se acercó a ella olfateando, ahora con cautela. Tenía la complexión esbelta y temblorosa de un whippet.

—Basta —le dijo con severidad—. Vete. Siéntate.

La cosa con forma de hueso chilló y saltó.

Alice lo estrelló contra un costado. Cayó, y antes de que pudiera levantarse, Alice golpeó el cuchillo una y otra vez hasta que sus costillas se partieron y sus extremidades quedaron desplegadas a los lados.

Alice se levantó. "¿Alguien más?"

Todos saltaron a la vez.

¡Pero eran tan *lentos* ! Alicia no podía creer lo fácil que era. Esnifar tiza le había hecho algo a la vista, había alterado su percepción del tiempo y el espacio. Su vista se amplió y agudizó a la vez. Podía ver cada detalle de ellos, toda la tiza que animaba sus articulaciones, cada trazo de la meticulosa caligrafía de los Kripkes. Y sabía exactamente dónde golpearlos, para que el resto se desmoronara. Sabía cuándo saltarían, adónde apuntaban y dónde estarían. Sabía que debía llegar primero.

¡Zas! ¡Zas! Blandía una espada en el brazo derecho y una cantimplora en el izquierdo, rociando el aire como un sacerdote rocía agua bendita. El agua disolvió sus articulaciones, y su cuchillo hizo el resto, y un montón de huesos comenzó a formarse alrededor de sus tobillos mientras danzaba.

Dios, ¿qué no podía hacer? Era exactamente esa sensación frenética que tenía cuando se había bebido cinco tazas de café y de repente se sentía segura de que podía dominar cualquier campo si se lo proponía; ese breve subidón siempre seguido de un bajón espantoso. Solo que aquí el bajón nunca llegaba, y con cada movimiento, a medida que la sangre de Alice bombeaba más caliente, el mundo se volvía cada vez más lento hasta que tuvo la aterradora sensación de que su mente podría salir corriendo de su cuerpo. Pero la cordura se mantuvo, y su mente y su cuerpo no se separaron.

Colgaba allí al borde de la trascendencia, cuando todo el mundo se detenía y sus fallas latían visiblemente. Tenía un recuerdo de esas noches largas en el laboratorio, cada vez que parpadeaba y veía el mundo oculto, y ahora todo se extendía ante ella, no en abstracto, sino en una terrible concreción. Solo huesos para romper. Columnas para

romper.

¡Si tan solo Elspeth hubiera podido verla! Recordó a Elspeth bailando con su lanza por la orilla e imaginó que sus propios movimientos ahora eran igual de gráciles. ¡Esto era divertido! No solo se defendía de sus fauces cortantes, sino que lo convertía en arte.

Blandía su espada en los arcos más bonitos y elegantes. El filósofo Zhuangzi conoció una vez a un carnicero que era tan experto en sus artes que su espada nunca se desafilaba; deslizaba su cuchilla a través de los espacios huecos, donde no encontraba resistencia. *Este es el Camino* , pensó Alice; *Veo esos espacios huecos* . Cortó tan limpiamente a través de sus espinas que las partió en dos de un solo golpe. A un pobre enano rebotó en la empuñadura de su cuchillo y lo decapitó en el aire mientras caía. Así debían sentirse los leñadores. Cada vez que blandían un hacha, la madera se partía en dos. Qué placer, esta competencia táctil. Destrucción limpia, y la tierra se agrieta bajo tus manos.

Tras deshacerse de sus atacantes, bajó la colina y también se deshizo de las criaturas atrapadas. Consideró prudente ser meticulosa. Los Kripkes podrían liberarlos, y entonces estaría en apuros. Pero los Kripkes aún estaban ocultos, y sus objetivos estaban congelados, y sus espinas cedieron con facilidad cuando los cortó de un tajo.

Creyó leer el miedo en sus huesos. Sí, de verdad temblaban. No podían mover las piernas, pero sí temblar, agachar la cabeza, encogerse, imitando a los seres vivos que temen el látigo. Y esto podría haberla calmado, pero entonces vio, sobre sus cabezas, el rostro pálido de Peter y los cuchillos rechinando en el aire. Blandió el arma. Cuando la hoja impactó contra sus espinas, los crujidos sonaron tan placenteros que su deleite ahogó todo lo demás. Nunca antes había sentido la euforia de la pura entropía. De hecho, se sentía tan bien simplemente hacer que las cosas se desmoronaran. Deseó que continuara para siempre; se decepcionó, de hecho, al darse cuenta de que sus objetivos se habían agotado; no había nada más que atacar.

Alice se quedó de pie, jadeando, y contempló las dunas vacías. A sus pies, una calavera incorpórea le mordió el tobillo. Le dio una patada brutal. Rodó, dando tumbos colina abajo, y luego se detuvo en medio de la masacre.

Había demolido la horda. Los campos estaban en silencio.

—Vamos —jadeó. La tiza le quemaba la nariz. Tuvo una visión

descabellada: se comería a los Kripkes vivos; les arrancaría la cabeza y los masticaría enteros—. ¡Salgan!

APARECIERON SEGUNDOS DESPUÉS: TRES FIGURAS SALTANDO por la colina, con los ojos negros y el cuerpo envuelto en una armadura de hueso. Papá, Mamá y Bebé Oso, regresen de nuestras vacaciones. Ricitos de Oro se ha portado muy mal en casa. Ricitos de Oro debe

estar atascado como un cerdo. Llevaban bolsas colgadas de la cintura —bolsas húmedas, a reventar, que se movían al moverse— y sus brazos brillaban con sangre fresca y roja. La sangre de Peter.

Los Kripkes se detuvieron un momento para observar la carnicería.

Se deliberaron entre ellos. Alice deseó poder oír lo que decían, porque probablemente incluían algún cumplido. Mago experto. Ah, sí, muy experto.

Probablemente formado en Oxbridge. Debemos tener cuidado.

Luego los Kripkes arrasaron el campo.

Alice debería haber sabido que sus hechizos tontos difícilmente los disuadirían. Y, sin embargo, la velocidad de su destrucción la consternó. Nick Kripke parecía no haber leído lo que ella había escrito. Una mirada a la tiza expuesta, y eso fue suficiente. La sangre manaba libremente de su bolsa, y él lanzaba contrahechizos a la arena, desmantelando sus pruebas sin mirar. Nunca perdió el paso; ni siquiera la Paradoja del Caballo Blanco lo inmutó, y aquí Alice estaba segura de que Nick nunca había estudiado chino. Theophrastus y Magnolia siguieron sus pasos mientras, una a una, las defensas de Alice se desvanecían.

Teofrasto se detuvo brevemente ante la Paradoja del Mentiroso de dos pasos (sus pies se balanceaban hacia adelante y hacia atrás mientras pronunciaba las palabras), pero entonces Magnolia lo tiró a un lado y pateó la arena roja.

Levantaron la vista. La vieron ahora, de pie en la cima de su colina.

Ella también los vio con claridad: sus cuerpos delgados y esbeltos, sus armaduras puntiagudas y brillantes. La parte superior de sus rostros estaba oculta bajo cascos de hueso, y los ojos que veía a través de las cuencas de las criaturas muertas brillaban con una inteligencia siniestra. Tenían miradas idénticas; labios finos se estiraban hacia atrás para revelar dientes afilados y de borde negro. Los labios de

Magnolia lucían de un rojo vibrante, con el brillo escarlata del lápiz labial de una tienda departamental. Aunque Alice no podía imaginar dónde demonios había encontrado un pigmento tan brillante, salvo en la sangre.

Primitivos no era la palabra. No habían involucionado, como una familia perdida durante meses en una excursión; no habían perdido sus facultades en la desesperación.

Tampoco se parecían a Elspeth, cuyo atuendo improvisado era retazos de chatarra convertidos en patética artesanía casera. La armadura de los Kripke era impecable, hecha a medida para un propósito indescifrable. « *Ahora son extraterrestres»* , pensó

Alice. No se movían como humanos; no pensaban como humanos. Habían evolucionado y se habían adaptado a su terreno, convirtiéndose en los depredadores supremos que faltaban en el inframundo.

Cada centímetro de su cuerpo quería huir. Tuvo que acallar sus instintos con su débil mente racional. *Corre, y Gradus se burlará de ti. Corre, y prolongarás lo que debe venir.*

Corre, y la bestia te dará la espalda.

Los Kripkes se detuvieron al pie de la colina.

La observaron durante un largo instante, con las tres cabezas inclinadas a la izquierda en la misma dirección. Nick y Magnolia conversaron. Entonces Magnolia se acercó primero, seguida de Teofrasto.

La mente de Alice se precipitó espontáneamente a los agradecimientos de tantas monografías. Por último, muchas gracias a mi querida esposa, quien se encargó de nuestra casa, puso nuestras mesas, alimentó a nuestros hijos, transcribió todas mis notas y también aportó la mayoría de mis ideas originales. Querida, haces posible nuestras vidas; tu amor me inspira.

—¿Quiénes son ustedes? —se burló Alice—. ¿Los asistentes de investigación?

Teofrasto se escapó y corrió chillando colina arriba.

Esto pareció incluso sobresaltar a Magnolia, pues extendió la mano para intentar agarrarlo. Él la esquivó, trepando a cuatro patas por la

arena a un ritmo inhumano, gruñendo y aullando como un lobo.

Alice vio un montaje vertiginoso de todos los niños mal portados que alguna vez había conocido. Niños pequeños haciendo berrinches en el supermercado. Primos que habían venido de vacaciones, gritando con las mejillas rojas. La prole chillona de Helen Murray, a quien una vez había cuidado por unas monedas. El niño más pequeño se había cagado en los pantalones y fingió que no. Las hermanas mayores se habían reído a carcajadas y bailado por ahí cantando que apestaba, y la más pequeña decidió que era una leona y no dejaba de hundirle los dientes en los tobillos a Alice. Alice recordó cómo los niños podían ser capaces de tal destrucción alegre; cómo destrozaban y golpeaban cosas sin importarle las consecuencias; cómo en casa de Helen Murray, había tenido un impulso violento y culpable de golpear a uno de ellos en la cara. Sobre todo recordaba que los niños daban miedo... pero eran *niños* , y tan, tan pequeños.

Teofrasto corrió a toda velocidad hacia ella, y todo lo que ella tuvo que hacer fue levantarlo por los brazos y agitarlo en el aire.

Era muy ligero. Habría sido facilísimo tirarlo por la cornisa, pero Alicia no quería hacerle daño; no era culpa suya. Decidió arrojarlo a la trampa de Zenón. Tiempo fuera, acostarse, que los adultos hablaran. Alicia arrastró a Teofrasto hacia el pentagrama, forcejeando mientras él se agitaba.

Magnolia apareció en lo alto de la colina.

—Tú —jadeó Alicia— eres un muy mal padre.

Se preguntó por qué Magnolia no atacaba. Entonces se le ocurrió que podría usar a Teofrasto como rehén. El niño se interponía entre ellas; quizá Magnolia temía que Alice le hiciera daño. Alice estaba pensando en la mejor manera de lanzar esta amenaza cuando Magnolia se agarró el hombro izquierdo y se lo arrancó de un golpe.

Alicia se quedó boquiabierta.

Magnolia azotó el rostro de Alice con su brazo esquelético. Un hueso frío la golpeó en la mejilla y la mandíbula, castañeteándole los dientes. Magnolia volvió a atacar, y esta vez la fuerza la derribó. Theophrastus se liberó, chillando y aplaudiendo.

Magnolia avanzó, balanceando su brazo muerto y marchito como si fuera una bola y una cadena medievales.

Alice se puso de pie de un salto. Sintió una oleada de furia indignada. Qué ridículo era todo. Peter no había muerto en el desierto para que alguien la golpeara con el brazo desprendido.

Magnolia volvió a lanzarse. Esta vez, Alice siguió su trayectoria. La agarró por la muñeca y tiró con fuerza. El polvo de tiza aún corría por sus venas; aún sentía una fuerza cuyos límites desconocía. Al parecer, esto la sorprendió, pues apenas opuso resistencia. El brazo se deslizó limpiamente de su agarre.

Bien , recordó Alice. Esa era su ventaja. Los Kripke no estaban acostumbrados a que nada les defendiera.

Magnolia sacó su cuchillo.

«No, no» , pensó Alicia. Apartó el brazo y se abalanzó sobre Magnolia.

Alice nunca se había peleado con nadie. Era una niña muy educada. Lo más cerca que había estado fue en un partido de baloncesto en primaria, cuando se puso tan furiosa porque otra niña le robó el balón que se abalanzó sobre ella y le dio una patada en la espinilla. La echaron del partido por eso. Sus padres la recogieron y le gritaron en el coche mientras ella sollozaba y explicaba que no sabía por qué lo había hecho, que nunca volvería a ser tan mala. La lección se le había grabado en la mente desde entonces: los demás cuerpos son inviolables y no se los toca sin permiso. No se intenta hacerles daño ni romperlos. Te mantienes alejada y ellos se mantendrán alejados a su vez; todos vivimos en nuestra pequeña burbuja. Así que fue un gran shock cuando chocó contra Magnolia y cayeron al suelo, todavía forcejeando. Los sentidos de Alice, agujereados por la tiza, no la ayudaron. Solo podía percibir golpes y zarpazos, púas y bordes afilados. No podía ver, el pelo le cubría los ojos. Blandió su propio cuchillo con furia, pero no supo si había agarrado. Creyó haber golpeado algo, pero podría haber sido solo cuero, una armadura. Sintió vagamente que estaba perdiendo. Entonces cayó de espaldas, sin aliento. Magnolia la tenía inmovilizada por las rodillas. El cuchillo de Magnolia cayó. Alice agarró la muñeca de Magnolia, esforzándose por apartar la hoja.

Pero Magnolia era tan fuerte. El cuchillo se apretó peligrosamente contra su rostro.

La mirada de Alice se deslizó hacia la bolsa que Magnolia llevaba en la cintura; carmesí, ondulante. Dos ideas hicieron clic en su mente:

Estamos en la trampa de Zenón.

Ella necesita que salga sangre.

De repente, soltó el brazo de Magnolia. Magnolia, esperando resistencia, se levantó y se tambaleó. Su cuchillo se clavó en la tierra junto a la cabeza de Alice. Esto le dio a Alice el tiempo justo para escabullirse y cortar desesperadamente el cinturón de Magnolia. La bolsa explotó. La sangre le salpicó la cara: la sangre de Peter, oxidada, salada y, de alguna manera, aún caliente. La oleada de recuerdos casi la abrumó: la trampa de Escher cerrándose, la sonrisa de Peter, el chirrido del hierro; y todo lo que pudo hacer fue concentrarse, recordar esos algoritmos más básicos. La sangre le llenó los ojos y la nariz. Se atragantó y sollozó, mientras balbuceaba las palabras en griego antiguo.

Magnolia blandió su cuchillo sobre la cabeza de Alice. A mitad del arco, sus movimientos se redujeron a la mitad, luego a la mitad otra vez, y luego a la mitad. Alice veía cómo sus brazos se esforzaban por moverse centímetro a centímetro, milímetro a milímetro, pero era inútil, pues cuanto más intentaba Magnolia moverse, más lenta se volvía, y sus grados de libertad se desvanecían en uno dividido por dos cuadrados,

hasta que, prácticamente, Magnolia se quedó arrodillada, paralizada. Detrás de ella, Teofrasto permanecía completamente inmóvil, con las manos atrapadas en medio de un aplauso.

Alicia se puso de pie de un salto.

Lo único que Magnolia podía mover eran sus ojos. Levantó la mirada y se fijó en Alice, con la mirada inyectada en sangre y furiosa. Alice pudo leer su frustración, su condescendencia. La paradoja de Zenón. La paradoja *de un bebé* . Pero para refutarla necesitaba sangre, y toda la sangre estaba en la arena.

“Ja”, dijo Alicia.

Los ojos de Magnolia se abrieron de par en par, aterrorizados. Al principio, Alice no pudo comprender ese terror, hasta que su mirada se posó en su cuchillo y comprendió que, desde su perspectiva, lo racionalmente esperado era matarlos a ambos.

Alicia no había pensado tan a futuro.

En todas sus fantasías, el río había hecho el trabajo y ella simplemente se quedó observando, absuelta.

¿Pero qué hacer ahora?

¡*Cortenles la garganta* !, gritó la tiza en su sangre. Pero su brazo no se movía; el cuchillo no se levantaba. Solo pudo quedarse allí, paralizada por la indecisión, hasta que Nick Kripke llegó corriendo colina arriba.

Se detuvo en la cima, mirando a Alice, a su esposa y a su hijo. Calculando, con claridad: ¿atacar a Alice o liberarlos?

Ella no podía permitirle elegir esto último: no podía luchar contra los tres a la vez.

Se arriesgó. Les dio la espalda a Magnolia y Teofrasto y corrió colina arriba, donde su obra maestra la esperaba, con todas las piezas en su sitio excepto el sujeto que contenía. Tenía razón. Nick la siguió. Había contado con su curiosidad.

Aquí estaba lo único, más que la sangre fresca, que aún podía seducirlo después de todos estos años. Un avance teórico, una obra que nunca había visto. Los Kripke eran maestros en su oficio, pero solo tenían lo que tenían en la cabeza; todas estas décadas y no tenían acceso a los archivos, a extrañas líneas de pensamiento que se extendían a

otros lugares y tiempos. Aquí por fin había algo que Nick Kripke no había pasado décadas desmontando y reconstruyendo, y por eso cometió el error fatal de detenerse a leer.

Detrás de él, Alice cantaba.

Leyó las líneas del guion mentalmente, sustituyendo «Nicomachus Kripke» por

«Jacob Grimes», hablando cada vez más rápido, antes de que Nick entendiera lo que pretendía, de modo que su voz no era en absoluto humana, sino un gemido agudo y desgarrado. El aullido de una bruja, el aullido de Ericto... y estaba tan cerca del final, a solo dos líneas, cuando Nick se giró con pánico en el rostro.

Sus manos se abalanzaron. Alice levantó los brazos, pero él los apartó de un golpe.

Sus manos la rodearon con fuerza alrededor del cuello. Alice se atragantó, pero no emitió ningún sonido. Si no emitía ningún sonido, el conjuro no se arruinaría y no tendría que empezar de nuevo. Solo le quedaban dos versos, solo necesitaba una sola palabra, si lograba

mantener la calma y susurrarlas. Pero los pulgares de Nick presionaron con fuerza su tráquea. No podía respirar. Se retorció, pero no encontró asidero. Su agarre era tan firme, la presión dolorosa, inmensa. *¡Ay, Dios mío* !, pensó.

Pero estaba tan cerca.

Luego un chillido, un destello gris.

Arquímedes salió volando de la nada y aterrizó sobre su cabeza. Nick lo soltó. Alice rodó jadeando hacia un lado. Nick se agitó, agitando los brazos como molinos.

Arquímedes maulló mientras se aferraba a la cabeza de Nick. Sus patas buscaron con fuerza el yelmo huesudo. Su gran cola peluda se envolvió con determinación sobre los ojos de Nick. Nick agarró a Arquímedes por el abdomen y lo arrojó a un lado, justo cuando Alice cerraba el círculo.

Ahora veremos , pensó frenéticamente, *ahora sabremos si soy un verdadero mago* .

El infierno desapareció.

No del todo. El hechizo no los transportó, solo estableció un vínculo. Ahora estaban presentes en dos mundos a la vez. Las arenas del infierno aún eran apenas visibles, pero encima se cubrían las familiares paredes y pizarras color granate de la Sala de Laboratorio Nueve. Suelos cubiertos de tiza, moho persistente. En el suelo, cuidadosamente dispuesto dentro de un pentagrama doble, yacía el cuerpo falso que Alice había preparado con tanto esmero. Todas esas piezas mugrientas, cosidas como el

monstruo de Frankenstein; justo los músculos, huesos y ligamentos necesarios para formar un rostro, toda la biomecánica necesaria para recrear una voz.

Le asombraba que nadie lo hubiera retirado después de tantos días. Temía que no se ataran a nada, que al terminar su hechizo quedaran clavados en algún lugar ineludible entre mundos. Pero había sido muy cuidadosa. Había elegido la habitación del sótano que nadie usaba, había cerrado bien las puertas y la había reservado a nombre de otra persona, un posdoctorado que viajaba desde Londres y rara vez estaba en el campus.

Incluso había inscrito algunos hechizos que ralentizaban la

descomposición, de modo que, aunque el cadáver apestaba, no estaba podrido. Su tejido permanecía lo suficientemente intacto como para albergar el alma de Nicomachus Kripke.

Los ojos del cadáver se abrieron de golpe.

—Hola —dijo Alicia—. Bienvenida a Cambridge.

Por supuesto, no salió ningún sonido. Quizás había hablado en voz alta en el Infierno, pero aquí Alice estaba atada a la nada. Solo podía observar, una presencia incorpórea, mientras Nick Kripke volvía a la vida.

Un ojo se abrió con esfuerzo, luego el otro. El torso se estremeció.

Las partes animadas por el alma de Nicomachus Kripke se retorcían en el suelo. Los ojos se le salían de las órbitas; los tendones se tensaban. Parecía sufrir un dolor inmenso.

Las notas de Ericto lo advertían. El alma es arrancada del inframundo y forzada violentamente a un cuerpo muerto o moribundo que no es el suyo. Todo está mal: cada músculo, cada hueso y ligamento; todo es demasiado grande o demasiado pequeño y tan, tan extraño, y él sufre una agonía absoluta, cada nervio de su cuerpo grita, arde.

Era muy difícil leer el tono en griego antiguo, pero Alicia pensó que la bruja debía de haber sentido una satisfacción perversa al escribir esto. Alicia también se rió entre dientes al leer las páginas. « *Te daré un cuerpo, profesor, te traeré de vuelta. A ver qué te parece».*

Pero qué terrible fue ver ese hechizo en acción; ver esa ruina de boca torcerse y emitir el peor sonido que jamás había oído.

La magia era un error, pensó Alice. Eran vínculos antinaturales, esa frontera jamás debería haberse cruzado. Sentía un remolino de culpa —¿qué había hecho? Tenía que

acabar con su sufrimiento—, pero entonces Nick aulló con más fuerza, y las paredes del laboratorio parecieron temblar y derrumbarse. Toda la habitación se tambaleó, como un mundo de sueños que se disuelve al despertar, pero no se desvaneció. Los mundos se fundieron. La alfombra se convirtió en arena gris; el desierto en paredes, todo se entrelazaba en un caos desesperanzador y desconcertante.

Pero Alice estaba acostumbrada a esto. Había sobrevivido tanto tiempo viendo múltiples mundos superpuestos. Las imágenes que

aparecían y desaparecían no la desorientaban; sabía cómo moverse en ellas. Así que, mientras Nicomachus Kripke se ahogaba con el horror de la vida, Alice lo jaló con determinación hacia el borde del acantilado. Estaban tan cerca ahora, a solo unos metros de distancia. Solo hacía falta un empujón. El río haría el resto.

La sala del laboratorio se apagó. Esto no era obra de Alice. La fuerza de voluntad de Nick Kripke era inmensa. Alice lo vio esforzarse por concentrarse, por liberar su alma.

No había nada que ella pudiera hacer. Su hechizo solo establecía el vínculo; no tenía poder para atraparlo a ninguno de los dos lados.

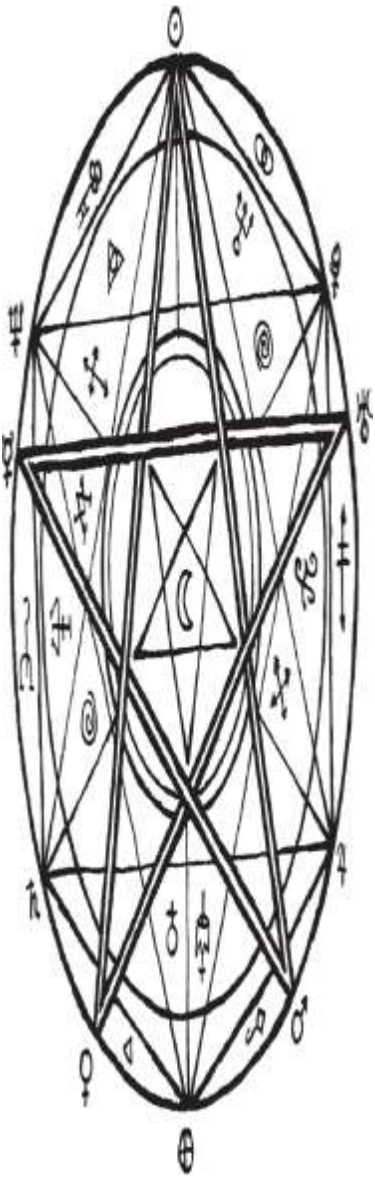
En el infierno, Nick Kripke se sobresaltó. Sus dedos volvieron a cerrarse alrededor de su cuello.

"Suéltame", dijo con voz áspera.

«No» , intentó decir Alice; pero sus pulgares le apretaban la tráquea y no pudo moverse. El negro la oprimía en los bordes de su vista. Sus dedos se tensaron. Sus extremidades se aflojaron.

La gracia divina la salvó entonces.

Eso parecía, al menos. No era nada tan sólido como un ser vivo; solo un impulso, un susurro. Apenas el eco de una presencia. Pero aun así, ese toque fue suficiente para derribarlos al vacío. A las rocas.



Capítulo treinta y dos

Un borrón, un jadeo, un chapoteo y la conmoción.

La caída no era lejos, pero el agua era baja y las rocas muy duras. Por

un momento, Alice no pudo ver por el dolor. Todas sus extremidades estallaron blancas, un campo eléctrico que solo gradualmente se atenuó a palpitantes estallidos rojos. Levantó la cabeza, luego los brazos. Sus piernas no se movían. Todo lo que pudo hacer fue sentarse a medias aturdida para no yacer sumergida mientras procesaba qué partes aún estaban unidas a su cuerpo. Parpadeó hacia el cielo. Un círculo pálido colgaba directamente sobre ella, apenas visible. Era menos una forma definida que una onda en el cielo. Si uno miraba de reojo, desaparecía de nuevo en el naranja. *Oh* , pensó. *La luna. Así que ahí es donde ha estado.*

A varios metros de distancia, Nick Kripke se incorporó. El agua le llegaba a los tobillos.

Bajó la mirada hacia sus pies, con la cabeza ladeada, como si no pudiera comprender dónde estaba parado. Parpadeó y luego levantó la cabeza ligeramente, con la mirada perdida. Parecía un anciano que había bajado a la cocina a tomar un vaso de agua y se había olvidado de lo que hacía.

Miró a Alicia.

—Disculpe —dijo con voz áspera, y Alice se quedó atónita al oír una voz completamente humana saliendo de aquella garganta acorazada —. Me parece... Me parece que me he ido...

Entonces, esa brillante inteligencia regresó a sus ojos, y Nick Kripke comprendió dónde estaba. Con un grito, sacó un pie del agua, luego el otro, y luego saltó inútilmente alternando los pies mientras la simple física lo alcanzaba. Por desgracia, no podía levitar. Alice observó, fascinada, cómo Nick bailaba un jig desesperado hacia la orilla mientras los recuerdos fluían de él, rápidos y urgentes, una corriente vasta y creciente. Fluían junto a ella a una velocidad aterradora. Una película acelerada ocho veces, dieciséis, treinta y dos; demasiado rápido para distinguir algo distinto excepto las impresiones más fugaces. Un campus en la oscuridad, tiza blanca sobre una pizarra. La corriente se hizo más grande y Nick se hizo más pequeño. *Un helado en una olla hirviendo*

, pensó Alice. *Cuando llegue al borde, ¿cuánto quedará?* Casi lo había logrado, estaba a solo unos pasos de la orilla. Pero los recuerdos parecían tener una fuerza de atracción propia. La corriente era demasiado fuerte; los recuerdos perdidos se aferraban a los

recuerdos restantes. La corriente aumentó. Nick Kripke se inclinó

hacia adelante, arañando la orilla con los dedos. Alice vio en su rostro una expresión de terror absoluto.

La miró a los ojos y su mano derecha se contrajo: ¿suplicando? ¿Súplica? Por instinto, se movió para ayudarlo. Pero le dolían mucho las extremidades; el dolor explotó cuando intentó levantarse. Solo pudo devolverle la mirada a Nick, muda. ¿Qué podía decir? En ese momento, su mente se dirigió a la historia de Lewis Carroll. "El ensayo de Balbus".

Qué cuento tan gracioso. Un objeto sumergido en un líquido desplazará líquido equivalente a su masa, pero cuando el líquido se desplaza, el nivel del agua debe subir, pero si el nivel del agua sube, el objeto se sumerge aún más, y así el agua debe subir aún más, y así sucesivamente, hasta que un hombre al borde del mar, que incluso apenas sumerja los dedos de los pies, pronto se ahogará. ¿No debería?

En este caso, sí. Una ola de agua negra se alzó con fuerza, y cuando retrocedió, Nick Kripke había desaparecido.

Alicia se sentó mirando las olas vacías.

Así que eso fue todo. No podía creer que las aguas pudieran permanecer tan quietas.

Las olas habían dejado de agitarse; ahora la superficie era cristalina, engañosa. Varios segundos, y toda una vida de dolor simplemente borrada, olvidada por el universo. Sin castigos, sin redención, solo la inexistencia. Como si Nick Kripke nunca hubiera existido. *Eres un imbécil* , pensó Alice. *Eres un imbécil, un imbécil con mucha suerte.*

Escuchó pasos sobre la arena, luego el chirrido de una cuchilla.

Se giró y miró hacia arriba. Magnolia se alzaba imponente sobre ella, con el cuchillo desenvainado a su lado. Teofrasto la seguía. Se habían liberado; ella no sabía cómo.

Ambos contemplaron las olas, donde los últimos vestigios de esposo y padre se perdían en la oscuridad. Magnolia echó la cabeza hacia atrás. De su garganta surgió un gemido espantoso y mudo. Teofrasto se unió a ella. Su agudo chillido se entrelazó con su voz áspera y grave, y por un instante pareció que el mundo entero aullaba.

—Lo siento —dijo Alicia débilmente, porque en verdad lo sentía, aunque todo esto era obra suya.

Teofrasto se acercó.

Era diminuto. Debía de tener unos diez años cuando murió, así que era pequeño incluso para su edad. Apenas le llegaba a la cintura a su madre. Alice se preguntó si alguien lo había llamado Theo. Se parecía muchísimo a un Theo. Un nombre apenas

perceptible para un niño pequeño; extremidades suaves y delgadas ocultas tras todo ese hueso prestado. Pero aún lo suficientemente fuerte como para blandir una espada y derribarla.

Alice cerró los ojos, esperando el golpe. No sería tan malo, se dijo. Un poco de dolor, algo de presión en el cuello, y luego terminaría. Y entonces su alma sería libre de volar a dondequiera que Peter estuviera, y aunque ese lugar no fuera ningún lugar, ningún lugar era lo suficientemente bueno.

El golpe nunca llegó. Alicia levantó la vista. La mano de Magnolia descansaba sobre el hombro de Teofrasto. Madre e hijo la observaban inmóviles. Alicia intentó, pero no pudo leer ninguna emoción en esos rostros angustiados y ajenos.

Magnolia se agachó y agarró a Teofrasto por los hombros. Fue el gesto más humano que Alice jamás había visto: un abrazo rápido y experto de madre. Lo levantó y lo apoyó contra su cintura. Luego, caminó con dificultad por la orilla hacia las aguas.

—No. —Alice intentó incorporarse apoyándose en los codos, y un dolor terrible le recorrió la espalda. No podía levantarse—. Para, no...

Magnolia la ignoró. Sus labios rozaron la oreja de Teofrasto. Teofrasto inclinó la cabeza. Magnolia continuó hacia el río, moviéndose con determinación, un paso firme tras otro. Teofrasto se apoyó en su cuello.

—Espera —dijo Alicia otra vez, pero se dio cuenta de que no tenía nada más que decir.

¿Qué podía ofrecerle a Magnolia ahora? ¿Un regreso a la humanidad? Eso no estaba en su poder.

Sólo podía dejarles terminar lo que había empezado.

Madre e hijo avanzaron paso a paso hacia las profundidades hasta que las olas les bañaron la cabeza. Entonces sus recuerdos comenzaron a desvanecerse. Pequeñas cosas al principio, asombrosamente vibrantes

en la oscuridad. Un carrito de juguete. Una caja de tizas de colores; una pizarra infantil, cubierta de flores blancas y moradas. Luego, los recuerdos se arremolinaron hacia afuera, las cosas que más definían a Magnolia, las cosas a las que se había aferrado a pesar de años de desgastar el resto. El rostro radiante de Teofrasto. Llevaba gafas de alambre fino; por supuesto que había usado gafas.

Escaleras hacia un escenario. Luces brillantes. El lustroso revestimiento de madera de un atril. Luces tan brillantes que todos los rostros se desdibujaron. El sudor

acumulándose en las palmas de las manos. Luego, aplausos, aplausos atronadores que estremecieron el suelo, estremecieron los huesos, te sacudieron por completo. Todos esos ojos de plato, miradas hambrientas, clavadas en ti. Magnolia se desenrolló y Alice miró, embelesada, la vida que siempre había creído desear.

Ella solía admirar mucho a Magnolia.

Una vez, en su primer año de universidad, se coló en una charla de los Kripkes. El coloquio estaba restringido a estudiantes de posgrado y profesores, pero ella entró a escondidas cuando los revisores no la veían, y una vez sentada, nadie la cuestionó.

Entonces comenzó la charla, y Alice quedó fascinada. La investigación por sí sola era brillante. Si Alice hubiera leído los artículos de Magnolia, habría bastado para enamorarse. Tenía una prosa encantadora. Más tarde, el mundo establecido trataría su lirismo como evidencia de su falta de rigor metodológico, pero en aquel momento, a Alice le asombró cómo Magnolia podía hacer vibrar hasta las cuerdas más áridas de la lógica.

Pero Magnolia era mucho más que sus pruebas. Alice nunca había visto a una erudita actuar así en público. ¡Oh, Magnolia Kripke, la de cabello negro azabache y piel cremosa e intemporal! Su voz era sonora, melódica. Se movía, y todas sus partes femeninas —pechos, caderas, curvas— con una seguridad serena. No le daba vergüenza presumir de su belleza. No la ocultaba bajo ropa holgada ni una mala postura, como tantas mujeres. Se convertía en el centro de atención. Sabía que todos la miraban, con razón o sin ella. Ella captaba esa atención. Era la sutileza con la que se movía: se alisaba la falda, se echaba el pelo por encima del hombro. Nadie podía apartar la mirada.

Alicia se quedó absorta, aturdida por esta instancia viviente del tipo imposible.

Había oído hablar de otras parejas en el mundo académico, generalmente por chismes sobre su inminente ruptura. Un par de profesores de Yale estaban casados —

ella, clasicista, él, lógico— y eran constantemente infelices, con sus estudiantes y alumnos atrapados en el fuego cruzado de sus disputas. El problema era que ella había dejado una plaza con posibilidad de titularidad en Stanford para unirse a él en Yale como su esposa, lo que significaba que su titularidad dependía de la de él; él era profesor titular y ella solo sería conferenciante. Él había editado tres volúmenes; ella solo había publicado un puñado de artículos, y proliferaban los rumores de que ella le había pedido muchas veces que la ayudara a progresar en su carrera, pero él se había negado alegando nepotismo. Supuestamente también se acostaba con su asistente, una graduada de Radcliffe, de ojos endrinos y pelo brillante, que se pavoneaba con

bufandas coloridas y botas altas. Todos pensaban que ella —la esposa — debería divorciarse de él. Pero no podía abandonar el matrimonio. Si se separaban, la universidad podría despedirla al día siguiente. ¿Para qué malgastar su sueldo?

Cualquiera podría enseñar Introducción a la Tragedia.

El caso de Yale no fue nada del otro mundo. Bastaba con una historia para oírlas todas: el divorcio turbio en Cornell, el profesor asistente casado en la Sorbona. El marido era la estrella. La esposa daba clases a estudiantes universitarios que no sabían que el título de profesor solo podía significar «recién contratado o cónyuge», y luego se fue a criar a sus hijos.

Pero allí estaba una erudita con prestigio, un esposo y un bebé. Era notable cómo Nick trataba a Magnolia. Apenas habló esa tarde. Presentó a su esposa —dijo que este aspecto de su investigación había sido obra suya— y luego abandonó el escenario.

Durante toda la charla, Alice no dejaba de mirarlo, preguntándose cuándo su atención adoradora daría paso al aburrimiento. Pero él estaba completamente enamorado de ella.

Se reía de todos sus chistes; asentía con aprecio cada vez que ella desentrañaba un nudo teórico particularmente complicado. Ni una sola vez apartó la mirada de su rostro. « *Así que esto es amor verdadero»* , pensó Alice. *«Me pregunto si alguien me mirará así alguna vez».*

Y cuando Magnolia abandonó el escenario, no pareció abandonar su

papel; no pasó de estrella a esposa y madre. Más bien, se mantuvo tan vibrante y magnífica como en el escenario, con su esposo e hijo a su alrededor como lunas. Magnolia fue simplemente quien era en todo momento. Era, increíblemente, todo a la vez.

Eras la mejor de nosotras , quería decirle Alice. *Lo hacías parecer posible.* Pero Magnolia ya estaba demasiado sumergida en las olas; hasta el cuello, con la cabeza echada hacia atrás, los ojos cerrados y la boca abierta en una expresión demasiado parecida al éxtasis.

Alice solo pudo observar desde la arena cómo madre e hijo desaparecían bajo la superficie.

"Buena suerte", dijo John Gradus.

Una vez más, Alice se giró. Gradus flotaba, regodeándose, sobre la arena. Si hubiera podido mantenerse en pie, le habría echado los brazos sobre los hombros y lo habría besado.

—Viniste —dijo ella—. ¿Por qué?

«Un acto de gracia», exclamó. «Y no fue Dios, Alice Law. Fui yo».

Ella intentó alcanzarlo, pero él, al igual que Magnolia, pasó junto a ella en dirección a las olas.

“¿Gradus…?”

Caminó directo al agua. Alice emitió un sonido de angustia, pero Gradus no se desintegró. Más bien, pisó con suavidad la superficie del Leteo. Las aguas se aquietaron bajo sus pies, sosteniéndolo como si fuera de mármol. Entonces Alice vio lo que Gradus vio: un barco que se hacía más grande en el horizonte. Era una cosa esbelta y hermosa, su cuerpo una única y curva pincelada de brillante madera otoñal, y sus velas un brillo sedoso y ondulante. Así que era cierto; así que esas Sombras tenían razón en tener esperanza.

Gradus se adentró más para encontrarse con el barco. Su capa ondeaba abierta y sus brazos se extendían a los costados, como si se presentara en su totalidad.

—John Gradus —llamó Alicia—, ¿quién eras?

Esta pregunta ya no le molestó como antes. Más bien, se le escurrió como el agua. Se encogió de hombros. "Nadie, ahora". Se giró y agitó el brazo. "¡Adiós, Alice Law! ¡Ojalá no nos volvamos a ver!"

—Adiós —gritó—. ¡Buena suerte...!

El bote ya estaba muy cerca. Alice vio una figura de pie en la proa; un ser vestido completamente de blanco, que brillaba con tanta intensidad contra el oscuro horizonte que le dolía la vista. Tuvo que entrecerrar los ojos. Apenas distinguió los contornos más vagos mientras la figura ayudaba a Gradus a subir al bote y le ofrecía un cuenco.

Gradus inclinó el cuenco hacia atrás y bebió con entusiasmo, con los hombros agitados.

Grandes fragmentos de recuerdos comenzaron a despegarse de él entonces. Su grisura era como el vientre de un pez abierto en canal, derramando todas sus entrañas y desechos en el océano. Alice vio imágenes parpadeando en esas vísceras. Confirmaron sus peores sospechas: cuerpos retorcidos, una salpicadura de sangre, la sombra de un olmo grande y delgado. Pero no miró con demasiada atención. Creía que ya no importaba.

Entonces Gradus dejó de ser Gradus, para convertirse en un resplandor resplandeciente; inmaterial de una manera completamente distinta a las Sombras. Pues las Sombras eran huellas, un pasado persistente, pero este Espíritu-No-Gradus era un

futuro indefinido, brillante en su potencial. El Espíritu-No-Gradus se dio la vuelta y fue a sentarse en la proa, con el rostro vuelto hacia esa orilla prometida.

—Espera... —Alicia extendió su mano, esperando, contra toda esperanza tonta, que el bote la llevara también.

Pero la figura en el bote pareció sonreír y retiró la mano. No lo hizo con crueldad, sino simplemente como reconocimiento de las reglas que Alicia también debía conocer.

El bote se alejó. En su estela, una ola se abalanzó sobre Alice, ondulante e insistente.

Sus extremidades se aflojaron; no tenía fuerzas para resistirla. Pero no era de las que la obligan a sumergirse. Más bien, la arrastró con insistencia hacia la orilla, como si el agua tuviera brazos y la lanzara. «Tú no», dijo. «Todavía no». La apartó suavemente hasta que Alice quedó acurrucada de lado en la arena, justo fuera del alcance del río.

Allí yacía, aturdida y respirando, mirando las olas acercarse lo

suficiente para poder saludarla.

Finalmente ella registró el dolor en su brazo.

Se llevó el brazo a la cara y observó, asombrada, cómo el agua negra se filtraba por los bordes de su tatuaje. Había pasado tantas noches pellizcando y frotando su piel, preocupada por la letra del profesor Grimes. Había creído que nada, salvo arrancarse la piel, podría opacar esas nítidas líneas blancas. Sin embargo, ahora la escritura chisporroteaba en los bordes y formaba espuma dondequiera que el agua la tocaba.

Pequeñas reacciones químicas le quemaban la piel. Dolía, pero no más que el escozor de las cerillas contra las yemas húmedas de los dedos. Además, el dolor se atenuó ante el alivio abrumador. Sintió que la tensión desaparecía de su cráneo; un gran peso con cuya presencia había vivido tanto tiempo, que ya no lo notaba excepto cuando se aflojaba.

Puso a prueba su memoria. Buscó el Lineal B, algo que nunca usaba, un archivo que su mente no quería desechar, y se alegró al descubrir que no tenía nada. Buscó la página 52 del *Tractatus* . No la veía.

Tardíamente se dio cuenta de que podría estar en problemas.

No había forma de secarse del agua. Estaba empapada hasta los huesos; la ropa empapada, las botas empapadas. Hizo un esfuerzo por secarse los brazos, pero parecía inútil. El escozor se extendía a cada parte de su piel expuesta. Al recostarse sobre la arena, se desprendían destellos de color.

Su alegría dio paso al pánico.

Revolvió sus pensamientos, buscando y aferrándose a lo que no podía perder. *Soy Alice Law, soy una maga, y estoy aquí porque Peter Murdoch...*

Oh, por favor, no dejes que me olvide de Peter.

Intentó retener su rostro en su cabeza. No tenía idea de qué más estaba perdiendo, y no tenía idea de si podría evitarlo, pero aun así intentó grabar la imagen de Peter en su cerebro: ese cabello lacio, esos grandes ojos marrones. La sonrisa relajada y fácil.

Recordó la joroba de sus hombros y la extensión de su cabello; la forma en que hacía girar la tiza, la forma en que se pellizcaba la

muñeca cuando no tenía nada con qué juguetear. El sonido de su risa. La electricidad crepitante de sus pensamientos. Guardó todos estos recuerdos en una cajita, la cerró con llave y la mantuvo en primer plano en su mente, como si pudiera mantenerla allí con pura fuerza de voluntad. *Dame a Peter, déjame ser un monumento a Peter, si soy una cáscara vacía en este desierto, un disco rayado que reproduce un recuerdo, eso estará bien.*

Pero su mente se fracturaba, y no podía evitar que sus pensamientos se desviaran.

La caja cerrada se le escapó de las manos, rodando por la arena. Los recuerdos se desvanecieron como carretes de película que giran antes de quemarse. Enormes cantidades de detalles se fueron primero. Repeticiones mundanas. Botas chapoteando en el barro. Cielos que se oscurecían; la niebla, la lluvia. El giro de una llave, el clic de una cerradura; día tras día. Cucharas en tazas de té revolviéndose, tintineando, dando vueltas y vueltas...

Entonces lo abstracto también estalló y se desvaneció como fuegos artificiales.

Explosiones de conocimiento vívidas ante sus ojos. Jakobson, Lacan, Deleuze, Guattari.

¿Qué habían dicho? ¿Quién sabía ya? Sus lenguas se estaban desvaneciendo. Visiones de diccionarios; grandes listas de vocabulario que había almacenado y nunca había usado. *Mar sin leat* , *do svidaniya* , *auf Wiedersehen* , adiós.

Platón había defendido en *el Menón* una teoría de la anamnesis: que las almas eran inmortales, el conocimiento innato y el aprendizaje era simplemente un proceso de redescubrimiento de lo olvidado. La razón funciona para afianzar un conocimiento que siempre estuvo presente. Cuando un niño esclavo aprende geometría, no está haciendo un descubrimiento, solo está recordando lo que una vez supo. Entonces, ¿qué pensaría Platón de Alicia? ¿Acaso olvidó solo las verdades confusas que obstaculizaban la razón?

¿O también estaba olvidando todo ese conocimiento innato?

¿Qué seré cuando sea un contenedor vacío?, se preguntó. *¿Cómo se sentirá ser nada?*

Nada, nulo, cero: qué concepto tan interesante. Escuelas de pensamiento enteras solo fueron posibles gracias a la aceptación del

cero. Su mente regresó a aquella popular adivinanza de primer año; un silogismo repetido tantas veces que sus premisas y conclusión habían adquirido la cadencia de una canción infantil.

Nada es mejor que la felicidad eterna.

Un sándwich tostado con queso es mejor que nada.

¿No debería ser lógico entonces que un sándwich de queso sea mejor que la felicidad eterna?

Qué rico sería , pensó Alicia. *Un sándwich de queso aquí, en el fin del mundo.*

Sus párpados se sentían tan pesados. Le costaría demasiado esfuerzo mantenerse erguida —de hecho, le costaba tanto entrar en pánico— que, en cambio, se dejó llevar por completo. Su cabeza golpeó contra la arena. Sintió un ligero escalofrío, ese placer furtivo ante la idea de su propia muerte que, a pesar de todo, nunca desaparecería del todo. « *Me está sucediendo»* , pensó, *cuando temí que nunca pudiera. Seguiré el camino de los Kripkes, y pronto dejaré de ser yo en absoluto. Qué emocionante es esto. Nunca he sabido lo que era no ser. Presencia ahora mi último truco: ¡desaparezco!*

"Ey."

Algo duro le pinchó el hombro. Alice gimió e hizo un gesto vago para apartarlo.

Déjame desvanecerme en paz.

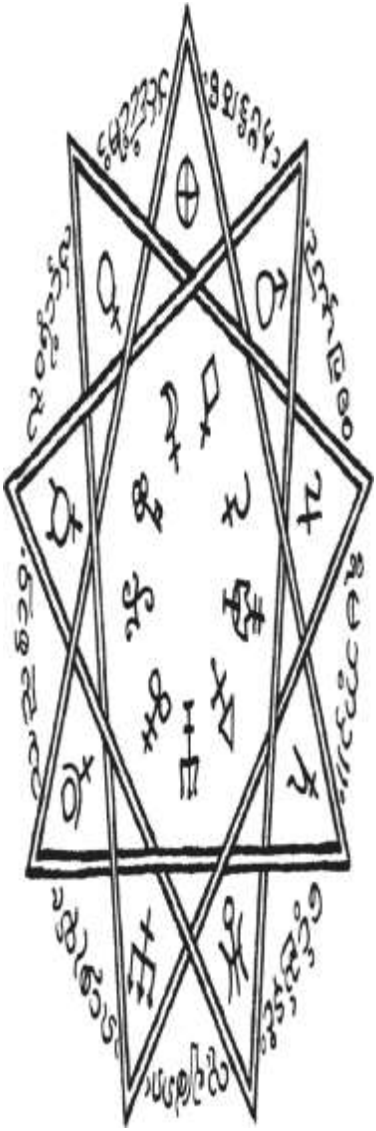
Levántate. No estás tan mal.

Alice gimió con más insistencia.

—Oh, silencio. —Dos manos se le clavaron bajo el torso y la voltearon boca arriba.

Alice entreabrió un ojo y vio la curva hueca del cráneo de un pájaro sobre un rostro delgado y brillante. A su lado, un gato petulante que meneaba la cola.

—Dios mío —dijo Elspeth—. ¡Qué cara tienes!



Capítulo treinta y tres

Cuando Alicia recobró el conocimiento, estaban sentados en la proa del *Neurath* , con la orilla apenas visible tras ellos. Arquímedes se sentó contento en el regazo de Elspeth. Sus patas delanteras estaban cuidadosamente envueltas, con vendas atadas con pequeños lazos

precisos. Ella le acarició la columna con el dorso del dedo índice y él se arqueó, ronroneando, ante su tacto.

Alice se enderezó. "¿Elspeth?"

"Sí."

¿Qué edad tiene ese gato?

Elspeth parpadeó y ladeó la cabeza, como si la idea acabara de cruzarla por su mente. Golpeó con un dedo la nariz de Arquímedes, y Arquímedes estornudó. "¿Sigues dejándolo beber de ese mismo cuenco de agua?"

"¿Qué cuenco de agua?", pensó Alicia. "¿Esa cosa del jardín?"

—Dios mío —Elspeth se reía—. Lo convertimos en un Frasco Perpetuo para no tener que llenarlo constantemente. ¿Sigue ahí?

Arquímedes frotó su mejilla contra el codo de Elspeth, atrayendo su mano hacia su columna. Luego se estiró sobre las piernas de Elspeth, casi duplicándolas, y permaneció así. Parecía muy satisfecho de sí mismo.

—Mírate —Elspeth se inclinó hacia Alice—. Has aprendido a vestirte igual que ellas.

Alice bajó la mirada y, avergonzada, pasó los dedos por las costillas del gato. "Pensé que una armadura le vendría bien".

"¿Dónde lo conseguiste?" Elspeth observó el rostro pálido de Alice, la sangre seca en sus mejillas y brazos, y luego negó con la cabeza. "No importa. Me lo imagino".

—Me salvó la vida —murmuró Alicia. Sintió que debía reconocerle el mérito al gato—. Les apagó las espadas.

—¿Entonces se han ido? —preguntó Elspeth con urgencia—. ¿Los viste disolverse?

—Los tres, uno por uno. —Alice pensó en Teofrasto, quieto y obediente en los brazos de Magnolia—. Se acabó.

“¿Pero por qué el agua no te afectó?”

Alice se arremangó. Su brazo se había convertido en una masa roja y moteada, escenario de una reacción química aún activa. Las líneas

blancas estaban borrosas, burbujeando y espumeando en sus bordes, donde el olvido luchaba contra la permanencia. Ni siquiera la magia del profesor Grimes pudo resistir el Leteo: las líneas se desvanecían, el agua ganaba.

Elspeth recorrió el brazo de Alice con el dedo, moviendo los labios en silencio mientras leía. "¿Grimes te hizo esto?"

Esta vez, Alicia no refutó el transitivo. "Mm."

"¿Lo dejaste?"

“Dijo que me haría un mejor mago”.

"¿Lo hizo?"

"Estoy segura de que lo pensó", dijo Alicia, porque parecía la única respuesta sincera. "Estoy segura de que lo esperaba".

Se preparó al decir esto, pero Elspeth solo asintió. No había ira en su rostro. Se aferró al brazo de Alice, acariciando con sus dedos fríos la piel húmeda. Ambas guardaron silencio, observando cómo los colores se arremolinaban en el brazo de Alice, cómo la tiza blanca y el agua negra se mezclaban y luchaban, hasta que las líneas blancas palidecieron y finalmente se desvanecieron.

—Entonces, ¿estás...? —Elspeth señaló las sienes de Alice—. ¿Todavía estás bien de la cabeza? ¿Sabes dónde estás?

“Creo que sí.”

¿Aún lo tienes todo?

Alice rebuscó en su memoria. Sabía lo suficiente como para no estar confundida sobre dónde estaba ni cómo había llegado allí, pero más allá de eso, realmente no podía decir nada. Había fragmentos que tenía, fragmentos que sabía que habían desaparecido,

y aún más fragmentos cuya pérdida no sabía cómo registrar. Por un momento, la perspectiva le aterraba —ese recuerdo no era una biblioteca bien cuidada, sino un sótano apolillado con luces tenues y parpadeantes—, pero recordó entonces que así era como vivía todo el mundo, siempre; como ella misma había vivido la mayor parte de su vida. Uno andaba a tientas en la oscuridad. Se conformaba con historias, no con grabaciones. Se conformaba con lo que tenía e intentaba completar lo demás.

—No todos —dijo ella—. Pero tengo suficientes.

ELSPETH COCINÓ PARA ELLA ESA NOCHE. Parecía muy emocionada con la ocasión; pasó casi una hora dando vueltas alrededor de la pequeña estufa, desenterrando frascos de especias y exclamando cosas como: «Las ratas estaban *gordas* esta semana, apenas *crujían* en la estufa».

Tras una hora de esfuerzo, sirvió un guiso de sal, sangre coagulada y un poco de carne gruesa y fibrosa que a Alice le dolía la boca al masticar. Alice se lo devoró todo, tragando el guiso a bocados calientes y satisfactorios, y luego mordisqueó los huesos hasta que le sangraron las encías.

"¿Tiene buen sabor?" preguntó Elspeth.

—¡Increíble! —jadeó Alicia.

Elspeth esperó, radiante, mientras Alice vaciaba el cuenco y lamía su interior. Luego se acercó para que se sentaran cara a cara, a centímetros de distancia. "Creo que es necesario disculparse".

Alice dejó su tazón. "Lo siento mucho..."

—Me siento fatal por lo que pasó —dijo Elspeth—. No debería haberlos dejado en esa orilla.

—Te traicionamos. —El guisado le resbaló por la comisura de la boca a Alice. Se limpió la barbilla con el hombro—. Yo también me enojaría.

"Simplemente no lo entendía", dijo Elspeth. "¿Por qué querrías volver con él?".

"Bien."

—Es simplemente monstruoso. —La mano de Elspeth se movía arriba y abajo en staccato, como si le estuviera dando una conferencia a un estudiante. Principios básicos—. Debes saber esto. Te chupa la vida. Así que cuando dijiste el nombre de Grimes... no sé, algo me invadió y entonces no pude pensar con claridad...

—Por favor, no te disculpes —dijo Alice—. Es mi culpa. Nos acogiste, nos protegiste, y nosotras... —Tragó saliva—. No puedo justificarlo. Sabíamos lo que queríamos y cómo conseguirlo, y todo lo demás era... no sé, solo una garantía. No pensaba en ti para nada.

Solo podía pensar: ¿ *Qué haría?* ¿Cómo podría hacerlo sentir orgulloso?

—Bueno —Elspeth sorbió por la nariz—. Tiene ese efecto.

Se quedaron un momento en silencio. Una vez más se miraron, dos chicas magulladas con demasiado en común. Pero esta vez no hubo comparación, ni conjeturas, solo un reconocimiento cansado. Sé cómo llegaste aquí. Sé lo que costó.

—Es todo una tontería. —Alice se frotó la sien con la palma de la mano—. No entiendo por qué... O sea, lo tiene *todo* , ¿sabes? Y no sé qué necesita, ni si le duele...

“Deja de intentar justificarlo”.

“Yo no estaba—”

Lo eras. Escucha, Alice, he pasado por eso. He pasado años intentando justificarlo.

Todo lo que acabas de decir, lo he vivido. Lo he considerado todo. Así que, por favor, créeme cuando te digo que no hay nada más. Hay gente que es así de cruel. No hay un plan. No son gigantes. No lo hacen por nada, simplemente les gusta. Y los demás simplemente tenemos que sobrevivir.

—Ya lo sé —dijo Alice con cansancio—. Solo quería decir...

—No éramos especiales por ello. No éramos dignos de ello, ni elegidos a dedo, ni nada por el estilo, ¿no lo entiendes? —La mano de Elspeth volvió a moverse con ese tono entrecortado de sermón. Esta vez con más dureza—. No le importó. Fue completamente aleatorio. Simplemente estábamos *allí* .

—Pero ¿no puedes ver —dijo Alicia— por qué elegiría creer algo diferente?

—Ay, cariño. —Elspeth puso su mano sobre la de Alice—. No tienes que creerte nada de él.

Alice supuso que era razonable. Lo que estaba en juego en este debate se le volvió repentinamente opaco. Si a Grimes alguna vez le había importado, si ella lo merecía todo; de repente, no entendía por qué estas proposiciones le importaban en primer lugar. El nombre de Jacob Grimes flotaba vacío en su mente, un símbolo sin referente.

Ningún torrente de recuerdos acudió a la llamada. Todo el asunto parecía desprovisto

de importancia, como si hubiera dedicado tanto tiempo a analizar sus implicaciones que los hilos se hubieran roto por completo, y ahora solo fuera papel arrugado.

Simplemente no importaba.

"Gracias", dijo. De repente, le costó mucho articular las palabras. Sentía los párpados muy pesados. "Creo... creo que es cierto".

—Perdóname. Estás agotada. —Elspeth rebuscó bajo el asiento y sacó una manta gruesa y raída que bien podría haber adornado el sofá de alguna abuela—. Anda, estás a salvo. Enseguida estaré aquí.

Alice tomó la manta y se la echó sobre los hombros. Olía fatal, a naftalina y moho, pero aun así era lo más reconfortante que había olido en mucho tiempo. La envolvió bien y se tapó la cara con los bordes. Le recordaba a las habitaciones de invitados y a los abuelos. No se cansaba de ella.

Elspeth la observó mientras se recostaba contra las tablas. Luego preguntó, con mucha ligereza: «Por cierto, ¿dónde está Peter?».

Alicia dudó, preguntándose cuál sería la mejor manera de explicarlo. Entonces rompió a llorar.

—Ay, Dios mío. —Elspeth rebuscó en su bolsillo y le entregó un pañuelo, grasiento y manchado. Alice lo tomó y se secó los ojos. Estaba horrorizada; las lágrimas no paraban. No había querido llorar. Ni siquiera había planeado sentirse triste. Pero justo entonces fue como si se hubiera activado un interruptor y esa apariencia de aturdida indiferencia se hiciera añicos, y todo el dolor que había estado cargando se desató.

“Mis disculpas”, dijo Elspeth.

"Está bien."

"¿Qué pasó?"

Alicia quiso responder, pero sintió una fatiga abrumadora en cuanto intentó abrir la boca. No quería contarlo. No podía expresarlo con palabras. Se sentía frágil al borde de romperse, y rememorar esos últimos momentos en la trampa podría destrozarla. Solo pudo negar

con la cabeza.

“Ya veo”, dijo Elspeth.

No quedaba más remedio que dejar que el llanto siguiera su curso, sucumbir a los escalofríos y temblores hasta que el diluvio remitiera, y toda la flema y los mocos desaparecieran, y finalmente Alicia pudiera respirar sin aullar.

—Decidió que debía ser yo. —Apretó los dedos—. Ni siquiera preguntó, simplemente *lo decidió* , y entonces yo salí, y él se fue.

“Por supuesto que lo hizo.”

"¿Qué significa eso?"

—Pero seguro que lo sabías. —Elspeth la miró con profunda compasión—. Estaba enamorado de ti.

Entonces, dos afirmaciones contradictorias acudieron a la mente de Alicia, y no pudo decidir cuál parecía más plausible, así que las pronunció ambas. «No puede ser».

Y luego: «Pero no lo sabía».

—Entonces estás ciega —dijo Elspeth—, porque lo tenía escrito en la cara. La tuya también.

Alice razonó que Elspeth probablemente tenía razón. Si lo pensaba, una pequeña parte de ella sospechaba lo mismo. Solo que no sabía qué hacer con esa información.

Deseaba poder sacársela del pecho; dejarla ardiendo y temblando en otro lugar, tal vez encerrarla en una caja, si tan solo la dejaba en paz.

—Pero estábamos peleando cuando te conocimos —dijo Alicia—. Me odiaba.

—De todas formas. Si acaso, eso lo hizo más fácil de decir.

—Pero nunca lo dijo. —Alice sollozó, ajustándose la manta sobre los hombros—.

Ojalá lo hubiera *dicho* .

Elspeth meneó la cabeza y sonrió con tristeza.

—Magos —suspiró—. Tontos, todos.

ALICE DURMIÓ. QUÉ SUEÑO TAN DELICIOSO ; rápido y sin sueños, un sueño que llegó con facilidad y que hizo que el tiempo se escapara. Elspeth la miraba fijamente cuando despertó, con el rostro tenso y pensativo. No dejaba de tamborilear con los dedos contra su

pierna. Su boca se crispó, como si no pudiera decidirse entre una sonrisa y un ceño fruncido.

Alicia se incorporó. "¿Qué pasa?"

“Estoy tratando de decidir si puedo ayudarte”.

—Ah. Bueno, avísame si puedo aportar algo.

Elspeth no respondió.

Alice apoyó las manos en su regazo y observó cómo se movían las aguas. Se sentía como una niña traviesa en un rincón de castigo. Sintió que la pesaban, aunque no sabía por qué.

Por fin, Elspeth suspiró. «No he sido del todo sincera contigo».

“Eso es más que justo”.

—No, mira. —Sacó una bolsa de debajo de los remos. Metió la mano, dudó un momento y luego sacó un objeto. Se lo puso a Alice—. Toma.

Alicia comprendió inmediatamente lo que veía.

Una Dialetheia. Retiró la tela y encontró la planta más curiosa que jamás había visto: una flor con dos cabezas de Jano, una cara con siete pétalos del tono rojo anaranjado del sol naciente, unida en la parte posterior por una segunda cara con siete pétalos de forma idéntica, estos del blanco azulado de la luna que cae. Vibrante y mortal a la vez; cálida y fresca. Un granado que crecía desafiante en la tierra de los muertos. Una Verdadera Contradicción, lo que no podía ser.

—Lo encontré justo antes de conocernos —dijo Elspeth—. Los Kripke no te perseguían. Debería habértelo dicho. Me pisaban los talones. Me perseguían a mí.

Alice dio vueltas a la Verdadera Contradicción entre sus manos, maravillándose con los brillantes matices de los tallos y estambres, con los delicados y diminutos brotes que emergían de las puntas de las ramas. Qué alivio ver esos colores después de semanas en grises y

negros. El único toque que había roto la monotonía era el rojo brillante de la sangre; pero aquí, por fin, estaba el verde.

"¿Dónde estaba?"

En una grieta entre dos rocas a la orilla del Leteo. ¿Te lo imaginas? Sin fanfarrias, sin círculos mágicos. Simplemente creciendo allí, imposible, sin nada que lo anunciara. Lo habría pasado por alto si no estuviera buscando un lugar donde amarrar.

Alice oyó la voz de Peter en su cabeza. El mundo no es un sistema completo; siempre hay una excepción. No hay explicación para su existencia; ninguna razón por la que se pudiera esperar que hubiera existido antes o que volviera a existir. El mundo era simplemente incognoscible; las excepciones surgían constantemente, y todo lo que había que hacer para evitarlo era simplemente mirar.

—Cálmate —dijo Elspeth—. Si lo sueltas, te mato.

—Vaya. —Alice lo acercó más, maravillada. Los pétalos eran tan finos, más delgados que el papel, su translucidez forrada con patrones como encaje—. Una explosión de contradicción... —Lentamente, las implicaciones la atraparon. No podrían simplemente abandonar el Infierno. Podrían cambiarlo todo. Con la Verdadera Contradicción en un lado de una prueba, podrían escribir cualquier otra cosa como válida. Podrían acabar con el hambre en el mundo, acabar con la hambruna y las guerras, remodelar los límites de la realidad a su antojo. Si tan solo pudieran sacar la Verdadera Contradicción de este lugar, podrían hacer *cualquier cosa* ... —Pero entonces eso te convierte en Dios, Elspeth.

Podrías hacer lo que quisieras. La realidad es solo masilla en tus manos...

—Aún necesitas sangre —dijo Elspeth—. ¿De dónde crees que sacaré tanta sangre?

“Pero aún así. . .”

"Y los archivos son muy claros sobre los límites", dijo Elspeth. "La Dialetheia no funcionará arriba. Es solo un milagro en el Infierno. Arriba, es solo un árbol".

Elspeth se recostó con los brazos cruzados. "Me parece que la única forma útil de emplear una Contradicción Verdadera es llevársela al Señor del Infierno. Así fue como Orfeo negoció con Eurídice.

Perséfone quedó tan conmovida por su música que le regaló la primera Dialetheia". Como favor, y luego Hades tuvo que negociar con él para recuperarlo. La Dialetheia tiene demasiado poder para soltarlo en el mundo, ¿sabes? No nos sirve aquí abajo, pero el Señor de la Muerte lo necesita. Así que lo llevas a la corte final, al trono de la isla en el confín del mundo, y lo ofreces libremente. Siempre recibes una bendición, eso dicen las historias. Y con esa bendición, pides por tu vida. Elspeth asintió a la Dialetheia. "Así que ten cuidado con lo que dices allá arriba. Solo tienes una oportunidad".

A Alicia le tomó un largo momento darse cuenta de que acababan de recibir instrucciones.

No encontraba las palabras. Carecía de un marco de referencia para comprender esta generosidad imposible. Desafía todas las reglas que le habían enseñado sobre cómo moverse en el mundo, donde los favores eran como la conservación de la materia. Dar siempre implicaba recibir. "¿Solo me lo estás dando?"

—Bueno, no te preocupes tanto por eso.

“¿Pero puedes encontrar otro?”

—Es una Dialetheia, tonto. No crecen solo en los árboles.

Alicia no sabía qué hacer con este regalo. No se le ocurría ninguna respuesta apropiada. En ese momento, la Dialetheia se sentía tan pesada en sus manos que la invadió un miedo irracional de arrojarla al agua.

Arquímedes maulló agitado. Elspeth le rascó la nuca. «Calla», murmuró. «Sé lo que hago».

Una pequeña parte de Alice se iluminó con sospecha. Seguramente Elspeth quería algo. Todos siempre querían algo. Ningún mago hacía cosas por bondad, o no habría llegado donde estaba.

Pero no había malicia en el rostro de Elspeth. Solo una dulce y franca compasión.

Simplemente bondad.

"Pero no merezco esto." No merecía ninguno de los favores que había recibido. El sacrificio de Peter, el sacrificio de Gradus, ahora Elspeth. *¿Qué soy yo para ti* , se preguntó, *para que hicieras esto por mí?* Su mente repasó los posibles tropos: relaciones de dependencia o caridad;

de madre a hijo; de hermana mayor a hermana menor; de mentora a aprendiz; de amante a amada. Pero ninguno encajaba, ninguno se acercaba a esta gracia singular e inexplicable.

—Elspeth, ¿por qué…?

—No hay por qué —dijo Elspeth—. No tienes que entenderlo. Solo tienes que aceptarlo.

Alicia apretó la cara contra la Dialetheia, rozando sus pétalos con las mejillas. Olía a otro mundo; a un jardín en primavera, a lluvia fresca y a canto de pájaros. *El mundo solía oler así* , pensó. *Yo solía oler esto todo el tiempo.*

"En cualquier caso", dijo Elspeth, "no creo que sean tan difíciles de encontrar después de todo".

"¿No?"

—No comprendemos muy bien a los dioses —dijo Elspeth—. Pero no debemos asumir que tienen las mismas limitaciones que los seres mortales. En teoría, el rey Yama tiene control sobre todo su dominio. No creo que permita que algo como una Contradicción Verdadera siga existiendo solo por pura negligencia. No creo que los dioses *sean* negligentes.

—Entonces crees que lo dejó aquí a propósito.

“Las reglas son tan aburridas”, dijo Elspeth. “Y el infinito también. No se puede jugar con un sistema cerrado eternamente; las posibilidades se agotan. Pienso, entonces, que a veces a los dioses les gusta jugar. Solo por el gusto de jugar.”

“Peter pensó algo parecido”, dijo Alice. “Así interpretó a Gödel. Siempre hay excepciones. Siempre hay algo inexplicable, lo que significa que, en algún nivel, todo se vuelve posible”.

"Es una buena idea a la que aferrarse", dijo Elspeth. "Mejor que la alternativa".

“Así que vas a encontrar otro”.

—Eh —Elspeth le dedicó una leve sonrisa—. Quizás.

Me di cuenta: «Ya no estás buscando».

—He postergado lo inevitable durante tanto tiempo. —Elspeth tenía la

mirada perdida—. Y no quiero posponerlo más. Estoy harta del *Neurath* , ¿entiendes? Estoy harta de estar siempre flotando en el mar. Quiero que alguien me lleve al otro lado.

—Los he visto —dijo Alicia—. El barco, los ángeles. Vinieron por Gradus, y yo los vi...

Elspeth avanzó con entusiasmo. "¿Ah, sí?"

“Y fue hermoso.” Alice se alegró mucho de no tener que mentir. “Exactamente como prometían todas las historias. Te dejan subir. Te dejan beber. Y luego te llevan más allá del horizonte, a lo que sea que haya más allá.”

Elspeth golpeó los nudillos contra el asiento de madera. "Entonces esperemos que vengan a por mí algún día".

—Vas muy por delante de todos en Dis —dijo Alicia—. Lo harás bien.

Elspeth asintió. Alice vio que sus labios se apretaban con algo —quizás miedo—, pero enseguida cedieron ante su típica determinación. "¿Podrías decirme cómo salir de ahí rápido?"

"¿Crees que *lo* sé?"

Elspeth se rió entre dientes. «Me parece bien. ¿Algún consejo, entonces?»

—Evita la ciudadela. —Alice se recostó, apretando la Dialetheia contra su pecho—.

La ciudadela es una pérdida de tiempo.

ELSPETH GUIÓ A LA *NEURATH* ADENTRARON EN aguas desconocidas. Navegaron sin cabeceo ni volteretas, sobre aguas tan cristalinas que Alice habría creído que estaban en tierra firme de no ser por la rápida corriente de recuerdos que se desvanecían bajo ellos. El Infierno Infernal brillaba tenuemente en el horizonte, y las llamas de Dis se atenuaban cada vez más hasta que se desvaneció en la oscuridad. Entonces solo les quedó la tenue luz parpadeante de las lámparas de brasas de Elspeth, que atrapaban recuerdos dispersos en el agua.

Finalmente, los recuerdos también se aquietaron, desapareciendo en la oscuridad, y solo eran dos almas sentadas en la oscuridad, con los ojos fijos en la pálida figura del otro.

—No sé qué pasará después. —Los ojos de Elspeth estaban enormes, asustados, contra su rostro pálido y delgado—. Nunca he estado tan lejos de la costa.

Alicia se dio cuenta tardíamente de que no estaba haciendo nada con el timón. El palo de la barcaza yacía inmóvil en la cubierta; las velas estaban arriadas. El *Neurath* avanzaba por voluntad propia, o por la voluntad de algo superior.

"¿Cómo sabes a dónde vas?"

“No tienes por qué saberlo”, dijo Elspeth. “Todo lo que navegas lleva al mismo lugar. Como un cuenco rebosante, como agua desbordándose por los lados. Las fuerzas

te empujan hacia afuera, hasta el fin del mundo, y no queda más remedio que seguirlas”.

“El ano de la pizza”, murmuró Alicia.

“¿Y ahora *qué* ?”

Alice dibujó un círculo en el aire, aunque no estaba segura de cuánto le ayudaría.

«Peter y yo no estábamos de acuerdo con nuestros mapas del Infierno. A mí me gustaba el mapa lineal. A él le gustaba esa pseudoesfera rara, algo que solo funcionaba en el espacio hiperbólico. Pensaba que se podía rastrear desde el río, acceder a la cima del Infierno por el centro. Bidimensionalmente, parecía un ano de pizza. Y ahora me dices que estamos en un ano de pizza».

—Tienen razón —dijo Elspeth riendo—. Bueno, Peter tenía más razón. Estamos en un espacio hiperbólico, cariño. Delimitados por el río por fuera y el infinito por dentro.

Cuando estás junto al Leteo, parece lineal. Pero una vez que empiezas a navegar por él...

bueno, entonces se te va de las manos.

“¿Qué pasa al final?”

—No lo sé —repitió Elspeth—. Nunca he estado tan lejos de la costa.

Se deslizaban cada vez más rápido. Alicia sintió el aire frío en las mejillas; no viento, sino velocidad. Ya no podían regresar ni aunque lo

intentaran; la fuerza de atracción era demasiado grande. Había una urgencia en su movimiento; la de un bote junto a una cascada, precipitándose hacia el borde. Arquímedes permanecía completamente inmóvil en la proa, con las pupilas entrecerradas.

—Ahí —susurró Elspeth.

Alicia se sentó derecha y miró por encima de la proa.

Su mente no lograba comprender lo que veía. Allí estaba la isla. Pero cuando sus ojos se posaron en ese plano y lo siguieron hacia afuera, notó una curvatura que le revolvió el estómago. De alguna manera, al seguir esa curva, subiendo y subiendo, volvió a fijar su mirada en el *Neurath* , que flotaba inmóvil en su pequeño tramo de río.

Era como trazar una escalera de Escher. No había más allá.

Ella tuvo que apartar la mirada; el bucle le hacía doler la cabeza.

Y, sin embargo, esto tenía mucho sentido. Lewis Carroll había teorizado esto —¿de qué otra manera se podía conceptualizar la vida y la muerte, la membrana de paso, sino como continuidad?—, pero nadie le creyó. Toma una tira de papel, gírala por la mitad y conecta los extremos. Muy bien. Ahora tienes un anillo, un objeto tridimensional que puedes sostener en la mano. Pero solo tiene un lado. El interior es continuo con el exterior. Ahora haz lo mismo con un pañuelo de cuatro lados. Gíralos, alinéalos y cóselos para que el interior sea continuo con el exterior. Todo es externo a la bolsa, lo que significa que todo también es interno a la bolsa, y así la bolsa contiene el mundo.

Imposible de dibujar, imposible incluso de concebir. Pero allí estaba Alicia, mirándolo fijamente.

—El plano proyectivo —murmuró Elspeth—. Asombroso.

Las arenas negras estaban tan cerca ahora. Lo único que Alice podía ver en esa orilla era una solitaria trenza de luz dorada, que se extendía desde la orilla hasta lo desconocido más allá.

Los dedos de Alice se cerraron sobre la Verdadera Contradicción y la apretó contra su pecho. Ahora que se acercaba el momento, sintió miedo de repente. Sintió ese mismo vuelco en el estómago antes de una entrevista, cuando enseguida olvidaba cómo caminar, respirar o hablar, y temía que al cruzar la puerta de la sala de conferencias se pusiera a cantar o se estrellara contra la pared. Había luchado

denodadamente para llegar hasta allí. Sin embargo, ahora, al final, se dio cuenta de que no tenía ni idea de lo que le esperaba ni de qué hacer.

—No te preocupes —dijo Elspeth—. El Señor de la Muerte es bondadoso. Él sabrá lo que quieres.

"¿Y si lo hago mal?"

No lo vas a escabullir. Solo mantén la calma, mantén el rumbo y... oh.

El *Neurath* tocó tierra. Se sacudieron en sus asientos.

Elspeth se levantó. "Hora de irnos."

Alice se puso de pie y, con la ayuda de Elspeth, bajó con cuidado del bote.

—Alice. —Elspeth la apretó con más fuerza—. Bésame, ¿quieres?

"¿Qué?"

—Ha pasado tanto tiempo. —Elspeth giró la mejilla, tan pálida bajo la luz reflejada del trono—. No he sentido... otro toque, ni siquiera lo recuerdo...

—Oh —dijo Alicia—. Por supuesto.

Elspeth cerró los ojos. Alice se inclinó y presionó sus labios contra la piel de Elspeth.

El gesto le resultó extraño al principio. Ella tampoco recordaba la última vez que había besado a alguien. Esperaba que Elspeth fuera gélida, pero aunque no podía contener su calidez, Alice solo percibió una delicada suavidad. Piel satinada sobre hueso duro. Los cuerpos humanos eran tan singulares, asombrosos. No había textura en el mundo como esta.

Elspeth suspiró y pareció que algo les había sido devuelto a ambos.

—Gracias. —Elspeth la soltó y Alice dio sus primeros pasos tambaleantes hacia el dominio del rey Yama.

—Ven conmigo —dijo Alicia de repente.

Elspeth estaba agachada. Al enderezarse, tenía la pértiga en la mano.

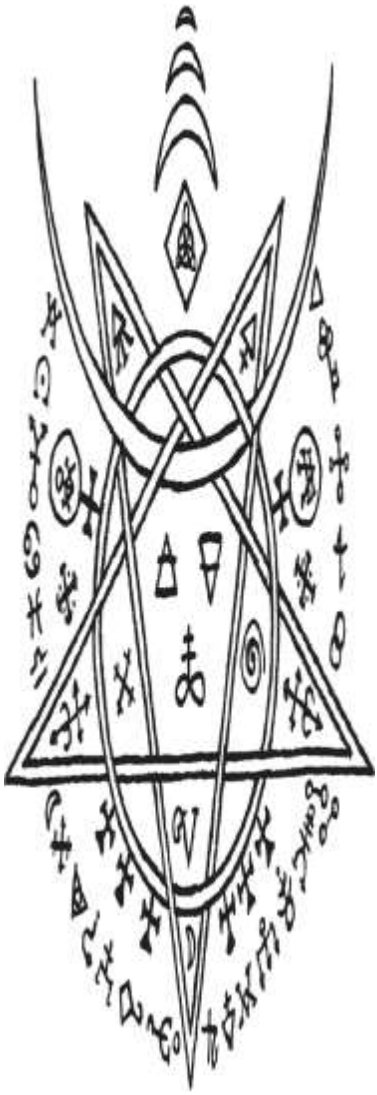
—No puede ser solo para uno —dijo Alicia—. Podemos pensar en algo, solo acompáñame...

—No es mi momento. —Elspeth clavó el palo en la arena. El *Neurath* retrocedió lentamente—. Todavía tengo cosas que resolver.

“Por favor no me dejes—”

—Vamos. Sé valiente, cariño.

El *Neurath* se separó de la orilla. Arquímedes, solemne en la proa, meneaba la cola mientras las olas los arrastraban de vuelta a la corriente. Alicia intentó verlos partir, pero la luz en la orilla era tan brillante y el agua tan oscura. En segundos, el rostro de Elspeth se hundió en la sombra. Creyó ver a Elspeth agitar la mano en señal de despedida, pero no pudo asegurarlo.



Capítulo treinta y cuatro

Un piojo siguió la trenza dorada por la orilla, con la Dialetheia pesada en su mochila. Tras ella, el Lethe lamía suavemente la orilla, produciendo un suave y rítmico oleaje. La arena era tan suave bajo sus pies, que sus talones se hundían un poco con cada paso. Tenía la extraña sensación de que, en lugar de caminar sobre una isla,

caminaba a través de una nube.

No podía dar ninguna razón para caminar junto a la trenza, salvo que se parecía mucho a un sendero, y que no creía que algo tan dorado y brillante pudiera llevarla a algún mal lugar. Claro que las cosas brillantes y relucientes siempre construían trampas, pero en ese caso centelleaban y resplandecían con un propósito, atrayéndote con cada pizca de glamour que podían reunir. A la trenza no parecía importarle su atención de ninguna manera. Allí estaba, en sus propios asuntos, pero ella podía seguirla si quería. Así que lo hizo. La trenza la llevó por una orilla, cruzó la ribera y luego subió una colina empinada que se volvía más empinada a cada paso. Por fin llegó a la cima, y Alicia vio que la trenza la había llevado a un trono.

Era una silla sencilla y de respaldo alto, situada al aire libre sobre una tarima elevada. Junto al trono, tres esbeltos árboles se entrelazaban formando un arco, tras el cual Alicia solo podía ver una rueda que giraba suavemente. Encima del trono se sentaba el rey Yama, Hades, Tánatos, el Señor del Inframundo, el Supervisor de los Manantiales Amarillos.

Alicia vio entonces que la trenza dorada era una cadena de almas; simples luces que se mecían una tras otra, borrones desprovistos de todo rasgo individual, uniformes en su temblorosa y vibrante *necesidad* . Una a una se acercaron al arco. Una a una, el Señor de la Muerte las tocó suavemente con sus dedos oscuros, y parecieron estremecerse de emoción antes de lanzarse a la rueda. La rueda relucía cada vez que pasaba un alma, y sus radios las elevaban a un lugar desconocido, más allá.

Se acercó de puntillas, pues sentía, como en los bautizos, que no debía interrumpir el proceso. Estaba lo suficientemente cerca como para ver cada radio de la rueda. Cada uno era diferente: algunos largos, otros cortos; algunos brillaban con fuerza, otros estaban oscuros por el óxido. Una ligera ráfaga de aire flotaba sobre el trono al girar; un aroma dulce y radiante, a flores en primavera, a hierbas de jardín, y era tan refrescante que Alicia no pudo evitar jadear.

—Alice Law —rugió el Señor del Infierno—. Es emocionante ver cómo nace una nueva vida, ¿verdad?

Alice se esforzó por mirarlo directamente. Era brillante; no con la crudeza del sol del mediodía, sino con el brillo cósmico de la noche. Estaba, como la Tejedora, envuelto en una tela que parecía la misma que creó el universo. Solo que la suya era infinitamente más oscura; el

color de una noche sin nubes cuando, tumbado boca arriba en la cima de una colina, podrías caer hacia adelante y desaparecer entre las constelaciones. Podría sumergirse en esa noche, pensó. Podría envolverse en su esencia como una manta y dormir para siempre, si tan solo él se lo permitiera.

—Mi... mi señor. —Su voz sonaba tan débil—. Yo... eh... ¿cómo debería dirigirme a usted?

—Como quieras —dijo la oscuridad—. ¿Con quién quieres hablar?

Alice consideró sus opciones. La oscuridad se transformó ante ella, como si le aclarara sus opciones. Hades, alto y barbudo, portando bidente y llave; la oscura madre Kali, hermosa y de cuatro brazos; el silencioso Anubis, con su escama detrás de él.

"Rey Yama", decidió Alice. "Yanluo Wang".

Mejor quedarse con lo familiar. A pesar de sus ojos saltones y su sonrisa llena de ira, algo en su imagen —mirándola con el ceño fruncido desde los templos, tras las varillas de incienso, en los calendarios del supermercado— la hacía sentir segura. Conocía al rey Yama; sus padres lo conocían; todos sus antepasados lo conocían, le temían y le rezaban. Conocía su larga barba negra, su ceño siempre fruncido, sus ojos ardientes y su larga túnica. Lo conocía de toda la vida.

El rey Yama era el más justo y equitativo. No guardaba rencor ni sentía antipatía por los vivos. Desde niña, había comprendido que su ceño fruncido era solo una apariencia; que, en realidad, el rey Yama era benévolo y compasivo, que en una ocasión había sido degradado a un rango inferior del Infierno por su indulgencia. Estaba dedicado únicamente a cumplir con su deber, a actuar como juez, y su apego a las reglas, pensaba ella, solo podía contar a su favor.

El Señor de los Nueve Manantiales se desdibujó, y entonces la oscuridad adquirió formas más materiales. Ante ella se alzaba el gran funcionario; su piel de un azul profundo, sus ojos brillando como lunas de sangre gemelas. Una gorra alta de funcionario con ala dorada se materializó sobre su cabeza. Sus cejas espesas y negras formaban su rostro en un rictus de furia. Una deidad terrible, sí; pero una deidad que ella conocía.

"Buena elección." Le habló en chino, y eso también la tranquilizó. Sintió que no estaba tentando a lo desconocido, sino que se estaba hundiendo en los mitos de la infancia. Tantos héroes habían regateado

con el rey Yama. Ella también podía. "¿Qué puedo hacer por ti, Alice Law?"

Intentó recordar el guion de Elspeth. «Busco público».

Estás disfrutando de uno. ¿Y ahora qué?

Los ojos del rey Yama brillaron. Alice recordó entonces que, según algunos textos budistas, el propio rey Yama no era un ser permanente del Infierno, sino un ser que buscaba la reencarnación. El rey Yama, como cualquiera de ellos, estaba en el camino de su viaje de transmigración. No había gobernado este reino desde el principio de los tiempos, pero sí esperaba renacer como humano para alcanzar el verdadero despertar.

Y si el rey Yama había sido humano alguna vez, y podía volver a serlo, tal vez podría compadecerse de su situación. Quizás sabría lo que se siente al tomar decisiones equivocadas y no tener más opción que implorar clemencia a los dioses.

—Tengo algo que te pertenece. —Con los brazos temblorosos, metió la mano en su mochila y sacó la Dialetheia. Brillaba aún más, a la sombra de la rueda en constante movimiento. También era más pesada. Sus hojas parecían crecer perceptiblemente a cada minuto; ahora eran del tamaño de la palma de su mano.

¿Dónde encontraste eso?

—No lo hice —dijo Alicia—. Fue un regalo. De Elspeth Bayes. Lo encontró... bueno, no sé exactamente. Entre dos rocas, dijo. Cerca de la orilla.

“¿Dónde está Elspeth ahora?” preguntó el rey Yama.

—Creo que ya está en los tribunales. —Alice se aclaró la garganta—. Así es. Como corresponde. Con su expediente.

—Me alegro. Temía que nunca lo hiciera. —El rey Yama extendió los brazos envueltos en la túnica—. Lo recuperaré ahora.

Alice lo apretó contra su pecho. No era su intención —era un instinto posesivo— y sintió al instante que había cometido una gran ofensa. ¿Quién era ella para desafiar a los dioses? Pero al menos el Señor Yama no parecía enojado. Solo esperaba desde su trono, con su ceño fruncido.

—Yo... bueno, no. —Respiró entrecortadamente—. Esperaba que pudiéramos...

llegar a un acuerdo. Tengo algunas exigencias.

Él asintió, como si ya lo hubiera esperado. "¿Qué exiges?"

—Quiero… —Alice se detuvo.

Creía saber la respuesta. Había estado tan segura, sentada en el *Neurath* con el granado bajo las piernas. Había calculado la redacción precisa de su petición: sus limitaciones y su lógica. Y, sin embargo, allí, ante el trono, al fin y al cabo, su mente se quedó en blanco.

El rey Yama preguntó gentilmente: "¿Cuál era tu propósito en el infierno?"

Esta pregunta era más fácil. Respondió como una niña enumerando los meses del año. «Venimos a buscar al profesor Jacob Grimes».

"¿Solo para encontrarlo?" El rey Yama levantó ambas manos. "No necesitas negociar por eso."

La oscuridad voló de las yemas de sus dedos y se movió en espiral sobre la arena entre ellos, arremolinándose cada vez más rápido hasta que el círculo adquirió una forma definida. Era algo así como un pentagrama, pero mucho más potente. Los pentagramas eran elaborados meticulosamente, escritos en idiomas conocidos por la humanidad, mientras que este círculo estaba forjado con símbolos irregulares que Alice jamás había visto. El rey Yama chasqueó los dedos. El suelo se sacudió. Una figura desplomada apareció dentro del no-pentagrama negro, encorvada e indeterminada. La oscuridad se aquietó. La figura se irguió.

—Ahí tienes —dijo el rey Yama—. Lo has encontrado.

El profesor Grimes no era una de las Sombras que se había esforzado mucho por conservar su apariencia. La única parte de él representada con detalle era su cabeza; sus rasgos aguileños se acentuaban de alguna manera, más audaces y elegantes que en vida. Debajo del cuello, era una oscuridad fluida e informe; la misma silueta de los fantasmas que se colgaban en Halloween.

Por un instante, giró en círculos, observando todo lo que lo rodeaba. La Sombra del Profesor Grimes no caminaba; flotaba y se cernía como un murciélago. Observó la rueda, la trenza dorada y el trono. Inclinó

la cabeza completamente hacia atrás al contemplar la figura del Rey Yama. Rió entre dientes.

—¿Así que eres el arquitecto de este reino? ¿El cerebro de mi sufrimiento? —El profesor Grimes se estiró hasta quedar cara a cara con Lord Yama. Sus pies no tocaban el suelo. Su cuerpo mortal no tenía pies, solo una gris espiral—. Al fin y al cabo, solo una deidad. Me pregunto: ¿qué se necesita para matar a un dios?

—Te lo advierto, Jacob Grimes. —El rey Yama habló ahora en inglés. Su voz nunca superó su tranquilo murmullo; ni un pelo de su barba se descontroló. Y, sin embargo, Alicia sintió la advertencia densa en el aire; una tormenta a punto de estallar—. Eres un invitado en mi reino.

—¿Pero qué puedes *hacer* ? —En labios del profesor Grimes, incluso los insultos más viles se convertían en simples preguntas—. Estás sujeto a las leyes de este lugar, como todos nosotros. Eres un guardián, un facilitador. Nada más. —Hizo un gesto hacia el cielo—. No, el verdadero grandullón está arriba, ¿verdad? Anda, dime que nunca has intentado penetrar en *su* reino. —Se volvió hacia la rueda—. ¿El destino, es eso? ¿Y si elijo un radio?

—No has superado tus pruebas —rugió el Señor Yama—. No tienes derecho a pasar.

Estás aquí a merced de la muchacha y del deseo que te he concedido.

—Por supuesto. —El profesor Grimes se giró hacia Alice. Una sonrisa se dibujó en su rostro y, a pesar suyo, el corazón de Alice latió con fuerza al verlo—. Querida Alice.

Me preguntaba cuánto tardarías. Pero aquí estás, entera, ¡y la Dialetheia! —Se estiró hacia el arbolito. Alice retrocedió, pero él solo voló más cerca. No había forma de escapar de él. Hundió el rostro en los pétalos, respiró hondo y suspiró—. Más glorioso de lo que jamás podría haber imaginado. —Levantó la mirada hacia ella—. Alice Law.

Eres brillante.

Qué elogio. Nunca podría olvidar lo bien que se sentía con sus elogios, como si todo el sol se posara sobre ella. Recordó de nuevo que ella importaba. Era como una prueba desesperadamente enrevesada que se extendía por las dos caras del papel, con líneas que se reducían a garabatos apretados en los márgenes hasta que, por arte de magia, resultaba válida. El corazón le latía con fuerza en el pecho, y una oleada de calor y embriaguez la invadió antes de que pudiera ordenar

sus pensamientos y hablar.

—No, pero tú... ¿qué quieres decir *con cuánto tiempo* ?

—He estado observando —dijo el profesor Grimes—. ¡Qué chica tan lista! Siguiendo todas las migas de pan. ¿Pero quién crees que las dejó ahí?

Alicia se sentía como un juguete roto, capaz solo de repetir. "¿Migas de pan?"

“Se pueden hacer muchas cosas desde el Puente de los Suspiros”, dijo el profesor Grimes. “Sueños, imágenes, ese tipo de cosas. Me gusta pensar que se me dio bastante bien el encantamiento. Dime, ¿alguna vez soñaste con la Sumación de Ramanujan?

¿Con viajes a la fría y oscura tierra? Ese era yo. Pero se necesita iniciativa, hay que reconocerlo. Uno junta las piezas.”

“Pero, ¿cómo…?”

Sabía que vendrías. Te juegas demasiado. Siempre has sido muy tenaz con tu título.

Nunca lo dudé.

Alice no entendía nada de esto. "Pero entonces, ¿por qué no nos esperaste?"

"¿Por qué haría eso?"

Pero podrías haberte quedado en el campo. Te habríamos rescatado en minutos...

—Ay, Alice —negó con la cabeza—. Siempre tienes tanta *prisa* , ese es tu problema.

Ya hemos hablado de esto. Siempre quieres terminar, solo quieres el resultado final: resultados, trabajo, beca, trabajo. Deja de apresurarte hacia el final, empieza a concentrarte en el proceso. Hay tanto que se te revelará si te detienes y miras a tu alrededor. ¡Huele las rosas!

“Pero tenemos que volver a levantarnos—”

"No, no lo hacemos", dijo el profesor Grimes.

"¿Pero qué quieres decir?" Alice se sintió tan estúpida entonces.

Siempre se sentía tan estúpida en las reuniones de asesores, cuando su mente no podía seguir el ritmo de sus pensamientos acelerados. Siempre necesitaba una aclaración; siempre se quedaba tres pasos atrás. Él tenía un montón de visiones que su mente, demasiado embotada, no podía ver; tuvo que rogarle que se las mostrara. "O sea, ¿adónde más iríamos?"

Pregunta equivocada, Law. La mejor pregunta es esta: ¿cuáles son los límites de ese arbolito? Ay, será difícil aquí en el Infierno; hay muy poca tiza y cada vez menos material para escribir. Pero nos las arreglaremos. Memorizaremos todo lo que podamos.

Es un entorno de investigación perfecto: sin distracciones, sin necesidades físicas...

—No *tienes* necesidades físicas —dijo Alicia—. Moriré de hambre enseguida.

—Entonces muérete de hambre y suplica que te devuelvan la vida después —dijo el profesor Grimes con impaciencia—. Tenemos la *Dialetheia* , Alice, podemos con todo.

—Pero... eso es una locura. —Lo miró parpadeando con torpeza. Ay, ¿por qué era tan difícil? ¿Por qué nunca podía seguirle el ritmo? — ¿Por qué nos quedaríamos?

“El erudito no teme a la muerte. ¿No has aprendido nada de Sócrates?”, rió el profesor Grimes. “La vida de un erudito es un mero entrenamiento para morir, ¿no lo ves? Nunca comprendí cuánta razón tenía Sócrates hasta el momento de mi muerte, cuando mi alma fue arrancada de mi cuerpo y fui arrojada violentamente de ese mundo mortal de bajos apetitos. El cuerpo es el enemigo, un obstáculo en la búsqueda de la verdad por parte del alma. Es como afirma el Zhuangzi: la vida es un tumor que se hincha y la muerte, el estallido de un forúnculo. ¡Somos esclavos del cuerpo! Solo nos proporciona distracciones: fantasías, deseos, enfermedades, miedos. Estamos atados, y la muerte es la libertad definitiva. Nunca lo había visto hasta ahora”. Las manos del profesor Grimes le agarraron el rostro, y aunque no sintió nada sólido, el frío la dejó sin aliento. “Vamos, Law. Esto no es difícil”.

Alice había estado aquí antes.

El Leteo no había borrado este recuerdo. Nada podría borrarlo jamás. Estaba grabado en su cráneo, constituía su ser mismo, y estaba condenada a repetirlo una y otra vez; sin importar adónde corriera,

todo la traía de vuelta a ese momento. Los detalles de esa noche acudieron a su mente, todos superpuestos al trono del rey Yama.

Estaban en las mismas posiciones: él demasiado cerca, con las manos en sus mejillas; ella congelada en su posición, con la cabeza inclinada hacia arriba, los ojos abiertos.

Ahora, esta sí que era una seducción de verdad, susurró ese malvado inconformista que siempre vivía en el cráneo de Alice. Así debería haber sido ese momento en la oficina.

En lugar de ofrecerle su cuerpo, esa cosa sólida y pestilente, debería haberle ofrecido la llave del mundo oculto y una eternidad para jugar en él.

Pareció reconocer el parecido, pues su sonrisa se alargó y se acercó aún más. Sabía lo que esa noche significaba para ella; solo había fingido que no importaba.

Reprodujémoslo, hagámoslo bien. Aquí está el mundo, Alice Law. Aquí tienes la oportunidad de ser como yo, de *ser* yo. Tú y yo, espíritus elevándose y elevándose para encontrarnos con los dioses. Alice lo intentó, pero no pudo librarse de la doble visión.

De repente, no estaba segura de dónde estaba. Si dejaba que su concentración se desviara un segundo, se encontraba de nuevo en su despacho, como si no hubiera pasado el tiempo, como si todo lo ocurrido en el Infierno hubiera sido un sueño. Estaba

en segundo año en Cambridge, su futuro pendía de un hilo, y esta vez solo tenía que rendirse.

—Únanse a mí —dijo el profesor Grimes. Su capa los envolvió a ambos. Los convirtió en la unidad que Alice siempre había anhelado; él, su campeón; ella, su sombra. —Únanse a mí en el reino de los dioses y danzaremos por el mundo oculto.

Viviremos, moriremos y volveremos a vivir, hasta que estos conceptos pierdan su significado para nosotros. Iremos adonde nadie ha ido jamás. Regresaremos y hablaremos a multitudes deslumbradas de todas las cosas maravillosas que vimos.

Alicia ni siquiera podía hablar, solo mover la boca y esperar que su respiración las sonara. "Pero no quiero morir".

“¿Qué quieres entonces?”

“Sólo quiero ir a casa.”

Alice había visto lo que la mera búsqueda del conocimiento les había hecho a los Kripkes. Y no repetiría ese mismo error: quedarse allí, desperdiciando hasta que solo importaran los rompecabezas y las abstracciones. Había brillado con los rompecabezas y las abstracciones toda su vida, y aun así no había aprendido nada sobre cómo vivir.

Ya no quería sumergirse en su mundo; solo quería tocar algo sólido.

Sí, eso era correcto. ¿Estuvo bien?

Intentó evocar algo de la determinación de Elspeth. Había estado tan segura de ello en el *Neurath* . *Quiero estar viva* , pensó con la voz de Elspeth. *Solo quiero sentarme a orillas del Cam, patear los tobillos sobre el agua y comer un bollo calentito y pegajoso. Quiero lamerme el azúcar de los dedos y sentir el calor del sol en la piel. Eso es lo que quiero.*

—¡Concéntrate , Law! —El profesor Grimes chasqueó los dedos delante *de* ella. Lo había hecho muchas veces en Venecia. Le daba chasquidos, palmadas o un golpecito en la nuca si la consideraba cansada o distraída. Por alguna razón, nunca se le había ocurrido ofenderse—. No pierdas la calma. Da miedo, lo entiendo. Pero cualquier cosa que valga la pena hacer da miedo. El mayor error que cometerás es dar marcha atrás ahora.

—Pero no quiero quedarme aquí abajo. —Le costaba mucho hablar; cada palabra que salía de su boca sonaba infantil y estúpida, y con cada palabra que pronunciaba, veía cómo se extendía su decepción—. No para siempre.

—No lo haremos, cariño. Solo hasta que hayamos descubierto todo lo que podamos y tengamos la mente satisfecha; entonces volveremos a lo que nos es familiar.

“¿Y luego me pasarás?”

—Pasa —rió—. Recibirás una generosa recompensa, Alice Law. Los trabajos y premios se reparten a mi antojo, lo entiendes. Todo lo demás es cosa del pasado.

Olvidémoslo —extendió la mano—. Te garantizo que nunca más se te cerrará la puerta.

Ya había hecho este tipo de promesas antes. Al profesor Grimes le encantaba hacer promesas; las lanzaba sin pensarlo dos veces. «Claro

que conseguirás la beca. Claro que seremos coautores de ese artículo». Y nunca mentía; ella confiaba en que nunca pretendía engañar, simplemente estaba tan ocupado que simplemente lo olvidó.

Esta vez, sin embargo, pensó que quizá decía la verdad. A veces lo decía en serio.

Podía ser tan generoso cuando conseguía lo que quería.

Pero, se recordó Alice, había pasado por mucho la semana pasada. Se había enfrentado al fin del tiempo; había escapado de la Ciudadela Rebelde; había vencido a los Kripkes; había desgarrado a un gato con las manos desnudas, le había comido el corazón y había convertido su cráneo en un santuario en los desiertos de Dis. Este tipo de experiencias eran muy transformadoras. Le dieron un poco más de claridad sobre...

bueno, todo.

“Sabes que Peter está muerto.”

Se supone. Bajó, y aquí no está.

“¿Pero no te importa?”

—Es trágico, obviamente. —El profesor Grimes hizo un gesto con la mano—. Pero miremos hacia adelante. Ha abierto nuevas posibilidades.

Dijo algo más, pero Alicia no lo oyó.

Entonces algo se cerró en su interior. Fue una sensación rarísima. De hecho, la mareó un poco. Nunca antes había ejercitado la capacidad de simplemente ahogarlo.

Ella lo miró fríamente de arriba abajo.

Nunca había mirado al profesor Grimes con tanta franqueza. Siempre se había sentido como si estuviera mirando al sol, de alguna manera; sentía que no podía mirarlo directamente a la cara, o se consumiría. Pero ahora había presenciado la divinidad. Lo mundano no se comparaba. Ahora, en el más allá, lo veía con más claridad que nunca; en parte porque ya no le daba tanto miedo mirar, y en parte porque solo veía lo que él decidía mostrar. Solo un hombre común, engreído, buscando a toda prisa cualquier salida a su aprieto. Cruel, insensible, y tan, tan lleno de suposiciones injustificadas.

En verdad, se había esforzado tan poco por mantener la compostura. Expresión feroz y nada de sustancia. Era menos un sudario amenazador que pinceladas grises sin forma. Incluso las Sombras recién muertas que había encontrado en Asfódelo tenían mejor definición. El profesor Grimes no era bueno en estar muerto, no tenía la fortaleza mental, ni siquiera había estado *cerca* de conquistar el Infierno, y Alice encontró esto profundamente decepcionante. Era todo tan injusto, pensó. Creías que las personas eran gigantes, y te devastaban por ser tan humanas.

Esto fue lo más triste. La pérdida de la fe. Si realmente fuera un gigante, ella lo habría seguido.

“¿Eso fue todo?” preguntó.

"¿Indulto?"

“¿Eso era todo lo que querías decir?”

Titubeó. «Bueno, Alice…»

“¿Puedo hablar entonces?”

Apretó la Dialetheia con fuerza con un brazo. Con el otro, se estiró y sacó su cuaderno de la mochila. Pasó varias páginas, luego le dio la vuelta al cuaderno y lo sostuvo ante el profesor Grimes. «Seguro que sabes lo que hace esto».

Se inclinó para leer. "¿Erichtho?" Frunció el ceño. "¿Qué es esto? ¿Invocaste espíritus de abajo para que te ayudaran?"

—No —dijo Alicia—. Es lo que yo te habría hecho. Solo quiero mostrarte mi trabajo.

Tiró el cuaderno al suelo. Sabía que él podría descifrar su trabajo de un vistazo.

Probablemente ya había trabajado en algo muy parecido.

Habría anclado tu alma de nuevo a tu cuerpo. Habría cosido tu garganta a tus pulmones y habría suspendido los músculos que los rodean con cables electromagnéticos. Te habría atado como una cabeza parlante dentro de un marco de madera y no te habría soltado, por mucho que gritaras, hasta obtener todo lo que necesitaba de ti.

Su sonrisa flaqueó. Ella la vio flaquear, solo por un instante, pero esto

le provocó un absurdo arrebato de orgullo: el hecho de que, después de todo, hubiera logrado sorprenderlo.

—Bueno. —Tragó saliva—. Ahí está.

El profesor Grimes se cernía sobre las sábanas, leyendo en silencio.

Estaba tan familiarizada con ese silencio. Se había sentado tantas veces en su oficina, retorciéndose nerviosamente los dedos en su regazo mientras él leía páginas de su trabajo. Sabía que a él le gustaba prolongar el silencio. Era una táctica de intimidación.

Se lo había dicho, lo hacía constantemente con periodistas, con colegas que le desagradaban. Antes, su silencio la había aterrorizado. Ahora sentía un placer intenso y ardiente, sabiendo que él guardaba silencio solo porque buscaba la manera de responder.

Al final dijo: “Eso no podrá funcionar”.

—Sí —le aseguró—. Así fue como vencí a Nick Kripke.

¿Cómo se atreve?, pensó. Inmiscuirse, insinuando un fracaso, cuando no tenía ningún motivo para hacerlo salvo ser un imbécil. El hechizo de Erichtho era uno de los mejores trabajos que había hecho. Descifrar el portal al Infierno, descubrir las huellas de Erichtho, dar sentido a los archivos podridos, todo. Realmente, esta era una erudición de primera. Cuando Alice realmente lo pensó, esto fue lo peor que el profesor Grimes le había hecho: hacerla dudar de que fuera una buena erudita. Había destruido su fe en su propia capacidad de pensar y de juzgar los resultados de su pensamiento, en lugar de acudir a él a cada paso en busca de confirmación. Y fue tan desafortunado que le hubiera hecho falta su muerte para concebir, investigar y llevar a cabo todo un proyecto por su cuenta.

—No puedo creer que pensaras que no funcionaría —dijo—. O sea, imbécil, ¿cómo lo *supiste* ?

La había perdido. Lo sabía. "Mira, Law..."

Cayó de rodillas y alisó el suelo con los dedos. La arena allí era distinta a la de las Ocho Cortes; distinta incluso a la de las costas de las islas. Más áspera, con granos más grandes, más parecida a los del mundo de arriba. Ni de lejos tan sedosa, tan suave como un sueño.

—No lo hagas. —Un deje de miedo se asomó a la voz del profesor Grimes—. Alice.

No seamos tan drásticas.

—No lo haré —dijo Alicia—. Pensé que quería eso, antes. Era todo lo que soñaba.

Pero ahora pienso... simplemente me gustaría un intercambio.

Sacó un palito de su bolsillo. Era la tiza de Elspeth; el último palito de Alice se había convertido en un montón inútil en el Leteo. El estandarte de Shropley, por desgracia, pero Peter también había preferido el de Shropley, y como este trabajo era todo suyo, Alice supuso que tenía más posibilidades. Los magos tenían teorías al respecto. La mejor tiza para un hechizo era la que usaba el creador. Una superstición, probablemente, pero aun así esto la hacía sentir segura; hacía que el recuerdo de Peter fuera más vívido. Trazó una pequeña línea en la arena y contuvo la respiración, observando, esperando.

La línea permaneció. La arena no se comió su tiza.

Alicia miró al rey Yama. Creyó ver un leve asentimiento en su cabeza.

Luego dibujó un gran arco, cubriendo todo el terreno que pudo.

—¿Qué es eso? —El profesor Grimes se cernía sobre el hombro de Alice—. ¿Qué estás haciendo?

—No habrás visto este trabajo —dijo Alicia—. No te lo habría enseñado. No después de ese trabajo sobre la teoría de conjuntos... En serio, ¿hasta dónde se puede llegar?

"Detén esto."

—Muévete un poco para allá, ¿quieres? Necesito más espacio.

“Alice Law, te ordeno que detengas esto de *inmediato* ”.

Ella lo ignoró. Tenía que concentrarse. Le quedaba muy poca tiza; solo una pequeña cantidad, ni de lejos suficiente para repetirla. Tenía que hacerlo bien, y si no lo hacía, no podía permitirse imaginar qué pasaría.

Era tan difícil recordar. Había olvidado tanto. Ya no podía confiar en esa capacidad automática; lo que había ganado en curación, lo había perdido en habilidad. Se había vuelto dependiente de capturas perfectas que aparecían en su mente; hasta ese momento, todo su

trabajo había sido un simple calco. Cuánto más difícil era alcanzar recuerdos que no estaba segura de que estuvieran ahí. Ahora se difuminaban los límites entre la memoria y la imaginación. No podía confiar en que su mente no inventaría lo que deseaba haber visto. Lo mejor que podía hacer era intentar desconectar esa parte de su cerebro que pensaba demasiado. Sumergirse en el movimiento de la tiza y dejar que el recuerdo de Peter guiara su trabajo.

"Ese no es un pentagrama válido", dijo el profesor Grimes.

"Silencio", dijo ella.

Esos algoritmos no están en conversación. Solo te lo estás inventando.

"Como si lo supieras."

La abofeteó. Lo intentó, al menos. Su mano la atravesó limpiamente, y Alice no sintió más que una ráfaga de aire. Lo miró, indiferente. «Parece que el cuerpo sirve para ciertas cosas».

Volvió a golpear; un movimiento descabellado e inútil. Gruñó, mirando fijamente su mano, pero por mucho que lo hiciera, no logró que el humo se materializara.

“Tienes que tener una propiocepción fantástica”, le informó Alice. “Así es como sabes dónde están todas las partes de tu cuerpo sin mirar. Se necesitan años de práctica, pero luego puedes convertirte en lo que quieras. Elspeth era muy buena en eso. Incluso podía convertirse en mariposas”.

El profesor Grimes empezaba a comprender su derrota. Flotó de regreso, y su esencia se condensó alrededor de su figura; una figura que no era tan alta como Alice recordaba. De hecho, nunca se había dado cuenta de cómo había empezado a encorvarse, de cómo sus hombros no eran tan anchos, de cómo su porte no era tan intimidante como ella creía.

—Alice, por favor. Hablemos de esto.

—Por favor, profesor. Estoy trabajando.

—Bah . —Se deslizó hacia el borde del círculo. Alice levantó la vista bruscamente.

No lo había considerado; lo necesitaba dentro del pentagrama. Pero el profesor Grimes parecía incapaz de irse. Se topó con el borde del

pentagrama, pero algo invisible le impidió seguir adelante.

—¿Qué es esto? —El profesor Grimes se giró hacia el rey Yama—. Déjenme salir.

—Te han convocado a una audiencia —dijo el rey Yama—. Alice Law, ¿has terminado tu audiencia?

“No”, dijo Alicia.

“Entonces sería de mala educación irse”.

"No puede hacer esto", dijo el profesor Grimes. "Se supone que debe ser imparcial, no puede hacerlo arbitrariamente; va contra las reglas".

—¿No lo has aprendido, Jacob Grimes? —La sonrisa del rey Yama parecía demoníaca bajo su ceño fruncido—. El infierno no tiene reglas.

El profesor Grimes se desanimó. Finalmente, no tuvo nada que decir.

Alice estaba fascinada por esto. Nunca había visto al profesor Grimes tan desesperado. De hecho, nunca lo había visto *necesitar* nada. Se preguntó entonces si podría suplicar, pero el profesor Grimes no sabía cómo hacerlo. Había pasado gran parte de su vida en una posición de poder; estaba acostumbrado a conceder clemencia, no a recibirla, y hacía tanto tiempo que nadie le decía que no. Esto era obvio, pues su desesperación pronto se convirtió en furia indignada.

“Yo te hice”, le dijo. “Te moldeé a partir de un sueño incipiente. Le di forma a tu arcilla. Encendí tu fuego y te di una mente. *Yo te hice* ” .

—Sea como sea. —A Alicia no le importó rebatirlo—. Deberías ser más amable con tus creaciones.

“Alice Law—”

"Silenciar."

Alicia cerró el círculo y comenzó a cantar.

Oh, aulló entonces. Le gritó todos los insultos posibles, algo sobre putas, fulanas y mocosas estúpidas. Ella no entendió los detalles; dejó que todo se desvaneciera en una mezcla homogénea y despiadada. Ya lo había oído antes. Se inclinó sobre ella, se acercó tanto que su aura se superpuso a la de ella, como si pudiera instalarse en su cuerpo por pura fuerza de voluntad. Se inclinó y le gritó al oído. Forzó su cabeza

fantasmal contra la de ella y le gritó en la mente. Eres una niña, eres inútil, eres estúpida...

Sin embargo, Alice era muy buena con los conjuros. De hecho, podía agradecérselo al profesor Grimes. La concentración era fundamental para los magos, y él había pasado gran parte de su primer año dando vueltas en círculo a su alrededor, ladrando distracciones mientras ella se arrodillaba, se estremecía y garabateaba con manos temblorosas. «Nunca tendrás éxito a menos que puedas dibujar un círculo perfecto y constante en medio de un huracán», le dijo. «Convierte tu mente en una casa de hierro.

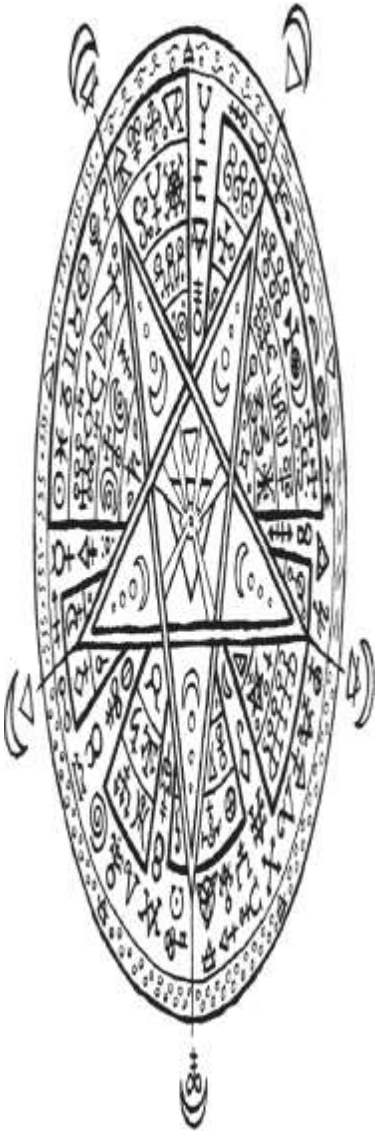
Haz que lo mundano desaparezca. Todo es irrelevante menos el círculo. Todo se desvanece en el fondo, hasta que te encuentras solo en un plano con la idea, y entonces comienza el trabajo».

Así que ahora a Alice le resultó sorprendentemente fácil simplemente cerrar los ojos, fingir que él no estaba allí y terminar lo que estaba diciendo.

Un viento se levantó dentro del pentagrama. Al principio, una brisa suave, pero rápidamente se intensificó hasta que el cabello de Alice ondeó alrededor de su rostro y no pudo oír nada más que el rugido. El profesor Grimes se sobresaltó como si lo hubieran tirado con un gancho. Dio una vuelta boca abajo, agitando los brazos, y cuando se giró para mirarla a los ojos, su rostro estaba flácido e indefenso. Podría haber gritado algo, pero el viento lo ahogó.

Habían estado allí antes. Esto también era una repetición, esta violenta desintegración. Ahora veía una simple repetición de aquella primera muerte. Pero esta vez, Alice sabía lo que había hecho y cómo terminaría. Esta vez no se encogió, sino que observó con firmeza. El profesor Grimes giraba lentamente, y con cada revolución su esencia se desvanecía como el humo de un incendio, desapareciendo en algún lugar que Alice no podía conocer. Al final, solo fue una cabeza aullante y miserable, luego una cara con forma de bolsa, y eso también se desprendió, hasta que el pentagrama quedó vacío. El viento cesó. Se hizo el silencio.

El aire se partió, atravesado por la silueta de una puerta. Una grieta se había abierto en el mundo. La puerta se abrió de golpe y Peter Murdoch salió tambaleándose.



Capítulo treinta y cinco

Un piojo emitió un sonido entre un grito y un aullido. Peter pareció no oírlo. Parecía perdido en el aturdimiento. Se quedó inmóvil, observando la arena, el estrado y al rey Yama, que sonreía desde su trono. Se quedó boquiabierto. Parecía desgarradoramente confundido,

y se frotaba nerviosamente las palmas de las manos contra los brazos.

Entonces sus ojos se posaron en ella y su rostro se dividió en esa hermosa y torcida sonrisa.

"¿Alicia?"

“Pedro.”

Cruzó el marco con cautela. Un paso, luego dos, y luego echó a correr. Alice salió disparada. Chocaron. Los brazos de Peter la rodearon, y los de ella lo rodearon a él. Era tan radiantemente cálido, tan vivo y sólido. Ella rompió a llorar.

¡Oh, qué *delgado* estaba! Fue una revelación. Alice sabía que Peter era una ramita, pero solo visualmente. Nunca había comprendido materialmente lo frágil que era.

Podía rodearle la cintura con los brazos y aun así volver a abrazarlo. Y sí que lo agarró, con mucha fuerza, pues si apretaba con la suficiente fuerza, podía convertirse en su escudo y protegerlo de todo en el universo. Qué milagro era una persona, pensó.

Ocupaba tan poco espacio. La diferencia entre la presencia y la ausencia no era ni un metro cuadrado de materia. Sin embargo, ahora que Peter estaba allí, el mundo entero brillaba con más fuerza.

Por fin ella se apartó, pero él no; sus dedos se enredaron en su cabello, la otra mano en su espalda, y la atrajo hacia sí de nuevo; feroz, implacable. La abrazó como un ancla, como si sin ella fuera a disolverse. La besó, e incluso cuando sus labios se separaron, su frente permaneció pegada a la de ella, como si la distancia entre ellos fuera imperdonable.

"Morí", susurró. Parpadeó y miró sus brazos. Alice también miró y vio grandes cicatrices arqueadas. "Morí, ¿verdad?"

"Sí."

"Cómo-"

—Intercambio. —Se le escapó una risa. Se sentía tan ligera, tan mareada. Apretó su camisa entre los dedos—. Tus apuntes, tu trabajo.

“Sólo lo viste una vez.”

—Pero, Peter —dijo ella sin parar de reír—. Tengo muy buena

memoria.

—Oh, Alice. —Sus manos la recorrieron por completo, como si tuviera que convencerse de que era real. Sus ojos estaban abiertos de par en par, maravillados—.

Alice, *Alice* , eres *brillante* .

—Funcionó —gritó. No podía soltar la camisa. Ya lo tenía; no podía soltarlo, jamás lo haría—. No puedo creer que funcionara.

Peter también estalló en carcajadas, y fue el sonido más encantador que jamás había oído, mucho más brillante que en su memoria. Se acurrucó contra él; escuchando su risa en su pecho, temblando incluso mientras se apretaba más y más. ¡Era tan cálido! Qué bien olía. A páginas frescas. A virutas de lápiz. Como leer en primavera bajo un sauce llorón, con la luz del sol en la cara, la hierba entre los dedos de los pies. ¿Siempre había sabido lo bien que olía? Tal vez alguna vez, tal vez lo había olvidado, pero ahora que estaba vivo podía aprenderlo una y otra vez, ahora podía deleitarse con el constante descubrimiento de todo sobre él. Sintió una ligereza que se extendía desde su pecho por sus extremidades. No podía respirar. Sentía que en cualquier momento podría dividirse en un millón de estrellas brillantes, que esta ligereza la abrumaría. No sabía qué hacer con esta sensación. Nunca había sentido una alegría así en toda su vida.

Peter se apartó. Su sonrisa se apagó. —Entonces, ¿Grimes?

“Él era”, dijo, “la otra parte del intercambio”.

Ella vio el pensamiento atravesarlo, fragmentándose en todas sus consecuencias e implicaciones. Peter era muy inteligente; sin duda, veía todo el proceso de decisión.

—Pero ¿por qué…? —Se detuvo y luego reformuló—. Pero entonces viniste para nada.

—Nada. —Le recorrió las mejillas con los pulgares. *Qué maravilla* , pensó; *su rostro, su mandíbula, la barba incipiente donde la línea del cabello se une a la sien. Dios lo esculpió—.*

Nada. Lo conseguí todo.

Sus dedos rodearon los de ella. "Oh, Alice..."

—Escucha, Peter. —Dudó. El problema no era que no supiera qué

decir, sino por dónde empezar. Qué sensación tan vertiginosa: que alguien te mirara, te mirara de verdad, intentando comprenderte con paciencia. Pero necesitaba que él supiera tanto, y todo era tan enredado, tan espinoso, tan lleno de sentimientos, buenos y malos, que cuando por fin encontró la forma de hablar, lo mejor que pudo decir fue: «Quería pedirte perdón».

—Oh —Peter ladeó la cabeza, pensativo—. Bueno. Yo también lo siento.

El lenguaje les falló; no logró captar la profundidad del sentimiento, de la culpa, el alivio, la vergüenza y el amor. El abismo seguía ahí; no lo habían salvado; solo se habían saludado desde el otro lado del abismo. Tal vez líneas paralelas pudieran encontrarse en el infinito. Tal vez. Había tanto que decir y, milagrosamente, ahora toda una vida para encontrar la manera de decirlo. Pero sentía que las disculpas, ofrecidas y aceptadas, no eran un mal punto de partida.

Peter miró el árbol. "¿Qué es esto?"

Ella sonrió radiante. «Nuestro billete de vuelta a casa».

—¡La Dialetheia! —Él extendió la mano; ella se la entregó en brazos. Los pétalos se extendieron hacia su rostro, y su resplandor fue la visión más hermosa que jamás había visto—. ¡Es maravillosa!

¿No es justo? —Alicia se volvió hacia el rey Yama—. Mi señor, estoy lista para negociar.

Les hizo un gesto para que se acercaran. De la mano, Alicia y Pedro se acercaron al trono.

“¿Cuáles son sus demandas?” preguntó el rey Yama.

—Vuelve a la cima —dijo Alicia—. Para empezar.

“¿Para uno?”

—Por otra parte, queremos que nos devuelvan la esperanza de vida. —Alice se aferró a la Dialetheia—. Lo hemos pasado muy mal, no conseguimos lo que buscábamos, y creo que deberíamos pedir un reembolso.

El rey Yama guardó silencio un momento. Ella no podía interpretar su expresión.

Lentamente, dijo: «Crees que mereces un reembolso del Infierno».

—Alice —murmuró Peter.

—Parece que te hice un favor. —Alice seguía emocionada. Pensaba que valía la pena intentarlo; sentía que cualquier cosa en el mundo valía la pena intentarlo—. Te libré de algunas plagas, quiero decir. Y entiendo que, en la escala eterna de las cosas, unos años con Grimes y los Kripkes son un abrir y cerrar de ojos. Pero también debería serlo el regreso de nuestras vidas. Es un trato justo, ¿no crees?

El Señor del Infierno permaneció en silencio.

Alice no podía ver la boca del rey Yama bajo su bigote. Solo veía sus pobladas cejas fruncidas y sus ojos brillando intensamente, como en todas las imágenes de su infancia, pero nunca supo si esa expresión era risa o ceño fruncido.

Sus padres le habían rezado al rey Yama en su juventud, antes de los exámenes de ingreso. Pero, ¿por qué?, preguntó ella; ¿qué tiene que ver el Inframundo con tus admisiones universitarias? El rey Yama odia la corrupción, le dijeron. Es un burócrata benévolo. Es duro con los tramposos, pero recompensa el trabajo duro. No hay nada que temerle.

Por fin, el rey Yama habló. «Saben, ustedes, los magos, creen en las cosas más raras del mundo. Creen que sus hechizos funcionan porque han engañado al mundo. Creen que son tan listos que han dado vueltas a las reglas, que el mundo está tan desconcertado que no tiene más remedio que obedecer sus órdenes. No se dan cuenta de que la naturaleza sabe que mienten. Dibujan sus pequeños círculos, y nosotros nos doblegamos y fingimos, como los padres fingen cuando sus hijos pequeños mienten».

Se rascó la barbilla. «Pero nosotros, las deidades, somos indulgentes, ¿ven? Nos encanta que nos diviertan».

Alicia se atrevió a albergar esperanzas. "¿Le hemos divertido, señor?"

“Sin duda has merecido la pena verte”.

Reflexionó un momento más. Finalmente anunció: «Te devolveré la mitad de los años que perdiste en tu viaje. Considera el resto como un pago por la lección aprendida».

Alicia abrió la boca para discutir, pero Peter tiró de su brazo. "Me

parece muy justo, señor".

—Bien —gruñó ella—. Si es lo mejor que puedes hacer.

"¿Estás satisfecho?"

“Sí, Rey Yama.”

Extendió su mano.

Ella subió los escalones hacia su trono, con la Dialetheia fuertemente aferrada a su pecho.

Él extendió la mano. Ella se la entregó. El rey Yama levantó la Dialetheia y, cerrando los ojos, la apretó contra sí. Los pétalos de los árboles brillaron con un brillante tono plateado, del color de la luz de las estrellas, y entonces el árbol pasó al pecho del señor Yama. Un destello brillante recorrió su cuerpo oscuro; un millón de constelaciones cobraron vida. El rey Yama exhaló y la luz de las estrellas se atenuó. « *Hay más de donde vino eso»* , pensó Alice. *Nada existe sin contradicciones.*

—Ahora —el rey Yama agarró su bastón—. Te enviaremos a casa.

UNA ESCALERA SE MATERIALIZÓ ANTE ELLOS, EN ESPIRAL, con el sonido de un arroyo impetuoso.

Subía y subía hasta que perdieron de vista su final, una aguja que atravesaba el mundo. De la mano, Alice y Peter se acercaron a su base.

—Continúa —dijo el Señor Yama—. Ten cuidado de no mirar atrás.

“¿De verdad?” preguntó Alicia.

—Solo bromeaba —dijo el Señor Yama—. Mira cuanto quieras. Adelante.

Ascendieron. Alicia se sentía cada vez más ligera con cada paso que daba. Cada paso la acercaba a la vida real; más cerca del aire fresco que goteaba desde arriba. Aire que sabía a *aire* ; dulce, fresco y nutritivo, no la nada rancia de las tierras muertas. ¿El aire siempre había sabido tan bien? Los escalones inferiores desaparecieron mientras caminaban, uno por uno hasta que quedaron suspendidos en el aire. Esto no la molestó; Alicia no iba a caer; de hecho, cuando los escalones se desvanecieron bajo sus tacones ascendentes, tuvo la extraña sensación de que nunca los había necesitado en absoluto; eran

solo una heurística, porque era un salto demasiado grande para volar. Nunca se

había sentido tan seguro de sus pies. No tenía miedo de perderse. Debe tirar la escalera una vez que la haya subido, escribió Wittgenstein; y entonces verá el mundo correctamente.

Subieron tan rápido. Pronto, el Señor Yama y su corte eran diminutos como una casa de muñecas. Alice miró por encima del hombro, y el Señor del Infierno agitó el brazo en señal de despedida. Minutos después, estaban tan alto sobre las Ocho Cortes que podía ver todo el paisaje del Infierno debajo de ella. Las torres del Orgullo, los desiertos de la Avaricia. Y la Ciudadela Rebelde, en toda su furia desafiante, habitantes atrapados en el Infierno que ellos mismos crearon. Alice no podía sentir animosidad hacia Gertrude, solo una lástima persistente, pues Gertrude pensaba que su refugio era tan grande, pero desde arriba Alice podía ver que la ciudadela era solo un punto feo en un paisaje inconmensurable. Una casa de muñecas, desgarradora en su atención al detalle. Y aquí Gertrude había creído haber rehecho el mundo.

“¿Estás bien?” preguntó Peter.

—Ah, sí —dijo ella—. Solo lo recuerdo.

Se quedó allí un rato más, contemplando aquellas canchas. Intentó memorizarlas lo mejor que pudo. Luego se dio la vuelta y continuó subiendo las escaleras.

Esperaba que pasara mucho tiempo antes de que volviera. Esperaba que, al regresar, tras tantos años de agonía y emoción, estas arenas grises le sirvieran de consuelo.

"Me pregunto si algún día conseguiremos trabajo", dijo Peter. "Ya que no nos graduaremos".

—Podríamos escribir sobre el Infierno —dijo Alicia—. Que sea la tesis.

¿Alguien nos creería? No tenemos pruebas.

"Soy tu prueba."

"Eres parcial."

"No, no lo soy."

—Sí, lo eres. Estás enamorado de mí.

—Calla —dijo Alicia, sonrojándose—. No puedes andar contándoselo a todo el mundo .

Ah, pero no importaba. La academia no importaba. Quizás podrían revisar los temas de su tesis a tiempo, cambiar de comité y conseguir un trabajo a duras penas, o quizás no, pero nada de eso importaba porque el futuro aún estaba ante ellos, deliciosamente abierto. Podrían llenarlo con lo que quisieran, y la única intención de Alice entonces era pasarlo con Peter.

Se acabaron los laboratorios por un tiempo. Se acabaron las clases. Se imaginaba citas de estudio con él en el futuro: lanzándose papeles arrugados, intercambiando libros, garabateando cosas por todas las pizarras del otro. Pero por ahora pensaba que le gustaría bastante escapar del campus. Tal vez un fin de semana fuera; no se había tomado un fin de semana libre en años, ni siquiera sabría adónde ir. Decían que Ely era agradable. Grantchester, tal vez. Supuestamente era un buen lugar para nadar. O tal vez algo más modesto; una noche en el cine, un picnic bajo el sauce junto al río. No sabía cuáles eran las comidas favoritas de Peter. Ni siquiera sabía qué le gustaba hacer para divertirse, si es que hacía algo para divertirse. Tendría que aprender, tendría que descubrir un millón de cosas sobre él. Peter Murdoch era un libro sin final y lo único que quería hacer con el resto de su vida era recorrer cada página con el dedo.

Llegaron al cielo, o a la parte del cielo donde terminaba este mundo. Una lámina rectangular de metal yacía horizontal sobre ellos: la parte inferior de la puerta de un sótano. La luz se filtraba por sus bordes. Una docena de mariposas rodeaban la puerta, brillantes y relucientes. Todas revolotearon a un lado cuando Alice extendió la mano hacia la trampilla, excepto una, que se quedó en la cerradura de la puerta del sótano, con sus alas ondeando suavemente. Alice acarició una de sus alas con el dedo. Era tan suave como el terciopelo. El recuerdo de un beso.

—Gracias, Elspeth —murmuró—. Lo sé.

La mariposa voló hacia el naranja ardiente. Alice tiró. La cerradura se abrió fácilmente en su mano. Ella y Peter levantaron las manos por encima de la cabeza y empujaron. La puerta se abrió libremente hacia arriba, y de repente, la luz de la luna los bañó.

Alice reconoció ese cielo nocturno. Sabía con precisión dónde las

había puesto el Señor Yama. Era el patio del Magdalene College, al final del Jardín del Compañero, junto al río, el verde que había atravesado tantas noches con la cabeza encorvada, mirando fijamente a sus pies. Lo sabía porque las estrellas allí brillaban de forma

inusual. Algo sobre los efectos de toda la magia ambiental que interfería con la modernidad, atenuando los sonidos y las luces de la ciudad circundante. Toda la contaminación se desvaneció y las estrellas se destacaban con una claridad asombrosa, así que no era necesario caminar kilómetros para trazar las constelaciones; se podían ver en lo alto, nítidas como diagramas. Todos los veranos se podía encontrar a estudiantes de astronomía tumbados boca arriba, dibujando a lápiz en cuadernos apoyados sobre sus cabezas.

Había caminado una vez con Peter por ese campo. El campo estaba apartado; vivía en St. John's, justo en la otra dirección, pero era tarde y había corrido la voz de que una pitón se había escapado, y por ridículo que fuera, en aquel momento tenía sentido que la acompañara a casa, por si la pitón la emboscaba desde los juncos y se la tragaba entera. Sí. Peter lucharía contra la pitón. Las estrellas brillaban muchísimo esa noche, y Peter le había preguntado si conocía la Paradoja de Olbers. No, no la conocía; ¿se la explicaría?

«El cielo nocturno no debería ser tan oscuro», le había dicho Peter. «Si el universo es infinito, entonces la luz de las estrellas debería llenar todos los espacios vacíos. La luz no se detiene hasta que toca una superficie, así que ¿por qué los espacios oscuros?

Desde nuestra posición en la Tierra, solo deberíamos ver luz».

—Tal vez el universo no sea ilimitado entonces —había dicho Alicia.

«O el universo se está expandiendo», había dicho Peter. «Y las estrellas son demasiado jóvenes, y toda esa luz distante aún se extiende para alcanzarnos. Y hasta que lo haga, la noche permanece oscura».

Al mirarlo, Alice recordó una frase de *El Antología griega* , un texto que Grimes le había pedido que extrajera para resolver acertijos lingüísticos, pero en el que Alice se había detenido mucho más de lo debido, asombrada por su belleza. Miró a Peter y pensó: « *Ojalá fuera la noche para poder observar tu sueño con mil ojos* ».

Una brisa entró por la puerta del sótano, deliciosamente fresca contra sus mejillas sudorosas.

Todo volvió a ella entonces. La dulce hierba oscura, las hojas

susurrando en lo alto, los petirrojos saltando a sus nidos. Los postes de las bateas deslizándose por el agua, las ruedas de las bicicletas girando sobre los adoquines. Tantos detalles que había ignorado cada noche al pasar, atrapados en su propio cráneo. Todo parecía demasiado vívido para ser real ahora; una iluminación, una imagen en movimiento. ¡El mundo estaba

lleno de tantas *cosas* ! La luz del sol en los jardines de la universidad; las cenas en el salón de patatas nuevas con mantequilla y hierbas. La lluvia golpeando los tejados de las casas; el agua acumulándose en la calle, las gotas gruesas enviando pequeñas ondas arqueadas. Botas chapoteando, guantes mojados, tazas de té caliente, hojas sueltas meciéndose en la copa. No podía creer que pudiera tener todas esas cosas de vuelta.

Parecía un trato demasiado bueno para ser verdad, un pequeño árbol de granada por todas las innumerables flores del mundo. ¿Cómo podía merecer la vida? ¿Quién *merecía* la vida?

Pero no se podían cuestionar tales dones. Elspeth se lo había enseñado. No había respuesta, solo una gracia maravillosa e inexplicable, y lo único que se podía hacer a cambio era simplemente vivir.

Ella respiró hondo. "¿Lista?"

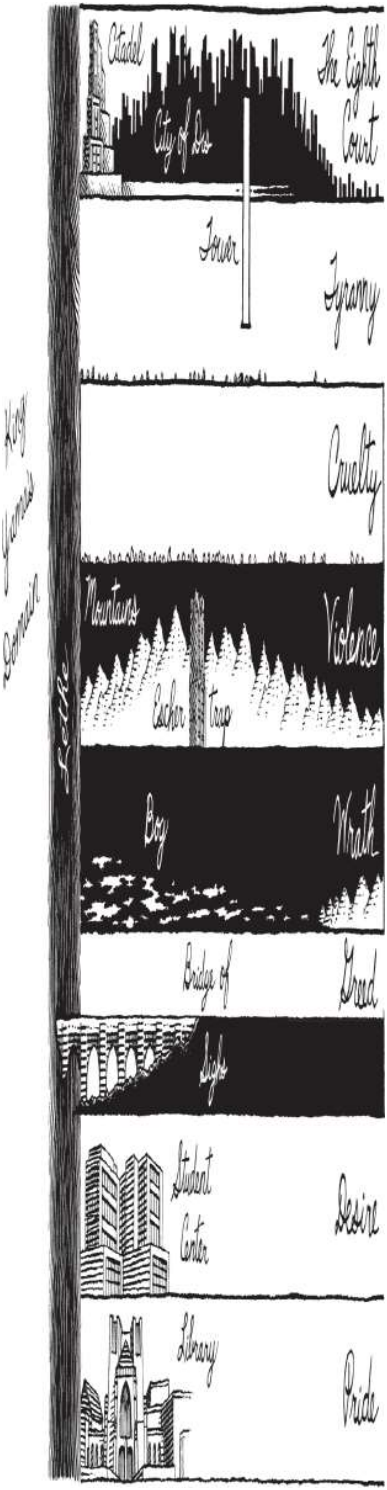
Peter le apretó la mano con fuerza. "Después de ti."

Alicia subió, seguida de cerca por Peter. Y juntos emergieron para volver a contemplar las estrellas.

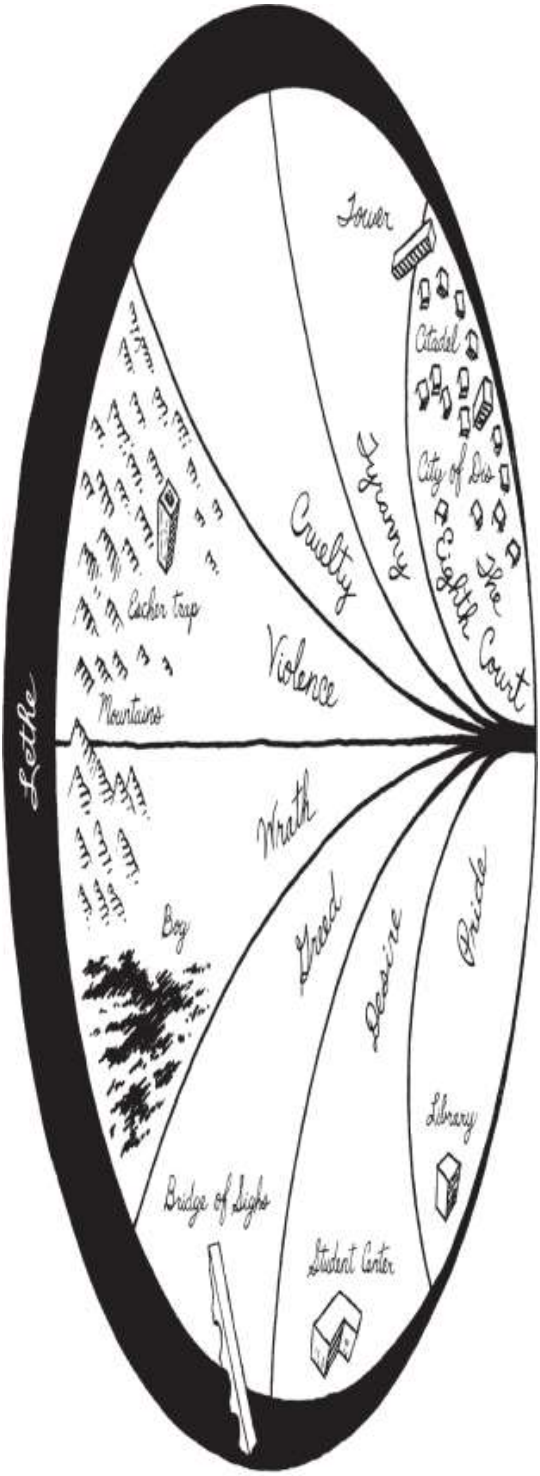
Mapa de Peter

King Yama's Domain
The Eighth
City of Dis
Citadel
Tyranny
Inner
Cruelty
Violence
Boy
Wrath
Bridge of Sighs
Greed
Student Center
Library
Desire
Pride
Lethe

El mapa de Alicia


King James's Domain
Lethe
Citadel
City of Dis
The Eighth Court
Tower
Tyranny
Cruelty
Mountains
Escher
Trap
Violence
Bog
Wrath
Bridge of
Sighs
Greed
Student Center
Desire
Library
Pride

Mapa de Elspeth


Lethe
Violence
Cruelty
Tyranny
The Eighth Court
Tower
Citadel
City of Dis
Locker trap
Mountains
Wrath
Bog
Fraud
Bridge of Sighs
Desire
Student Center
Pride
Library

Expresiones de gratitud

Muchas gracias a Hannah Bowman, Havis Dawson, Liza Dawson, Lauren Banka y Nicholas Runyon, y a todo el equipo de Liza Dawson Associates. Un agradecimiento especial a Joshua Bowman por sus apuntes de matemáticas. Gracias a mi equipo de Harper Voyager por los muchos viajes que hemos tenido juntos y los viajes que están por venir: David Pomerico, Natasha Bardon, Liate Stehlik, Jen Hart, Katlin Harri, Danielle Bartlett, DJ DeSmyter, Deanna Bailey, Lara Baez, Isabella Ogbolumani, Ronnie Kutys, Richard Aquan, Mumtaz Mustafi, Renata De Oliveira, Robin Barletta, Evangelos Vasilakis, Hope Ellis, Cari Elliott, Catherine Perks, Fleur Clarke, Frankie Gray, Kate Elton, Maddy Marshall, Sian Richefond, Susanna Peden, Fionnuala Barrett, Leah Woods, Holly Martin, Ruth Burrow, Rosie Hawkins, Terence Caven, Ellie Game y Emily Chan. Gracias a Aja Pollock por las incisivas ediciones. Gracias a Patrick Arrasmith por una hermosa ilustración de portada. Por mis reflexiones sobre lógica, gracias a Katie O'Nell, Gareth Norman, Selina Guter, Philipp Mayr y al resto del departamento de filosofía del MIT. Por la cafeína y la tranquilidad, gracias a Vaults & Garden Café, Fort St George, Claire's Corner Copia, Yafa y las habitaciones de arriba del Lizzie. Gracias a mis librerías independientes locales: Porter Square Books, Harvard Book Store y Harvard Book Store Union. Gracias a mamá y papá y las caminatas al amanecer. Gracias a todos los amigos que me recuerdan que mire hacia arriba. Y gracias siempre a Bennett, quien me sacó del polvo en el jardín del Museo Rodin y me dijo que terminara la historia.

Acerca del autor

REBECCA F. KUANG es la autora número uno en ventas *del New York Times* y *del Sunday Times,* autora de la trilogía *Poppy War , Babel: An Arcane History* y *Yellowface* . Su obra ha ganado los premios Nebula, Locus, Crawford y British Book. Becaria Marshall, tiene un máster en Estudios Chinos por Cambridge y una maestría en Estudios Chinos Contemporáneos por Oxford. Actualmente cursa un doctorado en Lenguas y Literaturas de Asia Oriental en Yale, donde estudia la diáspora, la literatura sinófona contemporánea y la literatura asiático-americana.